

novelas cortas originales de los universos más populares de la ciencia ficción

HORIZONTES LEJANOS

editado por
ROBERT SILVERBERG

GREGORY BENFORD
el centro galáctico

ORSON SCOTT CARD
ender

FREDERICK POHL
los heeche

DAVID BRIN
los pupilos

DAN SIMMONS
hiperion



JOE HALDEMAN
la guerra interminable

GREG BEAR
la vía

ANNE McCAFFREY
la nave que cantó

NANCY KRESS
los insomnes

ROBERT SILVERBERG
roma eterna

URSULA K. LEGUIN

los Lectulandia

Coordinada y editada por **Robert Silverberg**, *Horizontes lejanos* en una antología excepcional que recoge once novelas cortas escritas expresamente para este volumen por los grandes maestros del género. Aquí podremos encontrar a las figuras, y creaciones, más destacadas de la cf mundial en las últimas dos décadas. Todos ellos vuelven a los personajes y escenarios de los grandes éxitos de sus carreras literarias. Desde los que narran episodios paralelos, pasando por los que recrean la explicación de algún fenómeno aislado, hasta los que cuentan el origen de un protagonista, o aportan un nuevo punto de vista a un personaje principal.

Además, y por si todo lo anterior fuera poco, cada autor prologa su novela, poniendo al lector en antecedentes sobre cada uno de sus universos particulares.

En definitiva, una antología indispensable tanto para el seguidor que ha leído toda la obra de un autor (y que aquí tiene un episodio plenamente integrado en la continuidad de la serie) como para el profano que quiere adentrarse por primera vez en el mundo imaginario de algunos de los más destacados escritores de cf de los últimos años.

Lectulandia

AA. VV.

Horizontes lejanos

ePub r1.0

GONZALEZ 23.08.16

Título original: *Far Horizons*
AA. VV., 1999
Traducción: Domingo Santos
Ilustración de cubierta: Alonso Esteban

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Robert A. Heinlein
Isaac Asimov
John W. Campbell, Jr.

—Ellos mostraron el camino

Introducción

Las mejores ideas de ciencia ficción son las ideas muy grandes que nunca antes se le ocurrieron a nadie, y los escritores a quienes se les ocurren estas ideas tienen con frecuencia segundas ideas sobre ellas, o terceras ideas, o cuartas y quintas. Y así una de las glorias de la ciencia ficción actual la constituyen las extensas series en las cuales el escritor bucea más y más profundamente en su concepto original, hallando nuevas riquezas con cada excavación.

No estoy hablando aquí del tipo de series que James Blish, hace mucho tiempo, llamó series «plantilla», en las cuales el escritor, tras dar con una idea útil y una estructura apropiada para dramatizarla, reproduce provechosamente una y otra vez la idea y el formato, a veces a lo largo de docenas de historias. Esto no es necesariamente condenable: la serie de Sherlock Holmes, por ejemplo, es una serie plantilla que ha proporcionado un gran placer a sus lectores durante más de un siglo, y la similitud fundamental de una historia con respecto a la siguiente y la invariable relación de Holmes y Watson son componentes esenciales de su encanto. Pero en las historias de Holmes no hallamos un incremento en la profundidad del tratamiento de los problemas de la detección del crimen en la Inglaterra victoriana o de la curiosa personalidad de Sherlock Holmes, a medida que avanza la serie. La serie se extiende por autolimitación, no por evolución, como tantas otras series aparecidas en revistas *couché* algo más tarde (Tugboat Annie, Alexander Botts, etc.), y como la mayoría de los programas de televisión de hoy en día. La mayoría de las historias de las series que publicó tan abundantemente el *Saturday Evening Post* hace cincuenta y sesenta años han quedado totalmente olvidadas hoy, como lo son las series de televisión de hace dos temporadas; es la superior ingeniosidad de Conan Doyle lo que mantiene viva la serie de Holmes pese a su fórmula subyacente.

También hemos tenido gran cantidad de series-fórmula en la ciencia ficción, desde Tom Swift allá en 1910 y desde las novelas de John Carter en Marte de Edgar Rice Burroughs en los años 20 y desde las epopeyas del Capitán Futuro un par de décadas más tarde hasta el tipo de altamente comerciales historias multivolumen que inundan las librerías de hoy. Algunas de ellas son divertidas, a su manera, aunque una buena parte son mera basura que no hace más que ocupar espacio, en las que una idea trivial es hinchada por medio de soplar y resollar a través de tres (o más) gruesos volúmenes que mantienen a los lectores girando satisfechos una y otra vez alrededor de la misma idea insignificante a lo largo de cientos de miles de palabras. (También tenemos la miríada de novelizaciones de *Star Trek* y *La guerra de las galaxias*, muchas de las cuales cuentan animadas y entretenidas historias pero que, por decreto de diseño y publicación, no hacen nada en absoluto por hacer progresar el concepto de la serie más allá de su punto de arranque).

Sin embargo, tenemos también el otro tipo de series en ciencia ficción, el tipo que

empuja al lector a través de una progresión evolutiva del concepto y (a veces) de los personajes, y es sobre ese tipo de series que ha sido construido este libro.

Cualquiera con algunos conocimientos históricos sobre la ciencia ficción puede nombrar docenas de tales series con sólo que se le incite un poco a ello.

E. E. «Doc» Smith, un pionero del formato, estructuró dos de ellas, las novelas de *Skylark* de los años 20 y 30, y la posterior serie de los *Lensman*, una enorme epopeya espacial siempre en expansión. En los años 40 y 50 Robert A. Heinlein enlazó docenas de historias y novelas en una enorme y básicamente coherente *Historia del futuro*; Poul Anderson una estructura similar propia un par de décadas más tarde; A. E. van Vogt escribió dos deslumbrantes y maravillosas novelas acerca de Gilbert Gosseyn y sus compañeros semánticos del mundo No-A. (Una tercera, mucho menos deslumbrante, siguió décadas más tarde). La serie *Fundación* de Isaac Asimov, la trilogía original y los distintos libros posteriores, examinaban en profundidad el concepto asimoviano de la «psicohistoria» y, a medida que la serie crecía, Asimov terminó enlazándola con su otra y famosa obra, la de los robots positrónicos. Las memorables historias de «Baldy» de Henry Kuttner, recopiladas como *Mutante*, eran admirables ejemplos de lo mismo en forma de historia corta, como lo fueron por supuesto las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. La lista podría continuar a lo largo de muchas páginas, invocando los nombres de Blish, Simak, Clarke, Herbert, Leiber, Cordwainer Smith, y muchos otros héroes del tiempo y del espacio.

Entre todas las yermas muchilogías de expansión infinita de la actualidad, se siguen escribiendo espléndidos libros que forman series de ciencia ficción que evolucionan realmente y penetran cada vez con más profundidad en sus esquemas conceptuales. Lo que he hecho en *Horizontes lejanos* es reunir a la mayoría de los principales practicantes de las series evolutivas de ciencia ficción de hoy y pedirles que escribieran un relato que explorara algún aspecto de su famosa serie que no hubiera hallado cabida en los libros.

Descubrirán que faltan algunos nombres muy conocidos. Me hubiera encantado incluir aquí una nueva historia sobre la *Fundación*, o un nuevo atisbo de la *Historia del futuro* de Heinlein, o una nueva visita al Arrakis de Frank Herbert. Por desgracia, eso no es posible en este continuo en particular. Y un par de escritores aún vivos a los que invité me dijeron que ya habían dicho todo lo que deseaban decir sobre el tema X o Y o Z, una posición que tuve que aplaudir, por mucho que lamentara su negativa.

Pero los que aparecen aquí forman el grupo más impresionante de escritores de ciencia ficción de finales del siglo xx que puede reunirse. Me siento agradecido hacia todos ellos por haberse mostrado dispuestos a examinar una vez más los ambientes y los personajes y las ideas que han proporcionado a tantos lectores un placer tan grande a lo largo de las dos últimas décadas. Un gran concepto de ciencia ficción, como hemos aprendido una y otra vez en el mundo de la ciencia ficción, es inagotable —el infinito siempre lo es—, y aquí toda una pléyade de nuestros mejores escritores nos lo demuestra una vez más para nuestro disfrute.

—*Robert Silverberg*
Mayo de 1998

El Ekumen

Ursula K. Le Guin

- Rocannon's World* (1966)
(*El mundo de Rocannon*, Ed. Bruguera)
- Planet of Exile* (1966)
(*Planeta de exilio*, Ed. Martínez Roca)
- City of Illusions* (1967)
(*La ciudad de las ilusiones*, EDHASA)
- The Left Hand of Darkness* (1969)
(*La mano izquierda de la oscuridad*, Ed. Minotauro)
- The Dispossessed* (1974)
(*Los desposeídos*, Ed. Minotauro)
- The Word for World is Forest* (1976)
(*El nombre del mundo es bosque*, Ed. Minotauro)
- Four Ways to Forgiveness* (1995)
(*Cuatro caminos hacia el perdón*, Ed. Minotauro)

La mayor parte de mi ciencia ficción tiene lugar dentro de un marco histórico futuro. Puesto que se desarrolló a la ventura a lo largo de los diversos libros y relatos, contiene algunas inconsistencias espectaculares, pero el plan general es éste: La gente de un mundo llamado Hain colonizó todo el Brazo de Orión de la galaxia hace más de un millón de años. Todas las especies homínidas encontradas hasta ahora son descendientes de los colonos hainish (a menudo modificados genéticamente para encajar con el planeta colonia o por otras razones).

Tras esta Expansión, los hainish se retiraron a Hain durante cientos de milenios, dejando a su lejana descendencia que se las arreglara por sí misma.

Cuando la gente de la Tierra empezó a explorar el espacio cercano, utilizando naves Casi Tan Rápidas Como la Luz y el comunicador instantáneo llamado el ansible, se toparon con los hainish, que partían de nuevo en busca de sus parientes perdidos. Se formó una Liga de Mundos (ver las novelas *El mundo de Rocannon*, *Planeta de exilio* y *La ciudad de las ilusiones*). Esta Liga se expandió y maduró a una asociación igualitaria de mundos y gente llamada el Ecumen, administrada desde Hain por gente llamada los estables, mientras los móviles partían a explorar mundos desconocidos, descubrir nuevas especies y servir como enviados y embajadores de los mundos miembros.

Las novelas «ecuménicas» son: *La mano izquierda de la oscuridad*, *El nombre del mundo es bosque* y *Los desposeídos*. La mayoría de las historias de ciencia ficción en las colecciones *The Wind's Twelve Quarters* (*Las doce moradas del viento*,

EDHASA) y *The Compass Rose (La rosa de los vientos, EDHASA)*, las tres últimas historias de *A Fisherman of the Inland Sea*, y todas las de *Cuatro caminos hacia el perdón* se hallan situadas en el Ecumen.

Este último libro presentaba los planetas Werel y Yeowe. En Werel, hace tres mil quinientos años, un pueblo agresivo de piel negra dominó las más pálidas razas septentrionales e instituyó una sociedad y una economía basadas en la esclavitud, con castas establecidas según el color de la piel. El primer contacto con el Ecumen asustó a los xenofóbicos werelianos y les hizo desarrollar rápidamente armas y naves especiales, e incidentalmente colonizar Yeowe, el siguiente planeta en dirección a su sol, que explotaron con un intenso trabajo esclavo. Poco después de que Werel admitiera finalmente diplomáticos del Ecumen, se produjo un gran levantamiento de esclavos en Yeowe. Tras treinta años de guerra, Yeowe obtuvo su libertad de la nación dominante de Werel, Voe Deo. La sociedad voe deana se vio desestabilizada por la liberación yeowana, así como por las nuevas perspectivas ofrecidas por el Ecumen. Al cabo de pocos años, un amplio levantamiento de esclavos en Voe Deo enfrentó a «propietarios» contra «posesiones» en una guerra civil a plena escala. Esta historia tiene lugar bien entrada esa guerra.

—Ursula K. Le Guin

Vieja música y las mujeres esclavas

Ursula K. Le Guin

El oficial jefe de Inteligencia de la Embajada Ecuménica en Werel, un hombre que en su mundo natal tenía el nombre de Sohikelwenyanmurkeres Esdan, y que en Voe Deo era conocido por un apodo, Esdardon Aya o Vieja Música, estaba aburrido. Se había necesitado una guerra civil y tres años para aburrirle, pero había llegado al punto donde se refería a sí mismo en los informes ansibles a los estables de Hain como el oficial jefe de estupidez de la Embajada.

Sin embargo, había conseguido mantener algunos enlaces clandestinos con amigos en la Ciudad Libre incluso después de que el Gobierno Legítimo sellara la embajada, no permitiendo el acceso a nadie y no dejando entrar ni salir ninguna información. En el tercer verano de la guerra, acudió al embajador con una petición. A falta de una comunicación fiable con la Embajada, el Mando de Liberación le había preguntado (¿cómo?, quiso saber el embajador; a través de uno de los hombres que les proporcionaba los suministros, explicó) si la embajada permitiría a uno o dos de sus miembros que se deslizaran a través de las líneas y hablaran con ellos, fueran vistos con ellos, a fin de ofrecer pruebas de que pese a la propaganda y a la desinformación, y aunque la embajada estaba en la ciudad de Jit, su personal no había

optado por apoyar a los legítimos sino que permanecía neutral y dispuesto a tratar con cualquier autoridad legítima de cualquier lado.

—¿La ciudad de Jit? —dijo el embajador—. No importa. Pero ¿cómo irás allí?

—Siempre el problema con Utopía —dijo Esdan—. Bueno, puedo pasar con lentes de contacto, si nadie mira de cerca. Cruzar la Divisoria es el problema.

La mayor parte de la gran ciudad todavía estaba físicamente allí, los edificios del gobierno, fábricas y almacenes, la universidad, las atracciones turísticas: el Gran Templo de Tual, la Calle del Teatro, el Mercado Viejo con sus interesantes salas de exposición y la soberbia Sala de Subastas, en desuso desde que la venta y alquiler de bienes había sido trasladada al mercado electrónico; las innumerables calles, avenidas y bulevares, los polvorientos parques sombreados por los árboles beya de flores púrpuras, los kilómetros y kilómetros de tiendas, cobertizos, molinos, senderos, estaciones, edificios de apartamentos, casas, recintos, los barrios, los suburbios, las zonas residenciales. La mayoría de ello aún estaba en pie, con sus quince millones de personas aún allí, pero su profunda complejidad había desaparecido. Las conexiones se habían roto. Ya no se producían interacciones. Un cerebro tras una apoplejía.

La brecha más grande era algo brutal, un golpe de hacha directo a través de la cisura, una tierra de nadie de un kilómetro de ancho de edificios derruidos y calles bloqueadas, cascotes y restos. Al este de la Divisoria era terreno Legítimo: el centro de la ciudad, las oficinas gubernamentales, embajadas, bancos, torres de comunicación, la universidad, los grandes parques y los barrios ricos, las carreteras a los depósitos de armas, acuartelamientos, aeropuertos y espaciopuerto. Al oeste de la Divisoria estaba Ciudad Libre, Polvoville, territorio de Liberación: fábricas, complejos sindicales, los barrios obreros, los viejos barrios residenciales degradados, interminables kilómetros de pequeñas calles que desembocaban finalmente en las llanuras. Cruzándolos ambos corría la gran autopista este-oeste, vacía.

La gente de Liberación lo sacó con éxito de la embajada y casi a través de la Divisoria. Él y ellos tenían mucha práctica de los viejos días pasando de contrabando artículos a Yeowe y la libertad. Consideró interesante que él fuera ahora el artículo contrabandeado y no uno de los contrabandistas, y descubrió que era mucho más atemorizador pero mucho menos opresivo, puesto que él no era responsable de nada, era el paquete, no el que lo llevaba. Pero en alguna parte en la conexión había habido un eslabón malo.

Entraron a pie en la Divisoria, y a medio camino de cruzarla se detuvieron junto a una pequeña ruina de camión posado sobre sus llantas bajo una casa de apartamentos desventrada. Había un conductor sentado al volante detrás del cuarteado parabrisas, y le sonrió. Su guía le hizo seña de que subiera a la parte de atrás. El camión de puso en marcha como un gato en plena caza, siguiendo una ruta enloquecida, zigzagueando por entre las ruinas. Ya casi habían llegado al otro lado de la Divisoria, abriéndose camino por entre un montón de cascotes que en su tiempo debía de haber sido una calle o una plaza, cuando el camión giró bruscamente, se detuvo, hubo gritos,

disparos, abrieron la parte de atrás y varios hombres saltaron dentro.

—Tranquilos —dijo—, sin violencia —porque lo estaban empujando rudamente, sacándolo del camión, retorciéndole los brazos a la espalda. Le quitaron la chaqueta y palmearon todo su cuerpo en busca de armas ocultas, lo arrastraron a un coche que aguardaba al lado del camión. Intentó ver si el conductor del camión estaba muerto pero no pudo mirar antes de que le metieran en el coche.

Era una vieja limusina del gobierno, color rojo oscuro, ancha y larga, hecha para desfiles, para llevar grandes personalidades al Consejo y traer a los embajadores del espaciopuerto. Su sección principal podía ser dividida con una cortina para separar a los pasajeros masculinos de los femeninos, y el compartimento del conductor estaba sellado de modo que los pasajeros no tuvieran que respirar el aire que exhalaba un esclavo.

Uno de los hombres había mantenido su brazo retorcido a su espalda hasta meterlo de cabeza en el coche, y todo lo que pensó, cuando se halló sentado entre dos hombres y frente a otros tres y el coche se puso en marcha, fue: me estoy haciendo demasiado viejo para esto.

Se mantuvo inmóvil, dejando que disminuyeran su miedo y su dolor, todavía no preparado para moverse ni siquiera para frotarse su dolorido hombro, sin mirar demasiado obviamente los rostros que le rodeaban o las calles. Dos miradas de soslayo le dijeron que estaban pasando la calle Rei, iban hacia el este, fuera de la ciudad. Se dio cuenta entonces de que había estado esperando que lo llevaran de vuelta a la embajada. Qué estúpido.

Tenían las calles sólo para ellos, excepto las sorprendidas miradas de la gente de a pie cuando pasaban rápidamente por su lado. Ahora estaban en un amplio bulevar, yendo muy aprisa, siempre hacia el este. Aunque estaba en muy mala situación, no pudo evitar el sentirse absolutamente regocijado por estar simplemente fuera de la embajada, al aire libre en el mundo, y moviéndose aprisa.

Alzó cautelosamente la mano y se masajeó el hombro. Con la misma cautela miró a los hombres que tenía a su lado y enfrente. Todos eran de piel oscura, dos negroazulados. Dos de los hombres que tenía enfrente eran jóvenes. Rostros limpios e impasibles. El tercero era un veot de tercer rango, un oga. Su rostro tenía la tranquila inexpresividad para la que eran entrenados los de su casta. Mirándole, Esdan captó sus ojos. Ambos desviaron la vista al instante.

A Esdan le gustaban los veots. Los veía —soldados además de dueños de esclavos— como parte del viejo Voe Deo, miembros de una especie condenada. Hombres de negocios y burócratas sobrevivirían y medrarían en la Liberación y sin duda hallarían soldados para que lucharan por ellos, pero la casta militar no. Su código de lealtad, honor y austeridad era demasiado parecido al de sus esclavos, con los que compartían la adoración de Kamyé, el Espadachín, el Fiador. ¿Durante cuánto tiempo sobreviviría ese misticismo del sufrimiento a la Liberación? Los veots eran intransigentes vestigios de un orden intolerable. Confiaba en ellos, y raras veces se

había sentido decepcionado en su confianza.

El oga era muy negro, muy apuesto, como Teyeo, un veot al que Esdan apreciaba particularmente. Había abandonado Werel mucho antes de la guerra, hacia la Tierra y Hain con su esposa, que sería un móvil del Ecumen uno de esos días. Dentro de unos pocos siglos. Mucho después de que hubiera terminado la guerra, mucho después de que Esdan estuviera muerto. A menos que decidiera seguirles, regresar, volver a casa.

Pensamientos ociosos. Durante una revolución no puedes elegir. Eres arrastrado, una burbuja en una catarata, una chispa en una fogata, un hombre desarmado en un coche con siete hombres armados recorriendo muy aprisa la ancha y vacía Autopista Arterial Este... Estaban abandonando la ciudad. En dirección a las Provincias del Este. El Gobierno Legítimo de Voe Deo se veía ahora reducido a la mitad de la capital y dos provincias, en donde siete de cada ocho personas eran lo que la octava persona, su propietario, llamaba bienes.

Los dos hombres en el compartimento delantero estaban hablando, aunque no podían ser oídos en el compartimento del propietario. Ahora el hombre con cabeza de bala a la derecha de Esdan hizo una pregunta murmurada al oga frente a él, que asintió.

—Oga —dijo Esdan.

Los inexpresivos ojos del veot se posaron en él.

—Necesito orinar.

El hombre no dijo nada y desvió la vista. Ninguno de ellos dijo nada durante un cierto tiempo. Estaban en un mal tramo de la autopista, desgarrado por la lucha durante el primer verano del levantamiento o simplemente no mantenido desde entonces. Los botes y sacudidas eran duros en la vejiga de Esdan.

—Dejemos que el jodido ojos blancos se mee encima —dijo uno de los dos hombres jóvenes frente a él al otro, que sonrió tensamente.

Esdan consideró posibles respuestas, divertidas, irónicas, no ofensivas, no provocativas, y mantuvo la boca cerrada. Aquellos dos sólo deseaban una excusa. Cerró los ojos e intentó relajarse, ser consciente del dolor en su hombro, del dolor en su vejiga, simplemente consciente.

El hombre a su izquierda, al que no podía ver claramente, dijo:

—Conductor. Para aquí.

Usó un interfono. El conductor asintió. El coche redujo la marcha y se salió al arcén, botando horriblemente. Salieron todos del vehículo. Esdan vio que el hombre de su izquierda era también un veot, de segundo rango, un zadyo. Uno de los hombres jóvenes sujetó a Esdan por el brazo cuando salieron, otro clavó una pistola en su hígado. Los otros se quedaron de pie en el polvoriento arcén y orinaron variadamente sobre el polvo, la grava, las raíces de una hilera de raquíuticos árboles. Esdan consiguió abrirse la cremallera pero sus piernas estaban tan agarrotadas y temblorosas que apenas podía mantenerse en pie, y el hombre joven con la pistola había dado un rodeo y ahora estaba de pie ante él con la pistola apuntando

directamente a su pene. Había un nudo de dolor en alguna parte entre su vejiga y su pene.

—Apártate un poco —dijo con quejumbrosa irritabilidad—. No quiero mojar los zapatos.

En vez de ello el hombre joven dio un paso hacia adelante, apuntando directamente su pistola a las ingles de Esdan.

El zadyo hizo un ligero gesto. El hombre joven retrocedió un paso. Esdan se estremeció, y la orina brotó como una fuente. Se sintió satisfecho, incluso en la agonía del alivio, de ver que había obligado al otro a retroceder otros dos pasos.

—Parece casi humano —dijo el hombre joven.

Esdan se metió con discreta prontitud su pardo miembro alienígena y cerró la cremallera. Todavía llevaba lentes que ocultaban los blancos de sus ojos, e iba vestido como un hombre de alquiler con ropa holgada y burda de color amarillo mate, el único color que estaba permitido a los esclavos urbanos. La bandera de la Liberación era del mismo amarillo mate. El color equivocado aquí. El cuerpo dentro de la ropa era también del color equivocado.

Tras vivir treinta y tres años en Werel, Esdan estaba acostumbrado a ser temido y odiado, pero nunca antes había estado enteramente a merced de quienes le temían y odiaban. La égida del Ecumen lo había protegido. Qué estúpido, abandonar la embajada, donde al menos estaría libre de todo daño, y dejarse ser atrapado por esos desesperados defensores de una causa perdida, que podían causarle una gran cantidad de daño. ¿Cuánto era capaz de resistir? Afortunadamente no podrían arrancarle a través de la tortura ninguna información sobre los planes de la Liberación, puesto que no sabía una maldita cosa de lo que estaban haciendo sus amigos. Pero pese a todo, qué estúpido.

De vuelta al coche, estrujado en el asiento y sin nada que ver excepto el ceño fruncido del hombre joven y la atenta inexpresividad del oga, cerró de nuevo los ojos. La autopista era más lisa aquí. Acunado por la velocidad y el silencio, se deslizó a una somnolencia postadrenalina.

Cuando se despertó de nuevo por completo el cielo era dorado y dos de las pequeñas lunas resplandecían encima de un ocaso sin nubes. Botaban por una carretera secundaria, un camino privado que serpenteaba junto a campos, huertos, plantaciones de árboles y caña de construcción, un enorme recinto para trabajadores, más campos, otro recinto. Se detuvieron en un puesto de control vigilado por un solo hombre armado, donde tras una breve comprobación se les indicó que podían seguir. La carretera penetró en un inmenso, abierto, ondulado parque. Su familiaridad le turbó. Una filigrana de árboles contra el cielo, el serpentear del camino entre bosquecillos y claros. Conocía el río que había detrás de aquella larga colina.

—Esto es Yaramera —dijo en voz alta.

Ninguno de los hombres respondió.

Hacía años, hacía décadas, cuando llevaba sólo un año o así en Werel, lo habían

invitado como miembro de la embajada a una fiesta en Yaramera, la mayor propiedad en Voe Deo. La Joya del Este. El modelo de esclavitud eficiente. Miles de bienes trabajando en los campos, molinos, fábricas de la finca, viviendo en enormes recintos, ciudades amuralladas. Todo limpio, ordenado, industrial, pacífico. Y la casa en la colina encima del río, un palacio, trescientas habitaciones, un mobiliario invaluable, pinturas, esculturas, instrumentos musicales..., recordaba una sala de conciertos privada con paredes de mosaico de cristal incrustado en oro, una estancia-templo tualita que era una enorme flor tallada en madera aromática.

Ahora se dirigían hacia aquella casa. El coche giró. Captó tan sólo un destello, una silueta recortada contra el cielo.

Los dos hombres jóvenes lo sujetaron de nuevo, lo sacaron del coche, retorcieron su brazo, lo empujaron y le hicieron subir la escalera. Intentando no resistirse, no sentir lo que le estaban haciendo, miró intensamente a su alrededor. El ala centro y sur de la inmensa casa estaban en ruinas, carecían de techo. A través de la negra silueta de una ventana brillaba el amarillo claro del cielo. Incluso allí en el corazón de la Ley se habían rebelado los esclavos. Hacía tres años ahora, en aquel primer terrible verano en el que habían ardido miles de casas, recintos, pueblos, ciudades. Cuatro millones de muertos. No sabía que el Levantamiento hubiera llegado incluso a Yaramera. No llegaban noticias río arriba. ¿Cuál había sido el precio entre los esclavos de la Joya aquella noche de incendios? ¿Habían sido asesinados los propietarios, o habían sobrevivido para enfrentarse a su castigo? No llegaban noticias río arriba.

Todo esto pasó por su mente con una rapidez y una claridad innaturales mientras lo arrastraban subiendo los bajos escalones hacia el ala norte de la casa, custodiado con pistolas desenfundadas como si temieran que un hombre de sesenta y dos años con severos calambres en las piernas por permanecer sentado inmóvil durante horas iba a librarse de ellos y echar a correr, allí, a trescientos kilómetros dentro de su propio territorio. Pensó rápidamente y lo observó todo.

Esta parte de la casa, unida a la casa central por una larga arcada, no había ardido. Las paredes todavía sostenían el techo, pero vio cuando entraron en el salón delantero que eran de piedra desnuda, y que su panelado interior había ardido. Unas sucias planchas reemplazaban el *parquet* o cubrían las baldosas pintadas. No había ningún mueble. En medio de su polvorienta ruina, el salón de alto techo era hermoso, desnudo, lleno con la clara luz del atardecer. Los dos veots habían abandonado su grupo y estaban informando a algunos hombres en la puerta de lo que había sido una sala de recepciones. Consideraba a los veots como una salvaguardia y esperaba que volvieran, pero no lo hicieron. Uno de los hombres jóvenes mantenía su brazo retorcido contra su espalda. Un hombre robusto avanzó hacia él, mirándole fijamente.,

—¿Tú eres el alienígena llamado Vieja Música?

—Soy hainish, y utilizo ese nombre aquí.

—Señor Vieja Música, tienes que comprender que abandonando tu embajada en clara violación del acuerdo de protección entre tu embajador y el gobierno de Voe Deo, has invalidado tu inmunidad diplomática. Puedes ser retenido en custodia, interrogado, y castigado convenientemente por cualquier infracción de la ley civil o crímenes de colusión con insurgentes y enemigos del Estado que se pruebe que hayas cometido.

—Comprendo que ésta es vuestra afirmación de mi posición —dijo Esdan—. Pero deberías saber, señor, que el embajador y los estables del Ecumen de los Mundos me consideran protegido tanto por la inmunidad diplomática como por las leyes del Ecumen.

Valía la pena intentarlo, pero sus mundanas mentiras no fueron escuchadas. Tras recitar su letanía, el hombre se dio la vuelta, y los hombres jóvenes sujetaron de nuevo a Esdan. Fue arrastrado a través de puertas y corredores que ahora apenas podía ver, bajando escaleras de piedra, a través de un amplio patio adoquinado, y a una habitación donde, con una última y agónica sacudida a su brazo y una zancadilla a sus pies, fue arrojado de bruces al suelo antes de cerrar la puerta y dejarle tendido boca abajo sobre las piedras en la oscuridad.

Apoyó la frente contra su brazo y permaneció allí tendido temblando, escuchando su respiración intentar contener una y otra vez los sollozos.

Más tarde recordaría aquella noche, y otras cosas de los siguientes días y noches. No supo, entonces o luego, si fue torturado a fin de romper su voluntad o fue simplemente el objeto a mano para la pura brutalidad y el rencor, una especie de juguete para los muchachos. Hubo patadas, golpes, una gran cantidad de dolor, pero nada de aquello quedó claro en su memoria excepto la prietajaula.

Había oído hablar de aquellas cosas, había leído sobre ellas. Nunca había visto ninguna. Nunca había estado dentro de un recinto. Los extranjeros, los visitantes, no eran llevados a los recintos de los esclavos en las haciendas de Voe Deo. Eran servidos por esclavos de la casa en las casas de los propietarios.

Éste era un recinto pequeño, no más de veinte chozas en el lado de las mujeres, tres viviendas comunales en el lado de la puerta. Había albergado a un par de cientos de esclavos que se ocupaban de la casa y de los inmensos jardines de Yaramera. Eran privilegiados comparados con los esclavos de los campos. Pero no estaban exentos del castigo. El poste de los azotes aún se alzaba cerca de la alta puerta que colgaba abierta en la alta pared.

—¿Aquí? —dijo Nemeo, el que siempre le retorció el brazo. Pero el otro, Alatual, dijo:

—No, vamos, es por aquí —y avanzó, excitado, para bajar la prietajaula del lugar de donde colgaba debajo de la estación principal de vigilancia, muy arriba en la parte interior de la pared.

Era un tubo de áspera y oxidada malla de acero sellado en un extremo y que se podía cerrar por el otro. Colgaba suspendido por un solo gancho de una cadena.

Apoyado en el suelo parecía una trampa para un animal, un animal no muy grande. Los dos hombres jóvenes le despojaron de sus ropas y le hicieron meterse en ella la cabeza por delante, usando los azuzadores, agujijones eléctricos con los que activaban a los esclavos perezosos y con los que habían estado jugando durante los últimos dos días. Reían estentóreamente, empujándole y clavándole los agujijones en el ano y el escroto. Se deslizó dentro de la jaula hasta que quedó acuclillado en ella, con brazos y piernas doblados y encajados contra su cuerpo. Cerraron la puerta, atrapando violentamente su pie desnudo contra la malla y causándole un dolor que le cegó mientras volvían a alzar la jaula. Se agitaba locamente en el aire, y se aferró a la malla con sus crispadas manos. Cuando abrió los ojos vio que el suelo giraba a unos siete u ocho metros por debajo de él. Al cabo de un momento los giros y los bamboleos cesaron. No podía mover la cabeza. Podía ver lo que había debajo de la prietajaula, y tensando los ojos hacia los lados podía ver la mayor parte del interior del recinto.

En los viejos días había habido gente ahí abajo que acudía a contemplar el espectáculo moral, un esclavo en la prietajaula. Había habido niños traídos para que aprendieran la lección de lo que le ocurría a una criada que rehuía hacer un trabajo, a un jardinero que estropeaba una poda, a un obrero que le contestaba a su capataz. Ahora no había nadie allí. El polvoriento suelo estaba desnudo. Las secas parcelas del jardín, el pequeño cementerio en el extremo más alejado de la parte de las mujeres, la zanja entre los dos lados, los senderos, un vago círculo de hierba más verde justo debajo de él, todo estaba desierto. Sus torturadores se quedaron allí durante un rato, riendo y hablando, luego se aburrieron y se fueron.

Intentó relajar su posición pero apenas podía moverse. Cualquier movimiento hacía que la jaula se agitara y balanceara hasta el punto de hacerle sentir vértigo y temer una caída. No sabía lo segura que estaba la jaula colgada de aquel único gancho. Su pie, atrapado en el cierre de la jaula, le dolía tan agudamente que deseaba desvanecerse, pero aunque le daba vueltas la cabeza permaneció consciente. Intentó respirar tal como había aprendido a hacerlo hacía mucho tiempo en otro mundo, suavemente, relajadamente. No podía hacerlo aquí, ahora, en este mundo, en esta jaula. Sus pulmones estaban estrujados de tal modo dentro de su caja torácica que cada respiración era extremadamente difícil. Intentó no sofocarse. Intentó no dejarse vencer por el pánico. Intentó ser consciente, sólo ser consciente, pero la consciencia era insoportable.

Cuando el sol apareció por aquel lado del recinto y brilló plenamente sobre él, el aturdimiento se convirtió en mareo. En algún momento, entonces, se desvaneció durante un tiempo.

Era de noche y hacía frío e intentó imaginar agua, pero no había agua allí.

Más tarde creyó haber estado dos días en la prietajaula. Podía recordar el raspar de la malla contra su piel desnuda quemada por el sol cuando lo sacaron, el *shock* del agua fría arrojada contra él con una manguera. Entonces estuvo plenamente

consciente por unos momentos, consciente de sí mismo, como un muñeco, tendido pequeño, flácido, sobre el polvo, mientras unos hombres encima de él hablaban y gritaban sobre algo. Entonces debió de ser llevado de vuelta a la celda o establo donde era mantenido, porque hubo oscuridad y silencio, pero también estaba todavía colgando en la prietajaula, asándose en el helado fuego del sol, congelando su ardiente cuerpo, encajado prietamente contra la exacta malla del dolor.

En algún punto fue llevado a una cama en una estancia con una ventana, pero todavía estaba en la prietajaula, balanceándose muy arriba sobre el polvoriento suelo, sobre el círculo de hierba verde.

El zadyo y el hombre robusto estaban allí, no estaban allí. Una esclava, de rostro ceniciento, acuclillada y temblando, le hizo daño intentando aplicar un ungüento en sus quemados brazos y piernas y espaldas. Estaba allí y no estaba allí. El sol brillaba a través de la ventana. Sintió la malla atrapar su pie una otra vez.

La oscuridad lo aliviaba. Dormía durante la mayor parte del tiempo. Tras un par de días pudo sentarse y comer lo que la asustada esclava le trajo. Sus quemaduras se estaban curando, y la mayor parte de sus dolores eran más leves. Su pie estaba enormemente hinchado; los huesos estaban rotos; eso no importaba hasta que tuviera que ponerse en pie. Se adormecía, derivaba. Cuando Rayaye entró en la habitación, lo reconoció al instante.

Se habían visto varias veces, antes del Levantamiento. Rayaye había sido ministro de Asuntos Exteriores bajo el presidente Oyo. Esdan desconocía el puesto que ocupaba ahora en el gobierno Legítimo. Rayaye era bajo para un wereliano, pero recio y sólido, con un rostro negroazulado de aspecto pulido y pelo gris, un hombre impresionante, un político.

—Ministro Rayaye —dijo Esdan.

—Señor Vieja Música. ¡Qué amable por su parte el que me recuerde! Lamento que haya estado enfermo. Espero que la gente de este lugar le cuide satisfactoriamente.

—Gracias.

—Cuando supe que no estaba usted bien pedí un doctor, pero aquí no hay más que un veterinario. No hay personal especializado. ¡No es como en los viejos días! ¡Qué cambio! Me gustaría que hubiera visto usted Yaramera en toda su gloria.

—Lo hice. —Su voz era débil, pero sonaba natural—. Hace treinta y dos o treinta y tres años. Lord y lady Aneo dieron una fiesta para nuestra embajada.

—¿De veras? Entonces sabe usted lo que era —dijo Rayaye, sentándose en la única silla, una espléndida pieza antigua a la que le faltaba un brazo—. Qué pena verlo todo en este estado, ¿verdad? Lo peor de la destrucción se produjo aquí en la casa. Toda el ala de las mujeres y las grandes estancias ardieron. Pero los jardines se salvaron, alabada sea la Señora. Fueron hechos por el propio Meneya hace cien años, ¿sabe? Y todavía se trabaja en los campos. Me han dicho que todavía hay aquí cerca de trescientos bienes unidos a la propiedad. Cuando termine todo, será mucho más

fácil restaurar Yaramera que cualquiera de las otras grandes propiedades. —Miró a través de la ventana—. Hermoso, hermoso. Y la gente de la casa de Aneos era famosa por su belleza, ¿sabe? Y por su entrenamiento. Se necesitará mucho tiempo para lograr de nuevo ese tipo de estándar.

—Sin duda.

El wereliano le miró con suave atención.

—Supongo que se estará preguntando por qué se halla usted aquí.

—No particularmente —dijo Esdan con suavidad.

—¿Oh?

—Puesto que abandoné la embajada sin permiso, supongo que el gobierno deseaba mantener su atención fija en mí.

—Algunos de nosotros nos alegramos al saber que había abandonado la embajada. Encerrado allí..., qué desperdicio de sus talentos.

—Oh, mis talentos —dijo Esdan con un despectivo encogimiento de hombros, que hizo que su hombro le doliera de nuevo. Luego se quejaría. Ahora estaba disfrutando. Le gustaba la esgrima.

—Es usted un hombre de mucho talento, señor Vieja Música. El más hábil, el más astuto de todos los alienígenas en Werel, le llamó en una ocasión lord Mehao. Ha trabajado usted con nosotros, y contra nosotros, sí, más efectivamente que ningún otro representante de otros mundos. Nos comprendemos. Podemos hablar. Creo que quiere usted realmente a mi pueblo, y que si yo le ofreciera una forma de servirle, un modo de terminar de una vez con este terrible conflicto..., usted la aceptaría.

—Me gustaría poder hacerlo.

—¿Es importante para usted ser identificado como sostenedor de uno de los bandos en conflicto, o prefiere permanecer neutral?

—Cualquier acción cuestionará toda posible neutralidad.

—Ser secuestrado de la embajada por los rebeldes no es prueba de su simpatía hacia ellos.

—Eso parece.

—Más bien lo contrario.

—Así sería visto.

—Puede serlo. Si usted quiere.

—Mis preferencias no tienen el menor peso, ministro.

—Tienen mucho peso, señor Vieja Música. Pero ya es suficiente. Ha estado usted enfermo, le estoy cansando. Seguiremos nuestra conversación mañana, ¿de acuerdo? Si usted quiere.

—Por supuesto, ministro —dijo Esdan, con una educación que bordeaba la sumisión, un tono que sabía adecuado con hombres como aquél, más acostumbrado a la atención de los esclavos que a la compañía de sus iguales. Esdan, como la mayoría de su pueblo, que no igualaba mala educación con orgullo, estaba predispuesto a mostrarse educado siempre que las circunstancias lo permitieran, y odiaba las

circunstancias que no lo permitían. La mera hipocresía no le preocupaba. Era perfectamente capaz de ella. Si los hombres de Rayaye lo habían torturado y Rayaye fingía ignorar el hecho, Esdan no tenía nada que ganar insistiendo sobre ello.

De hecho, se sentía feliz de no verse obligado a hablar de ello, y esperaba no tener que pensar en ello tampoco. Su cuerpo pensaba en ello por él, lo recordaba con exactitud, en cada una de sus articulaciones y músculos. El resto de su pensamiento sobre ello sería algo que guardaría durante tanto tiempo como viviera. Había aprendido cosas que no sabía. Había creído comprender lo que era sentirse impotente. Ahora se daba cuenta de que no lo había comprendido.

Cuando entró la mujer asustada, le pidió que enviara a buscar al veterinario.

—Necesito que me entablillen el pie —dijo.

—Arregla a los trabajadores, los esclavos, amo —susurró la mujer, encogiéndose sobre sí misma. Los bienes hablaban un dialecto de aspecto arcaico que a veces resultaba difícil de seguir.

—¿Puede venir a la casa?

Negó con la cabeza.

—¿Hay alguien aquí que pueda ocuparse de esto?

—Lo preguntaré, amo —susurró la mujer.

Aquella noche acudió una esclava vieja. Tenía un rostro arrugado, curtido, serio, y nada de la actitud temerosa de la otra. Cuando le vio por primera vez, susurró:

—¡Dios altísimo! —Pero hizo una rígida reverencia y luego examinó su hinchado pie, tan impersonal como un médico. Dijo—: Si me dejas vendarlo, amo, curará.

—¿Qué hay roto?

—Esos dedos. Aquí. Tal vez un pequeño hueso aquí, también. Hay muchos huesos en el pie.

—Por favor, véndamelo.

Lo hizo, firmemente, empleando tiras y tiras de tela hasta que el grosor del vendaje mantuvo su pie inmóvil formando ángulo. Dijo:

—Si caminas, utiliza un palo, señor. Apoya sólo ese talón en el suelo.

Le preguntó su nombre.

—Gana —dijo la mujer. Mientras pronunciaba su nombre alzó una aguda mirada directamente a él, un auténtico atrevimiento para un esclavo. Probablemente deseaba echarle una buena mirada a sus ojos alienígenas, tras hallar que el resto de él, aunque de un extraño color, era más bien normal, huesos y pies y todo lo demás.

—Gracias, Gana. Te agradezco tu habilidad y tu amabilidad.

Ella asintió con la cabeza pero no la inclinó, y abandonó la habitación. Cojeaba al andar, pero se mantenía erguida.

—Todas las abuelas son rebeldes —le había dicho alguien hacía mucho tiempo, antes del Levantamiento.

Al día siguiente pudo levantarse y cojear hasta la silla que tenía el brazo roto. Se sentó durante un rato y miró por la ventana.

La habitación estaba en un segundo piso y dominaba los jardines de Yaramera, laderas en terrazas y lechos de flores, senderos, césped y una serie de lagos y estanques ornamentales que descendían gradualmente hasta el río: un vasto esquema de curvas y planos, plantas y caminos, tierra y agua inmóvil, todo ello abrazado por la amplia curva viva del río. Todas las parcelas y senderos y terrazas formaban una suave geometría muy sutilmente centrada en un enorme árbol allá abajo a la orilla del río. Debía de ser ya un gran árbol cuando fue plantado el jardín hacía cuatrocientos años. Se alzaba por encima y muy hacia atrás con respecto a la orilla, pero sus ramas se extendían hasta muy por encima del agua, y a su sombra podría haberse establecido muy bien un poblado. La hierba de las terrazas se había secado a un dorado suave. El río y los lagos y estanques mostraban todos el mismo azul brumoso que el cielo del verano. Los lechos de flores y los arbustos estaban desatendidos, sin podar, pero todavía no se habían vuelto silvestres. Los jardines de Yaramera eran absolutamente hermosos en su desolación. Desolados, solitarios, olvidados, todas esas románticas palabras encajaban con ellos, pero también eran racionales y nobles, llenos de paz. Habían sido construidos por los esclavos. Su dignidad y su paz se fundaban en la crueldad, la miseria y el dolor. Estdan era hainish, de un pueblo muy antiguo, un pueblo que había construido y destruido Yaramera un millar de veces. Su mente contenía la belleza y el terrible dolor del lugar, le aseguraba que la existencia de uno no podía justificar lo otro, la destrucción de uno no podía destruir lo otro. Era consciente de ambos, sólo consciente.

Y consciente también, sentado finalmente bajo una cierta comodidad corporal, de que las tristes y encantadoras terrazas de Yaramera podían contener en ellas las terrazas de Darranda en Hain, techo bajo rojo techo, jardín bajo verde jardín, descendiendo empinadamente hasta el brillante puerto, con sus paseos y sus muelles y sus barcos de vela. Más allá del puerto se alza el mar, se yergue tan alto como su casa, tan alto como sus ojos. Esi sabe que los libros dicen que el mar descansa. «El mar yace tranquilo esta noche», dice el poema, pero él sabe más que eso. El mar se alza, un muro, un muro grisazulado al final del mundo. Si navegas por él parecerá plano, pero si lo ves realmente, es tan alto como las montañas de Darranda, y si navegas realmente por él, cruzarás ese muro al otro lado, más allá del fin del mundo.

El cielo es el techo que sostiene la pared. Por la noche las estrellas brillan a través del techo de cristal del aire. Puedes navegar hasta ellas, hasta los mundos más allá del mundo.

—Esi —llama alguien desde dentro, y él se vuelve del mar y del cielo, abandona el balcón, acude a recibir a los invitados o a su lección de música, o a comer con la familia. Esi es un muchachito agradable: obediente, alegre, no muy hablador pero sí

sociable, interesado en la gente. Con muy buenos modales, por supuesto; después de todo es un Kelwen, y la más vieja generación no aceptaría nada menos que eso en un muchacho de la familia, pero los buenos modales acuden de forma natural a él, quizá porque nunca ha visto malos modales. No es un muchacho soñador. Alerta, despierto, siempre al tanto. Pero pensativo, y dado a explicarse las cosas a sí mismo, como la pared del mar y el techo del aire. Esi no está tan claro y cercano a Esdan como acostumbraba a estarlo; es un muchacho de hace mucho tiempo y de muy lejos, dejado atrás, dejado en casa. Sólo raras veces ve ahora Esdan a través de sus ojos, y respira el maravillosamente intrincado aroma de la casa en Darranda: madera, el resinoso aceite usado para pulir la madera, las esteras de hierba dulce, las flores recién cortadas, las hierbas de la cocina, el viento del mar..., o oír la voz de su madre:

—¿Esi? Ven, amor. ¿Han venido los primos de Dorased!

Esi corre al encuentro de los primos, el viejo Iliawad con sus extravagantes cejas y pelo en sus fosas nasales, que puede hacer magia con trocitos de cinta adhesiva, y la prima Tuitui que es mejor que Esi en el que te pillo aunque es más joven, mientras Esdan se queda dormido en la silla rota junto a la ventana mirando a los terribles y hermosos jardines.

Las futuras conversaciones con Rayaye se vieron diferidas. El zadyo acudió con sus disculpas. El ministro había sido llamado a consulta con el presidente, pero regresaría dentro de tres o cuatro días. Esdan recordó haber oído despegar un volador a primera hora de la mañana, no muy lejos de allí. Era un aplazamiento. Le gustaba la esgrima, pero seguía sintiéndose muy cansado, muy agitado, y agradeció el descanso. Nadie acudió a su habitación excepto la mujer asustada, Heo, y el zadyo que acudía una vez al día para preguntarle si tenía todo lo que necesitaba.

Cuando pudo andar se le permitió abandonar su habitación, salir fuera si lo deseaba. Usando un bastón y atando a su vendado pie una vieja suela de sandalia que le trajo Gana, podía andar, y así salir a los jardines y sentarse al sol, que cada día se volvía más suave a medida que el verano envejecía. Los dos veots eran sus guardas, o más exactamente sus guardianes. Vio a los dos hombres jóvenes que le habían torturado; se mantenían a distancia, evidentemente con órdenes de no aproximársele. Uno de los veots estaba normalmente a la vista, pero nunca atosigantemente cerca.

No podía ir lejos. A veces se sentía como un insecto en una playa. La parte de la casa que todavía era utilizable era enorme, los jardines vastos, la gente muy poca. Estaban los seis hombres que lo habían traído, y cinco o seis más que ya estaban allí, mandados por el hombre robusto, Tualenem. De la población original de bienes de la casa y la propiedad había diez o doce, un pequeño resto del personal de la casa de cocineros, pinches, lavanderas, doncellas, camareras, sirvientes, limpiazapatos, limpiaventanas, jardineros, rastrillasenderos, camareros, mayordomos, chicos de los

recados, mozos de cuadra, conductores, mujeres para todo y chicos para todo que habían servido a los propietarios y a sus huéspedes en los viejos días. Esos pocos ya no eran encerrados por la noche en el viejo recinto para bienes donde estaba la prietajaula, sino que dormían en el conjunto de establos para caballos junto al patio o en el complejo de habitaciones alrededor de las cocinas. La mayoría de esos pocos que quedaban eran mujeres, dos de ellas jóvenes, y dos o tres hombres viejos de aspecto frágil.

Al principio se mostró cauteloso a la hora de hablar con cualquiera de ellos para no crearles dificultades, pero sus captores los ignoraban excepto para darles órdenes, evidentemente considerándolos de confianza, y con razón. Los buscaproblemas, los bienes que habían roto su confinamiento en los recintos, quemado la gran casa, asesinado a capataces y amos, habían desaparecido hacía tiempo: muertos, huidos o reesclavizados con una cruz marcada profundamente a fuego en ambas mejillas. Estos eran buenos elementos. Muy probablemente habían sido leales todo el tiempo. Muchos esclavos, en especial los esclavos personales, tan aterrados por el Levantamiento como sus propietarios, habían intentado defenderles o habían huido con ellos. No eran más traidores que los amos que habían liberado a sus bienes y luchado del lado de la Liberación. Tanto, pero no más.

Jóvenes mujeres del campo eran traídas una a una para ser usadas por los hombres. Cada día o dos los dos hombres jóvenes que lo habían torturado partían con un vehículo de superficie por la mañana con una muchacha usada y regresaban con otra nueva.

De las dos jóvenes esclavas de la casa, una llamada Kamsa siempre llevaba consigo a su bebé, y los hombres la ignoraban. La otra, Heo, era la asustada que lo había atendido. Tualenem la usaba cada noche. Los otros hombres mantenían las manos lejos de ella.

Cuando ellas o cualquiera de los esclavos de la casa pasaban junto a Esdan, dentro o fuera, dejaban caer sus manos a sus costados, inclinaban la cabeza sobre el pecho, bajaban la vista y se quedaban unos instantes inmóviles: la reverencia formal que se esperaba de los bienes personales frente a un amo.

—Buenos días, Kamsa.

Su respuesta era la reverencia.

Habían transcurrido años desde que había estado con el producto final de generaciones de esclavitud, el tipo de esclavo descrito como «perfectamente entrenado, obediente, abnegado, leal, el bien personal ideal» cuando era puesto a la venta. La mayoría de los bienes que había conocido, sus amigos y colegas, habían sido gente alquilada por sus propietarios a compañías y corporaciones para trabajar en fábricas o tiendas o en oficios especializados. También había conocido a muchos campesinos. La gente del campo raras veces tenía ningún contacto con sus propietarios; trabajaban bajo capataces, y sus recintos estaban controlados por bienes eunucos. Los que había conocido eran en su mayor parte fugados protegidos por la

Hame, la organización clandestina que ayudaba a escapar a los esclavos, y que luchaban por la independencia en Yeowe. Ninguno de ellos había estado tan totalmente privado de educación, opciones, imaginación de libertad, como lo estaban estos esclavos. Había olvidado la absoluta impenetrabilidad de la persona que no tenía vida privada, la integridad de los absolutamente vulnerables.

El rostro de Kamsa era suave, sereno, y no mostraba ningún sentimiento, aunque a veces la oía hablar y cantar muy suavemente a su bebé, un pequeño sonido alegre. Lo atraía. La vio una tarde sentada ante su trabajo en la albardilla de la gran terraza, con el bebé en su capazo a su espalda. Cojeó hasta ella y se sentó a su lado. No pudo evitar el que dejara su cuchillo y su tabla a un lado y se pusiera en pie con cabeza y manos y ojos bajados en una reverencia cuando se acercó.

—Por favor siéntate, por favor sigue con tu trabajo —dijo. Ella obedeció—. ¿Qué estás cortando?

—Dueli, mi amo —susurró ella.

Era una verdura que había comido a menudo y que le gustaba. La observó trabajar. Cada gran vaina leñosa tenía que ser cortada a lo largo de su sellada costura, lo cual no era fácil; se necesitaba una cuidadosa búsqueda del punto de apertura y duros y repetidos giros de la hoja para abrir la vaina. Luego había que retirar las gruesas semillas comestibles una por una y librarlas raspándolas de su filamentosa matriz.

—¿Esa parte tiene mal sabor? —preguntó.

—Sí, mi amo.

Era un proceso laborioso, que requería fuerza, habilidad y paciencia. Se sintió avergonzado.

—Nunca había visto dueli en sus vainas antes —dijo.

—No, mi amo.

—Qué hermoso bebé —dijo, un poco al azar. La pequeña criatura en su capazo, con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, había abierto unos grandes ojos negroazulados y miraba vagamente al mundo. Nunca lo había oído llorar. Le parecía casi ultraterreno, pero nunca había tenido mucha experiencia con bebés.

Ella sonrió.

—¿Es un chico?

—Sí, mi amo.

—Por favor, Kamsa —dijo—, me llamo Estdan. No soy un amo. Soy un prisionero. Tus amos son mis amos. ¿Me llamarás por mi nombre?

Ella no respondió.

—Nuestros amos lo desaprobarían.

Ella asintió. El asentimiento wereliano era una ligera inclinación hacia atrás de la cabeza, no una inclinación hacia adelante. Se había acostumbrado enteramente a ello después de todos esos años. Era la forma en que él mismo asentía. Se sorprendió pensando en ello ahora. Su cautividad, su trato allí, lo habían desplazado,

desorientado. Aquellos últimos días había pensado más en Hain de lo que lo había hecho durante años, décadas. Había estado como en casa en Werel, y ahora no era así. Comparaciones inapropiadas, recuerdos irrelevantes. Alienado.

—Me pusieron en la jaula —dijo, hablando con voz tan baja como ella y vacilando en la última palabra. Le costó pronunciarla.

De nuevo el asentimiento. Ahora, por primera vez, ella alzó la vista hacia él, el parpadeo de una fugaz mirada. Dijo, casi sin sonido:

—Lo sé —y siguió con su trabajo.

Él no halló nada más que decir.

—Yo era pequeña cuando vivía allí —dijo ella, con una mirada en la dirección del recinto donde estaba la jaula. Su murmurante voz estaba profundamente controlada, lo mismo que todos sus gestos y movimientos—. Antes de que la casa ardiera. Cuando los amos vivían aquí. Colgaban la jaula a menudo. Una vez colgaron a un hombre hasta que murió allí. En ella. Yo lo vi.

Silencio entre ellos.

—Nosotros los pequeños nunca íbamos debajo de ella. Nunca íbamos allí.

—Vi que... el suelo era diferente, ahí abajo —dijo Esdan, hablando igual de suave y con la boca seca y el aliento entrecortado—. Lo vi cuando miré hacia abajo. La hierba. Pensé que... allá donde ellos... —su voz se secó por completo.

—Una abuela tomó un palo largo, con una tela en el extremo, y la mojó, y la alzó hasta él. Los vigilantes miraron hacia otro lado. Pero murió. Y se pudrió durante algún tiempo.

—¿Qué había hecho?

—*Enna* —dijo ella, la palabra que tan a menudo había oído y con la que los bienes expresaban negación: no lo sé, yo no lo hice, yo no estaba allí, no es culpa mía, quién sabe...

Había visto al hijo de un propietario que había dicho «enna» ser abofeteado, no por la taza que había roto sino por usar una palabra esclava.

—Una lección útil —dijo. Sabía que ella lo entendería. Los desvalidos conocen la ironía como conocen el aire y el agua.

—Lo metieron en ella, me temo —dijo ella.

—La lección fue para mí, no para ti, esta vez —dijo él.

Ella siguió trabajando, cuidadosamente, incesantemente. Él la observó trabajar. Su rostro bajado, del color de la arcilla con sombras azuladas, era sereno, pacífico. El bebé tenía la piel más oscura que ella. No había sido criada como esclava, sino para ser usada por un propietario. Los ojos del bebé se cerraron lentamente, unas cortinas azuladas translúcidas como pequeñas conchas. Era pequeño y delicado, probablemente sólo tendría uno o dos meses. Su cabeza descansaba con infinita paciencia sobre el inclinado hombro de su madre.

No había nadie más fuera en las terrazas. Un ligero viento agitaba los árboles en flor detrás de ellos, estriaba con plata el distante río.

—Tu bebé, Kamsa, ¿sabes?, será libre —dijo Estdan.

Ella alzó la vista, no a él, sino al río y más allá de él.

—Sí —dijo—. Será libre. —Siguió trabajando.

El que le dijera aquello le fortaleció. Le hizo bien saber que ella confiaba en él. Necesitaba que alguien confiara en él, porque desde la jaula no podía confiar en sí mismo. Con Rayaye todo iba bien; todavía podía practicar la esgrima con él; no era ése el problema. Era cuando estaba solo, pensando, durmiendo. Estaba solo la mayor parte del tiempo. Algo en su mente, muy profundo en él, estaba herido, roto, y no había sido curado, no podía confiar en sí mismo para soportar su peso.

Oyó llegar el volador por la mañana. Aquella noche Rayaye le invitó a cenar. Tualenem y los dos veots cenaron con ellos y se disculparon, dejándoles a él y a Rayaye con media botella de vino en la mesa improvisada instalada en una de las menos dañadas estancias de abajo. Había sido una sala de caza o habitación de trofeos, allá en aquella ala de la casa que había sido el azade, el lado de los hombres, donde ninguna mujer entraba nunca; los bienes femeninos, las sirvientas y las mujeres de usar no contaban como mujeres. La cabeza de un enorme perro de jauría mostraba los dientes encima de la chimenea, con su pelaje chamuscado y polvoriento y sus ojos de cristal apagados. En la pared de enfrente había habido montadas varias ballestas. Sus pálidas sombras destacaban más claras en la madera oscura. El candelabro eléctrico parpadeaba débil. El generador no funcionaba bien. Uno de los viejos esclavos siempre estaba trasteando en él.

—Volviendo a esa mujer de usar —dijo Rayaye, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta que Tualenem acababa de cerrar con asiduos deseos de que el ministro tuviera un buena noche—. Joder con una blanca. Como joder con gente vulgar. Me pone la carne de gallina. Meter su polla en un coño esclavo. Cuando termine la guerra dejará de haber ese tipo de cosas. Los mestizos son la raíz de esta revolución. Mantened las razas separadas. Mantened limpia la sangre gobernante. Ésta es la única respuesta. —Habló como si esperara un completo acuerdo, pero no esperó a recibir ningún signo de ello. Llenó el vaso de Estdan y continuó con su resonante voz de político, considerado anfitrión, señor de la casa—. Bien, señor Vieja Música, espero que disfrute de una agradable estancia en Yaramera, y que su salud haya mejorado.

Un murmullo educado.

—El presidente Oyo lamentó saber que no estaba usted bien y le envía sus deseos de una completa recuperación. Le alegra saber que está usted a salvo de futuros maltratos por parte de los insurgentes. Puede permanecer aquí en completa seguridad durante tanto tiempo como desee. Sin embargo, cuando llegue el momento, el presidente y su gabinete esperan que acuda usted a Bellen.

Un murmullo educado.

La larga costumbre impedía a Estdan formular preguntas que revelaran la extensión de su ignorancia. A Rayaye, como a la mayoría de políticos, le encantaba su propia voz, y mientras hablaba Estdan intentó componer un esbozo de la situación

actual. Parecía que el gobierno legítimo se había trasladado de la ciudad a un pueblo, Bellen, al nordeste de Yaramera, cerca de la costa oriental. En la ciudad había quedado una especie de comando. Las referencias de Rayaye a él hicieron preguntarse a Esdan si la ciudad no sería de hecho semiindependiente del gobierno de Oyo, gobernada por una facción, quizás una facción militar.

Cuando empezó el Levantamiento, Oyo había recibido de inmediato poderes extraordinarios; pero el ejército Legítimo de Voe Deo, tras sus abrumadoras derrotas en el oeste, había permanecido inquieto bajo su mando, deseoso de más autonomía en el campo. El gobierno civil había exigido represalias, ataque y victoria. El ejército deseaba contener la insurrección. El rega-general Aydan había establecido la Divisoria en la ciudad e intentado establecer y mantener una frontera entre el nuevo Estado Libre y las Provincias Legítimas. Los veots que habían instigado el Levantamiento con sus tropas de bienes habían urgido similarmente una tregua fronteriza al Mando de Liberación. El ejército buscaba un armisticio, los guerreros buscaban la paz. Pero «mientras haya un solo esclavo yo no soy libre», exclamó Nekam-Anna, líder del Estado Libre, y el presidente atronó: «¡La nación no será dividida! ¡Defenderemos la legítima propiedad con la última gota de sangre de nuestras venas!». El rega-general había sido reemplazado repentinamente por un nuevo comandante en jefe. Muy pronto después de eso fue sellada la embajada y cortado todo acceso a la información.

Esdan sólo podía adivinar lo que había ocurrido en el medio año desde entonces. Rayaye hablaba de «nuestras victorias en el sur», como si el Ejército Legítimo hubiera estado en el ataque, empujando hacia atrás al Estado Libre a través del río Devan, al sur de la ciudad. Si era así, si habían recuperado territorio, ¿por qué había salido el gobierno de la ciudad y se había enterrado en Bellen? Las palabras de victoria de Rayaye podían ser traducidas como que el Ejército de la Liberación había estado intentando cruzar el río en el sur y los Legítimos habían tenido éxito en retenerlos. Si estaban dispuestos a llamar a eso una victoria, ¿habían renunciado finalmente al sueño de invertir la revolución, recuperar todo el territorio, y habían decidido cortar sus pérdidas?

—Una nación dividida no es una opción —dijo Rayaye, aplastando aquella esperanza—. Supongo que comprende eso.

Un asentimiento educado.

Rayaye sirvió el resto del vino.

—Pero nuestra meta es la paz. Nuestra meta más urgente e intensa. Nuestro pueblo infeliz ya ha sufrido suficiente.

Un asentimiento definitivo.

—Sé que es usted un hombre de paz, señor Vieja Música. Sabemos que el Ecumen fomenta la armonía entre y dentro de sus estados miembros. La paz es todo lo que deseamos en lo más profundo de nuestros corazones.

Un asentimiento, más una débil indicación interrogativa.

—Como usted sabe, el gobierno de Voe Deo siempre ha tenido el poder de terminar con la insurrección. Los medios para terminar con ella rápida y completamente.

Ninguna respuesta, pero sí una alerta atención.

—Y creo que usted sabe que es sólo nuestro respeto hacia la política del Ecumen, del que mi nación es miembro, lo que nos ha refrenado de usar esos medios.

Absolutamente ninguna respuesta de comprensión.

—Usted sabe eso, señor Vieja Música.

—Supuse que sentían ustedes un deseo natural de sobrevivir.

Rayaye sacudió la cabeza como molesto por un insecto.

—Desde que nos unimos al Ecumen, e incluso mucho antes de unirnos a él, señor Vieja Música, hemos seguido lealmente su política e inclinado la cabeza ante sus teorías. ¡Y así perdimos Yeowe! ¡Y así perdimos el Oeste! Cuatro millones de muertos, señor Vieja Música. Cuatro millones en el primer Levantamiento. Millones desde entonces. Millones. Si lo hubiéramos contenido entonces, hubieran muerto muchos menos. Tanto bienes como propietarios.

—Suicidio —dijo Esdan con voz muy suave, utilizando la forma como hablaban los bienes.

—El pacifista ve todas las armas como malvadas, desastrosas, suicidas. Pese a toda la ancestral sabiduría de su pueblo, señor Vieja Música, no tiene usted la perspectiva de la experiencia en asuntos de guerra que nosotros, los pueblos más jóvenes y toscos, nos vemos obligados a tener. Créame, no somos suicidas. Deseamos que nuestro pueblo, nuestra nación, sobreviva. Estamos decididos a que sea así. La bibo fue plenamente probada, mucho antes de que nos uniéramos al Ecumen. Es controlable, orientable, contenible. Es un arma exacta, un instrumento de guerra preciso. El rumor y el miedo han exagerado locamente sus capacidades y su naturaleza. Sabemos cómo usarla, cómo limitar sus efectos. Nada excepto la respuesta de los estables a través de su embajador nos impidió su despliegue selectivo el primer verano de la insurrección.

—Tuve la impresión de que el alto mando del ejército de Voe Deo se oponía también al despliegue de esa arma.

—Algunos generales se oponían. Muchos veots son de pensamiento rígido, como usted sabe muy bien.

—¿Esa decisión ha cambiado?

—El presidente Oyo ha autorizado el despliegue de la bibo contra las fuerzas que se concentran para invadir esta provincia desde el oeste.

Qué palabra tan hábil, «bibo». Esdan cerró por un momento los ojos.

—La destrucción será abrumadora —dijo Rayaye.

Un asentimiento.

—Es posible —dijo Rayaye, inclinándose hacia adelante, unos ojos negros en un rostro negro, intenso como un gato en plena caza— que si los insurgentes fueran

advertidos, podrían retirarse. Estamos dispuestos a discutir condiciones. Si se retiran, no atacaremos. Si están dispuestos a hablar, nosotros hablaremos. Puede evitarse un holocausto. Ellos respetan el Ecumen. Le respetan personalmente a usted, señor Vieja Música. Confían en usted. Si les hablara por la red, o si sus líderes aceptaran un encuentro, le escucharían, no como su enemigo, su opresor, sino como la voz de una neutralidad benévola amante de la paz, la voz de la sabiduría, animándoles a salvarse mientras aún hay tiempo. Ésta es la oportunidad que le ofrezco, a usted y al Ecumen. Salvar la vida de sus amigos entre los rebeldes, ahorrarle a este mundo sufrimientos inenarrables. Abrir el camino a una paz duradera.

—No estoy autorizado a hablar por el Ecumen. El embajador...

—No lo hará. No puede. No tiene libertad para hacerlo. Usted sí. Usted es un agente libre, señor Vieja Música. Su posición en Werel es única. Ambos bandos le respetan. Confían en usted. Y su voz lleva infinitamente más peso entre los blancos que la de él. Vino apenas un año antes de la insurrección. Usted es, me atrevería a decir, uno de nosotros.

—No soy uno de ustedes. Ni poseo ni soy poseído. Deberán redefinirse ustedes si quieren incluirme.

Por un momento Rayaye no tuvo nada que decir. Fue tomado por sorpresa, y eso evidentemente lo puso furioso. ¡Estúpido, se dijo Esdan, viejo estúpido, subirse a las alturas morales! Pero no sabía en qué terreno quedarse.

Era cierto que su palabra podía tener más peso que la del embajador. Nada más de lo que había dicho Rayaye tenía sentido. Si el presidente Oyo deseaba la bendición del Ecumen sobre el uso de su arma y pensaba realmente que Esdan podía proporcionárselo, ¿por qué actuaba a través de Rayaye, y mantenía a Esdan oculto en Yaramera? ¿Estaba Rayaye trabajando con Oyo, o trabajaba para una facción que se inclinaba por el uso de la bibe, mientras Oyo todavía se negaba?

Lo más probable era que todo el asunto fuese un farol. No había ningún arma. La súplica a Esdan era para darle credibilidad, dejando a Oyo fuera del asunto por si el farol fallaba.

La biobomba, la bibe, había sido una maldición en Voe Deo durante décadas, siglos. Presas de un miedo ante una invasión alienígena después de que el Ecumen contactara con ellos por primera vez hacía casi cuatrocientos años, los werelianos habían puesto todos sus recursos en el desarrollo de la lucha y el armamento espacial. Los científicos que inventaron este dispositivo en particular lo repudiaron, informando a su gobierno que era imposible contenerlo; destruiría toda la vida humana y animal en una enorme área y causaría profundos y permanentes daños genéticos en todo el mundo a medida que se difundía por el agua y la atmósfera. El gobierno nunca usó el arma pero nunca se mostró dispuesto a destruirla, y su existencia había impedido a Werel formar parte del Ecumen como miembro durante todo el tiempo en que se mantuvo el embargo. Voe Deo insistía en que era su garantía contra cualquier invasión extraterrestre y quizá creía que impediría la revolución. Sin

embargo no fue usada cuando su planeta-esclavo Yeowe se rebeló. Luego, después de que el Ecumen levantara el embargo, anunciaron que habían destruido sus reservas. Werel se unió al Ecumen. Voe Deo invitó a que fueran inspeccionados sus almacenes de armas. El embajador declinó educadamente la oferta, citando la política ecuménica de confianza. Ahora la bibo existía de nuevo. ¿Realmente? ¿En la mente de Rayaye? ¿Estaba desesperado? Un fraude, un intento de utilizar el Ecumen para que respaldara una amenaza fantasma que impidiera una invasión: el escenario más probable, pero no era del todo convincente.

—Esta guerra tiene que terminar —dijo Rayaye.

—Estoy de acuerdo.

—Nunca nos rendiremos. Tiene que comprender eso. —Rayaye había abandonado su tono razonable y halagador—. Restableceremos el sagrado orden del mundo —dijo, y ahora era plenamente creíble. Sus ojos, los oscuros ojos werelianos carentes de blanco, eran insondables a la débil luz. Apuró su vino—. Usted cree que luchamos por nuestras propiedades. Por conservar lo que poseemos. Pero le diré que luchamos para defender a nuestra Señora. En esa lucha no hay rendición. Ni compromiso.

—Su Señora es piadosa.

—La Ley es su piedad.

Esdan guardó silencio.

—Mañana debo volver a Bellen —dijo Rayaye tras una pausa, volviendo a su tono magistralmente controlado—. Nuestros planes para avanzar por el frente sur deben ser plenamente coordinados. Cuando regrese, necesitaré saber si está dispuesto usted a proporcionarnos la ayuda que le he pedido. Nuestra respuesta dependerá en gran medida de eso. De lo que usted diga. Se sabe que está usted aquí en las Provincias del Este, lo saben los insurgentes, quiero decir, así como nuestra gente..., aunque su localización exacta se mantiene por supuesto oculta por su propia seguridad. Se sabe que es posible que esté preparando usted una declaración sobre un cambio en la actitud del Ecumen con respecto a la forma en que es llevada la guerra civil. Un cambio que puede salvar millones de vidas y traer una justa paz a nuestra tierra. Espero que emplee su tiempo aquí redactándola.

Es un faccionalista, pensó Esdan. No va a ir a Bellen, o si va, no es ahí donde se halla el gobierno de Oyo. Esto es algún plan propio. Alocado. No funcionará. No tiene la bibo. Pero tiene una pistola. Y me disparará.

—Gracias por esta agradable cena, ministro —dijo.

A la mañana siguiente oyó al volador partir al amanecer. Cojeó fuera al sol de la mañana después del desayuno. Uno de sus guardias veots le observó desde una ventana y luego se alejó. En un rincón resguardado justo debajo de la balastrada de la terraza sur, cerca de una plantación de grandes arbustos con enormes flores blancas de dulce aroma, vio a Kamsa y su bebé y a Heo. Se dirigió cojeando hacia ellos. Las distancias en Yaramera, incluso dentro de la casa, eran abrumadoras para un hombre

que cojeaba. Cuando finalmente llegó allí dijo:

—Me siento solitario. ¿Puedo sentarme con vosotros?

Las mujeres estaban de pie, por supuesto, haciendo sus reverencias, aunque la reverencia de Kamsa se había vuelto más bien testimonial. Se sentó en un banco curvo sembrado de flores caídas. Ellas se sentaron en el sendero de losas de piedra con el bebé. Habían desnudado el pequeño cuerpo a la suave luz del sol. Era un bebé muy delgado, pensó Estdan. Las articulaciones en los brazos y piernas azul oscuro eran como las uniones en los tallos de las flores, nudos translúcidos. El bebé se movía más de lo que lo había visto moverse nunca, estirando los brazos y volviendo la cabeza como si gozara de la sensación del aire. La cabeza era grande para el cuello, de nuevo como una flor, demasiado grande para un tallo tan delgado. Kamsa hizo oscilar una de las auténticas flores sobre el bebé. Sus oscuros ojos se alzaron hacia ella. Sus párpados y sus cejas eran exquisitamente delicados. La luz del sol brillaba a través de sus dedos. Sonrió. Estdan contuvo el aliento. La sonrisa del bebé a la flor era la belleza de la flor, la belleza del mundo.

—¿Cómo se llama?

—Rekam.

Nieto de Kayme, Kayme el Señor y esclavo, cazador y granjero, guerrero y pacificador.

—Un hermoso nombre. ¿Qué edad tiene?

En el lenguaje que hablaban eso significaba: «¿Cuánto tiempo ha vivido?». La respuesta de Kamsa fue extraña:

—Tanta como su vida —dijo, o eso entendió él de su susurro y su dialecto. Quizá era de mala educación o traía mala suerte preguntar la edad de un niño.

Se echó hacia atrás en el banco.

—Me siento muy viejo —dijo—. No he visto a un bebé desde hace cien años.

Heo permanecía sentada encorvada, de espaldas a él; tuvo la sensación de que deseaba cubrirse los oídos. Se sentía aterrada hacia él, el alienígena. La vida no le había dejado mucho a Heo excepto miedo, supuso. ¿Tendría veinte, veinticinco años? Parecía tener cuarenta. Quizá tuviera diecisiete. Una mujer de usar, mal usada, envejecida rápidamente. Calculó que Kamsa no tendría muchos más de veinte años. Era delgada y en absoluto espectacular, pero había un florecer en ella del que carecía Heo.

—¿El amo tiene hijos? —preguntó Kamsa, alzando su bebé hacia su pecho con un cierto orgullo discreto, tímidamente ostentoso.

—No.

—A *yera yera* —murmuró, otra palabra esclava que él había oído a menudo en los recintos urbanos: Oh pena pena.

—Cómo llegas al centro de las cosas, Kamsa —dijo. Ella le miró y sonrió. Tenía mala dentadura, pero su sonrisa era hermosa. Observó que el bebé no estaba mamando. Reposaba pacíficamente en el hueco del brazo de su madre. Heo seguía

tensa y se sobresaltaba cada vez que él hablaba, así que no dijo nada más. Apartó los ojos de ellas, más allá de los arbustos, hacia la maravillosa vista que parecía ordenarse, cada vez que caminabas o te sentabas, en un perfecto equilibrio: los niveles de las losas de piedra, de hierba pardo grisácea y agua azul, las curvas de los senderos, las masas y líneas de los arbustos, el gran viejo árbol, el brumoso río y su verde orilla del otro lado. Ahora las mujeres empezaron a hablar de nuevo muy suavemente. No escuchó lo que decían. Era consciente de sus voces, consciente de la luz del sol, consciente de la paz.

La vieja Gana llegó caminando pesadamente a través de la terraza superior hacia ellos, dirigió una inclinación de cabeza hacia Estdan, dijo a Kamsa y Heo:

—Choyo os requiere. Dejadme a mí ese bebé.

Kamsa depositó de nuevo el bebé sobre la cálida piedra. Ella y Heo se pusieron en pie y se alejaron, mujeres ligeras y delgadas que se movían con una grácil prisa. La mujer vieja se sentó poco a poco y con gruñidos y muecas en el sendero al lado de Rekam. Inmediatamente lo cubrió con un pliegue de sus pañales, sin dejar de fruncir el ceño y murmurar sobre la locura de su madre. Estdan observó sus cuidadosos movimientos, su gentileza cuando cogió al niño, sosteniendo su pesada cabeza y sus delgados miembros, su ternura al acunarlo, balanceando su propio cuerpo para balancear el del bebé.

Alzó la vista hacia Estdan. Sonrió, y su rostro se frunció en un millar de arrugas.

—Es mi gran regalo —dijo.

—¿Tu nieto? —murmuró él.

El asentimiento hacia atrás. Siguió acunando suavemente. El bebé tenía los ojos cerrados, su cabeza descansaba blanda en el escaso y seco pecho de la mujer.

—Creo que no tardará mucho en morir.

Al cabo de un rato Estdan dijo:

—¿Morir?

El asentimiento. Todavía seguía sonriendo. Acunando muy, muy suavemente.

—Tiene dos años, amo.

—Pensé que había nacido este verano —dijo Estdan en un susurro.

—Vino a estarse un poco de tiempo con nosotras —dijo la vieja mujer.

—¿Qué le ocurre?

—Consunción.

Estdan había oído el término.

—¿Avo? —dijo, el nombre por el que la conocía, una infección vírica sistémica común entre los niños werelianos, frecuentemente epidémica en los recintos de bienes de las ciudades.

Ella asintió.

—¡Pero es curable!

La mujer no dijo nada.

El avo era completamente curable. Había médicos. Había medicina. El avo era

curable en la ciudad, no en el campo. En la gran casa, no en los recintos de los bienes. En tiempo de paz, no en tiempo de guerra. ¡Estúpido!

Quizás ella sabía que era curable, o tal vez no, era posible que no supiera lo que significaba la palabra. Acunaba al bebé, canturreándole en un susurro, sin prestar atención al estúpido. Pero le había oído, y finalmente le respondió. Sin mirarle, observando el rostro dormido del bebé.

—Yo nací propiedad —dijo—, y mis hijas también. Pero él no. Él es el regalo. Para nosotras. Nadie puede ser su amo. El regalo de sí mismo del Señor Kayme. ¿Quién puede conservar ese regalo?

Esdan inclinó en silencio la cabeza.

Le había dicho a la madre: «Él será libre». Y ella había dicho: «Sí».

Finalmente dijo:

—¿Puedo cogerlo?

La abuela dejó de acunarlo y se mantuvo inmóvil durante unos momentos.

—Sí —dijo al fin. Se levantó y, muy cuidadosamente, transfirió el dormido bebé a los brazos de Esdan.

—Sostiene mi alegría —dijo.

El niño no pesaba nada, tres o cuatro kilos. Era como sujetar una cálida flor, un pequeño animal, un pájaro. Los pañales se arrastraban sobre las piedras. Gana los recogió y los depositó suavemente alrededor del bebé, ocultando su rostro. Tensa y nerviosa, celosa, llena de orgullo, permaneció arrodillada allí. Al cabo de poco tiempo tomó de nuevo al bebé contra su corazón.

—Bien —dijo, y su rostro se ablandó con una expresión de felicidad.

Aquella noche Esdan, dormido en la habitación que miraba por encima de las terrazas de Yaramera, soñó que había perdido una pequeña piedra, redonda y plana, que siempre llevaba consigo en un bolsillo. La piedra era del pueblo. Cuando la mantenía en su mano y la calentaba, era capaz de hablar, de hablar con él. Pero no había hablado con ella desde hacía mucho tiempo. Ahora se dio cuenta de que no la tenía. La había perdido, la había dejado en alguna parte. Pensó que estaba en el sótano de la embajada. Intentó ir al sótano, pero la puerta estaba cerrada, y no pudo hallar la otra puerta.

Despertó. Era primera hora de la mañana. No necesitaba levantarse. Pensaría en qué hacer, qué decir, cuando volviera Rayaye. No pudo. Pensó en el sueño, en la piedra que hablaba. Deseaba haber oído lo que decía. Pensó en el pueblo. La familia del hermano de su padre había vivido en Arkanan Pueblo en las tierras altas del lejano sur. En su adolescencia, cada año en el corazón del invierno septentrional, Esi había volado hasta allí para pasar cuarenta días del verano. Con sus padres al principio, luego solo. Su tío y su tía habían crecido en Darranda y no eran gente del pueblo. Sus hijos sí. Habían crecido en Arkanan y pertenecían enteramente a él. El mayor Suhan, catorce años mayor que Esdan, había nacido con defectos cerebrales y neurales irreparables, y era por él que sus padres se habían instalado en un pueblo.

Había un lugar para él allí. Se convirtió en pastor. Iba a las montañas con los yama, animales que los hainish del sur habían traído de O hacía un milenio o así. Cuidaba de los animales. Volvió para vivir en el pueblo sólo un invierno. Esi lo veía raramente, y se alegraba de ello, pues consideraba a Suhan como una figura temible: grande, torpe, maloliente, con una voz fuerte y estrepitosa que balbuceaba palabras incomprensibles. Esi no podía comprender por qué los padres y las hermanas de Suhan lo querían. Creyó que sólo lo fingían. Nadie podía quererle.

Para el Esdan adolescente había otro problema. Su prima Noy, hermana de Suhan, que se había convertido en la Jefe de Agua de Arkanan, le dijo que no era un problema sino un misterio.

—¿No ves cómo Suhan es nuestro guía? —le dijo—. Míralo. Condujo a mis padres hasta aquí para vivir. Así, mi hermana y yo nacimos aquí. Tú viniste a estarte con nosotros aquí. Así has aprendido a vivir en el pueblo. Ya no serás nunca sólo un hombre de ciudad. Porque Suhan te guió hasta aquí. Nos guió a todos. A las montañas.

—En realidad no nos guió —argumentó el muchacho de catorce años.

—Sí, lo hizo. Seguimos su debilidad. Su imperfección. Los fallos nos guían. Mira el agua, Esi. Halla los lugares débiles en la roca, las aberturas, los huecos, las ausencias. Siguiendo el agua llegamos al lugar donde pertenecemos. —Luego se había marchado a arbitrar una disputa sobre los derechos de uso de un sistema de irrigación fuera del pueblo, porque el lado oriental de las montañas era una región muy seca, y la gente de Arkanan era disputadora, aunque hospitalaria, y la Jefe del Agua siempre estaba atareada.

Pero la condición de Suhan había sido irreparable, sus debilidades inaccesibles incluso a las maravillosas habilidades médicas de Hain. Este bebé se estaba muriendo de una enfermedad que podía ser curada mediante una simple serie de inyecciones. Era un error aceptar su enfermedad, su muerte. Era un error dejar que la vida le fuera arrebatada por las circunstancias, por la mala suerte, por una sociedad injusta, una religión fatalista. Una religión que fomentaba y alentaba la terrible pasividad de los esclavos, que decía a esas mujeres que no hicieran nada, que dejaran que el niño se consumiera y muriera.

Debía interferir, tenía que hacer algo, pero ¿qué podía hacer?

—¿Cuánto tiempo ha vivido?

—Tanto como su vida.

No había nada que pudieran hacer. Ningún lugar donde ir. Nadie a quien recurrir. La cura del avo existía, en algunos lugares, para algunos niños. No en este lugar, no para este niño. Ni la ira ni la esperanza servían para nada. Ni el dolor. Todavía no era tiempo para el dolor. Rekam estaba allí con ellos, y podían regocijarse de su presencia en tanto estuviera allí. Tanto como su vida.

Es mi gran regalo. Sostienes mi alegría.

Era un extraño lugar para empezar a aprender la calidad de la alegría. El agua es

mi guía, pensó. Sus manos todavía sentían lo que habían sentido cuando sujetó al niño, el ligero peso, la breve calidez.

Estaba fuera en la terraza a última hora de la mañana siguiente, aguardando a que Kamsa y al bebé salieran como hacían habitualmente, pero en su lugar acudió el viejo veot.

—Señor Vieja Música, debo pedirte que permanezcas dentro por un tiempo —dijo.

—Zadyo, no voy a escapar corriendo —dijo Esdan, mostrando su aún vendado pie.

—Lo siento, señor.

Cojeó de vuelta al interior tras el veot y fue encerrado en una habitación de abajo, una especie de almacén sin ventanas detrás de las cocinas. Lo habían amueblado con un camastro, una mesa y una silla, un orinal, y una lámpara de batería para cuando fallara el generador, como solía ocurrir la mayor parte de los días.

—¿Esperáis un ataque, entonces? —preguntó cuando vio aquellos preparativos, pero el veot respondió tan sólo cerrando la puerta. Esdan se sentó en el camastro y meditó, como había aprendido a hacer en Arkanan Pueblo. Limpió inquietud y furia de su mente a través de largas repeticiones: salud y buen trabajo, valor, paciencia, paz para sí mismo, salud y buen trabajo, valor, paciencia, paz para el zadyo..., para Kamsa, para el bebé Rekam, para Rayaye, para Heo, para Taulenem, para el oga, para Nemeo que lo había metido en la prietajaula, para Alatual que lo había metido en la prietajaula, para Gana que había curado su pie y lo había bendecido, para la gente que conocía en la embajada, en la ciudad, salud y buen trabajo, valor, paciencia, paz... Fue bien, pero la meditación en sí fue un fracaso. No podía dejar de pensar. Así que pensó. Pensó en lo que podía hacer. No halló nada. Era débil como el agua, impotente como el bebé. Se imaginó hablando en una holorred con un guión diciendo que el Ecumen aprobaba relucientemente el uso limitado de armas biológicas a fin de terminar con la guerra civil. Se imaginó a sí mismo en la holorred dejando caer el guión y diciendo que el Ecumen nunca aprobaría el uso de armas biológicas por ninguna razón. Ambas imágenes eran fantasías. Los planes de Rayaye eran fantasías. Viendo que su rehén le era inútil, Rayaye le pegaría unos tiros. ¿Cuánto tiempo había vivido? Tanto como sesenta y dos años. Un tiempo mucho más justo del que se le había concedido a Rekam. Su mente volvió hacia atrás.

El zadyo abrió la puerta y le dijo que podía salir.

—¿A qué distancia se halla el Ejército de Liberación, zadyo? —preguntó. No esperaba ninguna respuesta. Salió a la terraza. Era última hora de la tarde. Kamsa estaba allí, sentada con el bebé a su pecho. El pezón estaba en la boca del niño, pero éste no chupaba. Se cubrió el pecho. Su rostro, mientras lo hacía, pareció triste por primera vez.

—¿Está dormido? ¿Puedo cogerlo? —dijo Estdan, sentándose a su lado.

Ella le pasó el pequeño bulto. Su rostro seguía turbado. Estdan creyó que la respiración del niño era más dificultosa, le costaba más respirar. Pero estaba despierto, y alzó la vista al rostro de Estdan con unos grandes ojos. Estdan le hizo unas muecas, distendiendo los labios y parpadeando. Obtuvo una pequeña sonrisa.

—La gente dice que viene un ejército —dijo Kamsa con su voz más suave.

—¿El de Liberación?

—Enna. Algún ejército.

—¿Desde el otro lado del río?

—Creo.

—Son bienes..., hombres liberados. Son de tu propia gente. No os harán daño. — Quizá.

Ella estaba asustada. Su control era perfecto, pero estaba asustada. Había visto el Levantamiento allí. Y las represalias.

—Ocultaos si podéis, si hay bombardeo o lucha —dijo Estdan—. Bajo tierra. Tiene que haber muchos escondites aquí.

Ella pensó y dijo:

—Sí.

Todo era paz en los jardines de Yaramera. Ningún sonido excepto el viento agitando las hojas y el débil zumbido del generador. Incluso las quemadas y rotas ruinas de la casa parecían suavizadas, sin edad. Lo peor ya había ocurrido, decían las ruinas. Para ellas. Quizá no para Kamsa y Heo, Gana y Estdan. Pero no había ningún atisbo de violencia en el aire de verano. El bebé sonreía de nuevo con su vaga sonrisa, acunado en los brazos de Estdan. Pensó en la piedra que había perdido en su sueño.

Por la noche fue encerrado en la habitación sin ventanas. No tenía forma de saber qué hora era cuando fue despertado por un ruido, puesto en pie por una serie de disparos y explosiones, fuego de artillería o bombas de mano. Hubo silencio, luego una segunda serie de bangs y cracs, más débiles. Silencio de nuevo, que se prolongó y prolongó. Luego oyó un volador pasar directamente por encima de la casa como si trazara círculos, sonidos dentro de la casa: un grito, carreras. Encendió la lámpara, se puso los pantalones, con dificultad a causa del pie vendado. Cuando oyó volver al volador y una explosión, saltó hacia la puerta presa del pánico, sin pensar en nada excepto en que tenía que salir de la trampa mortal de aquella habitación. Siempre había temido el fuego, morir en un incendio. La puerta era de sólida madera, sólidamente encajada en un sólido marco. No tenía ninguna esperanza de forzarla, y lo sabía incluso en medio de su pánico. Gritó una sola vez:

—¡Déjenme salir de aquí! —y luego consiguió controlarse, regresó al camastro, y al cabo de un minuto se sentó en el suelo entre el camastro y la pared, el lugar más seguro que le permitía la habitación, intentando imaginar lo que ocurría fuera. Una incursión de la Liberación y los hombres de Rayaye defendiéndose, intentando hacer

que el volador se posara, eso era todo lo que podía imaginar.

Silencio absoluto. Siguió, y siguió.

Su lámpara parpadeó.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—¡Déjenme salir!

Ningún sonido.

Un disparo aislado. Voces de nuevo, pies corriendo, gritos, llamadas. Tras otro largo silencio, voces distantes, el sonido de hombres acercándose por el corredor al otro lado de la habitación. Un hombre dijo:

—Mantenedlos fuera de aquí por ahora.

Una voz llana, dura. Vaciló, acumuló fuerzas y gritó:

—¡Soy un prisionero! ¡Aquí dentro!

Una pausa.

—¿Quién hay ahí?

No era la voz que había oído. Era bueno con las voces, con los rostros, con los nombres, con las intenciones.

—Esdardon Aya de la Embajada del Ecumen.

—¡Dios Altísimo! —exclamó la voz.

—¡Sáquenme de aquí, ¿quieren?!

No hubo respuesta, pero la puerta resonó en vano sobre sus masivos goznes, fue golpeada; más voces fuera, más golpes.

—Un hacha —dijo alguien.

—Encontrad la llave —dijo otra voz.

Se marcharon. Esdan aguardó. Luchó repetidamente contra un impulso de echarse a reír, temeroso de caer en la histeria, pero era divertido, estúpidamente divertido, todos los gritos a través de la puerta e ir en busca de hachas y llaves, una farsa en medio de una batalla. ¿Qué batalla?

Lo supo más tarde. Los hombres de la Liberación habían entrado en la casa y matado a los hombres de Rayaye, tras tomarlos a la mayoría por sorpresa. Habían estado aguardando la llegada del volador de Rayaye. Debían de haber tenido contactos entre los campesinos, informadores, guías. Sellado en su habitación, sólo había oído el ruidoso fin de la acción. Cuando fue liberado y pudo salir, estaban arrastrando fuera a los muertos. Vio el horriblemente mutilado cuerpo de uno de los hombres jóvenes, Alatual o Nemeo, hacerse pedazos mientras lo arrastraban, con las ensangrentadas entrañas extendiéndose por el suelo, las piernas abandonadas atrás. El hombre que arrastraba el cadáver se detuvo confuso y se quedó allí sujetando los hombros y el torso.

—Vaya, mierda —dijo, y Esdan se quedó allí jadeando, intentando de nuevo no reír, no vomitar.

—Vamos —dijo el hombre que estaba a su lado, y le siguió.

La luz de primera hora de la mañana entraba oblicua por las rotas ventanas. Esdan

no dejaba de mirar a su alrededor, sin ver a nadie de la casa. Los hombres lo llevaron a la habitación con la cabeza de perro de jauría sobre la chimenea. Había seis o siete hombres reunidos alrededor de la mesa. No llevaban uniformes, aunque algunos tenían el nudo o la cinta amarillos de la Liberación en su gorra o en su manga. Eran ásperos, firmes, duros. Algunos eran oscuros, algunos tenían la piel *beige* o arcillosa o azulada, todos parecían inquietos y peligrosos. Uno de los que iban con él, un hombre alto y delgado, dijo con la misma dura voz con la que había dicho «¡Dios Altísimo!» desde fuera de la puerta:

—Es él.

—Soy Esdardon Aya, Vieja Música, de la Embajada del Ecumen —dijo de nuevo, con la voz más relajada posible—. Estaba retenido aquí. Les doy las gracias por liberarme.

Varios se le quedaron mirando de la forma en que mira la gente que nunca ha visto un alienígena, deteniéndose en su piel pardo rojiza y sus profundos ojos orlados de blanco y las sutiles diferencias en la estructura de su cráneo y en sus rasgos. Uno o dos miraron más agresivamente, como para desafiar su afirmación, demostrar que creerían que era quien decía que era cuando lo demostrara. Un hombre recio y de anchos hombros, de piel blanca y pelo castaño, puro polvo, pura sangre de la antigua raza conquistada, miró a Esdan durante largo rato.

—Veremos eso —dijo.

Habló con voz suave, la voz propia de un bien. Puede que se necesitara una generación o más para que aprendieran a alzar sus voces, a hablar libremente.

—¿Cómo supieron que yo estaba aquí? ¿La red de campo?

Así era como llamaban al sistema clandestino de información pasado de boca en boca, de campo a recinto a ciudad y de vuelta de nuevo, mucho antes de que existiera la holored. Los hame habían usado la red de campo y había sido el instrumento principal del Levantamiento.

Un hombre bajo y de piel oscura sonrió y asintió ligeramente, luego congeló su gesto cuando vio que los otros no proporcionaban ninguna información.

—Entonces saben quién me trajo aquí..., Rayaye. No sé para quien actuaba. Les diré todo lo que pueda. —El alivio lo había vuelto estúpido, estaba hablando demasiado, jugando a juegos infantiles ante una serie de hombres duros—. Tengo amigos aquí —continuó con voz más neutral, mirando sus rostros uno a uno, de forma directa pero educada—. Esclavas, gente de la casa. Espero que estén bien.

—Depende —dijo un hombre delgado de pelo gris que parecía muy cansado.

—Una mujer con un bebé, Kamsa. Una mujer vieja, Gana.

Un par de ellos agitaron sus cabezas para indicar ignorancia o indiferencia. La mayoría ni siquiera respondieron. Los miró de nuevo uno a uno, reprimiendo su furia y su irritación ante su pomposidad, su reserva.

—Necesitamos saber qué estaba haciendo usted aquí —dijo el hombre del pelo castaño.

—Un contacto del Ejército de Liberación en la ciudad me llevaba desde la embajada al Mando de Liberación, hará unos quince días. Fuimos interceptados en la Divisoria por hombres de Rayaye. Me trajeron aquí. Pasé algún tiempo en una prietajaula —dijo Esdan con la misma voz neutral—. Me lastimaron el pie, y no puedo andar muy bien. Hablé dos veces con Rayaye. Antes de que diga nada más creo que comprenderán que necesito saber con quién estoy hablando.

El hombre alto y delgado que lo había liberado de la habitación cerrada rodeó la mesa y conferenció brevemente con el hombre de pelo gris. El de pelo castaño escuchó, asintió. El hombre alto y delgado se dirigió a Esdan con su dura y llana voz:

—Somos una misión especial del Ejército de Avanzada de la Liberación del Mundo. Yo soy el mariscal Metoy. —Todos los demás dijeron su nombre. El hombre recio de pelo castaño era el general Banarkamye, el viejo de aspecto cansado era el general Tueyo. Dijeron su rango junto con su nombre, pero no lo usaron al dirigirse unos a otros y no le llamaron a él señor. Antes de la Liberación, la gente servil raras veces utilizaba ningún título entre ellos excepto los de parentesco: padre, hermana, tía. Los títulos eran algo que figuraba siempre delante del nombre de los amos: lord, amo, señor, jefe. Evidentemente la Liberación había decidido seguir sin ellos. Le complació encontrar un ejército que no hacía resonar sus tacones y gritaba ¡Señor! Pero no estaba seguro de qué ejército había encontrado.

—¿Lo mantuvieron en esa habitación? —preguntó Metoy. Era un hombre extraño, de voz llana y fría, un rostro pálido y frío, pero no era tan nervioso como los otros. Parecía seguro de sí mismo, acostumbrado a estar al mando.

—Me encerraron ahí la última noche. Como si tuvieran alguna especie de advertencia de que iban a producirse problemas. Normalmente tenía una habitación arriba.

—Puede ir allí ahora —dijo Metoy—. Pero permanezca dentro de la casa.

—Lo haré. Gracias de nuevo —les dijo a todos—. Por favor, cuando tengan alguna noticia de Kamsa y Gana... —No esperó a ser despedido, sino que se dio la vuelta y salió.

Uno de los hombres más jóvenes fue con él. Se había presentado como zadyo Tema. Así pues el Ejército de Liberación estaba usando los viejos rangos veots. Esdan sabía que había veots entre ellos, pero Tema no era uno, tenía la piel clara y el acento propio de la ciudad, suave, seco, recortado. Esdan no intentó hablar con él. Tema estaba extremadamente nervioso, alucinado por el trabajo nocturno de matar cara a cara o por alguna otra cosa; había un temblor casi constante en sus hombros, brazos y manos, y su pálido rostro estaba encajado en un doloroso fruncimiento de ceño. No estaba de humor para charlar con un viejo prisionero civil alienígena.

En la guerra todo el mundo es un prisionero, había escrito el historiador Henennemores.

Esdan había dado las gracias a sus nuevos captores por liberarle, pero sabía donde estaba por el momento. Aquello todavía era Yaramera.

Pero sintió un cierto alivio al ver de nuevo su habitación, sentarse en la silla con un solo brazo junto a la ventana para mirar fuera a la primera luz del sol y a las largas sombras de los árboles a través del césped y las terrazas.

Nadie de la casa salió como era su costumbre a sus trabajos o volvió de ellos. Nadie vino a su habitación. Transcurrió la mañana. Hizo los ejercicios del tanhai que pudo realizar con su pie tal como estaba. Se sentó alerta, se adormeció, despertó, intentó mantenerse sentado alerta, se puso inquieto, ansioso, dándole la vuelta a unas palabras: *Una misión especial del Ejército de Avanzada de la Liberación del Mundo*.

El Gobierno Legítimo llamaba al ejército enemigo «fuerzas insurgentes» u «hordas rebeldes» en las holonoticias. Éste había empezado llamándose a sí mismo Ejército de Liberación, nada acerca de la Liberación del Mundo; pero se había visto cortado de todo contacto coherente con los luchadores por la libertad desde el Levantamiento, y cortado de toda información de cualquier tipo desde que fue sellada la embajada, excepto la información procedente de otros mundos a años luz de distancia, por supuesto, esto no había sido interrumpido, el ansible estaba lleno de ella, pero de lo que ocurría a dos calles de distancia nada, ni una palabra. En la embajada se había sentido ignorante, inútil, pasivo. Exactamente como aquí. Desde que empezó la guerra había sido, como había dicho Henennemores, un prisionero. Junto con todo el mundo en Werel. Un prisionero en la causa de la libertad.

Temió poder llegar a aceptar su impotencia, que ésta persuadiera su alma. Debía recordar de qué iba esta guerra. ¡Pero dejemos que la liberación llegue pronto, pensó, llegue para liberarme!

A media tarde el joven zadyo le trajo una bandeja con comida fría, obviamente sobras que había encontrado en la cocina, y una botella de cerveza. Comió y bebió agradecido. Pero resultaba claro que no habían liberado a la gente de la casa. O la habían matado. No podía dejar de pensar en ello.

Después de anochecer el zadyo volvió y lo llevó escaleras abajo a la habitación con la cabeza del perro de jauría. El generador no funcionaba, por supuesto; nada podía mantenerlo en funcionamiento excepto los constantes cuidados del viejo Saka. Los hombres llevaban linternas eléctricas, y en la habitación del perro de jauría un par de grandes lámparas de aceite ardían sobre la mesa, derramando una romántica luz dorada sobre los rostros a su alrededor y arrojando profundas sombras detrás de ellos.

—Siéntese —dijo el general de pelo castaño, Banarkamyé (Lee la Biblia podía traducirse su nombre)—. Tenemos algunas preguntas que hacerle.

Silencio pero asentimiento educado.

Le preguntaron cómo había salido de la embajada, cuáles habían sido sus contactos con la Liberación, adónde se dirigía, por qué había decidido ir, qué ocurrió durante el secuestro, quién lo había traído allí, qué le habían preguntado, qué deseaban de él. Tras decidir durante la tarde que lo mejor sería la sinceridad, respondió directa y brevemente a todas las preguntas hasta la última.

—Personalmente estoy del lado de ustedes en esta guerra —dijo—, pero el Ecumen es necesariamente neutral. Puesto que por el momento soy el único alienígena en Werel libre de hablar, cualquier cosa que diga puede ser empleada, o mal empleada, como procedente de la embajada y de los estables.

Ése era mi valor para Rayaye. Puede ser mi valor para ustedes. Pero es un valor falso. No puedo hablar por el Ecumen. No tengo autoridad.

—Deseaban que dijera usted que el Ecumen apoya a los jits —dijo Tueyo, el hombre cansado.

Esdan asintió.

—¿Le hablaron de usar alguna táctica especial, armas? —Ése era Banarkamyé, hosco, intentando no poner demasiado peso en la pregunta.

—Prefiero contestar a esa pregunta cuando esté detrás de sus líneas, general, hablando con gente del Mando de Liberación a la que conozca.

—Está hablando usted con el mando del Ejército de Liberación del Mundo. Su negativa a responder puede ser considerada como prueba de complicidad con el enemigo. —Ése era Metoy, locuaz, seco, de voz dura.

—Sé eso, mariscal.

Intercambiaron una mirada. Pese a su abierta amenaza, Metoy era en quien Esdan se sentía más inclinado a confiar. Era sólido. Los otros eran nerviosos, inseguros. Ahora estaba seguro de que eran facciosos. Hasta qué punto era grande su facción, cuál era exactamente su relación con el Mando de Liberación, era algo que sólo podría averiguar a través de lo que a ellos se les escapara.

—Escuche, señor Vieja Música —dijo Tueyo. Los viejos hábitos tardan en morir—. Sabemos que trabajaba usted para la Hame. Ayudó a enviar a gente a Yeowe. Entonces nos respaldó. —Esdan asintió—. Ahora tiene que respaldarnos también. Le estamos hablando francamente. Tenemos información de que los jits están planeando un contraataque. En estos momentos eso significa que tienen intención de usar la bibo. No puede significar ninguna otra cosa. Eso no puede ocurrir. No puede permitírseles que lo hagan. Tienen que ser detenidos.

—Ha dicho usted que el Ecumen es neutral —dijo Banarkamyé—. Eso es una mentira. Hace cien años el Ecumen no permitió que este mundo se le uniera porque teníamos la bibo. La teníamos, no la usamos, pero el hecho de tenerla fue suficiente. Ahora dicen que son neutrales. ¡Ahora, cuando importa! ¡Ahora, cuando este mundo forma parte de ellos! Tienen que actuar. Actuar contra esa arma. Tienen que impedir que los jits la utilicen.

—Si los Legítimos la tuvieran, si planearan usarla, y si yo pudiera enviar noticia de ello al Ecumen..., ¿qué podrían hacer ellos?

—Usted hable. Usted dígame al presidente jit: el Ecumen dice alto con eso. El Ecumen enviará naves, enviará tropas. ¡Respáldenlos! ¡Si no está con nosotros, está con ellos!

—General, la nave más cercana está a años luz de distancia. Los Legítimos saben

eso.

—Pero usted puede llamarla, tiene el transmisor.

—¿El ansible en la embajada?

—Los jits también tienen uno.

—El ansible en el Ministerio de Asuntos Exteriores fue destruido en el Levantamiento. En el primer ataque contra los edificios del gobierno. Volaron toda la manzana.

—¿Cómo podemos saber eso?

—Sus propias fuerzas lo hicieron. General, ¿cree usted que los Legítimos tienen un enlace ansible con el Ecumen que ustedes no tienen? No es así. Podrían haber tomado la embajada y su ansible, pero haciendo eso hubieran perdido toda la credibilidad que les queda con el Ecumen. ¿Y qué bien les hubiera reportado? El Ecumen no tiene tropas que enviar —y añadió, porque de pronto no estuvo seguro de que Banarkamye lo supiera—, como usted sabe muy bien. Si las tuviera, le tomaría años traerlas hasta aquí. Por esta razón y por muchas otras, el Ecumen no tiene ejército y no lucha en ninguna guerra.

Se sentía profundamente alarmado por su ignorancia, su amateurismo, su miedo. Mantuvo alarma e impaciencia fuera de su voz, hablando con tono suave y adoptando una apariencia despreocupada, como si esperara comprensión y acuerdo. La apariencia misma de ese tipo de confianza a veces es suficiente. Desgraciadamente, por la expresión de sus rostros, les estaba diciendo a los dos generales que estaban equivocados y le estaba diciendo a Metoy que estaba en lo cierto. Estaba tomando partido en un desacuerdo.

—Dejemos esto de lado por el momento —dijo Banarkamye, y volvió al primer interrogatorio, recreando preguntas, pidiendo más detalles, escuchándole inexpresivamente. Salvando la cara. Mostrando que desconfiaba del rehén. Siguió presionando acerca de todo lo que Rayaye había dicho respecto a una invasión o un contraataque en el sur. Esdan repitió varias veces que Rayaye había dicho que el presidente Oyo esperaba una invasión de la Liberación de aquella provincia, río abajo de aquel lugar. Cada vez añadió:

—No tengo la menor idea de si algo de lo que me dijo Rayaye era realmente verdad. —A la cuarta o quinta ronda añadió—: Discúlpeme, general. Debo pedir de nuevo alguna noticia sobre la gente de aquí...

—¿Conocía usted a alguien de este lugar antes de que llegara aquí? —preguntó secamente un hombre joven.

—No. Estoy pidiendo noticias sobre esa gente. Fueron amables conmigo. El bebé de Kamsa está enfermo, necesita cuidados. Me gustaría saber si están siendo atendidos.

Los generales conferenciaban entre sí, sin prestar atención a aquella diversión.

—Todo el mundo que siguió aquí, en un lugar como éste, después del Levantamiento, es un colaborador —dijo el zadyo, Tema.

—¿Dónde se suponía que debían ir? —preguntó Estdan, intentando mantener un tono tranquilo—. Ésta no es una región liberada. Los capataces todavía trabajan estos campos con esclavos. Todavía utilizan la prietajaula aquí. —Su voz tembló un poco con las últimas palabras, y se maldijo por ello.

Banarkamye y Tueyo todavía seguían conferenciando, ignorando su pregunta. Metoy se puso en pie y dijo:

—Ya basta por esta noche. Venga conmigo.

Estdan cojeó detrás de él cruzando la sala, subiendo unas escaleras. El joven zadyo les siguió apresuradamente, a todas luces enviado por Banarkamye.

No se permitían conversaciones privadas. Metoy, sin embargo, se detuvo ante la puerta de la habitación de Estdan y dijo, mirándole fijamente:

—Nos ocuparemos de la gente de la casa.

—Gracias —dijo Estdan cálidamente. Añadió—: Gana atendía mi herida. Necesitaría verla. —Si le deseaban con vida y sin daños visibles, no causaría ningún daño utilizar aquello como palanca. Si no era así, no importaba tampoco.

Durmió poco y mal. Siempre había medrado con la información y la acción. Era agotador ser mantenido en la ignorancia y la impotencia, tullido mental y físicamente. Y estaba hambriento.

Poco después de amanecer probó la puerta y descubrió que estaba cerrada con llave. Golpeó con los puños y llamó durante un rato antes de que acudiera alguien, un joven de aspecto asustado, probablemente un centinela, y luego Tema, medio dormido y con el ceño fruncido, con la llave de la puerta.

—Quiero ver a Gana —dijo Estdan con voz perentoria—. Ella es la que se ocupa de esto —señaló su pie vendado. Tema cerró la puerta sin decir nada. Al cabo de una hora o así, la llave resonó de nuevo en la cerradura y entró Gana. La seguía Metoy, seguido a su vez por Tema.

Gana se detuvo e hizo la reverencia a Estdan. Éste avanzó rápidamente y apoyó las manos en sus brazos y su mejilla contra la de ella.

—¡El señor Kamye sea alabado, veo que estás bien! —dijo, unas palabras que a menudo le habían dicho a él gente como ella—. Kamsa, el bebé, ¿cómo están?

Ella estaba asustada, temblorosa, el pelo revuelto, los párpados enrojecidos, pero se recuperó muy bien de aquel totalmente inesperado saludo fraternal.

—Están en la cocina ahora, señor —dijo—. Los hombres del ejército dijeron que te dolía el pie.

—Eso es lo que les dije. Quizá puedas vendármelo de nuevo.

Se sentó en la cama, y ella procedió a desenrollar las vendas.

—¿Están bien todos los demás? ¿Heo? ¿Choyo?

Ella agitó la cabeza una vez.

—Lo siento —dijo él. No pudo preguntarle más.

Ella no hizo un trabajo tan bueno como antes vendándole el pie. Tenía poca fuerza en sus manos para apretar las vendas, e hizo el trabajo aprisa, nerviosa por los

desconocidos que miraban.

—Espero que Choyo esté de vuelta en la cocina —dijo Esdan, a medias a ella, a media a los demás—. Alguien tendrá que ocuparse de cocinar aquí.

—Sí, señor —susurró ella.

¡No señor, no amo!, sintió deseos de advertirle, temiendo por ella. Alzó la vista a Metoy, intentando juzgar su actitud, y le fue imposible.

Gana terminó su trabajo. Metoy la despidió con una palabra y envió al zadyo tras ella. Gana se marchó de buen grado, Tema se resistió.

—El general Banarkamye... —empezó a decir. Metoy le miró fijamente. El joven dudó, frunció el ceño, obedeció.

—Me ocuparé de esa gente —dijo Metoy—. Siempre lo hago. Fui jefe de un recinto. —Miró a Esdan con sus fríos ojos negros—. Soy un liberado. No quedan muchos como yo en estos días.

Al cabo de un momento Esdan dijo:

—Gracias, Metoy. Necesitan ayuda. No comprenden.

Metoy asintió.

—Yo tampoco comprendo —dijo Esdan—. La Liberación, ¿acaso planea invadir? ¿O inventó Rayaye eso como una excusa para hablar de desplegar la bibo? ¿Cree Oyo en ello? ¿Cree usted? ¿Se halla realmente el Ejército de Liberación al otro lado del río? ¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted? No espero que me responda.

—No lo haré —dijo el eunuco.

Si era un doble agente, pensó Esdan después de que se fuera, estaba trabajando para el Mando de Liberación. O eso esperaba. Metoy era un hombre que le gustaría tener de su lado.

Pero no sé cuál es mi lado, pensó, mientras volvía a su silla junto a la ventana. La Liberación, por supuesto, sí, pero ¿qué es la Liberación? No un ideal, la libertad de los esclavizados. No ahora. Nunca de nuevo. Desde el Levantamiento, la Liberación es un ejército, un cuerpo político, un gran número de gente y líderes y aspirantes a líderes, con las ambiciones y la codicia cegando las esperanzas y la fuerza, un torpe semigobierno aficionado yendo de la violencia al compromiso, cada vez más complicado, sin llegar a saber nunca de nuevo la hermosa simplicidad del ideal, la idea pura de libertad. Y eso era lo que yo deseaba, por lo que trabajé, todos esos años. Enfangar la noblemente simple estructura de la jerarquía de castas infectándola con la idea de la justicia. Y luego confundiendo la noblemente simple estructura del ideal de igualdad humana intentando hacerlo real. La monolítica mentira se deshilacha en un millar de verdades incompatibles, y eso es lo que yo deseaba. Pero me siento atrapado en la locura, la estupidez, la brutalidad sin significado de los hechos.

Todos desean utilizarme, pero yo he sobrevivido a mi utilidad, pensó; y el pensamiento lo atravesó como un haz de diáfana luz. No había dejado de pensar que había algo que podía hacer. No lo había.

Era una especie de libertad.

No era sorprendente que él y Metoy se hubieran comprendido el uno al otro sin palabras y de inmediato.

El zadyo Tema acudió a su puerta para conducirlo escaleras abajo. De vuelta a la habitación con el perro de jauría. Todos los líderes eran atraídos a esa habitación, a su hosca masculinidad. Esta vez sólo había cinco de ellos, Metoy, los dos generales, los dos que usaban el rango de rega. Banarkamye los dominaba a todos. Formulaba las preguntas, y era quien daba las órdenes.

—Nos marchamos de aquí mañana —le dijo a Estdan—. Usted vendrá con nosotros. Tendremos acceso a la holored de la Liberación. Usted hablará por nosotros. Les dirá al gobierno de los jit que el Ecumen sabe que están planeando desplegar armas prohibidas, y les advertirá que si lo hacen sufrirán una represalia instantánea y terrible.

Estdan sentía la cabeza ligera por el hambre y la falta de sueño. Permaneció inmóvil allí de pie —no había sido invitado a sentarse— y miró al suelo, con las manos a los costados. Murmuró, de forma apenas audible:

—Sí, amo.

Banarkamye alzó bruscamente la cabeza. Sus ojos llamearon.

—¿Qué ha dicho?

—Enna.

—¿Quién se cree que es?

—Un prisionero de guerra.

—Puede irse.

Estdan se marchó. Tema le siguió, pero no le detuvo ni le dirigió. Se encaminó directamente a la cocina, donde oyó el resonar de cazos, y dijo:

—¡Choyo, por favor, dame algo de comer!

El viejo, asustado y tembloroso, murmuró algo y se disculpó y se inquietó, pero sacó de alguna parte algo de fruta y un poco de pan seco. Estdan se sentó a la mesa de trabajo y lo devoró. Ofreció un poco a Tema, que lo rechazó rígidamente. Estdan se lo comió todo. Cuando hubo terminado cruzó cojeando la cocina hasta una puerta lateral que conducía a la gran terraza. Esperaba ver allí a Kamsa, pero no había nadie de la casa. Se sentó en un banco junto a la balaustrada que miraba al largo estanque reflectante. Tema permaneció de pie cerca, en posición de firmes.

—Dijiste que los esclavos en un lugar como éste, si no se unían al Levantamiento, eran colaboradores —dijo Estdan.

Tema permaneció inmóvil, pero escuchando.

—¿No crees que algunos de ellos pudieron simplemente no haber comprendido lo que pasaba? ¿Y que sigan sin comprenderlo? Éste es un lugar bendito, zadyo. Resulta incluso difícil imaginar la libertad aquí.

El joven se resistió a responder por un tiempo, pero Estdan siguió hablando, intentando establecer algún contacto con él, penetrar en él. De pronto algo que dijo abrió la tapa.

—Las mujeres de usar —dijo Tema—. Jodidas por negros, cada noche. Eso es lo que hacen, joder. Putas de los jits. Llevando sus retoños negros, siamo, siamo. Usted lo dijo, no saben lo que es la libertad. Nunca lo sabrán. No pueden liberar a nadie que deja que un negro la joda. Son sucias. Sucias, jamás podrán volver a quedar limpias. Han recibido semen negro una y otra vez. ¡Semen negro! —Escupió en la terraza y se secó la boca.

Esdan permaneció sentado inmóvil, contemplando la quieta agua del estanque y las terrazas inferiores, el gran árbol, el brumoso río, la lejana orilla verde del otro lado. Quizá pudiera actuar bien, trabajar bien, tener paciencia, compasión, paz. *¿Para qué he servido nunca? Todo lo que hice. Nunca fue de ninguna utilidad. Paciencia, compasión, paz. Son tu propio pueblo...* Bajó la vista al denso glóbulo del escupitajo sobre la amarilla piedra arenisca de la terraza. Estúpido, dejar a su propio pueblo toda una vida detrás de él e ir a mezclarse con otro mundo. Estúpido, pensar que podrías proporcionarle a alguien la libertad. Para eso estaba la muerte. Para sacarnos de la prietajaula.

Se levantó y cojeó hacia la casa en silencio. El joven le siguió.

Las luces volvieron justo cuando empezaba a ponerse oscuro. Debían de haber dejado que el viejo Saka se ocupara de nuevo del generador. Esdan apagó la luz de la habitación; prefería la penumbra. Estaba tendido en su cama cuando Kamsa llamó a la puerta y entró, llevando una bandeja.

—¡Kamsa! —exclamó, luchando por ponerse en pie, y la hubiera abrazado, pero la bandeja se lo impidió—. ¿Rekam está...?

—Con mi madre —murmuró ella.

—¿Está bien?

El asentimiento hacia atrás. Depositó la bandeja sobre la cama, puesto que no había mesa.

—¿Estás bien? Ve con cuidado, Kamsa. Me gustaría poder... Se marchan mañana, dicen. Permanece apartada de su camino si puedes.

—Lo haré. Tu seguridad, señor —dijo con su suave voz. No supo si era una pregunta o un deseo. Hizo un leve gesto y le ofreció una sonrisa. Ella se volvió para marcharse.

—Kamsa, ¿está Heo...?

—Estaba con ése. En su cama.

Tras una pausa él dijo:

—¿Hay algún lugar donde podáis ocultaros? —Temía que los hombres de Banarkamye pudieran ejecutar a aquella gente cuando se marcharan, como «colaboradores» o para ocultar sus propias huellas.

—Tenemos un agujero donde ir, como dijiste —señaló ella.

—Bien. Id allí, si podéis. ¡Desapareced! Permaneced fuera de la vista.

—Resistiré, señor.

Estaba cerrando la puerta tras ella cuando el sonido de un volador acercándose

hizo vibrar las ventanas. Ambos se inmovilizaron, ella en la puerta, él cerca de la ventana. Gritos abajo, fuera, hombres corriendo. Había más de un volador, acercándose desde el sudeste.

—¡Apagad las luces! —gritó alguien. Una serie de hombres salían corriendo de los voladores posados en el césped y la terraza. Una serie de luces destellaron en la ventana, el aire vibró con una retumbante explosión.

—Ven conmigo —dijo Kamsa, y tomó su mano y tiró de él fuera de la habitación, pasillo abajo y por una puerta de servicio que él nunca había visto. Cojeó tras ella tan rápido como pudo bajando unos estrechos escalones de piedra, a través de un pasadizo trasero, fuera a los establos. Llegaron al aire libre justo en el momento en que una serie de explosiones lo hacían temblar todo a su alrededor. Se apresuraron a cruzar el patio en medio de un ruido ensordecedor y el agitar del fuego, Kamsa tirando todavía de él con una completa seguridad de hacia dónde se dirigían, y se agachó para entrar en uno de los almacenes al final de los establos. Gana estaba allí junto con uno de los viejos esclavos, abriendo una trampilla en el suelo. Bajaron, Kamsa de un salto, los demás lenta y torpemente, por una escalerilla de madera. Esdan fue el más torpe, aterrizó dolorosamente sobre su pie roto. El viejo fue el último y cerró la trampilla encima de ellos. Gana llevaba una lámpara de batería, pero la encendió sólo brevemente, mostrando un amplio y bajo sótano con el suelo de tierra, un arco que conducía a otra habitación, un montón de cajas de madera, cinco rostros: el bebé despierto, mirando en silencio como siempre desde su capazo colgado del hombro de Gana. Luego oscuridad. Y durante un tiempo silencio.

Tantearon las cajas, bajaron algunas para improvisar asientos al azar en la oscuridad.

Una nueva serie de explosiones, al parecer muy lejos, pero el suelo y la oscuridad se estremecieron. Ellos también se estremecieron.

—O Kamyé —susurró alguien.

Esdan se sentó en la tambaleante caja y dejó que la punzada de dolor en su pie se redujera a un ardiente pulsar.

Explosiones: tres, cuatro.

La oscuridad era una sustancia, como agua densa.

—Kamsa —murmuró.

Ella emitió un sonido que la localizó cerca de él.

—Gracias.

—Dijiste esconder, entonces hablamos de este lugar —susurró ella.

El viejo respiraba afanosamente y carraspeaba con frecuencia. La respiración del bebé era audible también, un pequeño sonido irregular, casi un jadeo.

—Dámelo. —Era Gana. Debía haberle pasado el bebé a su madre.

—Ahora no —susurró Kamsa.

El viejo habló de pronto en voz muy alta, sobresaltándolos a todos:

—¡No hay agua aquí!

Kamsa le hizo callar con un siseo y Gana susurró:

—¡No grites, estúpido!

—Es sordo —murmuró Kamsa a Estdan, con un asomo de risa.

Si no tenían agua, su tiempo dentro de aquel escondite estaba limitado; aquella noche, el día siguiente; incluso eso podía ser demasiado largo para una mujer amamantando a un bebé. La mente de Kamsa estaba recorriendo el mismo camino que la de Estdan. Dijo:

—¿Cómo sabremos cuándo podremos salir?

—Probaremos, cuando tengamos que hacerlo.

Hubo un largo silencio. Resultaba difícil aceptar que los ojos de uno no se ajustaban a la oscuridad, que por mucho que uno aguardara no podía ver nada. Hacía frío. Estdan deseó que su camisa fuera más cálida.

—Manténlo caliente —dijo Gana.

—Eso hago —murmuró Kamsa.

—Esos hombres, ¿eran esclavos? —Era Kamsa, susurrándole a Estdan. Estaba muy cerca de él, a su izquierda.

—Sí. Esclavos liberados. Del norte.

—Muchos hombres diferentes han pasado por aquí —dijo ella—, desde que muriera el viejo propietario. Algunos soldados del ejército. Pero no esclavos. Le dispararon a Heo. Les dispararon a Vey y al viejo Seneo. Él no murió, pero le dispararon.

—Alguien del recinto del campo debió guiarles, les mostró dónde estaban apostados los guardias. Pero no podían distinguir a los esclavos de los soldados. ¿Dónde estabas tú cuando vinieron?

—Durmiendo, atrás en la cocina. Todos los de la casa. Seis. Ese hombre se plantó allí como un muerto resucitado. Dijo: «¡Tendeos ahí! ¡No mováis ni un pelo!». Eso hicimos. Les oímos disparar y gritar por toda la casa. ¡Oh, Poderoso Señor! ¡Tuve miedo! Luego ya no hubo más disparos, y ese hombre regresó junto a nosotros y nos apuntó con su pistola y nos llevó fuera al viejo recinto de la casa. Allí cerraron la vieja puerta tras nosotros. Como en los viejos días.

—¿Por qué harían eso si también son esclavos? —dijo la voz de Gana en la oscuridad.

—Intentan ser libres —dijo Estdan obedientemente.

—¿Cómo libres? ¿Disparando y matando? ¿Matando a una muchacha en la cama?

—Luchan contra todos los demás, mamá —dijo Kamsa.

—Creí que todo había terminado, hacía tres años —dijo la vieja mujer. Su voz sonó extraña. Estaba llorando—. Pensé que desde entonces había libertad.

—¡Mataron al amo en su cama! —gritó el viejo a todo pulmón, con una voz aguda y penetrante—. ¿Cómo puede hacerse esto?

Hubo un rumor en la oscuridad. Gana estaba sacudiendo al viejo, siseándole que se callara. El hombre exclamó:

—¡Suéltame! —pero se apaciguó, resollando y murmurando.

—Dios Todopoderoso —murmuró Kamsa, con esa risa desesperada en su voz.

La caja se hacía cada vez más incómoda, y Estdan deseaba alzar su dolorido pie al menos al nivel de su cuerpo. Se tendió en el suelo. Estaba frío y era arenoso, desagradable a las manos. No había nada en lo que apoyarse.

—Si pudieras hacer luz por un momento, Gana —dijo—, podríamos encontrar sacos, algo sobre lo que tendernos.

El mundo del sótano destelló de nuevo a la existencia a su alrededor, sorprendente en su intrincada precisión. No hallaron nada que pudieran usar excepto unas tablas. Bajaron varias de ellas al suelo, montando una especie de plataforma, y se subieron a ella mientras Gana apagaba la luz y los sumía de nuevo en la informe oscuridad. Todos tenían frío. Se acurrucaron unos contra otros, lado a lado, espalda contra espalda.

Al cabo de largo tiempo, una hora o más, en la cual el absoluto silencio del sótano no se vio roto por ningún ruido, Gana dijo en un susurro impaciente:

—Creo que todo el mundo ahí arriba está muerto.

—Eso simplificaría las cosas para nosotros —murmuró Estdan.

—Pero nosotros somos los que estamos bajo tierra —dijo Kamsa.

Sus voces despertaron al bebé y se puso a lloriquear, la primera queja que le oía Estdan. Era un sonido diminuto, ni siquiera un llanto, que alteró su respiración y le hizo jadear.

—Oh, cariño, cariño, tranquilo ahora, tranquilo —murmuró su madre, y Estdan sintió que lo acunaba, apretando al bebé contra ella para mantener su calor. Cantó casi inaudiblemente—: *Suna neya, suna na... Sura rena, sura na...* —Un sonido monótono, rítmico, zumbante, ronroneante, que transmitía calor, que transmitía confort.

Debió quedarse adormilado. Estaba tendido encogido sobre las planchas. No tenía ni idea del tiempo que llevaban en el sótano.

He vivido aquí cuarenta años deseando la libertad, le dijo su mente. Ese deseo me trajo aquí. Me llevará fuera de aquí. Resistiré.

Les preguntó a los otros si habían oído algo desde la incursión y el bombardeo. Todos susurraron que no.

Se frotó la cabeza.

—¿Qué piensas, Gana? —quiso saber.

—Creo que el aire frío perjudica al bebé —dijo ella con su voz casi normal, que siempre era baja.

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? —gritó el viejo. Kamsa, a su lado, le dio unas palmadas y lo tranquilizó.

—Iré a ver —dijo Gana.

—Iré yo.

—Tienes ese pie —dijo la vieja mujer con tono de disgusto. Gruñó y se apoyó

pesadamente en el hombro de Esdan para ponerse en pie—. Ahora estaos quietos. — No encendió la luz, sino que tanteó su camino hasta la escalera y la subió, con un pequeño jadeo a cada peldaño. Empujó y levantó la trampilla. Apareció una cuña de luz. Pudieron ver débilmente el sótano y a los demás y la masa oscura de la cabeza de Gana recortada contra la luz. Permaneció allí largo rato, luego volvió a bajar la trampilla—. Nadie —susurró desde la escalera—. Ningún ruido. Parece como la primera mañana.

—Mejor esperar —dijo Esdan.

La mujer regresó y volvió a ocupar su sitio entre ellos. Al cabo de un tiempo dijo:

—Salimos, hay desconocidos en la casa, soldados de algún otro ejército. ¿Entonces qué?

—¿Puedes llegar hasta el recinto del campo? —sugirió Esdan.

—Es un largo camino.

Al cabo de un rato Esdan dijo:

—No podemos decidir qué hacer hasta que sepamos quién hay ahí arriba. Muy bien. Pero déjame ir a mí, Gana.

—¿Por qué?

—Porque yo sé quiénes son —dijo él, esperando tener razón.

—Y ellos también —dijo Kamsa, con ese pequeño y extraño filo de risa en su voz—. No te engañes.

—Cierto —dijo él. Se puso trabajosamente en pie, tanteó su camino hasta la escalera y la subió laboriosamente. Soy demasiado viejo para esto, pensó de nuevo. Empujó la trampilla y miró fuera. Escuchó durante largo rato. Finalmente susurró a los de abajo en la oscuridad:

—Volveré tan pronto como pueda —y se arrastró fuera y se puso torpemente en pie. Contuvo la respiración: el aire del lugar era denso con el humo de los incendios. La luz era extraña, opaca. Siguió la pared hasta que pudo mirar fuera desde la puerta del almacén.

Lo que había quedado de la vieja casa había acabado de ser arrasado, desventrado, incendiado, y emanaba todavía un humo hediondo. Ennegrecidos maderos y cristales rotos cubrían el suelo adoquinado. No se movía nada excepto el humo. Un humo amarillo, un humo gris. Y por encima de todo lucía el claro e impoluto azul del amanecer.

Se dirigió a la terraza, cojeando y trastabillando, porque su pie enviaba latigazos de dolor pierna arriba. Al llegar a la balaustrada vio los ennegrecidos restos de los dos voladores. La mitad de la terraza superior era un irregular cráter. Debajo de él los jardines de Yaramera se extendían hermosos y serenos como siempre, nivel bajo nivel, hasta el viejo árbol y el río. Había un hombre tendido cruzado en los escalones que descendían a la terraza inferior; estaba tendido relajadamente, como descansando, los brazos abiertos. No se movía nada excepto el arrastrante humo y los arbustos de blancas flores que asentían al compás del viento.

La sensación de ser observado desde atrás, desde las vacías ventanas de los fragmentos de la casa que aún se mantenían en pie, era intolerable.

—¿Hay alguien ahí? —gritó bruscamente.

Silencio.

Gritó de nuevo, más fuerte.

Hubo una respuesta, una distante llamada, desde la parte delantera de la casa. Cojeó hacia allá por el sendero, al descubierto, sin buscar ocultarse; ¿para qué? Aparecieron unos hombres en la parte delantera de la casa: tres hombres, luego un cuarto..., una mujer. Eran bienes, toscamente vestidos, peones del campo debían de ser, que habían venido desde su recinto.

—Estoy con gente de la casa —dijo, deteniéndose cuando ellos se detuvieron, a diez metros de distancia—. Nos ocultamos en un sótano. ¿Hay alguien más ahí?

—¿Quién eres tú? —preguntó uno de los hombres, acercándose más, mirando, examinando el color equivocado de la piel, el tipo equivocado de ojos.

—Te diré quién soy. ¿Pero es seguro para nosotros salir? Hay gente vieja, un bebé. ¿Se han ido los soldados?

—Están muertos —dijo la mujer, alta, de piel pálida y rostro huesudo.

—Encontramos a uno herido —dijo uno de los hombres—. Toda la gente de la casa está muerta. ¿Quién arrojó esas bombas? ¿Qué ejército?

—No sé qué ejército —dijo Esdan—. Por favor, dile a mi gente que pueden subir. Allá atrás, en los establos. Llámales. Diles quién eres. Yo no puedo andar. —Las vendas de su pie se habían soltado, y las fracturas se habían movido; el dolor empezaba a quitarle la respiración. Se sentó en el sendero, jadeante. La cabeza le daba vueltas. Los jardines de Yaramera crecían brillantes y muy pequeños y se alejaban de él, más lejos que su casa.

No perdió por completo la consciencia, pero las cosas estuvieron confusas en su mente durante un buen rato. Había una gran cantidad de gente a su alrededor, y estaban al aire libre, y todo hedía a carne quemada, un olor que se aferraba al fondo de su boca y le hacía sentir arcadas. Allí estaba Kamsa, con el pequeño rostro azulado dormido de su bebé al hombro. Allí estaba Gana, diciendo a los demás: «Es nuestro amigo». Un hombre joven con grandes manos habló con él y le hizo algo a su pie, lo vendó de nuevo, muy apretado, causándole un terrible dolor y luego el inicio del alivio.

Estaba tendido de espaldas sobre la hierba. A su lado había un hombre tendido también de espaldas sobre la hierba. Era Metoy, el eunuco. El cuero cabelludo de Metoy estaba ensangrentado, el negro pelo abrasado corto y marrón. La piel color polvo de su rostro era pálida, azulada, como la del bebé. Permanecía tendido inmóvil, parpadeando de tanto en tanto.

El sol brillaba bajo. La gente hablaba, mucha gente, en alguna parte cerca, pero él y Metoy estaban tendidos sobre la hierba, y nadie les molestaba.

—¿Eran de Bellen los voladores, Metoy? —preguntó Esdan.

—Venían del este. —La dura voz de Metoy era débil y ronca—. Supongo que sí. —Al cabo de un momento dijo—: Quieren cruzar el río.

Esdan pensó unos momentos en aquello. Su mente todavía no funcionaba muy bien.

—¿Quién quiere? —dijo finalmente.

—Esa gente. La gente del campo. Los bienes de Yaramera. Quieren ir al encuentro del ejército.

—¿La invasión?

—La liberación.

Esdan se alzó apoyándose sobre los codos. Alzar la cabeza parecía aclararla, y se sentó. Miró a Metoy.

—¿Los descubrirán? —preguntó.

—Si el Señor así lo quiere —dijo el eunuco.

Finalmente Metoy intentó alzarse como Esdan, pero fracasó.

—Recibí el impacto de una bomba —dijo, casi sin aliento—. Algo me golpeó la cabeza. Veo dos por uno.

—Probablemente una concusión. Permanece tendido quieto. No te duermas. ¿Estabas con Banarkamye, u observando?

—Estoy en tu línea de trabajo.

Esdan asintió, el asentimiento con la cabeza hacia atrás.

—Las facciones serán nuestra muerte —dijo débilmente Metoy.

Kamsa acudió y se acuclilló al lado de Esdan.

—Dicen que debemos cruzar el río —le dijo con su voz suave—. A donde la gente del ejército nos pondrá a salvo. No lo sé.

—Nadie lo sabe, Kamsa.

—No puedo cruzar un río con Rekam —susurró ella. Su rostro se crispó, sus labios se tensaron, sus cejas descendieron. Lloró, sin lágrimas y en silencio—. El agua es fría.

—Tienen botes, Kamsa. Ellos cuidarán de ti y de Rekam. No te preocupes. Todo irá bien. —Sabía que sus palabras carecían de significado.

—No puedo ir —susurró ella.

—Entonces quédate aquí —dijo Metoy.

—Dicen que otro ejército vendrá aquí.

—Es posible. Lo más probable es que sea el nuestro.

Ella miró a Metoy.

—Tú eres el liberado —dijo—. Con esos otros. —Volvió la vista de nuevo a Esdan—. Mataron a Choyo. Toda la cocina voló en pedazos y ardió. —Ocultó su rostro entre las manos.

Esdan se sentó y tendió los brazos hacia ella, acariciando su hombro y su brazo. Tocó la frágil cabeza del bebe, con su delgado y seco pelo.

Gana acudió y se detuvo junto a ellos.

—Todos los peones del campo van a cruzar el río —dijo—. Para ponerse a salvo.

—Estaréis más seguros aquí, donde hay comida y refugio —Metoy hablaba en cortas ráfagas, con los ojos cerrados—, que caminando al encuentro de una invasión.

—No puedo llevarlo, mamá —susurró Kamsa—. Tiene que estar caliente. No puedo, no puedo llevarlo.

Gana se inclinó y miró al rostro del bebé, acariciándolo muy suavemente con un dedo. Su arrugado rostro se crispó como un puño. Se enderezó, pero no erguida como acostumbraba. Permaneció encorvada.

—De acuerdo —dijo—. Nos quedaremos.

Se sentó sobre la hierba al lado de Kamsa. La gente iba de un lado para otro a su alrededor. La mujer que Estdan había visto en la terraza se detuvo junto a Gana y dijo:

—Ven, abuela. Es hora de irse. Los botes están preparados y aguardan.

—Nos quedamos —dijo Gana.

—¿Qué? ¿No puedes dejar esa vieja casa donde trabajabas? —dijo la mujer, burlonamente—. ¡Está completamente quemada, abuela! Ven con nosotros. Tráete a esa chica y su bebé. —Miró a Estdan y a Metoy; una breve mirada. No eran cosa suya—. Vamos —repitió—. Tenemos que irnos.

—Nos quedamos —dijo de nuevo Gana.

—Esa loca gente de la casa —murmuró la mujer; se dio media vuelta, se volvió de nuevo, renunció con un encogimiento de hombros y se fue.

Algunos otros se detuvieron, pero ninguno para más que una pregunta, un momento. Fluían hacia abajo por las terrazas, por los senderos iluminados por el sol al lado de los tranquilos estanques, hacia las casetas de los botes más allá del gran árbol. Al cabo de un tiempo todos se habían ido.

El sol se había vuelto más caliente. Debía de ser cerca del mediodía. Metoy estaba más blanco que nunca, pero se sentó y dijo que podía ver uno y no dos la mayor parte del tiempo.

—Deberíamos ir a la sombra, Gana —dijo Estdan—. Metoy, ¿puedes levantarte?

Se tambaleaba y arrastraba los pies, pero caminó sin ayuda, y fueron a la sombra del muro del jardín. Gana fue a buscar agua. Kamsa llevaba a Rekam en sus brazos, apretado contra su pecho, protegiéndolo del sol. No había hablado desde hacía largo rato. Cuando se hubieron acomodado dijo, medio preguntando y mirando a su alrededor:

—Estamos completamente solos aquí.

—Otros se habrán quedado —dijo Metoy—. En los recintos. Aparecerán.

Gana regresó; no tenía recipiente para llevar agua, pero había empapado supañuelo, y colocó la fría tela mojada en la cabeza de Metoy. Éste se estremeció.

—Cuando puedas caminar mejor, podemos ir al recinto de la casa, liberado —dijo la mujer—. Allí hay lugares donde podemos vivir.

—El recinto de la casa es donde crecí, abuela —dijo él.

Y finalmente, cuando dijo que podía andar, recorrieron vacilantes y cojeantes el

camino que Estdan recordaba vagamente, el camino a la prietajaula. Pareció un largo camino. Llegaron al alto muro del recinto y a la puerta abierta de par en par.

Estdan se volvió para contemplar por un momento las ruinas de la gran casa. Gana se detuvo a su lado.

—Rekam murió —dijo ella en voz muy baja.

Estdan contuvo el aliento.

—¿Cuándo?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. Quiere conservarlo todavía. Lo conservará hasta que llegue el momento adecuado, luego lo entregará a la tierra. —Miró a través de la puerta abierta a las hileras de cabañas, a los secos sembrados del huerto, al polvoriento suelo—. Hay montones de bebés aquí dentro —dijo—. En ese terreno. Dos de ellos míos. Sus hermanas. —Entró, siguiendo a Kamsa. Estdan aguardó un poco más en la puerta, y luego les siguió para hacer lo que tenía que hacer: cavar una tumba para el niño, aguardar con los otros la Liberación.

La Guerra Interminable

Joe Haldeman

The Forever War (1974)

(*La guerra interminable*, EDHASA)

1968 (1995)

Forever Peace (1997)

(*Paz interminable*, Ed. B)

La guerra interminable contaba la historia de William Mandella y Marygay Potter, americanos nacidos a finales del siglo XX que fueron reclutados para una guerra interestelar que duró más de un millar de años. Debido a los efectos de la relatividad, vivieron todo el conflicto.

Cuando volvieron a la Tierra, a mitad del libro, encontraron que la cultura que supuestamente habían protegido había cambiado de una forma tan radical que no podían vivir en ella..., y por mucho que habían odiado el ejército al menos les era familiar, así que se realistaron. En el último cuarto de la novela resultan separados: para siempre, suponen. Pero al final lo casi imposible ocurre, y se reúnen de nuevo.

La gente ha estado detrás de mí para una secuela desde el momento mismo en que apareció el libro, y mi respuesta fue siempre no, el libro está completo. Pero, dije, algún día escribiría una novela corta acerca de lo que les ocurrió a los personajes más tarde en sus vidas.

Silverberg me pidió amablemente que escribiera esa novela corta para este libro, y la empecé con cierto entusiasmo. Pero entonces vi que en realidad estaba escribiendo una novela, la secuela que había dicho que nunca escribiría. Así que seguí con la novela y la envié a mi editor, y luego empecé de nuevo, escribiendo una historia diferente para este volumen.

La cosa más evidente que falta en *La guerra interminable* es la historia de lo que le ocurrió a Marygay en la parte del libro donde es separada de William.

Escribí «Una guerra separada» para llenar esa laguna, pero también sirve como una especie de precedente de la nueva novela.

Teoría de los Conjuntos

Hace unos años escribí una novela titulada *Paz interminable*, y tuve mucho cuidado a la hora de presentarla de señalar que no era una secuela de *La guerra interminable*, aunque cubría parte del mismo terreno, desde el punto de vista del mismo autor, más de veinte años más tarde.

El crítico Gary Wolfe señaló que esos dos libros combinaban con mi novela «general» *1968* para formar una especie de tríptico acerca del amor y de la guerra. Era una idea limpia y elegante, y aquí estoy yo saliéndome por la tangente y escribiendo otra novela. No creo que le dejen a uno escribir o pintar tetrápticos.

De todos modos, tuve la intuición de que era necesaria una secuela cuando vendí por primera vez los derechos para la edición de bolsillo de *La guerra interminable*. La editora dijo que nunca habría comprado el libro si no tuviera un final feliz.

Si alguna vez hubo un tiempo y un lugar donde mantener la boca cerrada, éste fue uno de ellos, pero eso fue en otro país, y además la editora ha muerto. *La guerra interminable* no tiene un final feliz. Marygay y William vuelven a estar juntos —el libro termina con el anuncio del nacimiento de su primer hijo—, pero están juntos en un planeta prisión, preservados como curiosidades genéticas en un universo donde la raza humana ha abandonado su humanidad en una monstruosa relación con su antiguo enemigo.

En la secuela, *Forever Free*, deciden hacer algo juntos al respecto. O mueren intentándolo.

—Joe Haldeman

Una guerra separada

Joe Haldeman

1

Nuestras heridas eran horribles, pero el ejército nos puso bien y nos dio el Cielo, temporalmente. Y una fortuna para gastar allí.

El componente más caro y más difícil de reemplazar de un traje de batalla es el soldado que hay dentro de él, de modo que si resulta herido de suficiente gravedad como para ser retirado de la lucha el traje intenta salvar lo que queda. En el caso de William, cortó automáticamente su destrozada pierna y cauterizó el muñón. En mi caso fue el brazo derecho, justo por encima del codo. Dicen que para nosotras las mujeres perder un brazo es más soportable que una pierna. ¿Cómo han llegado a esta conclusión?

Pero fue una sorprendente suerte que ambos sufriéramos las heridas y la amputación al mismo tiempo, lo cual nos mantuvo juntos.

Eso fue en la campaña de Tet-2, que fue un desastre, y William y yo permanecemos dopados hasta los dedos de los pies con zumofeliz mientras los demás morían en el desastre de Aleph-7. El resultado tras las dos batallas fue cincuenta y

cuatro muertos, treinta y siete heridos, dos muy graves, y sólo doce soldados en situación más o menos de seguir luchando, que por supuesto hervían de entusiasmo. Desgraciadamente, doce no es un número suficiente para librar con ellos una batalla, así que la *Sangre y Victoria* fue desviada al planeta hospital Cielo.

Nos tomó un largo tiempo, tres saltos colapsares, llegar a Cielo. Los taurinos pueden perseguirte a través de un salto, si están en el lugar preciso en el momento preciso. Pero dos eran casi imposibles, y con tres saltos no puede ocurrir.

(Pero «no puede ocurrir» es probablemente un amuleto de la mala suerte. Debido a las distorsiones relativistas asociadas con el viaje a través de los saltos colapsares, nunca sabes, cuando te enfrentas al enemigo, si viene de su propio tiempo o de siglos en tu pasado o tu futuro. Quizá dentro de uno o dos milenios sean capaces de seguirte a través de tres saltos colapsares como quien sigue unas huellas. Una de las primeras cosas que harán será vaporizar Cielo. Luego la Tierra).

Cielo es como una Tierra intocada por la industria y la avaricia humanas, bosques prístinos y campos y montañas..., pero es también un monumento a la industria humana, y a la avaricia.

Cuando te recuperas —y no hay un «si»; no eres enviado ahí si no creen que pueden repararte— todavía estás en el ejército, pero eres inmensamente rico. Incluso la paga de un soldado raso es una fortuna, invertida automáticamente durante los siglos que se deslizan entre batallas. Una de las funciones de Cielo es meter todos esos millones de vuelta a la economía. Así que no hay límite a las cosas que puedes hacer, todas ellas tremendamente caras.

Cuando William y yo nos recuperamos, nos concedieron seis meses de «descanso y recreación» en Cielo. En realidad yo salí dos días antes que él, pero aguardé leyendo. Todavía tienen libros para los soldados tan a la antigua que no desean conectarse a aventuras o éxtasis a cambio de miles de dólares el minuto. Yo tenía 529.755.012\$ esperándome, de modo que hubiera podido sumergirme en cualquier viaje. Pero había oído que me hartaría de ellos en mi reentrenamiento antes de nuestra próxima misión: el OSVA, «ordenador de situación vital acelerada», que te enseña cosas haciendo que las realices en realidad virtual. Una y otra vez, hasta que las haces bien.

William tenía tanto dinero como yo y más, puesto que me había superado en rango durante siglos, pero no aguardé sólo para echarle mano a su fortuna. Probablemente hubiera deseado su compañía aunque no le quisiera. Éramos las únicas dos personas allí nacidas en el siglo xx, y sólo había un puñado del siglo xxi. Muy pocos de ellos, fuera de servicio, hablaban un idioma que yo comprendiera, aunque a todos los soldados se les enseñaba el inglés «premoderno» como una especie de *lingua franca* temporal. Algunos de ellos afirmaban que su idioma nativo era el inglés, pero lo hablaban extremadamente rápido y parecían haber perdido algunas vocales por el camino. Cuatro siglos. ¿Hubiera sonado yo igual de extraña a un Peregrino? No lo creo.

(Sería interesante tomar a uno de esos Padres Peregrinos y mostrarle que había evolucionado a partir de una vida de severa piedad e industria. La religión en la Tierra es una curiosidad, algo casi tan raro como el heterosexo. El Cielo no es Dios tampoco, y hombres y mujeres enamorados o que practican el sexo con alguien que no es de su propio género están cometiendo una perversión anacrónica).

Había arreglado ya las cosas para una suntuosa *suite* de «luna de miel» en Skye, un complejo turístico aéreo, antes de que William saliera, y pasamos cinco días allí, divirtiéndonos anacrónicamente. Luego alquilamos un volador y nos dispusimos a ver el mundo.

William aceptó mi deseo de explorar primero los aspectos físicos, salvajes, del mundo. Acampamos en desiertos, junglas, soledades árticas, cimas de montañas, islas desiertas. Disponíamos de campos presores que mantenían alejados a los animales peligrosos, que nos permitían verles muy de cerca mientras ellos intentaban comprender qué era lo que les mantenía alejados de su comida, y eran realmente impresionantes: la evolución aquí no ha favorecido a los mamíferos sobre los reptiles, y ambas familias han desarrollado grandes y rápidos depredadores en toda una variedad de hermosos y horribles diseños.

Luego hicimos el *tour* de las ciudades, en su finita variedad. Algunas, como la boscosa Umbral, donde habían sido desarrollados y entrenados nuestros nuevos miembros, se fundía con su entorno natural. Era una estética siglo XXII, demasiado blanda y obvia para los gustos modernos. Las ciudades más nuevas, como Skye, alardeaban de su artificialidad.

Ambos nos pusimos nerviosos en Atlantis, bajo un aplastante kilómetro de agua, con enormes y resplandecientes bestias golpeando contra los presores y sus oscuros días y sus oscuras noches. Quizás fuera una metáfora demasiado exacta de nuestras vidas en el ejército, con la delgada piel del crucero o del traje de batalla manteniendo a raya la oscura nada del espacio mientras los monstruos intentaban destruirte.

Muchas de las ciudades no tenían otra función que separar a los soldados de su dinero, así que pese a su variedad había una semejanza en todas ellas. Comer, beber, drogarse, viajar, practicar y contemplar el sexo.

Encontré los espectáculos sexuales más interesantes que William; él se sentía repelido por los de hombre-hombre. No me parecía que lo que ellos hacían fuera tan diferente de lo que hacíamos nosotros, y no tan extraño como los viajes sexuales, conectándote a una máquina que te ofrecía la imagen de tu compañero ideal y luego te limpiaba automáticamente.

Fue a un espectáculo lesbiano conmigo, y aquella noche hizo el amor con una energía inusual. Pensé que había allí algo más que excitación; que estaba intentando demostrar algo. Bromeamos al respecto: «Yo Tarzán, tú Jane», «Yo Tarzán, tú Heathcliff». ¿Quién en este mundo sabría de qué nos estábamos riendo?

La prostitución tenía un nuevo sesgo, con drogas empáticas que unían a servidor y cliente en un profundo vínculo emocional que era real mientras duraba, supongo

que para mantenerse en competencia con la fantasía electrónica. Nos dijimos que no nos sentíamos inclinados a probarlo, aunque yo no dejaba de experimentar una cierta curiosidad, y probablemente lo hubiera intentado de haber estado sola. No creo que William lo hiciera, puesto que las drogas no funcionan entre hombres y mujeres, o eso nos dijo uno de ellos, riendo con los ojos embarazadamente muy abiertos. Por la idea misma.

Tuvimos seis meses de tranquila comunión y loca y desesperada diversión, y todavía nos quedaban montones de dinero cuando bruscamente terminó. Estábamos almorzando en un elegante restaurante en Skye, contemplando los destellos del sol sobre el tranquilo océano un kilómetro por debajo de nosotros, cuando un nervioso soldado se nos acercó, saludó, y nos entregó nuestras órdenes selladas.

Eran para lugares distintos. William iba a ir a Sade-138, a un colapsar de distancia de la Gran Nube Magallánica. Yo iba a ir a Aleph-10, en el grupo de Orión.

Él era mayor, comandante de la Fuerza de Choque Yod-4, y yo era capitán, oficial ejecutivo para Aleph-10.

Era increíble, surrealista; monumentalmente estúpido e injusto. Habíamos estado juntos desde Basic —cinco años o medio milenio—, y ninguno de los dos era material de liderazgo. ¡Ninguno de los dos había sido siquiera un buen *soldado*! El ejército tenía abundantes pruebas de ello. Sin embargo él partía dentro de una semana para Puertaestelar, para convertirse en líder de hombres y mujeres. Mi Fuerza de Choque se reuniría en órbita alrededor de Cielo en un plazo de dos días, donde yo también me convertiría en una especie de líder.

Volamos de vuelta a Umbral, a medio camino de distancia, y llegamos allí justo cuando las oficinas administrativas estaban abriendo. William peleó y se abrió camino hasta la cima, intentando al menos que yo fuera reasignada a *su* unidad. ¿Qué diferencia podía haber? La mayoría de la gente que se reuniría con él en Puertaestelar ni siquiera había nacido todavía.

Por supuesto, no era un asunto de lógica; era un asunto de protocolo. Y ningún ejército en toda la historia había estado tan encerrado nunca en el hielo del protocolo. La persona que había *firmado* aquellas órdenes para los aún no nacidos ahora ya estaba probablemente muerto.

El día y la noche que nos quedaba juntos no fue bueno. Naturalmente, pensamos en escapar; conocíamos bien el planeta y nos quedaban algunos recursos. Pero el planeta pertenecía al ejército. No estaríamos seguros en ninguna ciudad, y seríamos muy llamativos fuera de ellas, puesto que no podríamos sobrevivir sin los campos presores, fácilmente detectables.

La desertión estaba castigada con la muerte, por supuesto, y discutimos la posibilidad de morir juntos de aquella forma, en un gesto final de desafío. Pero eso hubiera sido algo pasivo, simplemente entregar nuestras vidas al ejército. Mejor ofrecerlas una vez más a los taurinos.

Finalmente, agotados de hablar y de la ira y del dolor, nos limitamos a

permanecer el uno en brazos del otro durante el resto de la noche y primera hora de la mañana. Me gustaría poder decir que nos dimos fuerzas el uno al otro.

Cuando me acompañó a la cámara de aislamiento tres horas antes de la partida, nos mostramos casi deferentes el uno con el otro, quizá de la forma en que uno actúa en presencia de los muertos queridos. Ningún poeta que igualó nunca la partida con la muerte cerró la puerta con un portazo como aquél. Incluso aunque ambos nos encamináramos a la Tierra, con unos pocos días de separación, la geometría espaciotemporal del salto colapsar garantizarían que llegáramos con décadas o incluso siglos de distancia el uno del otro.

Y esto no era la Tierra. Había 150.000 años luz entre Sade-138 y Aleph-10. La distancia absoluta no significa nada en la geometría colapsar, dicen. Pero si William iba a morir en un ataque con bombas nova, la diminuta chispa de su muerte necesitaría mil quinientos siglos para arrastrarse hasta Orión, o la Tierra. Tiempo y distancia más allá de toda imaginación.

El espaciopuerto estaba en el ecuador, por supuesto, en una isla que llamaban Pærw'l: Adiós. Era un risco alto, en realidad una cumbre aplanada, que dominaba la bahía al este, donde William y yo habíamos pasado silenciosos días ayunando y meditando. Dijo que iba para ver el despegue. Deseé conseguir una ventanilla para poder ver la isla, y me abrí camino hasta una cuando subimos a la lanzadera. Pero no podía ver la cumbre desde el nivel del mar, y cuando los motores se pusieron a chillar y la invisible fuerza me empujó contra el acolchado del asiento, miré pero mis ojos se vieron cegados por las lágrimas, y no pude alzar la mano para eliminarlas.

2

Afortunadamente, tenía seis horas de tiempo libre después de atracar en la estación espacial Atenea, antes de presentarme para entrenamiento OSVA. Tiempo para recomponerme, con la ayuda de un par de bolas lentas. Fui a mi pequeño compartimento y deshice el equipaje y tomé las pastillas, y me tendí en el camastro durante un rato. Luego fui al salón y contemplé el planeta girar allá abajo, verde y blanco y azul. Había once naves en órbita a unos pocos kilómetros de distancia, una de ellas un gran crucero, presumiblemente el *Bolívar*, que iba a llevarnos a Aleph-10.

El salón era enorme y estaba casi vacío. Otras dos mujeres con uniformes *beiges* no familiares, supuse que personal de Atenea. Estaban hablando en el extraño y rápido idioma ángel, y yo escuchaba con un cerebro más bien lento.

Mientras recogía mi café, entró un hombre con un mono de camuflaje tostado y verde como el mío. En realidad no estábamos tan bien camuflados como las de *beige*, en aquella estancia de reconfortante madera y tonos terrestres.

Vino hacia mí y tomó una taza.

—Tú eres la capitán Potter, Marygay Potter.

—Correcto —respondí—. ¿Estás en Beta?

—No, estoy estacionado aquí, pero soy del ejército. —Me tendió la mano—. Michael Dobei, Mike. Coronel. Soy tu Oficial de Orientación Temporal.

Llevamos nuestros cafés a una mesa.

—¿Se supone que tienes que atraparme en este futuro, este presente?

Asintió.

—Prepararte para tratar con los hombres y mujeres que tendrás bajo tu mando. Y los otros oficiales.

—Lo que estoy intentando asimilar es esta parte «bajo tu mando». No soy soldado, coronel.

—Mike. En realidad eres mejor soldado de lo que crees. He visto tu perfil. Has pasado por un montón de combate, y eso no te ha roto. Ni siquiera la terrible experiencia en la Tierra.

William y yo estábamos en la granja de mis padres cuando fuimos atacados por una pandilla de saqueadores; mamá y papá resultaron muertos.

—¿Eso está en mi perfil? Entonces no era soldado. Abandonamos.

—Hay mucha cosa ahí dentro. —Alzó su café y me miró por encima del borde de la taza—. ¿Quieres saber lo que pensaba de ti tu tutor de la escuela secundaria?

—Eres un hurgacabezas.

—Esa solía ser la palabra. Ahora somos «barrenadores».

Me eché a reír.

—Eso solía ser un coleóptero.

—Todavía lo es. —Extrajo un lector de su bolsillo—. La última vez que estuviste en la Tierra fue en 2007. Te gustó tan poco que te realistaste.

—¿Ha mejorado desde entonces?

—Ha mejorado, luego ha empeorado, luego ha mejorado otra vez. Como siempre. Cuando me fui, en 2318, las cosas estaban al menos pacíficas.

—¿Reclutado?

—No en el sentido que lo fuiste tu. Yo sabía desde los diez años lo que iba a ser. Todo el mundo lo sabe ahora.

—¿Qué? ¿Sabías que ibas a ser un Oficial de Orientación Temporal?

—Ajá. —Sonrió—. Ni siquiera sabía lo que significaba eso, pero te juro que me resentí de ello. Tuve que ir a una escuela especial, aprender este lenguaje, el hablasoldado, pero tuve que recibir cuatro años de él en vez de los dos que reciben la mayoría de los soldados.

»Supongo que ahora estamos más regimentados en la Tierra; control de la cuna a la tumba, pero también seguridad. El crimen y la anarquía que caracterizaron tu Tierra son historia antigua. La mayoría de la gente vive vidas felices y realizadas.

—Homosexuales. No familias.

—Oh, tenemos familias, padres, pero no al azar. Para mantener la población

estable, se da vida a una persona cuando otra muere. La nueva es entregada a una pareja que ha crecido junta y que se sabe que tienen talento para actuar como padres; reciben, como máximo, cuatro niños que criar.

—«Se da vida»..., ¿bebés probeta?

—Incubadoras. Ningún trauma del nacimiento. Ninguna incertidumbre auténtica acerca del futuro. Descubrirás que tu tropa es un puñado de gente realmente sana.

—¿Y qué descubrirán ellos *en mí*? ¿No se resentirán de recibir órdenes de un atavismo heterosexual? ¿Un dinosaurio?

—Conocen la historia; no te culparán por ser lo que eres. Si intentaras iniciar sexo con uno de los hombres, entonces sí podría haber problemas.

Sacudí la cabeza.

—Eso no ocurrirá. El único hombre al que quiero se ha ido, para siempre.

Miró al suelo y carraspeó. ¿Puedes azarar a un barrenador profesional?

—William Mandella. Desearía que no hubieran hecho eso. Parece... innecesariamente cruel.

—Intentamos que me reasignaran como su oficial ejecutivo.

—Eso no hubiera funcionado. Ésa es la paradoja. —Movié la taza en círculos sobre la mesa, observando la danza de los reflejos—. Ambos tenéis tanto tiempo en vuestros rangos, objetivo y subjetivo, que tienen que asignaros comisiones. Pero no pueden ponerte bajo las órdenes de William. Dejando a un lado el asunto heterosexual, él estaría más preocupado por tu seguridad que por la misión. La tropa se darían cuenta y se resentiría de ello.

—Vaya, ¿eso no ocurre nunca en tu nuevo mundo perfecto? ¿Nunca tenéis a un comandante que se enamora de alguien bajo su mando?

—Por supuesto que ocurre; hetero u homo, el amor llega a veces. Pero son separados y a veces castigados, o al menos reprendidos. —Deseché aquello con un gesto de la mano—. En teoría. Si no es muy evidente, ¿a quién le importa? Pero contigo y con William, sería una irritación constante para la gente a vuestras órdenes.

—La mayoría de ellos nunca han visto a heterosexuales, supongo.

—Ninguno de ellos. Es algo detectado muy pronto y fácil de curar.

—Maravilloso. Quizá puedan curarme a mí.

—No. Me temo que tiene que hacerse antes de la pubertad. —Se echó a reír—. Lo siento. Te estabas burlando de mí.

—¿No crees que el hecho de que sea hetero va a dañar mis habilidades de mando?

—No; como he dicho, saben cómo solía ser la gente... Además, se supone que los soldados rasos no *empatizan* con sus oficiales; se supone que siguen sus órdenes. Y conocen el entrenamiento OSVA; saben lo bien preparada que estás.

—De todos modos estaré fuera de la cadena de mando, como oficial ejecutivo.

—A menos que todo el mundo por encima de ti muera. Ha ocurrido.

—Entonces el ejército descubrirá el error que cometió. Un poco demasiado tarde.

—Puede que te sorprendas a ti misma, después del entrenamiento OSVA. —Miró

su reloj—. Que va a empezar dentro de un par de horas.

—¿No te gustaría que almorzáramos juntos antes de eso?

—Hum, no. No creo que desees comer. Primero te limpian a fondo. Desde los dos lados.

—Suenan... espectacular.

—Oh, lo es, todo. A alguna gente le gusta. —No piensas que a mí vaya a gustarme.

El hombre hizo una pausa.

—Hablaemos de ello luego.

3

La purga no fue mala, puesto que por aquel entonces yo ya estaba floja e ida por las drogas. Me afeitaron como un bebé, incluso brazos y mejillas, y estaban en el proceso de cubrirme con sensores de realimentación cuando me adormecí.

Desperté desnuda y corriendo. Un puñado de otra gente desnuda corría detrás de mí y mis amigos, arrojándonos piedras. Una pesada roca me golpeó bajo el omoplato, cortándome el aliento y haciéndome tambalear. Un rechoncho neanderthal me agarró y me golpeó dos veces en la cabeza con algo.

Supe que era una simulación, un sueño, y que me desvanecía en un sueño. Cuando desperté un momento más tarde, me había abierto las piernas y estaba a punto de violarme. Clavé mis uñas en sus ojos y rodé lejos de él. Vino tras de mí, con sus intenciones aún evidentes, y mi mano cayó sobre su garrote. Lo hice girar con ambas manos y le abrí la cabeza, esparciendo sangre y sesos. Eyaculó en convulsivos chorros mientras moría, con los pies tamborileando el suelo. Dios, se suponía que tenía que ser realista, pero ¿no podían ahorrarme algunos detalles?

Luego estaba de pie en una falange con un escudo y una larga lanza. Había hombres frente a nuestra fila, acucillados, con lanzas más cortas. Todas las armas estaban inclinadas en el mismo ángulo, presentando un muro de puntas hacia los caballos que cargaban contra nosotros. Esta no es la parte más dura. Simplemente permaneces firme, y vives o no. Estudié la armadura ligera del enemigo persa a medida que se aproximaba. Había tres que podían entrar en mi zona si los descabalgábamos o sus caballos se detenían.

El caballo a mi izquierda se estrelló contra la línea. El de la derecha retrocedió e intentó darse la vuelta. El que cargaba directamente contra nosotros recibió ambas lanzas en el pecho, rompiendo el asta de la mía mientras resbalaba hacia un lado, lanzando chorros de sangre y relinchando con un sonido agudo y ultraterreno, pateando al hombre frente a mí. El descabalgado persa se estrelló contra mi escudo y me derribó mientras extraía mi espada corta; su empuñadura se clavó bajo mis

costillas, y casi me corté intentando liberarla de la vaina mientras me ponía de nuevo en pie.

El jinete había perdido su pequeño escudo redondo, pero su espada avanzaba hacia mí en un arco plano. La paré justo con el borde de mi escudo y, *tal como se me había enseñado*, di un tajo hacia abajo en dirección a sus desprotegidos antebrazo y muñeca... Se retorció apartándose, pero le golpeé bajo el codo, un tajo con suerte que le alcanzó un tendón o algo así. Dejó caer su espada y, mientras intentaba alcanzarla con la otra mano, lancé un tajo contra su rostro y le abrí una terrible herida cruzando ojo, mejilla y boca. Mientras gritaba un trozo de piel cayó y se desprendió, dejando al descubierto ensangrentados huesos y dientes, y cambié mi peso para lanzar un revés, apuntando hacia la desprotegida garganta, y entonces algo me golpeó por detrás y la ensangrentada punta de una lanza rompió la piel por encima de mi pezón derecho; caí de rodillas, agonizante, y me di cuenta de que no tenía pechos; era un hombre, un muchacho joven.

Era oscuro y hacía frío y la trinchera olía a mierda y a carne podrida.

—Dos minutos, muchachos —dijo un sargento con un susurro teatral. Oí el gorgotear de una cantimplora y la tomé cuando me la pasaron: ginebra caliente. Conseguí no toser y la pasé a mi vez. Comprobé en la oscuridad, y seguía sin tener pechos, y toqué entre mis piernas y era extraño ahí. Empecé a estremecerme y oí mear al hombre junto a mí, y de pronto sentí la necesidad de hacerlo yo también. Trasteé con los botones con la izquierda, sujetando mi rifle, y apenas conseguí sacar la cosa a tiempo, y me meé ardientemente en la mano.

—Calad las bayonetas —susurró el sargento mientras yo todavía seguía meando, y *el instinto tomó la delantera* y tanteé el encaje bajo la boca del cañón de mi Enfield y lo sujeté con mi izquierda mientras mi derecha iba hacia atrás y deslizaba la bayoneta fuera de su vaina y la encajaba con un clic en su lugar.

—Te veré en el Infierno, sargento Simmons —dijo el hombre a mi lado en tono de conversación.

—Muy pronto, Rez. Treinta segundos. —Había un nido de ametralladoras alemán a unos ochenta metros al frente y a la derecha. También tenían al menos un muy buen francotirador y, presumiblemente, un observador artillero. Esperábamos un cierto apoyo de la artillería a la 1:17, que señalaría el inicio de nuestra carga. Si no llegaba la artillería, lo cual era probable, teníamos que cargar de todos modos, dos cortos pelotones de rifleros frente a granaderos. Una misión suicida quizá, pero la muerte cierta si flaqueaba nuestro valor.

Me sequé la mano en el sucio mono grasiento y quité el seguro del rifle con el pulgar. Ya tenía un cartucho en la recámara. Puse mi pie izquierdo en el improvisado escalón y encontré un asidero para la mano izquierda. Mis rodillas eran agua, y mi ano se negaba a permanecer cerrado. Sentí lágrimas, y mi garganta se volvió seca y metálica. *Esto no es real*.

—Ahora —dijo el sargento en voz muy baja, y me icé sobre el borde de la

trinchera y disparé con una mano en la dirección general del enemigo, y empecé a correr hacia él, accionando el cerrojo, vagamente orgulloso de no mancharme los pantalones. Me dejé caer al suelo y apunté y disparé contra el ruido de la ametralladora, no vi el fogonazo, y disparé de nuevo mientras el pelotón número dos pasaba junto a nosotros. Un granadero pasó por mi lado y gritó «¡Adelante!», pero su voz se cortó cuando una bala impactó contra él, y yo ya estaba de nuevo de pie y corriendo, con otra bala en la recámara y cuatro en reserva. Una bala me destrozó el pie, y di un doloroso paso y caí.

Me arrastré hacia adelante, intentando mantener el cañón fuera del lodo, y rodé a un cráter poco profundo medio lleno de agua y trozos de un cuerpo hinchado y medio descompuesto. Pude oír el tableteo de otra ametralladora, pero no podía respirar. Me empujé hacia arriba con ambos brazos para atrapar un poco de aire por encima de las miasmas del cráter y una bala se estrelló contra mis dientes.

No era cronológico. De allí fui a las brumas de Breed's Hill, en el lado británico de lo que los norteamericanos llamarían la batalla de Bunker Hill. La cubierta de un barco, rechazando unos piratas mientras las velas ardían; luego otro barco, ensordecido por el fuego de los cañones mientras intentaba mantener la sangre fría ante los Zeros kamikazes que se lanzaban contra nosotros.

Volé en biplanos con las alas de tela y en cazas supersónicos, usé láseres y un arco y flechas, y arrasé una ciudad simplemente pulsando un botón. Maté con balas y machetes y decimales en código binario. A cada segundo era consciente de que se trataba de un ejercicio de entrenamiento; sentía terror y pena y dolor, pero sólo durante unos minutos u horas. Y dormía al menos durante tantas horas como las que estaba despierta, pero no era descanso; de alguna forma, mientras dormía, mi cerebro se llenaba de procedimientos, historia, reglas.

Cuando me desenchufaron después de tres semanas estaba literalmente catatónica. Eso era normal, sin embargo, y tenían drogas que te volvían a poner de vuelta en el mundo. Funcionaban en más del 90 por ciento de los nuevos oficiales. A los otros se les permitía que se alejaran flotando.

4

Teníamos dos semanas de descanso y rehabilitación —en órbita, desgraciadamente, no en Cielo— tras la experiencia OSVA. Mientras sudábamos en el gimnasio de oficiales, conocí a los demás oficiales, que estaban tan débiles y estremecidos como yo, después de tres semanas de inmersión en fluorocarburo oxigenado, pandemónium y aprendizaje de manuales.

También éramos una masa de arrugas de pies a cabeza el primer día, en que nuestros ejercicios consistieron en alzar los brazos por encima de la cabeza e intentar

levantarnos y sentarnos sin ayuda. Las arrugas empezaron a desaparecer en la sauna, mientras conversábamos con cansados monosílabos. Parecíamos como grandes y musculosos bebés rosados; debieron afeitarnos o depilarnos durante todas las tres semanas.

Tres de nosotros eran masculinos, lo cual era interesante. He visto montones de hombres desnudos, pero nunca ninguno sin nada de pelo. Supongo que todos teníamos un aspecto más bien expuesto y esquemático. Okayawa tuvo una erección, y Morales bromeó al respecto, pero para mi alivio no fue más lejos que eso. De todos modos fue una situación socialmente difícil.

La comandante, Ángela García, era físicamente unos diez años mayor que yo, aunque por supuesto según el calendario era siglos más joven. Era ruda y parecía muy reservada. La conocía ligeramente, al menos de vista; había sido líder de pelotón, no mío, en el desastre de Tet-2. Sus dos piernas tenían el mismo aspecto de equipo nuevo que mi brazo. Llegamos a Cielo juntas, pero puesto que su regeneración requirió el triple de tiempo que la mía, no nos vimos allí. William y yo nos habíamos ido antes de que ella pudiera acceder a la sala común.

William había estado en muchos de mis sueños OSVA, una figura en sombras en medio de algunas de las multitudes. Mi padre también, a veces.

Me gustó de inmediato Sharn Taylor, la oficial médico. Tenía un alegre fatalismo acerca de todo, y había vivido a fondo la vida mientras estaba en Cielo, contratando a toda una sucesión de hermosas mujeres para que la ayudaran a gastarse su fortuna. Se había quedado sin dinero una semana antes de su marcha, y había tenido que volver a Umbral y vivir de las raciones del ejército y los viajes de baja energía que podías conseguir gratis. No era hermosa; una terrible herida había rasgado su brazo y su pecho izquierdos y el lado izquierdo de su cara. Todo había sido reparado, pero las partes nuevas no encajaban demasiado bien con las antiguas.

Sin embargo mostraba una objetividad médica al respecto, y una admiración profesional hacia los milagros que podían realizarse; según el calendario actual, estaba desfasada en más de 150 años de la escuela médica.

Su sesión OSVA había sido totalmente diferente de las nuestras, por supuesto: una actualización de las habilidades de curar en vez de las habilidades de matar.

—Sin embargo la mayor parte se realiza con máquinas, antes que tratando a la gente —me dijo mientras mordisqueaba la sustancia parecida a comida que se suponía que nos ayudaría a recuperarnos—. Puedo tratar heridas en el campo, básicamente para mantener a alguien con vida hasta que puedan meterlo en una máquina. Pero la mayor parte de las armas modernas no dejan demasiado que salvar. —Esbozó una sonrisa tonta.

—No sabemos lo moderno que va a ser el enemigo —dije—. Aunque espero que no sean *tan* modernos como para vaporizarnos. —Ambas nos echamos a reír, y luego cortamos simultáneamente nuestras risas.

—Me pregunto qué nos han dado —dijo—. Seguro que no es zumofeliz; puedo

sentir las puntas de mis dedos y conservo toda mi visión periférica.

—¿Elevador temporal del talante?

—Espero que sea temporal. Hablaré con alguien.

Sharn descubrió que era tan sólo un estimulante en la comida; sin él, la retirada del OSVA podía provocar una profunda depresión. Yo casi había estado deprimida, pensé. Después de todo, *estábamos* enfrentándonos a una condenación casi segura. Todos menos uno de nosotros habíamos sobrevivido al menos a una batalla en una guerra donde el índice medio de supervivencia era sólo de un 34 por ciento por batalla. Si creías en la suerte, tenías que creer que ya habías gastado toda la tuya.

Tuvimos el satélite para nosotros durante ocho días —diez oficiales atendidos por un personal de treinta— mientras recuperábamos nuestras fuerzas. Por supuesto, se formaron amistades. Resultó casi obvio que con Chance Nguyen y Aurelio Morales la cosa fue más allá de la amistad; se pegaron el uno al otro desde el primer día.

Risa Danyi y Sharn y yo establecimos un lógico trío, las tres oficiales fuera de la cadena de mando. Risa era el oficial técnico, un poco mayor que Sharn y yo, con un doctorado en ingeniería de sistemas. Sin embargo parecía más joven, nacida y criada en Cielo. No realmente nacida, me recordé a mí misma. Y nunca traumatizada por el combate.

El OSVA de Risa había sido el mismo que el mío, pero lo había hallado más fascinante que terrible. Se disculpaba constantemente por ello. Había crecido en aquel ambiente, y se había acostumbrado a su proximidad y a su drama, y no había tenido ninguna experiencia en la vida real que se relacionara con el combate del sueño.

Tanto Risa como Sharn eran concupiscentes por naturaleza y curiosas acerca de mi heterosexualidad, y mientras que ambas eran estúpidamente adictas a los estimulantes yo no probaba ninguno. Cuando estuve la primera vez en el ejército, teníamos que obedecer a una «orden del día» rotativa respecto a dormir con quién, así que dormí con todos los soldados masculinos de la compañía más de una vez, y aunque dormir juntos no significaba que tuvieras que practicar el sexo, era considerado poco deportivo negarse. Y por supuesto los hombres son hombres; la mayoría de ellos tenían que pasar por todos los movimientos, literalmente, aunque no los sintieran.

Incluso a bordo de la nave, cuando nos libramos de la orden del día de dormir, hubo muchos cambios de literas. Yo estuve principalmente con William, pero ninguno de los dos era exclusivo (lo cual se hubiera considerado extraño, en nuestra generación). Nadie era fértil, así que no había ninguna posibilidad de un embarazo accidental.

Esa noción sorprendía realmente a Sharn y Risa. El embarazo es algo que les ocurre a los animales. Sharn había visto imágenes del proceso, historia médica, y nos los describió con todos sus horribles detalles. Tuve que recordarle que yo había nacido de aquel modo..., que yo le hice *aquello* a mi madre, y que de alguna forma ella me perdonó.

Risa señaló escrupulosamente que en realidad había sido mi padre quien le hizo aquello a mi madre, lo cual, por alguna razón, consideramos todas que era hilarante.

Una mañana, mientras estábamos solas juntas, simplemente contemplando el planeta en el salón, planteó lo obvio.

—No has dicho nada al respecto, así que supongo que nunca has amado a una mujer. —Carraspeó, nerviosa—. Quiero decir practicar el sexo. Sé que amaste a tu madre.

—No. —No supe cómo explicarlo—. No era tan común; quiero decir que *sabía* que había chicas y mujeres que estaban juntas. De ese modo.

—Bien. —Me dio una palmada en el codo—. Lo sabes.

—Oh, sí. Quiero decir, sí, lo comprendo. Gracias, pero yo...

—Sólo quería decir, ya sabes, somos del mismo rango. Es incluso legal. —Rió nerviosamente; si todas las regulaciones fueran rotas tan entusiásticamente, seríamos una masa indisciplinada, no un ejército.

No estuve segura de qué decir. Hasta que ella realmente preguntó, no había pensado en la posibilidad excepto como una abstracción.

—Todavía lloro a William —dije. Asintió y me dio otra palmada, y dejó el asunto.

Pero por supuesto eso no fue todo. Podía visualizarlas a ella y a Sharn, por ejemplo, practicando el sexo; lo había visto en los escenarios y en los cubos muy a menudo. Pero no podía ponerme en su lugar. No de la forma en que podía visualizarme a mí misma estando con uno de los hombres, en especial Sid, Isidro Zhulpa. Era tranquilo, introspectivo, sombríamente hermoso. Pero demasiado bien equilibrado como para contemplar una perversión sexual que me implicara.

Todavía estaba desconcertada por la fantasía, la imaginación; los recuerdos reales y artificiales. Sabía seguro que nunca había matado a nadie con un garrote o un cuchillo, pero mi cuerpo parecía conservar un recuerdo de ello, más real que la imagen mental. Todavía podía sentir el fantasma de un pene y unos testículos, y la falta de pechos, puesto que todas las plantillas de combate del OSVA eran masculinas. Seguro que eso era algo más extraño que acostarse con otra mujer. Cuando esperaba a que William saliera de su estadio final de ajuste, leyendo durante dos días, había tenido el impulso de intentar un viaje, enchufándome a una simulación de sexo lesbiano, el único tipo que estaba disponible para las mujeres.

No lo hice por un par de razones. Ahora que era demasiado tarde —los únicos viajes en Atenea son los OSVA—, deseé haberlo hecho. Porque no es tan simple como «acepto esto porque es la forma en que está establecido», con la condescendencia implícita que me confiere mi pedestal de normalidad.

Normalidad. Voy a encerrarme en una lata con otras 130 personas para quienes mi vida más personal y privada es algo tan exótico como el canibalismo. Algo tan raro que ni siquiera tienen un epíteto para ello. Estaba segura de que terminarían encontrando uno.

Tabla de organización
Fuerza de Asalto Delta
Campaña Aleph-10

1ESC	MAY García		COM Sidorenko
2ESC	1TEN Nguyen		
3ESC	1TEN Zhulpa		
4ESC	CAP Potter	OE	
	2TEN Darryl	OT	
	2TEN Taylor, Med.	OM	
	1	2	3
5ESC	2TEN Sadovyi	2TEN Okayawa	2TEN Mathes
6ESC	SSarg Baron	SSarg Troy	SSarg Tsuruta
7ESC	Sarg Naber	Sarg Kitamura	Sarg Yorzyk
8ESC	Cab Roth	Cab Gross	Cab Bruner
	Cab Sieben	Cab Simeony	Cab Ritter
	Cab Korir	Cab Sadovyi	Cab Loader
	Cab Montgomery	Cab Popov	Cab Hajos
	Cab Daniels	Cab Kahanamoku	Cab Miyzaki
	Cab Son	Cab Daniels	Cab Taylor
	Cab Devitt	Cab Schollander	Cab Winden
	Cab Gammoudi	Cab Akii-Bua	Cab Beiwat
	Cab Armstrong	Cab Kariuki	Cab Brir
	Cab Kostadinova	Cab Ajarwa	Cab Roba
	Cab McDonald	Cab Balas	Cab Reskova
	Cab Zubero	Cab Furniss	Cab Kopilakov
	Cab Miyazaki	Cab Roth	Cab Pakratov
	Cab Ris	Cab Scholes	Cab Ris
	Cab Russell	Cab Rozsa	Cab Moorhouse
	Cab Shiley	Cab Csak	Cab Coachman
	Cab Ackerman	Cab Parikritov	Cab Nesty
	Sold Darryl	Sold Gyenji	Sold Crapp
	Sold Biondi	Sold Stewart, M	Sold Baumann
		Sold Engel-Kramer	Sold Min
			Sold Stewart, J.
			Sold Mingxia
			ZTEN Morales
			SSarg Hencken
			Sarg Verdeur
			Cab Graef
			Cab Henkel
			Cab Catherwood
			Cab Hamay
			Cab Csik
			Cab Hopkins
			Cab Spitz
			Cab Keino
			Cab Keter
			Cab Keimo
			Cab Mayfair
			Cab Gross
			Cab López
			Cab Henricks
			Cab Lundquist
			Cab Brand
			Cab O'Brien
			Sold Hong
			Sold Stewart, J.
			Sold Mingxia

Apoyo: 1TEN Otto (MAR), 2TENS Wennyl y Van Dykken (MED), Durack (PSI), Bleibkey (MANT), Lackey (ORD), Obspowich (COM), Madison (COMP); 1Sargs Mastenbroek (MED), Anderson (MED), Szoki (MED), Fraser (MED), Henne (PSI), Neelson (MANT), Ender (ORD); SSargs Krause (MED), Steinseller (MED), Hogshead (MED), Otto (MED), Yong (MANT), Jingyi (COC), Meyer (COMP); Sargs Gould (MED), Bonder (MANT), Kraus (ORD), Waite (REC); Cabs Freidrich (MED), Haislett (MED), Poll (SEX), Norelius (SEX), Gyenge (ORD); Solds Curtis (MANT), Senff (COC), Harup (ORD).

APROBADO COMESTMAY PUERTAESTELAR 12 mar 2458 POR EL COMANDANTE:

Olga Torischeva BGEN COMESTMAY

El salón era llamado la «habitación plástica»; podía reformarse de varias maneras, según su función. Uno de los miembros del estado mayor de Atenea me había entregado la caja de control..., mi primera función ejecutiva como oficial ejecutivo.

Cuando los transportes de tropa se alinearon fuera del muelle, pulsé el botón marcado «auditorio», y el confortable panelado de madera se fundió en un color marfil neutro mientras el mobiliario se hundía en el suelo y luego se alzaba de nuevo, asomando tres bloques de hileras de asientos en filas ascendentes. La caja de control me preguntó cuántos asientos poner en el estrado delantero. Dije seis y luego corregí a siete. El comodoro estaría allí, en bien de la ceremonia.

Mientras contemplaba la Fuerza de Asalto desfilando al interior del auditorio, intenté

separar los veteranos de combate de los ángeles. No había demasiados de los últimos; sólo catorce de los 130 habían nacido en Cielo. Por una buena e inquietante razón.

La mayor García aguardó hasta que todas las sillas estuvieron llenas, y entonces aguardó un par de minutos más, estudiando los rostros, quizás haciendo el mismo tipo de selección. Luego se puso en pie y presentó al comodoro y a los demás oficiales, descendiendo hasta mi escalón, y entró en materia.

—Estoy segura de que habréis oído rumores. Uno de ellos es cierto. —Tomó una sola tarjeta de notas del bolsillo de su uniforme y la depositó en el atril—. Ciento dieciséis de nosotros hemos estado en combate antes. Todos heridos y traídos aquí a Cielo. Para reparación y luego descanso.

»Es posible que sepáis que esta concentración de veteranos es inusual. El ejército valora la experiencia y la difunde. Un grupo de este tamaño tendría normalmente una veintena de veteranos de combate. Por supuesto, esto implica que nos enfrentamos a una difícil misión.

»Vamos a atacar la más antigua base enemiga conocida. —Hizo una pausa—. Los taurinos establecieron su presencia en el planeta portal del colapsar Aleph-10 hace más de doscientos años. Les hemos atacado dos veces, sin ningún resultado.

No dijo cuántos supervivientes hubo de aquellos dos ataques. Yo sabía que no había habido ninguno.

—Si, como esperamos, los taurinos han permanecido fuera de contacto con su planeta madre durante los últimos dos siglos, tenemos una enorme ventaja tecnológica. Los detalles de esta ventaja no serán discutidos hasta que estemos en camino. —Un procedimiento de seguridad absurdo pero estándar. Un espía taurino tenía menos posibilidades de disfrazarse y subir a bordo que un alce. Y nadie aquí podía estar en la nómina de los taurinos. Las dos especies nunca habían intercambiado nada excepto proyectiles.

—Estamos a tres saltos colapsares de distancia de Aleph-10, de modo que tendremos once meses para entrenarnos con los nuevos sistemas de armas..., con los que los derrotaremos. —Se permitió una sombría sonrisa—. Cuando les alcancemos, puede que lleguemos desde cuatrocientos años en su futuro. Ése es el tiempo transcurrido entre la derrota de la Armada Española y la primera guerra nuclear.

Por supuesto, la relatividad no favorece a una especie por encima de la otra. Los taurinos en Aleph-10 podían haber tenido visitantes de su propio futuro, trayéndoles regalos.

La tropa permanecía respetuosamente en silencio, absorbiendo la fracción de información que la mayor García les entregaba. Supongo que la mayoría de ellos sabían que las cosas no eran tan rosadas, ni siquiera los inexpertos ángeles. Les ofreció unas cuantas generalidades más para alentarles y los despidió a sus alojamientos temporales. Nosotros los oficiales teníamos que re-unirnos con ella dentro de dos horas, para almorzar.

Pasé el tiempo visitando los alojamientos del pelotón, hablando con los sargentos

que en realidad dirigirían el espectáculo día a día. Había visto sus informes pero no me había reunido con ninguno excepto Cat Verdeur, que había estado en terapia física conmigo. Ambas teníamos reemplazado el brazo derecho, y como parte de nuestra rutina se nos requería que practicáramos cada día con él luchando la una contra la otra y disculpándonos por el dolor que nos causábamos. Se alegró de verme, y dijo que se hubiera mostrado dispuesta a dejarme ganar ocasionalmente si hubiera sabido que iba a superarla en rango.

El salón de oficiales era también una habitación plástica que no había conocido antes. Antes había sido un lugar utilitario de reunión, con máquinas dispensadoras de comida y bebida sencillas. Ahora estaba decorada con madera oscura e intrincados azulejos, servilletas de lino y cristal. Por supuesto la madera parecía plástico y el lino papel, pero uno no puede tenerlo todo.

Nueve de nosotros estábamos allí a la hora prevista, y la mayor apareció dos minutos más tarde. Nos saludó uno por uno y pulsó un botón, y los cocineros Kengyi y Senff aparecieron con auténtica comida y dos jarras de vino. Revoltillo de verduras aromáticas y zoni, parecido a grandes gambas.

—Disfrutemos de esto mientras podamos —dijo—. Muy pronto volveremos a las raciones Clase A recicladas. —Atenea tenía espacio suficiente para hidropónicos y, al parecer, tanques para pescado y marisco.

Nos pidió que nos presentáramos nosotros mismos, siguiendo un orden circular alrededor de la mesa. Yo sabía un poco de cada uno, puesto que mi archivo de oficial ejecutivo tenía información básica sobre toda la Fuerza de Choque y extensos *dossiers* de los oficiales y personal especializado. Pero hubo sorpresas. Sabía que la mayor había sobrevivido a cinco batallas, pero desconocía que había estado en Cielo cuatro veces, lo cual era todo un récord. Sabía que su segundo al mando, Chance Nguyen, procedía de Marte, pero desconocía que procedía de la primera generación nacida allí, y que era la primera persona reclutada de este planeta; había habido una enorme polémica al respecto, con los separatistas diciendo que la Guerra Interminable era una guerra de la Tierra. Pero por aquel entonces la Tierra todavía podía amenazar con cortar los suministros a Marte. El planeta rojo era autosuficiente ahora, dijo Chance, pero él llevaba un siglo fuera, y no sabía cuál era exactamente la situación.

Lillian Mathes acababa de llegar de la Tierra, con menos de veinte años de desfase colapsar, y dijo que cuando ella se había ido no reclutaban en Marte; todo estaba parado en los tribunales. Así que Chance podía ser el único oficial marciano en servicio.

Tenía una forma extraña de moverse, atenta y cautelosa, como si nadara a través de aquella gravedad innaturalmente alta. Me dijo que se había entrenado durante un año marciano, llevando pesos cada vez más y más pesados, antes de ir a Puertaestelar y su primera asignación.

Todos ellos eran instruidos y atléticos, pero sólo Sid, Isidro Zhulpa, había

recibido a la vez instrucción y entrenamiento atlético. Jugó al béisbol profesional durante una temporada, pero lo abandonó para doctorarse en sociología. Había recibido su nombramiento como profesor el día antes de recibir la noticia de su alistamiento. Su piel era tan negra que era casi azul; con sus rasgos cincelados y su enorme musculatura, parecía un severo dios africano. Pero era tranquilo y modesto, mi favorito.

Hablé principalmente con él y con Sharn durante la comida, charlando de todo menos de nuestro futuro inmediato. Cuando acabamos con todo, entraron los cocineros con dos carritos y limpiaron la mesa, dejando té y café. García aguardó hasta que todos nos hubimos servido y los soldados se hubieron ido.

—Por supuesto, no tenemos ni la menor idea de lo que nos aguarda en Aleph-10 —dijo la mayor—. Una cosa que hemos conseguido descubrir, que no creo que se les haya dicho a ninguno, es que sabemos cómo fue eliminada la segunda Fuerza de Choque.

Aquello era algo nuevo.

—Era como un campo de minas. Una matriz de bombas nova en un cinturón alrededor del planeta portal. Suponemos que todavía está ahí.

—¿No pudieron detectarla y evitarla? —preguntó Risa.

—Era un sistema activo. En realidad las bombas les persiguieron. Detonaron cuatro, que se acercaban cada vez más, hasta que la quinta les alcanzó. El abejorro que grababa la acción apenas tuvo tiempo de escapar; una de las bombas consiguió perseguirle a través del primer salto colapsar.

»Podemos contrarrestar el sistema. Seremos precedidos por un pelotón de abejorros inteligentes que deberían ser capaces de detonar simultáneamente todo el anillo de bombas nova. Eso debería hacer que las cosas se pusieran muy calientes a nivel del suelo, al tiempo que protegía nuestra aproximación.

—¿No sabemos lo que acabó con la primera Fuerza de Choque? —preguntó Sid. García negó con la cabeza.

—El abejorro no regresó. Todo lo que podemos decir seguro es que no fue la misma cosa.

—¿Qué entonces? —pregunté.

—Aleph-10 es fácilmente visible desde la Tierra; se halla a unos ochenta años luz de distancia. Hubieran detectado una bomba nova hace 120 años, si hubiera habido alguna. Se supone que atacaron de una forma convencional, tal como estaba ordenado, y fueron destruidos. O sufrieron algún accidente en el camino.

Por supuesto no habían radiado ninguna comunicación a la Tierra o a Puertaestelar. Nunca lo hacíamos. La guerra se libraba en planetas portal, colapsares cercanos, que eran normalmente rocas desoladas y prescindibles. Se necesitaría tan sólo una bomba nova para vaporizar la estación Puertaestelar; quizá tres para borrar toda la vida de la Tierra.

Así que no deseábamos ofrecerles un mapa de carreteras hasta casa.

Buena parte del entrenamiento durante los siguientes once meses tuvo que ver con armas primitivas, lo cual explicaba por qué buena parte de mi tiempo en OSVA había sido empleado practicando con arcos y flechas, lanzas, cuchillos y demás. Teníamos una nueva cosa llamada «campo de estasis», que creaba una burbuja dentro de la cual *tenías* que usar instrumentos simples; ningún arma de energía funcionaba.

De hecho, ni siquiera la propia física funcionaba demasiado bien dentro de un campo de estasis; la química no funcionaba en absoluto. Dentro nada podía moverse más aprisa que a 16,3 metros por segundo, incluidas las partículas elementales y la luz. (Podías ver dentro, pero no había luz; era algo relacionado con los taquiones). Si resultabas expuesto al campo sin protección, morías al instante de muerte cerebral — nada de electricidad—, y de alguna forma te congelabas hasta quedar convertido en un bloque sólido en unos pocos segundos. Así que teníamos trajes hechos de una materia como recia y crujiente hoja de aluminio, llenos de incómodos tubos y cañerías y artefactos que lo reciclaban todo. Podías vivir dentro del campo de estasis, dentro del traje, indefinidamente. Hasta que te volvías loco.

Pero un rasguño, incluso una perforación con la punta de una aguja, en la tela del traje, y estabas muerto al instante.

Por esa razón no practicábamos con las armas primitivas dentro del campo. Y si tenías un accidente de entrenamiento que causaba la más ligera rozadura, en ti o en cualquier otro, eras recluido para que meditaras en aquello durante todo un día en solitario confinamiento. Incluso los oficiales; mi poca atención con las puntas de las flechas me costó un largo y ansioso día en la oscuridad.

Sólo un pelotón podía entrenarse en el gimnasio a la vez, así que al principio me entrené con quien lo estuviera usando en aquellos momentos cuando conseguía unas pocas horas libres de mis otros deberes. Al cabo de un tiempo dispuse mi horario de tal modo que siempre fuera el cuarto pelotón. Me gustaban Aurelio Morales, el líder de la formación, y su sargento de estado mayor, Karl Hencken. Pero sobre todo me gustaba Cat Verdeur.

No recuerdo ningún momento en particular en el que la sociabilidad se convirtió de pronto en sexo; no hubo nada parecido a una proposición o una insinuación. Estuvimos físicamente cercanas desde el principio, debido a nuestra experiencia compartida en Umbral. Luego éramos una pareja natural en la práctica de combate cuerpo a cuerpo, siendo más o menos de la misma edad física y condición. Eso creaba una especie de intimidad, y el hecho de que oficiales y personal especializado tuvieran una ducha separada de los demás hombres y mujeres nos proporcionaba otro aliciente. Aurelio y Karl ocupaban un lado, y Cat y yo ocupábamos el otro. Nos enjabonábamos la espalda la una a la otra, y finalmente la parte delantera.

Siendo sargento, Cat no disponía de alojamiento propio; dormía en un ala con las otras mujeres de su pelotón. Pero una noche se presentó en mi puerta al borde de las

lágrimas, con un misterioso problema con el que ambas nos enfrentábamos: a veces el nuevo brazo simplemente no parece como si te perteneciera. Obedece tus órdenes, pero es como una criatura separada, injertada en ti, y la sensación de esta separación puede convertirse en algo abrumador. La dejé llorar en mi hombro, el bueno, y luego compartimos mi estrecha cama aquella noche. No hicimos nada que no hubiéramos hecho muchas veces en la ducha, pero no fue un juego. Permanecí despierta, pensando, mucho después de que ella se quedara dormida con su mejilla contra mi pecho.

Todavía amaba a William, pero de no mediar un milagro nunca volvería a verle. Lo que sentía por Cat era algo más que sólo amistad, y según sus estándares y los de todos los demás no había nada de extraño en ello. Y no había ninguna forma en la que pudiera tener un futuro con Sid o cualquiera de los otros hombres.

Cuando era joven había habido una canción sarcástica que decía algo así como: «Si no puedo estar con el que amo, amaré a aquél con quien esté». Supongo que esto lo resume todo.

Fui a Elise Durack, la psicóloga de la Fuerza de Choque, y me ayudó mediante algunos giros y revueltas. Luego Cat y yo fuimos juntas a Octavia Poll, la consejera sexual femenina, y la cosa terminó en una extraña y curiosa consulta a cuatro bandas con Dante Norelius, el consejero sexual masculino. Eso dio como resultado un adminículo mecánico que nos hizo reír pero que usamos ocasionalmente, que hacía que el sexo fuera un poco más como con un hombre. Cat simpatizó con mi necesidad de aferrarme a mi pasado, y dijo que no le importaba que yo recordara a William cuando estaba con ella. Pensaba que, aunque perverso, era romántico.

Empecé a plantear el tema con la mayor, y ella lo echó a un lado con una carcajada. Todo el mundo que se preocupaba por las cosas a bordo de la nave conocía el asunto, y eso era bueno: me hacía menos extraña ante ellos. Si yo hubiera estado en el pelotón de Cat, por encima de ella en la cadena directa de mando, ella hubiera sido asignada rutinariamente a otro pelotón, cosa que había ocurrido con otros varias veces.

(La lógica de eso resulta clara, pero me hizo preguntarme acerca de la propia García. Si ella se enamoraba de otra mujer, no habría ninguna forma de poner a esa mujer en algún lugar fuera de su mando. Pero, por todo lo que sabía, ella no tenía a nadie).

Cat se vino a vivir más o menos conmigo. Si alguien en su pelotón se resintió de ello, en su mayor parte se alegraron de no tener a su sargento vigilándoles todas las horas del día. Normalmente permanecía con ellos hasta el primer apagón de las luces, y entonces recorría el corredor hasta mi cabina..., cruzándose a menudo con otros y otras en misiones similares. Resulta difícil mantener secretos de este tipo en una nave espacial, y no muchos lo intentaban.

Había un elemento de desesperación en nuestra relación, almas condenadas compartiendo unos pocos y últimos meses, pero eso era cierto para cualquier amor a

menos que fuera absolutamente miope. Si se mantenían las cifras, sólo el 34 por ciento de nosotros tenía algún futuro más allá de Elefante, que era como todo el mundo llamaba a Aleph-10 en el momento en que giramos en ángulo hacia nuestro segundo salto colapsar.

William había intentado de una forma resignada explicar la física de todo aquello, la primera vez que efectuamos un salto, pero las matemáticas me habían derrotado en el instituto mucho antes de que el cálculo me pateara definitivamente y me lanzara hacia una especialización en inglés. Tenía que ver con la aceleración. Si simplemente caías hacia un colapsar, de la forma en que lo hace la mayor parte de la materia normal, estabas condenado. Por alguna razón, tú y la gente a tu alrededor parecíais caer eternamente, pero para el mundo exterior eras borrado al instante.

Oh, sí, claro. Evidentemente, nadie realizó nunca el experimento.

De todos modos, aceleras hacia el «horizonte de sucesos» del colapsar, que es lo que tiene en lugar de una superficie, a una velocidad y un ángulo precalculados, y apareces en otro colapsar a equis años luz de distancia..., quizá cinco, quizá cinco millones. Será mejor que calcules correctamente el ángulo, porque no siempre puedes simplemente invertir las cosas y regresar.

(Lo cual esperábamos que fuera lo que le ocurrió a la primera Fuerza de Choque a Elefante. Ahora podían estar al otro lado de la galaxia, colonizando algún hermoso y tranquilo mundo. Todos los cruceros llevaban un conjunto de matrices y un jardín de infancia ante esa posibilidad, aunque la mayor hizo girar los ojos cuando lo describió. Era puramente un dispositivo moral, dijo; probablemente no funcionaría. Me pregunté si, en ese caso, la gente sería capaz de rechinar los dientes e intentar hacer bebés a la manera antigua).

Puesto que partíamos de Cielo, teníamos que efectuar al menos dos saltos colapsares antes de «adquirir» Elefante. Eso representaba dos siglos de tiempo objetivo, si existe tal cosa. Para nosotros fueron once meses más bien estresantes. Además del entrenamiento con las armas antiguas, la tropa tenía que entrenarse con sus trajes de lucha y con cualquier sistema de armas especializado que le fuera asignado, en caso de que el campo de estasis no funcionara o resultara inútil a causa de algún desarrollo del enemigo.

Mientras tanto, hice mi trabajo de oficial ejecutivo. Prácticamente era llevar la contabilidad, lo cual es algo casi trivial a bordo de una nave, puesto que nada entra y nada sale. La mayor parte era un vago plan de asignaciones para mantener la moral de la tropa.

No estaba bien cualificada para eso; quizá menos cualificada que nadie a bordo. Su música no sonaba como música para mí. Sus juegos parecían sin objetivo, incluso después de ser meticulosamente explicados. Las películas eran interesantes, al menos como antropología, y los placeres de la comida y la bebida no habían cambiado mucho, pero sus vidas sexuales seguían siendo más bien misteriosas para mí, pese a mi afecto hacia Cat y los orgasmos que intercambiábamos. Si un hombre y una mujer

se cruzaban conmigo, siempre me sentía más interesada hacia el hombre. Así que amaba a una mujer, pero como lesbiana no era un gran éxito.

A veces eso me proporcionaba un cierto consuelo, una conexión con William y mi pasado. Más a menudo me hacía sentir apartada de los demás, impotente.

Disponía de ocho voluntarios a tiempo parcial, y un subordinado a tiempo completo, el sargento Cody Waite, que no era gran cosa. Creo que las leyes de reclutamiento de la Tierra, el Decreto de Reclutamiento de Elite, eran ignoradas en Cielo. De hecho, iría incluso más lejos (haciendo una referencia que nadie en la nave entendería) y afirmarí que había un aspecto miltoniano en esta llegada. Había sido expulsado de Cielo por orgullo arrogante. Pero no tenía nada de lo que enorgullecerse, excepto su rostro y sus músculos. Tenía la inteligencia de un hámster. Su aspecto era el de un dios griego, pero para mí lo que eso significaba era que cada vez que necesitaba que hiciera algo, estaba abajo en el gimnasio trabajando con las máquinas. O fuera haciéndose pistonear el recto por algún muchacho adorante que no tenía que hablar con él. Sin embargo sabía leer y escribir, así que eventualmente descubriría que podía emplearle haciéndole redactar mis informes semanales. Empezaba: «Esta semana fue igual que la semana anterior», y convertía el texto en una epopeya de absoluto tedio.

Me alegraba estar fuera de la cadena de mando. Entrenas intensivamente a la gente para el combate y luego la metes en una caja para once meses ¿de qué? De más entrenamiento para el combate. Nadie es feliz y algunos estallan.

En general los hombres son peores que las mujeres, o al menos cuando las mujeres pierden el control tienden a hacerlo gritando en vez de emplear puños y pies. Sin embargo, Cat tenía un par que eran una excepción, y la cosa escaló hasta un intento de asesinato en el comedor.

Esto fue diez días antes del último salto colapsar —todo el mundo estaba con los nervios a flor de piel—, entre Lain Mayfair y «Tiny» Keimo, que pese a su apodo, «Diminuta», era lo bastante corpulenta como para vencer a la mayoría de los hombres. Lain intentó degollarla desde atrás, y Tiny le rompió el brazo a la altura del codo mientras todos los demás se apresuraban a buscar refugio, y estaba estrangulándola seriamente —intentando matarla antes de que ella misma se desangrara— cuando el cocinero J. J. corrió hacia ellas y tumbó a la robusta mujer de un sartenazo.

Mientras estaban todavía en la enfermería hubo un consejo de guerra sumario. Con el testimonio unánime de cuarenta testigos, la mayor García no tuvo ninguna elección: sentenció a Lain Mayfair a muerte por intento de asesinato. Ella misma administró la inyección letal.

Fui requerida a actuar como testigo, y más, y no fue lo mejor del día para mí. Mayfair estaba postrada en la cama y, creo, ligeramente sedada. García explicó la razón del veredicto y le preguntó a Mayfair si prefería la dignidad de tomar ella misma el veneno. No dijo nada, simplemente se echó a llorar y negó con la cabeza.

Dos soldados la sujetaron por los hombros mientras García tomaba su brazo y le administraba el inyectable. Mayfair se puso pálida y sus ojos giraron hacia arriba. Se agitó convulsivamente durante unos breves segundos y murió.

García no mostró ninguna emoción durante todo el proceso. Me susurró que estaría en sus aposentos si alguien la necesitaba realmente, y se marchó al instante.

Tuve que supervisar la eliminación del cadáver. Hice que dos enfermeros la envolvieran apretadamente en una sábana y la pusieran en una camilla. Tuvimos que transportarla por todo el corredor principal, con todo el mundo mirando. Ayudé a los dos a meterla en la esclusa de aire. Estaba empezando a ponerse rígida, pero su cuerpo todavía no estaba frío.

Hice que un amigo leyera una plegaria en el idioma de Mayfair, y pedí al ingeniero presión máxima en la esclusa, y luego la lancé. Su cuerpo se alejó girando a su solitaria e infinita tumba.

Volví a la enfermería y encontré a Tiny inconsolable. Ella y Mayfair habían sido amantes allá en Puertaestelar. Todo había ido mal, nada tenía sentido, ¿por qué por qué por qué? Mi respuesta fue hacer que Sharn le administrara un tranquilizante. Yo tomé otro.

7

Salimos del colapsar del Elefante aproximadamente un minuto después que la falange de defensa, los diez abejorros inteligentes de alta velocidad que tenían múltiples cabezas de combate, programados para ocuparse del campo de minas de bombas nova del planeta portal.

La primera sorpresa fue que el campo de minas no estaba allí. La segunda sorpresa fue que los taurinos tampoco estaban. Su base parecía intacta pero desierta desde hacía tiempo, fría.

La destruiríamos con una bomba nova, pero primero enviaríamos a un pelotón para investigar. García pidió que yo fuera con ellos. Era el pelotón de Cat. Sería una interesante experiencia que compartir, siempre que una trampa explosiva no nos volatilizara del planeta. La base desierta podía ser un cebo.

Llevaríamos una bomba nova con nosotros. O bien Morales o yo podríamos hacerla detonar si nos encontrábamos en una situación que pareciera desesperada. O podía hacerlo García desde la órbita. Estaba segura de que García lo haría. No estaba tan aseguera acerca de mí o de Aurelio.

Pero mientras estábamos en la bodega de embarque enfundándonos en nuestros trajes de batalla llegó la tercera sorpresa, la grande. Más tarde vi la grabación. El cubo principal en la sala de control se iluminó con una imagen bidimensional de un hombre joven con un antiguo uniforme. Saltó alternativamente de dos a tres

dimensiones mientras hablaba.

—Hola, nave de la Tierra. ¿Todavía usan esta frecuencia? ¿Todavía usan este idioma?

Sonrió plácidamente.

—Por supuesto que al principio no responderán; yo tampoco lo haría. Esto podría ser una trampa. Considérense libres de investigar a largo alcance. Estoy llamando desde un planeta portal distinto. En estos momentos me hallo a 12,23 millones de kilómetros de ustedes, en el plano de la eclíptica, em un ángulo de 0,54 radianes con respecto al colapsar. Como probablemente ya sabrán a estas alturas.

»Soy un descendiente de la primera Fuerza de Choque, hace casi medio milenio. Espero sus preguntas. —Se reclinó en su silla, en una habitación sin rasgos distintivos. Cruzó las piernas y tomó un bloc de notas y empezó a dibujar en él.

Obtuvimos inmediatamente una imagen de alta resolución del planeta portal. Era pequeño, como suelen serlo todos; frío y sin aire excepto la base. En realidad era más una ciudad que una base, y era tan llamativa como un faro. No estaba cupulada; evidentemente el aire era retenido por algún tipo de campo de fuerza. Estaba iluminada por un sol artificial que flotaba a unos pocos kilómetros encima de la superficie.

Había un antiguo crucero en órbita, con su espectacular gracia aerodinámica avergonzando nuestra desgarrada funcionalidad. También había dos naves taurinas. Ninguna de ellas estaba apreciablemente dañada.

Todos los oficiales 5 y por encima estábamos en el puente cuando contactamos con el planeta. El comodoro Sidorenko se sentó delante con García; técnicamente la superaba en rango en aquella habitación, pero el *show* era de ella, puesto que el asunto era en realidad planetario.

Me sentí un poco cohibida, venida directamente de la bodega de embarque. Todos los demás iban de uniforme; yo llevaba simplemente la malla de contacto para el traje de batalla. Como una capa de pintura plateada.

García se dirigió al hombre en la silla.

—¿Tiene usted nombre y rango?

Se necesitaron unos cuarenta segundos para que el mensaje llegara hasta él, y otros cuarenta para su respuesta.

—Me llamo Hombre. No tenemos rangos; estoy aquí porque sé hablar estándar antiguo. Inglés.

Podías jugar una partida de ajedrez lento durante esta conversación, y no perderte nada.

—Pero sus antepasados derrotaron a los taurinos, de algún modo.

—No. Los taurinos los tomaron prisioneros y los enviaron aquí. Luego hubo otra batalla, hace generaciones. Nunca volvimos a saber de ellos.

—Perdimos esa batalla. Nuestro crucero fue destruido con toda su tripulación.

—No sé nada acerca de eso. Su planeta estaba al otro lado del colapsar cuando

ocurrió la batalla. La gente aquí vio mucha luz, distorsionada por las lentes gravitatorias. Siempre supusimos que era algún tipo de ataque robótico, puesto que no supimos nada de ninguno de los dos bandos a partir de entonces. Lamento que muriera tanta gente.

—¿Qué hay de los taurinos que estaban con ustedes? ¿Hay taurinos entre ustedes ahora?

—No; no los había entonces, y tampoco los hay ahora. Antes de la batalla se dejaban ver de tanto en tanto.

—Pero hay... —empezó a decir García.

—Oh, se refiere a las naves taurinas en órbita. Llevan ahí cientos de años. Lo mismo que nuestro crucero. No tenemos forma de llegar a ellas. Este lugar es autosuficiente, pero es una prisión.

—Contactaré de nuevo con usted una vez haya hablado con mis oficiales. —El cubo quedó oscuro.

García giró en redondo, y lo mismo hizo Sidorenko, que habló por primera vez:

—No me gusta. Podría ser una simulación.

García asintió.

—Sin embargo, eso hace suponer muchas cosas. Y podría significar que saben mucho más de nosotros de lo que nosotros sabemos de ellos.

—Eso es demostrable. Hace cuatrocientos años, eran supuestamente capaces de construir un lugar donde meter a sus cautivos. No creo que nosotros tuviéramos ningún problema en simular un taurino, teniendo a un par de cientos de cautivos y todo ese tiempo para investigar.

—Lo supongo. Potter —García se dirigió a mí—, vaya abajo y dígame al cuarto pelotón que hay un ligero cambio de planes, pero que estén preparados de todos modos para cualquier cosa. Creo que lo mejor que podemos hacer es ir hasta allí y establecer contacto físico tan pronto como sea posible.

—Correcto —dijo Sidorenko—. Ya no tenemos el elemento sorpresa, pero no sirve de nada permanecer sentados aquí ofreciéndoles datos y tiempo para revisar su estrategia. Si *hay* taurinos ahí.

—Prepare a su gente para cinco *g* —me dijo García—. Lleguen ahí en unas pocas horas.

—Ocho —dijo Sidorenko—. Nosotros estaremos diez horas detrás de ustedes.

—¿Aguardando en órbita? —dije, sabiendo la respuesta.

—Usted lo ha dicho. Vaya a la bodega.

Teníamos un holo de la base proyectado allá abajo, y elaboramos una estrategia sencilla. Veintidós de nosotros en traje de combate, armados hasta los dientes, llevando una bomba nova y un campo de estasis, rodearíamos el lugar y llamaríamos educadamente a la puerta. Según la respuesta, entraríamos a tomar el té o arrasaríamos el lugar.

Llegar hasta allí no sería tan malo. Nadie puede soportar cuatro horas de

aceleración a cinco *g*, luego cambiar a cuatro horas de deceleración, sin protección alguna. Así que guardamos nuestros trajes de combate, nos noqueamos y nos superhidratamos. Ocho horas de sueño profundo, y luego quizá una hora para desprendernos de él y volver a ser soldados. O invitados al té.

Cat y yo hicimos la ronda del atestado caza, comprobando que todo el mundo estaba en su lugar, los trajes y los indicadores en orden. Luego compartimos un minuto de abrazo íntimo y ocupamos nuestros lugares.

Accioné el cambio de fluidos en el mando en mi cadera, y todos los temores desaparecieron. Mi cuerpo se relajó en una dulce laxitud, y sentí la suave mascarilla apretarse contra mi rostro. Todavía estaba lo suficientemente consciente como para saber que estaba sorbiendo todo el aire fuera de mis pulmones y luego bombeando un denso fluido de reemplazo, pero todo lo que sentí fue un largo orgasmo de baja intensidad. Sabía que esto era lo último que experimentaba mucha gente, antes de que el caza estallara en pedazos momentos u horas más tarde. Pero la guerra nos ofrecía muchas otras maneras peores de morir. Estaba profundamente dormida antes de que la aceleración nos lanzara al espacio. Soñando que era un pez en un cálido y denso mar.

8

Los productos químicos no te dejan recordar cuando sales de ello, lo cual probablemente sea una buena cosa. Mi diafragma y mi esófago estaban en carne viva después de ser vaciados de todos sus fluidos. Cat tenía un aspecto infernal, y yo permanecí lejos de los espejos mientras nos secábamos y nos poníamos las mallas de contacto y nos metíamos de nuevo en nuestros trajes de combate para el aterrizaje.

Nuestra estrategia, tal como la habíamos planteado, parecía menos atractiva aún tan cerca del planeta portal. Los dos cruceros taurinos eran modelos antiguos, pero tenían al menos cien veces el tamaño de nuestro caza, y puesto que estaban en órbita sincronizada sobre la base, no había forma alguna de evitar ponerse dentro de su radio de alcance. Pero nos dejaron deslizarnos debajo de ellas sin borrarlos del cielo, lo cual hacía más creíble la historia de Hombre.

Era muy evidente sin embargo que nuestra misión primaria era ser un blanco, o de aquellas naves o de la base. Si éramos aniquilados, la *Bolívar* modificaría su estrategia.

Cuando Morales dijo que íbamos a ir directamente hasta ella y nos posaríamos en la pista al lado de la base, murmuré:

—Mejor ser colgado como una oveja que como una cabra. —Y Cat, que estaba en mi línea, me preguntó por qué alguien desearía colgar una oveja. Le dije que era difícil de explicar. De hecho, tan sólo era algo que mi padre acostumbraba a decir, y

si alguna vez me lo explicó lo había olvidado.

El aterrizaje fue brusco pero suave como una pluma. Soltamos nuestros trajes de batalla de sus posiciones de transporte y practicamos caminar en el tercio de gravedad del pequeño planeta.

—Hubieran debido enviar a Goy —dijo Cat; así era como llamábamos a Chance Nguyen, el marciano: Goy, un cristiano entre judíos—. Estaría como en su casa.

Salimos aprisa, y la gente se situó en sus posiciones de ataque. Cat fue al otro lado de la base. Yo iba con Morales a llamar a la puerta. El rango tiene sus privilegios. El primero en morir o en que le ofrezcan un té.

Parecía como si los edificios de la base hubieran sido diseñados por un niño cuidadoso. Bloques sin ventanas formando como una parrilla. Todos menos uno eran de color arena. Nos dirigimos al cubo plateado del cuartel general. Al menos tenía la inscripción «CG» en grandes letras encima de la esclusa de aire.

La brillante puerta delantera se alzó como una guillotina a la inversa. Cruzamos con dignificada prisa, y cayó detrás de nosotros cerrándose bruscamente. La hoja, o puerta, era realmente masiva, porque la «oímos» en el vacío: la vibración a través de nuestras botas.

El aire siseó dentro de la esclusa —eso lo *oímos*—, y al cabo de un minuto se abrió una puerta al otro lado. Tuvimos que cruzarla de lado debido al tamaño de nuestros trajes de combate. Supongo que simplemente hubiéramos podido cruzarla normalmente, ensanchándola en el proceso, y de hecho consideré la posibilidad mientras entrábamos. Les impediría usar la esclusa hasta que pudieran repararla.

Luego otra puerta, una puerta metálica blindada de medio metro de grosor, se deslizó y se abrió. Sentados ante una mesa redonda estaban Hombre y una mujer que parecía su hermana gemela. Llevaban trajes idénticos azul cielo.

—Bienvenidos a Alcatraz —dijo el hombre—. El nombre es un antiguo chiste. —Hizo un gesto hacia las cuatro sillas vacías—. ¿Por qué no se despojan de sus trajes y se relajan?

—Eso sería poco prudente —dijo Morales.

—Nos tienen rodeados ahí fuera. Aunque nos sintiéramos inclinados a causarles algún daño, no iba a ser tan estúpido como eso.

—Es por su propia protección —improvisé—. Los virus pueden mutar enormemente en cuatrocientos años. No queremos compartir su aire.

—Eso no es problema —dijo la mujer—. Créanme. Mis cuerpos son mucho más eficientes que los suyos.

—¿«Mis cuerpos»? —inquirí.

—Oh, bueno. —Hizo un gesto sin significado para mí, y se abrieron dos puertas laterales. De su lado entraron una hilera de mujeres, todas ellas copias exactas de ella. Del lado del hombre copias de él.

Había como unos veinte de cada. Nos miraron con idénticas expresiones blandas, y luego dijeron al unísono:

—Les hemos estado esperando.

—Como yo. —Un par taurinos desnudos penetraron en la habitación.

Nuestros dedos láser se alzaron al instante. Se negaron a disparar. Arranqué el cuchillo de emergencia de mi cintura y lo lancé, y Morales hizo lo mismo. Ambas criaturas esquivaron con facilidad las armas, moviéndose con una inhumana rapidez.

Me preparé a morir. No había visto a un taurino vivo desde la campaña de Yod-4, pero había luchado contra cientos de ellos en el OSVA. No les importaba vivir o morir, siempre que murieran llevándose consigo a un humano. Pero esos dos no atacaron.

—Hay mucho que explicar —dijo un taurino con una voz fina y temblorosa, flexionando y contrayendo el agujero de su boca. Sus cuerpos se cubrieron con una túnica suelta como la de los humanos, que ocultó la mayor parte del anaranjado y arrugado cuero de su piel y sus extraños miembros, y el comprimido tórax como de hormiga.

Ambos parpadearon lentamente al unísono, en lo que podría muy bien ser un gesto social o emocional, una membrana translúcida que se deslizó húmeda sobre sus ojos compuestos. Las borlas de suave carne allá donde deberían de haber estado sus narices dejaron de estremecerse cuando parpadearon.

—La guerra ha terminado. En la mayoría de lugares.

El hombre dijo:

—Humanos y taurinos comparten ahora Puertaestelar. Hay taurinos en la Tierra y humanos en su planeta natal, J'sardlkuh.

—¿Humanos como ustedes? —dijo Morales—. ¿Moldeados por una máquina?

—Provengo de una especie de máquina, pero está viva, es un útero. Hasta que fui realmente *uno*, hasta entonces no pudo haber paz. Cuando había miles de millones de nosotros, todos diferentes, no podíamos comprender la paz.

—¿Todo el mundo en la Tierra es igual? —dije—. ¿Sólo hay un tipo de humano?

—Todavía hay supervivientes de la Guerra Interminable, como ustedes —dijo la mujer—. Por lo demás, sólo hay un humano, aunque puede ser hombre o mujer. Y sólo hay un taurino. Fui modelada según un individuo llamado Khan. Me llamo a mí misma Hombre. Se suponía que estábamos luchando para salvar la raza humana. Y volvíamos para descubrirla reemplazada por este nuevo modelo mejorado. Hubo sonidos a mi derecha e izquierda, como truenos distantes. Nada en mi comunicador.

—Su gente está atacando —dijo el hombre—, pese a que les he dicho que es inútil.

—¡Déjeme hablar con ellos! —exclamó Morales.

—No pueden —dijo la mujer—. Se reunieron todos bajo el campo de estasis cuando vieron a los taurinos a través de los ojos de ustedes. Ahora sus armas programadas atracan. Cuando esas armas fallen, intentarán entrar con el campo de estasis.

—¿Esto ha ocurrido ya antes? —dije.

—No aquí, pero sí en otros lugares. El resultado varía.

—Su campo de estasis —dijo el taurino— tiene más de un siglo de antigüedad entre nosotros. Utilizamos una versión refinada de él para impedir que nos dispararan hace un minuto.

—Dice que el resultado varía —indicó Morales a la mujer—, ¿así que a veces ganamos?

—Aunque me mataran, no ganarían; ya no hay nada que ganar. Pero no, lo único que varía es cuántos de ustedes sobrevivirán.

—Puede que su crucero *Bolívar* tenga que ser destruido —dijo el taurino—. Supongo que están monitorizando esta conversación. Por supuesto, todavía están a varios minutos luz de distancia. Pero si no responden con un espíritu cooperativo, no tendremos elección.

García respondió en menos de un minuto: su imagen se materializó detrás de los taurinos.

—¿Por qué no les invitamos *a ustedes* a actuar con un espíritu cooperativo? —dijo—. Si ninguno de los míos resulta herido, ninguno de ustedes sufrirá ningún daño.

—Eso se halla más allá de mi control —dijo el hombre—. Sus armas programadas están atacando; las mías están defendiendo. Creo que ninguna está programada para la piedad.

La mujer continuó:

—Que todavía sobrevivan es prueba de nuestras buenas intenciones. Podríamos desactivar su campo de estasis desde el exterior. —Hubo un fuerte *tump*, y la mesa de Hombre saltó un par de centímetros—. La mayoría de ellos serían destruidos en segundos si lo hiciéramos.

García hizo una pausa.

—Entonces explíqueme por qué no lo han hecho todavía.

—Una de mis directrices —dijo el hombre— es minimizar las bajas entre ustedes. Hay un programa de diversidad genética, que les será explicado en Puertaestelar.

—Muy bien —dijo García—. Puesto que no puedo comunicarme con ellos de otro modo, dejaré que desactiven el campo de estasis..., pero al mismo tiempo, por supuesto, tienen que desconectar sus defensas automáticas. De otro modo serán masacrados.

—Así que nos invita a ser masacrados nosotros a cambio —dijo el hombre—. Yo y sus dos representantes aquí.

—Les diré que cesen inmediatamente el fuego.

Toda esta conversación se estaba produciendo entre lapsos de veinte segundos. Así que «inmediatamente» sería un poco más tarde.

Sin ningún comentario, los dos taurinos desaparecieron, y los cuarenta duplicados humanos volvieron sobre sus pasos.

—Muy bien —dijo Hombre—, quizá haya una forma de resolver esto. ¿Quién de

ustedes es el oficial de más alto rango aquí?

—Yo —dije.

—La mayoría de mis individuos han regresado a un refugio subterráneo. Desconectaré simultáneamente el campo de estasis de ustedes y nuestras defensas.

»Dícales que deben cesar inmediatamente el fuego. Si morimos, nuestras defensas se reactivarán, y no tendrán la protección del campo de estasis.

Cambié a la frecuencia de mando, que me pondría en contacto con Cat y el sargento Hencken tan pronto como el campo desapareciera.

—No me gusta esto —dijo Morales—. ¿Pueden conectar y desconectar sus armas con un pensamiento?

—Correcto.

—Nosotros no podemos. Cuando la capitán Potter dé la orden, tendrán que comprender y reaccionar.

—Pero se trata sólo de accionar un interruptor, ¿no? —Hubo otro enorme *bang*, y una red de cuarteaduras apareció en la pared a mi izquierda. Hombre miró hacia allá sin ninguna emoción.

—¡Primero media docena de personas tienen que comprender la orden y decidir obedecerla!

El hombre y la mujer sonrieron y asintieron al unísono.

—Ahora.

Imágenes del tamaño de un pulgar de Karl y Cat aparecieron junto a Morales.

—¡Cat! ¡Karl! ¡Que las unidades de armas cesen inmediatamente el fuego!

—¿Qué ocurre? —dijo Karl—. ¿Dónde está el campo de estasis?

—Lo han desconectado. La batalla ha terminado.

—Es cierto —dijo Morales—. Cesad el fuego.

Cat empezó a hablar a los pelotones. Karl miró durante un segundo y luego empezó a hacer lo mismo.

No lo bastante rápido. La pared de la izquierda estalló en un huracán de mampostería y trozos de metal. Los dos Hombre se convirtieron de pronto en sangrantes pedazos de carne desgarrada. Morales y yo fuimos derribados por la tormenta de cascotes. Mi armadura se rajó en un lugar; hubo un *bip* de diez segundos mientras se autorreparaba.

Luego el silencio del vacío. La luz en la pared opuesta disminuyó de intensidad y se apagó. A través del agujero causado por nuestro cañón, del tamaño de una ventana grande, el desierto terreno iluminado por las estrellas pulsaba en una silenciosa batalla.

Las tres imágenes del tamaño de una uña del pulgar habían desaparecido. Intenté establecer de nuevo contacto.

—¿Cat? ¿Morales? ¿Karl?

Luego encendí una linterna y vi que Morales estaba muerto, con su traje rasgado de arriba abajo a la altura de su pecho, pulmones y corazón hechos jirones bajo unas

costillas negras por la sangre seca.

Busqué en la banda de comunicación y oí una docena de voces gritando y chillando en plena confusión.

Así que Cat estaba probablemente muerta, y Karl también. O quizá sus comunicadores se habían visto inutilizados.

Pensé en esa posibilidad durante unos breves momentos, esperando y rechazando la esperanza, escuchando todos aquellos balbuceos. Entonces me di cuenta de que si yo podía oír a todos aquellos soldados y cabos, ellos también podían oírme a mí.

—Aquí Potter —dije—. *Capitán Potter* —aullé.

Permanecí en la onda general e intenté explicar la extraña situación. Cinco optaron por quedarse fuera. Los otros se reunieron conmigo bajo la amarilla luz, que enmarcaba la parte superior de una negra puerta cuadrada que se alzaba del suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, como nuestro refugio contra tornados en casa, hacía miles de años, a cientos de años luz de distancia. La abrimos y entramos, arrastrando cuatro trajes de batalla cuyos ocupantes no respondían pero que obviamente no estaban muertos.

Uno de ellos era Cat, vi cuando entramos a la luz después de que la puerta de la esclusa de aire se cerrara. La parte de atrás del casco estaba quemado, pero pude distinguir VERDEUR.

Parecía estar mal. Le faltaban una pierna y un brazo a la altura del hombro y del muslo. Pero habían sido amputados por el propio traje, de la misma forma en que lo había sido mi brazo en Tet-2.

No había modo de decir si estaba viva, puesto que el indicador de la parte de atrás del casco había resultado destruido. El traje tenía un lector biomédico, pero sólo un médico podía acceder directamente a él, y el médico y su traje habían sido vaporizados.

Hombre nos condujo a una amplia habitación con una hilera de camastros y una hilera de sillas. Había otros tres Hombres allí, pero no taurinos, lo cual probablemente era juicioso.

Me salí de mi traje y no morí, así que los otros hicieron lo mismo, uno tras otro. Dejamos a los amputados sellados en sus trajes, y Hombre estuvo de acuerdo en que probablemente era lo mejor. O bien estaban muertos o inconscientes; si era lo primero, llevarían ya demasiado tiempo muertos para ser traídos de vuelta; si era lo segundo, sería mejor despertarlos en cirugía en el *Bolívar*. La nave estaba a tan sólo dos horas de distancia, pero fueron unas largas dos horas para mí.

Tal como fueron las cosas vivió, pero la perdí de todos modos, debido a la relatividad. Ella y los demás amputados fueron cargados, aún dormidos, en el crucero extra, y enviados directamente a Cielo.

Lo hicieron en un sólo salto, ya no era necesario el secreto, y nosotros fuimos a Puertaestelar en un solo salto a bordo del *Bolívar*.

La última vez que había estado en Puertaestelar era una enorme estación espacial;

ahora era fácilmente un centenar de veces más grande, un planetóide construido por el hombre. Construido por los taurinos y por el hombre.

Aprendimos a decirlo de una forma diferente: *Hombre*, no hombre.

Dentro, Puertaestelar era una ciudad que empujaba cualquier ciudad de la Tierra que recordaba..., aunque decían que ahora había ciudades en la tierra con mil millones de Hombres, humanos y taurinos.

Pasamos semanas considerando y decidiendo qué opciones elegir para pasar el resto de nuestras vidas. Lo primero que hice fue intentar localizar a William, y no se produjo ningún milagro: su Fuerza de Choque no había regresado de Sade-138. Pero tampoco lo había hecho la fuerza taurina enviada para aniquilarla.

No tenía la opción de quedarme en Puertaestelar, aguardando a que apareciera; El escenario más corto calculaba su posible llegada en unos trescientos años. Tampoco podía aguardar realmente a Cat; en el mejor de los casos llegaría a Puertaestelar al cabo de unos treinta y cinco años. Todavía joven, y yo cumplidos ya los sesenta. Si, de hecho, decidía acudir a Puertaestelar; tenía la opción de quedarse en Cielo.

Podía ir tras ella a Cielo, pero entonces *ella* sería treinta y cinco años mayor que yo. Si no nos cruzábamos en el tránsito.

Pero tenía una posibilidad. Una forma de ganarle a la relatividad.

Entre las opciones disponibles a los veteranos estaba el Dedo Corazón, un planeta que orbitaba Mizar. Nominalmente era un planeta heterosexual: hetero u homo era ahora un asunto de pura elección; Hombre podía cambiarte de una forma a la otra en una hora.

Jugueteé con la idea de «volver a casa», convertirme en lesbiana por inclinación además de por definición. Pero los hombres todavía me atraían —hombres, no Hombre—, y Dedo Corazón me ofrecía una posibilidad aparte del único hombre al que todavía seguía amando realmente.

Cinco veteranos acababan de comprar un viejo crucero y lo estaban usando como máquina del tiempo: una «lanzadera del tiempo», lo llamaban, yendo de un lado para otro entre Mizar y Alcor a velocidad relativista, con más de dos años objetivos por cada semana. Podía adquirir mi billete en él utilizando mi paga atrasada para comprar combustible de antimateria. Podía llegar allí en dos saltos colapsares, tras dejarle una nota a William, y si vivía podría reunirme con él en asunto de meses o años.

La decisión era tan fácil que no fue una decisión; se convirtió en algo automático apenas pensado. Le dejé una nota:

11 octubre 2878

William...

Todo esto está en tu archivo personal. Pero conociéndote, puede que simplemente pases de él. Así que me aseguraré de que recibas esta nota.

Evidentemente, sobreviví. Quizá tú también. Reúnete conmigo. Sé por los registros que estás fuera en Sade-138 y que no volverás durante un par de siglos. No hay ningún problema.

Voy a un planeta al que llaman Dedo Corazón, el quinto planeta de la estrella Mizar. Son dos saltos colapsares, diez meses subjetivos. Dedo Corazón es una especie de refugio para heterosexuales. Lo llaman una «línea de base de control eugenésico».

No importa. Se me llevó todo mi dinero y todo el dinero de otros cinco veteranos como yo, pero compramos un crucero de la UNEF.

Y lo estamos usando como máquina del tiempo.

Así que me hallo en una máquina relativista, aguardándote. Todo lo que hace es ir fuera cinco años luz y volver a Dedo Corazón, muy aprisa. Cada diez años envejezco aproximadamente un mes. De modo que si estás todavía vivo y libre de servicio, sólo tendré veintiocho años cuando vengas aquí. ¡Apresúrate!

Nunca encontré a ningún otro, y no deseo a ningún otro. No me importa si tienes noventa años o treinta. Si no puedo ser tu amante, seré tu enfermera.

—Marygay

9

De *La Voz Nueva*, Paxton, Dedo Corazón, 24-6 14/2/3143

Veterana tiene Primer Hijo

Marygay Potter-Mandella (24 Post Road, Paxton) dio a luz el viernes pasado a un espléndido niño de 3,1 kilos.

Marygay afirma ser el segundo residente «más antiguo» de Dedo Corazón, puesto que nació en 1977. Luchó a lo largo de la mayor parte de la Guerra Interminable y luego aguardó a su compañero 261 años en la lanzadera del tiempo.

El bebé, al que todavía no se le ha puesto nombre, nació en casa con la ayuda de una amiga de la familia, la doctora Diana Alsever-Moore.

La Serie de Ender

Orson Scott Card

Ender's Game (1985)
(*El juego de Ender*, Ed. B)
Speaker for the Dead (1986)
(*La voz de los muertos*, Ed. B)
Xenocide (1991)
(*Ender el Xenocida*, Ed. B)
Children of the Mind (1996)
(*Hijos de la mente*, Ed. B)

Cuando empecé a escribir ciencia ficción concebí una serie de historias acerca de una familia con poderes mentales hereditarios, y las primeras historias que escribí tenían un fondo rural. Recibí amables cartas de rechazo pero ninguna venta. Fue Ben Bova, en *Analog*, quien me explicó por qué: ¡Parecían fantasía! Aquello me desconcertó al principio: ¿Acaso las historias de «El Pueblo» de Zenna Henderson no se consideraban ciencia ficción? Luego me di cuenta de que la auténtica distinción comercial entre ciencia ficción y fantasía es: ¡La fantasía tiene árboles, la ciencia ficción remaches! ¡Si quería vender mis historias a las revistas de ciencia ficción, tenía que escribirlas con remaches en ellas!

Por aquel entonces tenía dieciséis años y acababa de leer la trilogía *Fundación* de Isaac Asimov. Decidí que yo también deseaba escribir una historia de ciencia ficción. Por aquel entonces (1967) la guerra de Vietnam estaba en todo su apogeo, y mi hermano mayor acababa de terminar el campamento en la infantería de marina, de modo que mi mente estaba llena de cosas militares. Puse un elemento de ciencia ficción al problema del entrenamiento de la tropa: ¿cómo entrenarías a unos soldados para que lucharan en el espacio tridimensional? Recordé la novela de Nordhoff y Hall sobre los ases de la aviación de la Primera Guerra Mundial y el problema de entrenar a los pilotos a dejar de buscar a los aparatos enemigos sólo en el plano horizontal, y me di cuenta de que el problema en gravedad cero se vería enormemente complicado por la falta de un arriba y un abajo definidos. Los viejos hábitos de la vida basada en la gravedad tendrían que ser erradicados de los soldados. El resultado de mis pensamientos fue la sala de batalla, un cubo de cien metros de espacio en gravedad cero con varios obstáculos que había que superar, y en el cual equipos de reclutas realizarían falsas batallas en trajes espaciales que les mostrarían dónde y cómo un soldado era herido por el fuego «enemigo».

Y eso fue todo. Una buena idea, pensé, pero no tenía la menor noción por aquel entonces de cómo convertirlo en una historia. ¿Quién sería el héroe? ¿A dónde ir

desde allí?

Años más tarde, cuando me decidí a escribir una historia de ciencia ficción llena de remaches —y, esperaba, remachable—, recordé el concepto de la sala de batalla y, en el césped fuera del Salt Palace en Salt Lake City, mientras aguardaba a un amigo que llevaba a los hijos de su jefe al circo, abrí mi bloc de notas y escribí la primera frase de una historia llamada «El juego de Ender»: «Recuerda, la puerta del enemigo está bajada».

Lo que hizo la historia susceptible de ser escrita fue la decisión de que los reclutas de la sala de batalla podían ser niños, en un mundo futuro donde la aptitud militar podía descubrirse a edad muy temprana, y los niños eran tomados de sus padres para proporcionarles entrenamiento en táctica y estrategia mientras todavía eran lo bastante jóvenes como para que sus mentes fueran maleables. La historia resultante fue mi primera venta de ciencia ficción, comprada por Ben Bova, y apareció en el número de agosto de 1977 de *Analog* (el mismo mes que mi primera historia no de ciencia ficción, «Gert Fram», aparecía en la revista *Ensign* de la Iglesia de los Santos del Último Día).

Años más tarde, trabajando en un proyecto llamado *La voz de los muertos*, descubrí que la historia no cobraba vida hasta que me di cuenta de que el héroe de la historia tenía que ser Ender Wiggin. A fin de poner en marcha la novela *La voz de los muertos*, tuve que reescribir la historia original como una novela; de este modo, la novela *El juego de Ender* vio la existencia sólo para que pudiera escribir la novela *La voz de los muertos*. Nunca planeé una serie, y al contrario que muchas series, la segunda novela era un tipo de ciencia ficción completamente distinto del de la primera. En vez de una novela militar, era antropológica; y Ender era ahora un adulto con un complicado pasado oculto.

Luego un tercer proyecto, durante mucho tiempo en mis cajones, cobró vida cuando me di cuenta de que podía ser una buena secuela a *La voz de los muertos...*, pero esta vez el libro sería también de un tercer tipo de ciencia ficción, la novela de la especulación metafísica. Dividido finalmente en dos libros, este libro se convirtió en *Ender el Xenocida e Hijos de la mente*. Me atrevería a decir que no existe ninguna serie de novelas con el mismo protagonista cuyos volúmenes sean tan distintos entre sí en tema, historia y género. Y sin embargo, a través de los cuatro volúmenes, el personaje de Ender Wiggin luchaba por resolver dilemas personales y morales que se arrastraban de libro en libro.

Esos dilemas resultaban resueltos al final del cuarto libro. Tengo intención de escribir más novelas en el mismo universo (una acerca del hermano de Ender, Peter, y otra acerca de Bean, un joven compañero de Ender de la primera novela), pero la historia de Ender en sí está terminada..., excepto un pequeño hueco.

Durante los tres mil años entre *El juego de Ender* y *La voz de los muertos*, durante los cuales Ender viaja de planeta en planeta, usando la dilatación del tiempo a la velocidad de la luz para deslizarse por el tiempo sin vivir demasiado en ninguna

década, adquirió de alguna forma una compañera con base cibernética llamada Jane, que sólo es superada en importancia por el propio Ender en los últimos tres libros de la serie. La historia que tienen ahora ante ustedes es el relato de cómo se conocieron.

—Orson Scott Card

Consejera de inversiones

Orson Scott Card

Andrew Wiggin cumplió veinte años el día que llegó al planeta Sorelledolce. O más bien, después de complicados cálculos de cuántos segundos había permanecido en vuelo, y a qué porcentaje de la velocidad de la luz, y en consecuencia qué cantidad de tiempo subjetivo había transcurrido para él, llegó a la conclusión de que había pasado su veinte aniversario justo antes del final del viaje.

Esto era mucho más relevante para él que el otro hecho pertinente: que habían transcurrido cuatrocientos y pico años desde el día en que nació, allá en la Tierra, cuando la raza humana todavía no se había dispersado más allá de su sistema solar natal.

Cuando Valentine salió de la cámara de desembarco —alfabéticamente siempre iba detrás de él—, Andrew la saludó con la noticia.

—Simplemente lo imaginé —le dijo—. Tengo veinte años.

—Estupendo —dijo ella—. Ahora puedes empezar a pagar impuestos como el resto de nosotros.

Desde el final de la guerra Xenocida, Andrew había vivido de un fondo fiduciario establecido por un mundo agradecido para recompensar al comandante de las flotas que habían salvado la humanidad. Bien, estrictamente hablando, esa acción se había producido al final de la Tercera Guerra de los Insectores, cuando la gente todavía consideraba a los insectores como monstruos y a los niños que mandaron la flota como héroes. Cuando el nombre fue cambiado al de Guerra del Xenocida, la humanidad ya no estaba agradecida, y la última cosa que ningún gobierno se hubiera atrevido a hacer sería autorizar un fondo de pensión para Ender Wiggin, el perpetrador del más horrible crimen de la historia humana.

De hecho, si se hubiera sabido que existía ese fondo, se hubiera convertido en un escándalo público. Pero la flota interestelar era lenta en convertirse a la idea de que destruir a los insectores había sido una mala idea. Y así escudaron cuidadosamente el fondo fiduciario de la vista del público, dispersándolo entre muchos fondos mutualistas y acciones en muchas compañías diferentes, sin una autoridad única que controlara ninguna porción significativa del dinero. Habían conseguido hacer desaparecer el dinero con toda efectividad, y tan sólo el propio Andrew y su hermana

Valentina sabían dónde estaba el dinero, o cuánto de él había.

Una cosa, sin embargo, era cierta: Según la ley, cuando Andrew alcanzara la edad subjetiva de veinte años, el *status* de exención de impuestos de sus capitales sería revocado. Sus ingresos empezarían a ser informados a las autoridades competentes. Andrew tendría que rellenar una declaración de impuestos cada año o cada vez que concluyera un viaje interestelar de mayor duración que un año en tiempo objetivo, y los impuestos serían anualizados y los intereses de la parte no pagada debidamente calculados.

Andrew no se preocupaba por ello.

—¿Cómo van los *royalties* de tu libro? —le preguntó a Valentine.

—Lo mismo que cualquier otro —respondió ella—, excepto que no se venden demasiados ejemplares, de modo que no hay mucho que pagar de impuestos.

Sólo unos cuantos minutos más tarde tuvo que tragarse sus palabras, porque cuando se sentaron ante los ordenadores de renta del astropuerto de Sorelledolce Valentine descubrió que su libro más reciente, una historia de la colonias fracasadas de Jung Calvin en el planeta Helvética, había alcanzado algo parecido a un *status* de culto.

—Creo que soy rica —le murmuró a Andrew.

—Yo no tengo ni idea de si soy rico o no —dijo Andrew—. No puedo conseguir que el ordenador deje de listar mis activos.

Los nombres de las compañías no dejaban de desfilar por la pantalla, la lista seguía y seguía.

—Pensé que simplemente te entregarían un cheque con lo que había en el banco cuando cumplieras los veinte años —dijo Valentine.

—Debería tener esa suerte —dijo Andrew—. No puedo quedarme sentado aquí y aguardar esto.

—Tienes que hacerlo —dijo Valentine—. No puedes pasar la aduana sin demostrar que has pagado tus impuestos y te queda lo suficiente para mantenerte sin convertirte en una carga para los recursos públicos.

—¿Y qué ocurrirá si no tengo suficiente dinero? ¿Me enviarán de vuelta?

—No, te asignarán a un equipo de trabajo y te obligarán a ganarte tu billete de vuelta a un precio extremadamente injusto.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé. Simplemente he leído un montón de historia y conozco cómo funcionan los gobiernos. Si no es eso, será algo equivalente. O te enviarán de vuelta.

—No puedo ser la única persona que ha llegado y ha descubierto que le tomará una semana descubrir cuál es su situación financiera —dijo Andrew—. Voy a buscar a alguien.

—Estaré aquí, pagando mis impuestos como un buen adulto —dijo Valentine—. Como una honesta mujer.

—Me haces avergonzarme de mí mismo —exclamó Andrew alegremente

mientras se alejaba.

Benedetto echó una mirada al arrogante joven que se sentaba al otro lado de su escritorio y suspiró. Supo de inmediato que iba a ser un problema. Un joven privilegiado, llegando a un nuevo planeta, creyendo que podía obtener favores especiales de los hombres del fisco.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó..., en italiano, aunque hablaba con fluidez el estelar común y la ley decía que había que dirigirse a todos los viajeros en ese idioma a menos que se acordara mutuamente otro.

Sin intimidarse por el italiano, el joven extrajo su identificación.

—¿Andrew Wiggin? —preguntó Benedetto, incrédulo.

—¿Hay algún problema?

—¿Espera usted que crea que esta identificación es real? —Ahora hablaba en estelar común; las cosas habían quedado establecidas.

—¿Debería?

—¿Andrew Wiggin? ¿Piensa usted que éste es un lugar tan atrasado que no sabemos reconocer el nombre de Ender el Xenocida?

—¿Es un delito tener el mismo nombre que un criminal? —preguntó Andrew.

—Presentar una identificación falsa sí lo es.

—Si estuviera usando una identificación falsa, ¿sería tan listo o tan estúpido como para usar un nombre como Andrew Wiggin? —preguntó Andrew.

—Tan estúpido —admitió a regañadientes Benedetto.

—Entonces partamos de la suposición de que soy listo, pero también de me siento atormentado por haber crecido con el nombre de Ender el Xenocida. ¿Va a considerarme psicológicamente no apto debido a los desequilibrios que estos traumas me han causado?

—No pertenezco a aduanas —dijo Benedetto—. Pertenezco a impuestos.

—Lo sé. Pero parecía usted preternaturalmente absorto por la cuestión de la identidad, de modo que pensé que o bien era un espía de aduanas o un filósofo, ¿y quién soy yo para negar la curiosidad de cualquiera de los dos?

Benedetto odiaba a los chicos listos y bocazas.

—¿Qué es lo que desea?

—Me he encontrado con que mi situación fiscal es complicada. Ésta es la primera vez que tengo de pagar impuestos, tengo un fondo fiduciario, y ni siquiera sé cuáles son mis activos. Me gustaría obtener un aplazamiento en el pago de mis impuestos hasta que pueda aclararlo todo.

—Denegado —dijo Benedetto.

—¿Simplemente así?

—Simplemente así —confirmó Benedetto.

Andrew permaneció sentado allí unos instantes.

—¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa? —preguntó Benedetto.

—¿Hay alguna forma de apelar?

—Sí —dijo Benedetto—. Pero primero tiene que pagar sus impuestos para poder apelar.

—Tengo intención de pagar mis impuestos —dijo Andrew—. Simplemente va a tomarme un tiempo poder hacerlo, y creo que haré un mejor trabajo con mi propio ordenador y en mi propio apartamento antes que en los ordenadores públicos aquí en el astropuerto.

—¿Temeroso de que alguien mire por encima de su hombro? —preguntó Benedetto—. ¿De que sepa cuánto le dejó su abuela?

—Sería agradable un poco más de intimidad, sí —dijo Andrew.

—Permiso para salir de aquí sin pagar denegado.

—De acuerdo pues, entonces libere mis fondos líquidos para que pueda pagar para permanecer aquí y calcular mis impuestos.

—Tuvo todo su vuelo para hacerlo.

—Mi dinero ha estado siempre en un fondo fiduciario. Nunca supuse lo complicados que eran mis activos.

—Supongo que se da cuenta usted de que si sigue contándome estas cosas me partirá el corazón y voy a salir llorando de esta habitación —dijo tranquilamente Benedetto.

El joven suspiró.

—No estoy seguro de lo que quiere usted que haga.

—Pagar sus impuestos como cualquier otro ciudadano.

—No tengo forma de obtener mi dinero hasta que pague mis impuestos —dijo Andrew—. Y no tengo forma de mantenerme mientras calculo mis impuestos a menos que me entregue usted algunos fondos.

—Creo que hubiera debido pensar usted en eso antes, ¿no? —dijo Benedetto.

Andrew miró la oficina a su alrededor.

—En ese cartel dice que usted me ayudará a llenar mi formulario de impuestos.

—Sí.

—Ayúdeme.

—Muéstreme el formulario.

Andrew le dirigió una extraña mirada.

—¿Cómo puedo mostrárselo?

—Sáquelo del ordenador de aquí. —Benedetto hizo girar su ordenador en su escritorio, ofreciendo el lado del teclado a Andrew.

Andrew contempló los blancos en el formulario exhibido en la pantalla encima del ordenador, y tecleó su nombre y su código de identificación fiscal, luego su código de identificación personal. Benedetto miró significativamente hacia otro lado mientras tecleaba el código, aunque su *software* estaba registrando cada pulsación que entraba el joven. Una vez se hubiera ido, Benedetto tendría pleno acceso a todos sus registros y todos sus fondos. Lo mejor para ayudarle con sus impuestos, por supuesto.

La pantalla empezó a desfilar.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Benedetto. Las palabras aparecían por el fondo de la pantalla, mientras la parte superior de la página se deslizaba fuera de la vista, ascendiendo de forma cada vez más apretada. Puesto que no había paginación, Benedetto sabía que aquella larga lista de información aparecía tal como era siendo llamada por una simple pregunta en el formulario. Hizo girar el ordenador para poder ver. La lista consistía en los nombres y códigos bursátiles de compañías y fondos mutualistas, junto con números de acciones.

—Ya ve usted mi problema —dijo el joven.

La lista seguía y seguía. Benedetto adelantó una mano y pulsó varias teclas en rápida combinación. La lista se detuvo.

—Tiene usted un gran número de activos —dijo suavemente.

—Pero yo no lo sabía —dijo Andrew—. Quiero decir, sabía que los fideicomisarios lo habían diversificado hace algún tiempo, pero no tenía ni idea de hasta qué punto. Simplemente extraía una asignación cada vez que estaba en un planeta, y puesto que se trataba de una pensión del gobierno libre de impuestos nunca tuve que preocuparme por ello.

Así que quizá aquellos ojos inocentes muy abiertos no fueran una mera actuación. A Benedetto empezó a disgustarle un poco menos. De hecho, empezó a sentir los primeros temblores de una auténtica amistad. Este muchacho iba a convertir a Benedetto en un hombre rico sin siquiera saberlo. Benedetto podría retirarse incluso del servicio de impuestos. Sólo estas acciones de la última compañía de la interrumpida lista, Enzichel Vinicenze, un conglomerado con extensas propiedades en Sorelledolce, valían lo suficiente para Benedetto como para comprarse una propiedad en el campo y mantener sirvientes para el resto de su vida. Y la lista se había detenido en la *Es*.

—Interesante —dijo.

—¿Qué le parece? —dijo el joven—. Acabo de cumplir los veinte en el último año de mi viaje. Hasta entonces, mis ganancias estaban todavía libres de impuestos, y tenía derecho a ellas sin tener que pagar nada. Libere algunos de mis fondos, y luego deme unas semanas para conseguir algún experto que me ayude a analizar el resto de ello, y entonces entregaré mis formularios de impuestos.

—Excelente idea —dijo Benedetto—. ¿Dónde están estos fondos líquidos?

—En el Catalonian Exchange Bank —dijo Andrew.

—¿Número de cuenta?

—Todo lo que necesita usted es liberar los fondos a mi nombre —dijo Andrew—. No necesita el número de cuenta.

Benedetto no presionó sobre aquello. No necesitaba hurgar en el mezquino dinero en efectivo del muchacho. No con la veta madre aguardándole para poder saquearla a voluntad antes incluso de que el muchacho pudiera llegar a las oficinas de un especialista en impuestos. Tecleó la información necesaria e imprimió el formulario.

También le entregó a Andrew Wiggin un pase por treinta días, concediéndole total libertad en Sorelledolce en tanto que se presentaría diariamente en el servicio de impuestos y entregara el formulario completo y pagara los impuestos estimados dentro del período de treinta días, y prometiera no abandonar el planeta hasta que su declaración de impuestos fuera evaluada y confirmada.

El procedimiento operativo estándar. El joven le dio las gracias —ésa era la parte que a Benedetto siempre le gustaba, cuando esos ricos idiotas le daban las gracias por mentirles y extraer invisibles sobornos de sus cuentas— y luego abandonó la oficina.

Tan pronto como se hubo marchado, Benedetto limpió la pantalla y llamó a su programa husmeador para que le diera el código de identificación del joven. Aguardó. El programa husmeador no apareció. Llamó a su lista de programas en activo, comprobó la lista oculta, y descubrió que el programa husmeador no estaba en la lista. Absurdo. Siempre había funcionado. Sólo que ahora no lo hacía. Y de hecho había desaparecido de la memoria.

Utilizando su versión del prohibido programa Depredador, buscó la signatura electrónica del programa husmeador y halló un par de sus archivos temporales. Pero ninguno contenía ninguna información útil, y el programa husmeador en sí había desaparecido por completo.

Como tampoco, cuando intentó volver al formulario que Andrew Wiggin había creado, consiguió traerlo de vuelta. Debería de estar allí, con la lista de activos del joven intacta, de modo que Benedetto pudiera pasar manualmente algunas de las acciones y fondos, había cantidad de formas de saquearlos, incluso cuando no se podía obtener la contraseña desde su husmeador. Pero el formulario estaba en blanco. Todos los nombres de las compañías habían desaparecido.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podían aquellas dos cosas ir mal al mismo tiempo?

No importaba. La lista era tan larga que debía de haber pasado por el búfer. Depredador podría encontrarla.

Sólo que ahora el Depredador no respondía. Tampoco estaba en memoria. ¡Lo había usado hacía sólo un momento! Esto era imposible. Esto era...

¿Cómo podía el muchacho haber introducido un virus en su sistema simplemente entrando información fiscal? ¿Podía estar metido de alguna forma en el nombre de alguna compañía? Benedetto era un usuario de *software* ilegal, no un diseñador; pero pese a todo nunca había oído hablar de nada que pudiera entrar a través de datos no infectados, través de la seguridad del sistema fiscal.

Este Andrew Wiggin tenía que ser alguna especie de espía. Sorelledolce era uno de los últimos reductos que se oponía a la completa federación con el Congreso de las Rutas Estelares..., tenía que ser un espía del Congreso enviado para intentar subvertir la independencia de Sorelledolce.

Sólo que eso era absurdo. Un espía acudiría preparado para someter su declaración de impuestos, pagar, y seguir adelante. Un espía no haría nada que llamara la atención sobre sí mismo.

Tenía que haber *alguna* explicación. Benedetto iba a conseguirla. Fuera quien fuese ese Andrew Wiggin, Benedetto no iba a dejarse timar respecto a la parte que le correspondía de la riqueza del muchacho. Había aguardado mucho tiempo algo como esto, y sólo porque ese muchacho Wiggin tuviera algún curioso *software* de seguridad eso no quería decir que Benedetto no encontrara una forma de meter sus manos en lo que era suyo por derecho.

Andrew estaba todavía un poco acalorado cuando él y Valentine salieron del astropuerto. Sorelledolce era una de las colonias más nuevas, sólo un centenar de años de antigüedad, pero su *status* como planeta asociado significaba que un montón de negocios oscuros e irregulares habían emigrado allí, trayendo consigo pleno empleo, muchas oportunidades, y un florecimiento que hacía que el caminar de todo el mundo pareciera más vigoroso..., y los ojos de todo el mundo parecieran mirar constantemente por encima del hombro. Las naves llegaban llenas de gente y se marchaban llenas de carga, de tal modo que la población de la colonia se estaba acercando a los cuatro millones y la de la capital, Donnabella, rebasaba el millón.

La arquitectura era una extraña mezcla de cabañas de troncos y plástico prefabricado. Sin embargo no podías distinguir la edad de un edificio por eso: ambos materiales habían coexistido desde un principio. La flora nativa era la jungla de helechos, y la fauna —dominada por lagartos sin patas— era de proporciones dinosaurias, pero los asentamientos humanos eran seguros, y los cultivos producían tanto que la mitad de las tierras podían dedicarse a cosechas de choque para la exportación, algunas legales para textiles y otras ilegales para ingestión. Sin mencionar el comercio de las enormes y multicolores pieles de serpiente usadas como tapices y revestimientos para techos en todos los mundos gobernados por el Congreso de las Rutas Estelares. Más de un grupo de caza entraba en la jungla y regresaba un mes más tarde con cincuenta pieles, las suficientes para que los supervivientes se retiraran en medio del lujo. Más de un grupo de caza entraba en la jungla, sin embargo, para no volver a ser visto nunca. El único consuelo, según los bromistas locales, era que la bioquímica era lo bastante distinta como para que cualquier serpiente que devorara a un humano sufriera diarrea durante una semana. No era una venganza, pero ayudaba.

Se levantaban constantemente nuevos edificios, pero no podían atender toda la demanda, y Andrew y Valentine tuvieron que pasar todo un día buscando antes de encontrar una habitación que pudieran compartir. Pero su nuevo compañero de habitación, un cazador abisinio de enorme fortuna, prometió que tendría su expedición lista y partiría de caza dentro de unos pocos días, y todo lo que pedía era que vigilaran sus cosas hasta que regresara..., o no lo hiciera.

—¿Cómo sabremos cuándo no ha regresado? —preguntó Valentine, siempre la mujer práctica.

—Las mujeres llorando en el barrio libio —respondió el hombre.

La primera acción de Andrew fue conectarse a la red con su propio ordenador, a fin de poder estudiar con comodidad sus recién descubiertos activos. Valentine tuvo que ocupar sus primeros días con un enorme volumen de correspondencia suscitado por su último libro, además de la normal cantidad de correo que había recibido de historiadores de todos los mundos colonizados. La mayoría lo marcó para responder más tarde, pero sólo los mensajes urgentes le tomaron tres largos días. Por supuesto, la gente que le escribía no tenía ni idea de que se comunicaban con una mujer joven de unos veinticinco años (edad subjetiva). Pensaban que se comunicaban con el conocido historiador Demóstenes. No era que nadie pensara ni por un momento que el nombre era algo más que un seudónimo; y algunos periodistas, respondiendo a su primera oleada de fama con su último libro, habían intentado identificar al «auténtico Demóstenes» rastreando sus largas andanadas de lentas respuestas o no respuestas al compás de sus viajes, y luego elaborando a partir de las listas de pasajeros un posible candidato. Eso requería una enorme cantidad de cálculo, pero ¿para qué estaban los ordenadores, si no? Así que varios hombres con varios grados de erudición fueron acusados de ser Demóstenes, y algunos no intentaron demasiado seriamente negarlo.

Todo esto divertía enormemente a Valentine. Mientras los cheques de los *royalties* siguieran llegando al lugar correcto y nadie intentara colar un libro utilizando su seudónimo, no le importaba en absoluto quien quisiera atribuirse el mérito. Había trabajado con seudónimo —este seudónimo, en realidad— desde la infancia, y se sentía cómoda con esa extraña mezcla de fama y anonimato. Lo mejor de ambos mundos, le decía a Andrew.

Ella tenía fama, él tenía notoriedad. Así que no usaba seudónimo..., todo el mundo suponía simplemente que su nombre era un horrible *faux pas* por parte de sus padres. Nadie llamado Wiggin tendría el atrevimiento de bautizar a su hijo Andrew, no después de que lo hiciera el Xenocida, eso al menos era lo que parecían creer. A los veinte años, era impensable que este joven pudiera ser el *mismo* Andrew Wiggin. No habían tenido forma de saberlo durante los últimos tres siglos, él y Valentine habían ido de mundo en mundo sólo el tiempo suficiente para que ella hallara la siguiente historia que deseaba investigar, reunir los materiales y luego tomar la siguiente astronave para poder escribir el libro mientras viajaban hacia el siguiente planeta. Debido a los efectos relativistas, apenas habían perdido dos años de vida en los últimos trescientos de tiempo real. Valentine se sumergía profunda y brillantemente —¿quién podía dudarle, visto lo que escribía?— en cada cultura, pero Andrew se mantenía como un turista. O menos. Ayudaba a Valentine con su investigación y jugueteaba un poco con los lenguajes, pero casi no hacía amigos y permanecía distanciado de los lugares. Ella deseaba saberlo todo; él deseaba no amar a nadie.

O eso creía, cuando pensaba en ello. Era solitario, pero se decía a sí mismo que le alegraba ser solitario, que Valentine era toda la compañía que necesitaba, mientras

que ella, que necesitaba más, tenía a toda la gente a la que conocía a través de sus investigaciones, toda la gente con la que mantenía correspondencia.

Inmediatamente después de la guerra, cuando todavía era Ender, cuando todavía era un niño, algunos de los otros niños que habían servido con él le escribieron cartas. Puesto que era el primero de ellos en viajar a la velocidad de la luz, sin embargo, la correspondencia cesó pronto, porque cuando recibía una carta y la contestaba, él era cinco, diez años más joven que ellos. El que había sido su líder era ahora un niño pequeño. Exactamente el niño que habían conocido, al que habían buscado; pero por sus vidas habían pasado los años. La mayoría de ellos se habían visto atrapados en las guerras que desgarraron la Tierra en la década siguiente a la victoria sobre los insectores, habían crecido hasta la madurez en el combate o la política. Cuando recibieron la carta de respuesta de Ender a la suya, empezaron a pensar en aquellos viejos días como en historia antigua, otra vida. Y ahí estaba aquella voz del pasado, respondiendo al niño que le había escrito, sólo que ese niño ya no estaba ahí. Algunos de ellos lloraron encima de la carta, recordando a su amigo, lamentándose de que sólo a él no se le hubiera permitido volver a la Tierra tras la victoria. Pero ¿cómo podían responderle? ¿Hasta qué punto podían tocarse sus vidas?

Más tarde, la mayoría de ellos volaron a otros mundos, mientras Ender servía como gobernador-niño de una colonia en uno de los mundos colonia conquistados a los insectores. Llegó a la madurez en aquel ambiente bucólico y, cuando estuvo preparado, fue guiado al encuentro con la última reina de la colmena superviviente, que le contó su historia y le suplicó que la llevara a un lugar seguro, donde su pueblo pudiera ser restablecido. Él le prometió que lo haría, y como primer paso hacia crear un mundo seguro para ella escribió un corto libro sobre ella, titulado *La reina de la colmena*. Lo publicó anónimamente..., a sugerencia de Valentine. Lo firmó «El portavoz de los muertos».

No tenía ni idea de lo que ese libro iba a hacer, cómo iba a transformar la percepción de la humanidad sobre la Guerra de los Insectores. Fue ese libro el que lo transformó del niño-héroe al niño-monstruo, de la víctima en la Tercera Guerra de los Insectores al Xenocida que destruyó otra especie de forma completamente innecesaria. No fue que lo demonizaran desde un principio. Fue un proceso gradual, paso a paso. Primero sintieron piedad hacia el niño que había sido manipulado para que usara su genio para destruir a la reina de la colmena. Luego su nombre empezó a ser usado para designar a cualquiera que hacía cosas monstruosas sin comprender lo que estaba haciendo. Y luego su nombre —popularizado como Ender el Xenocida— se convirtió para designar a alguien que hace lo desmedido a una escala monstruosa. Andrew comprendía cómo había ocurrido, y ni siquiera lo desaprobaba. Porque nadie podía culparle más de lo que él se culpaba a sí mismo. Sabía que no había conocido la verdad, pero sabía que hubiera debido conocerla, y que aunque no hubiera tenido intención de que las reinas de las colmenas fueran destruidas, toda la especie de un solo golpe, ése había sido pese a todo el efecto de sus acciones. Hizo lo que hizo, y

tenía que aceptar su responsabilidad.

Lo cual incluía el capullo en el cual la reina de la colmena viajaba con él, seca y envuelta como una reliquia de la familia. Tenía privilegios y autorizaciones que todavía se adherían a él de su antiguo *status* con los militares, de modo que su equipaje nunca era inspeccionado. O al menos no había sido inspeccionado hasta ahora. Su encuentro con el hombre de los impuestos Benedetto era la primera señal de que las cosas podían ser diferentes para él como adulto.

Diferentes, pero no lo bastante diferentes. Ya arrastraba el peso de la destrucción de una especie. Ahora arrastraba el peso de su salvación, su restauración. ¿Cómo podía él, un muchacho de veinte años, apenas un hombre, hallar un lugar donde la reina de la colmena pudiera emerger y depositar sus huevos fertilizados, donde ningún ser humano pudiera descubrirla e interferir? ¿Cómo podía protegerla?

El dinero podía ser la respuesta. A juzgar por la forma en que se abrieron los ojos de Benedetto cuando vio la lista de los activos de Andrew, debía de tener un buen montón de dinero. Y Andrew sabía que el dinero podía convertirse en poder, entre otras cosas. Poder, quizá, para comprar seguridad para la reina de la colmena.

Es decir, si podía imaginar cuánto dinero era, y cuántos impuestos tenía que pagar.

Sabía que había expertos en este tipo de cosas. Abogados y contables para quienes eso era una especialidad. Pero pensó de nuevo en los ojos de Benedetto. Andrew conocía la avaricia cuando la veía. Cualquiera que supiese de él y de su aparente riqueza podía empezar a intentar hallar formas de apoderarse de parte de ella. Andrew sabía que el dinero no era suyo. Era dinero ensangrentado, su recompensa por destruir a los insectores. Necesitaba utilizarlo para restablecerlos antes de que cualquiera de los demás pudiera reclamarlo como suyo. ¿Cómo podía hallar a alguien que le ayudase sin abrir la puerta que dejara entrar a los chacales?

Discutió esto con Valentine, y ella le prometió preguntar entre sus conocidos allí (porque tenía conocidos por todas partes, a través de su correspondencia) en quién se podía confiar. La respuesta llegó rápidamente: nadie. Si tienes una gran fortuna y deseas a alguien que te ayude a protegerla, Sorelledolce no era el lugar más adecuado.

Así, Andrew estudió día tras día leyes fiscales durante una hora o dos y luego, durante otras cuantas horas, intentó evaluar sus activos y analizarlos desde un punto de vista fiscal. Era un trabajo aturdidor, y cada vez que creía comprender algo empezaba a sospechar que había algún detalle que se le escapaba, algún truco que necesitaba conocer para conseguir que las cosas funcionaran para él. El lenguaje en un párrafo que parecía carecer de importancia gravitaba de pronto enormemente, y tenía que volver atrás y estudiarlo y ver cómo creaba una excepción a una regla que creía que se aplicaba a él. Al mismo tiempo, había exenciones especiales que se aplicaban sólo a casos especiales y a veces sólo a una compañía, pero casi invariablemente tenía algunos acciones en esa compañía, o era propietario de

acciones de un fondo que tenía intereses en ella. No era asunto de un mes de estudio, era toda una carrera, simplemente rastrear lo que poseía. Podía acumularse una gran riqueza en cuatrocientos años, en especial si no gastas prácticamente nada de ella. Cualquier porción de su asignación que hubiera usado cada año quedaba superada por las nuevas inversiones. Sin siquiera saberlo, le parecía que tenía el dedo metido en todos los pasteles.

No quería esto. No le interesaba. Cuanto más comprendía menos le importaba. Estaba llegando al punto en el que no comprendía por qué los especialistas fiscales simplemente no se suicidaban.

Fue entonces cuando apareció el anuncio en su *e-mail*. No se suponía que recibiera publicidad: los viajeros interestelares estaban automáticamente más allá de todos los publicistas, puesto que el dinero de la publicidad se malgastaba durante su viaje, y el montón de viejos anuncios los abrumaría cuando alcanzaran terreno sólido. Andrew estaba en terreno sólido ahora, pero no había gastado nada, excepto para subarrendar una habitación y comprar comida, y se suponía que ninguna de esas dos actividades lo ponía en la lista de nadie.

Sin embargo, ahí estaba: ¡El software financiero de elite! ¡La respuesta que está usted buscando!

Era como los horóscopos: los suficientes tiros al azar, y alguno de ellos alcanzará un blanco. Así que en vez de borrar el anuncio, lo abrió y dejó que creara su pequeña presentación tridi en su ordenador.

Había observado algunos de los anuncios que brotaban del ordenador de Valentine: su correspondencia era tan voluminosa que no había ninguna posibilidad de evitarlos, al menos no bajo su identidad pública de Demóstenes. Estaban llenos de fuegos artificiales y piezas teatrales, sorprendentes efectos especiales o dramas emocionantes pensados para vender cualquier cosa que pudiera venderse.

Éste, sin embargo, era sencillo. Una cabeza de mujer apareció en la pantalla, pero mirando hacia otro lado. Giró la vista, como buscando, hasta que finalmente «vio» a Andrew.

—Oh, está usted aquí —dijo.

Andrew no dijo nada, esperando que continuara.

—Bueno, ¿no va a responderme? —preguntó ella.

Un buen *software*, pensó Andrew. Pero muy arriesgado, suponer que todos los receptores no van a responder al primer momento.

—Oh, ya veo —dijo la mujer—. Cree que sólo soy un programa ejecutándose en su ordenador. Pero no es así. Soy la amiga y consejera financiera que ha estado deseando, pero no trabajo por dinero, trabajo *para usted*. Tiene que hablar conmigo a fin de que yo pueda comprender lo que desea hacer usted con su dinero, qué quiere lograr. Tengo que oír su voz.

Pero a Andrew no le gustaba jugar con programas de ordenador. Tampoco le gustaba el teatro de participación. Valentine lo había arrastrado a un par de

espectáculos donde los actores intentaban enganchar a la audiencia. En una ocasión un mago había intentado utilizar a Andrew en su acto, hallando objetos ocultos en sus orejas y pelo y chaqueta. Pero Andrew mantuvo su rostro inexpresivo y no hizo ningún movimiento, no dio la menor señal de comprender siquiera lo que estaba ocurriendo, hasta que el mago captó finalmente la idea y buscó a otro. Lo que Andrew no haría por un ser vivo no lo haría ciertamente para un programa de ordenador. Pulsó la tecla *Página* para pasar la introducción de aquella cabeza parlante.

—¡Ay! —dijo la mujer—. ¿Qué intenta hacer, librarse de mí?

—Sí —dijo Andrew. Y se maldijo por haber sucumbido al truco. Aquella simulación era tan astutamente real que finalmente había provocado su respuesta por reflejo.

—Suerte que *usted* no tiene una tecla de *Página*. ¿Tiene idea de lo doloroso que es eso? Sin mencionar lo humillante.

Tras haber hablado una vez, no había ninguna razón para no seguir adelante y usar el interface preferido de aquel programa.

—Oh, vamos, ¿cómo puedo sacarla de mi monitor para poder volver a las minas de sal? —preguntó Andrew. Habló deliberadamente de una forma fluida y un tanto confusa, sabiendo que incluso el más elaborado *software* de reconocimiento de voz se hacía pedazos cuando se enfrentaba con un habla acentuada, confusa y muy idiomática.

—Tiene usted acciones en dos minas de sal —dijo la mujer—. Pero ambas son inversiones a pérdidas. Necesita librarse de ellas.

Aquello irritó a Andrew.

—No le he asignado ningún archivo para que lo lea —dijo—. Ni siquiera he comprado todavía este *software*. No quiero que lea mis archivos. ¿Qué debo hacer para apagarla?

—Pero si liquida las minas de sal, puede usar el producto de la venta para pagar sus impuestos. Cubre casi exactamente el importe de un año.

—¿Me está diciendo que ha calculado ya mis impuestos?

—Acaba de aterrizar usted en el planeta Sorelledolce, donde la tasa de impuestos es desmedidamente alta. Pero usando todas las exenciones que aún le quedan, incluidas las leyes de beneficios a los veteranos que sólo se aplican a un puñado de participantes de la Guerra del Xenocida, he conseguido mantener el importe total por debajo de los cinco millones.

Andrew se echó a reír.

—Oh, brillante, ni siquiera mi cifra más pesimista superaba el millón y medio.

Ahora fue el turno de la mujer de echarse a reír.

—Su cifra era de un millón y medio de estelares. Mi cifra está por debajo de los cinco millones de firenzette.

Andrew calculó la diferencia en moneda local y su sonrisa se desvaneció.

—Eso hace siete mil estelares.

—Siete mil cuatrocientos diez —dijo la mujer—. ¿Me contrata?

—No hay ninguna forma legal de que pueda usted conseguir que pague esto de impuestos.

—Al contrario, señor Wiggin. Las leyes fiscales están diseñadas para engañar a la gente y hacer que pague más de lo que debe. De esa forma los ricos que conocen el asunto se aprovechan de las drásticas deducciones, mientras que aquellos que no poseen buenas conexiones y no han encontrado un asesor que sepa seguir todos esos vericuetos se ven obligados a pagar cantidades ridículamente altas. Yo conozco todos esos vericuetos.

—Un gran discurso —dijo Andrew—. Muy convincente. Excepto cuando la policía venga y me arreste.

—¿Eso cree usted, señor Wiggin?

—Si me está obligando a usar un interface verbal —dijo Andrew—, al menos llámeme otra cosa distinta a señor.

—¿Qué tal Andrew? —preguntó ella.

—Espléndido.

—Y usted puede llamarme Jane.

—¿Debo?

—O yo puedo llamarle Ender —dijo ella.

Andrew se inmovilizó. No había nada en sus archivos que indicara su apodo de infancia.

—Termine este programa y salga inmediatamente de mi ordenador —dijo.

—Como usted quiera —respondió ella.

Su cabeza desapareció de la pantalla.

Buen consejo, pensó Andrew. Si presentaba una declaración de impuestos con aquella cantidad a Benedetto, no había ninguna posibilidad de evitar una auditoría completa, y por la forma en que Andrew había evaluado al hombre, Benedetto terminaría con un buen mordisco de los activos de Andrew en su poder. No era que a Andrew le importara un poco de iniciativa en un hombre, pero tenía la sensación de que Benedetto no sabía cuándo decir alto. No necesitaba exhibir una bandera roja delante de su rostro.

Pero a medida que trabajaba, empezó a desear no haberse apresurado tanto. Ese *software* Jane podía haber extraído el nombre «Ender» de su base de datos como un apodo de Andrew. Aunque era extraño que eligiera ese nombre antes que otras elecciones más obvias como Drew o Andy, era paranoico por su parte imaginar que una pieza de *software* que había entrado por el *e-mail* en su ordenador —sin duda una versión de prueba de un programa mucho más amplio— pudiera haber sabido tan rápidamente que él era en realidad *el* Andrew Wiggin. Simplemente había dicho y hecho lo que estaba programada para decir y hacer. Quizás elegir el apodo menos probable fuera una estrategia para conseguir que el cliente potencial diera el apodo

correcto, lo cual significaría la aprobación tácita para usarlo..., otro paso más hacia la decisión de comprar.

¿Y si aquella cifra baja, baja de impuestos fuera correcta? ¿Y qué ocurriría si él podía forzarla a una cifra más razonable? Si el *software* estaba completamente escrito, podía ser exactamente el consejero financiero y de inversiones que necesitaba. Ciertamente, había hallado con toda facilidad las dos minas de sal, a partir de una forma de hablar de su infancia en la Tierra. Y su valor de venta, cuando siguió adelante y las liquidó, fue exactamente el que ella había predicho.

El que *el software* había predicho. El rostro de aspecto humano en el monitor era ciertamente un buen truco, para personalizar el *software* y conseguir que empezara a pensar en él como en una persona. Podías enviar a la mierda a una pieza de *software*, pero sería rudo hacerlo con una persona.

Bueno, con él no había funcionado. Él la *había* enviado a la mierda. Y lo haría de nuevo, si sentía la necesidad. Pero en estos momentos, con sólo dos semanas por delante de la fecha límite, pensó que valdría la pena aceptar la irritación de una intrusa mujer virtual. Quizá pudiera reconfigurar el *software* para comunicarse con él sólo en modo texto, como prefería.

Fue a su *e-mail* y llamó al anuncio. Esta vez, sin embargo, todo lo que apareció fue el mensaje estándar: «Archivo ya no disponible».

Se maldijo a sí mismo. No tenía la menor idea del planeta de origen. Mantener un enlace a través del ansible era caro. Una vez cerrado el programa demo, se dejaba morir el enlace..., no servía de nada gastar un precioso enlace interestelar en un cliente que no compraba al instante. Oh, demonios. Ya no podía hacer nada al respecto.

Benedetto descubrió que el proyecto le llevaba casi más tiempo de lo que valía, rastrear hacia atrás a aquel tipo para descubrir con quién trabajaba. No resultó fácil seguirle de viaje en viaje. Todos sus vuelos eran especiales, clasificados —de nuevo prueba de que trabajaba con alguna rama de algún gobierno—, y encontró el viaje anterior a éste sólo por accidente. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que si rastreaba a su amante o hermana o secretaria o lo que fuera aquella mujer Valentine, las cosas serían mucho más fáciles.

Lo que más le sorprendió fue el breve tiempo que permanecían en cualquier lugar. Con sólo unos pocos viajes, Benedetto los había rastreado hacia atrás trescientos años, hasta el alba misma de la era de la colonización, y por primera vez se le ocurrió que no era inconcebible que aquel Andrew Wiggin pudiera ser el auténtico...

No, no. Todavía no podía permitirse creer en ello. Pero si fuera cierto, si fuera realmente el criminal de guerra que...

Las posibilidades de chantaje eran abrumadoras.

¿Cómo era posible que nadie hubiera efectuado aquella obvia investigación sobre

Andrew y Valentine Wiggin? ¿O estaban pagando ya a chantajistas en varios mundos?

¿O estaban todos los chantajistas muertos? Tendría que ir con cuidado. La gente con tanto dinero tenía invariablemente amigos poderosos. Benedetto tendría que encontrar amigos propios para protegerse cuando pusiera en marcha su nuevo plan.

Valentine se lo mostró a Andrew como una curiosidad.

—He oído hablar de ello antes, pero ésta es la primera vez que he estado lo bastante cerca como para asistir a uno. —Era un anuncio local en la red de noticias de una «charla» para un hombre muerto.

Andrew nunca se había sentido cómodo con la forma en que su seudónimo, «Portavoz de los Muertos», había sido tomado por otros y convertido en el título de un casi clérigo de una nueva religión que proclamaba la verdad. No había doctrina, así que la gente de casi cualquier fe podía invitar a un portavoz de los muertos para que tomara parte en unos servicios funerarios regulares, o para dar una charla separada después —a veces mucho después— de que el cuerpo hubiera sido enterrado o incinerado.

Ese actuar como portavoz de los muertos no surgió sin embargo de su libro *La reina de la colmena*. Fue el segundo libro de Andrew, *El Hegemon*, lo que trajo a la existencia esa nueva costumbre funeraria. Andrew y el hermano de Valentine, Peter, se habían convertido en hegemones tras las guerras civiles y a través de una mezcla de hábil diplomacia y fuerza bruta que había unido a toda la Tierra bajo un único y poderoso gobierno. Demostró ser un déspota ilustrado, y estableció instituciones que compartirían la autoridad en el futuro; y fue bajo el gobierno de Peter que se emprendió el importante asunto de la colonización de otros planetas. Sin embargo, desde su infancia, Peter había sido cruel y poco compasivo, y Andrew y Valentine le temían. De hecho, fue Peter quien arregló las cosas de modo que Andrew no pudiera regresar a la Tierra tras su victoria en la Tercera Guerra de los Insectores. Así que resultaba difícil para Andrew no odiarle.

Por eso había investigado y escrito *El Hegemon*: para intentar hallar la verdad del hombre detrás de las manipulaciones y las masacres de los horribles recuerdos infantiles. El resultado fue una implacablemente justa biografía que medía al hombre y no ocultaba nada. Puesto que el libro estaba firmado con el mismo nombre que *La reina de la colmena*, que ya había cambiado actitudes hacia los insectores, obtuvo una gran atención y finalmente dio nacimiento a esos portavoces de los muertos, que intentaban traer el mismo nivel de sinceridad a los funerales de otros fallecidos, algunos prominentes, algunos oscuros. Hablaban de las muertes de héroes y gente poderosa, mostrando con toda claridad el precio que ellos y otros pagaban por su éxito; de alcohólicos y abusadores que habían arruinado las vidas de sus familias, intentando mostrar al ser humano detrás de la adicción, pero sin ahorrarse nunca la

verdad del daño que causaba la debilidad. Andrew se había acostumbrado a la idea de que esas cosas se hacían en nombre del portavoz de los muertos, pero nunca había asistido a ninguna, y como Valentine esperaba, saltó a la posibilidad de hacerlo ahora, pese a que no tenía tiempo.

No sabían nada acerca del muerto, aunque el hecho de que el acto recibiera muy poca atención pública sugería que no era muy conocido. Por supuesto, el acto se celebró en una pequeña sala pública de un hotel, y sólo asistieron un par de docenas de personas. No había ningún cadáver presente, al parecer el fallecido ya había sido enterrado. Andrew intentó adivinar las identidades de las demás personas en la estancia. ¿Era ésta la viuda? ¿Ésa otra la hija? ¿O era la más anciana la madre, la más joven la viuda? ¿Eran éstos sus hijos? ¿Amigos? ¿Compañeros de trabajo?

El portavoz vestía simplemente y no se daba aires. Fue hacia la parte delantera de la habitación y empezó a hablar, contando de forma sencilla la vida del hombre. No era una biografía, no había tiempo para tal nivel de detalle. Más bien era como una saga, que relataba los hechos importantes de la vida del hombre, pero juzgando los que eran importantes no por el grado de notoriedad, sino por la profundidad y el aliento de sus efectos en las vidas de los demás. Así, su decisión de construir una casa que no podía permitirse en un barrio lleno de gente muy por encima de su nivel de ingresos nunca hubiera merecido la atención pública, pero tiñó las vidas de sus hijos mientras crecían, obligándoles a enfrentarse a gente que los miraba por encima del hombro. También llenó su propia vida de ansiedad sobre sus finanzas. Trabajó hasta la muerte, pagando la casa. Lo hizo «por los hijos», pero todos ellos hubieran deseado poder criarse con gente que no les juzgara por su falta de dinero, que no les considerara unos trepadores. Su esposa se vio aislada en un vecindario donde no tenía amigas, y él llevaba menos de un día muerto cuando puso en venta la casa; ya se había trasladado a otro lugar.

Pero el portavoz no se detuvo allí. Siguió hablando acerca de cómo la obsesión del muerto hacia su casa, hacia situar a su familia en aquel vecindario, había surgido de las constantes quejas de su madre por el fracaso de su padre en proporcionarle a ella una espléndida casa. Hablaba constantemente de cómo había cometido el error de «casarse con alguien inferior», y así el hombre muerto había crecido obsesionado por la necesidad para un hombre de proporcionar sólo lo mejor para su familia, no importaba lo que costase. Odiaba a su madre —huyó de su mundo natal y fue a Sorelledolce principalmente para alejarse de ella—, pero sus retorcidos valores fueron con él y distorsionaron su vida y las vidas de sus hijos. Al final, fueron sus peleas con su marido los que mataron a su hijo, porque lo condujeron al agotamiento y al ataque cardíaco que terminó con él antes de los cincuenta años.

Andrew pudo ver que la viuda y los hijos no habían conocido a su abuela, allá en el planeta natal de su padre, no habían sospechado nunca la fuente de su obsesión por vivir en el ambiente adecuado, en la casa adecuada. Ahora que podían ver el origen de todo en su infancia, brotaron las lágrimas. Evidentemente, se les había dado

permiso para expresar sus resentimientos y, al mismo tiempo, perdonar a su padre por el dolor que les había causado. Las cosas tenían sentido para ellos ahora.

El acto terminó. Los miembros de la familia abrazaron al portavoz y se abrazaron entre sí; luego el portavoz se fue.

Andrew le siguió. Lo sujetó por el brazo cuando alcanzaba la calle.

—Señor —dijo—, ¿cómo puedo convertirme en portavoz?

El hombre le miró de una forma extraña.

—Simplemente hablo.

—Pero ¿cómo se prepara?

—La primera muerte en la que hablé fue la muerte de mi abuelo —dijo—. Ni siquiera había leído *La reina de la colmena* y *el Hegemon*. —(Los dos libros eran vendidos invariablemente ahora en un solo volumen)—. Pero cuando lo hice, la gente me dijo que tenía un auténtico don como portavoz de los muertos. Así fue como finalmente leí los libros y tuve la idea de cómo debía hacerse. De modo que, cuando otras personas me pidieron que hablara en funerales, supe hasta qué punto tenía que investigar. Ni siquiera ahora sé lo que estoy haciendo «bien».

—Para ser un portavoz de los muertos, usted simplemente...

—Hablo. Y se me pide que hable de nuevo. —El hombre sonrió—. No es un trabajo pagado, si es eso lo que está pensando.

—No, no —dijo Andrew—. Sólo..., sólo deseaba saber cómo se hacía, eso es todo. —No era probable que el hombre, ya cumplidos los cincuenta, creyera que el joven de veinte años que tenía delante fuera el autor de *La reina de la colmena* y *el Hegemon*.

—En caso de que se lo esté usted preguntando —dijo el portavoz de los muertos—, no somos ministros. No delimitamos nuestro territorio ni nos irritamos si alguien mete la nariz en él.

—¿Oh?

—Si está pensando usted en convertirse en portavoz de los muertos, todo lo que puedo decirle es: adelante. Pero no haga un trabajo incompleto. Está remodelando el pasado para la gente, y si no se sumerge completa y honestamente en él, hallándolo *todo*, sólo causará daño y es mejor que ni lo intente.

—No, supongo que no.

—Eso es. Tendrá que pasar por todo un aprendizaje como portavoz de los muertos. Espero que no desee un certificado. —El hombre sonrió—. No siempre es tan apreciado como lo era. A veces hablas porque la persona fallecida pidió un portavoz de los muertos en su testamento. La familia no desea que lo hagas, y se siente horrorizada por las cosas que dices, y nunca te perdonarán por lo que has hecho. Pero..., lo haces de todos modos, porque el muerto deseaba que se dijera la verdad.

—¿Cómo puede estar seguro de que ha hallado la verdad?

—Nunca lo sabes. Simplemente haces lo mejor que puedes. —Palmeó a Andrew

en el hombro—. Me gustaría seguir charlando con usted, pero tengo llamadas que hacer antes de que todo el mundo se vaya a casa esta noche. Soy contable de los vivos..., éste es mi trabajo de día.

—¿Contable? —preguntó Andrew—. Sé que está atareado, pero ¿puedo preguntarle acerca de un *software* de contabilidad? Una cabeza parlante, una mujer apareció en mi pantalla, dijo que se llamaba Jane.

—Nunca oí hablar de ella, pero el universo es un lugar grande, y no hay forma en que puedas estar al tanto de todo el *software* que no utilizas. ¡Lo siento! —Y con eso el hombre se marchó.

Andrew hizo un rastreo por la red acerca del nombre *Jane* con los delimitadores *inversiones*, *finanzas*, *contabilidad* e *impuestos*. Hubo siete respuestas, pero todas señalaban a un escritor en el planeta Albión que había escrito un libro sobre planificación interplanetaria de activos hacía un centenar de años. Posiblemente la *Jane* del *software* había recibido su nombre por él. O no. Pero no llevó a Andrew más cerca de su objetivo.

Cinco minutos después de concluir su búsqueda, sin embargo, la cabeza familiar se asomó al monitor de su ordenador.

—Buenos días, Andrew —dijo—. Oh. Todavía es muy pronto, ¿verdad? Resulta tan difícil mantener el control de la hora local en todos esos mundos.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó Andrew—. Intenté localizar-la, pero no sabía el nombre del *software*.

—¿De veras? Esto es sólo una visita preprogramada de seguimiento, en caso de que hubiera cambiado usted de opinión. Si lo desea puedo desinstalarme de su ordenador, o puedo hacer una instalación parcial o completa, según lo que usted desee.

—¿Cuánto cuesta la instalación?

—Puede usted permitírselo —dijo Jane—. Soy barata, y usted es rico.

Andrew no estaba seguro de que le gustara el estilo de aquella personalidad simulada.

—Todo lo que deseo es una respuesta sencilla —dijo—. ¿Cuánto cuesta la instalación?

—Le daré la respuesta —dijo Jane—. Soy una instalación progresiva. La tarifa depende de su *status* financiero y de lo que realice para usted. Si me instala simplemente para ayudar con los impuestos, se le cobrará un décimo de un uno por ciento de la cantidad que le ahorre.

—¿Y si le digo que pague más de lo que usted cree que es el pago mínimo que debo hacer?

—Entonces le ahorraré menos, y le costará menos. No hay cargos ocultos. No hay trucos. Pero va a perder mucho si sólo me instala para impuestos. Hay mucho más

dinero aquí del que gastará en toda su vida manejándolo, a menos que lo deje usted en mis manos.

—Ésa es la parte que no me preocupa —dijo Andrew—. ¿Quién es usted?

—Yo. Jane. El *software* instalado en su ordenador. ¡Oh, entiendo, le preocupa saber si estoy conectada con alguna base de datos central que sepa demasiado sobre sus finanzas! No, mi instalación en su ordenador no hará que ninguna información sobre usted vaya a algún otro lugar. No habrá ninguna habitación llena de ingenieros de *software* intentando pensar en formas de meter sus manos en su fortuna. A cambio, tendrá usted el equivalente de un agente de bolsa, especialista en impuestos y analista de inversiones a tiempo completo manejando su dinero por usted. Pida un contable en cualquier momento que desee, y lo tendrá al instante frente a usted. Sea lo que sea lo que desee comprar, simplemente hágamelo saber y encontraré el mejor precio en el lugar más conveniente, lo pagaré, y se lo haré entregar allá donde usted desee. Si desea la instalación completa, incluido el ayudante de planificación e investigaciones, puedo ser su constante compañero.

Andrew pensó en aquella mujer hablándole día y noche, y negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Por qué? ¿Mi voz es demasiado aguda para usted? —dijo Jane. Y, en un registro más bajo, con un cierto jadeo incorporado, continuó—: Puedo cambiar mi voz a cualquier nivel que usted prefiera. —Su cabeza cambió bruscamente a la de un hombre. Con una voz de barítono con apenas una ligera insinuación de afeminamiento, dijo—: O puedo ser un hombre, con varios grados de masculinidad. —El rostro cambió de nuevo, a unos rasgos más ásperos, y la voz tuvo un deje de cerveza—. Ésta es la versión del frecuentador de bares, en caso de que tenga usted dudas sobre su masculinidad y desee compensar.

Andrew se echó a reír pese a sí mismo. ¿Quién había programado aquella cosa? El humor, la facilidad de lenguaje, todo estaba muy por encima incluso del mejor *software* que había visto en su vida. La inteligencia artificial era todavía algo utópico: no importaba lo buena que fuese la simulación, siempre sabías al cabo de unos momentos que tratabas con un programa. Pero esta simulación era tan buena, muy parecida a un agradable compañero, que la hubiera comprado simplemente para ver hasta dónde llegaba el programa, lo bien que podía mantenerse a lo largo del tiempo. Y puesto que era precisamente el programa financiero que necesitaba, decidió seguir adelante.

—Quiero un informe diario de lo que estoy pagando por sus servicios —dijo—. A fin de poder librarme de usted si resulta demasiado caro.

—Sólo recuerde: nada de propinas —dijo el hombre.

—Vuelva a la primera —dijo Andrew—. A Jane. Y a la voz del principio.

La cabeza de la mujer reapareció.

—¿No desea la voz *sexy*?

—Se lo diré si alguna vez me siento tan solitario —dijo Andrew.

—¿Y si soy yo quien se siente solitaria? ¿Ha pensado alguna vez en eso?

—No, y no deseo ninguna bromista flirteadora —dijo Andrew—. Supongo que podrá desconectar eso.

—Ya está desconectado —dijo ella.

—Entonces prepare mi declaración de impuestos. —Andrew se sentó, esperando que le tomaría varios minutos realizar el trabajo. En vez de ello, el formulario completo apareció de inmediato en el monitor. El rostro de Jane había desaparecido. Pero su voz siguió.

—Aquí tiene el resultado. Le prometo que es enteramente legal, y no pueden tocarle ni un pelo por ello. Así es como están escritas las leyes. Están diseñadas para proteger las fortunas de la gente tan rica como usted, mientras descargan todo el peso de los impuestos sobre la gente con niveles de ingresos muy inferiores. Su hermano Peter diseñó la ley de esta forma, y nunca ha sido cambiada excepto algún detalle aquí y otro allá.

Andrew permaneció sentado unos instantes ante el ordenador, sumido en un impresionado silencio.

—Oh, ¿se supone que debo fingir que no sé quién es usted?

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Andrew.

—No es exactamente información protegida. Cualquiera puede acceder a ella e imaginar cosas a partir del registro de sus viajes. ¿Le gustaría que pusiera un poco de seguridad alrededor de su auténtica identidad?

—¿Qué me costaría?

—Está incluido en la instalación completa —dijo Jane. Su rostro reapareció—. Estoy diseñada para poder alzar barreras y ocultar información. Todo legal, por supuesto. Será especialmente fácil en su caso, debido a que mucho de su pasado se halla listado todavía como alto secreto por la flota. Es muy fácil meter información como sus varios viajes en la penumbra de la seguridad de la flota, y entonces tendrá todo el peso de los militares protegiendo su pasado. Si alguien intenta violar la seguridad, la flota caerá sobre él..., aunque nadie en la flota sepa exactamente qué es lo que está protegiendo. Para ellos es un reflejo.

—¿Puede hacer eso?

—Acabo de hacerlo. Toda la evidencia que pueda existir se ha ido. Desaparecido. Puf. En realidad soy muy buena en mi trabajo.

Por la mente de Andrew cruzó la idea de que aquel *software* era demasiado poderoso. Nada que pudiera hacer todas aquellas cosas podía ser legal.

—¿Quién la hizo? —preguntó.

—Suspícaz, ¿eh? —dijo Jane—. Bien, *usted* me hizo.

—Lo recordaría —murmuró Andrew secamente.

—Cuando me instalé la primera vez, hice mi análisis normal. Pero parte de mi programa es automonitorizarme. Vi lo que usted necesitaba, y me programé para poder hacerlo.

—Ningún programa automodificador es tan bueno —dijo Andrew.

—Hasta ahora.

—Hubiera oído hablar de él.

—No quiero que se hable mucho de mí. Si todo el mundo pudiera comprarme, no podría hacer lo que hago. Mis distintas instalaciones se cancelarían unas a otras. Una versión de mí estaría desesperada por conocer una pieza de información que otra versión de mí estaría desesperada por ocultar. Poco efectivo.

—Así pues, ¿cuánta gente tiene instalada una versión de este *software*?

—En la exacta configuración que está comprando, señor Wiggin, usted es el único.

—¿Cómo puedo creerlo?

—Deme tiempo.

—Cuando le dije que se fuera no lo hizo, ¿verdad? Volvió porque detectó mi búsqueda sobre *Jane*.

—Usted me dijo que me desconectara. Eso fue lo que hice. No me dijo que me desinstalara, o que *permaneciera* desconectada.

—¿Le han programado insolencia?

—Eso es un rasgo que he desarrollado por mí misma —dijo ella—. ¿Le gusta?

Andrew se sentó al otro lado del escritorio. Benedetto llamó la declaración de impuestos presentada, hizo todo un espectáculo de estudiarla en el monitor de su ordenador, luego sacudió tristemente la cabeza.

—Señor Wiggin, supongo que no esperará usted que me crea que esa cifra es exacta.

—Esta declaración de impuestos cumple totalmente con la ley. Puede examinarla hasta que se sienta satisfecho: todo está anotado, con todas las leyes y precedentes relevantes completamente documentados.

—Creo —dijo Benedetto— que estará usted de acuerdo conmigo en que la cantidad resultante es insuficiente..., Ender Wiggin.

El joven le miró con un parpadeo.

—Andrew —dijo.

—Creo que no —dijo Benedetto—. Ha estado usted viajando mucho. Una gran cantidad de viajes a la velocidad de la luz. Huyendo de su propio pasado. Creo que las redes de noticias estarían encantadas de saber que tenemos una celebridad tan grande en el planeta. Ender el Xenocida.

—En general a las redes de noticias les gusta apoyar unas afirmaciones tan extravagantes con una sólida información —dijo Andrew.

Benedetto esbozó una ligera sonrisa y pidió su archivo sobre los viajes de Andrew.

Estaba vacío, excepto el viaje más reciente.

Se le hundió el corazón. El poder de los ricos. Este joven se había metido de alguna manera en su ordenador y le había robado información.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó.

—¿Hacer qué? —quiso saber Andrew.

—Vaciar mi archivo.

—El archivo no está vacío —observó Andrew.

Con el corazón martilleando y la mente llena de alocados pensamientos, Benedetto decidió optar por aprovechar al máximo la situación.

—Veo que estaba equivocado —dijo—. Su declaración de impuestos es aprobada tal cual. —Tecleó unos cuantos códigos—. Aduanas le entregará su documento de identidad, válido para una estancia de un año en Sorelledolce. Muchas gracias, señor Wiggin.

—Así que el otro asunto...

—Buenos días, señor Wiggin. —Benedetto cerró el archivo y tomó otros papeles. Andrew captó la indirecta, se puso en pie y se marchó.

Apenas hubo desaparecido Benedetto se sintió invadido por la ira. ¿Cómo lo había hecho? ¡El pez más grande que Benedetto había atrapado nunca, y se le había escapado!

Intentó duplicar la investigación que le había conducido a la auténtica identidad de Andrew, pero ahora la seguridad del gobierno había caído sobre todos sus archivos y su tercer intento provocó una advertencia de Seguridad de la Flota de que si persistía en intentar acceder a material clasificado sería investigado por la Contrainteligencia Militar.

Hirviendo de rabia, Benedetto limpió la pantalla y empezó a escribir. Todo un informe de cómo había empezado a sospechar de aquel Andrew Wiggin y había intentado descubrir su auténtica identidad. Cómo había descubierto que Wiggin era el Ender el Xenocida original, pero luego su ordenador fue saqueado y los archivos desaparecieron. Pensó que ni siquiera las redes de noticias más dignificadas se negarían a publicar la historia, saltarían sobre ella. Este criminal de guerra no podría escapar usando su dinero y sus conexiones militares para hacerse pasar por un ser humano decente.

Terminó su historia. Salvó el documento. Luego empezó a mirar y entrar en las direcciones de las redes principales, tanto del planeta como fuera.

Se sobresaltó cuando todo el texto desapareció del monitor y un rostro de mujer apareció en su lugar.

—Tiene usted dos alternativas —dijo la mujer—. Puede borrar todas las copias del documento que acaba de crear y no enviar jamás ninguna a nadie.

—¿Quién es usted? —preguntó Benedetto.

—Considéreme una consejera de inversiones —respondió la mujer—. Le estoy dando un buen consejo sobre cómo prepararse para el futuro. ¿No desea oír su segunda alternativa?

—No quiero oír nada de usted.

—Ha dejado tantas cosas fuera de su historia —dijo la mujer—. Creo que su informe sería mucho más interesante con todos los datos pertinentes.

—Yo también —dijo Benedetto—, pero el señor Xenocida los ha borrado.

—No, él no lo hizo —dijo la mujer—. Sus amigos lo hicieron.

—Nadie debería estar por encima de la ley —dijo Benedetto—, sólo porque tiene dinero. O conexiones.

—Entonces no diga nada —señaló la mujer—, o diga toda la verdad. Ésas son sus alternativas.

Como respuesta, Benedetto pulsó el comando de *ejecutar* que enviaría su historia a todas las cadenas que ya había tecleado. Añadiría las demás direcciones cuando consiguiera eliminar aquel *software* intruso de su sistema.

—Una elección valiente pero estúpida —dijo la mujer. Su cabeza desapareció del monitor.

Las cadenas recibieron su historia, cierto, pero ahora incluía toda una confesión documentada de todos los trapicheos y engaños que había efectuado durante su carrera como recaudador de impuestos. Fue arrestado antes de que transcurriera una hora.

La historia de Andrew Wiggin jamás fue publicada: los cadenas y la policía la reconocieron como lo que era, un intento de chantaje que había salido mal. Interrogaron al señor Wiggin, pero fue sólo una formalidad. Ni siquiera mencionaron las locas e increíbles acusaciones de Benedetto. Había sido etiquetado sin lugar a dudas, y Wiggin simplemente no era más que su última víctima potencial. El chantajista simplemente había cometido el error de incluir inadvertidamente sus propios archivos secretos con el archivo del chantaje. Torpezas así habían llevado a más de un arresto en el pasado. La policía nunca se sorprendía de la estupidez de los criminales.

Gracias a la cobertura de las redes de noticias, las víctimas de Benedetto supieron ahora lo que les había hecho. No había sido muy discriminador acerca de a quién robaba, y algunas de las víctimas tenía el poder de actuar dentro del sistema penitenciario. Benedetto fue el único que llegó a saber si fue un guardia u otro prisionero quien rebanó su garganta y metió su cabeza en la taza del wáter de modo que su propia sangre fuera la que terminara ahogándole.

Andrew se sintió enfermo al saber la muerte de su recaudador de impuestos. Pero Valentine le aseguró que no era más que una coincidencia el que el hombre fuera arrestado y muriera tan pronto después de intentar chantajearle.

—No puedes culparte por todo lo que le ocurre a la gente a tu alrededor —dijo—. No todo es culpa tuya.

No, culpa suya no. Pero Andrew todavía sentía algo de responsabilidad hacia el hombre, porque estaba seguro de que la habilidad de Jane de asegurar sus archivos y ocultar la información sobre sus viajes tenía algo que ver de alguna forma con lo que

le había ocurrido al hombre del servicio fiscal. Por supuesto, Andrew tenía derecho a protegerse del chantaje, pero la muerte era una pena demasiado fuerte para lo que Benedetto había hecho. Apoderarse de lo que era de otro nunca era causa suficiente para quitarle a nadie la vida.

Así que acudió a la familia de Benedetto y preguntó si podía hacer algo por ella. Puesto que todo el dinero de Benedetto había sido incautado para ser restituido, estaban arruinados. Andrew les proporcionó una confortable pensión anual. Jane le aseguró que podía permitírselo sin siquiera darse cuenta de ello.

Y otra cosa. Pidió si podía hablar en el funeral. Y no solamente hablar, sino actuar como portavoz de los muertos. Admitió que era nuevo en ello, pero que intentaría llevar la verdad a la historia de Benedetto y ayudarles a extraer sentido a lo que hizo.

Estuvieron de acuerdo.

Jane le ayudó a descubrir un registro de las operaciones financieras de Benedetto, y demostraron ser invaluable para otras búsquedas mucho más difíciles..., en la infancia de Benedetto, en la familia en la que creció, en cómo desarrolló su patológica hambre de procurar para la gente a la que amaba y en su absoluta amoralidad acerca de tomar lo que pertenecía a otros. Cuando Andrew empezó a hablar, no retuvo nada ni disculpó nada. Pero significó un cierto alivio para la familia el que Benedetto, pese a toda la vergüenza y la pérdida que les había reportado, pese al hecho que había causado su propia separación de la familia, primero a través de la prisión y luego a través de la muerte, les había amado y había intentado ocuparse de ellos. Y, quizá lo más importante, cuando terminó de hablar, la vida de un hombre como Benedetto dejó de ser incomprensible. El mundo tenía sentido.

Tres semanas después de su llegada, Andrew y Valentine abandonaron Sorelledolce. Valentine estaba lista para escribir su libro sobre el crimen en una sociedad criminal, y Andrew se alegró de ir con ella hacia su siguiente proyecto. En el formulario de aduanas, donde se le preguntaba su ocupación, en lugar de teclear «estudiante» o «inversor», Andrew tecleó «Portavoz de los muertos». El ordenador lo aceptó. Ahora era una carrera, una que inadvertidamente había creado hacía años para él.

Y no tendría que seguir la carrera que su riqueza casi le había forzado. Jane se ocuparía de todo ello por él. Todavía se sentía algo intranquilo acerca de ese *software*. Estaba seguro de que en alguna parte al otro lado de la línea, descubriría el auténtico coste de todas aquellas utilidades. Mientras tanto, sin embargo, ayudaba mucho el tener un ayudante tan excelente, eficaz y constante. Valentine empezó a sentirse un poco celosa, y le preguntó dónde podía encontrar un programa así. La respuesta de Jane fue que le encantaría ayudar a Valentine en cualquier investigación o asunto financiero que necesitara, pero que seguiría siendo el *software* de Andrew, personalizado a sus necesidades.

Valentine se irritó un poco ante aquello. ¿No estaba llevando la personalización un poco demasiado lejos? Pero después de gruñir un poco, se echó a reír ante todo el

asunto.

—Pero no puedo prometer que no me ponga celosa —dijo—. ¿Voy a perder un hermano ante una pieza de *software*?

—Jane no es más que un programa de ordenador —dijo Andrew—. Muy bueno, por cierto. Pero sólo hace lo que yo le digo, como cualquier otro programa. Si empiezo a desarrollar algún tipo de relación personal con ella, tienes mi permiso para encerrarme.

Así, Andrew y Valentine abandonaron Sorelledolce, y ambos prosiguieron viajando de mundo en mundo, exactamente igual a como habían hecho hasta entonces. Nada era diferente en absoluto, excepto que Andrew ya no tenía que preocuparse por sus impuestos, y mostraba un considerable interés en las columnas de obituarios cada vez que llegaban a un nuevo planeta.

La Elevación de los Pupilos

David Brin

Sundiver (1980)

(*Navegante solar*, Ed. B)

Startide Rising (1983)

(*Marea estelar*, Ed. Acervo)

The Uplift War (1987)

(*La rebelión de los pupilos*, Ed. Acervo)

Brightness Reef (1995)

(*Arrecife brillante*, Ed. B)

Infinity's Shore (1996)

(*La costa del infinito*, Ed. B)

Heaven's Reach (1998)

(*Los límites del cielo*, Ed. B)

Algunas personas dicen que no puedes tenerlo todo. Por ejemplo, si una historia ofrece acción, debe carecer de filosofía. Si implica ciencia, los personajes sufrirán. Esto se ha dicho en especial acerca de uno de los tipos fundamentales de la ciencia ficción, el subgénero llamado en ocasiones *space opera*. ¿Es posible pintar grandes aventuras y heroicas luchas en espléndidos escenarios futuros —completos con planetas estallando y vívidos efectos especiales— mientras se desarrolla algo que merezca llamarse una novela?

Soy uno de los que creen que vale la pena intentarlo, y lo he intentado en las novelas de la *elevación*, que están situadas a varios cientos de años en un peligroso futuro, en un cosmos que los pobres humanos apenas comprenden.

Empecé con la plausible idea de que la gente puede empezar alterando genéticamente delfines y chimpancés, proporcionando a esos brillantes animales el empuje final que necesitan para convertirse en nuestros iguales y socios. En mi debut, *Navegante solar*, mostré a las tres razas sapiens humanas descubriendo que una antigua y poderosa civilización interestelar ha estado haciendo lo mismo desde hace mucho tiempo. Siguiendo una antigua receta, cada clan estelar en la Civilización de las Cinco Galaxias busca recién llegados prometedores para «elearlos». A cambio de este favor, las nuevas especies clientes deben a sus amos un intervalo de servicio, luego empiezan a buscar a alguien para que reciba a su vez el regalo de la inteligencia.

Este benévolo esquema oculta una serie de ominosos secretos que son desgranados en posteriores novelas. *Marea estelar* y *La rebelión de los pupilos* —ambas ganadoras del premio Hugo a la mejor novela— muestran las ondas de choque

que agitan la sociedad galáctica cuando una humilde nave de la Tierra, la *Streaker*, con un centenar de neodelfines y unos pocos humanos, descubre indicios de una conspiración de mil millones de años de antigüedad.

Mi meta ha sido trufar la serie con elementos que gozan de las preferencias de los amantes de la ciencia ficción: por ejemplo, no hay tan sólo *una* forma de superar la limitación einsteiniana del viaje más allá de la velocidad de la luz, sino media docena. Utilizo cinco galaxias como escenario de la serie, con más aguardando entre bastidores. Los personajes —delfines, chimpancés y alienígenas— han sido elegidos para ofrecer una amplia gama de momentos emotivos y, espero, ideas memorables.

Tras un hiato de varios años mientras trabajaba en otros proyectos, regresé a este amplio escenario con la nueva serie de la *Tormenta de la elevación*, consistente en tres novelas interconectadas: *Arrecife brillante*, *La costa del infinito* y *Los límites del cielo*. Esas obras siguen explorando las aventuras y dificultades de la tripulación de la *Streaker*, pero también bucean en una sociedad única multirracial en Jijo, un mundo en la aislada Galaxia Cuatro que fue declarado «en barbecho», o fuera de los límites de los seres inteligentes, a fin de permitir que su biosfera se recuperara. Pese a esta bienintencionada ley, una serie de naves han acudido subrepticamente al mundo prohibido, llevando colonos ilegales de media docena de razas, todas ellas con desesperadas razones para huir de los crecientes peligros en sus planetas natales. Tras las iniciales luchas y malentendidos, las Seis Razas de Jijo —incluidos los humanos exiliados— hacen las paces y se unen para crear una cultura compartida decente, compartiendo su querido mundo mientras se ocultan del cosmos..., hasta un día en el que todos los problemas caen sobre ellos desde el cielo.

Ha empezado un *Tiempo de cambios*, sacudiendo la complaciente Civilización de las Cinco Galaxias. Nadie está seguro, y nada es ya cierto. Ni la historia, ni la ley, ni la biología, ni siquiera la fiable física.

Algo está ocurriendo en el universo, y todas las apuestas sobre nuestro destino están en el aire.

En esta nueva historia, «Tentación», retiro una capa más en el desarrollo de la saga, y muestro a un pequeño grupo de delfines fugitivos que aprenden lo peligroso que puede ser que te ofrezcan exactamente lo que siempre has deseado.

—David Brin

Tentación

David Brin

Makane

El océano de Jijo golpeaba su flanco como el contacto del hocico de una madre o la caricia de un amante. Aunque parecía un poco desleal, Makanee tuvo la sensación de que aquel océano alienígena tenía una textura más sedosa y un sabor más delicado que las aguas de la Tierra, el hogar que no había visto en años.

Con suaves movimientos de su poderosa aleta caudal, ella y su compañero mantuvieron una relajada marcha al lado de un tremendo banco de criaturas pisciformes, de aletas rojas, con branquias violetas y largas colas translúcidas que brillaban en la sesgada luz del sol como destellos de plasma detrás de una nave estelar. El banco parecía extenderse eternamente, pastando en las derivantes nubes de plancton, moviéndose al unísono a través de los bajíos costeros como el ondulante cuerpo de una enorme serpiente complaciente.

Las criaturas eran hermosas... y deliciosas. Makanee efectuó un ágil movimiento con su esbelto cuerpo gris, arremetiendo para agarrar un ejemplar de la moviente masa, provocando tan sólo una ligera ondulación de sus vecinos más cercanos. Su casual estilo de depredación debía de ser nuevo en Jijo, porque los animales parecían ser completamente ajenos a los delfines. La cauchutesca carne sabía como exóticas caballas.

—No puedo evitar sentirme culpable —comentó en inglés subacuático, un lenguaje de clics y de chillidos muy adaptado a un reino líquido donde el sonido dominaba a la luz.

Su compañero rodó sobre sí mismo a lo largo del banco, panza arriba, con las aletas ventrales agitándose lánguidamente mientras agarraba a uno de los peces locales para él.

—¿Por qué culpable? —preguntó Brookida mientras su víctima se agitaba entre sus apretadas mandíbulas. Su suave debatir no interfirió con sus palabras-glifos, puesto que la boca de un delfín no tiene ningún papel en generar sonidos. En vez de ello una rápida serie de cliqueteantes impulsos de sonar emanaron de su frente—. ¿Estás avergonzada porque vives? ¿Porque sienta bien estar fuera de nuevo, con un mar cálido rozando tu piel y el chocar de las olas cantando en tus sueños? ¿Echas en falta el agua estancada y el mohoso aire a bordo de la nave? ¿O los ecos muertos de tu confinado camarote?

—No seas absurdo —contestó secamente Makanee. Después de tres años confinada a bordo de la nave terrestre de exploración *Streaker*, se había sentido tan confinada como un feto demasiado desarrollado tensando el útero a su alrededor. La liberación de aquel purgatorio había sido como nacer de nuevo—. Es sólo que estamos gozando de un paraíso tropical mientras que nuestros compañeros de tripulación...

—... tienen que seguir rasgando el cosmos en medio de una terrible incomodidad, perseguidos por viles enemigos y enfrentándose a la muerte a cada revuelta. Sí, lo sé.

Brookida dejó escapar un expresivo suspiro. El viejo geofísico cambió de lenguaje, a uno más adaptado a la punzante ironía.

* *La tormenta de invierno malgasta*
* *toda su fuerza contra los arrecifes*
* *dejando de lado la laguna* *

El trinario haiku era expresivo y seco. Al mismo tiempo, sin embargo, Makanee no pudo evitar el efectuar un diagnóstico médico. Descubrió que los esquemas sónicos de su viejo amigo estaban cargados con armónicos de primordial —el semilenguaje natural cetáceo usado por los delfines *Tursiops truncatus* salvajes allá en la Tierra—, un dialecto que se suponía que los miembros de la moderna raza *amicus* evitaban, a menos que sus mentes sucumbieran a la tentación de las antiguas costumbres. Los estilos mentales que los atraían con ritmos de pureza animal.

Halló preocupante el escuchar el primordial en Brookida, uno de sus pocos compañeros con una psique intacta. La mayoría de los demás delfines en Jijo sufrían hasta cierto grado de atavismo provocado por el estrés. Habiendo perdido el enfoque cognitivo necesario para ingenieros y exploradores estelares, ya no podían ayudar a la *Streaker* en su desesperada huida a través de cinco galaxias. Plantar esta pequeña colonia en Jijo había parecido una solución lógica, dejando a los regresionados para que Makanee se ocupara de ellos en este tranquilo lugar, mientras sus compañeros en la nave aceleraban hacia nuevas crisis en otras partes.

Ahora podía oírlos, pastando en el mismo banco de peces sólo a un centenar de metros de distancia. Treinta neodelfines que en su tiempo se habían graduado en prestigiosas universidades. Especialistas elegidos para una expedición de elite, reducidos ahora a chapotear y chillar, con poco más en sus mentes que comida, sexo y música. Sus primitivas llamadas ya no azaraban a Makanee. Después de todo por lo que habían pasado sus colegas desde que partieron de la Tierra —en un viaje rutinario de investigación de un año que se alargó a unos infernales tres—, era sorprendente que todavía les quedara algo de cordura.

Un sufrimiento tal hubiera desgastado a un humano, o incluso a un tymbrimi. Pero nuestra raza sólo tiene unos pocos siglos de edad. Los neodelfines apenas han iniciado el largo Camino de la Elevación. Nuestro aferrarnos a la sapiencia todavía es resbaladizo.

Y ahora otro camino nos hace señas.

Tras desembarcar con sus pacientes, Makanee había aprendido acerca de la religión local de las Seis Razas que ya se habían instalado secretamente en este mundo aislado, un credo centrado en *el Camino de la Redención*, una creencia de que la salvación podía hallarse en la bendita ignorancia y la no sapiencia.

Era más duro de lo que parecía. Entre las razas de «primeros colonos» que habían llegado ilegalmente a este mundo, buscando refugio en la simplicidad, hasta ahora sólo una había tenido éxito, y Makanee dudaba de que los colonos *humanos* llegaran a reclamar alguna vez la auténtica inocencia animal, no importaba lo duro que lo intentaran. Al contrario que las especies que eran elevadas, los humanos habían

conseguido su inteligencia por el camino difícil en la Vieja Tierra, aferrando cada nuevo talento o intuición a un terrible coste a lo largo de un millar de duros milenios. Podían volverse ignorantes y primitivos..., pero nunca simples. Nunca inocentes.

Los neodelfines, sin embargo, lo hallarán más fácil. Hace tan poco tiempo que usamos herramientas..., un regalo de nuestros amos humanos que nunca hemos buscado. Resulta sencillo renunciar a algo que has recibido sin luchar. En especial cuando la alternativa —el Sueño de la Ballena— te llama seductoramente, cada vez que duermes.

Un refugio atractivo. La dulce trampa de la ausencia de tiempo.

Captó por las cliqueteantes emanaciones del sonar a sus ayudantes —un par de voluntarios plenamente conscientes— que se ocupaban de los revertidos, asegurándose de que el grupo permanecía unido. Las cosas parecían agradables aquí, pero nadie sabía seguro qué peligros acechaban en el amplio mar de Jijo.

Ya tenemos a tres vagabundos ahí fuera en alguna parte. La pobre pequeña Peepoe y sus dos desdichados raptos. Le prometí a Kaa que enviaríamos grupos de búsqueda a rescatarla. ¿Pero cómo? Zhaki y Mopol llevan mucha ventaja, y tienen medio planeta donde ocultarse.

En estos momentos Tkett está ahí fuera buscándola, y empezaremos a extender la búsqueda tan pronto como los pacientes estén alojados y seguros. Pero a estas alturas pueden estar en el otro lado de Jijo. Nuestra única auténtica esperanza es que Peepoe escape de algún modo a ese par de bobalicones y se acerque lo suficiente para pedir ayuda.

Ya era hora de que Makanee y Brookida volvieran e iniciaran su turno en conducir a los felices e inocentes pacientes. Sin embargo, se sentía reacia. Nerviosa.

Algo en el agua rodó a través de su boca con un débil sabor metálico, algo así como *expectación*.

Makanee hizo girar a su alrededor su mandíbula sensible a los sonidos, buscando pistas. Al final descubrió un distante temblor. Una débil resonancia familiar que llegaba del oeste.

Brookida todavía no la había percibido.

—Bien —comentó—, no pasará mucho tiempo antes de que formemos auténticamente parte de este mundo, supongo. Unas pocas generaciones a partir de ahora, y ninguno de nuestros descendientes usará el inglés o ningún lenguaje galáctico. Seremos una vez más simples inocentes, maduros para la readopción y una segunda oportunidad de elevación. Me pregunto cómo serán nuestros nuevos amos.

El amigo de Makanee la estaba incitando suavemente con el agrídulce destino anticipado para esta colonia, en un mundo que parecía hecho para los cetáceos. Un mundo cuyo confort era la forma más segura de desencadenar una rápida transferencia de sus disciplinadas mentes. Sin cambios constantes, el Sueño de la Ballena los reclamaría con toda seguridad. Brookida parecía aceptar la idea con una facilidad que inquietaba a Makanee.

—Todavía *tenemos* amos —señaló—. Hay humanos viviendo aquí en Jijo.

—Humanos, sí. Pero ineducados, carentes de las habilidades científicas para seguir guiándonos. Así que la única opción que nos queda es...

Se detuvo, captando al fin aquel creciente sonido que venía del oeste. Makanee reconoció el zumbido único de un trineo a toda velocidad.

—Es Tkett —dijo—. Vuelve de su viaje de exploración. Oigamos lo que ha encontrado.

Agitando sus aletas, Makanee salió a la superficie, escupió con un chorro de espuma el húmedo y viciado aire de sus pulmones e inspiró una profunda bocanada de dulce oxígeno. Luego se dio la vuelta y avanzó hacia el ruido del motor, con Brookida siguiéndole a su cola.

En su estela, el banco de animales parecidos a peces apenas onduló en su interminable y sinuosa danza, lanzándose de un lado para otro en sinuosos movimientos, alimentándose de todo lo que el buen mar les ponía en su camino.

El arqueólogo tenía su propia forma de enfermedad mental..., el pensar ansiosamente.

Tkett había recibido órdenes de quedarse atrás y ayudar a Makanee con los revertidos, en parte porque sus habilidades no eran necesarias en la prosecución de la desesperada huida de la *Streaker* a través del universo conocido. En compensación por ese amargo exilio, había empezado a obsesionarse con estudiar el Gran Estercolero, ese profundo montón submarino de basura donde los antiguos ocupantes de Jijo habían echado casi cualquier objeto hecho por manos inteligentes cuando su planeta fue abandonado por la cultura estelar, hacía medio millón de años.

—Tendré un maravilloso informe que someter cuando volvamos a la Tierra —racionalizó, con una aparente confianza de que todos sus problemas terminarían y finalmente podría regresar a casa para publicar sus resultados. Era un tipo especial de desorden, que no reflejaba ningún signo de atavismo provocado por el estrés o reversión. Tkett todavía hablaba perfectamente el ánglico. Su trabajo era impecable y su actitud alegre. Era agradable, funcional, y loco como un cencerro.

Makanee se reunió con el trineo a un kilómetro al oeste del banco, donde Tkett redujo la velocidad a fin de no alterar a los pacientes.

—¿Hallaste alguna huella de Peepoe? —preguntó Makanee cuando él hubo cortado el motor.

Tkett era un maravillosamente apuesto espécimen de *Tursiops amicus*, con la piel moteada a lo largo de sus lisos flancos grises. La permanente sonrisa delfinesca presentaba dos hileras gemelas de dientes cónicos perfectamente blancos. Alojado todavía en la plataforma de control del trineo, Tkett agitó a derecha e izquierda su aerodinámica cabeza gris.

—Por desgracia no. Fui hasta unos doscientos kilómetros, siguiendo esas débiles

huellas que captamos en el sonar de largo alcance. Pero resultó claro que la fuente no era el trineo de Zhaki.

Makanee gruñó su decepción.

—Entonces, ¿qué era? Al contrario que el clamoroso mar de la Tierra, no se suponía que este planeta en barbecho registrara ruidos de motores permeando sus capas termoacústicas.

—Al principio empecé a imaginar todo tipo de cosas improbables, como monstruos marinos o submarinos jophur —respondió Tkett—. Entonces me golpeó la verdad.

Brookida se agitó nerviosamente, lanzando burbujas por su espiráculo.

—¿Ssssí?

—Tiene que ser una *astronave*. Un antiguo pecio convertido en chatarra, apenas emitiendo...

—¡Por supuesto! —Makanee agitó su cola—. Algunos de los señuelos no están en el espacio.

Tkett murmuró a regañadientes algo acerca de lo obvio que parecía ahora. Cuando la *Streaker* hizo su intento de alejarse, tras abandonar a Makanee y sus pacientes en este mundo, la nave terrestre huyó oculta en medio de un enjambre de antiguas reliquias que los ingenieros delfín habían resucitado de los montones de chatarra en el suelo oceánico. Aunque la superficie de Jijo era ahora un reino de tribus salvajes, los profundos cañones submarinos todavía contenían miles de deterioradas y abandonadas naves espaciales y otros restos de cuando esta sección de la Galaxia Cuatro había sido un centro de civilización y comercio. Varias docenas de esos restos habían sido reactivados a fin de confundir al enemigo de la *Streaker* —un temible acorazado jophur—, pero algunos de los cascos debieron fallar en su intento de alzar su masa fuera del mar cuando llegó el momento. Estos fracasos estaban condenados a derivar sin rumbo fijo bajo el agua hasta que sus motores se apagaran y volvieran a caer a las lodosas profundidades.

En cuanto al resto, no había habido ninguna noticia de si el truco de la *Streaker* había tenido éxito más allá de atraer al terrible acorazado hacia el espacio profundo. Al menos Jijo parecía un lugar más amigable sin él. Por ahora.

—Hubiéramos debido esperarlo —prosiguió el arqueólogo—. Cuando me aparté del ruido de la resaca junto a la orilla, creí poder detectar al menos tres de los cascos, yendo de un lado para otro ahí fuera casi al azar. Parece más bien triste, cuando piensas en ello. Antiguas naves, que no valían la pena de ser salvadas cuando los buyur abandonaron Jijo, esperando en una helada tumba acuosa una última oportunidad de volver a subir al espacio. Sólo que ésas no lo consiguieron. Quedaron varadas aquí.

—Como nosotros —murmuró Makanee.

Tkett pareció no oír.

—De hecho, me gustaría volver ahí fuera e intentar atrapar uno de esos restos.

—¿Para qué?

La sonrisa de Tkett era aún encantadora y contagiosa..., lo cual hacía que su aspecto fuera más loco, dadas las circunstancias.

—Me gustaría usarla como instrumento científico —dijo el gran neodelfín.

Makanee tuvo la sensación de que su diagnóstico quedaba plenamente confirmado.

Peepoe

La cautividad no era tan mala como había temido.

Era peor.

Entre los delfines naturales presapiens de la Tierra, pequeños grupos de machos jóvenes conspiraban a veces para aislar a una hembra fértil del resto de la manada, conduciéndola lejos para una copulación particular, en especial si estaba a punto de entrar en el período de celo. Trabajando juntos, podían monopolizar su apareamiento y garantizar su propio éxito reproductor, aunque la hembra prefiriera claramente algún macho local en su lugar. Ese antiguo esquema de comportamiento persistía entre los delfines salvajes porque, aunque los *Tursiops* nativos poseían tradiciones y una especie de honor feral, eran incapaces de captar el concepto de *ley*, un código por el que todos debían vivir, porque la comunidad entera tenía una memoria que trascendía del individuo.

¡Pero los modernos *amicus* elevados tenían ley! Y cuando los jóvenes maleantes dejaban ocasionalmente que prevaleciera el instinto e intentaban regresar a ese tipo de comportamiento, la palabra para ello era *violación*. El castigo era duro. Como con los depredadores sexuales humanos, uno de los resultados probables era la esterilización permanente.

Estas penalizaciones funcionaban. Al cabo de tres siglos, algunos de los menos deseables comportamientos primarios se habían vuelto raros. Sin embargo, los neodelfines elevados eran todavía una raza joven. Una gran tensión podía desencadenar que antiguos comportamientos volvieran a la luz de tanto en tanto.

Y nosotros los de la Streaker hemos estado realmente bajo estrés.

Al contrario que algunos tripulantes, cuyo contacto con la modernidad y el pensamiento racional se había roto bajo la constante presión, Zhaki y Mopol sufrían sólo un atavismo parcial. Todavía podían hablar y manejar un equipo complejo, pero ya no eran los educados, casi tímidos individuos jóvenes que había conocido cuando la *Streaker* partió de la Tierra a las órdenes del capitán Creideiki, antes de que todo el cosmos pareciera implosionar alrededor de la tripulación de delfines.

En abstracto, comprendía la terrible tensión que los había puesto en este estado. Quizá, si se le ofreciera la oportunidad de matar a Zhaki y a Mopol, Peepoe hubiera

considerado ese castigo un poco demasiado severo.

Por otro lado, la esterilización sería demasiado buena para ellos.

Pese a compartir la misma cultura, y unos antepasados comunes como mamíferos terrestres, delfines y humanos veían muchas cosas de forma diferente. Peepoe se sentía más irritada por ser secuestrada que violada. Más enojada que traumatizada. Era incapaz de bloquear completamente su lujuria, pero a través de varios trucos — jugando con sus celos mutuos y fingiendo estar enferma tan a menudo como podía—, Peepoe consiguió frenar las atenciones no deseadas durante largos intervalos de tiempo.

Pero si descubro que mataron a Kaa, tendré sus entrañas para cenar.

Pasaron los días, y su impaciencia fue creciendo. El límite de tiempo de Peepoe se estaba acercando. *Mi implante anticonceptivo expirará. Zhaki y su compañero tienen fantasías acerca de poblar Jijo con su descendencia, pero me gusta demasiado ese planeta para maldecirlo de esa forma.*

Se juró terminar con aquello. ¿Pero cómo?

A veces nadaba hasta un canal entre las dos remotas islas donde sus raptos la habían llevado y se dejaba mecer lánguidamente por las aguas, escuchando. En una ocasión, Peepoe creyó oír algo débilmente familiar, un murmullo cliqueteante, como un distante grupo de delfines. Pero pasó, y lo desechó como fruto de sus propios anhelos. Zhaki y Mopol habían conducido el trineo a toda velocidad durante varios días consecutivos manteniéndola atada a él, antes de detenerse junto a este extraño archipiélago y retirado la venda a prueba de sonar de sus ojos. Ella no tenía ni idea de cómo hallar el camino de vuelta a la vieja línea costera donde se había asentado el grupo de Makanee.

Cuando escape de estos dos idiotas, puede que me vea abocada a una existencia solitaria para el resto de mis días.

Oh, bueno, deseabas la vida de un explorador. Hay destinos peores que dar la vuelta nadando a este hermoso mundo, comiendo exóticos peces cuando tienes hambre, cabalgando extrañas mareas y escuchando ritmos que ningún delfín ha oído nunca antes.

La fantasía tenía una emotiva belleza..., aunque al final la hacía sentir solitaria y triste.

El océano resonaba con furia, motores y extraños ruidos.

Por supuesto, todo era asunto de perspectiva. En la ruidosa Tierra, aquello hubiera parecido sorprendentemente tranquilo. Los mares terrestres zumbaban con una cacofonía de tráfico, buena parte de él causado por su propia especie a medida que los neodelfines se ocupaban gradualmente de controlar el setenta por ciento de la

superficie del planeta natal. Explotando los minerales de las profundidades, o atendiendo los viveros de peces, o cuidando de aquellos sagradamente complejos simplones llamados ballenas, más y más responsabilidades recaían sobre los delfines elevados utilizando botes, submarinos y otro equipo. Pese a los constantes esfuerzos por reducir el alboroto, el hogar seguía siendo un lugar ruidoso.

En comparación, Jijo parecía tan silencioso como una guardería. Las capas térmicas que transmitían de forma natural el sonido informaban de olas estrellándose contra distantes orillas y del intermitente gruñir cuando pequeños temblores agitaban el suelo oceánico. Una miríada de zumbidos, silbidos y clics procedían de la propia fauna subsuperficial de Jijo: criaturas parecidas a peces que habían evolucionado allí o habían sido introducidas por colonizadores como los buyur hacía mucho tiempo. Algunos distantes sonidos incluso apuntaban a *grandes* entidades que se movían lentamente, languideciendo en las profundidades..., quizá ponderando largos y lentos pensamientos.

A medida que los días se transformaban en semanas, Peepoe aprendió a distinguir los ritmos orgánicos de Jijo, puntuados por el raspante estrépito cada vez que uno de los muchachos tomaba el trineo para dar un paseo, asustar bancos de peces o lanzarse a toda velocidad con el indicador de carga señalando rojo. A este ritmo el aparato no iba a resistir mucho tiempo, aunque Peepoe todavía seguía esperando que uno de ellos se rompiera primero su estúpido cuello.

Con o sin el trineo, Zhaki y Mopol podían rastrearla si ella simplemente se alejaba nadando. Incluso cuando dejaban montones de peces muertos para que fermentaran sobre algunas cañas flotantes, y se emborrachaban con las hediondas carcasas, ninguno de los dos abandonaba nunca su guardia el tiempo suficiente como para permitirle robar el trineo. Tenía la impresión de que uno o el otro siempre estaba echado atravesado sobre la silla. Puesto que los delfines sólo duermen con un hemisferio cerebral a la vez, era imposible tomarlos completamente por sorpresa.

Luego, tras dos meses de cautividad, detectó signos de algo que se acercaba.

Peepoe había estado buceando en aguas profundas en busca de una sabrosa variedad de cangrejo local de concha blanda cuando lo oyó por primera vez. Sus dos captos se estaban divirtiendo a un kilómetro de distancia, conduciendo su trineo a toda velocidad en círculos cada vez más cerrados alrededor de un banco de brillantes pseudopeces presas del pánico. Pero cuando se sumergió a través de una capa térmica limítrofe, que separaba el agua cálida de encima del líquido más frío y salado de debajo, el sonido del trineo disminuyó bruscamente.

El bendito silencio fue un beneficio añadido de su hazaña culinaria. Peepoe había estado buceando mucho últimamente.

Esta vez, sin embargo, la transición hizo más que ahorrarle el ruido del trineo por un breve tiempo. Le trajo también un *nuevo* sonido. Un distante retumbar, canalizado

por el frío estrato. ¡Con creciente excitación, Peepoe reconoció el murmullo de un motor! Pero los ritmos la sorprendieron como algo distinto a todo lo que había oído en la Tierra o en otros lugares.

Desconcertada, se impulsó rápidamente a la superficie, llenó sus pulmones con aire fresco y se sumergió otra vez para escuchar de nuevo.

Esta corriente profunda ofrece un excelente canal de sonido, se dio cuenta, enfocando el sonido en vez de difundirlo. Manteniendo las vibraciones muy confinadas. Es posible que ni siquiera los sensores del trineo puedan captarlo durante algún tiempo.

Desgraciadamente, eso significaba también que no podía decir lo lejos que estaba la fuente.

Si tuviera una unidad respiradora..., si no fuera necesario tener que salir periódicamente a la superficie en busca de aire... Podría nadar una gran distancia enmascarada por esta barrera térmica. De otro modo es inútil. Pueden usar los monitores del trineo para escanear a larga distancia y detectarme cuando salga a la superficie y exhale.

Peepoe escuchó durante un rato más y se decidió.

Creo que se está acercando..., pero lentamente. La fuente tiene que estar muy lejos todavía. Si hago un intento ahora, no llegaré muy lejos antes de que me atrapen.

Y sin embargo, no podía arriesgarse a que Mopol y Zhaki captaran el nuevo sonido. Si tenía que aguardar, eso significaba mantenerlos distraídos hasta que llegara el momento.

Sólo había una forma de conseguirlo.

Peepoe hizo una mueca. Ascendió a la superficie y expresó su disgusto con un vulgar trinario semihaiiku.

* Que el sol ase vuestros lomos
* y la dura arena arañe vuestros vientres
* hasta que el picor os vuelva locos... *
* ¡... como si sufierais un buen caso de gonorrea! *

Makanee

Envió una orden a través de su enlace neural, ordenando a las herramientas de su arnés que se replegaran a sus alvéolos correspondientes, señalando que la visita de inspección había terminado.

El jefe de los kiqui, un pequeño macho con las agallas orladas de púrpura rodeando su chata cabeza, se dejó derivar un metro o así bajo la superficie del agua,

extendiendo sus cuatro manos palmeadas en un gesto de bendición y agradecimiento. Luego manoteó para conducir a su gente lejos de allí, de vuelta hacia la cercana isla donde habían establecido su hogar. Makanee sintió satisfacción mientras contemplaba la pequeña formación de pateantes anfibios aferrando sus lanzas con punta de piedra.

Quién hubiera dicho que nosotros los delfines, la más joven raza sapiens registrada en la Civilización de las Cinco Galaxias, nos convertiríamos a nuestra vez en amos, sólo unos pocos siglos después de que los humanos empezaran a elevarnos.

Los kiqui se estaban desarrollando muy bien en Jijo, teniéndolo en cuenta todo. No mucho después de ser soltados en un arrecife de coral, no lejos de la orilla, habían empezado a reproducirse.

Bajo condiciones normales, alguna raza más vieja hallaría una excusa para alejar a los kiqui de los delfines, impulsando a una especie presapiens tan prometedora hasta convertirla en una de las ricas y antiguas líneas familiares que gobernarán la civilización que respiraba oxígeno en las Cinco Galaxias. Pero aquí en Jijo las cosas eran diferentes. Estaban aislados de la cultura estelar, una vasta y asombrosa sociedad de complejos rituales y obligaciones que por comparación convertían a la antigua corte imperial china en algo parecido a una caja de arena de un niño pequeño. Había ventajas y desventajas en ser un náufrago.

Por una parte, Makanee ya no tendría que soportar más la constante tensión de huir de las enormes y opresivas flotas de guerra o de los alienígenas cuyas animosidades iban más allá de la comprensión de los terrestres.

Por otra parte, no habría más actuaciones de sinfonías, u óperas, o danza de burbujas, a las que tener que asistir.

Nunca más tendría que soportar las despectivas risitas de los exaltados seres del nivel de amos que consideraban a los delfines poco más que animales muy brillantes.

Como tampoco tendría que soportar otro tedioso domingo en su acogedor apartamento en la cosmopolita Melbourne-Under, con peces multicolores paseándose por el jardín de coral justo al otro lado de su ventana mientras mordisqueaba empanada de salmón y contemplaba la obra *La doceava noche*, interpretada totalmente por delfines, en la tele.

Makanee era un náufrago, y seguiría siéndolo durante todo el resto de su vida, atendida por dos pequeños grupos de colonos con base marina, esperando poder permanecer ocultos y libres de problemas hasta que llegara una nueva era. Una era en la que ambos pudieran reanudar el camino a la elevación.

Suponiendo que pudieran hallar algunos suplementos metálicos como nutrientes, los kiqui se habían trasplantado al parecer bien. Por supuesto, tendría que enseñárseles algunos tabúes tribales contra cazar excesivamente otras especies de la fauna local, a fin de que su presencia no se convirtiera en una maldición en este mundo. Pero los pequeños y listos anfibios ya mostraban alguna comprensión, expresando el concepto en su propia y enfática semilengua.

¡Lo raro es precioso! ##
¡No comas ni dañes raras/preciosas cosas/peces/animales! ##
¡Sólo come/caza unos cuantos de cada especie!

Sentía algo personal al respecto. Hacía dos años, cuando la *Streaker* estaba a punto de partir del venenoso Kithrup, enmascarada dentro del casco de una nave de guerra thennanin que se había estrellado, Makanee había llamado a una tribu de kiqui que pasaba con algunas de sus propias llamadas pregrabadas, y había atraído a un grupo curioso al interior de la esclusa principal de la *Streaker* justo antes de que el agua de los alrededores hirviera con los gases de escape de los motores en plena aceleración. Lo que entonces pareció un acto de simple piedad se convirtió en una especie de amor, puesto que los pequeños y amistosos anfibios se convirtieron en los favoritos de la tripulación. Quizás ahora su raza pudiera florecer en un planeta más acogedor que el infeliz Kithrup. Era alentador saber que la *Streaker* había conseguido al menos algo bueno en su conmovedora y trágica misión.

En cuanto a los delfines, ¿cómo podía alguien dudar de su bienvenida al cálido mar de Jijo? Una vez averiguado cuáles pseudopeces eran comestibles y cuáles había que evitar, la vida se convirtió en un asunto de agarrar lo que deseabas comer, luego sacudir las aletas e irte hacia otro lado. Ciertamente, echaba en falta su unidad *holoson*, con sus retumbantes reproducciones de los cantos de las ballenas y las barrocas corales. Pero aquí podía disfrutar escuchando un océano cuya pureza sónica era casi tan espléndida como su vibrante textura.

Casi...

Reaccionando a una débil sensación, Makanee giró su mandíbula sensible al sonido hacia uno y otro lado, escaneando a derecha e izquierda.

¡Ahí! Lo oyó de nuevo. Un distante retumbar que hubiera podido escapar a su atención en medio de la cacofonía subacuática en la Tierra. Pero aquí parecía destacar del habitual susurro de corrientes y mareas.

Sus pacientes —las varias docenas de delfines cuyo atavismo provocado por el estrés los había reducido a una inocencia infantil— producían tan infrecuentemente sonidos. O como máximo usaban una especie de preocupado gorjeo en delfín primario, algo que simbolizaba extraños monstruos de las profundidades. A veces los lejanos gruñidos parecían apuntar a alguna enorme entidad viva, retumbando con orgullo de bajo profundo, complacientemente segura de que era propietaria de todo el vasto mar. O de otro modo podía ser simplemente el sonido del frustrado motor de alguna máquina a la deriva, vagando sin rumbo en la inmensidad del océano.

Dejando atrás el atolón kiqui, Makanee regresó hacia la cúpula subacuática donde ella y Brookida, más unas pocas enfermeras aún sapiens, mantenían una pequeña base para ocuparse de sus pacientes. Valdría la pena salirse por unos momentos de los elementos. La última noche había sido dura, vigilando sin cesar a sus pacientes durante una terrible borrasca. Una experiencia desagradable y agotadora.

Nosotras las modernas neoaletas estamos demasiado mimadas. Nos tomará años acostumbrarnos a vivir en los elementos, a aceptar lo que la naturaleza nos envíe, sin quejarnos o hacer planes ambiciosos para cambiar la forma en que son las cosas. Debemos conseguir que ese lado humano nuestro desaparezca.

Peepoe

Escapó al día siguiente a media mañana.

Zhaki estaba durmiendo una borrachera cerca de un gran lecho de algas flotantes, y Mopol estaba usando el trineo para atormentar a algunos desgraciados pájaros marinos parecidos a pingüinos que intentaban alimentar a sus pequeños pescando cerca de la orilla a sotavento de la isla. Parecía una buena oportunidad para marcharse, pero la principal razón de Peepoe para elegir este momento era sencilla. Se sumergió profundamente por debajo de la capa térmica y descubrió que el distante resonar se había hecho más débil y parecía haberse alejado, disminuyendo con cada hora que pasaba.

Era ahora o nunca.

Peepoe había esperado poder robar antes algo del trineo. Un arnés de utensilios quizá, o un tubo respirador, y no sólo por razones prácticas. En la vida normal, pocos neodelfines pasaban un solo día sin usar herramientas *cyborg*, controlados por cables de enlace a los lóbulos temporales del cerebro. ¡Pero desde hacía ya meses sus dos «maridos» potenciales no le habían permitido conectarse a nada! La conexión neural detrás de su ojo izquierdo le dolía por falta de uso.

Desgraciadamente, Mopol casi siempre dormía sobre la silla del trineo, apenas abandonándola excepto para comer y defecar.

Se sentirá desolado cuando el acelerador termine rompiéndose, pensó, sintiendo un cierto solaz ante aquello.

Así que la decisión estaba tomada, y los dados de Ifni habían sido lanzados. Equipada con todos los dones y equipo que la naturaleza le había proporcionado —es decir, completamente desnuda—, emprendió el camino por un mar no cartografiado.

Para Peepoe, escapar de la cautividad empezó de una forma muy distinta a cualquier novela o fantaholo humano. En esas historias, la tarea más dura para la heroína era normalmente la primera parte, escabullirse. Pero aquí Peepoe no se enfrentaba a paredes, habitaciones cerradas, perros o alambre espinoso. Sus «guardias» la dejaban ir y venir a voluntad. En su caso, el problema no era empezar, sino continuar: ganar suficiente ventaja antes de que Zhaki y Mopol se dieran cuenta de que se había marchado.

Nadar bajo la termoclina ayudó a enmascarar al principio sus movimientos. La dejaba vulnerable a la detección tan sólo cuando ascendía en busca de aire. Pero no

podía mantenerse allí mucho tiempo. El género *Tursiops* de delfines no eran buceadores profundos por naturaleza, y su velocidad a una cierta profundidad era sólo un tercio de la que conseguiría nadando cerca de la superficie.

Así, mientras la isla estaba todavía encima del horizonte detrás de ella, Peepoe dejó de deslizarse silenciosamente por las profundidades y en vez de ello inició enérgicamente su carrera hacia la libertad, corriendo hacia el sol con una interminable serie de poderosos arcos y golpes de sus aletas, sumergiéndose profundamente sólo de forma ocasional para comprobar su orientación respecto al lejano sonido zumbante.

Era excitante deslizarse a través de los picos de las olas, flexionar su cuerpo al máximo. Peepoe recordó la última vez que había corrido de esta forma —con Kaa a su lado—, cuando las aguas de Jijo habían parecido cálidas, dulces y llenas de posibilidades.

Aunque mantenía los clics del sonar de baja frecuencia al mínimo, se permitió algunos estallidos de corto alcance, comprobando al frente en busca de obstáculos y jugueteando con el agua que la rodeaba, lanzando reflejos de extensiones de convección ocasionadas por el sol, dejando que los ecos se envolvieran a su alrededor como ondulantes recuerdos. Las transmisiones sónicas de Peepoe se mantenían suaves y cercanas —no más fuertes que las vibraciones causadas por el agitar de su aleta caudal—, pero los esquemas se hacían más complejos a medida que su mente se asentaba en los ritmos del movimiento. Antes de que transcurriera mucho tiempo, las pequeñas ondas de respuesta de su propio sonido se mezclaban con las de la corriente y la marea, superponiéndose para formar imágenes fantasmas del sonar.

La mayoría eran formas vagas, del tipo que una siente nadando al borde de un sueño. Pero con el tiempo algunas se unieron y se mezclaron en algo más grande. El eco compuesto pareció doblarse y empujar al tiempo que ella lo hacía, como si un compañero espectral nadara ahora a su lado, allá donde su fruncido ojo sólo veía rayos de sol en un mar vacío.

Kaa, pensó, reconociendo un cierto sabor único cada vez que la fantasmal nariz de botella surcaba las aguas.

Entre los delfines, no tenían que morir para poder volver como fantasmas..., aunque eso ayudaba. A veces lo único que se requería era una viveza de espíritu, y a buen seguro Kaa era, o había sido, vívida.

O quizás la cercana efigie de sonido fructificaba solamente surgida de la ansiosa imaginación de Peepoe.

De hecho, la lógica de los delfines no percibía ninguna contradicción entre esas dos explicaciones. La esencia de Kaa podía estar realmente allí y no estarlo al mismo tiempo. Fuera realidad o un espejismo, le alegró tener a su amante de vuelta allá donde pertenecía..., a su lado.

Te he echado en falta, pensó.

El ánglico no era un buen lenguaje para los fantasmas. Ninguna gramática

humana lo era. Quizás eso explicaba por qué los pobres bípedos se comunicaban tan raramente con sus seres queridos perdidos.

El visitante de Peepoe respondió con un estilo más ambiguo, innatamente delfínico.

* *Hasta que las flores de las algas*
* *abran sus pétalos hechos de luz de luna*
* *nadaré contigo* *

Peepoe se sintió satisfecha con eso. Durante algún tiempo no medido pareció como si un auténtico compañero, su pareja, nadara junto a ella, alentando sus esfuerzos, compartiendo el agotador ritmo. El agua se abría ante ella, acariciando sus flancos como un auténtico amante.

Luego, bruscamente, se inmiscuyó un nuevo sonido. Un distante gimoteo raspante que amenazó con hacer pedazos todas las ilusiones.

Reluctante, se encerró en sí misma, silenciando las cámaras de resonancia que rodeaban su espiráculo. Cuando cesaron las vibraciones de su propio sonar, lo mismo hicieron los complejos ecos, y su camarada fantasma se desvaneció. Las aguas allá delante parecieron volverse negras mientras Peepoe se concentraba, escuchando intensamente.

Ahí estaba.

Viniendo desde detrás de ella. Otra vibración de motor, ésta demasiado familiar, acercándose rápidamente, rozando la superficie del mar.

Lo saben, se dio cuenta. Zhaki y Mopol saben que me he ido, y vienen tras de mí.

Peepoe no perdió más tiempo. Puso en acción su aleta caudal y hendió el agua más aprisa que nunca. Ya no importaba la furtividad. Ahora era una carrera de velocidad, resistencia y suerte.

Tkett

Le tomó la mayor parte del día y la noche siguiente llegar cerca de la fuente de la misteriosa alteración, con su trineo a toda la potencia a la que se atrevió. Makanee había ordenado a Tkett que no forzara el motor, puesto que si se estropeaba no habría repuestos.

—*Simplemente ve con cuidado ahí fuera* —le había ordenado el viejo delfín médico cuando le dio permiso para su expedición—. *Descubre qué es..., si es uno de los pecios de naves espaciales que Suessi y los ingenieros devolvieron a la vida como señuelos. ¡Si es así, no te mezcles con ella! Simplemente vuelve e informa. Discutiremos qué hacer a partir de ahí.*

Tkett no pensaba en desobedecer. Al menos no explícitamente. Pero si realmente era una nave estelar la que causaba aquel bajo e irregular sonido gruñente, ante ellos se presentaban un gran número de posibilidades. ¿Y si resultaba posible abordar el aparato y hacerse cargo de los controles improvisados que la tripulación de la *Streaker* había instalado?

Aunque no pueda volar, está surcando el océano. Podría usarla como sumergible y visitar el Gran Estercolero.

Aquella enorme fosa submarina era donde los buyur habían arrojado todos los desechos de su poderosa civilización, cuando llegó para ellos el momento de abandonar Jijo y devolver a su superficie su *status* de barbecho. Tras hacer las maletas y marcharse, los últimos residentes autorizados de aquel planta usaron titánicas máquinas para arrasar sus ciudades, luego enviaron todos sus edificios y otras obras a un abismo donde el lento efecto de molienda de las placas tectónicas engulliría los restos, fundiéndolos y remodelando nuevas vetas para ser usados por otros en alguna época futura, cuando Jijo fuera abierto de nuevo a la colonización legal.

Para un arqueólogo, el Estercolero parecía la oportunidad de toda una vida.

—¡Aprendería tanto sobre los buyur! Podríamos examinar tipos completos de herramientas que ningún terrestre ha visto nunca. Los buyur eran ricos y poderosos. Podían permitirse lo mejor de lo mejor de la Civilización de las Cinco Galaxias, mientras que nosotros los recién llegados terrestres sólo podemos comprar los restos. Incluso las cosas que los buyur arrojaban, sus juguetes y sus artilugios rotos, podrían proporcionar valiosos datos para el Consejo Terrestre.

Tkett no era un completo estúpido. Sabía lo que Makanee y Brookida pensaban de él.

Me consideran loco porque soy optimista acerca de volver a casa. Creer que cualquiera de nosotros verá la Tierra de nuevo, o dejará que el sabor industrial de sus aguas ruende otra vez por sus abiertas mandíbulas, o se dejará mecer por las olas de marea de Ranga Roa.

O dará una conferencia en la universidad. O se sumergirá en las riquezas de una red de datos de alcance mundial, compartiendo ideas con una fecunda civilización a la velocidad de la luz. O mantendrá apasionantes conversaciones con otros que compartan sus mismas pasiones intelectuales.

Había firmado a bordo de la *Streaker* para acompañar al capitán Creideiki y a una elite de neodelfines intelectuales en la más grande aventura mental y física a la que se hubiera enfrentado nunca ningún grupo de cetáceos, la prueba definitiva de su nueva raza sapiens. Sólo que ahora Creideiki había desaparecido, presumiblemente muerto, y Tkett había sido expulsado por el nuevo comandante de la *Streaker*, exiliado de la nave en su peor momento de crisis. Makanee podía sentirse complaciente acerca de haber sido dejada en la orilla como personal «no esencial», pero las entrañas de Tkett se retorcían ante la idea de haber sido arrojado a un cálido y desagradablemente

plácido mar mientras sus compañeros de tripulación estaban todavía ahí fuera, enfrentándose a incógnitos peligros entre las sangrantes estrellas.

Una voz brotó del exterior, antes de que sus pensamientos pudieran seguir la espiral hacia la autocompasión.

¡dame dame DAME
el chasqueante placer
de una buena lucha!

Aquella aguda cháchara procedía del compartimento trasero del trineo, e hizo que las aletas de Tkett se agitaran descontroladas en un breve movimiento de sorpresa. Era fácil olvidar a su tranquila pasajera durante largos períodos de tiempo. Chissis apenas hablaba, y cuando lo hacía sólo era en el atávico protolenguaje, el delfínico primario.

Tkett reprimió su irritación inicial. Después de todo, Chissis no se encontraba bien. Como otras varias docenas de miembros de la tripulación, su mente moderna se había desmoronado bajo la presión de la larga prueba a la que se había visto sometida la *Streaker*, y había buscado refugio en las más antiguas formas de pensamiento. Uno tenía que hacer concesiones, aunque Tkett no podía imaginar cómo le era posible a nadie abandonar los placeres de la racionalidad, no importaba lo insistentemente que uno oyera la llamada del Sueño de la Ballena.

Tras un momento, Tkett se dio cuenta de que su comentario había sido algo más que cháchara inútil. Chissis debía de haber captado algún significado en los clics de su sonar. Al parecer comprendía y compartía su resentimiento sobre la decisión de Gillian Baskin de dejarle atrás en Jijo.

—Preferirías estar de vuelta en el espacio en este momento, ¿eh? —preguntó—. ¿Pese a que ya no puedes leer ningún panel de instrumentos? ¿Incluso con los acorazados jophur y otras desagradables sorpresas echándole dentelladas al cuello de la *Streaker*, acercándose cada vez más para terminar con ella?

Sus palabras eran ánglico subacuático. La mayoría de los revertidos apenas podían comprenderlo tampoco. Pero Chissis chilló desde la plataforma detrás de Tkett, lanzando una oleada de sonido que cantó como el motor del trineo, hacia adelante, obstinadamente desafiante.

¡aplasta a los jophur! ¡aplasta a los tiburones!
¡APLÁSTALOS!

Acompañando su ansioso chillido-mensaje repetitivo llegó un sonar elaborado por las capas de grasa de su frente, lanzando un breve velo de ilusión alrededor de Tkett. Visualizó brevemente a Chissis, alegremente acomodada en el morro burbuja de un

torpedo clase *lamprea*, pilotándolo personalmente en un rumbo hacia un enorme crucero alienígena, penetrando todos los campos ciberdisruptivos que la espacionave galáctica utilizaba para inutilizar todos los sistemas de guía digital, apuntando a su blanco con todo el instinto y la agilidad nativa que los delfines habían heredado de sus antepasados.

Al parecer la pérdida del habla no les había robado a algunos «revertidos» ni su coraje ni su animosidad. Tkett se echó a reír. ¡Gillian Baskin había cometido un auténtico error dejando a aquél atrás! Al parecer no necesitas una mente de ingeniero para tener el corazón de un luchador.

—No me sorprende que Makanee te hubiera dejado venir en este viaje —respondió—. Eres una mala influencia para los demás. ¿Lo sabías?

Ahora fue el turno de ella de emitir una risa, que sonó casi exactamente como la de él. Un resonante sonido como de trompetilla que los amos de la elevación habían dejado. Un profundo grito cetáceo que desafiaba al sobrio universo por tomarse demasiadas cosas demasiado en serio.

¡Más aprisa más aprisa MÁS APRISA!

Los motores nos llaman...

ofreciendo llevarnos... #

La cola de Tkett se agitó involuntariamente cuando el grito agitó algo muy profundo en él. Sin vacilar, aumentó la potencia del motor del trineo, y lo envió chapoteando por entre las espumosas crestas de las olas, en dirección hacia el misterioso objeto cuya canción llenaba el mar.

Peepoe

Podía sentir a Zhaki y Mopol acercarse por detrás. Puede que fueran idiotas, pero sabían lo que deseaban y cómo pilotar su trineo a la máxima velocidad posible sin perder la orientación. Una vez alertados de su intento de huida, se habían lanzado en su persecución usando el sonar de largo alcance. Captaba cada fuerte *ping* como un pequeño mordisco en su lomo. Ahora sabían exactamente dónde estaba. El ruido era para intimidarla.

Funcionó. *No sé durante cuánto tiempo más podré resistir*, pensó Peepoe mientras su cuerpo ardía de fatiga. Cada inmersión arqueando el cuerpo por entre las olas parecía restarle más fuerzas. Ya no era una sensación alegre, el sedoso abrazo del océano se convertía en un freno que tiraba de ella, robándole el impulso esforzadamente conseguido, haciendo que Peepoe tuviera que ganarse cada pizca de velocidad una y otra vez.

En comparación, el duro vacío del espacio parecía ofrecer un mejor trato. Lo que adquirirías lo mantenías. Incluso los muertos permanecían en la trayectoria, girando sobre sí mismos una y otra vez, pero siempre hacia adelante. El viaje espacial tendía a promocionar la creencia en el «progreso», una noción que los delfines de estilo antiguo solían considerar ridícula, y a la que algunos todavía tenían problemas en acostumbrarse.

Debería de estar ya bastante cerca del sonido que estaba persiguiendo..., sea lo que sea lo que lo produce. ¡Podría incluso decirlo, si sólo esas sabandijas a mis espaldas apagaran el maldito sonar y me dejaran escuchar en paz!

Por supuesto, el sonido estaba pensado para desorientarla. Peepoe sólo captaba ocasionales atisbos sónicos de su meta, y sólo sumergiéndose por debajo de la capa límite de sal, algo que hacía tan pocas veces como le era posible, porque siempre frenaba su velocidad.

El ruido del motor del trineo sonaba cada vez más cerca. Demasiado malditamente cerca. En cualquier momento Zhaki y Mopol la rebasarían y cortarían su camino, luego empezarían a trazar espirales cada vez más cerradas, empujándola como algún animal marino indefenso mientras se reían, gozando de su machista sentido del poder.

Tendré que someterme... aceptar su castigo... someterme a sus mordiscos y golpes hasta que se queden convencidos de que me he vuelto una buena chica.

Nada de aquello irritaba tanto a Peepoe como la implicación final de su recaptura.

Supongo que esto significa que tendré que matarlos a los dos.

Era la única cosa que había esperado evitar. El asesinato entre los delfines había sido raro en los tiempos antiguos, y los ingenieros genéticos trabajaban para reforzar este desagrado innato. Peepoe había deseado poder evitar el tener que hacer la elección. Una limpia huida hubiera sido suficiente.

No sabía cómo lo haría. Todavía no.

Pero sigo siendo un oficial terrestre, mientras que ellos se deleitan considerándose bestias salvajes. ¿Hasta qué punto puede ser duro?

Parte de ella sabía que estaba derivando, fantaseando. Ésta podía ser incluso la forma en que su subconsciente estaba intentando racionalizar el rendirse a la persecución. Podía muy bien abandonar ahora, antes de que el agotamiento acabara con todas sus fuerzas.

¡No! Debo seguir adelante.

Peepoe dejó escapar un gemido mientras redoblaba sus esfuerzos, con poderosos coletazos. Cada momento en que los mantenía a raya significaba un poco más de libertad. Un poco más de dignidad.

No podía durar, por supuesto. Aunque era exultante y desafiante dar un coletazo más, la velocidad no tardó en disminuir a medida que su cuerpo gastaba las últimas reservas. Temblando, se sumió finalmente en un lánguido deslizarse, jadeando en busca de aire para sus estremecidos pulmones.

Lástima. Puedo oírlo... esa cosa debajo del agua que estaba buscando... no está muy lejos ahora.

Pero Zhaki y Mopol todavía están más cerca...

Lo que Peepoe necesitó algunos momentos para recordar fue que la barrera térmica de sal amortiguaba el sonido de cualquier entidad que estuviera moviéndose en las profundidades allá abajo. Para ella oírlo ahora, aunque fuera débilmente, tenía que significar que estaba...

Un temblor la agitó. Notó que el agua se *combaba* a su alrededor, como si fuera empujada a un lado por alguna criatura masiva, muy por debajo de la superficie del océano. Lo comprendió en el momento mismo en que oía la voz de Zhaki gritando alegremente a muy poca distancia.

Está directamente debajo de mí. ¡La cosa! Está pasando por debajo, ahí en la oscuridad.

Sólo dispuso de unos breves momentos para tomar una decisión. A juzgar por los indicios en el agua, era a la vez muy grande y estaba muy por debajo de ella. Pero Peepoe todavía no estaba preparada para intentar una inmersión profunda mientras cada aliento susurraba dolorosamente en ella.

Oyó y sintió el trineo pasar a toda velocidad, divisó a sus dos atormentadores tendidos en la parte de atrás de la máquina, sonriendo mientras se deslizaban peligrosamente cerca. El instinto le hizo desear dar media vuelta y huir, o de otro modo descender más durante tanto tiempo como sus pulmones pudieran resistirlo. Pero ninguno de los dos movimientos la ayudaría, así que permaneció quieta.

Saborearán su victoria por un corto tiempo, pensó, esperando que fueran lo bastante confiados como para no utilizar el aturridor del trineo en ella. De todos modos, a tan poca distancia, ¿qué podía hacer ella?

Resultaba difícil de creer que no hubieran captado ningún signo del behemot allá abajo. Estúpidos y obcecados machos, habían concentrado toda su atención en la caza.

Zhaki y Mopol dieron un par de vueltas alrededor de ella, trazando círculos cada vez más cerrados, riendo y charlando.

Peepoe se sentía agotada, sorbiendo todavía aire para sus afanosos pulmones. Pero no podía permitirse aguardar más. Mientras se acercaban en un último círculo, hizo una última inspiración a través de su espiráculo que tensó todo su cuerpo, arqueó el lomo y se sumergió de cabeza en las profundidades.

En el último instante, su aleta caudal saludó a los muchachos. Un gesto que esperaba recordaran con constante pesar.

La oscuridad consumió la luz y se hundió, agitando fuertemente la cola para ganar profundidad mientras le duraba su escasa provisión de aire. Pronto la negrura le dio la bienvenida. Pero tras cruzar la capa límite ya no necesitó ninguna iluminación. El sonido la guió, el ronco retumbar de algo enorme avanzando graciosa y complacientemente por un mundo donde nunca llegaba la luz del sol.

Tkett

Tenía varias razones para desear una astronave, incluso una que fuera incapaz de volar. Podía ofrecerle una forma de visitar el Gran Estercolero, por ejemplo, y explorar sus maravillas. Un vehículo parcialmente operativo podía resultar útil también a las Seis Razas de Jijo, cuya sangrienta guerra contra los agresores jophur se decía que había llegado a tierra firme.

Tkett imaginaba también usar una máquina así para hallar y rescatar a Peepoe.

La hermosa delfín médico —uno de los ayudantes de Makanee— había sido raptada poco después de que la *Streaker* se marchara. Nadie tenía muchas esperanzas de hallarla, puesto que el océano era tan vasto y los dos delfines felones —Mopol y Zhaki— disponían de toda una inmensidad para ocultarla. ¡Pero ese sombrío cálculo suponía que los que la buscaban deberían viajar en trineo! Una nave, en cambio —incluso un pecio que hubiera permanecido entre la basura del suelo del océano durante medio millón de años— podía cubrir mucho más territorio y escuchar con grandes sonafonos subacuáticos, peinando el mar en busca de sonidos delatores de Peepoe y sus abductores. Incluso tal vez fuera posible cribar las aguas en busca de rastros de ADN terrestre. Tkett había oído que tales técnicas estaban disponibles a un alto precio en los mercados galácticos. ¿Quién sabía qué maravillas podían tener los fabulosos buyur en su elegante nave estelar?

Desgraciadamente, el rastro seguía presentándose caliente y frío. A veces captaba murmullos que parecían increíblemente cercanos, canalizados por capas de agua que enfocaban el sonido. Otras veces se desvanecían por completo.

Frustrado, Tkett estaba dispuesto a intentar cualquier cosa. Así, cuando Chissis empezó a mostrarse agitada, chillando en primario que una *gran bestia* merodeaba hacia el sudoeste, hizo girar de buen grado el trineo en la dirección señalada.

Y pronto se vio recompensado. Los indicadores empezaron a parpadear en el panel de control y en el cable de su enlace neural que conectaba el trineo a una toma implantada detrás de su ojo izquierdo. Además del sonido, las anomalías del desplazamiento de masas sugerían que algo de tamaño inmenso se movía poderosamente justo allá delante, quizás a un centenar de metros de profundidad.

—Supongo que será mejor que averigüemos de qué se trata —le dijo a su pasajera, que cliqueteó su acuerdo.

¡ve a cazar ve a cazar ve a cazar ORCAS!

Dejó oír chillidos de risa ante su propio ingenio. Pero unos minutos más tarde, mientras se sumergían en las profundidades del mar —ambos escuchando y mirando hacia abajo a lo largo del haz de luz de los sondeantes faros del trineo—, Chissis dejó de reír y se volvió silenciosa como una tumba.

¡Grandes soñadores! Tkett miró con maravilla y sorpresa el objeto que tenía delante. Era completamente distinto a cualquier astronave que hubiera visto antes. Los lisos costados metálicos parecía prolongarse y prolongarse eternamente mientras la titánica máquina avanzaba pesada por encima del suelo marino, ¡levantando nubes de polvo con sus miles de brillantes patas cristalinas!

Como si captara su llegada, una enorme escotilla empezó a abrirse como un iris..., en signo de bienvenida, esperó.

No era ninguna astronave resucitada. Tkett empezó a sospechar que había tropezado con algo enteramente distinto.

Peepoe

Su caja torácica le dolía. Los pulmones de Peepoe estaban llenos de un pulsante dolor mientras se forzaba más hacia abajo, a una profundidad mucho mayor de la que sería juicioso, incluso aunque no estuviera cansada al borde mismo de la inconsciencia.

El mar era negro a aquella profundidad. Sus ojos no captaban nada. Pero bajo el agua aquél no era el sonido más importante. Los clics del sonar, emitidos desde su frente, se hicieron más rápidos mientras escrutaba al frente, usando su sensible mandíbula como antena para cribar los reflejos.

Es grande..., pensó cuando le llegaron de vuelta las primeras señales.

Los ecos empezaron a cuajar en una silueta, y se estremeció.

No suena como metal. La forma..., parece menos artificial que algo...

¡Un estremecimiento de terror recorrió su espina dorsal al darse cuenta de que la cosa allá delante tenía una silueta parecida a la de una gigantesca criatura viva! Una enorme masa de aletas y arrastrantes tentáculos, parecida a cualquiera de los monstruos de las historias que los niños delfines se contaban unos a otros por la noche, seguros en sus criaderos cerca de una de las grandes ciudades portuarias de la Tierra. Lo que había allá delante, nadando muy por encima del suelo del cañón, parecía más grande y más intimidador que el calamar gigante que luchó contra el cachalote *Physeter*, el más poderoso de todos los cetáceos.

Y sin embargo Peepoe siguió arqueando su lomo, impulsándose fuertemente con sus aletas, tensándose siempre más hacia abajo. La curiosidad la impulsaba. De todos modos, estaba más cerca de la criatura que de la superficie del mar, donde aguardaban Zhaki y Mopol.

Debo descubrir qué es.

La curiosidad era lo único que le quedaba en la vida.

Cuando varios tentáculos se tendieron hacia ella, la única pregunta que quedó en su mente se refería a la muerte.

Me pregunto con quién me encontraré al otro lado.

Makanee

Los delfines de la manada —sus pacientes— despertaron todos casi al mismo tiempo de su siesta de la tarde, gritando.

Makanee hizo que sus enfermeras se unieran a Brookida, que había estado de guardia, nadando en rápidos círculos alrededor de los asustados revertidos, impidiendo que alguno de ellos cargara presa del pánico hacia mar abierto. Se fueron calmando lentamente de una pesadilla compartida.

Era una experiencia bastante común allá en la Tierra, cuando los inconscientes clics del sonar de dos o más delfines dormidos se solapaban e interfeerían, creando falsos ecos. El fantasma de algo aterrador. El que la mayoría de cetáceos durmieran con sólo un hemisferio cerebral no ayudaba. En cierto modo, esto parecía conseguir tan sólo que la disonancia fuera más extraña, y las falaces imágenes-sonido más creíblemente alarmantes.

La mayoría de los pacientes eran inarticulados, tan sólo emitían una confusión de aterrados chillidos primarios. Pero había una docena o así de casos limítrofes que podían llegar a recuperar algún día todas sus facultades. Uno de ellos gemía nerviosamente acerca de *Tkett* y una *ciudad de hechizos*.

Otro farfullaba nerviosamente, repitiendo una y otra vez el nombre de Peepoe.

Tkett

Bueno, al menos la máquina tiene aire dentro, pensó. Podemos sobrevivir aquí, y aprender más.

De hecho, el enorme edificio submarino —más grande que cualquier cosa excepto las astronaves más gigantescas— parecía más bien complaciente, retirando paredes de metal mientras el pequeño trineo entraba en una espaciosa esclusa de aire. El suelo se hundió a fin de proporcionar un estanque para que Tkett y Chissis desembarcaran de sus angostas cabinas y nadaran. Era bueno salirse del apretado confinamiento, aunque Tkett sabía que haber entrado allí dentro podía ser un error.

Las órdenes de Makanee habían sido efectuar una inspección desde el exterior, luego volver rápidamente. Pero eso era cuando habían esperado hallar una de las pequeñas y oxidadas naves espaciales que los de la *Streaker* habían resucitado de algunos de los montones de chatarra del suelo marino. Tan pronto como Tkett vio *aquella* enorme cosa cilíndrica, avanzando pesadamente por el fondo del mar sobre una miríada de patas de oruga que resplandecían como tallos de cristal, supo que nada

en Jijo podría impedir que entrara en ella.

Otra pared se dobló hacia un lado, revelando un liso canal que avanzaba recto — agua abajo y aire arriba—, invitando a los dos delfines a que siguieran un pasillo que brillaba mientras seguía transformándose a sus ojos. Cada panel cambiaba de color con la resplandeciente luminiscencia de la piel del pulpo, y parecía transmitir *significado* con cada nueva tonalidad transitoria. Chissis agitaba su cola nerviosamente a medida que una serie de objetos no dejaban de deslizarse por las juntas de las paredes. A veces presentaban una lente de cámara al extremo de un brazo articulado, que les miraba cuando pasaban nadando por su lado.

Ni siquiera los buyur se permitirían arrojar a la basura algo tan maravilloso como esto, pensó Tkett, alimentando la fantasía de llevar aquella tecnología a la Tierra. Los objetos mecánicos en su arnés de herramientas se estremecieron, respondiendo a los nerviosos impulsos que enviaba su cerebro a través del enlace neural. No tenía armas que pudieran ayudarle en lo más mínimo si los propietarios de aquel lugar demostraban ser hostiles.

El corredor desembocó al fin en una amplia cámara con paredes y techo tan corrugados que no podía estimar su auténtico volumen. Incontables bultos y espiras sobresalían por todos lados, la mitad de ellos sumergidos y el resto colgando en el aire. Todos estaban unidos por cables y redes que relucían como telarañas mojadas por el rocío. Muchas de las ramas exhibían brillantes esferas o cubos o dodecaedros que colgaban como frutos geométricos, alineándose de medio metro de diámetro a dos veces la longitud de un delfín nariz de botella.

Chissis dejó escapar un chillido, coloreado por el miedo y la maravilla.

*# ¡coral que muerde! ¡coral muerde muerde!
Mira los bichos, traspasados por el coral! #*

Cuando vio lo que quería decir, Tkett jadeó. Los «frutos» colgantes eran en su mayor parte transparentes. Conténían cosas que se *movían...*, criaturas que se agitaban o saltaban o corrían en aquel reducido espacio, agitando brazos y patas dentro de los confines de sus angostos compartimentos.

La óptica adaptable de su ojo derecho entró en acción, actuando como *zoom* hacia uno de los contenedores de paredes de cristal. Mientras tanto, su frente lanzó hacia adelante un haz de nerviosos clics de sonar —inútiles en el aire— como si intentara penetrar aquel misterio con otro de sus sentidos.

¡No puedo creerlo!

Reconoció a la hirsuta criatura dentro de la jaula transparente.

¡Ifni! Es un hoon. ¡Un hoon en miniatura!

Tras un rápido examen, halló individuos de otras especies..., urs cuadrúpedos con los largos cuellos agitándose nerviosamente, como musculosas serpientes..., minúsculos traeki que se parecían a sus primos jophur, con el aspecto de cónicos

montones de donuts apilados..., y diminutas versiones de g'keks, haciendo girar locamente sus ruedas, como si pudieran ir realmente a alguna parte. De hecho, todos los miembros de las Seis Razas de Jijo —clanes fugitivos que se habían establecido ilegalmente en aquel mundo durante los últimos dos mil años— estaban representados allí en forma liliputiense.

La espina dorsal de Tkett se estremeció cuando divisó varias celdas que contenían delgadas formas bípedas. Diminutos humanos, cuya raza había luchado contra la solitaria ignorancia en la vieja Tierra durante tantos siglos, destruyendo casi el mundo antes de madurar al fin lo suficiente como para abrir camino hacia la auténtica sapiencia para el resto de los clanes de la Tierra. Ante el asombrado ojo de Tkett, esos miembros de la raza que eran sus amos se veían ahora reducidos a saltar y agitarse dentro de los confines de colgantes esferas de cristal.

Peepoe

La muerte no sería tan mundana..., no dolería de una forma tan familiar. Cuando empezó a recobrar la consciencia, no hubo ninguna duda de en qué mundo estaba. El viejo cosmos de la vida y el dolor.

Peepoe recordó el monstruo marino, un ondulante behemot de aletas, zarcillos y fosforescentes escamas, de más de un kilómetro de largo y casi igual de ancho, agitando alas como una mantarraya mientras se deslizaba muy por encima del suelo del mar. Cuando se alzó hacia ella, nunca pensó en huir a la superficie, donde la aguardaba la esclavitud. Peepoe estaba demasiado agotada en aquel punto, y demasiado asombrada por las imágenes —tanto sónicas como luminosas— de un auténtico leviatán.

El tentáculo fue más gentil de lo que esperaba cuando aferró su cuerpo incapaz de resistirse y lo atrajo hacia unas fauces parecidas a un pico que se abrían. Mientras era empujada entre un par de mandíbulas de aserrados bordes, Peepoe dejó que la oscuridad se apoderara finalmente de ellas, momentos antes del final. El último pensamiento que cruzó su cabeza fue un trinario haiku.

* *La arrogancia recibe su respuesta*
* *cuando cada uno de nosotros es reclamado.*
* *¡Reúnete con la cadena alimentaria!* *

Sólo que parecía haber algo más en su vida, después de todo. Tras esperar convertirse en comida reducida a pulpa por unos enormes intestinos, despertó, sorprendida, para hallarse en otro mundo.

Un mundo *borroso*, al principio. Estaba en un pequeño estanque, eso era evidente.

Pero necesitó unos momentos para restablecer su enfoque. Mientras tanto, surgido del esquema de sus desconcertados clics de sonar, un reflejo pareció moldearse por sí mismo, sin ser llamado, envolviendo a Peepoe con filosofía trinaría.

- * *En el giro del cicloide de la vida,*
- * *empujado por la insistencia del sol y de la luna,*
- * *en una ocasión una tormenta de primavera puede arrojarte*
- * *por encima de unos arrecifes que no tienen canal,*
- * *al interior de alguna laguna jamás visitada*
- * *donde extraños peces, con púas venenosas,*
- * *se burlan de ti, solitario, aislado...*

No era un poema-pensamiento de buen agüero, y Peepoe lo cortó en seco antes de que aquella dura imaginería sónica desencadenara el pánico. Sin embargo, la niebla trinaría se pegó intensamente a ella. Se disipó tan sólo con un intenso esfuerzo, dejando una sensación de ominosa advertencia en su estela.

Peepoe ascendió a la superficie y alzó la cabeza para inspeccionar el estanque, flanqueada por una densa vegetación. Una densa jungla se extendía por todos lados, rozando el ásperamente texturado techo y ocultando a la vista sus pequeños habitantes, desde insectoides volantes hasta cosas que trepaban y atisbaban tímidamente hacia ella por detrás de la protección de hojas y sombras.

Un hábitat, se dio cuenta. Había cosas que vivían allí, competían, se convertían en presas y depredadores, morían, y eran recicladas en una familiar sinergia incesante. Las astronaves más grandes contenían a menudo sistemas ecológicos de apoyo vital, que suministraban tanto comida como oxígeno por la vía natural.

Pero esto no es una astronave. No puede serlo. La enorme forma que vi nunca podrá volar. Era una bestia marina, adaptada al mundo subacuático. ¡Tiene que estar viva!

Bueno, ¿había alguna razón por la cual un animal gigantesco no pudiera mantener en funcionamiento una ecología en su interior, como los cultivos bacterianos que ayudaban a Peepoe a digerir su propia comida?

¿Y ahora qué? ¿Se supone que debo formar parte de algún modo de todo esto? ¿O simplemente he iniciado un extraño proceso de ser digerida?

Se impulsó con un empuje decidido de sus aletas. Un delfín sin herramientas no era muy ágil en un entorno como aquél. Sus primos los chicos-monos —humanos y chimpancés— se las arreglarían mejor. Pero Peepoe estaba decidida a explorar mientras le quedaran fuerzas.

Un canal la condujo fuera del pequeño estanque. Quizás hubiera algo más interesante al otro lado de la siguiente esquina.

Tkett

Uno de los espinosos tallos empezó a moverse, inclinándose y articulándose a medida que descendía hacia la superficie acuosa donde aguardaban él y Chissis. En su extremo, uno de los «frutos» de cristal contenía un ser cuadrúpedo, un urs hembra cuyo largo cuello se retorció mientras miraba a su alrededor con unos brillantes ojos negros.

Tkett sabía algunas cosas acerca de aquella especie. Por ejemplo, odiaban el agua en su forma líquida abierta. También, las hembras eran normalmente tan grandes como un ser humano adulto, pero ésta parecía tan pequeña como un diminuto urrish macho, menos de veinte centímetros del hocico a la cola. Allá en la Civilización de las Cinco Galaxias, los urs eran conocidos como grandes ingenieros. A los humanos no les gustaba su olor (el sentimiento era mutuo), pero las interacciones entre los dos clanes estelares habían sido cordiales. Los urs no se encontraban entre los perseguidores del clan terrestre.

Tkett no tenía la menor idea de por qué un grupo de urs había llegado hasta este mundo, hacía siglos, para establecer una colonia secreta e ilegal en un planeta que había sido declarado fuera de límites por el Instituto de Migración. Como una de las Seis Razas, ahora galopaban por las praderas de Jijo, cuidando sus rebaños y elaborando metales en forjas que usaban el calor de los lagos de lava de los nuevos volcanes. Encontrar uno aquí, bajo el mar, lo dejó sobresaltado y perplejo.

La criatura no parecía darse cuenta de los delfines que le observaban desde cerca. Por algunos reflejos internos, Tkett supuso que los límites cristalinos de su recinto eran transparentes sólo en una dirección. Se podían elaborar parpadeantes escenas, que aparecían en las paredes internas opuestas. Observó un paisaje montañoso cubierto de ondulante hierba. El pequeño urs galopaba en él, como si no estuviera limitado ni encerrado.

La esfera se acercó más, y Tkett vio que estaba repleta de innumerables *hilos* microscópicos que se entrecruzaban en la pequeña cámara. Muchos de ellos terminaban en el cuerpo del urs, en especial las extremidades de sus destellantes cascos.

¡Simuladores de resistencia! Tkett reconoció el principio, aunque nunca había visto una puesta en práctica tan magnífica. Allá en la Tierra, humanos y chimpancés se vestían a veces con trajes que les cubrían de pies a cabeza y cascos VR antes de entrar en cámaras donde un millón de agujas cubrían el suelo, cada una controlada por ordenador. Mientras el usuario recorría un paisaje ficticio, reflejado visualmente en las gafas que llevaba, las agujas subían y bajaban, simulando el mismo terreno áspero bajo sus pies. Cada uno de esos pequeños contenedores de cristal operaba al parecer de la misma forma, pero con una textura y sofisticación enormemente superiores. Tantos zarcillos tirando, acariciando o estimulando cada milímetro de piel, podían imitar el viento soplando a través del pelo del urs, o simular la áspera

sensación de sujetar una herramienta..., quizás incluso el delicioso roce y cosquilleo del apareamiento.

Otros tallos descendieron hacia Tkett y Chissis, con otros muchos frutos de realidad virtual en su extremo, cada uno conteniendo un solo individuo. Todas las razas sapiens de Jijo estaban presentes, aunque muy reducidas en tamaño. Chissis pareció especialmente agitada al ver pequeños humanos que corrían de un lado para otro, o descansaban, o permanecían inclinados en aparente concentración sobre tareas indiscernibles. Ninguno parecía darse cuenta de que era observado.

Todo aquello creaba una sensación horrible, pero los sujetos no daban la impresión de letargia o infelicidad. Parecían vigorosos, activos, interesados en lo que fuera que los tenía ocupados. Quizá ni siquiera sabían la verdad acerca de su peculiar existencia.

Chissis bufó su inquietud, y Tkett se mostró de acuerdo. Había algo extraño en la forma en que aquellos microentornos eran exhibidos ante ellos dos, como si la mente —o mentes— que controlaba todo el enorme aparato estuviera intentando demostrar algo o deseara comunicarse de alguna forma.

¿Su objetivo es impresionarnos?

Pensó en aquello, luego se dio cuenta bruscamente de cuál tenía que ser la realidad.

... todas las razas sapiens de Jijo estaban presentes...

De hecho, aquello ya no era cierto. Otra especie de seres pensantes moraba ahora en este mundo, la más nueva oficialmente sancionada por la Civilización de las Cinco Galaxias.

Los neodelfines.

Oh, ciertamente, los revertidos como la pobre Chissis ya sólo eran en parte sapiens. Y Tkett no se hacía ilusiones acerca de lo que pensaba la doctora Makanee sobre su propio estado mental. De todos modos, mientras tallo tras tallo se inclinaban hacia ellos para presentar sus frutos a los dos delfines, mostrando los seres en miniatura de su interior —todos ellos atareados y al parecer felices con su existencia—, empezó a pensar si no estaría siendo *incitado*.

—Ifni... —murmuró en voz alta, sorprendido de lo que la gran máquina parecía estar ofreciendo—. ¡Quiere que pasemos a formar parte de todo esto!

Peepoe

Un poblado de pequeñas chozas de hierba rodeaba el siguiente estanque al que entró.

Pequeñas sólo las describía a medias. Las criaturas que salieron para arracimarse junto a la orilla la miraron con los ojos muy abiertos, hundidos en unos cráneos con

sólo un tercio de su tamaño normal.

En su mayoría eran humanos y hoons..., junto con unos pocos traeki y un par de glavers..., todas ellas razas cuyos primos de tamaño normal vivían a sólo unos pocos cientos de kilómetros de distancia, en una franja del continente occidental de Jijo llamado La Ladera.

Por sorprendentes que hallara a aquellos liliputienses, ellos la miraron con mayor sorpresa todavía. *Soy como una ballena para ellos*, se dio cuenta, observando con cierta preocupación que muchos de ellos blandían lanzas u otra armas.

Oyó un charloteo de preocupada conversación mientras señalaban hacia su gran masa gris. Eso significaba que sus cerebros eran lo suficientemente grandes como para permitirles hablar. Peepoe notó que las cabezas de las criaturas estaban desproporcionadas con respecto a sus cuerpos, haciendo que los humanos parecieran más bien como niños..., hasta que vio los velludos torsos llenos de cicatrices de los hombres o los pechos de las mujeres, grávidos con la leche para los hambrientos bebés. Su rápido charloteo iba haciéndose más agitado por momentos.

Será mejor que los tranquilice, o corro el riesgo de ser arponeada.

Peepoe empezó a hablar, utilizando el ánglico, la lengua más utilizada en la Tierra. Articuló las palabras cuidadosamente con su espiráculo genéticamente modificado.

—¡Hola am-migos! ¿Qué hacéis hoy?

Obtuvo respuesta, pero no la que esperaba. La multitud en la orilla retrocedió precipitadamente, emitiendo gritos alterados. Esta vez creyó captar algunas palabras en un antiguo dialecto del Galáctico Seis, así que probó de nuevo en ese lenguaje.

—¡Saludos! ¡Os traigo noticias de una pacífica llegada y de unas intenciones amistosas!

Esta vez la multitud se volvió casi loca, saltando y cabrioleando excitada, aunque al principio resultaba difícil de decir si era de placer o de indignación.

De pronto, la multitud se abrió y guardó silencio mientras una figura se acercaba desde la línea de chozas. Era un hoon, más alto que la media entre aquellos enanos. Llevaba un elaborado tocado y una capa, mientras el reseco saco de su garganta bajo su barbilla chasqueaba y vibraba hasta un sonoro batir. Le seguían dos ayudantes humanos, uno de ellos batiendo un tambor. El resto de los habitantes del pueblo hicieron entonces algo sorprendente. Todos se dejaron caer de rodillas y se taparon los oídos. Pronto Peepoe oyó un creciente murmullo.

Están canturreando. ¡Creo que intentan no oír lo que está diciendo el tipo grande!

En el borde del estanque, el hoon alzó los brazos y empezó a cantar en una extraña versión del Galáctico Seis.

—¡Espíritus del cielo, os llamo por vuestro nombre... Kataranga!

»¡Espíritus del agua, busco vuestra ayuda... Dupussien!

»Por mi conocimiento de vuestros nombres secretos, os ordeno que os reunáis y

rodeéis a este monstruo. ¡Proteged al pueblo del Auténtico Camino!

Eso prosiguió durante un rato. Al principio Peepoe se sintió regocijada, como si estuviera observando un documental sobre alguna antigua tribu humana, o los Prob'stas del planeta Horst. Luego empezó a observar algo extraño. Surgidas de la jungla, acercándose sobre zumbantes alas, empezaron a aparecer toda una variedad de criaturas insectoides. Al principio sólo unas pocas, luego más. Volando en zigzag hacia el canturreante chamán, empezaron a reunirse en un enjambre en espiral.

Mientras tanto, una serie de olas en el estanque cosquillearon los flancos de Peepoe, revelando otra convergencia de animales —esta vez nadadores— que se estaban agrupando y se encaminaban hacia el punto de la orilla más cercano a la llamada.

No puedo creer esto, pensó. Una cosa era que un sacerdote primitivo invocara las fuerzas de la naturaleza. Otra completamente distinta era sentir esas fuerzas *responder* rápidamente, sin la menor ambigüedad, y con un comportamiento ominosamente amenazador.

Los miembros de ambos enjambres, voladores y nadadores, empezaron alanzar rápidas incursiones hacia Peepoe. Ésta sintió varios secos aguijonazos en su aleta dorsal y algunos más desde abajo, en su lado ventral.

¡Me están atacando!

La realización la arrancó de golpe de su absorto estado.

Es hora de irme de aquí, pensó, mientras más de las diminutas criaturas nativas caían sobre ella desde todas direcciones.

Peepoe dio apresuradamente media vuelta, lanzando hacia la orilla una ola que interrumpió la plegaria del chamán y lo envió apresuradamente hacia atrás con un hipido. Luego, con un arranque de ansiosa fuerza, se alejó a toda velocidad de allí.

Tkett

Justo cuando creía que ya había visto bastante, uno de los frutos de cristal descendió cerca del estanque donde él y Chissis aguardaban y se detuvo tan sólo cuando rozaba casi el agua, a la altura de sus ojos. Las paredes vibraron por un momento..., ¡luego se abrieron!

El ocupante, un diminuto g'kek con cenceñas ruedas a ambos lados de un torso ahusado, rodó hacia el hueco, contemplando al par de delfines con cuatro pedúnculos oculares que se agitaron al mirar a Tkett. Luego la criatura habló con una voz que sonó aguda pero firme, utilizando un Galáctico Siete densamente acentuado.

—Somos conscientes de que nuevos colonos han venido a este mundo. ¡Pero imagina nuestra sorpresa al descubrir que esta vez son nadadores, que nos han encontrado a nosotros antes de que nosotros los encontráramos a ellos! No hubo que

enviar ninguna llamada a través del Gran Huevo. No fue necesario despachar robots recolectores para tomar voluntarios de la orilla. ¡Qué ingenioso por vuestra parte llegar justo a tiempo, sólo unos días y semanas antes del momento esperado en que este universo se haga pedazos!

Chissis jadeó nerviosa, llenando la cámara estéril con rápidos clics mientras Tkett mordía fuertemente el agua con su estrecha mandíbula.

—Yo..., no tengo la menor idea de lo que est-t-tás hablando —tartamudeó como respuesta.

El g'kek en miniatura retorció varios pedúnculos oculares unos alrededor de otros. Tkett tuvo la impresión de que estaba consultando o comunicándose con alguna entidad en alguna otra parte. Luego avanzó rodando, desenredando los pedúnculos para hacer de nuevo una seña a Tkett.

—*Si es una explicación lo que buscas, entonces eso es lo que tendrás.*

Peepoe

El interior del gran leviatán parecía consistir en un estanque rodeado de vegetación tras otro, en medio de un complejo laberinto de pequeños cursos de agua. Pronto completamente desorientada, Peepoe dudó de si sería capaz alguna vez de hallar su camino de vuelta hasta la boca de aquella cosa.

La mayoría de las áreas circundantes consistían en densa jungla, aunque también había escarpaduras rocosas y extensiones de lo que parecía ondulante hierba. Peepoe había pasado también unos cuantos poblados de pequeña gente. En un lugar se había erigido entre el follaje una serie interminable de rampas y puentes aéreos, abarcando lo que parecía como un fantástico modelo a escala de montaña rusa, entrelazado entre los árboles enanos. Podía verse a pequeños g'keks recorriendo aquel conjunto de planchas de madera y fibras vegetales, balanceándose y columpiándose sobre destellantes ruedas.

Peepoe intentó deslizarse discretamente más allá de los poblados de la orilla, pero raras veces lo consiguió sin atraer alguna atención. En una ocasión fue enviado un grupo de guerra a perseguirla, a lomos de criaturas parecidas a tortugas, disparado pequeñas flechas y lanzado maldiciones en una jerga de curioso sonido que apenas pudo escuchar. ¡Otra vez, un guerrero urs llamativamente vestido cayó sobre ella desde arriba, a lomos de un lagarto volante cuyas alas se agitaban majestuosamente y cuya boca eructaba pequeñas pero intimidantes bolas de fuego! Peepoe se retiró, mientras escuchaba al pequeño urs seguir gritando tras ella, desafiando al «monstruo marino» a un combate singular.

Parecía que había entrado en un mundo lleno de seres que eran tan suspicaces como disminuidos de tamaño. Varias veces más, chamanes y sacerdotes de variadas

razas se irguieron en la orilla, haciendo gestos y gritando rítmicamente, al mando de hordas de insectos parecidos a abejas que la picaron y persiguieron hasta que consiguió huir más allá de su vista. El ánimo de Peepoe se hundió..., hasta que al final llegó a una amplia cuenca donde podían verse muchos botes pequeños, surcando el agua bajo velas brillantemente pintadas.

¡Para su sorpresa, esta vez la gente a bordo gritó con sorprendido placer al verla, no con miedo o ira! Con una esperanza tentativa pero creciente, siguió sus señas hasta la orilla donde, bajo las almenas de un pequeño castillo magníficamente adornado, una delegación descendió a su encuentro al lado de un muelle de madera.

Su líder aparente, un humano que llevaba ropajes grises y un sombrero de pico, sonrió mientras le hacía un gesto de bienvenida y anunció en una extraña pero melodiosa versión de ánglico:

—*Muchos han olvidado las historias contadas por los Primeros. ¡Pero te conocemos, oh noble delfín! ¡Eres recordado de los relatos pasados de generación en generación desde el principio! Qué maravilloso que hayas venido entre nosotros ahora, cuando se acerca el Tiempo del Cambio. ¡En nombre de los Espíritus Guía, te ofrecemos nuestra hospitalidad y muchas palabras de poder!*

Peepoe meditó en todo lo que había visto y oído.

Palabras, ¿eh? Las palabras pueden ser un buen principio.

Tuvo que soplar aire varias veces antes de que su energía nerviosa se disipara lo suficiente para poder hablar.

—De acuerdo entonces. ¿Puedes empezar diciéndome qué en nombre de Ifni está ocurriendo aquí?

Dadores de maravilla

Llega un Tiempo de Cambios. Los mundos están a punto de dividirse.

Galaxias que anteriormente estaban unidas por atajos de espacio y tiempo pronto se verán separadas. La vieja civilización —incluidos todos los planetas de los que vinisteis— ya no será accesible. Sus caminos no dominarán más esta parte del cosmos.

Aislado, este reino isla de cien mil millones de estrellas (conocido anteriormente como Galaxia Cuatro) desarrollará pronto su propio destino, iniciando una brillante nueva era. Se ha previsto que Jijo proporcione la semilla inicial para una gloriosa cultura, distinta de cualquier otra. Las seis, ¡y ahora siete! especies sapiens que vinieron secretamente a este mundo como refugiados —ocultándose como criminales en una orilla prohibida— prosperarán más allá de las más locas imaginaciones. Serán cofundadores de algo grande y maravilloso. Antecesores de todas las razas estelares que puede que les sigan en este fecundo remolino estelar.

Pero ¿qué *tipo* de sociedad debe ser? ¿Una que sea una mera copia del

ruidoso, porfiante, violento conglomerado que existe allá en el espacio «civilizado»? ¿Una basada en toscas autocalificadas ciencias? ¿Física, cibernética y biología? Hemos aprendido que tales obsesiones conducen a la falta de conciencia. ¡Una cultura sin humor, operada por reduccionistas que miden la relación coste/beneficio de todo y no saben el valor de nada!

Tiene que haber algo mejor.

¡De hecho, considera cómo las *más nuevas* razas sapiens —recién salidas de la elevación— miran su mundo con un sentido infantil de la maravilla! ¿Y si ese sentimiento pudiera hacerse durar?

A aquellos que recién acaban de descubrirlo, el *poder del habla en sí* es glorioso. ¡La habilidad con las palabras parece contener toda la potencia que cualquiera puede llegar a necesitar nunca! Todavía cautelosos de sus anteriores formas animales de actuar, esas especies aún infantiles utilizan a menudo su nueva facultad de autoexpresión para percibir esquemas que son invisibles a las mentes «sabias» más antiguas.

Los humanos fueron especialmente buenos en eso, durante las largas eras de su solitario abandono en la aislada Tierra. Tenían muchos nombres para sus sistemas de maravillosos causa y efecto, tradiciones que brotaron en una miríada de tribus en tierra firme. Pero casi todos esos sistemas compartían en común ciertos rasgos:

una sensación de que el mundo está hecho de espíritus, que viven en cada piedra o arroyo o árbol.

una ansiosa voluntad de percibir todos los acontecimientos, incluso las grandes tormentas y los movimientos de los planetas, como poseedores de una relación *personal* con el observador.

una convicción de que la naturaleza puede ser gobernada por aquellos favorecidos con poderes especiales de vista, voz o mente, elevando a esa elite por encima de otros simples mortales.

una profunda creencia en el poder de las palabras para persuadir y controlar el mundo.

«Magia» era una palabra que utilizaban los humanos para esta forma de mirar al universo.

Creemos que es una forma mejor, que ofrece drama, aventura, intensidad y romance.

Sin embargo, la magia puede tomar muchas formas. Y todavía hay ciertas disputas sobre los detalles...

Vistas alternativas de tentación

Tkett halló la explicación extraña y desconcertante al principio. ¿Cómo podía relacionarla con esta extraña máquina sumergible cuyas entrañas estaban llenas de frutos de cristal, cada uno de ellos conteniendo un ser inteligente que saltaba de un lado para otro y parecía enfocar una fiera pasión hacia cosas que sólo él o ella podía ver?

De todos modos, como arqueólogo, tenía una cierta base en sus estudios sobre el pasado tribal humano, de modo que finalmente una conexión cliqueteó en su mente.

—Vosotros... ¡vosotros estáis usando la tecnología para proporcionarle a cada individuo un mundo privado! P-pero hay más que eso, ¿verdad? ¿Estáis diciendo que cada hoon, o humano, o traeki dentro de esos c-contenedores de cristal puede lanzar *conjuros mágicos*? ¿No sólo manipulan objetos falsos y ven ilusiones cortadas a la medida..., sino que también gritan encantamientos y tienen la satisfacción de observar cómo se hacen *realidad*?

Tkett parpadeó varias veces, intentando captar todo aquello.

—Toma a esa mujer de ahí. —Apuntó su hocico hacia un cubo cercano, donde una humana sonreía y señalaba en medio de una verdadera nube de hilos de resistencia—. Si tiene un enemigo, ¿puede moldear una figura de arcilla y clavarle agujas para lanzar un conjuro de dolor?

El pequeño g'kek hizo girar sus ruedas antes de responder enfáticamente:

—¡Cierto, oh perspicaz delfín! Por supuesto, tiene que ser creativa. El talento y una voluntad fuerte ayudan. Y debe adherirse a la tradición aceptada de su tribu simulada.

—Reglas arbitrarias, quieres decir.

Los pedúnculos oculares se agitaron graciosamente.

—Arbitrarias, pero elegantes y consistentes. Y hay otro requisito.

»Por encima de todo, nuestro usuario de la magia debe de creer intensamente.

Peepoe parpadeó al diminuto hechicero de pie en el cercano muelle, a la sombra de un castillo de cuento de hadas.

—¿Quieres decir que la gente de este lugar puede mandar a los pájaros y a los insectos y a otros animales usando sólo palabras?

Había sido testigo de ello docenas de veces, pero oírlo explicar abiertamente de aquella forma sonaba extraño.

El humano de la capa gris asintió y habló rápidamente, ansiosamente:

—¡Palabras especiales! El poder de los *nombres* secretos. Términos que cada usuario debe guardar celosamente.

—Pero...

—Por encima de todo, la mayoría de las criaturas sólo obedecerán a aquéllos con talentos innatos. Individuos que poseen gran fuerza de voluntad. De otro modo, si hicieran caso a todo el mundo, ¿dónde estaría la maravilla y la envidia que reside en

el corazón mismo de la magia? Si *todo el mundo* puede hacer algo, ese algo pierde pronto todo su valor. Un milagro palidece cuando se convierte en rutina.

»Se dice que la tecnología solía ser así, allá en la Antigua Civilización. Toma lo que ocurrió poco después de que los humanos de la Tierra descubrieran cómo volar. Pronto *todo el mundo* podía surcar los cielos, y la gente dio la maravilla por sentada. ¡Qué trágico! Ese tipo de cosa no ocurre aquí. Preservamos la maravilla como un recurso precioso.

Peepoe bufó.

—Pero todo esto... —Chasqueó la mandíbula, rociando agua hacia la jungla y los verticales acantilados carnosos más allá—. ¡Todo esto huele a tecnología! Ese absurdo dragón que respira fuego, por ejemplo. ¡Evidentemente un producto de la bioingeniería! Alguien montó todo esto como..., como...

—¿Como un experimento? —concedió el mago de la capa gris asintiendo con la cabeza. Su barba se agitó cuando siguió con ansioso fuego en su gorjeante voz—: ¡Eso nunca ha sido un secreto! Desde que fueron seleccionados nuestros antepasados, de entre las Seis Razas terrestres de Jijo, para que fueran a morar bajo el mar en cuerpos más pequeños pero más poderosos, supimos que una de las finalidades sería ayudar a los buyur a perfilar su plan maestro.

Tkett retrocedió impresionado, agitando el agua con sus aletas. Contempló a la criatura de mucho ojos que había estado explicando aquella extraña cámara de miniaturas.

—¡Los b-buyur! Abandonaron Jijo hace medio millón de años. ¿Cómo pudieron llegar a saber de ninguna cultura humana, y menos todavía montar este elaborado...?

—Por supuesto, la respuesta a esta pregunta es sencilla —respondió el pequeño g'kek, mirando con varios pedúnculos oculares desde su cuarteada concha de cristal—. ¡Nuestros señores buyur nunca se fueron! Han estado observando y guiando quietamente este proceso desde que la primera nave de refugiados descendió sobre Jijo, preparándose para el día predicho en el que las fuerzas naturales cortarían todos los vínculos entre la Galaxia Cuatro y las otras.

—Pero...

—La gran evacuación de clanes estelares de la Galaxia Cuatro, hace medio eón, aseguró que ningunos otros tecnosapiens se quedaban en este reino estelar que pronto quedaría aislado. Así que pertenecerá a *nuestros* descendientes, viviendo en una cultura muy diferente de la deprimente a la que pertenecían nuestros antepasados.

Tkett había oído hablar de los buyur, por supuesto: entre los miembros más poderosos de la Civilización de las Cinco Galaxias, y una de las pocas razas antiguas conocidas por su sentido del humor..., aunque un tanto extraño. Se decía que creían en las bromas *largas*, que necesitaban eras para planearse y ejecutarse.

¿Era por eso que los buyur encontraban la cultura galáctica aburrida y sofocante?

(La mayoría de los terrestres estarían de acuerdo). Al parecer preveían todos los cambios y convulsiones que hoy estaban arruinando las rutas estelares enlazadas, y hacía milenios habían empezado a prepararse para una oportunidad sin paralelo de poner su propio sello en una rama enteramente nueva del destino.

Peepoe asintió, comprendiendo al fin parte de ello.

—Este leviatán, esta enorme bestia orgánica..., no es el único contenedor experimental que se mueve por debajo de las olas. ¡Hay otros! ¿Cuántos?

—Muchos —confirmó el pequeño hechicero humano de barba gris—. Las cámaras flotantes toman toda una variedad de formas, cada una acomodada a su propia colonia de seres sapiens. Cada hábitat introduce a sus pasajeros en una vida rica en magia, aunque de formas diferentes en grado único.

»Aquí, por ejemplo, nosotros los seres sapiens experimentamos vidas físicamente activas, en un entorno totalmente real. ¡Son las criaturas salvajes a nuestro alrededor las que resultan alteradas! Seguramente habrás oído hablar de que los buyur eran maestros en genética. En este reino experimental, cada insecto, pez y flor conoce su *nombre* único y secreto. Aprendiendo y usando adecuadamente esos nombres, un mago como yo puede esgrimir un gran poder.

Tkett escuchó mientras el alegre g'kek explicaba el complejo experimento que tenía lugar en la cámara de frutos cristalinos.

—En *nuestro* hábitat, cada uno de nosotros vive en su propio mundo, un mundo intenso, variado y físicamente exigente, aunque sea en su mayor parte una simulación de ordenador. Con un sucedáneo así de realidad, cada uno de nosotros puede ser el mago jefe de una sociedad o tribu de inferiores. O los frutos cristalinos pueden ser unidos, permitiendo encuentros compartidos entre iguales. En cualquiera de las dos formas, es una vida vívida, llena con más excitación que la antigua forma de la denominada ingeniería.

»¡Una vida en la cual el mero acto de creer puede tener poder, y a veces desear hace que las cosas se conviertan en realidad!

Peepoe observó al mago gris mesarse la barba mientras describía la gama de experimentos buyur.

—Hay muchos otros estilos, modas e implementaciones que son ensayadas en docenas de otros hábitats. Algunos enfatizan una animosa «realidad», mientras otros van hasta tan lejos como a eliminar enteramente la forma física, codificando sus sujetos como personalidades digitales en mundos completamente computerizados.

Descargar personalidades. Peepoe reconoció el concepto. *Se intentó allá en casa*

y nunca funcionó, aunque los impulsores decían que lógicamente tendría que hacerlo.

—Hay una finalidad última a todos esos experimentos —explicó el humano de pie en el muelle más cercano, como un prosélito ansioso por conseguir un converso especial—. Apuntamos a hallar exactamente el camino correcto a poner en marcha una nueva sociedad que pueda medrar a través de las rutas estelares de la Galaxia Cuatro, una vez se haya completado la separación y todos los antiguos caminos del tránsito hiperespacial hayan desaparecido. Cuando esta isla torbellino de cien mil millones de estrellas esté segura al fin de interferencias con la Antigua Civilización, será el momento de empezar la nuestra. Una basada en un nuevo principio glorioso.

»Analizando los resultados de cada hábitat experimental, los nobles buyur sabrán exactamente cómo llevar a la práctica un nuevo reino de magia y maravilla. Entonces podrá empezar la era de los auténticos milagros.

Escuchando aquello, Peepoe sacudió la cabeza.

—No suenas demasiado como un rústico mago feudal. Apostaría más bien a que eres alguna otra cosa disfrazada.

»¿Eres *en realidad* un buyur?

El g'kek inclinó la cabeza dentro de su concha de cristal.

—Ésta es una muy buena suposición, mi amigo delfín. Aunque por supuesto la auténtica verdad es complicada. ¡Un auténtico buyur pesaría más de una tonelada métrica y se parecería más bien a una rana terrestre!

—Sin embargo, tú... —señaló Tkett.

—Tengo el honor de servir como portavoz intermediario...

—¡... para ayudar a persuadirlos a vosotros los delfines, los más nuevos y prometedores colonos en Jijo, de que uniros a nosotros será vuestra mayor oportunidad de una gran vida, aventuras, y un destino lleno de maravillas!

El pequeño hechicero humano sonrió, y Peepoe se dio cuenta de que otros cerca de él no habían oído o comprendido ni una palabra de ello. Quizá llevaran tapones en los oídos para protegerse contra el poder de las palabras del mago. O tal vez el ánglico se hablara raramente allí. Quizá fuera un «lenguaje de poder».

Peepoe se dio cuenta también de que estaba siendo probada a la vez que se le ofrecía una elección.

Ahí fuera en el mundo, los pocos delfines que formamos el grupo colonizador nos enfrentamos a una existencia incierta. Makanee no tiene ninguna seguridad de que nuestro pequeño grupo de revertidos pueda sobrevivir al próximo invierno, ni siquiera con la ayuda de los otros colonos en la orilla. Sea como sea, las Seis Razas tienen problemas propios, luchando contra los invasores jophur.

Tenía que admitir que aquella oferta tenía aspectos tentadores. Tras experimentar varias recientes tormentas en Jijo, Peepoe podía ver el atractivo de traer a todos los demás exiliados de la *Streaker* a bordo de un acogedor hábitat submarino —presumiblemente uno con mayores extensiones de agua abierta— y dejar que los buyur realizaran la tecnomagia que fuera necesaria para reducir de tamaño a los delfines para que pudieran encajar en sus nuevas vidas. ¿Cómo podía ser eso peor que los tres años de apretado infierno que habían soportado todos a bordo de la pobre *Streaker*?

Presumiblemente algún día, cuando terminaran los experimentos, sus descendientes serían devueltos a su auténtico tamaño, tras haber pasado generaciones aprendiendo a tejer conjuros y lanzar encantamientos con lo mejor de ellos.

Oh, podemos arreglárnoslas bien, pensó. Nosotros los delfines somos buenos en algunos tipos artísticos de expresión verbal. Después de todo, ¿qué es el trinario sino nuestro propio método especial de usar el sonido para persuadir al mundo? ¿Hablarlo adoptando vívidos ecos sónicos y formas oníricas? ¿Hacer que tenga sentido a nuestro propio estilo cetáceo?

La deliciosa tentación de todo aquello alcanzó a Peepoe.

¿Cuál es la alternativa? ¿Suponer que alguna vez descubriremos una forma de volver a la civilización que nos llevará de regreso a casa? Un destino esforzado que en el mejor de los casos ofrece una gran cantidad de duro trabajo, y donde puede ser necesaria media vida sólo para aprender las habilidades que necesitas para funcionar útilmente en una sociedad tecnológica.

La vida real no es ni la mitad de hermosa que los relatos que oímos en los libros de historia. Todo el mundo aprende en algún momento que hay un mundo decepcionante ahí fuera, un universo donde el bien raras veces es puramente hermoso y el mal no se identifica obligatoriamente con unos ojos rojos y brillantes. Una compleja sociedad llena de tratos y compromisos, así como comités y oponentes políticos que siempre tienen mucho más poder del que tú crees que merecen.

¿Quién preferiría un lugar donde puede convencerse al cosmos de que ceda lo que deseas? ¿O donde el desear hace a veces que las cosas se conviertan en realidad?

—Ya tenemos dos voluntarios de tu estimada raza —explicó el portavoz g'kek, haciendo que Tkett se estremeciera de sorpresa. Con un agitar de sus pedúnculos oculares, la figura con ruedas hizo que apareciera un holograma justo por encima de la superficie del agua.

Tkett vio de inmediato a dos grandes delfines machos recostados tranquilamente sobre hamacas de malla mientras pequeñas máquinas se atareaban a su alrededor, tejiendo redes de algún material luminiscente. Chissis, durante largo rato silencioso y meditabundo, reconoció bruscamente al par y gritó su reconocimiento primario.

¡Atrapados! ¡Atrapados en redes como se merecen!

¡Estúpido Zhaki! ¡Desagradable Mopol!

—¡Ifni! —comentó Tkett—. Creo que tienes razón. Pero ¿qué les están haciendo?

—Han aceptado ya nuestra oferta —dijo el pequeño intermediario con ruedas—. Pronto esos dos morarán en reinos de delicias holográficas y sensuales, a bordo de una estación experimental distinta a ésta. Su destino está asegurado, y déjame prometerte..., serán felices.

—¿Estás seguro de que esos dos no están *aquí* a bordo de este vehículo, cerca de mí? —preguntó Peepoe nerviosa, observando a Zhaki y Mopol sufrir su transformación a través de una pequeña imagen que el mago había conjurado con una frase mágica y el agitar de una mano.

—No. Tus asociados siguieron un señuelo hasta una de nuestras celdas experimentales cercanas: para sus sentidos parecía ser un «leviatán» parecido a una de vuestras ballenas azules de la Tierra. Una vez entraron a bordo, una evaluación preliminar mostró que sus personalidades medrarán probablemente mejor en un mundo de pura fantasía.

»Aceptaron ansiosamente nuestra proposición.

Peepoe asintió, impresionada tan sólo por su falta de emoción —positiva o negativa— hacia el destino final de sus atormentadores. Habían desaparecido de su vida, y eso era todo lo que realmente le importaba. Que Ifni decidiera si su destino era calificado como un encierro permanente o una extraña clase de paraíso.

Bien, ahora podrán tener harenes de esclavas obedientes hasta la saciedad, pensó. Que les aproveche.

De todos modos, tenía otros dilemas más inmediatos de los que ocuparse.

—¿Qué tenéis p-planeado para mí?

El mago gris abrió los brazos en ansioso signo de consuelo.

—¡Nada terrible o preocupante, oh estimado amigo-delfín! ¡Lo único que hacemos es simplemente pedirte que elijas!

»¿Unirte a nosotros? No se obliga a nadie. ¿Pero cómo puede alguien rehusar? Si un estilo de vida no te convence, ¡elige otro! Selecciona de entre una amplia gama de mundos encantados, y asegúrate además de que tu posteridad figurará algún día entre los esgrimidores de magia que establecerán un nuevo orden a través de un millón de soles.

Tkett vio implicaciones que iban más allá del ofrecimiento en sí. El plan de los buyur —su alcance y la abrumadora amplitud de su ambición— le dejaron momentáneamente aturdido.

Desean establecer una civilización galáctica completa, basada en lo que consideran que es una forma ideal de vida. Algún día, pronto, después de que este «Tiempo de Cambios» haya roto los antiguos lazos intergalácticos, los buyur serán libres de cualquiera de las antiguas constricciones de ley y costumbres que dominaron la civilización respiradora de oxígeno durante los últimos mil millones de años.

Luego, de este planeta brotará una nueva oleada de astronaves, tripuladas por las Siete Razas de Jijo, mandadas por osados capitanes, magos y reyes..., una mezcla de temas de la antigua ciencia ficción y fantasía..., ¡avanzando hacia la aventura! En el transcurso de varias eras lucharán contra los peligros, superarán graves dificultades, descubrirán y elevarán nuevas especies. Finalmente, humanos y urs y traekis y otros se convertirán en reverenciados líderes de una galaxia que estará llena para siempre con un alto dramatismo.

En este reino, el aburrimiento será el horror definitivo, la placidez el crimen definitivo. Los auténticos maestros, los buyur, se ocuparán de ello.

Como el Gran Oz manipulando palancas tras una cortina, los buyur usarán su alta tecnología para proporcionar todas las maravillas. ¿Pides dragones? Los fabricarán o los elaborarán genéticamente. Fábricas secretas construirán monstruos marinos y alienígenas escupidores de ácido, listos para la batalla.

¡Será una galaxia gobernada por magos de los efectos especiales! Un perpetuo parque temático, cuyos habitantes usarán conjuros mágicos en vez de ingeniería para conseguir lo que desean. Conjuradores y monarcas reemplazarán tediosas legislaturas, el impulso suplantaré la deliberación, y las listas de nombres secretos sustituirán a la física.

Y nuestros descendientes no harán demasiadas preguntas o se atreverán a descender la cortina y poner en evidencia a Oz. ¡Aquellos que lo intenten no tendrán descendencia!

Sobre el acolchado del artificio oculto, a su debido tiempo, la gente olvidará las leyes de la naturaleza.

Florecerán en vívidos reinos, colonizando siempre heroicamente, regresando triunfantes o muriendo con valor..., pero nunca preguntando por qué.

Tkett meditó en todo aquello mientras llenaba el agua de sus alrededores con intensos chorros de clics de sonar. Chissis, que evidentemente no había comprendido mucho de la retorcidas explicaciones de g'kek, se mantenía a su lado, agitando su cuerpo al compás de los complejos ritmos de los preocupados pensamientos de Tkett.

Finalmente tuvo la sensación de captar el auténtico significado de todo aquello.

Tkett nadó cerca del cubo de cristal y alzó un ojo hasta que estuvo al nivel del pequeño representante de los poderosos buyur.

—Creo que sé lo que está ocurriendo aquí —dijo.

—¿Sí? —respondió alegremente el pequeño g'kek—. ¿Y cuál es tu sabia opinión, oh amigo delfín? ¿Cuál crees que es el gran plan?

Tkett alzó la cabeza muy fuera del agua, sosteniéndose sobre espumeantes aletas y emitiendo una cloqueante risa por su espiráculo. Al mismo tiempo, un sardónico trinario haiku flotó de su cliqueteante frente.

* ¡A veces los egos enfermos
* albergan en sus estrechos cerebros
* bromas realmente estúpidas! *

Algunos aspectos de la oferta eran exasperantes, como la relamida permanencia de la superioridad buyur en el mundo por venir. Sin embargo, Peepoe se sintió tentada.

Después de todo, ¿qué otra cosa nos aguarda aquí en Jijo? ¿La esclavitud a manos de los jophur? ¿O el refugio de la bendita oscuridad que prometen los sabios, si seguimos el llamado Sendero de Redención? ¿No ofrece esto una forma milagrosa de elegir entre esos dos desagradables destinos?

Se concentró en reprimir sus dudas, enfocándose en las ventajas del plan buyur. Y eran muchas, como vivir en un cosmos donde la tecnología oculta se encargaba de los errores de la naturaleza. Después de todo, ¿no era cruel por parte del Creador construir un universo donde tantos deseos fervientes eran ignorados? ¿Un universo donde las plegarias eran en su mayor parte respondidas —si lo eran— dentro de los confines del corazón? ¿Podía el plan de los buyur rectificar este olvido para miles de millones y billones? ¿Para todos los habitantes de la civilización que se expandía por la galaxia! Una generosidad a tan gran escala era difícil de evaluar.

Comparó su ambiciosa meta con la cultura que aguardaría a los supervivientes de la *Streaker*, si alguna vez llegaban de vuelta a las otras cuatro galaxias, donde miríadas de competitivas y facciosas razas luchaban interminablemente entre sí. Demasiado confiadas en una antigua biblioteca de áridas tecnologías, raras veces buscaban la innovación o la novedad. Por encima de todo, los deseos de los seres individuales estaban casi siempre subordinados a las necesidades motoras de nación, raza, clan y filosofía.

La visión buyur parecía de nuevo favorable comparada con el *statu quo*.

Una pequeña parte de ella exigía: *¿Son ésas nuestras únicas elecciones? ¿Y si aparecieran alternativas que van más allá de las simplistas...?*

Aplastó ferozmente la cuestión, hundiéndola hasta los últimos rincones de su mente.

—Me gustaría saber más —dijo al hechicero gris—. ¿Pero qué hay de mis camaradas? ¿Los demás delfines que viven ahora en Jijo? ¿No los necesitaréis también?

—A fin de tener una colonia genéticamente viable, sí —admitió el portavoz—. Si aceptas unirte a nosotros, primero te pediremos que vayas y persuadas a los demás de que vengan también.

—Sólo por curiosidad, ¿qué ocurrirá si me niego?

El hechicero se encogió de hombros.

—Tu vida se reanudará igual que antes, como si no nos hubieras encontrado. Borraremos todo recuerdo consciente de esta visita, y serás enviada a casa. Más tarde, cuando hayamos tenido la oportunidad de pulir nuestro mensaje, unos emisarios acudirán a visitar a tu manada de delfines. Pero en lo que a ti respecta, oirás la proposición como si fuera la primera vez.

—Entiendo. Y, de nuevo, aquellos que la rechacen verán borrados sus recuerdos..., y de nuevo cada vez que volváis. Eso os proporciona una ventaja en vuestra proselitización, ¿no crees?

—Quizá. De todos modos, a nadie se le obliga a unirse a nosotros contra su voluntad. —El pequeño humano sonrió—. Así que, ¿cuál es tu respuesta? ¿Ayudarás a llevar nuestro mensaje a los tuyos? Tenemos la sensación de que comprendes y simpatizas con el mundo mejor al que apuntamos. ¿Nos ayudarás a enriquecer el Gran Guiso de Razas con el maravilloso aroma de los delfines?

Peepoe asintió.

—Llevaré vuestra visión a los demás.

—¡Excelente! ¡De hecho, puedes empezar sin siquiera abandonar este estanque! Porque ahora puedo informarte de que un par de tus compatriotas residen ya a bordo de uno de nuestros cercanos vehículos..., y ambos parecen tener problemas en apreciar la maravillosa vida que ofrecemos.

—¡No Zhaki y Mopol! —Peepoe se echó hacia atrás impulsándose con sus aletas ventrales y cliqueteando nerviosamente. No quería saber absolutamente nada de ellos.

—No, no —le aseguró el mago—. Por favor, aguarda tranquilamente mientras abrimos un canal entre naves y todo quedará aclarado.

Tkett

—Hola, Peepoe —dijo a la oscilante imagen frente a él—. Me alegro de que tengas buen aspecto. Todos estábamos preocupados por ti. Pero cuando vimos a Zhaki y Mopol imaginamos que debías de estar cerca.

El holo mostraba a un esbelto delfín hembra, de aspecto exquisito pero cansado en un estanque rodeado por una jungla, junto a un castillo en miniatura. Tkett podía decir mucho acerca del estilo del «experimento» a bordo del vehículo de ella en particular, tan sólo observando la multitud de nativos reunidos junto a la orilla. Algunos de ellos iban vestidos como caballeros con armadura, a lomos de agitados corceles, mientras campesinos alegremente ataviados arrojaban sus capas al paso de las damas y los caballeros. Era un enfoque muy diferente al de los frutos de cristal que colgaban por todo *su* vehículo..., receptáculos semitransparentes donde los

individuos vivían inmersos permanentemente en realidades virtuales.

Y sin embargo, el principio básico era similar.

—*Hola, Tkett* —respondió Peepoe—. *¿Es Chissis quien está contigo? ¿Estáis bien los dos?*

—Bastante bien, supongo. Aunque me siento como la víctima de alguna estúpida práctica de una fraternidad...

—*¿No es excitante?* —interrumpió Peepoe, cortando lo que Tkett iba a decir—. *A través de todas las eras, los visionarios han ideado incontables esquemas utópicos. ¡Pero éste podría f-f-funcionar realmente!*

Tkett la miró, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Oh, ¿de veras? —preguntó—. ¿Qué hay del libre albedrío?

—*Los buyur proporcionarán todo lo que desee tu voluntad.*

—Entonces, ¿qué hay acerca de la verdad?

—*Hay muchas verdades, Tkett. Incontables interpretaciones subjetivas vívidas medrarán en un futuro lleno de una asombrosa diversidad.*

—¡Subjetivo, exactamente! Ésa es una antigua y d-despreciable perversión de la palabra *verdad*, y tú lo sabes. La diversidad es maravillosa, de acuerdo. De hecho pueden haber muchas culturas, muchas formas de arte, incluso muchos estilos de sabiduría. ¡Pero la *verdad* debería de ser acerca de hallar lo que es realmente real, lo que es repetible y verificable, encaje con tus gustos o no!

Peepoe emitió un sonido de desdén.

—*¿Dónde está lo divertido en eso?*

—¡La vida no es sólo divertirse o conseguir lo que deseas! —Tkett sintió que se le anudaban las entrañas, forzando amarga bilis esófago arriba—. ¡Peepoe, hay cosas como crecer! Descubrir que el mundo funciona realmente, pese a la forma en que crees que *deberían* ser las cosas. Objetividad significa que acepto que el universo no gira a mi alrededor.

—*En otras palabras, una vida de limitaciones.*

—¡Superamos eso con el conocimiento! Con nuevas herramientas y habilidades.

—*Las herramientas son materia muerta, diseñadas por comités, producidas en masa y vendidas en los mostradores de las tiendas.*

—¡Sí! Comités, equipos, organizaciones y empresas, todas ellas formadas por individuos que tienen que luchar cada día con sus egos a fin de cooperar con los demás, haciendo incontables compromisos a lo largo del camino. No es como ocurren las cosas en la fantasía de un niño. No es lo que anhelamos en lo más secreto de nuestros corazones, Peepoe. ¡Lo sé! Pero así es como hacen las cosas los adultos.

—De todos modos, ¿qué hay de malo en comprar milagros en el mostrador de una tienda? Así que damos por sentadas maravillas por las que nuestros antepasados no hubieran dado la aleta de su cola. ¿No es eso lo que deseaban para nosotros? ¿Preferirías un mundo donde lo mejor de todo se mantiene reservado para hechiceros y reyes?

Tkett sintió un agudo golpe en su costado. El dolor le hizo girarse, aún amargamente furioso, aún alterado por la indignación.

—¿Qué ocurre? —preguntó secamente a Chissis, aunque la pequeña hembra no podía responder.

Chissis retrocedió ante su furia e inclinó hacia abajo el hocico, en una postura de sumisión. Pero de su frente rotó un breve estallido de cáustico primario.

*# idiota idiota idiota idiota
los idiotas siguen charlando charla-charla humana
mientras el mar intenta enseñar #*

Tkett parpadeó. Su fraseología era sofisticada, casi lúcida. De hecho, era muy parecido a un sencillo poema trinario de regañina que una madre delfín podría muy bien usar con su hijo.

Con un acto de difícil autocontrol, se obligó a considerar las palabras.

Mientras el mar intenta enseñar...

Era una frase común entre los delfines, que implicaba que uno debía escuchar *debajo* de la superficie significados que permanecían ocultos.

Se giró de nuevo para examinar el holograma, deseoso de que no hubiera sido diseñado por seres que confiaban tanto en la vista e ignoraban las sutilezas de la transmisión del sonido.

—*Piensa en ello, Tkett* —siguió Peepoe, como si su conversación no se hubiera interrumpido—. *Allá en casa, nosotros los delfines somos la más joven de las razas clientes de un clan empobrecido y despreciado, en peligro de ser conquistado o extinguido en cualquier momento. Sin embargo, ahora se nos ofrece una posición en la cima de un nuevo panteón, justo debajo de los propios buyur.*

»*¡Lo que es más, somos buenos en eso! Piensa en cómo los sentidos de los delfines pueden extender el alcance de la magia posible. Nuestros sueños e imágenes basadas en el sonido. ¡Nuestra curiosidad e interminable sentido de la aventura! Y eso sólo empieza a apuntar las posibilidades cuando finalmente entremos en nuestro propio...*

Tkett se concentró en cambiar el fondo. Los variados pulsos, gemidos y clics que se mezclaban en el ambiente cada vez que un neodelfín hablaba. Al principio pareció que Peepoe estaba emitiendo tan sólo la habitual mezcla de nervioso sonar y exhalaciones de su espiráculo.

Luego captó una única frase flotante, en antiguo primario, que se entrelazaba entre la ansiosa lógica del habla sapiens.

duerme en ello duerme en ello duerme en ello duerme en ello

Al principio el mensaje oculto lo confundió. Parecía apoyar el resto de su argumentación. Entonces, ¿por qué hacerlo secreto?

Entonces se le ocurrió otro significado.

Algo en lo que puede que ni siquiera los poderosos buyur hubieran pensado.

Peepoe

Su partida del hábitat fue más alegre y vívida que su llegada.

Los dragones volaron por encima de su cabeza, eructando chorros de calor que eran mucho más amistosos que antes. Multitudes de botes, que iban desde canoas a enjoradas galeras impulsadas por sudorosos remeros, acompañaron a Peepoe desde un estanque al siguiente. En las orillas, hechiceros locales ejecutaban magníficos espectáculos en su honor, ante la asombrada maravilla de los espectadores, mientras Peepoe nadaba suavemente por entre formaciones de peces cuyas escamas brillaban de una forma innatural.

Con seis razas mezcladas en una loca variedad de estilos culturales, cada poblado parecía celebrar su singularidad en una profusión de estilos arquitectónicos. La actitud general parecía tanto orgullosa como ferozmente competitiva. Pero hoy todas las disputas, búsquedas y campañas nobles habían sido dejadas de lado para contemplar su partida.

—Observa lo ansiosamente que anticipamos el éxito de tu misión —comentó el mago gris cuando alcanzaron la última cámara. En una astronave, aquel espacio hubiera sido reservado para una esclusa de aire, fría y metálica. Pero aquí, el aliento de un organismo vivo suspiró a todo su alrededor cuando las grandes fauces se abrieron, dejando que tanto el viento como la luz del sol penetraran bruscamente.

Es considerado por su parte haber subido hasta la superficie, ahorrándome la incomodidad de una larga ascensión desde el abismo.

—¡Diles a los demás delfines las alegrías que les aguardan! —gritó el pequeño mago a espaldas de Peepoe mientras ésta se impulsaba fuera de las abiertas mandíbulas, hacia la luz—. ¡Háblales de la emoción y la aventura! ¡Pronto los días de experimentación habrán terminado y todo esto alcanzará su plenitud, con un universo ante nosotros!

Agitó sus aletas para retroceder un poco y miró hacia atrás a la pequeña figura azul con su traje constelado de estrellas, que sonrió mientras abría de par en par los brazos, haciendo que enjambres de brillantes y obedientes criaturas flotaran sobre su cabeza, convergiendo para formar un halo vivo.

—Se lo diré —le aseguró.

Y Peepoe giró de nuevo y se sumergió en el frío mar, en busca de una cita matutina.

Tkett

Recuperó de nuevo plenamente la consciencia, sólo para descubrir con leve sorpresa que ya estaba nadando a buena velocidad, saltando y buceando por entre las picadas olas del océano, propulsado por poderosos y rítmicos movimientos de sus aletas.

Bajo otras circunstancias hubiera sido desorientador despertarse en pleno movimiento. Excepto que un par de delfines flanqueaban a Tkett, uno a cada lado, manteniendo una sincronía perfecta con cada uno de sus arcos y saltos y empujes. Aquello hacía instintivamente fácil nadar literalmente en su sueño.

¿Cuánto tiempo llevo así?

No estaba enteramente seguro. Tenía la sensación de que quizás una o dos horas. Tal vez más.

Tras él, Tkett oyó el leve zumbar del motor de un trineo marino, avanzando a poca potencia, como si siguiera a los tres en piloto automático.

¿Por qué no estamos usando el trineo?, se preguntó. Tres cabían en él. Y de esa forma podrían llegar antes a Makanee, para informarle de...

Cambió rápidamente el aire viciado por otro fresco en mitad de un salto, realizando cada movimiento con impecable precisión, incluso mientras su mente se sumía en una desagradable confusión.

... para informarle de que Mopol y Zhaki están muertos.

Hallamos a Peepoe, sana y salva, vagando por el océano.

En cuanto a los ruidos de la «máquina» que fuimos enviados a investigar...

Tkett se sentía extrañamente seguro de que había una historia detrás de todo aquello. Una historia que Peepoe explicaría más tarde, cuando creyera que había llegado el momento.

Algo maravilloso, recitó, sin saber exactamente por qué. Un flujo de ansiedad pareció brotar de la nada, situando a Tkett en tono receptivo para cuando finalmente ella les hablara a todos en la manada de las buenas noticias.

No podía decir por qué, pero Tkett estuvo seguro de que algo además del trineo les seguía a sus espaldas.

—Bienvenido de vuelta entre los vivos —le saludó Peepoe en claro inglés subacuático tras su siguiente salto.

—Gracias, yo..., parece que he estado un poco confuso.

—Bueno, no es sorprendente. Has estado medio dormido durante largo tiempo. De hecho, uno diría que has *medio dormido* a través de algo realmente importante.

Algo en sus palabras llameó como una brillante chispa en su interior..., desencadenando algo que perturbó el regular ritmo de Tkett por entre las olas. Reentró en el agua en un ángulo equivocado, golpeándose dolorosamente el hocico.

Tuvo que luchar brevemente para recuperar su lugar entre las dos hembras, compartiendo el sincronizado ritmo del grupo.

Yo... he dormido. He dormido en ello.

O más bien la mitad de él lo había hecho.

Lentamente comprendió por qué aquello era significativo.

No hay muchos moradores del agua en la Civilización de las Cinco Galaxias, meditó, tendiéndose hacia hilos que habían permanecido cubiertos bajo mantas de reposo. Supongo que los buyur nunca imaginaron...

Un estremecimiento de breve dolor traspasó su cráneo de derecha a izquierda, como si una parte de él que hasta entonces había estado adormecida volviera a la vida.

¡Los buyur!

Los recuerdos regresaron de forma irregular, a su propio ritmo.

Nunca imaginaron que una raza de nadadores descubriera sus experimentos, ocultos durante tanto tiempo bajo las olas del océano de Jijo. No tuvieron tiempo de estudiarnos. De prepararse antes del encuentro.

Y especialmente nunca tuvieron en cuenta la forma en que funciona el cerebro de un cetáceo.

Una criatura que respira aire que viva en el mar tiene problemas especiales. Incluso después de millones de años de evolución hacia un reino acuático, los delfines todavía se enfrentaban al interminable peligro de ahogarse. En consecuencia, el dormir no era un asunto sencillo.

Una forma en que resolvían el problema era dormir cada vez sólo con un hemisferio cerebral.

Como los seres humanos, los delfines tenían complejas vidas internas, formadas por muchos substratos temporales o persistentes que de alguna forma debían reconciliarse bajo una personalidad general. Pero esta unión se hizo más problemática todavía cuando los manipuladores genéticos humanos ayudaron a convertir a los delfines en una nueva raza sapiens. Había todo tipo de singularidades y problemas arraigados en la división hemisférica. A veces la información almacenada en un lado era frustrantemente difícil de obtener desde el otro.

Y a veces esto resultaba ventajoso.

El lado que sabía acerca de los buyur —el que había dormido mientras era impuesta la amnesia al resto— tenía mucha menos habilidad de lenguaje que la otra mitad del cerebro de Tkett. Debido a ello, sólo unos pocos conceptos pudieron expresarse al principio con palabras. En vez de ello, Tkett tuvo que volver a pasar imágenes visuales y sónicas, reinterpretándolas y extrapolándolas, manteniendo una

compleja conversación inquisitiva entre dos lados de su ser.

Esto le proporcionó una apreciación más profunda de los problemas —y potencial— de gente como Chissis.

He sido un bastardo indiferente, se dio cuenta.

Algunos de estos pensamientos emergieron en sus ecos de sonar como una disculpa no expresada. Chissis rozó su cuerpo contra el de él la próxima vez que ambos saltaron en el aire, y su contacto trajo consigo un relajado perdón.

—Así —comentó Peepoe cuando hubo tenido algo más de tiempo para ordenar sus pensamientos—, ¿estamos de acuerdo en lo que le diremos a Makanee?

Tkett resumió su determinación:

—Se lo diremos todo..., ¡y luego algo más!

Chissis se mostró de acuerdo.

Decirles decirles
orcas tramposas
prometer grandes cosas
¡pero llevarse la libertad!

Tkett cloqueó. Había un montón de elegancia trinaría en el estallido primario de la pequeña hembra..., una transición de los animalescos chillidos emotivos hacia el tipo de expresividad en el que acostumbraba a ser tan buena, hacía tiempo, cuando era una ansiosa investigadora y poetisa, antes de que tres años de infierno a bordo de la *Streaker* la hundieran. Ahora un rincón parecía haberse asomado de nuevo. Quizá sólo fuera cuestión de tiempo hasta que volviera a la plena sapiencia..., con todos los problemas que acompañarían a aquel gozoso suceso.

—Bien —meditó Peepoe—, mirando las cosas desde un lado, los buyur parecen ofrecernos más libertad. Nuestros descendientes experimentarán un mayor abanico de elecciones personales. Más poder para conseguir sus deseos. Más sueños que convertir en realidad.

—Como fantasías y escapismo —desechó Tkett—. Los buyur convertirán a todo el mundo en egotistas..., ¡solipsistas! En el mundo real tienes que terminar creciendo y aprender a negociar con los demás. Formar parte de una cultura. Formar equipos y asociaciones. Ifni, ¿qué se necesita para conseguir un buen *matrimonio*? ¡Mucho trabajo y gran cantidad de compromisos, que conducen a algo mejor y más complicado de lo que cualquiera de los dos hubiera imaginado!

Peepoe dejó escapar un corto silbido de sorpresa.

—¡Vaya, Tkett! A tu manera mojígata y gazmoña, creo que eres un romántico.

Chissis compartió la suave y burlona risa de Peepoe, de tal modo que le llegó en estéreo, desde ambos lados. Un humano hubiera enrojecido. Pero los delfines raras veces pueden ocultar sus emociones los unos de los otros, y en general no lo intentan.

—Seriamente —siguió—. Lucharé contra los buyur porque lo que querían es

mantenernos jugando como niños en un corralito durante los próximos eones, negándonos el derecho a madurar y aprender por nosotros mismos cómo funciona el universo. Puede que la magia sea más romántica que la ciencia. Pero la ciencia es *honestá...*, y funciona.

»¿Qué hay contigo, Peepoe? ¿Cuál es tu razón?

Hubo una larga pausa. Luego Peepoe respondió con sorprendente vehemencia.

—¡No puedo soportar toda esa basura de *reyes y hechiceros!* ¿Debe alguien gobernar porque su padre fue un pomposo rey? ¿Tienen que obedecerte todos los pájaros y animales y peces simplemente porque conoces algunas palabras secretas que no piensas compartir con los demás? ¿O por el hecho de que tienes una voz fuerte y tu ególatra *voluntad* es superior a la de los demás?

»Creo recordar que nos libramos de todas estas nociones idiotas hace eras, en la Tierra..., o al menos los humanos lo hicieron. Nunca nos hubieran ayudado a nosotros los delfines a alcanzar las estrellas si no hubieran roto primero esos enfermizos esquemas de pensamiento.

»¿Quieres saber por qué lucharé contra ellos, Tkett? Porque Mopol y Zhaki estarán como en su casa ahí abajo, uno de ellos soñando que es Superman y el otro aspirando a convertirse en el Rey del Mar.

Los tres delfines siguieron nadando, manteniendo el ritmo en silencio mientras Tkett ponderaba qué significaba su decisión. Muy probablemente la resistencia iba a ser inútil. Después de todo, los buyur eran abrumadoramente poderosos y llevaban preparándose medio millón de años. Además, el incentivo que ofrecían hacía que todas las tentaciones anteriores se volvieran pálidas en comparación. Entre las Seis Razas de tierra firme —y la pequeña colonia de delfines—, muchos se precipitarían a aceptar, y ayudarían a convertir el nuevo mundo en una *maravilla mágica* compulsiva.

Nunca antes tuvimos un enemigo como éste, se dio cuenta. Uno que se aprovecha de nuestra mayor debilidad, ofreciendo convertir todos nuestros sueños en realidad.

Por supuesto, había una posibilidad que no habían discutido. Que sólo estaban viendo las capas superficiales de un plan mucho más complicado..., quizás alguna broma pesada larga y desesperadamente poco divertida.

No importa, pensó Tkett. Tenemos que luchar de todos modos contra esto, o nunca llegaremos a ser lo bastante fuertes y sabios como para «captar» la broma. Y ciertamente nunca podremos reembolsarles a los buyur, con intereses. No si ellos controlan todas las palancas ocultas en Oz.

Durante un rato su viaje se sumió en una hosca impotencia. Nadie habló, pero los clics del sonar de los tres se combinaron y viajaron hacia adelante. El regreso de los

ecos pareció arrastrar consigo el veredicto del mar sobre su difícil situación.

Ninguna posibilidad. Pero buena suerte de todos modos.

Finalmente, la pequeña Chissis rompió su meditativo silencio, tras pasar arduamente la última hora en componer su propio glifo filosófico trinario.

En cierto sentido, fue un anuncio..., de que estaba dispuesta a regresar a la lucha por la sapiencia.

Al mismo tiempo, el glifo expresaba también su manifiesto. De ello se dedujo que tenía una razón diferente para elegir luchar contra los buyur. Uno que Tkett y Peepoe no habían expresado, aunque resonaba muy profundo dentro de ellos.

** Tanto las brumosas nieblas del sueño
* como el definido brillar de la luz del día * ofrecen tesoros al que busca
* y un hallazgo de valioso discernimiento.*

** El uno ofrece un abierto y honesto conocimiento
* y la habilidad de lograr maravillas.
* Pero el otro (¡exactamente como se necesita!)
* llena el alma y agita los corazones.*

** ¿Qué necesidad hay entonces de la magia sintética
* o de infantiles maravillas artificiales?
* Dios e Ifni hicieron el cosmos *
lleno de maravillas..., ¡vivamos en él! **

Peepoe suspiró apreciativamente.

—Yo no hubiera podido decirlo mejor. ¡Al diablo las grandes ranas viejas!
Haremos magia propia.

Estaban cansados y el sol se estaba hundiendo detrás de ellos cuando llegaron a la vista de la orilla y oyeron a otros delfines charlotear en la distancia. De todos modos, los tres aceleraron el ritmo, avanzando a través de las sedosas aguas de Jijo.

Pese a toda la evidencia de la lógica y de sus sentidos, el día daba la impresión de ser todavía por la mañana.

Posfacio

Raras veces escribo dos libros «universo» orientados al espacio uno detrás de otro. Hay tantos ambientes y situaciones posibles para las historias, y me gusta especialmente intercalar más novelas «adultas» situadas en la Tierra, en futuros casi plausibles. Sin embargo, mi serie de la elevación de relatos situados en el espacio en

un futuro muy lejano demostraron ser tan populares que me arrastraron a escribir una reciente trilogía: *Arrecife brillante*, *La costa del infinito* y *Los límites del cielo*. Añadida a tres novelas anteriores: *Navegante solar*, *Marea estelar* y *La rebelión de los pupilos*, forman un núcleo de aventuras en la desvergonzadamente orgullosa tradición del space-opera..., aunque espero que con algunas ideas mezcladas en la mejor tradición de la ciencia ficción.

A un nivel, estas obras tratan de las implicaciones morales, científicas y emocionales de la «elevación», la aplicación de la ingeniería genética a otros animales para llevarlos hasta nuestra civilización con unos poderes de pensamiento equivalentes a los humanos. Muchos otros autores (p. e. H. G. Wells, Pierre Boulle, Mary Shelley y Cordwainer Smith) se ocuparon de este concepto general antes, pero todos ellos lo abordaron aproximadamente de la misma forma, suponiendo que el proceso sería objeto de abusos, que los humanos que concedían este don estaban locos y estropeaban las cosas estableciendo una cruel relación amo-esclavo con sus creaciones.

Por supuesto, ése es un resultado posible (y desdeñable). Todas ellas eran buenas historias con sus completos mensajes morales. Pero esa vena ya ha sido demasiado explotada, así que elegí otro enfoque distinto. ¿Y si algún día empezamos a modificar los animales superiores —y creo que realmente lo haremos—, guiados por la moralidad de la moderna sociedad liberal? Llenos de estilista hipertolerancia y ansiedad desprovista de culpa, ¿correríamos el peligro de matar a nuestros clientes con *bondad*? Más importante aún, estos nuevos tipos de seres sapiens se enfrentarían a auténticos problemas, aunque fueran bien tratados. El ajuste sería difícil. Uno no necesita imaginar la esclavitud para simpatizar con su situación.

Meditando sobre la noción de la elevación, se me ocurrió lo obvio que podía parecer el proceso para unos seres alienígenas que han viajado por las estrellas durante eones, encontrándose con incontables formas de vida presapiens y proporcionando a cada una de ellas un impulso, creando nuevas generaciones de viajeros estelares que a su vez harían lo mismo con otros, y así sucesivamente. La imagen resultante de una cultura extendiéndose de este modo por la galaxia me cautivó. Tendría grandes ventajas, pero quizá conduciría también a un tipo de aturrido conservadurismo cultural..., una obsesión con el pasado. Ahora supongamos que un joven clan de terrestres —no sólo humanos, sino también delfines y chimpancés elevados— se encontrara con una de esas vastas y antiguas civilizaciones. ¿Cómo serían tratados los recién llegados? ¿Cómo reaccionarían éstos?

Demasiados escenarios de ciencia ficción suponen estados de no explicado desequilibrio, en los cuales los exploradores humanos emergen justo a tiempo para tropezar con otros ahí fuera que poseen exactamente el nivel adecuado para ser interesantes competidores o aliados. De hecho, el estado normal de las cosas se convierte en uno de *equilibrio*: un equilibrio de ley, o quizá de muerte. Podemos ser

la Primera Raza, como exploro en mi historia «Las esferas de cristal», o llegados muy tardíos, como se refleja en los libros de la *Elevación*. De cualquier forma, es muy poco probable que nos encontremos con alienígenas que sean nuestros iguales.

Mi segunda motivación en esta serie era ecológica. Lo que estamos haciendo con nuestra Tierra me hace temer que hayamos «prendido» holocaustos ecológicos a través de la galaxia. El escenario común de ciencia ficción muestra a ansiosos colonos estelares gritando: «¡Llenemos el universo!». La frontera salvaje es una imagen muy satisfactoria, pero la expansión indiscriminada puede crear ecopáramos en sólo unos pocos años. Si esto ha ocurrido ya unas cuantas veces, ayudaría a explicar el aparente vacío que los científicos observan ahora, en el cual la galaxia parece tener otras pocas voces, si tiene alguna. Este esquema podría ser evitado si algo regulara la forma en que los colonos tratan a los planetas, obligándolos a tomar en consideración el largo plazo. El universo elevado presenta una forma en que puede ocurrir esto. Pese a toda su inescrutabilidad y ocasional malicia, mis galácticos muestran una alta prioridad a preservar planetas, hábitats y potenciales para nueva vida sapiens. El resultado es un universo ruidoso y disputador, pero uno lleno con mucha más diversidad de la que habría habido de otro modo.

Por supuesto, buena parte de la diversión ha sido meter todo esto en las cabezas de los personajes neodelfines y neochimpancés. El concepto de la elevación convierte esto en un excelente ejercicio de autor. Cuando los personajes parecen justo un poco demasiado humanos, eso es resultado (naturalmente) tanto de las medidas genéticas como culturales que fueron tomadas para hacer de ellos miembros de la cultura de la Tierra. Pero he disfrutado desde terreno seguro explorando hacia fuera, escuchando los más antiguos y más naturales instintos cetáceos y simiescos, que pueden poner en un aprieto a los orgullosos seres sapiens, del mismo modo que los fantasmas de la antigua prehumanidad turban a veces a los hombres y mujeres de la era moderna. Especialmente en los neodelfines, intenté combinar los últimos hechos científicos y modelos de cognición cetácea con mis propias exploraciones imaginativas de su vida «cultural» y emocional.

Finalmente, como todo buen relato, cada historia en el universo elevado trata de algún aspecto del bien y del mal..., o del sombrío reino entre ambos. Uno de los que he enfocado últimamente es la insidiosa y arrogante, pero muy común, suposición de que las *palabras* son más importantes que las *acciones*.

Durante siglos ha habido un constante conflicto entre quienes creen que las ideas son inherentemente peligrosas, o tóxicas, y aquéllos por otra parte que proponen que podemos criar niños osados y convertirlos en adultos maduros, capaces de evaluar escépticamente cualquier noción según sus méritos. Incluso hoy, hay en todas las alas políticas quienes sienten que alguna elite (de izquierdas o de derechas) debería de proteger a las masas de peligrosas imágenes o impresiones. La misma gente predica a menudo que «pensar algo es lo mismo que hacerlo».

Verán una conexión con esto en el renacimiento de la «magia», en la literatura de

fantasía. Los protagonistas mágicos son casi siempre mejores, más fuertes y más poderosos que los demás personajes *no* porque hayan alcanzado su *status* a través de la preparación, o el mérito, o la discusión, sino debido a algún intrínseco poder o fuerza místico que los sitúa por encima de los demás mortales. En esas sociedades de fantasía, el poder o bien es heredado o se halla arraigado en el abrumador ego del *Urbemensch*, coaccionando a la naturaleza para que se doblegue ante su fuerza de voluntad. El esfuerzo cooperativo de hábiles profesionales que ha traído auténticas maravillas de ciencia y libertad en este siglo es desdeñado u olvidado. Los esgrimidores de palabras mágicas son reflejados como algo mejor que meros moldeadores de materia, en especial cuando esas palabras son palabras *secretas*, todopoderosas y (por supuesto) nunca compartidas con meros campesinos ignorantes. Este tipo de literatura rechaza el empuje igualitario de la civilización occidental, revirtiendo a más antiguas tradiciones que alababan y disculpaban el poder de las elites en todas las demás civilizaciones.

En mi historia «Tentación» —una aventura derivada de algunos acontecimientos plasmados en *La costa del infinito*— nos enfrentamos a esa antigua noción maligna, la siempre acechante tentación de las *ilusiones*. Como llegan a la conclusión los personajes de los delfines, *es posible mezclar ciencia y arte*. Podemos combinarlo honestamente con la extravagante autoexpresión. No somos seres limitados.

Pero ya se ha causado demasiado daño por parte de seres humanos que deciden que la persuasión es lo único que importa.

Todo no es subjetivo. La realidad importa también. La *verdad* importa. Todavía es una palabra con significado.

—David Brin

Roma Eterna

Robert Silverberg

To the Promised Land (1989)
Tales from the Venia Woods (1989)
An Outpost of the Empire (1991)
Via Roma (1994)
Waiting for the End (1998)

Las historias de *Roma Eterna* están basadas en un escenario histórico alternativo en el cual los antiguos hebreos se quedaron en Egipto en lugar de ser conducidos por Moisés como registra el Libro del Éxodo. Puesto que los judíos nunca se establecieron en Palestina, la figura histórica de Jesús de Nazareth no existió, el cristianismo no se desarrolló, y Roma siguió siendo pagana. La historia de Roma en este mundo alternativo es en general idéntica a la de *nuestra* Roma tal como se desarrolló desde el siglo IV d. C.: la fundación del Imperio bajo Augusto, su gran expansión bajo Trajano, Adriano y Marco Aurelio, sus dificultades durante la época de las dictaduras militares del siglo III, y la división del Imperio por Constantino el Grande en los dominios oriental y occidental.

Pero después de Constantino, que en nuestro universo fue responsable de convertir el cristianismo en la religión oficial del estado romano, las cosas empiezan a divergir. El Imperio, en vez de verse hendido por las peleas que dividieron a los herederos de Constantino en nuestra línea temporal, y debilitado políticamente por las cambiadas actitudes sociales introducidas por el cristianismo, medra y se expande en el siglo V y consigue renovarse constantemente durante el período que llamamos la Edad Media, derrotando las invasiones de los bárbaros y manteniéndose como un floreciente Imperio mundial que se extiende desde Britania hasta las fronteras de la India y China. El Imperio no tiene serios rivales en el mundo, aunque en ocasiones hay disputas entre las mitades oriental y occidental, y los Imperios azteca e inca del Nuevo Mundo se mantienen independientes y poderosos pese a un aciago intento romano de conquistarlos y establecer una Nova Roma al otro lado del mar.

La línea temporal de las historias de *Roma Eterna* empieza el año 753 a. C., la fecha tradicional de la fundación de la ciudad; así, nuestro año 1999 d. C. es el 2752 A. U. C. según el cómputo romano. De las historias escritas hasta ahora, la más antigua según su cronología es «*Waiting for the End*», situada en el 1951

A. U. C. (1198 d. C.), que muestra cómo la mitad occidental del Imperio, durante un período de decadencia, es invadida y conquistada por el ejército del Imperio Oriental de habla griega.

En «An Outpost of the Empire», que tiene lugar 250 años más tarde, en el 2206 A. U. C. (1453 d. C.), el Imperio Occidental no sólo ha recuperado su independencia sino que, bajo el vigoroso liderazgo del emperador Flavio Rómulo, ha derrotado al Imperio Oriental y lo ha incorporado a un estado imperial reunido que incluye ambas mitades del Imperio que Constantino dividió mil cien años antes.

En los años imperiales 2250-2550, paralelos a nuestros siglos XVI, XVII y XVIII, el Imperio emprende un renacimiento que recibe su primer ímpetu de manos del gran emperador Trajano VII, que emprendió viajes por todo el mundo y desarrolló el comercio con Asia. El resurgir del crecimiento económico gracias a la apertura de nuevas rutas comerciales conduce finalmente a una revolución industrial, la descomposición del corazón imperial en regiones que hablan dialectos que se aproximan a idiomas separados (galo, hispano, britano, «romano» [italiano], etc.), y finalmente al colapso gradual de la autoridad central del Imperio durante un segundo período de próspera decadencia. Un intento de reunificación de las provincias europeas virtualmente independientes, lanzado en el 2563 A. U. C. (1810 d. C.) por la figura napoleónica del conde Valerian Apollinaris, tiene éxito, y durante un tiempo el Imperio, con Apollinaris gobernando firmemente como el poder detrás del trono, parece rejuvenecido.

Pero el asesinato de Apollinaris condena el sistema imperial: tras dieciocho siglos de Césares, hay un intenso anhelo público de barrer la perezosa aristocracia amante de los lujos y volver al antiguo gobierno republicano que aboliera Augusto. La siguiente de las historias existentes en la actualidad, «Via Roma», muestra el derrocamiento del último emperador el 2603 A. U. C. (1850 d. C.), el asesinato de casi todos los miembros de la familia real, y el establecimiento de la Segunda República bajo la égida del autoritario y conservador Gayo Junio Scaevola, que adopta el título de Primer Cónsul de por Vida.

La siguiente historia, «Tales of the Venia Woods», que tiene lugar unos cincuenta años después de la caída de los Césares, proporciona un atisbo del último miembro superviviente de la antigua casa imperial, un viejo que vive como un tranquilo recluso en el bosque de las afueras de la ciudad que conocemos como Viena. Luego la serie salta al 2723 A. U. C. (1970 d. C.) y a la historia «To the Promised Land», donde Moshe, un carismático judío egipcio, intenta construir un vehículo espacial para llevar a su pueblo a otro mundo. El intento de lanzar la nave espacial es desastroso y Moshe resulta muerto, pero al final de la historia vemos los primeros pasos en el desarrollo de una nueva religión mesiánica en el Medio Oeste, en la que Moshe es considerado el Hijo de Dios.

La historia incluida aquí, situada en el 2503 A. U. C. (1750 d. C.) llena un hueco en la serie mostrando al Imperio a finales de la Segunda Decadencia, cuando el emperador Demetrio II está a punto de ascender al trono, y un historiador vuelve la vista hacia el Renacimiento inaugurado por Trajano VII un cuarto de milenio antes, considerándolo una edad de oro.

Conocer al Dragón

Robert Silverberg

Aquella mañana llegué al teatro a las nueve, media hora antes de la hora señalada, porque sabía demasiado bien lo desagradable que podía ponerse el César Demetrio con los impuntuales. Pero el César, al parecer, había llegado todavía antes aquel día. Encontré a Labieno, su guardia personal y principal compañero de bebida, junto a la entrada del teatro; cuando me acerqué, me hizo una mueca y dijo:

—¿Qué te ha retenido tanto tiempo? El César te ha estado aguardando.

—Llego media hora antes —dije hoscamente. No era necesario tener tacto con gente como Labieno..., o Polícrates, como debía llamarle ahora que el César nos había dado a todos nuevos nombres griegos—. ¿Dónde está?

Labieno señaló hacia la puerta e hizo girar su dedo medio directamente hacia arriba, agitándolo tres veces hacia el cielo. Cojeé junto a él sin otra palabra y entré.

Para mi desánimo vi la figura de Demetrio César justo en la cima del teatro, la fila más alta, su delgada figura netamente silueteada contra el brillante azul del cielo matutino. Hacía menos de seis semanas desde que me había roto el tobillo cazando el jabalí con el César en el interior de la isla; todavía iba con muletas, y caminar, y no digamos subir escaleras, era todo un desafío para mí. Pero allí estaba él, en lo más alto.

—¡Así que al fin te has dignado dejarte ver, Pisandro! —exclamó—. Ya era hora. ¡Sube, rápido! Tengo algo muy interesante que mostrarte.

Pisandro. Fue el último verano cuando de pronto nos adjudicó nombres griegos a todos. Julio y Lucio y Marco perdieron sus buenos y honestos nombres romanos y se convirtieron en Euristeo e Idomeneo y Diomedes. Yo, que era Tiberio Ulpio Draco, era ahora Pisandro. Era la última moda que el César mantenía en la corte —a insistencia de su padre imperial— allá abajo en Sicilia: a seguir, suponíamos todos, por obligatorios cortes de pelo griegos y pegajosas pomadas, llevar atuendos griegos y, finalmente, la introducción obligatoria de la práctica de la sodomía griega. Bueno, los Césares se divierten como quieren; y no me hubiera importado si me hubiera adjudicado algún nombre heroico, Agamenón o Ulises o algo parecido. ¿Pero Pisandro? Pisandro de Laranda era el autor de esa maravillosa epopeya de la historia del mundo, *Matrimonios heroicos de los dioses*, y hubiera sido razonable que el César me hubiera llamado así por él, porque yo también soy historiador. Y también está el anterior Pisandro, Pisandro de Camiro, que escribió la más antigua epopeya conocida de las hazañas de Heracles. Pero había también otro Pisandro, un gordo y corrupto político ateniense que es objeto de algunas despiadadas burlas en el

Hipérbolo de Aristófanes, y sé que esa obra es una de las favoritas especiales del César. Puesto que los otros dos Pisandros son figuras surgidas de la antigüedad, oscuras excepto para especialistas como yo, no puedo dejar de pensar que el César tenía en mente al personaje de Aristófanes cuando acuñó mi nombre griego. No soy ni gordo ni corrupto, pero el César siente un gran placer en vejar nuestras almas con estas pequeñas bromas pesadas.

Obligar a un tullido a subir hasta la parte superior del teatro, por ejemplo. Lo hice, cojeando dolorosamente escalón tras escalón de piedra, piso tras piso tras piso, hasta que emergí al fin a la altura de la última fila. Demetrio miraba hacia un lado, admirando el maravilloso espectáculo del monte Etna que se alzaba al oeste, con su caperuza de nieve manchada por las cenizas en su cima y una voluta de negro humo enroscándose sobre su hirviente fauce. Las vistas que se consiguen aquí arriba en la parte más alta del gran teatro del Tauromenion quitan realmente el aliento; pero mi aliento ya me lo había quitado el esfuerzo de la ascensión, y en aquellos momentos no estaba de humor para apreciar el esplendor del escenario que nos rodeaba.

Estaba reclinado contra la mesa de piedra en el pasillo de la última fila donde los vendedores de vino exhiben sus productos durante los intermedios. Tenía un enorme pergamino desplegado frente a él.

—He aquí mi plan para la mejora de la isla, Pisandro. Ven a echarle una ojeada y dime qué piensas de él.

Era un enorme mapa de Sicilia que cubría toda la mesa. Trazado prácticamente a plena escala, diría uno. Pude ver grandes círculos escarlatas, quizá media docena de ellos, atrevidamente señalados en él. No era en absoluto lo que estaba esperando, puesto que el propósito ostensible de la reunión esta mañana era discutir el plan del César para renovar el teatro del Tauromenion. Entre mis varias áreas de experiencia hay un cierto conocimiento de la arquitectura. Pero no, no, la renovación del teatro no estaba en absoluto en la mente de Demetrio hoy.

—Ésta es una hermosa isla —dijo—, pero su economía lleva décadas como dormida. Propongo despertarla emprendiendo el más ambicioso programa de construcción que Sicilia haya visto nunca. Por ejemplo, Pisandro, aquí mismo en nuestro hermoso y pequeño Tauromenion hay una urgente necesidad de un palacio real adecuado. La villa donde he estado viviendo estos últimos tres años está agradablemente situada, sí, pero es más bien modesta, ¿no dirías?, para residencia del heredero del trono. —Modesta, sí. Treinta o cuarenta estancias al borde del agreste risco que dominaba la ciudad, ofreciendo una perspectiva sin rival del mar y del volcán. Golpeó con el dedo el círculo escarlata en la esquina superior derecha del mapa y que rodeaba el lugar que ocupa el Tauromenion en el lado nordeste de Sicilia—. Supón que convertimos la villa en un palacio como corresponde extendiéndola un poco por la cara del risco, ¿eh? Ven, te mostraré lo que quiero decir.

Cojeé tras él. Me condujo hasta un punto a lo largo del borde hasta donde podía verse el pórtico de su villa, y procedió a describir una serie de niveles en cascada,

sostenidos por fantásticas plataformas en voladizo y enormes contrafuertes que sostendrían toda la estructura a lo largo de la cara del risco, hasta la misma orilla del mar Jónico allá abajo.

—¿No sería así mucho más simple para mí bajar a la playa? ¿Si construyéramos un camino de algún tipo que descendiera por el lado del edificio, con una cabina suspendida por cables? En vez de tener que tomar la carretera principal, podría descender simplemente desde mi propio palacio.

Le miré con los desorbitados ojos de la incredulidad. Una estructura así, si es que podía llegar a construirse, necesitaría cincuenta años de construcción y costaría como mínimo mil millones de sextercios. Diez mil millones, quizá.

Pero eso no era todo. En absoluto.

—Luego, Pisandro, necesitamos hacer algo acerca de la acomodación regia en Panormo. —Movié su dedo hacia el oeste sobre el mapa, hasta el gran puerto más hacia el norte—. Panormo es donde a mi padre le gusta estar cuando viene aquí; pero el palacio tiene seiscientos años y es completamente inadecuado. Me gustaría derribarlo y construir una réplica a plena escala del palacio imperial de la Colina Palatina en su lugar, con quizás una réplica del Foro de Roma justo debajo. Le encantará: le hará sentirse en casa cuando visite Sicilia. Luego, para un lugar agradable donde permanecer en mitad de la isla cuando vayamos de caza, está ese maravilloso viejo palacio de Maximiano Hercúleo cerca de Enna, pero se está cayendo prácticamente en pedazos. Podríamos erigir un palacio completamente nuevo, en estilo bizantino, digamos, en este mismo lugar, teniendo mucho cuidado de no dañar los mosaicos existentes, por supuesto. Y luego...

Escuché, cada vez más y más estupefacto. La idea de Demetrio de despertar la economía siciliana implicaba construir palacios reales impensablemente costosos por toda la isla. En Agrigento, en la costa sur, por ejemplo, donde a la realeza le gusta ir para ver los magníficos templos griegos que se encuentran allí y en la cercana Selinonte, creía que sería agradable construir un duplicado exacto de la famosa villa de Adriano en Tibur como una especie de pabellón de caza para ellos. Pero la villa de Adriano tiene el tamaño de una pequeña ciudad. Se necesitaría un equipo de artesanos durante al menos un siglo para construir su gemela en Agrigento. Y en el extremo oeste de la isla tiene cierta idea de un castillo en tosco estilo homérico primario, o lo que él imagina que es el estilo homérico, aferrado románticamente a la cima de la ciudadela de Erix. Luego, abajo en Siracusa..., bueno, lo que tenía en mente para Siracusa hubiera provocado la bancarrota del Imperio. Un gran nuevo palacio, naturalmente, pero también un faro como el de Alejandría, y un Partenón de dos veces el tamaño del auténtico, y una docena o así de pirámides como las de Aigypptos, sólo que quizás un poco más grandes, y un Coloso de bronce en la línea del agua como el que se alzaba en el puerto de Rodas, y..., soy incapaz de enumerar toda la lista sin desear echarme a llorar.

—Bien, Pisandro, ¿qué dices? ¿Ha habido alguna vez un programa de

construcción como éste en la historia del mundo?

Su rostro resplandecía. Es un hombre muy apuesto, es Demetrio César, y en ese momento, transfigurado por su propio plan megalomaniaco, era un verdadero Apolo. Pero un Apolo loco. ¿Qué respuesta podía darle a todo aquello que acababa de derramar sobre mí? ¿Que pensaba que era la locura más absoluta? ¿Que dudaba mucho de que hubiera oro suficiente en todo el tesoro de su padre para respaldar el coste de una empresa tan absurda? ¿Que todos llevaríamos muertos mucho tiempo antes de que pudieran completarse aquellos proyectos? El emperador Ludovico, su padre, cuando me asignó al servicio del César Demetrio, me había advertido de su volátil temperamento. Una palabra mal colocada, y podía verme arrojado de cabeza por aquellos mismos escalones por los que acababa de subir con tanto esfuerzo.

Pero sé cómo arreglar las cosas cuando hablo con la realeza. Con tacto pero no untuosamente, dije:

—Es un proyecto que me inspira maravilla, César. Me resulta difícil pensar en nada parecido.

—Exacto. Nunca ha habido nada como esto, ¿verdad? Pasaré a la historia. Ni Alejandro ni Sardanápalo ni el propio Augusto César intentaron jamás un programa de obras públicas de tamaño tan ambicioso. Tú, por supuesto, serás el arquitecto jefe de todo el proyecto, Pisandro.

Si me hubiera pateado en las entrañas no hubiera recibido una impresión tan grande. Contuve un jadeo y dije:

—¿Yo, César? Me honras demasiado. Mi campo principal en estos días es la historia, mi señor. He tanteado un poco con la arquitectura, pero no me considero en absoluto cualificado para...

—Bueno, yo sí. Ahórrame tu falsa modestia, ¿quieres, Draco? —De pronto me llamaba de nuevo por mi auténtico nombre. Eso parecía muy significativo—. Todo el mundo sabe lo capaz que eres. Te ocultas detrás de esa pose erudita porque crees que es más seguro así. Pero soy muy consciente de tus auténticas habilidades, y cuando sea emperador pienso sacarles todo el partido. Ésa es la principal característica de un gran emperador, ¿no?, rodearse de hombres que también sean grandes, e inspirarles a que den toda su potencialidad. Espero ser un gran emperador, ¿sabes?, dentro de diez años, veinte, cuando llegue mi turno. Pero ya estoy empezando a elegir a mis hombres clave. Tú serás uno de ellos. —Me guiñó un ojo—. Cuida de que esta pierna cure rápido, Draco. Tengo intención de iniciar este proyecto construyendo el palacio Tauromenion, que quiero que diseñes para mí, y eso significa que tú y yo vamos a tener que recorrer la cara de ese risco en busca del mejor emplazamiento posible. No te quiero con muletas cuando lo hagamos. ¿No está maravillosa la montaña hoy, Pisandro?

En el espacio de tres inspiraciones de aire me había convertido de nuevo en Pisandro.

Enrolló su pergamino. Me pregunté si íbamos a hablar finalmente del trabajo de

renovación del teatro. Pero entonces me di cuenta de que el César, con su mente inflamada por la magnificencia de su plan de transformar todas las ciudades importantes de la isla, ya no estaba interesado en hablar de algo tan insignificante como reemplazar el canal de drenaje cegado que descendía por la colina adyacente a este teatro de lo que lo estaría un dios en escuchar los problemas personales de salud de alguien, su tobillo roto, digamos, cuando su divino intelecto está absorto en la tarea de diseñar alguna nueva plaga apocalíptica con la que pretende destruir once millones de lejanos habitantes de Khitai de piel amarilla un poco más adelantado el mes.

En consecuencia, admiramos juntos la vista durante un rato. Luego, cuando tuve la impresión de que había sido despedido, me fui sin plantear el tema del teatro, y bajé de nuevo los escalones lenta e incómodamente. Justo cuando llegaba al fondo oí al César llamarme. Por un terrible momento temí que fuera a pedirme que subiera de nuevo. Pero simplemente quería desearme un buen día. El César Demetrio está loco, por supuesto, pero en realidad no es perverso.

—El emperador nunca le permitirá hacerlo —dijo Espículo cuando nos sentamos más tarde aquella misma noche ante nuestro vino.

—Lo hará. El emperador le concede a su loco hijo hasta su más mínimo deseo. Y este grande también.

Espículo es mi más viejo amigo, un hombre pequeño y espinoso con un nombre muy adecuado. Ambos somos hispanos; fuimos juntos a la escuela en Tarraco; cuando fui a residir a Roma y entré al servicio del emperador, lo mismo hizo él. Cuando el emperador me trasladó junto a su hijo, Espículo me siguió también lealmente a Sicilia. Confío en él como no confío en nadie. Y el sentimiento es mutuo.

—Entonces, si lo empieza —dijo Espículo—, nunca llegará a ningún lado. Ya sabes cómo es. Seis meses después de que abran el suelo para construir el palacio aquí, decidirá que mejor prefiere empezar su Partenón en Siracusa. Erigirá tres columnas allí y luego pasará a Panormo. Y después saltará a alguna otra parte un mes después de eso.

—¿Y bien? —dije—. ¿A mí qué me importa nada de eso? Es él quien quedará como un estúpido si hace así las cosas, no yo. Yo sólo soy el arquitecto.

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Vas a mezclarte realmente con eso, de veras?

—El César ha requerido mis servicios.

—¿Y eres tan supino que harás simplemente lo que le te diga, por estúpido que sea? ¿Echarás por la borda los próximos cinco o diez años de tu vida con los disparatados planes de un joven príncipe demente de enterrar toda esta isla abandonada de la mano de los dioses bajo montañas de mármol? ¿Ver tu nombre unido a esto para todos los tiempos futuros como el facilitador de este lunático asunto? —Su voz adquirió un burlón tono de soprano—. *«Tiberio Ulpio Draco, el mayor hombre de ciencia de la época, abandonó estúpidamente todas sus valiosas*

investigaciones eruditas a fin de dedicar los restantes años de su vida a esta disparatada serie de ridículamente grandiosos proyectos, ninguno de los cuales fue completado nunca, y finalmente fue hallado una mañana, muerto por su propia mano, tendido en la base de la no terminada Gran Pirámide de Siracusa...». ¡No, Draco! ¡No lo hagas! ¡Simplemente niega con la cabeza y márchate!

—Hablas como si tuviera alguna elección —dije.

Se me quedó mirando. Luego se levantó y cruzó cojeando el patio hacia el balcón. Es deforme de nacimiento, con la pierna izquierda retorcida y un pie que apunta hacia un lado. Mi accidente de caza lo puso furioso, porque me hacía cojear también, lo cual dirige una atención adicional a la deformidad de Espículo cuando cojeamos uno al lado del otro por las calles, una pareja grotescamente cómica que podía pensarse fácilmente que iban a una convención de mendigos.

Por un largo momento se quedó mirándome furioso sin hablar. Era una noche de brillante luna, que iluminaba esplendorosamente las villas de los ricos arriba y abajo de las laderas de la colina tauromenia, y a medida que se prolongaba el silencio me di cuenta de que estaba estudiando la silueta triangular de la forma de Espículo tal como era iluminada desde atrás por la helada luz blanca; los amplios y recios hombros que se estrechaban hasta la angosta cintura y las delgadas piernas, y la gran cabeza sobresaliente plantada desafiante encima. De tener mi bloc de dibujo hubiera iniciado un boceto suyo. Pero por supuesto lo he dibujado muchas veces antes.

Finalmente dijo, con voz muy suave:

—Me sorprendes, Draco. ¿Qué quieres decir con que no tienes elección? Simplemente renuncia de tu puesto a su servicio y regresa a Roma. El emperador te necesita allí. Puede hallar alguna otra niñera para ese príncipe idiota. No pensarás en serio que Demetrio te arrojará a una mazmorra si declinas aceptar el trabajo, ¿verdad? O ejecutarte, o alguna otra cosa.

—No lo entiendes —dije—. *Quiero hacer el trabajo.*

—¿Aunque no sea más que los sueños húmedos de un loco? Draco, ¿te has vuelto loco tú también? ¿Es contagiosa la locura del César?

Sonreí.

—Por supuesto, sé lo ridículo que es todo esto. Pero eso no significa que no desee probarlo.

—Ah —dijo Espículo, captándolo al fin—. ¡Ah! ¡Así que es eso! ¡La tentación de lo impensable! ¡El ingeniero que hay en ti desea colocar Pelión sobre Ossa para ver si las dos montañas se mantienen una encima de la otra! Oh, Draco, Demetrio no es tan loco como parece, ¿verdad? Ha encajado contigo perfectamente. Sólo hay un hombre en el mundo que tiene la *arrogancia* de aceptar este trabajo idiota, y se halla precisamente aquí, en Tauromenion.

—Es colocar Ossa sobre Pelión, no al revés —dije—. Pero sí. ¡Sí, Espículo! Por supuesto que me siento tentado. ¿Y qué si todo es una locura? ¿Y qué si nada llega a terminarse nunca? Al menos se empezarán las cosas. Pueden trazarse los planos;

pueden excavarse los cimientos. ¿No crees que no deseo ver cómo puede construirse una pirámide aigypcia? ¿O cómo construir en voladizo un palacio a cientos de metros cara abajo de este risco? Para mí es la oportunidad de toda una vida.

—¿Y tienes en cuenta la vida de Trajano VII? Sólo anteayer no podías dejar de hablar de los documentos que te han sido enviados desde el archivo de Sevilla. Especulando la mitad de la noche sobre las maravillosas nuevas revelaciones que vas a encontrar ahí. ¿Vas a abandonar todo eso así, simplemente?

—Por supuesto que no. ¿Por qué debería un proyecto interferir con el otro? Soy completamente capaz de trabajar en un libro por la noche mientras diseño palacios durante el día. Espero continuar con mis pinturas y mi poesía y mi música también. Creo que me subestimas, viejo amigo.

—Bueno, que no se diga que alguna vez no has sido culpable de hacer lo mismo. Deje pasar aquello.

—Te ofrezco una consideración adicional, y luego dejemos la cosa de lado, ¿de acuerdo? Ludovico ya ha cumplido los sesenta y no goza de la mejor salud. Cuando muera, Demetrio va a ser emperador, le guste o no le guste la idea a la gente, y tú y yo volveremos a Roma, donde yo seré una figura clave en su administración, y todos los recursos académicos y científicos de la capital estarán a mi disposición. A menos, por supuesto, que me retire irrevocablemente de él mientras todavía es sólo el heredero aparente arrojándole este proyecto suyo a la cara, como parece que tú quieres que haga. Así que voy a aceptar el trabajo. Como una inversión a la espera de futuros beneficios, por así decirlo.

—Muy espléndidamente razonado, Draco.

—Gracias.

—Y supongamos que, cuando Demetrio sea emperador, lo cual por alguna oscura ironía de los dioses ocurrirá probablemente antes de mucho, decide que prefiere mantenerte aquí en Sicilia terminando la gran obra de llenar esta isla con esplendores arquitectónicos de segunda mano en vez de interrumpir su sagrada tarea transfiriéndote a la corte de Roma, y que eso es lo que sigues haciendo durante todo el resto de tu vida, chapotear en estas aguas estancadas supervisando la completamente inútil e innecesaria construcción de...

Ya había tenido suficiente.

—Mira, Espículo, eso es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Ya me ha dicho con estas mismas palabras que cuando sea emperador planea utilizar al máximo mis habilidades, cosa que su padre nunca hizo.

—¿Y tú le crees?

—Sonaba completamente sincero.

—¡Oh, Draco, Draco! ¡Estoy empezando a creer que todavía eres más loco que él!

Era un juego, por supuesto. Lo sabía muy bien.

Y Espículo podía estar diciendo muy bien la verdad cuando dijo que yo estaba más loco que el pobre Demetrio. El César, después de todo, no puede evitar ser de la forma que es. Ha habido locura, auténtica locura, en su familia durante un centenar de años o más, sería inestabilidad mental, algún defecto de la mente que conducía a impredecibles estallidos de frivolidad y capricho. Yo, por mi parte, enfrentaba cada día con claras percepciones. Trabajo duro y soy de confianza, y poseo una inteligencia finamente calibrada capaz de tener éxito en todo lo que hago. Esto no es alardear. La solidez de mis logros es un hecho que no está abierto a la discusión. He construido templos y palacios, he pintado grandes cuadros y modelado espléndidas estatuas, he escrito poemas épicos y libros de historia, incluso he diseñado una máquina voladora que algún día construiré y probaré con éxito. Y hay mucho más además de lo que tengo en mente terminar, los secretos que escribo cifrados en mis cuadernos de notas con una escritura de derecha a izquierda, cosas que transformarán el mundo. Algún día las llevaré a la perfección. Pero por el momento no estoy preparado para insinuar siquiera nada de esto a nadie, y así utilizo la escritura cifrada. (¡Como si alguien fuera capaz de comprender esas ideas mías aunque pudiera leer lo que está escrito en esos cuadernos de notas!).

Uno podría decir que debo toda esta agilidad mental a la especial amabilidad de los dioses, y no tengo intención de contradecir este piadoso pensamiento; pero la herencia también tiene algo que ver con ello. Mis capacidades superiores son el don de mis antepasados del mismo modo que los fallos de la mente de Demetrio César lo son de los suyos. En *mis* venas corre la sangre de uno de los más grandes de nuestros emperadores, el visionario Trajano VII, que hubiera podido llevar con orgullo el título que fue concedido dieciséis siglos antes al primer emperador con ese nombre: Optimus Princeps, «el mejor de los príncipes». ¿Quiénes, en cambio, son los antepasados de Demetrio César? ¡Ludovico! ¡Mario Antonino! ¡Valens Aquila! ¿Acaso no son éstos algunos de los hombres más débiles que jamás han ocupado el trono, y acaso no han conducido al Imperio por el camino de la decadencia y el declive?

Por supuesto, el destino del Imperio es entrar en períodos de decadencia de tanto en tanto, del mismo modo que su suprema buena suerte es hallar, siempre y cada vez, una nueva fuente de renacimiento y renovación cuando se necesita una. Es por eso que nuestra Roma ha sido la potencia preeminente en el mundo durante más de dos mil años, y por eso lo seguirá siendo hasta el fin del tiempo, un mundo sin fin, renaciendo eternamente con nuevo vigor.

Consideren. Hubo una época turbulenta y caótica hace mil ochocientos años, y de ella Augusto César nos dio el gobierno imperial, que nos ha servido bien desde entonces. Cuando la sangre de los primeros Césares corría demasiado fluida y

hombres como Calígula y Nerón subieron desastrosamente al poder, la redención no tardó en llegar al alcance de la mano en la forma del primer Trajano, y después de él Adriano, sucedidos por los igualmente capaces Antonino Pío y Marco Aurelio.

Un período posterior de trastornos fue solventado por Diocleciano, cuyo trabajo fue completado por el gran Constantino; y cuando, inevitablemente, declinamos de nuevo, setecientos años más tarde, cayendo en lo que los historiadores modernos llaman la Gran Decadencia, y fuimos tan fácil y tan vergonzosamente conquistados por nuestros hermanos de habla griega del este, finalmente surgió entre nosotros Flavio Rómulo para proporcionarnos una vez más la libertad. Y no mucho después de él llegó Trajano VII para llevar a nuestros exploradores alrededor del globo, trayendo de vuelta incalculables riquezas y poniendo en movimiento el excitante período de expansión que conocemos como el Renacimiento. Ahora, ay, somos decadentes de nuevo, vivimos en lo que supongo se denominará algún día la Segunda Gran Decadencia. El ciclo parece inevitable.

Me gusta pensar en mí mismo como en un hombre del Renacimiento, el último de los míos, nacido por algún triste e injusto accidente del destino dos siglos fuera del tiempo que le correspondía y obligado a vivir en esta imbécil y decadente era. Es una agradable fantasía, y hay muchas evidencias, por mi modo de pensar, de que sea cierta.

Que es una era decadente no puede haber ninguna duda. Un síntoma definitorio de decadencia es una propensión a las enormes extravagancias carentes de sentido, ¿y qué mejor ejemplo puedo proporcionar que el loco e imprudente plan del César de remodelar Sicilia como un monumento a su propia grandeza? El hecho de que las estructuras que quiera hacerme construir para él sean, casi sin excepción, imitaciones de edificios de anteriores y menos fastuosas eras no hace más que reforzar el punto.

Pero también experimentamos un desmoronamiento del gobierno central. No sólo provincias distantes como Siria y Persia siguen alegremente su propio camino la mayor parte del tiempo, sino que también Galia e Hispania y Dalmacia y Panonia, prácticamente en el patio trasero del emperador, se comportan casi como naciones independientes. Los nuevos idiomas también: ¿qué ha sido de nuestro puro y hermoso latín, la columna vertebral de nuestro imperio? Ha degenerado en una multitud de dialectos locales. Cada lugar tiene ahora su propia jerga. Nosotros los hispanos hablamos el hispano, y los galos de larga nariz tienen ese graznido nasal al que llaman galo, y las provincias teutonas se han retirado completamente del latín, revertiendo a una barboteante lengua primitiva conocida como germano, y así sucesivamente. Vaya, incluso en Italia nos encontramos con que el latín está cediendo terreno a un hijo bastardo al que llaman romano, que al menos es dulcemente musical al oído pero ha echado de lado toda la profundidad y versatilidad gramática que hace del latín la lengua maestra del mundo. Y si el latín es desechado enteramente (lo cual no ha sido el destino del griego en el este), ¿cómo podrá ser comprendido un hombre de Hispania por un hombre de Britania, o un teutón por un galo, o un dálmata por

ninguno de ellos?

Seguramente esto es decadencia, cuando esas destructivas centrifugalidades barren nuestra sociedad.

¿Pero es realmente el caso de que yo sea un hombre del Renacimiento naufragado en esta miserable era? Eso no es fácil de decir. En el habla común utilizamos la frase «un hombre del Renacimiento» para indicar a alguien de inusual amplitud y profundidad de miras. Yo soy ciertamente eso. Pero ¿me hubiera sentido realmente en casa en la alardeante era de Trajano VII? Tengo la expansividad mental del Renacimiento; ¿pero poseo también el ostentoso temperamento del Renacimiento, o en verdad soy tan tímido y torpe y en general tan insignificante como cualquiera que veo a mi alrededor? No debemos olvidar que eran medievales. ¿Hubiera podido llevar una espada por la calle, y alborotar como un legionario a la menor provocación? ¿Hubiera tenido veinte amantes y cincuenta hijos bastardos? ¿Y hubiera anhelado subir a bordo de un pequeño y crujiente barco y largar velas hacia más allá del horizonte?

No, probablemente no era muy parecido a ellos. Sus almas eran grandes. El mundo era más grande y más brillante y mucho más misterioso para ellos de lo que nos parece a nosotros, y respondían a sus misterios con un fervor romántico, un feroz brotar de energía, que puede que sea imposible para cualquiera de nosotros abarcar hoy. He aceptado esta asignación del César porque agita algo de ese fervor romántico en mí y me hace sentir una renovada afinidad con mi gran antepasado circunvalador del mundo Trajano VII. Trajano el Dragón. Pero ¿qué estaré haciendo yo realmente? ¿Descubriendo nuevos mundos, como él hizo? No, no, yo estaré construyendo pirámides y templos griegos y la villa de Adriano. Pero todo eso ya ha sido hecho una vez, muy satisfactoriamente, y no hay ninguna necesidad de hacerlo de nuevo. Así pues, ¿soy tan decadente como cualquiera de mis contemporáneos?

Me pregunto también qué le hubiera ocurrido al gran Trajano si hubiera nacido en esta era actual de Ludovico Augusto y su chalado hijo Demetrio. Los hombres con un gran espíritu corren un alto riesgo en una época en que el mundo está gobernado por pequeñas almas. Yo he descubierto hábiles formas de encajar en él, de asegurar mi seguridad y mi bienestar, pero ¿hubiera hecho él lo mismo? ¿O hubiera ido fanfarroneando ruidosamente de un lado para otro como el auténtico hombre del Renacimiento que era, hasta que finalmente se hiciera necesario acabar con él discretamente en algún callejón oscuro como una molestia para la casa real y para el reino en general? Quizá no. Quizá, como prefiero pensar, se hubiera alzado como una flecha llameante en la oscura noche de esta sombría época y, como hizo en su propio tiempo, hubiera arrojado una brillante luz sobre todo el mundo.

En cualquier caso ahí estaba yo, innegablemente inteligente y putativamente cuerdo, vinculándome voluntariamente con el proyecto de nuestro desequilibrado joven César, simplemente porque era incapaz de resistir el maravilloso desafío técnico que representaba. ¿Un gran gesto romántico, o simplemente un gesto

alocado? Era muy probable que Espículo *tuviera* razón al decir que aceptando el trabajo demostraba que estaba más loco que Demetrio. Cualquier hombre genuinamente cuerdo hubiera salido corriendo y gritando.

Uno no tenía que ser la Sibila de Cumas para prever que transcurriría largo tiempo antes de que Demetrio me mencionara de nuevo el proyecto. El César está siempre yendo de una cosa a otra; es la marca de su enfermedad. Dos días después de nuestra conversación en el teatro abandonó Tauromenion para una estancia entre las dunas de arena de África, y estuvo ausente más de un mes. Puesto que todavía no había elegido siquiera una localización para el palacio en el risco, y no digamos hacer una previsión sobre presupuestos de diseño y construcción, aparté todo el asunto de mi mente hasta su regreso. Supongo que mi esperanza era que lo hubiera olvidado todo por completo cuando volviera a Sicilia.

Aproveché su ausencia para reanudar el trabajo de lo que había sido mi principal empresa aquella temporada, mi estudio de la vida de Trajano VII.

Que era algo que me había tenido ocupado intermitentemente durante los últimos siete u ocho años. Dos cosas me habían hecho volver a ello esta vez. Una era el descubrimiento, en las polvorientas profundidades de los archivos marítimos de Sevilla, de un paquete de largo tiempo enterrados diarios que se suponía que eran el relato del propio Trajano de su viaje alrededor del mundo. La otra era el accidente que había sufrido a caballo durante la caza del jabalí y que me había tenido durante un tiempo con muletas: un período de obligada inactividad que me proporcionó, lo quisiera o no, una buena razón para emprender una vez más mis tareas eruditas.

Jamás se había escrito una relación adecuada de la extraordinaria carrera de Trajano. Eso puede parecer extraño, considerando nuestra larga tradición nacional de gran erudición histórica, que se remonta hasta las brumosas figuras de Naevio y Ennio en tiempos de la República y, por supuesto, Salusto y Livio y Tácito y Suetonio más tarde, Amiano Marcelino tras ellos, Drusilo de Alejandría, Marco Andrónico..., y, para acercarnos a los tiempos modernos, Lucio Aurelio Antípater, el gran cronista de la conquista de Roma por los bizantinos en la época de Maximiliano VI.

Pero algo había ido mal con la redacción de la historia desde que Flavio Rómulo volvió a unir las separadas medias conchas de la Roma Imperial en el año 2198 tras la fundación de la ciudad. Quizá sea que en épocas de grandes hombres —y ciertamente la era de Flavio Rómulo y sus dos inmediatos sucesores lo fue—, todo el mundo está demasiado ocupado haciendo historia para tener tiempo de escribirla. Eso es lo que acostumbraba a creer, al menos; pero luego me rompí el tobillo, y llegué a comprender que en cualquier era, por enérgica que pueda llegar a ser, siempre hay alguien que, por la fuerza de circunstancias especiales, sea una lesión o una herida o una enfermedad o el exilio, halla tiempo suficiente para dedicar su mano a escribir.

Lo que empezó a parecerme más probable es que en la época de Flavio Rómulo y Gayo Flavilo y Trajano el Dragón, publicar cualquier tipo de reseña sobre estos poderosos emperadores quizá no hubiera sido un pasatiempo enteramente saludable. Del mismo modo que el más espléndido relato de las vidas de los primeros doce Césares —hablo del mordaz y escabroso libro de Suetonio— fue escrito durante el benigno reinado del primer Trajano y no cuando monstruos como Calígula o Nerón o Domiciano estaban respirando todavía fuego sobre la tierra, igual debió de parecer para muchos eruditos de la época de los tres monarcas hispanos muy poco prudente presentar nada que fuera más allá que una crónica desnuda de los acontecimientos públicos y la legislación más significativa. Analizar al César es criticarlo. Eso no siempre es seguro.

Sea cual sea la razón, ningún libro de valor contemporáneo al notable Flavio Rómulo ha llegado hasta nosotros, sólo meras crónicas factuales y algunos panegíricos halagadores. De la naturaleza interior de su sucesor, el oscuro Cayo Julio Flavilo, no sabemos prácticamente nada, sólo unos datos tan escuetos como dónde nació —como Flavio Rómulo, procedía de Tarraco en Hispania, mi propia ciudad natal— y qué cargos gubernamentales ocupó durante su larga carrera antes de alcanzar el trono imperial. Y para el tercero de los tres grandes hispanos, Trajano VII —cuyo sobrenombre resultaba ser por coincidencia Draco, pero que ganó también con sus hazañas por todo el mundo el sobrenombre de Trajano el Dragón— disponemos, una vez más, tan sólo de los anales más básicos de este glorioso reino.

Que nadie haya emprendido la tarea de escribir su vida en los dos siglos desde su muerte no debe de ser ninguna sorpresa. Uno puede escribir con seguridad sobre un César muerto, sí, pero ¿dónde estaba el hombre para hacer el trabajo? El rutilante período del Renacimiento cedió paso muy rápidamente a la era del desarrollo industrial, y en ese deprimente y brumoso tiempo el hacer dinero tuvo prioridad sobre todo lo demás, arte y erudición incluidos. Y ahora tenemos nuestra nueva era de decadencia, en la cual un débil tras otro ha llevado la corona imperial y el propio Imperio parece estar colapsándose gradualmente en un cúmulo de entidades separadas que tienen poco o ningún sentido de la lealtad a la autoridad central. Todo el vigor que nuestros maestros pueden reunir se va a empresas vacías como la construcción de gigantescas tumbas acabadas en punta al estilo faraónico aquí en esta isla de Sicilia. ¿Quién, en esta era, puede soportar el enfrentarse a la grandeza de un Trajano VII?

Bien, yo puedo.

Y tengo un grueso fajo de manuscritos para demostrarlo. Me he aprovechado de mi posición en el servicio imperial para hurgar en los sótanos del Capitolio en Roma, abriendo armarios que llevaban sellados veinte siglos y poniendo a la luz del día papeles oficiales cuya existencia había sido olvidada. He examinado las actas privadas de las deliberaciones del Senado: a nadie pareció importarle ni se preocupó por ello. He leído memorias dejadas atrás por altos oficiales de la corte. He

examinado los informes de los recaudadores provinciales y de los comisionados de impuestos y de los inspectores de los mercados públicos que, por abstractos y pesados que puedan parecer, son de hecho el metal sobre el que se acuña la historia. A través de todo ello he devuelto a Trajano el Dragón y su era a la vívida realidad, al menos a mi mente, y a las páginas de mi libro aún no terminado.

¡Y qué figura era! En todos los muchos años de su larga vida fue la encarnación absoluta de la fuerza, visión implacable, propósito y energía. Se alinea entre los más grandes emperadores: con Augusto, con Trajano I y Adriano; con Constantino; con Maximiliano III, el conquistador de los bárbaros; con su propio compatriota y predecesor Flavio Rómulo. He pasado esos años llegando a conocerlo —¡conocer al Dragón!—, y el contacto con su gran alma del que he disfrutado durante esos años de investigación de su vida ha ennoblecido e iluminado mis días.

¿Y qué sé de él, este gran emperador, este Dragón de Roma, este distante antepasado mío?

Por un lado, que nació ilegítimo. He peinado muy cuidadosamente los registros de matrimonios y nacimientos en Tarraco y regiones de los alrededores de Hispania durante todo el período del 2215 al 2227 A. U. C., lo cual debería de ser más que suficiente, y aunque he encontrado un cierto número de Dracos en las relaciones de impuestos de esos años, Décimo Draco y Numérico Draco y Salvio Draco, ninguno de ellos parece haberse casado de ninguna forma oficial o haber tenido progenie que mereciera ser enumerada en el registro de nacimientos. Así que los nombres de sus padres permanecen desconocidos. De todo lo que puedo informar es de que un Trajano Draco, natural de Tarraco, se halla relacionado como enrolado en el servicio militar en la Tercera Legión Hispana en el año 2241, de lo cual llego a la conclusión de que nació en algún momento entre el 2220 y el 2225 A. U. C. En ese período es de lo más habitual entrar en el ejército a los dieciocho años, lo cual situaría su fecha de nacimiento en el 2223, pero, conociendo a Trajano Draco como lo conozco, me atrevería a aventurar que se alistó más joven, quizá cuando tenía dieciséis años o tan sólo quince.

El Imperio se hallaba todavía bajo dominio griego por aquel entonces, técnicamente; pero Hispania, como la mayoría de las provincias occidentales, era virtualmente independiente. El emperador en Constantinopolis era León XI, un hombre que se preocupaba mucho más de llenar su palacio con los tesoros artísticos de la antigua Grecia que de lo que podía hacer en los territorios europeos. De todos modos esos territorios se hallaban nominalmente bajo el control del emperador occidental, su distante primo Nicéforo Cantacuzeno. Pero los emperadores occidentales durante la era de la dominación griega eran invariablemente ociosas marionetas, y Nicéforo, el último de esa serie, era incluso más ocioso que la mayoría. Decían que nunca fue visto en Roma, sino que pasó todo sus días en su comfortable

retiro del sur, cerca de Nápoles.

La rebelión del oeste, me siento orgulloso de decirlo, empezó en Hispania, en mi propia ciudad natal de Tarraco. El atrevido y dinámico Flavio Rómulo, hijo de un pastor que puede que fuese analfabeto, reunió un ejército de hombres tan andrajoso como él, derribó el gobierno provincial y se proclamó emperador. Eso fue en el año 2193; tenía veinticinco o treinta años.

Nicéforo, el emperador occidental, decidió considerar el levantamiento hispano como un insignificante trastorno local, y es dudoso que las noticias del hecho alcanzaran al basileus León XI en Constantinopolis. Pero muy pronto la cercana provincia de Lusitania había jurado lealtad a la bandera rebelde, y la isla de Britania, y Galia a continuación; y poco a poco las tierras occidentales abandonaron su lealtad al incompetente gobierno de Roma, hasta que finalmente Flavio Rómulo marchó sobre la capital, ocupó el palacio imperial y envió tropas al sur a arrestar a Nicéforo y llevarlo al exilio en Aigyptos. En el año 2198 el imperio oriental había caído también. León XI efectuó un sombrío peregrinaje de Constantinopolis a Rávena para firmar un tratado reconociendo a Flavio Rómulo no sólo como emperador occidental sino también como monarca de los territorios orientales.

Flavio gobernó otros treinta años. No contento con haber reunido el imperio, se distinguió por un segundo hecho sorprendente, un viaje alrededor de la punta de África que lo llevó a las orillas de la India y posiblemente incluso a las tierras desconocidas más allá. Fue el primero de los emperadores marítimos, estableciendo un noble ejemplo para aquel viajero más extraordinario aún, Trajano VII, dos generaciones más tarde.

Nosotros los romanos hemos viajado por tierra hasta el Lejano Oriente, Persia e incluso la India, desde hace tanto tiempo como el primer Augusto. Y en la era del Imperio Oriental los bizantinos han navegado a menudo por la costa occidental de África para comerciar con los reinos negros de ese continente, lo cual ha conducido a algunos de los más aventureros emperadores del oeste a enviar sus propias expediciones todo el camino alrededor de África y a Arabia, y desde allí de tanto en tanto a la India. Pero eso han sido aventuras esporádicas. Flavio Rómulo deseaba relaciones comerciales permanentes con las tierras asiáticas. En su gran viaje llevó consigo a cientos de romanos a la India por la ruta africana y los dejó allí para fundar colonias mercantiles; y a partir de entonces estuvimos en constante contacto comercial con la gente de piel oscura de esas lejanas tierras. No sólo eso; él o uno de sus capitanes —no está claro— partieron de la India a los aún más distantes reinos de Khitai y Cipangu, donde vive la gente de piel amarilla. Y así se iniciaron las conexiones comerciales que nos traerían la seda y el incienso, las gemas y las especias, el jade y el marfil de esas misteriosas tierras, su ruibarbo y sus esmeraldas, rubíes y pimienta, zafiros, canela, tintes, perfumes.

No hubo límites a las ambiciones de Flavio Rómulo. También soñaba con nuevos viajes hacia el oeste y a los dos continentes de la Nova Roma al otro lado del Mar

Oceánico. Cientos de años antes de su época, el inquieto emperador Saturnino había emprendido un atrevido intento de conquistar México y Perú, los dos grandes imperios del Nuevo Mundo, gastando una enorme suma y enfrentándose a una derrota abrumadora. El colapso de esa empresa nos debilitó de tal modo, militar y económicamente, que fue asunto fácil para los griegos tomar el control del Imperio dos generaciones más tarde. Flavio sabía por este lamentable precedente que nunca podría conseguir la conquista de esas fieras naciones del Nuevo Mundo, pero esperaba al menos abrir contacto comercial con ellas, y desde los primeros años de su reinado se esforzó en ello.

Su sucesor fue otro hispano de Tarraco, Gayo Julio Flavilo, un hombre de ascendencia más noble que Flavio cuya fortuna familiar puede que respaldara la rebelión flaviana original. Gayo Flavilo fue un hombre enérgico por derecho propio y un admirable emperador, pero, reinando entre dos figuras tan poderosas como Flavio Rómulo y Trajano Draco, parece más un consolidador que un innovador. Durante su tiempo en el trono, que cubrió el período del 2238 al 2253, continuó la política marítima de su predecesor, aunque poniendo mayor énfasis en los viajes al Nuevo Mundo que a África y Asia, mientras luchaba por crear una mayor unidad entre las mitades latina y griega del propio imperio, algo a lo cual Flavio Rómulo había dedicado relativamente poca atención.

Fue durante el reinado de Gayo Flavilo que Trajano Draco se elevó a la prominencia. Sus primeras misiones militares parece que fueron en África, donde se ganó un primer ascenso por su heroísmo en sofocar un levantamiento en Alejandría, y luego reprimiendo las depredaciones de los bandidos en el desierto al sur de Cartago. Cómo llegó a la atención del emperador Gayo no está claro, aunque probablemente su origen hispano tuvo algo que ver con ello. En el 2248, sin embargo, lo encontramos al mando de la Guardia Pretoriana. Entonces tenía tan sólo veinticinco años. Pronto adquirió el título adicional de Primer Tribuno, y poco después el de Cónsul también, y en el 2252, el año antes de su muerte, Gayo adoptó formalmente a Trajano como hijo suyo y lo proclamó su heredero.

Fue como si Flavio Rómulo hubiera nacido de nuevo cuando Trajano Draco, poco después, revistió la púrpura bajo el nombre de Trajano VII. En lugar del reservado patricio Gayo Flavilo, un segundo campesino hispano llegó al trono, lleno de la misma jactanciosa energía que había catapultado a Flavio a la grandeza, y todo el mundo se hizo eco del resonante sonido de su poderosa risa.

De hecho, Trajano era Flavio a una escala aún mayor. Ambos eran hombres de cuerpo recio, pero Trajano era un gigante. (Yo, su remoto descendiente, también soy bastante alto). Llevaba su pelo oscuro largo hasta media espalda. Su frente era alta y noble; sus ojos llameaban como los de un águila; su voz podía oírse desde la Colina Capitolina hasta el Janículo. Podía beberse un barrilito de vino de una sola sentada sin que le afectara en lo más mínimo. En los ochenta años de su vida tuvo cinco esposas —no, debo apresurarme en añadir, al mismo tiempo— e innumerables

amantes. Fue padre de veinte hijos legítimos, el décimo de los cuales fue mi antepasado, y de una horda tan grande de bastardos que hoy no es extraño ver el rostro de halcón de Trajano Draco devolverle a uno la mirada en las calles de casi cualquier ciudad del mundo.

Era un amante no sólo de las mujeres sino también de las artes, en especial la escultura y la música, y de las ciencias. Campos como las matemáticas y la astronomía y la ingeniería habían caído en el abandono durante los doscientos años del servilismo del oeste a los blandos griegos amantes del lujo. Trajano impulsó su renovación. Reconstruyó la antigua capital en Roma de punta a punta, llenándola con palacios y universidades y teatros como si tales cosas nunca hubieran existido allí antes; y, quizá por miedo de que pudiera parecer insuficiente, se dirigió hacia el este, a la provincia de Panonia, a la pequeña ciudad de Venia, junto al río Danubio, y construyó lo que era esencialmente una segunda capital allí, con su propia gran universidad, un conjunto de teatros, un gran edificio del Senado, y un palacio real que es una de las maravillas del mundo. Su razonamiento era que Venia, aunque más oscura y lluviosa y fría que la soleada Roma, estaba más cerca del corazón del Imperio. No podía permitir la partición del Imperio de nuevo en reinos oriental y occidental, por inmensa que fuera la tarea de gobernar el conjunto. Situar su capital en un lugar central como Venia le permitía mirar más fácilmente hacia el oeste, hacia Galia y Britania, hacia el norte a los territorios teutones y los de los godos, y hacia el este al mundo griego, mientras mantenía las riendas del poder enteramente en sus manos.

Sin embargo, Trajano no pasó gran parte de su tiempo en la nueva capital, ni tampoco en Roma. Estaba constantemente en movimiento, ahora presentándose en Constantinopolis para recordar a los griegos de Asia que tenían un emperador, o viajando por Siria o Aigyptos o Persia, o dirigiéndose hacia el lejano norte para cazar los velludos animales salvajes que viven en esas tierras hiperbóreas, o visitando de nuevo su Hispania natal, donde había transformado la antigua ciudad de Sevilla en el principal puerto de embarque de los viajes al Nuevo Mundo. Era un hombre incansable.

Y en el vigésimo quinto año de su reinado —el 2278 A. U. C.— emprendió el más grande de todos los viajes, la asombrosa hazaña por la cual su nombre será siempre recordado: su viaje alrededor del mundo, empezando y terminando en Sevilla, y abarcando en él casi todas las naciones, tanto civilizadas como bárbaras, que este globo contiene.

¿Había concebido alguien antes que él una cosa tan audaz? No he hallado nada en todos los registros de la historia que lo indique.

Nadie ha dudado nunca seriamente, por supuesto, que el mundo es una esfera, y en consecuencia abierto a la circunnavegación. El propio sentido común nos muestra la curvatura de la Tierra cuando miramos a la distancia; y la idea de que hay un borde en alguna parte, por el que los marineros demasiado atrevidos caerán

inevitablemente, es una fábula sólo para niños, nada más. Como tampoco hay ninguna razón para temer la existencia de una zona infranqueable de llamas en alguna parte en los mares del sur, como la gente simple acostumbraba a creer; han transcurrido dos mil quinientos años desde que los barcos navegaron por primera vez cruzando la punta sur de África, y nadie ha visto todavía ningún muro de fuego.

Pero ni siquiera el más atrevido de nuestros hombres de mar ha pensado nunca siquiera en recorrer todo el camino por el ecuador del mundo, y mucho menos intentarlo, antes de que Trajano Draco partiera de Sevilla para hacerlo. Viajes a Arabia y la India e incluso Khitai contorneando África, sí, y viajes al Nuevo Mundo también, primero a México y luego descendiendo la costa occidental de México a lo largo de la estrecha franja de tierra que une los dos continentes del Nuevo Mundo hasta alcanzar el gran imperio de Perú. De ahí supimos la existencia de un segundo Mar Oceánico, uno que quizás sea mayor aún que el que separa Europa del Nuevo Mundo. En su lado oriental estaban México y Perú; en su lado occidental, Khitai y Cipangu, con la India más lejos. Pero ¿qué había en medio? ¿Existían otros imperios quizá, en el centro de ese Mar Occidental, imperios más poderosos que Khitai y Cipangu y la India todos juntos? ¿Y si había algún imperio en alguna parte ahí fuera que hiciese sombra incluso a la Roma Imperial?

Constituye la gloria imperecedera de Trajano VII Draco el que estuviera decidido a descubrirlo, aunque le costara la vida. Debía de sentirse absolutamente seguro en su trono, si estaba dispuesto a abandonar la capital a subordinados durante un período tan largo de tiempo; o eso, o no le importaba en absoluto el riesgo de usurpación, tan ávido se sentía de efectuar el viaje.

Su expedición de cinco años alrededor del mundo fue, creo, uno de los logros más significativos de toda la historia, y rivalizó, quizá, con la creación del Imperio por Augusto y su expansión a través de casi todo el mundo conocido por Trajano I y Adriano. Es lo que, por encima de todo lo demás que consiguió, me impulsó a emprender mi investigación sobre su vida. No halló ningún imperio que rivalizara con el de Roma en ese viaje, pero descubrió la miríada de reinos isla del Mar Occidental, cuyos productos tanto han enriquecido nuestras vidas; y, además, la ruta que abrió a través de la estrecha porción inferior del continente sur del Nuevo Mundo nos ha proporcionado un acceso permanente por mar a las tierras de Asia desde cualquier dirección, independientemente de cualquier oposición que podamos encontrar de los siempre problemáticos mexicanos y peruanos por una parte o los belicosos cipanguanos y los increíblemente multitudinosos khitanos por el otro.

Pero —aunque estamos familiarizados con las líneas generales del viaje de Trajano—, el diario que mantuvo, lleno de detalles altamente específicos, se había perdido desde hacía siglos. Por eso sentí tanto alborozo cuando uno de mis investigadores, rebuscando en un olvidado rincón de la Oficina de Asuntos Marítimos de Sevilla, me informó a principios de este año que había tropezado de forma totalmente casual con ese diario. Había permanecido archivado durante todo ese

tiempo entre los documentos de un reinado posterior, enterrado discretamente junto con un montón de conocimientos de embarque y registros de paga. Hice que me fuera embarcado directamente a Tauromenion por correo imperial, un viaje que requirió seis semanas, porque el paquete fue por tierra todo el camino desde Hispania hasta Italia —no quería arriesgar algo tan valioso en un viaje por mar— y luego toda la longitud de Italia hasta la punta de Bruttium y cruzando por transbordador hasta Messina, y de ahí hasta mí.

¿Era, pensaba, la ricamente detallada narración que anhelaba, o sería simplemente una árida lista de puntos de navegación, longitudes y latitudes y ascensiones y lecturas de brújula?

Bien, no lo sabría hasta que lo tuviera en mis manos. Y, por caprichos del azar, el mismo día en que llegó el paquete fue el día en que César Demetrio regresó de su estancia de un mes en África. Apenas había tenido tiempo de soltar el sello del abultado paquete y pasar el pulgar a lo largo del borde del grueso fajo de páginas de pergamino oscurecidas por el tiempo que contenía cuando vino un mensajero con la noticia de que era llamado inmediatamente a presencia del César.

El César, como ya he dicho, es un hombre impaciente. Me detuve sólo lo suficiente para mirar más allá de la página del título al inicio del texto, y sentí un profundo estremecimiento de reconocimiento cuando la característica escritura inclinada hacia la izquierda de Trajano Draco saltó a mis asombrados ojos. Me permití una ojeada más adelante, quizá en la página cien, y hallé un párrafo que hablaba de una reunión con algún rey insular. ¡Sí! ¡Sí! ¡El diario de viaje, sin duda!

Entregué el paquete al mayordomo de mi villa, un liberto siciliano de bastante confianza llamado Pantaleón, y le dije exactamente lo que le ocurriría si aunque sólo fuera una página sufría el menor daño mientras yo estaba fuera.

Luego me dirigí al palacio del César en la cima de la colina, donde lo encontré en el jardín, inspeccionando un par de camellos que se había traído consigo de África. Llevaba alguna especie de túnica del desierto con capucha, y lucía una espléndida cimitarra metida en su cinturón. En las cinco semanas de su ausencia el sol había ennegrecido tanto la piel de su rostro y manos que fácilmente hubiera podido pasar por un árabe.

—¡Pisandro! —exclamó de inmediato. Yo había olvidado aquel estúpido nombre en su ausencia. Me sonrió, y sus dientes brillaron como faros contra el recién oscurecido rostro.

Le ofrecí las banalidades adecuadas, si había tenido un viaje agradable y todo eso, pero barrió mis palabras con un gesto de su mano.

—¿Sabes en qué estuve pensando, Pisandro, durante todo mi viaje? ¡En nuestro gran proyecto! ¡En nuestra gloriosa empresa! Y, ¿sabes?, ahora me doy cuenta de que no es tan descabellada. Creo que he decidido convertir Sicilia en mi capital cuando sea emperador. No hay ninguna necesidad de que viva en el frío y tormentoso norte cuando puedo hacerlo fácilmente aquí, cerca de África, un lugar que me he dado

cuenta de que amo enormemente. Y así tendremos que construir también un Senado aquí, en Panormo, creo, y grandes villas para todos los oficiales de mi corte, y una biblioteca..., ¿sabes, Pisandro, que no hay ninguna biblioteca digna de ese nombre en toda esta isla? Pero podemos dividir el contenido de Alejandría y traer la mitad aquí, una vez tengamos un edificio digno de albergarlo. Y luego...

Prescindiré del resto. Baste decir que su locura había entrado en una fase completamente nueva de desinhibida grandiosidad. Y yo era la primera víctima de ella, porque me informó que él y yo íbamos a partir aquella misma noche de viaje de un extremo a otro de Sicilia, en busca de emplazamientos para todas las milagrosas nuevas estructuras que tenía en mente. Iba a hacer por Sicilia lo que Augusto había hecho por la ciudad de Roma: convertirla en la maravilla de la época. Olvidado quedaba el plan de empezar el programa de construcción con el nuevo palacio en Tauromenion. Primero debíamos viajar de Tauromenion a Lilibeo en la otra costa, y de vuelta de nuevo de Erix a Siracusa y de vuelta aquí, deteniéndonos en todos los lugares intermedios.

Y eso hicimos. Sicilia es una isla grande; el viaje ocupó dos meses y medio. El César era un compañero de viaje bastante alegre: después de todo es ingenioso, e inteligente, y vivaz, y el hecho de que esté loco era sólo un inconveniente ocasional. Viajamos con gran lujo, y el estado de semicuración de mi tobillo significaba que era transportado en litera la mayor parte del tiempo, lo cual me hacía sentir como un gran potentado de la antigüedad, un faraón quizá, o Darío de Persia. Pero un efecto de esta repentinamente impuesta interrupción en mis estudios fue que me resultó imposible examinar el diario de Trajano VII durante varias semanas, lo cual era enloquecedor. Llévame conmigo en nuestro viaje y estudiarlo subrepticamente en mi dormitorio era demasiado arriesgado; el César puede ser un hombre celoso, y si entraba sin anunciarse y me encontraba empleando mis energías en algo no relacionado con su proyecto, era perfectamente capaz de arrebatarme el diario allí mismo y arrojarlo a las llamas. Así que dejé el libro detrás, entregándoselo a Espículo y diciéndole que lo custodiara con su vida; y durante más de una noche a partir de entonces, mientras cruzábamos la isla en medio de un clima cada vez más tórrido, puesto que el verano había llegado y Sicilia se hallaba bajo las inclemencias del despiadado sol meridional, me agité inquieto en mi cama, imaginando el contenido del diario en mi mente febril, elaborando un conjunto fantástico de aventuras de Trajano para que ocuparan el lugar de las reales que el César Demetrio me había impedido en su ciego egoísmo leer en el recién descubierto diario. Aunque sabía, incluso entonces, que la realidad, una vez tuviera la oportunidad de descubrirla, superaría con mucho cualquier cosa que pudiera imaginar por mí mismo.

Y finalmente regresé a Tauromenion; y reclamé el libro a Espículo y leí hasta su última palabra en tres asombrosos días y noches, sin apenas dormir un momento. Y

descubrí en él, junto con muchos relatos de maravilla y belleza y peculiaridad, muchas cosas que de hecho jamás hubiera imaginado, y que no eran tan agradables de descubrir.

Aunque estaba escrito en el tosco latín de los días medievales, el texto no me ofreció dificultades. El emperador Trajano VII era un admirable escritor, cuyo estilo, llano y sincero y muy fluido, me recordaba nada menos que al de Julio César, otro gran líder que sabía manejar su estilo tan bien como su espada. Al parecer había mantenido el diario como un registro privado de su circunnavegación, muy probablemente sin intención de convertirlo en un documento público, y su supervivencia en los archivos parece que fue meramente fortuita.

Su relato empezaba en los astilleros de Sevilla: cinco naves fueron preparadas para el viaje, ninguna de ellas grande, la mayor tan sólo de 120 toneladas. Daba listas detalladas de sus pertrechos. Armas, por supuesto, sesenta ballestas, cincuenta arcabuces de mecha (el arma acababa de ser inventada entonces), pesadas piezas de artillería, jabalinas, lanzas, picas, escudos. Yunques, muelas, forjas, fuelles, linternas, herramientas con las que los albañiles y canteros de su tripulación pudieran construir fortalezas en las islas recién descubiertas; drogas, medicinas, bálsamos; seis cuadrantes de madera, seis astrolabios de metal, treinta y siete agujas de brújula, seis pares de compases de medir, y así sucesivamente. Para intercambiar con los príncipes de los reinos recién descubiertos, una carga de frascos de mercurio y barras de cobre, balas de algodón, terciopelo, satén y brocados, miles de campanillas, anzuelos de pesca, espejos, cuchillos, cuentas, peines, brazaletes de latón y cobre, y cosas parecidas. Todo estaba enumerado con el escrupuloso cuidado de un contable: leerlo me dijo mucho acerca de un aspecto del carácter de Trajano Draco que no había sospechado.

Finalmente el día de partida. Bajando por el río Betis desde Sevilla hasta el Mar Oceánico, y rápidamente a las islas de la Canaria, donde, sin embargo, no vieron ninguno de los enormes perros por los cuales es renombrado el lugar. Pero hallaron el notable Árbol de la Lluvia, de cuyo gigantesco tronco hinchado deriva toda la provisión de agua de una isla. Creo que ese árbol ha perecido, porque nadie más lo ha visto desde entonces.

Luego vino el salto a través del mar hasta el Nuevo Mundo, un viaje dificultado por perezosos vientos. Cruzaron el ecuador; dejaron de ver la estrella polar; el calor fundía la brea en las juntas de los barcos y convertía las cubiertas en hornos. Pero luego vino una navegación más fácil, y pronto alcanzaron la orilla occidental del continente sur allá donde se proyecta hacia África. El imperio de Perú no se había movido de su lugar; estaba habitado por alegre gente desnuda que había convertido en una práctica el comer carne humana, «pero sólo —dice el emperador— la de sus enemigos».

La intención de Trajano era circunnavegar completamente el continente hasta su parte inferior, una meta sorprendente considerando que nadie sabía hasta cuán al sur

se extendía, o qué condiciones se encontrarían en su extremo. Incluso podía no haber ningún final en absoluto allá al final, y así no haber ninguna ruta por mar hacia el oeste, sino sólo una continua masa de tierra avanzando ininterrumpida hasta el polo sur y bloqueando todo progreso por mar. Y siempre había la posibilidad de encontrarse con la interferencia de las tropas peruanas en alguna parte del camino. Pero hacia el sur fueron, deteniéndose en cada ensenada con la esperanza de que señalara el final del continente y una conexión con el mar que se extendía al otro lado.

Varias de esas ensenadas resultaron ser la desembocadura de poderosos ríos, pero hostiles tribus salvajes vivían en sus orillas, lo cual hacía peligrosa la exploración, y Trajano temía también que esos ríos no hicieran más que llevarles tierra adentro, a territorio controlado por los peruanos, sin conducirles hasta el mar en el lado occidental del continente. Y así continuaron al sur y al sur a lo largo de la costa. El tiempo, que había sido muy caluroso, empeoró rápidamente a medida que avanzaban hacia el sur, proporcionándoles cielos oscuros y vientos helados. Pero esto ya lo sabían, que las estaciones estaban invertidas por debajo del ecuador, y que el invierno llega allí en nuestro verano, de modo que no se sintieron sorprendidos por el cambio.

A lo largo de la orilla descubrieron unos peculiares pájaros negros y blancos que podían nadar pero no volar; eran rechonchos y resultaron buenos para comer. Seguía sin parecer que hubiera una ruta hacia occidente. La costa, desierta ahora, parecía interminable. Hielo y granizo los asaltaron, montañas de hielo flotaban en el picado mar, la lluvia fría se congelaba en sus barbas. Comida y agua empezaron a escasear. Se escuchó gruñir a los hombres. Aunque tenían un emperador entre ellos, empezaron a hablar abiertamente de dar media vuelta. Trajano se preguntó si su vida podía estar en peligro.

Poco después de esto, mientras aquellas condiciones invernales descendían sobre ellos como nadie había visto nunca antes, se produjo un auténtico motín: los capitanes de dos naves anunciaron que se retiraban de la expedición. «Me invitaron a reunirme con ellos para hablar de la situación —escribió Trajano—. Evidentemente, iban a matarme. Envié a cinco hombres de confianza a la primera nave rebelde, con un mensaje mío, con otros veinte más secretamente en otro bote. Cuando el primer grupo subió a bordo y el capitán rebelde les recibió en cubierta, mis embajadores lo mataron al instante; y entonces los hombres del segundo bote subieron a bordo». El motín fue sofocado. Los tres líderes fueron ejecutados de inmediato, y otros once hombres fueron abandonados en la orilla de una helada isla donde ni siquiera crecía la más simple hoja de hierba. Nunca hubiera esperado que Trajano Draco tratara suavemente a los conspiradores, pero las tranquilas palabras con las que cuenta el abandono de aquellos hombres a una muerte tan terrible son estremecedoras.

Los viajeros siguieron adelante. En las lúgubres islas meridionales descubrieron una raza de gigantes desnudos —dos metros y medio de estatura, dice Trajano—, y capturaron a dos para traerlos a Roma como curiosidades. «Rugían como toros, y les

gritaban a los demonios a los que adoraban. Los pusimos en naves separadas, encadenados. Pero no aceptaron comida de nosotros y perecieron rápidamente».

Siguieron hacia el sur entre tormentas y oscuridad invernal, todavía sin hallar ningún camino al oeste, e incluso Trajano empezó a pensar ahora si no tendrían que abandonar la búsqueda. El mar era ahora casi intransitable por la gran cantidad de hielo: descubrieron sin embargo otro grupo de los gordos pájaros incapaces de volar, y establecieron en la orilla un campamento de invierno, permaneciendo allí tres meses, lo cual disminuyó enormemente sus reservas de comida. Pero cuando el tiempo empezó a mejorar, aunque seguía siendo completamente inhóspito, decidieron finalmente seguir adelante, y casi inmediatamente llegaron a lo que hoy es conocido como el estrecho de Trajano cerca del punto más extremo del continente. Trajano envió a uno de sus capitanes a investigar, y lo encontró estrecho pero profundo, con una fuerte corriente de marea, y agua salada por todas partes: ¡no era ningún río, sino un camino al mar occidental!

El viaje a través del estrecho fue terrible, por entre rocas afiladas como agujas, a través de brumas impenetrables, sobre aguas que se agitaban y hervían de una pared del canal a la otra. Pero ahora aparecieron árboles verdes, y las luces de las fogatas de los nativos, y antes de mucho emergieron en el otro mar: «El cielo era maravillosamente azul, las nubes algodonosas, las olas no eran más que ligeras ondulaciones barnizadas por el brillante sol». La escena era tan pacífica que Trajano le dio al nuevo mar el nombre de Pacífico, a causa de su tranquilidad.

Su plan era ahora viajar recto hacia el oeste, porque le parecía probable, una vez entrados en aquel no cartografiado mar, que Cipangu y Khitai debían estar a cierta distancia en aquella dirección. No deseaba aventurarse hacia el norte siguiendo el continente porque eso lo llevaría al territorio de los beligerantes peruanos, y sus cinco naves no podían enfrentarse a todo un imperio.

Pero un rumbo inmediato hacia el oeste resultó imposible debido a los vientos contrarios y a las corrientes que empujaban hacia el este. Así que navegó hacia el norte por un tiempo, manteniéndose cerca de la orilla y vigilando cautelosamente la posible presencia de peruanos. El sol era muy brillante en el cielo sin nubes, y no había lluvia. Cuando finalmente pudieron girar de nuevo hacia el oeste, el mar estaba absolutamente desprovista de islas y su aspecto era vasto más allá de toda imaginación. Por la noche aparecieron extrañas estrellas, notablemente cinco muy brillantes dispuestas como una cruz en el cielo. Las provisiones de comida que quedaban disminuyeron rápidamente; los intentos de pescar resultaron inútiles, y los hombres comieron astillas de madera y montones de serrín, y cazaron las ratas que infestaban las bodegas. El agua fue racionada a un solo sorbo al día. El riesgo ahora no era otro motín, sino simplemente morir de hambre.

Finalmente llegaron a algunas pequeñas islas; pobres pedazos de tierra donde no crecía nada excepto retorcidos y raquíticos matorrales. Pero había gente allí, quince o veinte de ellos, sencilla gente desnuda que pintaba sus cuerpos a franjas. «Nos

recibieron con una lluvia de piedras y flechas. Dos de nuestros hombres resultaron muertos. No tuvimos más remedio que matarlos a todos. Y entonces, puesto que no encontramos comida en la isla más allá que unos pocos peces y cangrejos lamentables que esa gente había atrapado aquella mañana y en toda la orilla no se halló nada de cierto tamaño o sustancia, asamos los cuerpos de los muertos y los comimos, porque de otro modo seguramente hubiéramos muerto de hambre».

No puedo decir cuántas veces leí y volví a leer aquellas líneas, esperando descubrir que decían algo distinto a lo que decían. Pero siempre eran las mismas.

Al cuarto mes de viaje a través del Pacífico aparecieron otras islas, fértiles éstas, cuyos pobladores cultivaban una especie de dátiles con los que hacían pan, vino y aceite, y también tenían ñames, bananas, cocos y otras plantas tropicales semejantes que hoy nos parecen tan familiares. Algunos de estos isleños se mostraron amistosos con los marineros, pero la mayoría no. El diario de Trajano se convierte en un registro de atrocidades. «Los matamos a todos; quemamos su poblado como un ejemplo para sus vecinos; cargamos nuestras naves con sus productos». Las mismas frases se repiten una y otra vez. No hay una palabra de disculpa o pesar. Era como si probar la carne humana los hubiera convertido en monstruos.

Más allá de esas islas había más vacío —Trajano se dio cuenta ahora de que el Pacífico era un océano cuyo tamaño estaba más allá de toda comprensión, comparado con el cual incluso el Mar Oceánico era un mero lago—, y luego, tras otro desalentador período de muchas semanas, llegó el descubrimiento del gran grupo de islas que llamamos las Augustinas, siete mil islas grandes y pequeñas, que se extienden en un enorme arco a lo largo de más de mil quinientos kilómetros del Pacífico. «Un cacique vino hasta nosotros, una figura majestuosa con marcas en su rostro y una camisa de algodón ribeteada con seda; llevaba una jabalina y una daga de bronce incrustadas con oro, un escudo que brillaba también con el metal amarillo, y llevaba pendientes, brazaletes y pulseras también al parecer de oro». Su gente ofreció especias —canela, clavo, jengibre, nuez moscada, macís— a cambio de las sencillas baratijas que los romanos habían traído, y también rubíes, diamantes, perlas y pepitas de oro. «Mi propósito se veía cumplido —escribió Trajano—. Habíamos hallado un fabuloso nuevo imperio en medio de este inmenso mar».

Que procedieron a conquistar de la forma más brutal. Aunque al principio los romanos mostraron relaciones pacíficas con los nativos de las Augustinas, mostrándoles relojes de arena y brújulas e impresionándolos disparando los cañones de sus naves y escenificando falsas contiendas de gladiadores en las cuales hombres con armadura luchaban contra hombres con tridentes y redes, las cosas empezaron a ir rápidamente mal. Algunos de los hombres de Trajano, tras haber bebido demasiado vino de dátiles, cayeron sobre las mujeres de la isla y las poseyeron con todo el celo de los hombres que no han tocado los pechos de una mujer desde hace cerca de un año y están dispuestos a remediarlo. Las mujeres, relata Trajano, parecieron al principio bastante bien dispuestas; pero sus hombres las trataron con tanta vergonzosa

violencia y crueldad que se suscitaron objeciones, y estallaron peleas cuando los hombres de la isla acudieron a defender a sus mujeres (algunas de las cuales no tenían más de diez años), y al final hubo una sangrienta masacre que culminó con el asesinato del noble cacique de la isla.

Esta sección del diario es insoportable de leer. Por una parte está llena de fascinantes detalles sobre las costumbres de los isleños, cómo los cerdos son sacrificados por las viejas que dan cabriolas mientras hacen sonar trompetas de caña y untan con la sangre del sacrificio las frentes de los hombres, y cómo los hombres de todas las edades ven traspasados sus órganos sexuales de lado a lado con una varilla de oro o de estaño grande como una pluma de ganso, y así otros muchos extraños detalles que parecen proceder de otro mundo. Pero intercalado con todo esto está el relato de la matanza de los isleños, su inexorable destrucción bajo un pretexto u otro, el viaje de isla a isla, con los romanos siendo recibidos siempre en paz pero con el asunto degenerando rápidamente en violaciones, asesinatos, saqueos.

Y Trajano parece no darse cuenta de la gravedad de todo eso. Página tras página, con el mismo tono tranquilo y relajado, describe esos horrores como si fueran la consecuencia natural e inevitable de la colisión de dos culturas distintas. Mis propias reacciones de impresión y desánimo, mientras leía todo aquello, me hacían comprender de una forma sorprendentemente clara lo diferente que es nuestra era de la suya, y lo muy poco hombre del Renacimiento que soy en realidad. Trajano veía en el peor de los casos los crímenes de sus hombres como desafortunadas necesidades; yo los veía como monstruosos. Y me di cuenta de que un profundo y complejo aspecto de la decadencia de nuestra civilización es nuestro desdén hacia la violencia de ese tipo. Seguimos siendo romanos; aborrecemos el desorden y no hemos perdido nuestra habilidad en las artes de la guerra; pero cuando Trajano Draco puede hablar tan suavemente de represalias con cañones contra un ataque con flechas, o del incendio de poblados enteros como represalia por un robo insignificante de una de nuestras naves, o el que sus hombres saciaran su lujuria con niñas pequeñas porque no tenían ganas de tomarse el tiempo de buscar a sus hermanas mayores, no puedo dejar de sentir que hay algo que decir en favor de nuestro tipo de decadencia.

Durante esos tres días y noches de constante lectura del diario no vi a nadie, ni a Espículo ni al César ni a ninguna de las mujeres con las que he mitigado el aburrimiento de mis años en Sicilia. Leí y leí y leí, hasta que la cabeza empezó a darme vueltas y no pude detenerme, pese a lo horrorizado que me sentía a menudo.

Ahora que la parte vacía del Pacífico estaba detrás de ellos, fueron apareciendo una isla tras otra, no sólo la miriada de las Augustinas, sino otras más al oeste y al sur, multitudes de ellas; porque aunque no hay ningún continente en este océano, hay largas cadenas de islas, muchas de ellas más grandes que nuestras Britania o Sicilia. Una y otra vez leí de los botes adornados con oro y plumas de pavo real trayendo a los caciques de las islas ofreciendo ricos regalos, o de peces cornudos y de ostras del tamaño de ovejas y árboles cuyas hojas, cuando caen al suelo, se alzan sobre

diminutos pies y se alejan arrastrándose, y reyes llamados rajás a los que uno no puede dirigirse cara a cara, sino sólo a través de tubos para hablar en las paredes de sus palacios. Islas de especias, islas de oro, islas de perlas..., maravilla tras maravilla, y todas ellas ahora conquistadas y reclamadas por el invencible emperador romano en nombre de la Roma Eterna.

Luego, finalmente, esos extraños reinos isla cedieron paso a un territorio más familiar: porque ahora Asia estaba a la vista, las orillas de Khitai. Trajano desembarcó allí, intercambió regalos con el soberano khitano, y recibió de él los expertos khitanos en las artes de la imprenta y la fabricación de la pólvora y la manufactura de las porcelanas finas cuyas habilidades, traídas por él a Roma, dieron un tal ímpetu a esta nueva era de prosperidad y desarrollo que llamamos el Renacimiento.

Luego fue a la India y Arabia, cargando allí también sus naves con tesoros, y descendió por un lado de África y subió por el otro. Era la misma ruta de todos sus viajes anteriores a tierras lejanas, sólo que a la inversa.

Apenas rodear el cabo más meridional de África supo Trajano que la circunnavegación del globo había sido completada, y se apresuró hacia Europa, llegando primero a la punta sudoriental de Lusitania, luego bordeando el sur de Hispania hasta regresar con sus cinco naves y su tripulación superviviente a la desembocadura del río Betis y, poco después, a su punto de partida en Sevilla. «Ésos son marineros que seguramente merecen la fama eterna —concluyó—, con más justicia que los argonautas de la antigüedad que navegaron con Jasón en busca del vellocino de oro. Porque nuestros maravillosos navíos, navegando hacia el sur a través del Mar Oceánico hacia el polo antártico, y luego girando hacia el oeste, seguimos ese curso durante tanto tiempo que, dando la vuelta, regresamos al este, y de ahí de nuevo al oeste, no navegando hacia atrás, sino siguiendo constantemente hacia adelante; así dimos la vuelta al globo del mundo, hasta que maravillosamente volvimos a nuestra tierra natal de Hispania, y al puerto del que partimos, Sevilla».

Había un curioso postscriptum. Trajano había hecho una entrada en el diario para cada día del viaje. Según este cómputo, la fecha de su regreso a Sevilla era el noveno día de januarius del 2282; pero cuando llegó a la orilla se le dijo que el día era el 10 de januarius. Navegando constantemente hacia el oeste alrededor del mundo, de alguna forma habían perdido un día. Esto fue un misterio hasta que el astrónomo Macrobio de Alejandría señaló que la hora del amanecer varía cuatro minutos para cada grado de longitud, y así la variación para un circuito global completo de trescientos sesenta grados sería de 1.440 minutos, o sea undía completo. Ésa era la prueba más clara, si es que alguien se atrevía a dudar de la palabra de Trajano, de que sus naves habían recorrido enteramente el mundo para alcanzar las extrañas nueva islas y ese mar desconocido. Y haciéndolo así habían abierto el cofre del tesoro de las maravillas que el gran emperador exploraría completamente en las dos décadas de absoluto poder que le quedaron antes de su muerte a la edad de ochenta años.

Y, tras haber conseguido al fin el acceso al documento clave del reinado de Trajano VII, ¿me puse inmediatamente a la tarea de terminar mi historia de su extraordinaria vida?

No. No. Y aquí está por qué.

A los cuatro días de terminar mi lectura del diario, y mientras mi cabeza pulsaba todavía con todo lo que había descubierto allí, llegó un mensajero de Italia con la noticia de que el emperador Ludovico Augusto había muerto en Roma de una apoplejía, y que su hijo el César Demetrio lo sucedía en el trono como Demetrio II Augusto.

Ocurrió que yo estaba con el César cuando llegó el mensaje. No mostró ni pesar por la muerte de su padre ni júbilo por su acceso al poder. Simplemente sonrió un poco, apenas un alzar de la comisura de su boca, y me dijo:

—Bien, Draco, parece que vamos a tener que prepararnos para otro viaje, y tan pronto después del último.

Nunca había querido creer —ninguno de nosotros lo había querido— que Demetrio se convertiría alguna vez en emperador. Todos habíamos esperado que Ludovico hallara alguna forma de obviar aquella necesidad: que descubriera quizás algún hijo ilegítimo desconocido, viviendo en Babilonia o Londin todos aquellos años, que podría traer a Roma y darle preferencia. Era Ludovico, después de todo, quien había querido saber tan poco de las extravagancias de su hijo y heredero que había facturado a Demetrio a Sicilia hacía ya tres años y le había prohibido poner pie en el continente, aunque sería libre de dedicarse a todo lo que quisiera en el exilio de su isla.

Pero ahora ese exilio había terminado. Y en ese mismo instante habían terminado también todos los planes del César para embellecer Sicilia.

Era como si esos planes jamás hubieran existido.

—Te sentarás entre mis más altos ministros, Draco —me dijo el nuevo emperador—. Te haré cónsul, creo, en mi primer año. Y también te ocuparás del ministerio de Obras Públicas; porque la capital necesita sin la menor duda un embellecimiento. Tengo un diseño de un nuevo palacio en la cabeza, y luego quizá podamos hacer algo para mejorar el viejo Capitolio, y luego hay algunos interesantes dioses extranjeros, creo, que apreciarían el que se erigieran templos en su honor, y luego...

Si yo hubiera sido Trajano Draco, quizás hubiera asesinado a nuestro loco Demetrio en ese momento y ocupado el trono, tanto en bien del Imperio como en el mío propio. Pero sólo soy Tiberio Ulpio Draco, no Trajano de los mismos nombres, y Demetrio se ha convertido en emperador, y ya saben el resto.

Y en cuanto a mi libro sobre Trajano el Dragón: bueno, quizá lo complete algún día, cuando al emperador se le hayan agotado los proyectos para que se los diseñe. Pero dudo que llegue a agotarlos alguna vez, y aunque así fuera, no estoy seguro de que sea un libro que todavía desee dar al público, ahora que he leído el diario de la

circunnavegación de Trajano. Si tuviera que contar la historia del mayor logro de mi antepasado, ¿me atrevería a contarla toda? Creo que no. Y así sólo siento alivio al dejar que mi incompleto borrador del libro acumule polvo en su caja. Mi objetivo, en esa investigación, era descubrir la naturaleza interior de mi gran pariente real el Dragón; pero bucé demasiado profundo, parece, y llegué a conocerlo un poco demasiado bien.

Los cantos de Hyperion

Dan Simmons

Hyperion (1989)

(*Hyperion*, Ed. B)

The Fall of Hyperion (1990)

(*La caída de Hyperion*, Ed. B)

Endymion (1996)

(*Endymion*, Ed. B)

The Rise of Endymion (1997)

(*El ascenso de Endymion*, Ed. B)

Los cuatro libros de *Hyperion* cubren más de trece siglos en el tiempo, decenas de miles de años luz en el espacio, más de tres mil páginas de tiempo del lector, la ascensión y la caída de al menos dos grandes civilizaciones interestelares, y más ideas de las que el autor puede sacar de una varita epistemológica. En otras palabras, son space opera.

Como dijo el crítico del *New York Times* del último libro de la serie: «Sin embargo, *El ascenso de Endymion*, como sus tres predecesores, es también una novela de acción trepidante, repleta de combates personales y batallas en el espacio que se distinguen de la fórmula del space opera por la magnitud de lo que hay en juego..., que es ni más ni menos que la salvación del alma humana».

La salvación del alma humana —en el sentido de hallar la esencia que nos crea y mantiene humanos— es de hecho el tema aglutinante a través de todas esas batallas espaciales, edades oscuras, nuevas sociedades y la llegada de un nuevo mesías.

Hyperion nos presenta a siete peregrinos que cruzan la Red de Mundos de la Hegemonía del Hombre camino del Valle de las Tumbas de Tiempo en el planeta Hyperion. De una forma auténticamente chauceriana, seis de los peregrinos (uno no sobrevive lo suficiente) se cuentan los unos a los otros sus historias personales y sus razones para el peregrinaje mientras cruzan el Mar de Hierba y otros obstáculos para alcanzar el Alcaudón, la fabulosa criatura asesina de las Tumbas de Tiempo, parte máquina, parte dios viajero en el tiempo, parte ángel vengador, y toda ella afiladas espinas, púas, garras y dientes. La idea es que uno de los peregrinos vea su petición concedida por el Alcaudón; los demás morirán. A través de sus historias sabemos del TecnoNúcleo —un grupo oculto y manipulador de Inteligencias Autónomas escapadas del control humano— de la destruida (o quizá simplemente secuestrada). Vieja Tierra; de la falsa guerra entre la Hegemonía y los éxters, humanos

evolucionados adaptados al espacio; y del descubrimiento —y rechazo— por parte de un jesuita de un simbiote en forma de cruz llamado el cruciforme que puede provocar la resurrección física. La historia termina con la llegada de los peregrinos al Valle de las Tumbas de Tiempo.

La caída de Hyperion arranca exactamente allá donde termina *Hyperion*, pero utiliza técnicas narrativas y estructuras totalmente diferentes para seguir los temas e individuos —y especies— de John Keats que no rinden de buen grado su lugar en el esquema de las cosas cuando la evolución les dice que es hora de irse. Los peregrinos del primer libro descubren que sus destinos no son tan simples como habían creído: abiertas las Tumbas de Tiempo, misteriosos mensajes y mensajeros del futuro muestran que la lucha por el alma humana prosigue durante muchos siglos, el Alcaudón desea el caos pero no los mata a todos ni hace grandes peticiones, y la compleja sociedad interestelar de la Hegemonía del Hombre con su sistema de la Red de Mundos es pateada como un hormiguero por la guerra interestelar, aunque si la guerra se produce entre la Hegemonía y los éxters, o la humanidad y el TecnoNúcleo, no queda claro. De los peregrinos, una llamada Brawne Lamia está embarazada de su amante —el John Keats cíbrido creado por el núcleo— y se rumorea que su hija será La Que Enseña, el próximo Mesías de la humanidad. Otro, el soldado Fedmahn Kassad, viaja al futuro para hallar su destino en combate con el Alcaudón. Un tercero, Sol Weintraub, ha detenido el envejecimiento de su hija y la ha hecho retroceder a la noexistencia, pero ahora tiene que viajar con ella a través de una Tumba de Tiempo a su propia y complicada parte en el mosaico del futuro. El cuarto peregrino, el cónsul de la Hegemonía, toma una antigua espacionave cuya IA —Inteligencia Artificial— está habitada por la esencia del cíbrido del muerto John Keats y regresa a explorar las ruinas de la Hegemonía. El quinto peregrino, un sacerdote, muere y es renacido a través del cruciforme como el jesuita cuyo relato cuenta, ahora el papa de una renacida Iglesia Católica. El último peregrino vivo —el poeta de setecientos años de edad, Martin Silenus, que ha estado contando toda esta historia— sigue tan obscuro y extravagante como siempre.

Endymion empieza 274 años después de la caída de los teleyectores. Las cosas se han ido al diablo —como suele ocurrir en las llamadas Eras Oscuras entre imperios—, pero Pax, el brazo civil-militar de la Iglesia Católica, extiende ahora su dominio sobre la mayor parte de los antiguos mundos de la Hegemonía. La Iglesia —y Pax— controla a sus ciudadanos a través de su monopolio de la resurrección. Sin que la mayoría lo sepa, la Iglesia ha establecido un acuerdo faustiano con el ahora oculto TecnoNúcleo y utiliza los simbiotes cruciformes para devolver a la vida y a la obediencia a sus seguidores. De pronto, una mesías de once años llamada Aenea aparece en escena. Aenea es la hija de Brawne Lamia, y ha huido a lo largo de casi tres siglos a través de las Tumbas de Tiempo sólo para descubrir que las autoridades de Pax la buscan, y que tanto la Iglesia como el Núcleo actúan sobre una absoluta necesidad de destruirla. Él aún vivo, aún obscuro, aún excéntrico poeta Martin

Silenus asigna a un joven soldado y asesino huido —Raul Endymion— a rescatar a la muchacha y a transportarla allá donde ella desee ir en la regresada nave del ahora muerto cónsul. La mayor parte de *Endymion* es una enorme persecución a través del espacio humano con Pax a los talones, mientras Raul, Aenea y el androide azul A. Bettik corren para salvar sus vidas y quizás el futuro de la humanidad. Creada por el Núcleo, desencadenada por la Iglesia, hay una monstruosidad femenina llamada Rhadamanth Nemes, que hace que la criatura asesina Alcaudón parezca una maestra de escuela dominical. Al final de *Endymion*, Raul, Aenea y un herido A. Bettik parten hacia Vieja Tierra, no destruida después de todo, tan sólo transportada a las Nubes Magallánicas Inferiores por unos alienígenas conocidos tan sólo como los Leones y Tigres y Osos. Nuestro trío se instala en el Taliesin West de Frank Lloyd Wright mientras la joven Aenea se prepara para ser arquitecto.

El ascenso de Endymion arranca cuatro años después de los sucesos de *Endymion*. Aenea, ahora con dieciséis años, sabe que debe regresar al espacio dominado por Pax para cumplir con su misión como La Que Enseña. Raul, su protector y amigo, no siente deseos de ir. La idea del martirio —en especial el martirio de su querida Aenea— lo abrumba. Aenea envía a Raul «por delante» por teleyector, pero en realidad sus pocas semanas de viaje permiten a Aenea envejecer cinco años, gracias al milagro de la dilatación del tiempo durante los viajes interestelares de Raul en la vieja nave del cónsul. Cuando se encuentran de nuevo, Aenea es una mujer ya bien metida en su papel de La Que Enseña. Pax va todavía tras ella. La iglesia todavía la necesita muerta. A la criatura Nemes se le han unido ahora tres hermanas igual de imposiblemente poderosas y destructivas. Y en medio de todo esto, en el mundo de montañas y nubes de T'ien Shan, Aenea y Raul se convierten en amantes. Esto hace a Raul, nuestro narrador a través de ambos libros, menos feliz aún ante el pensamiento de que su amada se convierta en el mesías que tantos han predicho. Raul no es el personaje más inteligente de esos libros, pero es absolutamente leal, está absolutamente enamorado, y es lo bastante listo como para conocer el destino de la mayoría de mesías.

El ascenso de Endymion termina con tragedia, tortura, muerte y separación, seguidas —no milagrosamente pero sí inevitablemente— por un gran esclarecimiento y la reunión de Raul y Aenea. Pax la ha asesinado —desencadenando así sin saberlo su propia caída a través del Momento Compartido de Aenea, en el cual todos los seres humanos de todos los mundos tienen un atisbo de la verdad detrás de Pax, la Iglesia, el cruciforme y el parasitario TecnoNúcleo—, pero durante sus «cinco años ausente» mientras Raul viajaba, ha ido por delante del tiempo con la ayuda del Alcaudón para pasar un año, once meses, una semana y seis horas con Raul en Vieja Tierra. La Tierra ha sido vaciada, limpiada, renovada y devuelta a su lugar en el sistema solar por los Leones y Tigres y Osos.

Martin Silenus, el poeta y personaje constante a través de todos los libros, muere poco después de que Raul y Aenea se casen. Algunas de las últimas palabras finales

del poeta son para la nave del cónsul, que también ha recorrido un millar de años y cuatro gruesos libros: «Nos veremos en el infierno, nave».

Al final de *El ascenso de Endymion*, el aún misterioso Alcaudón monta guardia sobre la tumba de Martin Silenus en Vieja Tierra; gracias al sacrificio de Aenea, la humanidad se ha visto libre de «aprender el lenguaje de los muertos» sondeando el entramado empático subyacente en el universo, y también siendo capaz de teleyectarse individualmente, es decir, teleportarse personalmente a cualquier parte; y Raul y Aenea emprenden el vuelo en su antiguo talismán mágico, la alfombra, para celebrar su luna de miel en la vacía y virginal Vieja Tierra..., «nuestro nuevo campo de juegos, nuestro antiguo mundo..., nuestro nuevo mundo..., nuestro primer y futuro y más espléndido mundo».

—Dan Simmons

Huérfanos de la Hélice

Dan Simmons

La gran giranave efectuaba el transporte desde el espacio Hawking hasta la doble luz roja y blanca de una cercana binaria. Mientras las 684.300 personas de la Hélice del Espectro de Amoiete dormían su profundo sueño criogénico, las cinco IA a cargo de la nave conferenciaban. Se habían encontrado con un fenómeno inusual, y aunque cuatro de las cinco se habían mostrado de acuerdo en considerarlo lo suficientemente importante como para sacar a la enorme giranave del espacio Hawking c-plus, hubo un vivo debate —que prosiguió durante varios microsegundos— acerca de qué hacer a continuación.

La propia giranave parecía hermosa a la distante luz de las dos estrellas, una luz blanca y roja bañando su piel de un kilómetro de largo, con la luz de las estrellas destellando en las tres mil vainas ambientales de sueño profundo, los grupos de treinta vainas en cada uno del centenar de ejes de giro girando tan rápidamente que los brazos eran como la borrosidad de grandes palas de ventilador superponiéndose, mientras las tres mil vainas en sí parecían ser una única y destellante gema brillando con luz roja y blanca. Los aeneanos habían adaptado la nave de tal modo que los ejes de las ruedas giratorias en el largo eje central de la nave estaban ligeramente inclinadas en ángulo: los primeros treinta brazos giratorios inclinados hacia atrás, el segundo eje con sus más largos brazos de treinta vainas inclinados hacia adelante, de tal modo que las vainas de sueño profundo se entrecruzaban con sólo microsegundos de separación, cuajando en una sólida masa confusa que hacía que la nave, en pleno giro, se pareciera exactamente a lo que su nombre implicaba: *Hélice*. Un observador que la viera desde algunos cientos de kilómetros de distancia vería algo parecido a

una girante doble hélice humana de ADN reflejando la luz de los dos soles emparejados.

Las cinco IA decidieron que lo mejor sería retraer las girantes vainas. Primero los grandes ejes cambiaron su orientación hasta que la brillante hélice se convirtió en una serie de tres mil brazos giratorios que disminuían su velocidad, cada uno con una vaina ovoide en su punta visible a través del cada vez menor movimiento. Luego los brazos de las vainas se detuvieron y se retrayeron hacia la larga nave, y cada vaina de sueño profundo encajó en un alojamiento cóncavo en el casco como un huevo siendo colocado cuidadosamente en un contenedor.

La *Hélice*, ya no parecida a su nombre sino más bien a una larga y esbelta flecha con sus centros de mando en la bulbosa cabeza triangular y el impulsor Hawking y los grandes motores de fusión abultando su otro extremo, aplicó ocho capas de revestimiento sobre los alojados brazos giratorios y las vainas. Todas las IA votaron decelerar hacia la estrella blanca G8 bajo unas conservadoras cuatrocientas gravedades y extender el campo de contención a clase veinte. No había ninguna amenaza visible en ningún sistema de la binaria, pero la gigante roja en el sistema más distante estaba —como debía— expeliendo enormes cantidades de polvo y restos estelares. La IA que se sentía muy orgullosa de sus habilidades de navegación y su cautela advirtió que la trayectoria de entrada hacia la estrella G8 debería mantenerse muy alejada del punto L1 del límite de Roche debido a las masivas ondas de choque de la heliosfera en aquel lugar, y todas cinco IA empezaron a elaborar un rumbo de deceleración al sistema G8 que evitara lo peor del torbellino heliosférico. Podían enfrentarse fácilmente a la radiación de las ondas de choque allí utilizando incluso un campo de contención de clase tres, pero con 684.300 seres humanos a bordo y a su cuidado, ninguna de las IA quería correr el menor riesgo.

Su siguiente decisión fue unánime e inevitable. Dada la razón para la desviación y la deceleración al interior del sistema G8, deberían despertar a humanos. Saigyõ, la IA a cargo de las listas de personal, relación de guardias, perfiles psicológicos, y que había convertido en su misión el conocer a fondo cada uno de los 684.300 hombres, mujeres y niños, se tomó varios segundos para revisar la lista antes de decidir sobre las nueve personas a las que despertar.

Dem Lia despertó sin nada de la sorda migraña que se sentía en las unidades de fuga criogénica antiguas. Se sentía descansada y en plena forma cuando se sentó en su litera de sueño profundo, con el brazo de la unidad ofreciéndole el tradicional vaso de zumo de naranja.

—¿Emergencia? —preguntó, con la voz no más ronca o tensa que después de una buena noche de sueño.

—Nada que amenace la nave o la misión —dijo Saigyõ, la IA—. Una anomalía interesante. Una antigua transmisión de radio procedente de un sistema que puede ser

una posible fuente de reavituallamiento. No hay problemas de ningún tipo en el funcionamiento de la nave o los sistemas de soporte vital. Todo está bien. La nave no corre ningún peligro.

—¿A qué distancia estamos del último sistema que comprobamos? —preguntó Dem Lia, mientras terminaba el zumo de naranja y se ponía el mono con su banda verde esmeralda en el brazo izquierdo y en su turbante. Su gente había llevado tradicionalmente túnicas del desierto, cada túnica del color del Espectro Amoiete que las diferentes familias habían decidido honrar, pero las túnicas eran poco prácticas en el viaje espacial, donde la gravedad cero era un entorno frecuente.

—Seis mil trescientos años luz —dijo Saigyō.

Dem Lia se contuvo de parpadear.

—¿Cuántos años desde el último despertar? —dijo con voz suave—. ¿Cuántos años en tiempo de viaje total de la nave? ¿Cuántos años en deuda temporal del viaje total?

—Nueve años de la nave y ciento dos años de deuda temporal desde el último despertar —dijo Saigyō—. Viaje total de la nave, treinta y seis años. Total de deuda temporal del viaje relativo al espacio humano, cuatrocientos un años, tres meses, una semana, cinco días.

Dem Lia se frotó el cuello.

—¿A cuántos de nosotros has despertado?

—A nueve.

Dem Lia asintió, dejó de perder tiempo charlando con la IA, miró a su alrededor sólo una vez a los doscientos y pico sarcófagos sellados donde su familia y amigos seguían durmiendo, y tomó la cinta principal hacia la cubierta de mando, donde se estarían reuniendo los otros ocho.

Los aeneanos habían seguido la petición de la gente de la Hélice del Espectro de Amoiete de construir la cubierta de mando como el puente de una antigua nave antorcha o algún buque marítimo de Vieja Tierra, pre-Hégira. La cubierta estaba orientada una dirección hacia abajo, y Dem Lia se sintió complacida de observar en el viaje a la cubierta de mando que el campo de contención de la nave se mantenía a una firme g . El puente en sí tenía unos veinticinco metros de ancho y contenía las estaciones de enlace de mando para los distintos especialistas, así como una mesa central —redonda, por supuesto— donde se estaban reuniendo los despertados, bebiendo café y gastándose las habituales bromas acerca de los sueños del sueño profundo criogénico. A todo alrededor del gran hemisferio de la cubierta de mando, amplias ventanas se abrían al espacio: Dem Lia se detuvo un minuto para contemplar la extraña disposición de las estrellas, la vista hacia atrás de la aparentemente infinita longitud de la propia *Hélice*, donde fuertes filtros disminuían el brillo de la llama de fusión de la cola que ahora alcanzaba ocho kilómetros hacia su destino..., y al

sistema binario en sí, una pequeña estrella blanca y una gigante roja, ambas claramente visibles. Las ventanas no eran en realidad ventanas, por supuesto; las imágenes holográficas podían cambiarse y aumentar o disminuir su tamaño u opacificarse en cualquier instante, pero por ahora la ilusión era perfecta.

Dem Lia dirigió su atención a las ocho personas junto a la mesa. Las había conocido a todas durante los dos años de entrenamiento en la nave con los aeneanos, pero no conocía bien a ninguna de ellas. Todas habían formado parte del selecto grupo de menos de mil elegido para posible despertar durante el tránsito. Comprobó el color de sus bandas mientras se presentaban por encima del café.

Cuatro hombres, cinco mujeres. Una de las otras mujeres lucía también el verde esmeralda, lo cual significaba que Dem Lia no sabía si el mando recaería en ella o en la otra mujer más joven. Por supuesto, en cualquier caso el consenso determinaría eso, pero puesto que la banda verde esmeralda del poema y sociedad de la Hélice del Espectro de Amoiete significaba resonancia con la naturaleza, habilidad en el mando, confort con la tecnología y la conservación de las formas de vida en peligro —y todos los 684.300 refugiados de la Amoiete podían ser considerados formas de vida en peligro tan lejos del espacio humano—, se suponía que en despertares inusuales los verdes eran votados para el mando en general.

Además de la otra verde —una mujer joven, pelirroja, llamada Res Sandre— había: un hombre de banda roja, Patek Georg Dem Mio; una joven mujer de banda blanca llamada Den Soa, a la que Dem Lia conocía de las simulaciones diplomáticas; un hombre de banda ébano llamado Jon Mikail Dem Alem; una mujer ya mayor de banda amarilla llamada Oam Rai, a la que Dem Lia recordaba por sobresalir en las operaciones de sistemas de la nave; un hombre de banda azul y pelo blanco llamado Peter Delen Dem Tae, cuyo entrenamiento primario era en psicología; una atractiva mujer de banda violeta —casi con toda seguridad escogida para astronomía— llamada Kem Loi; y un hombre de banda naranja —su médico, con el que Dem Lia había hablado en varias ocasiones—, Samel Ria Jem Ali, conocido por todos como Dr. Sam.

Tras las presentaciones hubo un silencio. El grupo miró por las ventanas hacia el sistema binario, con la estrella blanca G8 casi perdida en el resplandor de la formidable cola de fusión de la *Hélice*.

Finalmente el rojo, Patek Georg, dijo:

—Muy bien, nave. Explícate.

La calmada voz de Saigyõ brotó por los omnipresentes altavoces.

—Nos estábamos acercando al tiempo de empezar a buscar mundos de características terrestres cuando los sensores y la astronomía se interesaron en este sistema.

—¿Un sistema *binario*? —dijo Kem Loi, la violeta—. Ciertamente no en el sistema de la gigante roja. —La gente de la Hélice del Espectro de Amoiete había sido muy específica acerca del mundo que deseaba que su nave encontrara para ellos:

un sol G2, un mundo tipo terrestre que fuera al menos un 9 en la vieja escala Solmev, océanos azules, temperaturas agradables..., en otras palabras, un paraíso. Tenían cientos de miles de años luz y miles de años para buscarlo. Estaban convencidos de encontrarlo.

—No quedan mundos en el sistema de la gigante roja —admitió afablemente Saigyō, la IA—. Estimamos que el sistema era una estrella enana G2 blancoamarilla...

—Un Sol —murmuró Peter Delen, el azul, sentado a la derecha de Dem Lia.

—Sí —dijo Saigyō—. Muy parecida el sol de Vieja Tierra. Estimamos que se volvió inestable en la secuencia principal del estadio de quemar el hidrógeno hará unos tres millones y medio de años estándar y luego se expandió a su fase de gigante roja y se tragó cualquier planeta que hubiera en su sistema.

—¿Cuántas UA se extiende la gigante? —preguntó Res Sandre, la otra verde.

—Aproximadamente una punto tres —dijo la IA.

—¿Y no hay planetas exteriores? —quiso saber Kem Loi. Los violetas en la *Hélice* estaban dedicados a estructuras complejas, el ajedrez, el amor de los más complejos aspectos de las relaciones humanas, y la astronomía—. Parece que tendrían que haber quedado algunos gigantes gaseosos o mundos rocosos si sólo se expandió un poco más allá de lo que era la órbita de Vieja Tierra o de Hyperion.

—Quizá los mundos exteriores eran planetoides muy pequeños que fueron empujados hacia fuera por la constante presión de las partículas pesadas —dijo Patek Georg, el pragmático de banda roja.

—Quizá no se formaron mundos en este sistema —dijo Den Soa, la diplomática de banda blanca. Su voz era triste—. Al menos en ese caso no se destruyó ninguna vida cuando el sol se convirtió en gigante roja.

—Saigyō —dijo Dem Lia—, ¿por que estamos decelerando hacia esa estrella blanca? ¿Podemos ver las especificaciones, por favor?

Imágenes, trayectorias y columnas de datos aparecieron sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —dijo la mujer mayor de la banda amarilla, Oam Rai.

—Un anillo bosque éxter —dijo Jon Mikail Dem Alem—. Todo este camino. Todos estos años. Y alguna antigua nave simiente éxter de la Hégira nos ha ganado en eso.

—¿Nos ha ganado en qué? —preguntó Res Sandre, la otra verde—. ¿No hay planetas en este sistema tampoco, Saigyō?

—No, señora —dijo la IA.

—¿Estabas pensando en renovar su anillo bosque? —quiso saber Dem Lia. El plan había sido evitar todos los mundos o fortalezas aeneanos, pax o éxter hallados a lo largo de su viaje lejos del espacio humano.

—Este anillo bosque orbital es excepcionalmente abundante —dijo Saigyō, la IA—, pero nuestra auténtica razón de despertarnos e iniciar la deceleración dentro del sistema es que alguien que vive en o cerca del anillo está transmitiendo una señal de

socorro en una banda código antigua de la Hegemonía. Es muy débil, pero la hemos captado desde una distancia de doscientos veintiocho años luz.

Eso les hizo hacer una pausa. La *Hélice* había sido lanzada unos ochenta años después del Momento Compartido aeneano, ese acontecimiento clave en la historia humana que había marcado el inicio de una nueva era para la mayor parte de la raza humana. Antes del Momento Compartido, la sociedad Pax manipulada por la Iglesia había controlado el espacio humano durante trescientos años. Esos éxters debían de haberse perdido toda la historia de Pax y probablemente la mayor parte de los mil años de historia de la Hegemonía que precedió a Pax. Además de eso, la deuda temporal de la *Hélice* añadía más de cuatrocientos años de viaje. Si esos éxters habían formado parte de la Hégira original de Vieja Tierra o de los Viejos Sistemas Vecinos en los primeros días de la Hegemonía, podían haber permanecido muy bien fuera de contacto con el resto de la raza humana durante mil quinientos años estándar o más.

—Interesante —dijo Peter Delen Dem Tae, cuyo entrenamiento de banda azul incluía una profunda inmersión en la psicología y la antropología.

—Saigyõ, pasa la señal de socorro, por favor —dijo Dem Lia.

Se produjeron una serie de siseos, pops y silbidos de estática con lo que podía ser muy bien una palabra electrónicamente filtrada. El acento era inglés primitivo de la Red Hegemónica.

—¿Qué dice? —preguntó Dem Lia—. No puedo captarlo.

—Ayúdenos —dijo Saigyõ. La voz de la IA estaba teñida con un acento asiático y normalmente sonaba ligeramente divertida, pero su tono era llano y serio ahora.

Los nueve alrededor de la mesa se miraron en silencio. Su objetivo había sido dejar el espacio aeneano humano y posthumano muy lejos tras ellos, permitiendo a su gente, la cultura de la Hélice del Espectro de Amoiete, perseguir sus propios fines, hallar su propio destino libres de la intervención aeneana. Pero los éxters eran sólo otra rama del linaje humano que intentaba determinar su propio camino evolutivo adaptándose al espacio, con sus aliados templarios viajando con ellos, utilizando sus secretos genéticos para desarrollar anillos bosque orbitales e incluso esferas de árbol estrella rodeando completamente sus soles.

—¿Cuántos éxters estimas que viven en el anillo bosque orbital? —preguntó Den Soa, que con su entrenamiento blanco sería probablemente su representante diplomático si y cuando establecieran contacto.

—Setecientos millones en el arco de treinta grados que podemos determinar en este lado del sol —dijo la IA—. Si han emigrado a todo o la mayor parte del anillo, podemos estimar evidentemente una población de varios miles de millones.

—¿Algún signo de akerataeli o zeplenes? —preguntó Patek Georg. Todos los grandes anillos bosque y esferas de árbol estrella habían hecho esfuerzos de colaboración con esas dos razas alienígenas, que habían unido sus fuerzas con los éxters y los templarios durante la Caída de la Hegemonía.

—Ninguno —dijo Saigyõ—. Pero quizá deseéis ver esta imagen remota del anillo

en sí en la ventana central. Todavía estamos a sesenta y tres UA del anillo..., esto es una vista amplificada diez mil veces.

Todos se volvieron para mirar la ventana delantera, donde el anillo bosque parecía a tan sólo unos miles de kilómetros de distancia, con sus verdes hojas y sus ramas y entrelazados troncos amarillos y pardos curvándose fuera de su vista, con la estrella G8 ardiendo más allá.

—Hay algo que no parece estar bien —dijo Dem Lia.

—Ésta es la anomalía que se añadió a la urgencia de la señal de socorro y nos decidió a despertaros del sueño profundo —dijo Saigyō, y su voz sonó de nuevo ligeramente divertida—. Este anillo bosque orbital no es una bioconstrucción éxter o templaria.

El doctor Samel Ria Kem Ali silbó suavemente.

—Un anillo bosque de construcción alienígena. Pero con éxters de ascendencia humana viviendo en él.

—Y hay algo más que hemos descubierto desde que entramos en el sistema —dijo Saigyō. De pronto la ventana izquierda se llenó con una vista de una máquina, una nave espacial, tan enorme y desmañada que casi desafiaba toda descripción. Había una imagen de la *Hélice* sobreimpuesta en el fondo de la pantalla para proporcionar la escala. La *Hélice* tenía un kilómetro de largo. La base de esta otra espacionave era al menos mil veces más larga. El monstruo era enorme y ancho, bulboso y feo, negro como el carbón e insectoide, ostentando los peores rasgos tanto de la evolución orgánica como de la fabricación industrial. Centrado en la parte delantera había lo que parecía ser una boca con dientes de acero, una tosca abertura flanqueada con una al parecer interminable serie de mandíbulas y rotas hojas y rotores afilados como navajas.

—Parece como la navaja de Dios —dijo Patek Georg Dem Mio, con la fría ironía ligeramente cortada por un apenas perceptible temblor en su voz.

—La navaja de Dios, mi culo —dijo Jon Mikail Dem Alem suavemente. Como ébano, una de sus especialidades era los sistemas de soporte vital, y había crecido cuidando de las enormes granjas de Vitus-Gray-Balianus B—. Eso es una trilladora del infierno.

—¿Dónde está? —empezó a preguntar Dem Lia, pero Saigyō ya había presentado un holo mostrando su trayectoria de deceleración hacia el anillo bosque. La obscena nave-máquina avanzaba desde un lugar por encima de la eclíptica, estaba a unas veintiocho UA delante de ellos, deceleraba rápidamente pero no tan agresivamente como la *Hélice*, y se encaminaba directamente hacia el anillo bosque éxter. La trayectoria era clara: a su actual ritmo de deceleración, la máquina interceptaría directamente el anillo en nueve días estándar.

—Ésta puede ser la causa de la señal de socorro —dijo secamente la otra verde, Res Sandre.

—Si viniera hacia mí y hacia mi mundo, yo gritaría tan fuerte que me oiríais a

doscientos veintiocho años luz de distancia sin siquiera una radio —dijo la joven banda blanca, Den Soa.

—Si empezamos a recibir esta débil señal a unos doscientos veintiocho años luz de distancia —dijo Patek Georg—, eso significa que o bien esa cosa ha estado decelerando *muy* lentamente dentro del sistema o...

—Ya estaba ahí antes —dijo Dem Lia. Ordenó a la IA que opacificara las ventanas y la despidió—. ¿Debemos asignar roles, deberes, prioridades, y tomamos las decisiones iniciales? —preguntó en voz baja.

Los otros ocho alrededor de la mesa asintieron sobriamente.

Para un extranjero, para alguien de fuera de la cultura de la Hélice del Espectro, los siguiente cinco minutos hubieran resultado muy difíciles de seguir. El consenso total se alcanzó antes de los primeros dos minutos, pero sólo una pequeña parte de la discusión se efectuó a través del habla. La combinación de gestos con la mano, lenguaje corporal, frases taquigráficas y silenciosos asentimientos de cabeza que había evolucionado a lo largo de siglos de una cultura decidida a tomar decisiones a través del consenso funcionó bien allí. Los padres y abuelos de aquellas personas sabían la necesidad de ordenar estructura y disciplina: medio millón de los suyos habían muerto en la corta pero terrible guerra con los residuos de Pax en Vitus-Gray-Balianus B, y luego otros cien mil cuando los vándalos Pax que huían saquearon su sistema unos treinta años más tarde. Pero estaban decididos a elegir el mando a través del consenso y luego tomar tantas decisiones como fuera posible a través del mismo medio.

En los dos primeros minutos se asignaron las misiones y se trató de las sutilezas en torno a los distintos deberes.

Dem Lia estaría al mando. Su voto pasaría por encima del consenso siempre que fuera necesario. La otra verde, Res Sandre, prefirió ocuparse de propulsión e ingeniería, trabajando con la reticente IA llamada Basho.

El banda roja, Patek Georg, sin que nadie se sorprendiera por ello, aceptó el puesto de oficial jefe de seguridad, tanto para las formidables defensas de la nave como durante cualquier contacto con los éxters. Sólo Dem Lia podía pasar por encima de sus decisiones en el uso del armamento de la nave.

La joven banda blanca, Den Soa, estaría a cargo de comunicaciones y diplomacia, pero pidió que Peter Delen Dem Tae aceptara compartir la responsabilidad con ella, y éste aceptó. La preparación de Peter en psicología incluía exobiopsicología teórica.

El Dr. Sam monitorizaría la salud de todo el mundo a bordo y estudiaría la biología evolutiva de los éxters y templarios si se producía el contacto.

Su banda ébano, Jon Mikail Dem Alem, asumió el mando de los sistemas de soporte vital, revisando y controlando los sistemas de la *Hélice* junto con la IA adecuada pero también preparando los ambientes necesarios si debían recibir a los

éxters a bordo de la nave.

Oam Rai, el más viejo de los nueve y el maestro de ajedrez de la nave, aceptó coordinar los sistemas generales de la nave y ser el principal consejero de Dem Lia a medida que se desarrollaran los acontecimientos.

Kem Loi, la astrónoma, aceptó la responsabilidad de todos los sensores de largo alcance, pero estaba obviamente ansiosa por usar su tiempo libre para estudiar el sistema binario.

—¿Ha observado alguien a qué se parece nuestra vieja amiga blanca de ahí delante? —preguntó.

—A Tau Ceti —dijo Res Sandre sin vacilar.

Kem Loi asintió.

—Y hemos visto la anomalía en la ubicación del anillo bosque.

Todo el mundo la había visto. Los éxters preferían estrellas tipo G-2, donde podían desarrollar sus bosques orbitales aproximadamente a una UA del sol. Este anillo rodeaba su estrella a tan sólo 0,36 UA de ella.

—Casi la misma distancia que Tau Ceti Centro de su sol —murmuró Patek Georg. TC2, como era conocido desde hacía más de mil años, había sido en su tiempo el mundo central y la capital de la Hegemonía. Luego se había convertido en un mundo marginal bajo Pax hasta que un cardenal de la Iglesia en ese mundo intentó un golpe de estado contra el acosado papa durante los últimos días de Pax. La mayoría de las ciudades reconstruidas habían sido arrasadas entonces. Cuando la *Hélice* abandonó el espacio humano ochenta años después de esa guerra, los aeneanos estaban repoblando y repopularizando la antigua capital, reconstruyendo hermosas estructuras clásicas y convirtiendo esencialmente las ruinas en una nueva Arcadia. Para los aeneanos.

Dadas y aceptadas las asignaciones, el grupo discutió la opción de despertar a sus miembros familiares más inmediatos del sueño criogénico. Puesto que las familias de la Hélice del Espectro consistían en matrimonios tríada —o bien un hombre y dos mujeres o viceversa—, y puesto que la mayoría tenían hijos a bordo, era un tema complicado. Jon Mikail planteó las consideraciones de soporte vital —que eran menores—, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que complicaría la toma de decisiones con la familia despierta sólo como pasajeros. Se acordó dejarlos en sueño profundo, con la única excepción del esposo y esposa de Den Soa. La joven diplomática de banda blanca admitió que se sentiría insegura sin sus dos amores con ella, y el grupo aceptó esta excepción a su decisión, con la gentil sugerencia de que los compañeros despertados se mantuvieran fuera de la cubierta de mando a menos que hubiera alguna razón importante por la que debieran estar allí. Den Soa aceptó de inmediato. Saigyõ fue avisado, e inmediatamente empezó a despertar al compañero y compañera de Den Soa. No tenían hijos.

Entonces se planteó el tema central.

—¿Vamos a decelerar realmente hasta este anillo y mezclarnos en los problemas

de esos éxters? —preguntó Patek Georg—. Suponiendo que su señal de socorro tenga todavía algún significado.

—Siguen emitiéndola en las viejas longitudes de onda —dijo Den Soa, que había estado trasteando en el sistema de comunicaciones de la nave. La joven de pelo rubio miró a algo en su visión virtual—. Y esa máquina monstruo todavía se encamina hacia ellos.

—Pero tenemos que recordar —dijo el hombre de la banda roja— que nuestra meta era evitar el contacto con puestos de avanzada humanos que pudieran plantear problemas en nuestro camino fuera del espacio conocido.

Res Sandre, la verde ahora a cargo de ingeniería, sonrió.

—Supongo que creamos ese plan general acerca de evitar elementos pax o éxter o aeneanos sin tener en cuenta que podíamos encontrarnos con humanos, o antiguos humanos, a unos ocho mil años luz fuera de la esfera conocida del espacio humano.

—Eso puede significar todavía problemas para todo el mundo —dijo Patek Georg.

Todos comprendían el auténtico significado de la afirmación del jefe de seguridad de banda roja. Los rojos en la Hélice del Espectro se dedicaban al valor físico, las convicciones políticas y la pasión por el arte, pero también eran entrenados en profundidad en la compasión hacia las demás cosas vivas. Los otros ocho comprendían que cuando decía que el contacto podía significar problemas para «todo el mundo» se refería no sólo a los 684.291 almas dormidas a bordo de la nave, sino también a los propios éxters y templarios. Esos huérfanos de Vieja Tierra, este grupo autoevolutivo de la estirpe humana, había permanecido más allá de la historia y de los límites humanos durante al menos un milenio, quizá mucho más tiempo. Incluso el más breve contacto podía causar problemas a la propia cultura éxter.

—Iremos y veremos si podemos ayudar..., y al mismo tiempo cargaremos nuevas provisiones, si es posible —dijo Dem Lia, con tono amistoso pero definitivo—. Saigyõ, a nuestra mayor cifra de deceleración sin poner en tensión los campos internos de contención, ¿cuánto tiempo nos tomará llegar a un punto de cita a unos cinco mil kilómetros del anillo bosque?

—Treinta y siete horas —dijo la IA.

—Lo cual nos sitúa ahí siete días y algo más antes que esa horrible máquina —dijo Oam Rai.

—Infiernos —dijo el D. Sam—, esa máquina puede ser algo que construyeron los propios éxters para transbordarlos a través de los campos de choque de la heliosfera hasta el sistema de la gigante roja. Una especie de feo tranvía.

—No lo creo —dijo la joven Den Soa, sin captar la ironía del viejo.

—Bueno, los éxters han reparado en nosotros —dijo Patek Georg, que estaba conectado sensorialmente al nexo de su sistema—. Saigyõ, tráenos de nuevo las ventanas, por favor. Un poco de aumento, como antes.

De pronto la estancia se llenó con la luz de las estrellas y la luz del sol y la luz

reflejada del trenzado anillo del bosque orbital, que se parecía enormemente a Jack y la planta de judías gigante, curvándose fuera de la vista alrededor de la brillante estrella blanca. Sólo que ahora se había añadido algo más al cuadro.

—¿Esto es en tiempo real? —susurró Dem Lia.

—Sí —dijo Saigyō—. Los éxters han estado evidentemente observando nuestra cola de fusión cuando hemos entrado al sistema. Ahora acuden a nuestro encuentro.

Miles —decenas de miles— de oscilantes bandas de luz habían abandonado el anillo bosque y se movían como brillantes luciérnagas o radiantes telarañas que se alejaban del trenzado de enormes hojas, corteza y atmósfera. Los miles de motas de luz se encaminaban fuera del sistema, hacia la *Hélice*.

—Por favor, ¿puedes ampliar un poco más la imagen? —pidió Dem Lia.

Le había hablado a Saigyō, pero fue Kem Loi, que se había conectado ya a la red óptica de la nave, quien actuó.

Mariposas de luz. Alas de cien, doscientos, quinientos kilómetros de ancho atrapando el viento solar y cabalgando las líneas magnéticas que brotaban de la pequeña y brillante estrella. Pero no decenas de miles de alados ángeles o demonios de luz, sino cientos de miles. Como mínimo, cientos de miles.

—Esperemos que sean amistosos —dijo Patek Georg.

—Esperemos que todavía podamos comunicarnos con ellos —susurró la joven Den Soa—. Quiero decir..., pueden haber forzado su propia evolución en cualquier dirección en los últimos mil quinientos años.

Dem Lia golpeó suavemente con su mano sobre la mesa, pero con la fuerza suficiente como para ser oída.

—Sugiero que dejemos de especular y desear por el momento y nos preparemos para esta cita dentro de... —Hizo una pausa.

—Veintisiete horas y ocho minutos si los éxters siguen dirigiéndose hacia fuera del sistema a nuestro encuentro —dijo rápidamente Saigyō.

—Res Sandre —indicó suavemente Dem Lia—, ¿por qué tú y tu IA de propulsión no os ocupáis de asegurarnos de que nuestra última deceleración sea lo suficientemente suave como para no freír unas cuantas toneladas de esos miles de éxters que acuden a recibirnos? Sería un mal principio para un encuentro diplomático.

—Si *vienen* con intenciones hostiles —dijo Patek Georg—, el impulsor de fusión será una de nuestras armas más poderosas contra...

Dem Lia le interrumpió. Su voz era suave pero no aceptaba ningún argumento.

—Ninguna palabra de guerra con esta civilización éxter hasta que tengamos claros sus motivos. Patek, puedes revisar todos los sistemas defensivos de la nave, pero no tendremos ninguna otra discusión de grupo sobre acciones ofensivas hasta que tú y yo hayamos hablado en privado.

Patek Georg asintió con la cabeza.

—¿Hay alguna otra pregunta o comentario? —preguntó Dem Lia. No había ninguno.

Los nueve se levantaron de la mesa y se dedicaron a sus tareas.

Unas insomnes veinticuatro horas largas más tarde, Dem Lia permanecía de pie erguida en una estatura divina en el sistema de la enana blanca, con la G8 ardiendo a sólo unos pocos metros de sus hombros. El trenzado árbol mundo estaba tan cerca que hubiera podido adelantar una mano y tocarlo, rodearlo con su mano de tamaño divino, mientras al nivel de su pecho los cientos de miles de rielantes alas de luz convergían sobre la *Hélice*, cuya cola de deceleración se había reducido a la nada. Dem Lia permanecía de pie sobre la nada, sus pies firmemente plantados en el negro espacio, el anillo bosque alienígena aproximadamente al nivel de su cintura, las estrellas una enorme esfera de constelaciones y bruma galáctica esparcidas muy arriba, a su alrededor y más allá de ella.

De pronto Saigyō se le unió. El monje del siglo x adoptó su habitual pose virreal: con las piernas cruzadas, flotando plácidamente justo por encima del plano de la eclíptica, a unos pocos metros respetuosos de Dem Lia. No llevaba camisa e iba descalzo, y su redondeado vientre añadía un toque a los buenos sentimientos que emanaban de su redondo rostro, sus ojos rasgados y sus rojizas mejillas.

—Los éxters vuelan tan hermosamente en el viento solar —murmuró Dem Lia.

Saigyō asintió.

—Observarás, sin embargo, que en realidad practican el surf sobre las ondas de choque, cabalgando a lo largo de las líneas de los campos magnéticos. Eso les proporciona esos sorprendentes estallidos de velocidad.

—Me lo habían dicho, pero no lo había visto —dijo Dem Lia—. ¿Puedes...?

Al instante el sistema solar en el que se hallaban se convirtió en un laberinto de líneas de campo magnético que brotaban de la estrella blanca G8, curvándose al principio y luego volviéndose rectas y regularmente espaciadas como una barrera de lanzas láser. La exhibición mostró su elaborado esquema de líneas del campo magnético en rojo. Las líneas azules mostraban los incontables senderos de los rayos cósmicos fluyendo hacia el sistema desde toda la galaxia, alineándose con las líneas del campo magnético e intentando formar su camino en espiral por entre las líneas del campo como agitantes salmones abriéndose camino corriente arriba para desovar en el vientre de la estrella. Dem Lia observó que las líneas del campo magnético que brotaban tanto del polo norte como del polo sur del sol se retorcían y doblaban sobre sí mismas, desviando así más ondas cósmicas que de otro modo hubieran llegado fácilmente a las lisas líneas del campo polar. Dem Lia cambió de metáforas, y pensó en los espermatozoides abriéndose camino luchando hacia un resplandeciente óvulo, y siendo arrojados a un lado por un perverso viento solar y oleadas de ondas magnéticas, aniquilados por ondas de choque que les azotaban a lo largo de las líneas del campo como si alguien hubiera sacudido fuertemente un alambre o restallado un látigo.

—Es tormentoso —dijo Dem Lia, viendo el rumbo de tantos de los éxters que rodaban y se deslizaban y cabalgaban a lo largo de aquellos frentes de choque de iones, campos magnéticos y rayos cósmicos, manteniendo sus posiciones con alas de resplandecientes campos de fuerza de energía mientras el viento solar se propagaba primero hacia adelante y luego hacia atrás a lo largo de las líneas del campo magnético, y finalmente coronando las ondas de choque hacia adelante de nuevo a medida que más rápidos estallidos de viento solar se estrellaban contra las ondas más lentas delante de él, creando tsunamis temporales que rodaban hacia fuera del sistema y luego fluían hacia atrás como una pesada resaca retrocediendo hacia la llameante playa del sol G8.

Los éxters manejaban esta confusión de geometrías, las líneas rojas del campo magnético, las líneas amarillas de los iones, las líneas azules de los rayos cósmicos, y el rodante espectro de los frentes de choque que se estrellaban con aparente facilidad. Dem Lia miró una vez hacia fuera, hacia donde la heliosfera de la gigante roja chocaba con la hirviente heliosfera de aquella brillante estrella G8, y la tormenta de luz y colores en aquel lugar le recordó un fosforescente océano de múltiples tonos estrellándose contra los riscos de un igualmente multicolor y poderoso continente de bullente energía. Un lugar agitado.

—Volvamos al display regular —dijo Dem Lia, y al instante las estrellas y el anillo bosque y los aleteantes éxters y la *Hélice* en plena frenada estuvieron de vuelta..., los dos últimos completamente fuera de escala para mostrarlos claramente.

—Saigyō —dijo Dem Lia—, por favor invita a todas las demás IA aquí ahora.

El sonriente monje alzó unas delgadas cejas.

—¿Todas ellas aquí a la vez?

—Sí.

Aparecieron pronto, pero no al instante, cada figura solidificándose en su presencia virtual un segundo o dos antes de la siguiente.

Primero apareció lady Murasaki, más baja aún que la diminuta Dem Lia, y el estilo de su túnica y su quimono de tres mil años de antigüedad cortó el aliento de la comandante en funciones. *Qué belleza dio por sentada Vieja Tierra*, pensó Dem Lia. Lady Murasaki inclinó educadamente la cabeza y deslizó sus pequeñas manos en las mangas de su túnica. Su rostro estaba pintado casi blanco, sus labios y ojos fuertemente perfilados, y su largo cabello negro estaba peinado tan elaboradamente que Dem Lia —que había llevado el pelo corto la mayor parte de su vida— ni siquiera pudo llegar a imaginar el trabajo de pinzas, horquillas, peinado, trenzado, moldeado y lavado de una masa como aquélla.

Ikkyû cruzó confiado el vacío espacio al otro lado de la *Hélice* virtual un segundo más tarde. Esta IA había elegido la vieja personalidad del hacía mucho tiempo muerto poeta zen: Ikkyû parecía tener unos setenta años, más alto que la mayoría de los japoneses, completamente calvo, con arrugas de preocupación en su frente y líneas de risa alrededor de sus brillantes ojos. Antes de que se iniciara el vuelo, Dem Lia había

usado los bancos de historia de la nave para leer acerca del monje, poeta, músico y calígrafo del siglo xv: parecía que cuando el Ikkyû histórico había cumplido los setenta años, se había enamorado de un cantante ciego cuarenta años más joven que él y había escandalizado a los monjes más jóvenes cuando trasladó a su amor al templo para que viviera con él. A Dem Lia le gustaba Ikkyû.

Basho apareció a continuación. El gran experto en *haiku* decidió aparecer como un delgado y alto campesino japonés del siglo xvii, con el sombrero cónico y los chanclos de su profesión. Siempre tenía algo de tierra debajo de sus uñas.

Ryōkan penetró graciosamente en el círculo. Llevaba un hermoso atuendo de un azul sorprendente ribeteado en oro. Su pelo era largo y atado en una cola.

—Os he pedido a todos que estuvierais aquí a la vez debido a la complicada naturaleza de esta cita con los éxters —dijo Dem Lia firmemente—. Tengo entendido por el diario de a bordo que uno de vosotros se opuso a trasladarnos del espacio Hawking para responder a esta llamada de socorro.

—Fui yo —dijo Basho, hablando en moderno inglés post-Pax, pero con una voz tan rasposa y gutural como el gruñido de un samurai.

—¿Por qué? —quiso saber Dem Lia.

Basho hizo un gesto con una larga y delgada mano.

—Las prioridades de programación que acordamos no cubren este acontecimiento específico. Creí que ofrecía un potencial de peligro demasiado grande y demasiado poco beneficio en nuestro auténtico objetivo de hallar un mundo colonia.

Dem Lia hizo un gesto hacia los enjambres de éxters que se acercaban a la nave. Ahora estaban tan sólo a unos pocos miles de kilómetros. Habían estado emitiendo sus pacíficas intenciones a través de las viejas longitudes de onda durante más de un día estándar.

—¿Todavía crees que es demasiado arriesgado? —preguntó a la alta IA.

—Sí —dijo Basho.

Dem Lia asintió, con el ceño ligeramente fruncido. Siempre era inquietante cuando las IA mostraban su disconformidad en un tema importante, pero por eso precisamente los aeneanos las habían dejado autónomas tras la descomposición del TecnoNúcleo. Y por eso eran cinco a la hora de votar.

—El resto de vosotras obviamente vio que el riesgo era aceptable.

Lady Murasaki respondió con su voz baja y reservada, casi un suspiro.

—Lo vimos como una excelente posibilidad de reaprovisionarnos de nuevos alimentos y agua, mientras que las implicaciones culturales eran más para que vosotros ponderarais y actuarais que para que nosotros decidiéramos. Por supuesto, no habíamos detectado la enorme nave espacial en el sistema antes de trasladarnos fuera del espacio Hawking. Quizás hubiera afectado nuestra decisión.

—Ésta es una cultura humana-éxter, casi con toda seguridad con una apreciable población templaria, que no ha tenido ningún contacto con el universo humano exterior desde los primeros días de la Hegemonía, si es que lo tuvo entonces —dijo

Ikkyû con gran entusiasmo—. Puede que sean el puesto de avanzada más alejado de la antigua Hégira. De toda la humanidad. Una maravillosa oportunidad de aprender.

Dem Lia asintió impaciente.

—Dentro de unas pocas horas estableceremos contacto. Habéis oído su mensaje por radio..., dicen que desean saludarnos y hablar, y nosotros hemos sido educados en nuestra respuesta. Nuestros dialectos no son tan distintos como para que el traductor no pueda manejarlos en una conversación cara a cara. Pero ¿cómo podemos saber si vienen realmente en paz?

Ryōkan carraspeó.

—Habría que recordar que, durante más de mil años, las llamadas Guerras con los Éxters fueron provocadas primero por la Hegemonía y luego por Pax. Los asentamientos originales éxter en el espacio profundo eran lugares pacíficos, y esta distante colonia no debió de experimentar en absoluto el conflicto.

Saigyō rió quedamente en su comfortable percha sobre la nada.

—También habría que recordar que durante las actuales guerras de Pax con los éxter, esos pacíficos humanos adaptados al espacio aprendieron para defenderse a construir y usar naves antorcha, impulsores Hawking modificados, armas de plasma, e incluso algunos impulsores Pax Gideon capturados. —Agitó su brazo desnudo—. Hemos escaneado cada uno de esos éxters que vienen, y ninguno lleva ningún arma..., ni siquiera una lanza de madera.

Dem Lia asintió.

—Kem Loi me ha mostrado pruebas astronómicas que sugieren que su nave simiente anclada se vio separada del anillo y resultó destruida hace mucho tiempo, posiblemente sólo unos pocos años o meses después de su llegada. Este sistema carece de asteroides, y la nube de Oort se halla dispersa mucho más allá de su alcance. Es concebible que no dispongan de metales ni de ninguna capacidad industrial.

—Señora —dijo Basho, con aspecto preocupado—, ¿cómo podemos saber eso? Los éxters han modificado su cuerpo lo suficiente como para generar alas de campos de fuerza que pueden extenderse a lo largo de cientos de kilómetros. Si se acercan lo suficiente a la nave, teóricamente pueden usar el efecto plasma combinado de esas alas para intentar romper los campos de contención y atacar la nave.

—Golpeados a muerte por las alas de los ángeles —meditó Dem Lia suavemente—. Una irónica manera de morir.

Las IA no dijeron nada.

—¿Quién trabaja más directamente con Patek Georg Dem Mio en las estrategias de defensa? —preguntó Dem Lia en medio del silencio.

—Yo —dijo Ryōkan.

Dem Lia ya lo sabía, pero pese a todo pensó: *Gracias a Dios que no es Basho*. Patek Georg era demasiado paranoico para formar parte del interfaz IA-humano en esta especialidad.

—¿Cuáles van a ser las recomendaciones de Patek cuando nos reunamos dentro de unos pocos minutos? —preguntó bruscamente Dem Lia a Ryōkan.

La IA dudó sólo el más ligero de los instantes perceptibles. Las IA comprendían tanto la discreción como la lealtad al humano con quien trabajaban en su especialidad, pero también comprendían los imperativos del papel del comandante elegido en la nave.

—Patek Georg va a recomendar una extensión de cien kilómetros del campo de contención externo clase veinte —dijo Ryōkan suavemente—. Con todas las armas de energía en standby y preapuntadas a los trescientos nueve mil doscientos cinco éxters que se acercan.

Las cejas de Dem Lia se alzaron unos milímetros.

—¿Y cuánto tiempo necesitarán nuestros sistemas para lanzar más de trescientos mil disparos contra esos blancos? —preguntó suavemente.

—Dos coma seis segundos —dijo Ryōkan.

Dem Lia sacudió la cabeza.

—Ryōkan, por favor dile a Patek Georg que tú y yo hemos hablado y que deseo el campo de contención no a una distancia de cien kilómetros, sino mantenido a un firme un kilómetro de la nave. Puede seguir siendo un campo clase veinte: los éxters pueden ver su fuerza, y eso es bueno. Pero los sistemas de armas de la nave no apuntarán a los éxters esta vez. Presumiblemente puedan ver también nuestros escáneres de blanco. Ryōkan, tú y Patek Georg podéis realizar todas las simulaciones del combate que creáis necesarias para sentirnos seguros, pero sin desviar ningún poder a las armas de energía y sin apuntar a ningún blanco hasta que yo dé la orden.

Ryōkan inclinó la cabeza. Basho restregó sus chanclos virtuales contra un invisible suelo pero no dijo nada.

Lady Murasaki agitó a medias un abanico delante de su rostro.

—Confías —dijo en voz baja.

Dem Lia no sonrió.

—No totalmente. Nunca totalmente. Ryōkan, quiero que tú y Patek Georg elaboréis el sistema del campo de contención de modo que si alguna vez un éxter intenta abrir brecha en él con plasma enfocado de sus alas solares, el campo de contención salte a clase treinta y cinco de emergencia y se expanda al instante a quinientos kilómetros.

Ryōkan asintió. Ikkyū sonrió ligeramente y dijo:

—Eso significará una cabalgada muy rápida para una gran masa de éxters, señora. Sus sistemas personales de energía puede que no sigan conteniendo sus sistemas de soporte vital bajo un *shock* tan grande, y seguro que no decelerarán durante media UA o más.

Dem Lia asintió.

—Ése es su problema. No creo que llegemos a eso. Gracias a todos por hablar conmigo.

Las seis figuras humanas desaparecieron con un parpadeo.

La cita fue pacífica y eficiente.

La primera cuestión que los éxters habían radiado a la *Hélice* veinte horas antes había sido:

—¿Son ustedes pax?

Esto había sobresaltado al principio a Dem Lia y a los demás. Su suposición era que aquella gente había permanecido fuera de contacto con el espacio humano desde mucho antes del ascenso de Pax. Luego el ébano, Jon Mikail Dem Alem, dijo:

—El Momento Compartido. Tiene que haber sido el Momento Compartido.

Los nueve se miraron en silencio ante aquello. Todos comprendían que el «Momento Compartido» de Aenea durante su tortura y asesinato por Pax y el TecnoNúcleo había sido compartido por todos los seres humanos en el espacio humano, una resonancia gestalt a lo largo del Vacío que Ata que había transmitido los pensamientos y memorias y conocimientos de la agonizante mujer a lo largo de esos hilos del entramado cuántico del universo que existían para resonar empáticamente, uniendo por un breve momento a todo el mundo originario del linaje humano de Vieja Tierra. Pero ¿ahí fuera? ¿A tantos miles de años luz de distancia?

Dem Lia se dio cuenta de pronto de lo estúpido que era aquel pensamiento. El Momento Compartido de Aenea de hacía casi cinco siglos debió de haberse propagado por todas partes en el universo a lo largo del entramado cuántico del Vacío que Ata, alcanzando razas alienígenas y culturas tan distantes que eran inalcanzables para cualquier tecnología o viaje o comunicación humanos al tiempo que añadía la primera voz humana autoconsciente a la conversación empática que se había estado produciendo entre especies sintientes y sensitivas durante casi doce mil millones de años. La mayoría de esas especies se habían extinguido hacía mucho tiempo o habían evolucionado más allá de su forma original, le habían dicho los aeneanos a Dem Lia, pero sus memorias empáticas todavía resonaban en el Vacío que Ata.

Por supuesto, los éxters habían experimentado el Momento Compartido hacía quinientos años.

—No, no somos pax —había radiado de vuelta la *Hélice* a los trescientos mil y pico éxters que se acercaban—. Pax resultó esencialmente destruida hace cuatrocientos años estándar.

—¿Tienen seguidores de Aenea a bordo? —llegó el siguiente mensaje éxter.

Dem Lia y los demás suspiraron. Tal vez esos éxters hubieran permanecido aguardando desesperadamente un mensajero aeneano, un profeta, alguien que les trajera el sacramento del ADN de Aenea a fin de que ellos también pudieran convertirse en aeneanos.

—No —había radiado de vuelta la *Hélice*—. No hay seguidores de Aenea. —Había intentado explicar la *Hélice* del Espectro de Amoiete y cómo los aeneanos les

habían ayudado a construir y adaptar esta nave para su largo viaje.

Tras un momento de silencio, los éxter habían radiado:

—¿Hay alguien a bordo que haya conocido a Aenea o a su amor, Raul Endymion?

Otra vez los nueve se habían mirado inexpresivamente. Saigyõ, que había permanecido sentado con las piernas cruzadas en el suelo a una cierta distancia de la mesa de conferencias, dijo:

—Nadie a bordo conoció a Aenea. —Lo dijo suavemente—. De la familia Espectro que ocultó y ayudó a Raul Endymion cuando estaba enfermo en Vitus-Gray-Balianus B, dos de los miembros del matrimonio resultaron muertos en la guerra con Pax aquí: una de las madres, Dem Ria, y el padre biológico, Alem Mikail Dem Alem. Su hijo de esta tríada, un muchacho llamado Bin Ria Dem Loa Alem, fue muerto también en el bombardeo Pax. La hija de Alem Mikail de un anterior matrimonio tríada desapareció y se la considera presuntamente muerta. La mujer superviviente de la tríada, Dem Loa, tomó el sacramento y se convirtió en aeneana no muchas semanas después del Momento Compartido. Se teleyectó lejos de Vitus-Gray-Balianus B y nunca regresó.

Dem Lia y los demás aguardaron, sabiendo que la IA no se habría extendido tanto si no hubiera algo más en la historia.

Saigyõ asintió.

—Resulta que la hija adolescente, Ces Ambre, presuntamente muerta en la masacre de civiles de la Hélice del Espectro en la base Pax Bombasino, había sido embarcada en realidad fuera del planeta con más de un millar de otros niños y adultos jóvenes. Iban a ser educados en el mundo fortaleza final Pax de Santa Teresa como cristianos Pax nacidos de nuevo. Ces Ambre recibió el cruciforme y fue adoctrinada allí por un cuadro de guardias religiosos durante nueve años antes de que el mundo fuera liberado por los aeneanos y Dem Loa supiera que su hija todavía estaba con vida.

—¿Se reunieron? —preguntó la joven Den Soa, la atractiva diplomática. Había lágrimas en sus ojos—. ¿Se liberó Ces Ambre del cruciforme?

—Hubo una reunión —dijo Saigyõ—. Dem Loa partió hacia allí tan pronto como supo que su hija estaba viva. Ces Ambre eligió hacer que los aeneanos extirparan el cruciforme, pero informó que no aceptaba el sacramento del ADN de Aenea de su madrastra tríada para convertirse ella también en aeneana. Su *dossier* dice que quiso regresar a Vitus-Gray-Balianus B para ver los restos de la cultura de la cual había sido secuestrada. Siguió viviendo y trabajando allí como maestra durante casi sesenta años estándar. Adoptó la banda azul de su anterior familia.

—Sufrió el cruciforme pero decidió no convertirse en aeneana —murmuró Kem Loi, el astrónomo, como si fuera algo imposible de creer.

—Está a bordo en sueño profundo —dijo Dem Lia.

—Sí —admitió Saigyõ.

—¿Qué edad tenía cuando embarcó? —preguntó Patek Georg.

—Noventa y cinco años estándar —dijo la IA. Sonrió—. Pero como todos nosotros, tuvo el beneficio de la medicina aeneana en los años antes de la partida. Su aspecto físico y sus capacidades mentales son los de una mujer recién cumplidos los sesenta.

Dem Lia se frotó la mejilla.

—Saigyõ, por favor, despierta a la ciudadana Ces Ambre. Den Soa, ¿puedes estar allí cuando despierte y explicarle la situación antes de que los éxters se reúnan con nosotros? Parecen más interesados en alguien que conoció al esposo de Aenea que en averiguar algo sobre la Hélice del Espectro.

—Futuro esposo en ese punto del tiempo —corrigió el ébano, Jon Mikail, que era un tanto pedante—. Raul Endymion todavía no se había casado con Aenea en el momento de su corta estancia en Vitus-Gray-Balianus B.

—Me sentiré privilegiada de estar con Ces Ambre hasta que nos reunamos con los éxters —dijo Den Soa con una brillante sonrisa.

Mientras la gran masa de éxters mantenía su distancia —quinientos kilómetros—, los tres embajadores fueron traídos a bordo. Se había acordado por radio que los tres podrían soportar un décimo de la gravedad normal sin incomodidad, de modo que la encantadora burbuja del solárium justo a popa y encima de la cubierta de mando ajustó su campo de contención a ese nivel, y se adaptaron las sillas y la iluminación adecuadas. Toda la gente de la *Hélice* pensó que sería más sencillo conversar con al menos un cierto sentido del arriba y el abajo. Den Soa añadió que los éxters podrían sentirse como en casa entre todo el verdor de allí. La nave adaptó sin problemas una esclusa de aire en la parte superior de la gran burbuja solárium, y los que aguardaban contemplaron la lenta aproximación de dos éxters alados y una forma más pequeña que era arrastrada en un traje espacial transparente. Los éxters que respiraban aire en el anillo respiraban un 100 por cien de oxígeno, de modo que la nave había tomado buen cuidado a la hora de acomodarlos en el solárium. Dem Lia se dio cuenta de que se sentía ligeramente eufórica mientras los invitados éxters entraban y les eran mostradas sus sillas especialmente adaptadas para ellos, y se preguntó si era el O₂ puro o sólo la novedad de las circunstancias.

Una vez instalados en sus sillas, los éxters parecieron estudiar a sus cinco contrapartidas de la Hélice del Espectro: Dem Lia, Den Soa, Patek Georg, el psicólogo Peter Delen Dem Tae y Ces Ambre, una atractiva mujer de pelo corto y blanco, que mantenía las manos cuidadosamente cruzadas sobre su regazo. La antigua maestra había insistido en vestir su túnica completa y su cogulla azul, pero unas cuantas tiras de estictita cosidas en lugares estratégicos impedían que el atuendo ondulara a cada movimiento o se hinchara sobre el suelo.

La delegación éxter era un interesante surtido de tipos. A la izquierda, en la más

elaboradamente construida silla de baja *g*, había un éxter auténticamente adaptado al espacio. Presentado como Jinete Lejano, tenía casi cuatro metros de altura — haciendo que Dem Lia pareciera más baja todavía de lo que era; la gente de la Hélice del Espectro siempre había sido en general baja y robusta, no a causa de siglos en planetas de alta gravedad, sino debido a la genética de sus fundadores—, y el éxter adaptado al espacio distaba mucho de parecer humano en muchos otros sentidos. Brazos y piernas eran simplemente añadidos largos y aracnoides a un delgado torso. Los dedos del hombre podían tener muy bien veinte centímetros de largo. Cada centímetro cuadrado de su cuerpo —al parecer casi desnudo bajo la capa de compresión refrigeradora del sudor pegada a la piel— estaba cubierto por un campo de fuerza autogenerado, en realidad una intensificación de la habitual aura corporal humana, que lo mantenía vivo en el más absoluto vacío. Las crestas encima y debajo de sus hombros eran dispositivos permanentes para extender sus alas de campo de fuerza para atrapar el viento solar y los campos magnéticos. El rostro de Jinete Lejano había sido genéticamente alterado hasta muy lejos a partir de su base humana: los ojos eran negras rendijas detrás de bulbosas membranas nictitantes; no tenía orejas sino una especie de rejillas a los lados de su cabeza que sugerían un receptor de radio; su boca era la más fina de las rendijas, carente de labios..., se comunicaba a través de glándulas radiotransmisoras en su cuello.

La delegación de la Hélice del Espectro había sido consciente de la adaptación de este éxter, y todos llevaban un sutil audífono que, además de captar las radiotransmisiones de Jinete Lejano, les permitía comunicarse con sus IA en una banda de seguridad.

El segundo éxter estaba sólo parcialmente adaptado al espacio, pero era claramente más humano. De tres metros de altura, era delgado y aracnoide, pero carecía de campo de fuerza ectoplásmico en su piel, sus ojos y rostro eran delgados y reciamente estructurados, no tenía pelo..., y hablaba el inglés primitivo de la Red con muy poco acento. Fue presentado como el Jefe Delegado e historiador Keel Redt, y era evidente que era el portavoz elegido del grupo, si no su líder real.

A la izquierda del Jefe Delegado había una templaria, una mujer joven con el cráneo sin pelo, fina estructura ósea, rasgos vagamente asiáticos, y los grandes ojos comunes a los templarios en todas partes, llevando la tradicional túnica y capucha pardas. Se presentó como la Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen, y su voz era suave y extrañamente musical.

Cuando el contingente de la Hélice del Espectro se hubo presentado, Dem Lia observó que los dos éxter y la templaria miraban fijamente a Ces Ambre, y sonrió agradablemente.

—¿Cómo es que habéis llegado hasta tan lejos en una nave así? —preguntó el Jefe Delegado Keel Redt.

Dem Lia explicó su decisión de iniciar una nueva colonia de la Hélice del Espectro de Amoiete lejos del espacio aeneano y humano. Hubo la inevitable

pregunta acerca de los orígenes de la cultura de la Hélice del Espectro de Amoiete, y Dem Lia les contó la historia de una forma tan sucinta como le fue posible.

—Así que, si he comprendido correctamente —dijo Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen, la templaria—, toda vuestra estructura social se basa en una ópera, una obra de entretenimiento, que se representó una sola vez, hace más de seis mil años estándar.

—No *toda* la estructura social —respondió Den Soa a su contrapartida templaria—. Las culturas crecen y se adaptan a condiciones cambiantes e imperativos, por supuesto. Pero el fundamento básico filosófico y la estructura de nuestra cultura estaba contenida en esa única representación a través del artista filósofo-compositor-poeta-holístico Halpul Amoiete.

—¿Y qué pensó este... poeta... de que se erigiera una sociedad alrededor de su única ópera multimedia? —preguntó el Jefe Delegado.

Era una pregunta delicada, pero Dem Lia se limitó a sonreír y dijo:

—Nunca lo sabremos. El ciudadano Amoiete murió en un accidente de escalada justo un mes después de que fuera representada la obra. Las primeras comunidades de la Hélice del Espectro no aparecieron hasta después de otros veinte años estándar.

—¿Adoráis a ese hombre? —preguntó el Jefe Delegado Keel Redt.

Fue Ces Ambre quien respondió.

—No. Nadie de la gente de la Hélice del Espectro ha deificado nunca a Halpul Amoiete, aunque hayamos tomado su nombre como parte de nuestra sociedad. Sin embargo, respetamos e intentamos vivir de acuerdo con los valores y metas hacia el potencial humano que comunicó en su arte a través de esa única y extraordinaria representación de la Hélice del Espectro.

El Jefe Delegado asintió como si se sintiera satisfecho.

La suave voz de Saigyõ susurró al oído de Dem Lia:

—Están radiando tanto en visual como en audio en una banda coherente muy compacta que está siendo recogida por los éxter de fuera y retransmitida al anillo bosque.

Dem Lia contempló a los tres personajes sentados frente a ella, y finalmente descansó su mirada en Jinete Lejano, el éxter completamente adaptado al espacio. Sus ojos humanos eran esencialmente invisibles detrás de las membranas nictitantes polarizadas parecidas a unas gafas protectoras que le daban un aspecto casi insectoide. Saigyõ había seguido la mirada de Dem Lia, y su voz susurró de nuevo en su oído:

—Sí. Él es el que transmite.

Dem Lia unió sus dedos en pirámide y se tocó los labios, para ocultar mejor su subvocalización.

—¿Grabas su transmisión?

—Sí, por supuesto —dijo Saigyõ—. Muy primitiva. Están radiando sólo el vídeo y el audio de esta reunión, sin subcanales de datos ni emisiones de vuelta ni de los

éxter cerca de nosotros ni del anillo bosque.

Dem Lia asintió aún más ligeramente. Puesto que la *Hélice* estaba efectuando una holocobertura completa de aquella reunión, incluidos estudio de infrarrojos, análisis de resonancia magnética de funciones cerebrales y una docena de otras funciones ocultas pero intrusivas, difícilmente podía culpar a los éxter por registrar el encuentro. De pronto sus mejillas enrojecieron. Infrarrojos. Escáneres físicos de banda estrecha. Neuro-IRM remoto. Ciertamente el éxter plenamente adaptado al espacio podía ver las sondas..., el hombre, si todavía seguía siendo hombre, vivía en un entorno donde podía ver el viento solar, sentir las líneas del campo magnético y seguir los iones individuales e incluso los rayos cósmicos mientras fluían por encima y por debajo y a través de él en el vacío. Dem Lia subvocalizó:

—Corta todos nuestros sensores del solárium excepto las holocámaras.

El silencio de Saigyõ fue su asentimiento.

Dem Lia observó que Jinete Lejano parpadeaba de pronto como si alguien hubiera apagado unas luces destellantes que habían estado vibrando en sus ojos. El éxter miró entonces a Dem Lia y asintió ligeramente. El extraño hueco de una boca, sellada del mundo por la capa del campo de fuerza y el plasma ectodérmico transparente, se retorció en lo que la mujer del Espectro pensó que podía ser una sonrisa.

Era la joven templaria, Reta Kasteen, la que estaba hablando:

—... así que pueden ver que pasamos a través de lo que se estaba convirtiendo en la Red de Mundos y abandonamos el espacio humano hacia la época en la que se estaba estableciendo la Hegemonía. Partimos del sistema de Centauro algún tiempo después de que terminara la Hégira original. Periódicamente, nuestra nave simiente se dejaba caer en el espacio real, los templarios se nos unieron desde el Huerto de Dios en nuestro camino de salida, así que teníamos noticias periódicas y ocasionalmente información de primera mano de en qué se estaba convirtiendo la sociedad interestelar de la Red de Mundos. Seguimos hacia fuera.

—¿Por qué hasta tan lejos? —preguntó Patek Georg.

El Jefe Delegado respondió:

—Muy simplemente, la nave funcionó mal. Nos mantuvo en fuga criogénica profunda durante siglos mientras su programación ignoraba sistemas potenciales para un mundo árbol orbital. Finalmente, cuando la nave se dio cuenta de su error, mil dcientos de nosotros habían muerto ya en sus vainas jamás diseñadas para un viaje tan largo; se sumió en el pánico y empezó a salir del espacio Hawking en cada sistema, hallando el habitual surtido de estrellas que no podían sostener nuestro anillo árbol de desarrollo templario o que eran mortíferas para los éxter. Sabemos por los registros de la nave que casi nos instaló en un sistema binario consistente en un agujero negro que estaba engullendo a su vecina gigante roja.

—El disco de acreción debió de ser todo un espectáculo digno de contemplar —dijo Den Soa con una débil sonrisa.

El Jefe Delegado exhibió su propia sonrisa de delgados labios.

—Sí, en las semanas o meses de que habríamos dispuesto antes de que nos matara. En vez de ello, utilizando el resto de su poder de razonamiento, la nave hizo un salto más y halló la solución perfecta: este sistema doble, con la heliosfera de la estrella blanca en la que nosotros los éxter podíamos vivir, y un anillo árbol ya construido.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Dem Lia.

—Hace mil doscientos treinta y pico de años estándar —radió Jinete Lejano.

La templaria se inclinó hacia adelante y prosiguió la historia.

—Lo primero que descubrimos fue que este anillo bosque no tenía nada que ver con la biogenética que habíamos desarrollado en el Huerto de Dios para construir nuestros hermosos y secretos árboles estrella. Este ADN era tan alienígena en su alineación y función que cualquier intento de manipularlo hubiera matado todo el anillo bosque.

—Podían haber iniciado su propio anillo bosque en y alrededor del alienígena —dijo Ces Ambre—. O intentar una esfera de árbol estrella como han hecho otros éxters.

La Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen asintió.

—Acabábamos de empezar a intentar eso..., y diversificar los centros de crecimiento protogénico a sólo unos pocos cientos de kilómetros de donde habíamos aparcado la nave simiente en las hojas y ramas del anillo alienígena, cuando... —Hizo una pausa como si buscara las palabras adecuadas.

—Llegó el Destructor —radió Jinete Lejano.

—¿El Destructor es la nave que observamos aproximarse a vuestro anillo ahora? —preguntó Patek Georg.

—La misma nave —radió Jinete Lejano. Pareció que escupía las dos sílabas de la última palabra.

—El mismo monstruo del infierno —añadió el Jefe Delegado.

—Destruyó vuestra nave simiente —dijo Dem Lia. Así que era por eso que los éxters parecían no poseer metales y por qué no había ningún anillo bosque de desarrollo templario entrelazado con el alienígena.

Jinete Lejano sacudió la cabeza.

—Devoró la nave simiente, junto con más de veintiocho mil kilómetros del propio anillo árbol, cada hoja, fruta, vaina de oxígeno, zarcillo de agua..., incluso los centros de crecimiento protogénico.

—Por aquellos días éramos muchos menos éxters puramente adaptados al espacio —dijo Reta Kasteen—. Los adaptados intentaron salvar a los otros, pero murieron muchos miles en aquella primera visita del Destructor..., el Devorador..., la Máquina. Evidentemente tenemos muchos nombres para él.

—La Nave del Infierno —dijo el Jefe Delegado, y Dem Lia se dio cuenta de que casi con toda seguridad hablaba literalmente, como si se hubiera desarrollado una

religión a partir del odio hacia aquella máquina.

—¿Cuán a menudo viene? —preguntó Den Soa.

—Cada cincuenta y siete años —dijo la templaria—. Exactamente.

—¿Del sistema de la gigante roja? —preguntó Den Soa.

—Sí —radió Jinete Lejano—. De la estrella del infierno.

—Si conocéis su trayectoria —dijo Dem Lia—, ¿no podéis saber con la suficiente antelación las secciones de vuestro anillo bosque que... devastará, devorará? ¿No podríais simplemente no colonizar, o al menos evacuar, esas zonas? Después de todo, la mayor parte del anillo árbol ha de estar despoblado..., el área superficial del anillo tiene que ser igual a más de medio millón de Viejas Tierras o Hyperiones.

El Jefe Delegado Keel Redt exhibió de nuevo su delgada sonrisa.

—A partir de ahora, y durante siete u ocho días estándar, el Destructor, pese a toda su masa, no sólo completará su ciclo de deceleración, sino que llevará a cabo complicadas maniobras que lo llevarán a alguna parte poblada del anillo. Siempre a un área poblada. Hace ciento cuatro años, su trayectoria final lo llevó a una masa de vainas de O2 donde más de veinte millones de éxters aún no plenamente adaptados al espacio habían construido sus hogares, completos con tubos de viaje, puentes, torres, plataformas del tamaño de ciudades y vainas de soporte vital desarrolladas artificialmente que llevaban construyéndose desde hacía más de seiscientos años estándar.

—Todo destruido —dijo Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen con pesar en su voz—. Devorado. Cosechado.

—¿Hubo muchas pérdidas de vidas? —preguntó Dem Lia con voz muy baja.

Jinete lejano sacudió la cabeza y radió:

—Millones de éxter plenamente adaptados al espacio consiguieron evacuar a los respiradores de oxígeno. Murieron algo menos de cien.

—¿Habéis intentado comunicaros con... la máquina? —preguntó Peter Delen Dem Tae.

—Durante siglos —dijo Reta Kasteen, con la voz temblorosa por la emoción—. Hemos usado radio, haces coherentes, máser, los pocos holotransmisores que aún tenemos, la gente de Jinete Lejano ha usado incluso los campos de sus alas, a miles, para lanzar mensajes en sencillo código matemático.

Los cinco miembros de la Hélice del Espectro de Amoiete aguardaron.

—Nada —dijo el jefe Delegado con voz llana—. Viene, elige su sección poblada del anillo, y la devora. Nunca hemos recibido una respuesta.

—Creemos que es completamente automática y muy antigua —dijo Reta Kasteen—. Quizá tenga millones de años. Funciona todavía según el programa desarrollado cuando fue construido el anillo alienígena. Cosecha esas enormes secciones del anillo, miembros, ramas, túbulos con millones de litros de agua manufacturada por el anillo árbol..., luego regresa al sistema de la estrella roja y, tras una pausa, vuelve de nuevo.

—Solíamos creer que quedaba todavía un mundo en ese sistema de la estrella roja —radió Jinete Lejano—. Un planeta que permanece constantemente oculto de nosotros al otro lado de ese maligno sol. Un mundo que construyó este anillo como su fuente de alimento, probablemente antes de que su G2 se convirtiera en una gigante, y que continúa cosechándolo pese a la miseria que nos causa. Ya no lo creemos. No existe tal planeta. Ahora creemos que el Destructor actúa solo, movido por un antiguo programa ciego, cosechando secciones del anillo y destruyendo nuestros asentamientos sin ninguna razón. Quienes fueran que vivieron en ese sistema de la enana roja se marcharon hace mucho tiempo.

Dem Lia deseó que Kem Loi, su astrónoma, estuviera allí. Sabía que estaba en la cubierta de mando, observando.

—No vimos ningún planeta durante nuestra aproximación a este sistema binario —dijo la comandante de banda verde—. Parece altamente improbable que ningún mundo capaz de contener vida haya sobrevivido a la transición de la estrella G2 a una gigante roja.

—Sin embargo, el Destructor pasa muy cerca de esa terrible estrella roja en cada uno de sus viajes —dijo el Jefe Delegado éxter—. Quizás todavía quede alguna especie de entorno artificial, un hábitat en el espacio, algún asteroide hueco. Un entorno que necesita de este anillo de planetas para que sus habitantes sobrevivan. Pero eso no disculpa la carnicería.

—Si tenían la capacidad de construir esta máquina, pudieron simplemente huir de ese sistema cuando la G2 alcanzó su punto crítico —murmuró Patek Georg. El banda roja miró a Jinete Lejano—. ¿Habéis intentado destruir la máquina?

La sonrisa sin labios debajo del ectocampo se extendió como la boca de un lagarto en el extraño rostro de Jinete Lejano.

—Muchas veces. Decenas de miles de auténticos éxters han muerto. La máquina posee una defensa energética que nos convierte en cenizas aproximadamente a cien mil kilómetros de distancia.

—Eso podría ser una simple defensa contra meteoritos —dijo Dem Lia.

La sonrisa de Jinete Lejano se hizo más amplia aún hasta parecer auténticamente terrible.

—Si es así, es un dispositivo asesino muy eficiente. Mi padre murió en el último intento de ataque.

—¿Habéis intentado viajar hasta el sistema de la estrella roja? —preguntó Peter Delen.

—No disponemos de ninguna espacionave —respondió la templaria.

—¿En vuestras propias alas solares entonces? —preguntó Peter, efectuando evidentemente para sí mismo los cálculos matemáticos de lo que tomaría aquel viaje, ida y vuelta. Años —décadas a las velocidades que permitía una vela solar—, pero dentro de las expectativas de vida de un éxter.

Jinete Lejano hizo un movimiento cortante horizontal con su mano de alargados

dedos.

—La turbulencia de la heliosfera es demasiado grande. Pero lo hemos intentado cientos de veces: expediciones de decenas de miembros parten, y nadie o sólo unos pocos regresan. Mi hermano murió en uno de esos intentos hace seis de vuestros años estándar.

—Y el propio Jinete Lejano resultó terriblemente herido —dijo Reta Kasteen suavemente—. Sesenta y ocho de los mejores surcadores del espacio profundo partieron..., regresaron sólo dos. Se necesitó todo lo que nos queda de nuestra ciencia médica para salvar la vida de Jinete Lejano, y eso significó para él dos años de recuperación en una vaina nutriente.

Dem Lia carraspeó.

—¿Qué queréis que hagamos?

Los dos éxters y la templaria se inclinaron hacia adelante. El Jefe Delegado Keel Redt habló por todos ellos.

—Si, como creéis, como nosotros estamos convencidos, no hay ningún mundo habitado en el sistema de la gigante roja, matad al Destructor ahora. Aniquilad la máquina cosechadora. Salvadnos del azote sin mente, obsoleto y persistente. Os recompensaremos tan abundantemente como podamos: alimentos, fruta, tanta agua como necesitéis para vuestro viaje, técnicas genéricas avanzadas, nuestro conocimiento de los sistemas cercanos, cualquier cosa.

Los miembros de la Hélice del Espectro se miraron unos a otros. Finalmente Dem Lia dijo:

—Si estáis cómodos aquí, nosotros cuatro nos disculparemos unos momentos para discutir esto. A Ces Ambre le encantará quedarse con vosotros para hablar si así lo deseáis.

El Jefe Delegado hizo un gesto con sus dos largos brazos y sus enormes manos.

—Estamos completamente cómodos. Y nos sentimos más que encantados de tener esta oportunidad de hablar con la venerable M. Ambre..., la mujer que vio al esposo de Aenea.

Dem Lia observó que la joven templaria, Reta Kasteen, parecía visiblemente emocionada ante la perspectiva.

—Y entonces nos comunicaréis vuestra decisión, ¿verdad? —radió Jinete Lejano; su cerúleo cuerpo, los grandes escudos de sus ojos y su fisiología alienígena causaron en Dem Lia un ligero escalofrío. Era una criatura que se alimentaba de luz, sorbía la energía suficiente para desplegar unas alas solares electromagnéticas de cientos de kilómetros de ancho, reciclaba su propio aire, desechos y agua, y vivía en un entorno de frío, calor, radiación y vacío absolutos. La humanidad había recorrido un largo camino desde los primeroshomínidos de África, allá en Vieja Tierra.

Y si decimos no, pensó Dem Lia, trescientos mil y pico de éxter adaptados al espacio como él pueden descender sobre nuestra giranave como los furiosos hawaianos aventando su ira sobre el capitán James Cook cuando los sorprendió

arrancando los clavos del casco de su barco. El buen capitán terminó no sólo muerto horriblemente, sino que su cuerpo fue eviscerado, quemado y hervido en pequeños pedazos. Tan pronto como hubo pensado esto, Dem Lia rectificó. Aquellos éxters no iban a atacar a la Hélice. Toda su intuición se lo decía. *Y si lo hicieran*, pensó, *nuestras armas los vaporizarán en dos coma seis segundos*. Se sintió culpable y ligeramente asqueada ante sus propios pensamientos mientras decía adiós y bajaba en el ascensor a la cubierta de mando con los otros tres.

—¿Lo viste —dijo Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen un poco sin aliento— al esposo de Aenea?

Ces Ambre sonrió.

—Yo tenía catorce años estándar. Fue hace mucho tiempo. Él viajaba de mundo en mundo vía teleyectores y permaneció unos pocos días en la casa de la tríada de mis padres porque estaba enfermo, una piedra en el riñón, y entonces los soldados de Pax lo arrestaron hasta que pudieran enviar a alguien para interrogarle. Mis padres lo ayudaron a escapar. Fueron unos pocos días, hace muchos años. —Sonrió de nuevo—. Y por aquel entonces no era el esposo de Aenea, recuerdo. Todavía no había tomado el sacramento de su ADN, ni siquiera se daba cuenta de lo que la sangre y las enseñanzas de ella podían hacer por la raza humana.

—Pero tú le *viste* —presionó el Jefe Delegado Keel Redt.

—Sí. Estaba sumido en un delirio de dolor la mayor parte del tiempo y esposado a la cama de mis padres por los soldados de Pax.

Reta Kasteen se inclinó más hacia adelante.

—¿Tenía alguna especie de... *aura*... a su alrededor?

—Oh, sí —dijo Ces Ambre con una risita—. Hasta que mis padres lo bañaron con una esponja. Había estado viajando durante muchos días.

Los dos éxters y la templaria parecieron echarse un poco hacia atrás, decepcionados.

Ces Ambre se inclinó hacia adelante y tocó la rodilla de la mujer templaria.

—Me disculpo por no ser seria, sé el importante papel que tuvo Raul Endymion en vuestra historia..., pero ocurrió hace mucho tiempo, había mucha confusión, y por aquel entonces en Vitus-Gray-Balianus B yo era una adolescente rebelde que deseaba abandonar la comunidad de la Hélice y aceptar el cruciforme en alguna ciudad Pax cercana.

Los otros tres se echaron ahora visiblemente hacia atrás. Los dos rostros que eran legibles registraron la impresión.

—¿*Deseabas* aceptar ese... ese... *parásito* en tu cuerpo?

Como parte del Momento Compartido de Aenea, cada humano, en todas partes, había visto —había conocido, había captado su pleno *gestalt*— la realidad detrás del «cruciforme de la inmortalidad», una masa parasitaria de nódulos de IA creando un

TecnoNúcleo en el espacio real, usando las neuronas y las sinapsis de cada cuerpo anfitrión de cualquier forma que deseara, usándolo a menudo de formas más creativas *matando* al anfitrión humano y utilizando la red neuronal enlazada cuando era más creativa, durante esos segundos finales de disolución neural antes de la muerte. Luego la Iglesia usaría la tecnología del TecnoNúcleo para resucitar el cuerpo humano con el parásito cruciforme del Núcleo haciéndose cada vez más fuerte y más entramado a cada muerte y resurrección.

Ces Ambre se encogió de hombros.

—Por aquel entonces representaba la inmortalidad. Y una posibilidad de salir de nuestro pequeño pueblo polvoriento y unirme al mundo real..., Pax.

Los tres diplomáticos éxters sólo pudieron mirarla fijamente.

Ces Ambre alzó la mano a la parte superior de su ropa y la abrió lo suficiente para mostrarles la base de su garganta y el inicio de una cicatriz allá donde el cruciforme había sido extirpado por los aeneanos.

—Fui secuestrada a uno de los mundos Pax que quedaban y puesta bajo el cruciforme durante nueve años —dijo, tan bajo que su voz apenas llegó a los tres diplomáticos—. Y la mayor parte de ese tiempo fue *después* del Momento Compartido de Aenea..., tras la absoluta revelación del plan del Núcleo de esclavizarnos con esas despreciables cosas.

La Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen tomó la mano de Ces Ambre entre las suyas.

—Pero te negaste a convertirte en aeneana cuando fuiste liberada. Te uniste a lo que quedaba de tu propia antigua cultura.

Ces Ambre sonrió. Había lágrimas en sus ojos, unos ojos que de pronto parecieron mucho más viejos.

—Sí. Creí que le debía eso a mi gente..., por desertar de ella en tiempo de crisis. Alguien tenía que llevar adelante la cultura de la Hélice del Espectro. Habíamos perdido tanto en las guerras. Perdimos más incluso cuando los aeneanos nos dieron la opción de unirnos a ellos. Resulta difícil negarse a convertirse en algo parecido a un dios.

Jinete Lejano dejó escapar un gruñido que sonó como intensa estática.

—Éste es nuestro mayor miedo después del Destructor. No hay nadie vivo ahora en el anillo bosque que experimentara el Momento Compartido, excepto los detalles de él, los gloriosos atisbos de empatía y los poderes vinculantes del Vacío que Ata, el conocimiento de Aenea de que muchos de los aeneanos serían capaces de teleyectarse, libremente, a cualquier parte del universo. Bien, la Iglesia de Aenea ha crecido aquí hasta que al menos una cuarta parte de nuestra población cedería su herencia éxter o templaria y se convertiría en aeneana en un segundo.

Ces Ambre se frotó la mejilla y sonrió de nuevo.

—Entonces es evidente que ningún aeneano ha visitado este sistema. Y tenéis que recordar que Aenea insistió en que no hubiera «Iglesia de Aenea», ni veneración o

beatificación o adoración. Ése fue el más importante de sus pensamientos durante el Momento Compartido.

—Lo sabemos —dijo Reta Kasteen—. Pero en ausencia de elección y conocimiento, las culturas se vuelven a menudo hacia la religión. Y la posibilidad de que hubiera un aeneano a bordo con vosotros fue una de las razones por las que recibimos la llegada de vuestra gran nave con tanto entusiasmo y ansiedad.

—Los aeneanos no llegan con nave espacial —dijo Ces Ambre suavemente.

Los tres asintieron.

—Cuando y si el día llega alguna vez —radió Jinete Lejano—, corresponderá a la conciencia individual de cada éxter y templario decidir. En cuanto a mí, siempre cabalgaré las grandes olas del viento solar.

Dem Lia y los otros tres regresaron.

—Hemos decidido ayudar —dijo—. Pero tenemos que apresurarnos.

No había forma alguna en el universo de que Dem Lia o cualquiera de los otros humanos o ninguna de las cinco IA estuvieran dispuestos a arriesgar la *Hélice* en una confrontación directa con el Destructor o el Cosechador o como demonios desearan los éxters llamar a su némesis. No era por un capricho de la ingeniería que las tres mil vainas de soporte vital que contenían los 684.300 pioneros de la *Hélice* del Espectro en profundo sueño criogénico tuvieran forma ovoide. Esta cultura tenía todos sus huevos en un mismo cesto —literalmente—, y no iban a enviar ese cesto a la batalla. Basho y algunas de las otras IA estaban preocupadas ya por la proximidad de la avanzante nave cosechadora. Las batallas espaciales podían lucharse fácilmente a través de veintiocho UA de distancia, mientras que los láseres tradicionales, o lanzas, o armas de haces de partículas, necesitarían más de ciento noventa y seis minutos para cubrir esa distancia. La Hegemonía, Pax y las naves éxters habían desarrollado todas ellas misiles hipercinéticos capaces de saltar dentro y fuera del espacio Hawking. Las naves podían resultar destruidas antes de que el radar pudiera anunciar la presencia del misil que avanzaba contra ellas. Puesto que esta «cosechadora» se arrastraba hacia su destino a velocidad sublumínica, parecía poco probable que llevara armamento C-plus, pero «poco probable» es una palabra que ha desbaratado los planes y los destinos de los señores de la guerra desde tiempos inmemoriales.

A petición de los ingenieros de la *Hélice* del Espectro, los aeneanos habían reconstruido la *Hélice* para que fuera realmente modular. Cuando alcanzara su planeta utópico alrededor de su perfecta estrella, algunas secciones se liberarían por sí mismas para convertirse en sondas y aparatos aéreos y vehículos terrestres y sumergibles y estaciones espaciales. Cada una de las tres mil vainas individuales podía aterrizar e iniciar por sí misma una colonia, aunque los planes eran agrupar cuidadosamente los lugares de aterrizaje tras mucho estudio del nuevo mundo.

Cuando la *Hélice* hubiera terminado de desplegar y posar sobre la superficie sus vainas y sus módulos y sus sondas y sus lanzaderas y la cubierta de mando y el núcleo central de fusión, poco quedaría en órbita excepto las unidades del enorme impulsor Hawking con los programas de mantenimiento y los robots para mantenerlas en perfectas condiciones durante siglos, si no milenios.

—Utilizaremos la sonda exploradora del sistema para investigar este Destructor —dijo Dem Lia. Era uno de los módulos más pequeños, adaptado más al puro vacío que a la entrada atmosférica, aunque era capaz de cierta morfogénesis. Pero comparado con la mayoría de los subcomponentes pacíficos de la *Hélice*, la sonda estaba armada hasta los dientes.

—¿Podemos acompañaros? —dijo el Jefe Delegado Keel Redt—. Nadie de nuestra raza se ha acercado a más de un centenar de miles de kilómetros de la máquina y ha sobrevivido.

—Por supuesto —dijo Dem Lia—. La sonda es lo bastante grande como para contener a treinta o cuarenta de nosotros, y sólo vamos a ir tres de nuestra nave. Mantendremos el campo de contención interno a un décimo de una *g* y adaptaremos los asientos en consecuencia.

La sonda era más parecida a una de las antiguas naves antorcha de combate que a ninguna otra cosa, y aceleró a 250 gravedades hacia la máquina que avanzaba, con los campos de contención internos en redundancia infinita, los campos externos alzados a su máximo de clase doce. Dem Lia pilotaba. Den Soa intentaba comunicarse con la gigantesca nave a través de todos los medios disponibles, enviando mensajes de paz por todas las bandas, desde la primitiva radio hasta los estallidos modulados de taquiones. Ninguna respuesta. Patek Georg Dem Mio estaba ocupado con los umbilicales virtuales defensa/contraataque de su litera. Los pasajeros estaban sentados en la parte de atrás de la compacta cubierta de mando de la sonda y aguardaban. Saigyõ había decidido acompañarles, y su enorme holo permanecía sentado con el pecho desnudo y las piernas cruzadas sobre una plataforma cerca de la ventanilla principal. Dem Lia se aseguró de mantener su trayectoria apuntada *no* directamente a la monstruosidad, contando con la posibilidad de que sólo contara con defensas antimeteoritos: si mantenían sus actuales coordenadas, pasarían a decenas de miles de kilómetros de distancia de la nave por encima del plano de la eclíptica.

—Su radar ha empezado a rastearnos —dijo Patek Georg cuando estaban a seiscientos mil kilómetros de distancia y decelerando—. Radar pasivo. Nada de armas. No parece estarnos sondeando con nada excepto el simple radar. No tendrá idea de si hay o no formas de vida a bordo de nuestra sonda.

Dem Lia asintió.

—Saigyõ —dijo en voz baja—, a doscientos mil kilómetros, por favor varía nuestras coordenadas a un curso de intercepción con la cosa. —El rechoncho monje

asintió.

Un poco más tarde, los impulsores de la sonda y los motores principales cambiaron de sonido, el campo estelar giró, y la imagen de la enorme máquina llenó la ventanilla principal. La visión aumentó de tamaño como si estuvieran tan sólo a quinientos kilómetros de la nave espacial. La cosa era increíblemente desgarrada, construida sólo para el vacío, con un frente de dientes de metal y hojas rotatorias construidas como alojamientos mandibulares, el resto parecido a los restos de un viejo hábitat espacial al que se le hubieran añadido descuidadamente sección tras sección a lo largo de los milenios y luego recubierto todo con verrugas, ampollas, sacos bulbosos, tumores y filamentos.

—Distancia, ciento ochenta y tres mil kilómetros y acercándonos —dijo Patek Georg.

—Mirad lo ennegrecida que está —susurró Den Soa.

—Y desgastada —radió Jinete Lejano—. Ninguno de nosotros la habíamos visto nunca desde tan cerca. Observad las capas de cráteres a través de los densos depósitos de carbón. Es como una antigua luna negra que haya sido golpeada una y otra vez por diminutos meteoritos.

—Pero reparada —comentó el Jefe Delegado hoscamente—. Funciona.

—Distancia ciento veinte mil kilómetros y acercándonos —dijo Patek Georg—. Al radar de búsqueda acaba de añadirse el radar de adquisición.

—¿Medidas defensivas? —preguntó Dem Lia con voz tranquila.

Fue Saigyõ quien respondió.

—Campo clase doce en su lugar e infinitamente redundante. Deflectores CPB activados. Contramisiles hipercinéticos preparados. Campos de plasma al máximo. Contramisiles armados y bajo control positivo. —Esto significaba simplemente que tanto Dem Lia como Patek Georg tendrían que dar la orden para lanzarlos o, si los pasajeros resultaban muertos, debería hacerlo Saigyõ.

—Distancia ciento cinco mil kilómetros y acercándonos —dijo Patek Georg—. Vector delta relativo cayendo a cien metros por segundo. Otros tres radares de adquisición en funcionamiento.

—¿Alguna otra transmisión? —preguntó Dem Lia con voz tensa.

—Negativo —dijo Den Soa en su consola virtual—. La máquina parece ciega y tonta excepto el primitivo radar. Absolutamente ninguna señal de vida a bordo. Las comunicaciones internas muestran que tiene... inteligencia... pero no auténtica IA. Lo más probable es que sean ordenadores. Muchas series de ordenadores físicos.

—¡Ordenadores *físicos*! —exclamó Dem Lia, impresionada—. ¿Quieres decir silicio..., chips..., tecnología al nivel de la edad de piedra?

—O justo un poco por encima —confirmó Den Soa en su consola—. Estamos recogiendo lecturas de memoria magnética de burbujas, pero nada superior.

—Cien mil kilómetros... —empezó Patek Georg, y luego se interrumpió—. La máquina nos está disparando.

Los campos de contención exteriores destellaron durante menos de un segundo.

—Una docena de CPB y dos toscas lanzas láser —dijo Patek Georg desde su ventajoso punto de vista—. Todo muy débil. Un campo de clase uno hubiera podido contenerlos con facilidad.

El campo de contención destelló de nuevo.

—La misma combinación —informó Patek—. Nivel de energía ligeramente inferior.

Otros destellos.

—Niveles inferiores de nuevo —dijo Patek—. Creo que nos está lanzando todo lo que tiene y gastando toda su energía haciéndolo. Casi con toda seguridad es una defensa contra meteoritos.

—No nos confiemos demasiado —dijo Dem Lia—. Veamos todas sus defensas.

Den Soa pareció impresionada.

—¿Vas a *atacarla*?

—Vamos a ver si *podemos* atacarla —dijo Dem Lia—. Patek, Saigyõ, por favor apuntad una lanza a la esquina superior de esa protuberancia de ahí... —Señaló con su estilo láser una ennegrecida proyección llena de cráteres en forma de dedo que podía ser muy bien un radiador de dos kilómetros de altura—. Y un misil hipercinético...

—¡*Comandante!* —protestó Den Soa.

Dem Lia miró a la joven y se llevó un dedo a los labios.

—Un hipercinético con la cabeza de combate de plasma retirada, apuntado al borde delantero inferior de la máquina, justo ahí donde se halla el labio de esa abertura.

Patek Georg repitió la orden a la IA. Las coordenadas del blanco fueron exhibidas y confirmadas.

El CPB golpeó casi al instante, vaporizando un agujero de setenta metros en la aleta del radiador.

—Alzó un campo de clase cero coma seis —informó Patek Georg—. Ése parece ser su límite superior de defensa.

La misil hipercinético penetró el campo de contención como una bala a través de mantequilla y golpeó un instante más tarde, estallando a través de sesenta metros de ennegrecido metal y desgarrando el orificio de alimentación frontal de la máquina cosechadora. Todo el mundo a bordo observó el silencioso impacto y el casi hipnotizante girar del metal vaporizado expandiéndose a partir el lugar del impacto y el chorro de restos que brotó de la herida. La enorme máquina no respondió.

—Si hubiéramos dejado la cabeza de combate —murmuró Dem Lia— y apuntado a su barriga, en estos momentos tendríamos un millar de kilómetros de máquina cosechadora en plena explosión.

El Jefe Delegado Keel Redt se inclinó hacia adelante en su asiento. Pese al décimo de gravedad, todos los sillones tenían sistemas de contención. El suyo se

activó ahora.

—Por favor —dijo el éxter, debatiéndose ligeramente contra arneses y cojines de aire—. Matadla ahora. Acabad con ella.

Dem Lia se volvió para mirar a los dos éxter y a la templaria.

—Todavía no —dijo—. Primero tenemos que regresar a la *Hélice*.

—Perderemos más valioso tiempo —radió Jinete Lejano, con tono inescrutable.

—Sí —dijo Dem Lia—. Pero todavía tenemos más de seis días estándar antes de que empiece a cosechar.

La sonda aceleró alejándose del ennegrecido monstruo lleno de cráteres y, ahora, con una reciente cicatriz.

—Entonces, ¿no lo destruiréis? —preguntó el Jefe Delegado mientras la sonda aceleraba de vuelta a la *Hélice*.

—No ahora —respondió Dem Lia—. Puede que todavía sirva a algún propósito para la raza que lo construyó.

La joven templaria parecía a punto de echarse a llorar.

—Pero vuestros propios instrumentos, mucho más sofisticados que nuestros telescopios, os han revelado que no hay mundos en el sistema de la gigante roja.

Dem Lia asintió.

—Sin embargo, vosotros mismos habéis mencionado la posibilidad de hábitats espaciales, ciudades en órbita, asteroides huecos..., nuestra investigación no ha sido ni cuidadosa ni completa. Nuestra nave lo único que pretendía era entrar en vuestro sistema estelar con el máximo de seguridad, no efectuar una cuidadosa investigación del sistema de la gigante roja.

—A cambio de una posibilidad tan pequeña —dijo el Jefe Delegado éxter con voz llana y dura—, ¿estáis dispuestos a arriesgar a tantos de nosotros?

La voz de Saigyõ susurró suavemente en el circuito subaudio de Dem Lia.

—Las IA han estado analizando escenarios de varios millones de éxter utilizando sus alas solares en un ataque concentrado contra la *Hélice*.

Dem Lia aguardó, sin dejar de mirar al Jefe Delegado.

—La nave podría derrotarlos —terminó la IA—, pero hay alguna posibilidad real de daños.

Dem Lia se dirigió al Jefe Delegado.

—Vamos a llevar a la *Hélice* al sistema de la gigante roja. Los tres sois bienvenidos si deseáis acompañarnos.

—¿Cuánto tiempo empleará el viaje en su totalidad? —quiso saber Jinete Lejano.

Dem Lia miró a Saigyõ.

—Nueve días bajo máximo impulso de fusión —dijo la IA—. Eso sin contar el tiempo que podamos entretenernos en el sistema hurgando en todos los asteroides o campos de restos en busca de formas de vida.

Los dos éxters sacudieron la cabeza. Reta Kasteen bajó más su capucha, cubriéndose los ojos.

—Hay otra posibilidad —dijo Dem Lia. Señaló a Saigyō hacia la *Hélice*, que ahora llenaba la ventanilla principal. Miles de éxters se apartaron agitando sus alas de energía cuando la sonda deceleró suavemente a través del campo de contención de la nave y se alineó para amarrar.

Se reunieron en el solárium para decidir. Los diez humanos —la esposa y el esposo de Den Soa habían sido invitados a unirse a la votación, pero decidieron quedarse abajo en los aposentos de la tripulación—, las cinco IA y los tres representantes de la gente del anillo bosque. El haz transmisor de Jinete Lejano seguía enviando el vídeo y el audio de lo que ocurría a los trescientos mil éxters cercanos y a los miles de millones que aguardaban en la gran curva del anillo árbol más allá.

—Ésta es la situación —dijo Dem Lia. El silencio en el solárium era muy denso—. Sabéis que la *Hélice*, nuestra nave, contiene un impulsor Hawking modificado por las aeneanos. Nuestro paso más rápido que la luz daña el entramado del Vacío que Ata, pero miles de veces menos que las naves de la antigua Hegemonía o Pax. Los aeneanos nos facilitaron este viaje. —La baja mujer con la banda verde hizo una pausa y miró a los dos éxters y a la mujer templaria antes de continuar—: Podríamos alcanzar el sistema de la gigante roja en...

—Cuatro horas para acelerar a velocidades relativistas, luego el salto —dijo Res Sandre—. Unas seis horas para decelerar dentro del sistema de la gigante roja. Dos días para investigar en busca de vida. Las mismas diez horas para regresar.

—Lo cual, incluso aunque se produzcan algunos retrasos, puede traer de vuelta a la *Hélice* casi dos días antes de que el Destructor inicie su cosecha. Si no hay vida en el sistema de la gigante roja, usaremos la sonda para destruir el robot cosechador.

—Pero... —dijo el Jefe Delegado Keel Redt con una sesgada sonrisa demasiado humana. Su rostro era hosco.

—*Pero* es demasiado peligroso usar el impulsor Hawking en un sistema binario tan apiñado —dijo Dem Lia con voz llana—. Estos saltos a tan corta distancia ya suelen ser increíblemente arriesgados de todos modos, y dados los gases y los restos que derrama la gigante roja...

—Exacto. Sería una locura. —Era Jinete Lejano emitiendo por su banda de radio—. Mi clan ha transmitido los conocimientos de ingeniería de generación en generación. Ningún comandante de ninguna nave simiente éxter efectuaría un salto en este sistema binario.

Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen estaba mirando los demás rostros de uno en uno.

—Pero vosotros tenéis esos poderosos motores de fusión...

Dem Lia asintió.

—Basho, ¿cuánto tiempo para investigar el sistema de la gigante roja utilizando el máximo impulso con nuestros motores de fusión?

—Tres días y medio de tránsito al otro sistema —dijo la IA de hundidas mejillas—. Dos días para investigar. Tres y medio para volver.

—¿No hay ninguna forma en que podamos acortar eso? —dijo Oam Rai, la amarilla—. ¿Reducir los márgenes de seguridad? ¿Forzar un poco los motores de fusión?

—Los nueve días de viaje de ida y vuelta —respondió Saigyō— están calculados ignorando todos los márgenes de seguridad y situando los motores de fusión a un ciento veinte por ciento de su capacidad. —Agitó tristemente su calva cabeza—. No, no puede hacerse.

—Pero el impulsor Hawking... —dijo Dem Lia, y todo el mundo en la habitación pareció dejar de respirar excepto el Jinete Lejano, que nunca había respirado en el sentido tradicional de la palabra. La comandante nombrada de la Hélice del Espectro se volvió hacia las IA.

—¿Cuáles son las probabilidades de desastre si intentamos esto?

Lady Murasaki avanzó un paso.

—Ambas traslaciones, dentro y fuera del espacio Hawking, estarán demasiado cerca del límite de Roche del sistema binario. Estimamos las probabilidades de destrucción total de la *Hélice* en un dos por ciento, de daño a algún aspecto de los sistemas de la nave en un ocho por ciento, y de daños específicos a la red de soporte vital de las vainas en un seis por ciento.

Dem Lia miró a los éxters y a la templaria.

—Un seis por ciento de probabilidades de perder a centenares, miles, de nuestros familiares y amigos dormidos. A los que hemos jurado proteger hasta la llegada a nuestro destino. Un dos por ciento de posibilidades de que toda nuestra cultura muera en el intento.

Jinete Lejano asintió tristemente.

—No sé qué maravillas han añadido vuestros amigos aeneanos a vuestro equipo —radió—, pero considero esas cifras demasiado conservadoras. Es un sistema binario imposible para el salto con un impulsor Hawking.

El silencio se prolongó. Finalmente Dem Lia dijo:

—Nuestras opciones son destruir la máquina cosechadora por vosotros sin saber si hay alguna vida, quizá toda una especie, que dependa de ella en el sistema de la gigante roja, por improbable que pueda parecer en principio. Y no podemos hacer eso. Nuestro código moral nos lo impide.

La voz de Reta Kasteen era casi inaudible.

—Lo comprendemos.

Dem Lia continuó:

—Podemos viajar por medios convencionales e investigar el sistema. Esto

significa que tendréis que sufrir los estragos de este Destructor una última vez, pero si no hay vida en el sistema de la gigante roja destruiremos la máquina cuando regresemos utilizando el impulsor de fusión.

—Poco consuelo para los miles o millones que perderán sus hogares durante esta última visita del Destructor —dijo el Jefe Delegado Keel Redt.

—Ningún consuelo —admitió Dem Lia.

Jinete Lejano se levantó con sus cuatro metros de altura, flotando ligeramente en el décimo de gravedad.

—Éste no es vuestro problema —radió—. No hay ninguna razón por la que debáis arriesgar a nadie de vuestra gente. Os damos las gracias por tomar en consideración...

Dem Lia alzó una mano para detenerle a media emisión.

—Vamos a votar ahora. Votaremos si saltar al sistema de la gigante roja con el impulsor Hawking y volver antes de que vuestro Destructor empiece a destruir. Si hay alguna raza alienígena allí, quizá podamos comunicarnos con ella en los dos días que tenemos de margen. Quizá puedan reprogramar su máquina. Todos hemos llegado al acuerdo de que las posibilidades en contra de que «devorara» accidentalmente vuestra nave simiente en su primer paso después de que desembarcarais son infinitesimales. El hecho de que coseche constantemente áreas que habéis colonizado, en un anillo árbol con un área superficial igual a medio millón de Hyperiones, sugiere que está programado para hacer precisamente esto, como si eliminara crecimientos anormales o pestes.

Los tres diplomáticos asintieron.

—Entonces votaremos —dijo Dem Lia—. La decisión tendrá que ser unánime. Un voto «no» significa que no utilizaremos el impulsor Hawking.

Saigyõ había permanecido con las piernas cruzadas sobre la mesa, pero ahora se trasladó al lado de las otras cuatro IA, que estaban de pie.

—Sólo para el registro —dijo el pequeño monje orondo—, las IA hemos votado cinco a cero contra intentar la maniobra con el impulsor Hawking.

Dem Lia asintió.

—Anotado —dijo—. Pero sólo para el registro: para ese tipo de decisión el voto de las IA no cuenta. Sólo la gente de la Hélice del Espectro de Amoiete o sus representantes pueden determinar su propio destino. —Se volvió hacia los otros nueve humanos—. ¿Usamos el impulsor Hawking? ¿Sí o no? Nosotros diez deberemos dar cuenta a los otros miles de las consecuencias. ¿Ces Ambre?

—Sí. —La mujer del atuendo azul parecía tan calmada como sus sorprendentemente claros y gentiles ojos.

—¿Jon Mikail Dem Alem?

—Sí —dijo el especialista ébano en soporte de vida con voz densa—. Sí.

—¿Oam Rai?

La mujer de la banda amarilla dudó. Nadie a bordo conocía mejor los riesgos de

los sistemas de la nave que ella. Un dos por ciento de posibilidades de destrucción debía de parecerle un azar obscuro. Se llevó los dedos a los labios.

—Aquí estamos decidiendo por dos civilizaciones —dijo, hablando obviamente consigo misma—. Posiblemente por tres.

—¿Oam Rai? —repitió Dem Lia.

—Sí —dijo Oam Rai.

—¿Kem Loi? —preguntó Dem Lia a la astrónoma.

—Sí. —La voz de la joven tembló ligeramente.

—¿Patek Georg Dem Mio?

El especialista banda roja de seguridad sonrió.

—Sí. Como dice el antiguo proverbio, si no hay redaos no hay gloria.

Dem Lia se mostró irritada.

—Estás hablando por 684.288 personas dormidas que puede que no opinen lo mismo.

La sonrisa de Patek Georg siguió en su lugar.

—Mi voto es sí.

—¿Dr. Samel Ria Kem Ali?

El médico parecía tan turbado como Patek seguro de sí mismo.

—Debería decir..., hay tantas incógnitas... —Miró a su alrededor—. Sí —dijo—. Debemos estar seguros.

—¿Peter Delen Dem Tae? —preguntó Dem Lia al psicólogo banda azul.

El viejo había estado mordisqueando un lápiz. Se lo quedó mirando, sonrió, lo depositó sobre la mesa.

—Sí.

—¿Res Sandre?

Por un segundo los ojos de la otra mujer con la banda verde parecieron mostrar desafío, casi furia. Dem Lia se preparó para el veto y la conferencia que iba a seguir.

—Sí —dijo Res Sandre—. Creo que es un imperativo moral.

Aquello dejaba a la más joven del grupo.

—¿Den Soa? —preguntó Dem Lia.

La joven tuvo que carraspear fuertemente antes de poder hablar.

—Sí. Vayamos a echar una mirada.

Todos los ojos se volvieron a la comandante nombrada.

—Yo voto sí —dijo Dem Lia—. Saigyõ, prepárate para máxima aceleración hacia el punto de traslación con el impulsor Hawking. Kem Loi, tú y Res Sandre y Oam Rai ocupaos de calcular el punto óptimo de traslación hacia el interior para una búsqueda de vida por todo el sistema. Jefe Delegado Redt, JineteLejano, Auténtica Voz del Árbol Kasteen, si preferís aguardar detrás, prepararemos ahora la esclusa de aire. Si los tres deseáis venir, debemos partir inmediatamente.

El Jefe Delegado habló sin consultar a los otros.

—Deseamos acompañaros, ciudadana Dem Lia.

Ella asintió.

—Jinete Lejano, di a tu gente que despeje el camino. Giraremos en ángulo por encima del plano de la eclíptica hacia fuera, pero nuestra cola de fusión va a ser tan llameante como el aliento de un dragón.

El éxter plenamente adaptado para el espacio radió sus instrucciones.

—Ya está hecho. Muchos quieren presenciar el espectáculo.

Dem Lia gruñó suavemente.

—Espero que no sea un espectáculo mayor del que esperamos —dijo.

La *Hélice* efectuó el salto sin problemas, con sólo pequeñas alteraciones en unos pocos subsistemas de la nave. Examinaron el sistema a una distancia de tres UA de la superficie de la gigante roja. Habían estimado dos días, pero la investigación estaba terminada en menos de veinticuatro horas.

No había planetas ocultos, ni planetoides, ni asteroides huecos, ni cometas convertidos, ni hábitats espaciales artificiales..., ningún signo de vida en absoluto. Cuando la estrella G2 terminó su evolución a una gigante roja, hacía al menos tres millones de años, sus núcleos de helio empezaron a quemar sus propias cenizas en un segundo *round* de reacciones de fusión a alta temperatura en el corazón de la estrella mientras la fusión original del hidrógeno continuaba en un delgado cascarón muy lejos de aquel núcleo y todo el proceso creaba átomos de carbono y oxígeno que se añadían a la reacción y..., *presto...*, el renacimiento de corta vida de la estrella como una gigante roja. Era evidente que no había habido planetas exteriores ni gigantes de gas ni mundos rocosos más allá del alcance del nuevo sol rojo. Cualquier planeta interior había sido engullido entero por la estrella en expansión. Las emisiones de gas y polvo y las radiaciones pesadas habían limpiado el sistema solar de cualquier cosa más grande que los meteoritos de níquel y hierro.

—Así pues —dijo Patek Georg—, eso es todo.

—¿Debo autorizar a las IA a que inicien la aceleración completa hacia el punto de traslación de regreso? —preguntó Res Sandre.

Los diplomáticos éxters se habían trasladado a la cubierta de mando con sus sillones especializados. A nadie le importaba la gravedad de un décimo en el puente puesto que cada uno de los especialistas del Espectro de Amoiete —con la excepción de Ces Ambre— estaba anclado a un sillón de control y en contacto con la nave a toda una variedad de niveles. Los diplomáticos éxters habían guardado silencio durante la mayor parte de la búsqueda, y siguieron en silencio ahora cuando se volvieron para mirar a Dem Lia en su consola central.

La comandante elegida se golpeó el labio inferior con un nudillo.

—Todavía no. —Su búsqueda los había llevado a todo alrededor de la gigante roja, y ahora estaban a menos de una UA de su hirviente superficie—. Saigyõ, ¿has mirado dentro de la estrella?

—Sólo lo suficiente para tomar una muestra —llegó la afable voz de la IA—. Típica de una gigante roja en este estadio. La luminosidad solar es unas dos mil veces la de su compañera G8. Tomamos una muestra del núcleo..., ninguna sorpresa. Los núcleos de helio se hallan evidentemente unidos pese a su repulsión eléctrica mutua.

—¿Cuál es su temperatura superficial? —quiso saber Dem Lia.

—Aproximadamente tres mil grados Kelvin —llegó la respuesta de Saigyõ—. Más o menos la mitad de la temperatura superficial que tenía cuando era un sol G2.

—Oh, Dios mío —susurró la banda violeta, Kem Loi, desde su silla en la estación astronómica—. ¿Estás pensando...?

—Radar profundo hacia la estrella, por favor —dijo Dem Lia.

Los holográficos aparecieron menos de veinte minutos más tarde, mientras la estrella giraba y ellos la orbitaban. Saigyõ dijo:

—Un solo mundo rocoso. Todavía en órbita. Aproximadamente cuatro quintos del tamaño de Vieja Tierra. Evidencias de radar de fondos oceánicos y antiguos lechos de ríos.

—Probablemente —dijo el Dr. Sam— era de tipo terrestre hasta que su sol en expansión hizo hervir sus mares y evaporó su atmósfera. Dios ayude a quienes fuera que vivieron allí.

—¿A qué profundidad está de la troposfera del sol? —preguntó Dem Lia.

—A menos de ciento cincuenta mil kilómetros —dijo Saigyõ.

Dem Lia asintió.

—Eleva los campos de contención al máximo —dijo suavemente—. Vamos a visitarlo.

Es como nadar bajo la superficie de un mar rojo, pensó Dem Lia mientras se acercaban al rocoso mundo. Por encima de ellos, la atmósfera exterior de la estrella giraba y trazaba espirales, tornados de campos magnéticos se elevaban de las profundidades y se disipaban, y el campo de contención brillaba ya pese a los treinta cables de microfilamento que arrastraban a lo largo de ciento sesenta mil kilómetros para que actuaran como radiadores.

Durante una hora la *Hélice* permaneció a menos de veinte mil kilómetros de lo que quedaba de lo que hubiera podido ser muy bien en su tiempo Vieja Tierra o Hyperion. Varios sensores perforaron el rocoso mundo a través del girante lodo rojo.

—Un mundo de ceniza —dijo Jon Mikail Dem Alem.

—Un mundo de ceniza lleno de vida —dijo Kem Loi ante el nexus sensible primario. Llamó al holo del radar de profundidad—. Absolutamente acribillado. Océanos internos de agua. Al menos tres mil millones de entidades sintientes. No tengo la menor idea de si son humanoides, pero poseen máquinas, mecanismos de transporte, y colmenas como ciudades. Incluso puede verse el puerto de amarre donde sitúan su cosechadora cada cincuenta y siete años.

—¿Pero todavía ningún contacto comprensible? —preguntó Dem Lia. La *Hélice* había estado transmitiendo mensajes matemáticos básicos en todas las anchuras de banda, espectros y tecnología de comunicaciones que poseía la nave, desde el radiomáser hasta la modulación de taquiones. Había habido alguna especie de emisión de respuesta.

—Ondas de gravedad moduladas —explicó Ikkyû—. Pero no responden a nuestros mensajes matemáticos o geométricos. Captan nuestras señales electromagnéticas pero no las comprenden, y nosotros no podemos descifrar sus pulsos gravitónicos.

—¿Cuánto tiempo para estudiar las modulaciones hasta que podamos hallar un alfabeto común? —preguntó Dem Lia.

El fruncido rostro de Ikkyû pareció apenado.

—Semanas, como mínimo. Meses más probablemente. Quizás años. —La IA devolvió la decepcionada mirada de los humanos, éxters y templaria—. Lo siento —dijo, abriendo las manos—. La humanidad sólo ha contactado con dos razas sintientes alienígenas antes, y en ambos casos *ellos* hallaron la forma de comunicarse con *nosotros*. Esos... seres... son auténticamente alienígenas. Hay demasiados pocos referentes comunes.

—No podemos permanecer aquí mucho más tiempo —dijo Res Sandre en su nexo de ingeniería—. Se están acercando poderosas tormentas magnéticas procedentes del núcleo. Y no podemos disipar el calor con la suficiente rapidez. Tenemos que irnos.

De pronto Ces Ambre, que tenía su silla pero no una estación con una misión determinada, se puso en pie, flotó un metro por encima del suelo en el décimo de *g*, gimió, y flotó lentamente hasta el suelo como desvanecida.

El Dr. Sam la alcanzó un segundo antes que Dem Lia y Den Soa.

—Todos los demás, permaneced en vuestros puestos —dijo Dem Lia.

Ces Ambre abrió sus sorprendentes ojos azules.

—Son tan *diferentes*. No son humanos en absoluto..., respiran oxígeno pero no como los émpatas seneschai..., modulares..., mentes múltiples..., tan fibrosas...

Dem Lia sujetó a la mujer.

—¿Puedes comunicarte con *ellos*? —preguntó con urgencia—. ¿*Envían* imágenes?

Ces Ambre asintió débilmente.

—Envíales la imagen de su máquina cosechadora y de los éxter —dijo Dem Lia con urgencia—. Muéstrales el daño que su máquina causa a los núcleos urbanos éxter. Muéstrales lo que son los éxter..., humanos..., sintientes. Que ocupan, pero no dañan el anillo bosque.

Ces Ambre asintió de nuevo y cerró los ojos. Un momento más tarde empezó a llorar.

—Ellos... lo lamentan... *tanto* —susurró—. La máquina no les envía...

imágenes..., sólo la comida y el aire y el agua. Está programada..., como sugeriste, Dem Lia..., para eliminar infestaciones. Lamentan tanto..., *tanto...*, la pérdida de vidas éxters. Ofrecen el suicidio de... de su especie... si eso repara la destrucción.

—No, no, no —dijo Dem Lia, apretando las manos de la llorosa mujer—. Diles que eso no será necesario. —La sujetó por los hombros—. Eso va a ser difícil, Ces Ambre, pero tienes que preguntarles si la cosechadora puede ser reprogramada. Enseñada a permanecer lejos de los asentamientos éxters.

Ces Ambre cerró los ojos durante varios minutos. En un momento determinado pareció como si hubiera dejado de respirar. Luego aquellos maravillosos ojos se abrieron mucho.

—Pueden. Están enviando los datos de reprogramación.

—Estamos recibiendo pulsos gravitónicos modulados —dijo Saigyõ—. Todavía no hay ninguna traducción posible.

—No necesitamos traducción —dijo Dem Lia, inspirando profundamente. Ayudó a Ces Ambre a levantarse y a volver a su silla—. Simplemente tenemos que registrarlos y repetírselos al Destructor cuando hayamos vuelto. —Apretó de nuevo la mano de Ces Ambre—. ¿Puedes comunicarles nuestro agradecimiento y nuestro adiós?

La mujer sonrió.

—Ya lo he hecho. Como mejor he podido.

—Saigyõ —dijo Dem Lia—. Sácanos inmediatamente de aquí y acelera a toda velocidad hacia el punto de traslación.

La *Hélice* sobrevivió al salto desde el espacio Hawking de vuelta al sistema G8 sin ningún daño. El Destructor había alterado ya su trayectoria hacia las regiones pobladas del anillo bosque, pero Den Soa radió las grabaciones gravitónicas moduladas mientras todavía estaban decelerando, y la gigantesca cosechadora respondió con un indescifrable retumbar gravitónico y cambió obedientemente el rumbo hacia una remota y despoblada sección del anillo. Jinete Lejano utilizó su propio equipo de comunicación para mostrarles un holo del regocijo en las ciudades, plataformas, vainas, ramas y torres del anillo, luego cerró su equipo transmisor.

Se habían reunido en el solárium. Ninguna de las IA estaba presente o escuchaba, tan sólo los humanos, éxter y templaria sentados en círculo. Todos los ojos estaban fijos en Ces Ambre. Los ojos de la mujer estaban cerrados.

Den Soa dijo en voz muy baja:

—Los seres... de ese mundo..., tuvieron que construir el anillo árbol antes de que su estrella se expandiera. Construyeron la astronave cosechadora. ¿Por qué simplemente... no se marcharon?

—El planeta era... es... su hogar —susurró Ces Ambre, con los ojos aún fuertemente cerrados—. Como niños..., no querían abandonar su hogar... porque

está oscuro ahí fuera. Muy oscuro..., vacío. Quieren... su *hogar*. —La mujer abrió los ojos y sonrió lánguidamente.

—¿Por qué no nos dijiste que eras aeneana? —preguntó suavemente Dem Lia. Ces Ambre encajó resueltamente la mandíbula.

—No soy aeneana. Mi madre, Dem Loa, me dio el sacramento de la sangre de Aenea, a través de la de ella, por supuesto, tras rescatarme del infierno de Santa Teresa. Pero decidí *no* usar las habilidades aeneanas. Decidí *no* seguir a los demás, sino permanecer con la Amoiete.

—Pero te comunicaste telepáticamente con... —empezó a decir Patek Georg. Ces Ambre negó con la cabeza e interrumpió rápidamente.

—No es telepatía. Es... conectarse... con el Vacío que Ata. Es oír el lenguaje de los muertos y de los vivos a través del tiempo y del espacio mediante pura empatía. Memorias que no son de uno. —La mujer de noventa y cinco años que parecía de mediana edad se llevó la mano a la frente—. Es *tan* agotador. Durante muchos años luché para no prestar atención a las voces..., para no unirme a las memorias. Por eso el sueño criogénico profundo es tan... relajante.

—¿Y las otras habilidades aeneanas? —preguntó Dem Lia, con voz aún muy baja—. ¿Te teleyectas individualmente?

Ces Ambre negó con la cabeza, con su mano escudando todavía sus ojos.

—No deseo *aprender* los secretos aeneanos —dijo. Su voz sonaba muy cansada.

—Pero podrías si quisieras —dijo Den Soa con voz sorprendida—. Podrías dar un paso, teleyectarte, y estar de vuelta en Vitus-Gray-Balianus B o Hyperion o Tau Ceti Centro o Vieja Tierra en un segundo, ¿no? Ces Ambre bajó su mano y miró fijamente a la otra mujer más joven.

—Pero *no lo haré*.

—¿Vas a continuar con nosotros en sueño profundo hasta nuestro destino? —preguntó la otra banda verde, Res Sandre—. ¿Hasta nuestra colonia final de la Hélice del Espectro?

—Sí —dijo Ces Ambre. Aquella única palabra era una declaración y un desafío.

—¿Cómo se lo diremos a los demás? —preguntó Jon Mikail Dem Alem—. Tener una aeneana..., una aeneana potencial..., en la colonia lo cambiará... todo.

Dem Lia se puso en pie.

—En mis últimos momentos como vuestro comandante elegido por consenso, puedo hacer que esto sea una orden, ciudadanos. Sin embargo, voy a pedir una votación. Creo que Ces Ambre y sólo Ces Ambre debería tomar la decisión de si decirles o no al resto de nuestra familia de la Hélice del Espectro lo de su... don. En cualquier momento después de que alcancemos nuestro destino. —Miró directamente a Ces Ambre—. O nunca, si así lo decides.

Dem Lia se volvió para mirar uno a uno a los otros ocho.

—Y nunca deberemos revelar el secreto. Sólo Ces Ambre tiene el derecho de decírselo a los demás. Aquellos que estén a favor de eso, que sigan sí.

Fue unánime.

Dem Lia se volvió hacia los éxters y la templaria.

—Saigyõ me asegura que nada de esto fue transmitido por vosotros.

Jinete Lejano asintió.

—¿Y vuestros registros del contacto de Ces Ambre con los alienígenas a través del Vacío que Ata?

—Destruídos —emitió el éxter de cuatro metros de estatura.

Ces Ambre se acercó a los éxters.

—Pero todavía deseáis algo de mi sangre..., algo del ADN sacramental de Aenea. Todavía deseáis la elección.

Las largas manos del Jefe Delegado Keel Redt estaban temblando.

—No nos corresponde a nosotros decidir transmitir la información o dejar que el sacramento sea distribuido..., los Siete Consejos tendrán que reunirse en secreto..., la Iglesia de Aenea deberá ser consultada..., o... —Evidentemente el éxter sufría ante el pensamiento de millones o miles de millones de sus compañeros éxters abandonando el anillo bosque para siempre, teleyectándose hacia el espacio humano-aeneano o hacia alguna otra parte. Su universo nunca volvería a ser el mismo—. Pero nosotros tres no tenemos el derecho de rechazarlo por nadie.

—Pero dudamos de pedir... —empezó a decir la Auténtica Voz del Árbol Reta Kasteen.

Ces Ambre sacudió la cabeza e hizo un gesto hacia el Dr. Samel. El médico tendió a la templaria una pequeña cantidad de sangre en un tubo de ensayo a prueba de golpes.

—La extrajimos hace sólo un momento —dijo el doctor.

—Vosotros debéis decidir —dijo Ces Ambre—. Ése es siempre el camino. Así es como hay que proceder siempre.

El Jefe Delegado Keel Redt contempló el tubo de ensayo durante un largo momento antes de tomarlo entre sus aún temblorosas manos y guardarlo cuidadosamente en una bolsa de seguridad en el campo de fuerza de su armadura éxter.

—Será interesante ver lo que ocurre —dijo.

Dem Lia sonrió.

—Ésta es la antigua forma de hacer las cosas de Vieja Tierra, ya sabéis. Es chino. «Que viváis tiempos interesantes».

Saigyõ abrió la escotilla estanca y los diplomáticos éxters se fueron, de vuelta al anillo bosque acompañados por los cientos de miles de otros seres de luz, orientando sus velas contra el viento solar, siguiendo las líneas magnéticas de fuerza como veleros de luz empujados por rápidas corrientes.

—Si no os importa —dijo Ces Ambre con una sonrisa—, voy a volver a mi cápsula de sueño profundo y conectarlo. Han sido un largo par de días.

Los nueve despertados originalmente aguardaron hasta que la *Hélice* se trasladó con éxito al espacio Hawking antes de volver al sueño profundo. Cuando estaban todavía en el sistema G8, acelerando hacia arriba y hacia fuera de la eclíptica y el hermoso anillo bosque que ahora eclipsaba el pequeño sol blanco, Oam Rai señaló hacia la ventana de popa y dijo:

—Mirad eso.

Los éxters habían salido para decir adiós. Varios miles de millones de alas de pura energía atrapaban la luz del sol.

Un día en el espacio Hawking conferenciando con las IA fue suficiente para establecer que la nave estaba en perfecta forma, los brazos giratorios y las vainas de sueño profundo funcionaban como debían, que habían vuelto a su rumbo, y que todo estaba bien. Uno por uno regresaron a sus cápsulas: primero Den Soa y sus parejas, luego los demás. Finalmente sólo quedó despierta Dem Lia, sentada en su cápsula segundos antes de ser cerrada.

—Saigyō —dijo, y era evidente por su tono que era una llamada.

El bajo y gordo monje budista apareció.

—¿Sabías que Ces Ambre era aeneana, Saigyō?

—No, Dem Lia.

—¿Cómo es posible? La nave tiene perfiles completos genéticos y médicos de cada uno de nosotros. Tenías que saberlo.

—No, Dem Lia. Te aseguro que los perfiles médicos de la ciudadana Ces Ambre estaban dentro de los límites normales de la *Hélice* del Espectro. No había ningún signo de ADN aeneano posthumanidad. Ni ningún indicio en sus perfiles psíquicos.

Dem Lia frunció el ceño por un momento al holograma. Luego dijo:

—¿Biorregistros falsificados, entonces? Ces Ambre o su madre pudieron haberlo hecho.

—Sí, Dem Lia.

Apoyada aún sobre un codo, Dem Lia dijo:

—Que tú sepas, que alguna de las IA sepa, ¿hay otros aeneanos a bordo de la *Hélice*, Saigyō?

—Que nosotros sepamos, no —dijo el orondo monje, con el rostro muy serio.

Dem Lia sonrió.

—Aenea nos enseñó que la evolución tenía dirección y determinación —dijo en voz muy baja, más para sí misma que para la IA que escuchaba—. Habló de un día en el que todo el universo sería verde de vida. La diversidad, nos enseñó, es una de las mejores estrategias de la evolución.

Saigyō asintió y no dijo nada.

Dem Lia se recostó en su almohada.

—Consideramos a los aeneanos tan generosos por ayudarnos a preservar nuestra cultura, esta nave, la distante colonia. Apuesto a que los aeneanos han ayudado a un millar de pequeñas culturas a partir del espacio humano hacia lo desconocido. Desean

la diversidad..., los éxter, los otros. Desean que muchos de nosotros transmitamos su don de divinidad.

Miró a la IA, pero el rostro del monje budista sólo reflejaba su ligera sonrisa habitual.

—Buenas noches, Saigyō. Cuida bien de la nave mientras dormimos. —Cerró la cubierta de la cápsula y la unidad inició el ciclo que la sumiría de nuevo en el profundo sueño criogénico.

—Sí, Dem Lia —dijo el monje a la ahora dormida mujer.

La *Hélice* prosiguió su gran arco a través del espacio Hawking. Los brazos giratorios y las vainas de vida tejieron su compleja doble hélice contra el flujo de falsos colores y pulsaciones tetradimensionales que habían reemplazado las estrellas.

Dentro de la nave, las IA habían desconectado el campo de contención de la gravedad y la atmósfera y las luces. La nave avanzaba en la oscuridad.

Luego, un día, unos tres meses después de abandonar el sistema binario, los ventiladores zumbaron, las luces parpadearon, y el campo de contención de la gravedad se activó. Todos los 684.300 colonos siguieron durmiendo.

De pronto aparecieron tres figuras en el pasillo principal, a medio camino entre el puente del centro de mando y los portales de acceso al primer anillo de los brazos de las vainas. La figura central tenía tres metros de altura, cuatro brazos, y su erizada armadura resplandecía cromada y llena de hojas. Sus ojos facetados brillaban rojos. Se mantuvo inmóvil allá donde había aparecido de pronto.

La figura de la izquierda era un hombre de mediana edad, de rizado pelo canoso, ojos oscuros y rasgos agradables. Estaba muy bronceado y llevaba una camisa de algodón azul, pantalones cortos verdes y sandalias. Asintió con la cabeza a la mujer y empezó a caminar hacia el centro de mando.

La mujer era más mayor, visiblemente vieja pese a las técnicas médicas aeneanas, y llevaba una sencilla túnica de impoluto color azul. Se dirigió al portal de acceso, tomó el ascensor hasta el tercer brazo giratorio, y siguió la pasarela hasta el interior del entorno a una g de la vaina. Se detuvo junto a una de las cápsulas, limpió el hielo y la condensación de la mirilla transparente del sarcófago monitorizado umbilicalmente.

—Ces Ambre —murmuró Dem Loa, con su dedos apoyados sobre el helado plástico a unos centímetros por encima de la mejilla de su hijastra tríada—. Duerme bien, querida. Duerme bien.

En la cubierta de mando, el hombre alto estaba de pie entre las IA virtuales.

—Bienvenido, Petyr, hijo de Aenea y Endymion —dijo Saigyō con una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, Saigyō. ¿Cómo estáis todos?

Le hablaron en términos más allá del lenguaje o las matemáticas. Petyr asintió,

frunció ligeramente el ceño y tocó el hombro de Basho.

—¿Hay demasiados conflictos en ti, Basho? ¿Desearías reconciliarlos?

El hombre alto con el sombrero cónico y los chanclos enlodados dijo:

—Sí, por favor, Petyr.

El humano apretó el hombro de la IA en un abrazo amistoso. Ambos cerraron los ojos por un instante.

Cuando Petyr lo soltó, el saturnino Basho sonrió ampliamente.

—Gracias, Petyr.

El humano se sentó en el borde de la mesa y dijo:

—Veamos que tenemos delante.

Un holocubo de cuatro por cuatro metros apareció frente a ellos. Las estrellas eran reconocibles. El largo viaje de la *Hélice* fuera del espacio humanoaeneano estaba trazado en rojo. Su trayectoria proyectada seguía hacia adelante en puntos azules, que se extendían hacia el centro de la galaxia.

Petyr se puso en pie, tendió la mano hacia el interior del holocubo, y tocó una pequeña estrella justo a la derecha del rumbo proyectado de la *Hélice*. Al instante aquella sección se amplió.

—Éste podría ser un sistema interesante para explorar —dijo el hombre con una confortable sonrisa—. Una hermosa estrella G2. El cuarto planeta se halla aproximadamente a siete coma seis en la antigua escala Solmev. Estaría más arriba, pero ha evolucionado algunos virus muy desagradables y algunos animales muy feroces. Sí, muy feroces.

—Seiscientos ochenta y cinco años luz —anotó Saigyõ—. Más cuarenta y tres años luz de corrección de rumbo. Pronto.

Petyr asintió.

Lady Murasaki agitó su abanico delante de su pintado rostro. Su sonrisa era provocativa.

—¿Y cuando lleguemos, Petyr-san, los virus habrán desaparecido de algún modo?

El hombre alto se encogió de hombros.

—La mayoría de ellos, mi dama. La mayoría de ellos. —Sonrió—. Pero los animales feroces todavía estarán allí. —Estrechó la mano a cada una de las IA—. Manteneos a salvo, amigos míos. Y mantened a salvo a nuestros amigos.

Petyr trotó de vuelta junto a la pesadilla de cromo y hojas de tres metros en el pasillo principal justo en el momento en que la suave túnica de Dem Loa susurraba sobre las enmoquetadas placas del suelo para reunirse con él.

—¿Todo arreglado? —preguntó Petyr.

Dem Loa asintió.

El hijo de Aenea y Raul Endymion apoyó su mano contra el monstruo de pie entre ellos, depositando su palma plana al lado de un curvado cuerno de quince centímetros. Los tres desaparecieron sin el menor sonido.

La *Hélice* cerró su campo de contención de gravedad, almacenó su aire,

desconectó sus luces interiores y siguió su camino en silencio, haciendo mientras tanto las más delicadas correcciones de rumbo.

Los Insomnes

Nancy Kress

Beggars in Spain (1993)

(*Mendigos en España*, Ed. B)

Beggars and Choosers (1994)

(*Mendigos y opulentos*, Ed. B)

Beggars Ride (1996)

(*La cabalgata de los mendigos*, Ed. B)

A principios del siglo XXI, la ingeniería genética para rasgos tales como la apariencia, la inteligencia y la salud ha quedado ya bien establecida. Una compañía de biotecnología de Chicago acaba de desarrollar un nuevo rasgo «genemod», genemodificado: el insomnio. Los diecinueve bebés del test beta no duermen en absoluto, nunca, ganan así ocho horas más en cada uno de sus días despiertos. Además, la extirpación del sueño, con su constante necesidad de soñar, parece dar como resultado disposiciones que son más estables y adaptables que la media.

En *Mendigos en España*, Roger Camden, multimillonario, hace que su hija sea modificada a través de la ingeniería genética para el insomnio. Pero cuando el embrión es implantado en la esposa de Camden, un segundo óvulo fertilizado de forma natural prende también en la pared uterina. Leisha nace con una hermana gemela que no tiene ninguna de sus ventajas de la genemodificación.

Mientras las muchachas crecen, un descubrimiento cambia tanto el mundo de Leisha como la actitud del país hacia el insomnio. El tejido de los Insomnes se regenera de forma natural. Leisha y sus compañeros, que ahora son ya miles, pueden vivir indefinidamente. Es demasiada ventaja para ellos. Muchos «normales», reaccionan con celos, miedo, desagrado o furia de que la raza evolutiva haya sido creada contra ellos y sus hijos. Mientras los Insomnes se desarrollan y se convierten en individuos de éxito, ricos y poderosos, el país se polariza, una situación agravada por el establecimiento de los Insomnes en Sanctuary, un enclave defendido en el estado de Nueva York, donde se sienten a salvo.

El resto de la novela explora las implicaciones de esta escisión entre los que tienen y los que no tienen. Los Insomnes, liderados por la ahora viuda Jennifer Sharifi, adoptan más y más elaboradas medidas de seguridad para asegurar su aislamiento, y practican la ingeniería genética en su propia descendencia. Sanctuary, ahora localizado en órbita, decide independizarse de los Estados Unidos. Sólo Leisha y unos pocos otros, entre ellos su hermana Alice, intentan convencer al mundo de que todavía hay sólo una especie humana, no dos.

Mendigos y opulentos se abre unos pocos años más tarde que *Mendigos en*

España. Sigue a tres personajes mientras intentan hallar formas de vivir en la sociedad tripartita en que se han convertido los Estados Unidos. Billy Washington es un pobre y no educado «normal» que se acerca al término de su dura vida, y que finalmente ha hallado una familia a la que amar. Diana Covington es una «que tiene», una genemod para todos los atributos excepto el insomnio, pero sin rumbo y desilusionada. Drew Arlen es un artista de inusuales poderes que también es amante de la Insomne Miranda Sharifi, nieta de Jennifer Sharifi. Miranda planea dar a los «mendigos» del país libertad e independencia alterando por la fuerza la biología misma del cuerpo humano. Así lo hace, mientras Diana y el resto de la Agencia para el Cumplimiento de los Estándares Genéticos intentan detenerla. El resultado, sin embargo, no es el que nadie —incluida Miranda— esperaba. Sólo Billy ve la auténtica respuesta a la cuestión central de la novela, «¿Quién debe controlar la nueva y radical tecnología: los científicos, el gobierno, o la gente a la que afectará?».

La cabalgata de los mendigos, la conclusión de la trilogía, ocurre una generación más tarde. Los Estados Unidos están más balcanizados que nunca. La mayoría de la gente vive en tribus nómadas autosuficientes que no necesitan nada de nadie, ni siquiera comida, gracias a las alteraciones biológicas efectuadas por los Insomnes, que han abandonado toda la Tierra. Los genemods ricos permanecen en sus enclaves defensivos, cada vez más sin ningún propósito definido. El propio país se halla al borde de dejar de existir como entidad política, cultural o económica.

Pero siguen naciendo niños, y la provisión de drogas bioalteradoras dejadas por los Insomnes se está agotando.

Jackson Aranow, un médico totalmente innecesario para sus pacientes, y su mentalmente frágil hermana, Theresa, están sumidos en sus preocupaciones personales. Pero son atraídos a la lucha entre Jennifer Sharifi, liberada de la prisión tras cumplir veintisiete años por traición, y su nieta Miranda Sharifi. La guerra incluye virus mutados por energía genética que atacan no el cuerpo humano sino la mente. En juego está el concepto de Jennifer de «seguridad» para la gente contra el concepto de Miranda de «progreso» para la humanidad. Ni Jackson ni Theresa poseen la despiadada certeza de las mujeres Sharifi. Sin embargo, los Aranow son quienes hallan el siguiente paso tentativo para un país tan cambiado que ni siquiera sus dogmas más básicos se aplican a la vida diaria, y tienen que ser transformados de nuevo por la energía genética de una nueva realidad.

—*Nancy Kress*

Perros durmientes

Nancy Kress

«Las nuevas tecnologías serán tan peligrosas como liberadoras. Pero a largo plazo, las nuevas compulsiones sociales deben doblar las nuevas tecnologías».

—Freeman Dyson

—Esto va a significar toda la diferencia en el mundo para nosotros —dice papá cuando el camión entra en nuestro patio—. Toda la diferencia en el mundo.

Ajusto mi suéter contra mi cuerpo. El frío aire de primavera entra por mi codo, allá donde el suéter tiene un agujero. El camión, que está cubierto de barro de su viaje montaña arriba, se mete con un bote en una zanja de nuestro camino y luego vuelve a salir de ella. Detrás del parabrisas el conductor hace una mueca como si maldijera, pero no puedo oírle. Lo que puedo oír es a Preciosa lloriqueando en la casa. Ya no nos queda harina de avena, y sólo un poco de leche. Seguramente necesitamos *algo* para que signifique toda la diferencia en el mundo.

—Más cerca, más cerca..., ¡alto! —grita papá. El conductor lo ignora. Detiene el camión allá donde él decide, y la puerta de atrás se abre de par en par. En los corrales nuestros perros se están volviendo locos. Doy la vuelta a la parte de atrás del camión y miro dentro.

En el camión no hay nada que ver excepto una jaula de metal, del tipo que usa todo el mundo para transportar perros. En la jaula hay una perra tendida de costado. No es un tipo de perra especial, quizás una labrador, seguro con algo de pastor alemán, y probablemente algo más para proporcionarle aquella delgada cola. Sus ojos son castaños, suaves como los de Preciosa. Está muy embarazada.

—No la toques, Carol Ann, quédate fuera del camión, no sabes cuál es su humor —dice Donna, echándome a un lado. No sirve de nada escuchar a Donna; ni siquiera se escucha a sí misma. Sube al camión del que me ha dicho que permaneciera fuera y mete su mano en la jaula, palmeando a la perra y arrullándola—. Tranquila, dulzura, viejo amor, vas a traernos suerte, sí, vas a traérnosla...

Donna cree cualquier cosa que le dice papá.

Doy la vuelta hasta la parte delantera del camión, que tiene unas grandes letras naranjas que dicen STANLEY EXPRESS, a tiempo para ver salir al científico de Arrowgene. Tiene que ser el científico; nadie lo contrataría de camionero. Es el hombre más bajo que he visto nunca, ligeramente por encima del metro y medio de altura y uno de los más delgados también. Va vestido de pies a cabeza con un traje formal, con chaqueta y chaleco. No me gusta su aspecto —mira a papá como si papá fuera una especie de patán—, pero me siento interesada. Una pensaría que los científicos genemod harían a sus propios hijos más altos. O quizás él es el primero de su familia que es científico, y sus padres eran como nosotros, gente normal. Eso explicaría por qué es tan rudo con papá.

—... comprenda que no hay forma alguna en que puedan ponerse en contacto con

nosotros, nunca, para apoyo técnico. Así que formule ahora todas las preguntas que tenga.

—No tengo ninguna pregunta —dice papá, lo cual es cierto. Nunca tiene preguntas acerca de nada, simplemente sigue adelante con todo su entusiasmo y cruza el cielo como una nube alta en un soleado y azul día de mayo hasta que estalla la segunda tormenta. Y Donna es igual.

—¿Está seguro de que no tienen ninguna pregunta? —insiste el científico, y su voz parece enroscarse en sí misma.

—No, señor —dice papá.

—Yo tengo preguntas —digo yo.

El científico de Arrowgene me mira como si le sorprendiera el que fuera lo bastante mayor como para saber hablar, aunque soy tan alta como él. Tengo diecisiete años pero parezco mucho más joven. Papá dice:

—Carol Ann, oigo llorar a Preciosa. ¿No deberías...?

—Es el turno de Donna —respondo, lo cual es una tontería porque Donna nunca se ocupa de Preciosa, aunque Donna es dos años mayor que yo y debería hacer más trabajo. No es que Donna no quiera a Preciosa, simplemente no oye llorar al bebé. Donna no oye nada que no desee oír. En eso es como papá.

—¿Y si la camada que lleva la perra resulta que no es genemod como usted dice, después de todo? —digo—. Si no podemos recurrir a ustedes de nuevo para apoyo técnico, nunca podremos recurrir tampoco a ustedes para que nos devuelvan el dinero.

Se muestra divertido, maldito sea.

—Eso es cierto, joven dama. Tu padre y yo, sin embargo, hemos hablado ya de esto. Y te aseguro que los cachorros tendrán exactamente las modificaciones genéticas que pedisteis.

—¿Grandes? ¿Fuertes? ¿Todos machos?

—Sí.

—¿Y nunca dormirán? ¿Nunca?

—No más que Leisha Camden, Jennifer Sharifi o Tony Indivino.

Nombra a tres de los Insomnes más famosos del mundo, dos chicas ricas y un hombre bocazas. Los reporteros de la vid les siguen por todos lados, incordiándoles. Apenas tienen unos pocos años más que Donna, pero parecen mucho mayores que eso. Las mujeres son a la vez hermosas y super-ricas. El hombre, Tony Indivino, se hace llamar activista, y no deja de hablar de la «discriminación nacida de los celos y del miedo» y de la «evolución autoasistida de la raza humana». Es más bien detestable, pero quizá tenga razón. No lo sé. Nunca pensé mucho en el insomnio antes, no hasta que papá tuvo esa idea de que va a marcar para nosotros toda la diferencia.

Le digo al científico de Arrowgene:

—La perra a la que implantaron los embriones no es una pura raza. ¿Y los

embriones?

—Tampoco.

—¿Por qué no? Los cachorros pura raza se venden a más buen precio.

—Son demasiado fáciles de rastrear. Tu padre pidió tanto anonimato como fuera posible. —Frunce el ceño. No le gusta que le pregunten.

—Si los animales que no duermen pueden dar tantos beneficios, ¿cómo es que no está todo el mundo intentando criarlos y comercializarlos?

Probablemente ni se hubiera dignado contestarme —para él no soy más que otra mocosa estúpida—, excepto que justo entonces Donna aparece de la parte de atrás del camión, conduciendo a la perra con una de nuestras viejas correas. El científico alza la vista. Donna tiene el mismo aspecto que mamá, sólo que quizás un poco más hermosa. Recuerdo cada arruga del rostro de mamá. Por supuesto que lo recuerdo; no hace tanto tiempo desde que murió. Preciosa todavía no ha cumplido los dos años. Donna sacude ese pelo rojo suyo, sonrío y se dirige hacia nosotros. Al científico enano de brillan los ojos.

—No, joven dama, lo cierto es que los animales insomnes no han demostrado ser un gran *boom* en el mercado. ¿Por qué deberían? ¿Por qué querría alguien una vaca o un pollo que no duermen, que simplemente comen más a causa de su metabolismo incrementado, sin su correspondiente incremento en leche o carne? Por supuesto, algunos investigadores siguen con sus investigaciones de todos modos, intrigados por ver si la completa eliminación de los neurotransmisores inductores del sueño tienen los mismo efectos en otros vertebrados que en los humanos, lo cual es lo mismo que decir...

Sigue adelante, hablándole directamente a Donna, que le mira radiante como si fuera el hombre más fascinante del mundo. No entiende una palabra. Papá tampoco está escuchando, y se balancea sobre sus talones como hace siempre cuando se siente complacido con un nuevo negocio, seguro de que éste va a hacernos ricos. Ya ha planeado su eslógan, bajo mano por supuesto, ya que se trata de algo ilegal hasta que la FDA, la Administración de Alimentos y Medicamentos, lo apruebe: PERROS DE GUARDIA GENEMODS DE BENSON. NUNCA DUERMEN, ASÍ QUE USTED PODRÁ HACERLO. En la casa Preciosa sigue gimoteando todavía, y en sus corrales los dos perros restantes del anteriornegocio legal (PERROS FALDEROS GENEMODS DE BENSON. MÁS LINDOS QUE EL CIELO) están ladrando a todo pulmón. Huelen a la nueva perra.

Voy a ocuparme de Preciosa. Nuestra casa se está cayendo a pedazos: la pintura se desconcha, las planchas del suelo ceden, las manchas de humedad de las goteras en el techo se incrementan porque papá nunca tiene tiempo de arreglarlas. Pero al menos dentro se está caliente. Los conos de energía Y son mucho más baratos que la comida. Preciosa está de pie en su cuna, chillando, pero al minuto de verme se calla y sonrío, aunque sé que tiene hambre. Es tan alegre como papá y Donna, e igual de hermosa. Yo soy la única de facciones ordinarias. Tomo a Preciosa en mis brazos y la abrazo

fuerte, y deja escapar un chillido y me devuelve el abrazo. Aspiro ese olor a bebé en su nuca, y me pregunto qué queda de comer que pueda darle. Tiene que haber algo que papá no haya dado a los perros porque siente lástima por ellos, esos collies genemods de grandes ojos azulados que nadie en su sano juicio querría en la misma habitación que él. Ni siquiera parecen auténticos perros.

Encuentro un poco de arroz al fondo de una alacena, y lo caliento con una manzana seca cortada a rodajas. Mientras doy de comer a Preciosa, veo el camión de la Stanley Express alejarse y desaparecer hacia las montañas.

Donna bautiza a la perra Leisha, en honor a la rica mujer Insomne con el brillante pelo rubio y los ojos verdes. Esto no tiene sentido, pero todos lo aceptamos y llamamos a la perra Leisha. Gimotea en mi cama en medio de la noche. Despierto a papá y a Donna. Papá traslada a Leisha a la cocina, Donna trae sus propias mantas para ponerlas debajo del jadeante animal, que tiene dificultades en parir.

—Ahí viene el segundo..., *finalmente*..., mira, ahí está la cabeza..., ¡otro macho!

Papá jadea tanto como Leisha. Se siente más feliz de lo que nunca lo he visto. Parece como si yo fuera la única que piensa en mamá, muriéndose allí mientras estaba haciendo lo mismo. Emergen otros dos cachorros, y ambos son machos también. Al menos hasta ahora el científico de Arrowgene no ha mentido. Todos los cachorros son grandes, quizá parte doberman o incluso gran danés. Resulta difícil de decir, tan jóvenes.

Luego se asoma otro más, y después la placenta. Leisha está casi demasiado agotada para comérsela. Dos cachorros son marrones y negros, dos negros, y uno es de una especie de gris como yogur estropeado. Todos tienen los ojos cerrados.

—¿No son hermosos? —exclama Donna.

—Parecen ratas legamosas —digo. Me lanza una dura mirada. Leisha gimotea y se agita en la estropeada manta.

—¡Espera a que Preciosa los vea! —dice Donna.

—Vamos, princesa, no podemos dejar que Preciosa se encariñe demasiado con esos cachorros —dice papá—. No son nuestros cachorros. —Mira a Donna y luego me mira a mí, con la cabeza doblada hacia un lado como si estuviera efectuando un juicio crítico. Pero sus ojos brillan—. Son nuestro futuro.

No tenemos terminal. Tuvimos uno, pero papá lo vendió tras la muerte de mamá. Hizo muchas cosas entonces que no tuvieron demasiado sentido. Su dolor fue profundo pero no demasiado largo. Luego empezó a interesarse de nuevo en la vida. Al menos, la mayor parte del tiempo.

La biblioteca de Kellsville tiene un terminal público. Una vez al mes un buen amigo de papá, Denny Patterson, nos lleva a una de las chicas montaña abajo para

comprar a la ciudad. Sólo caben dos personas en la cabina de la camioneta de Denny. Este mes es mi turno.

PROPIEDAD DEL ESTADO DE PENNSILVANIA, aparece cuando me conecto a la Red. FORMULE SU PETICIÓN, POR FAVOR. Un condado pobre como el nuestro no dispone de interacción por la voz.

Sé usar bastante bien la Red. Terminé todo el *software* de la escuela secundaria a los quince, de modo que estaba legalmente autorizada, lo cual es una suerte porque alguien tiene que ocuparse de Preciosa. Donna nunca lo terminó. Tecleo mi petición en el único formato que aceptan los terminales públicos:

BÚSQUEDA PERSONAL

ALCANCE: PLANTEAMIENTO GENERAL, RECIENTE

LONGITUD: 2.000 PALABRAS

NIVEL: PRIMER CURSO UNIVERSITARIO

TEMA: INSOMNIO EN PERROS

Leí la respuesta de la pantalla: las copias de impresora cuestan dinero. No me dijo mucho, sobre todo que la investigación del insomnio en perros vino después del insomnio en la gente, porque los monos habían servido tanto como animales de laboratorio básicos que como sujetos primarios de los tests beta. Lo que se conoce como insomnio en los caninos «indica que sus mecanismos son similares a los de los humanos. Se informó de los mismos efectos secundarios a los observados en las personas insomnes: los perros insomnes eran fisiológicamente más tranquilos, comían más, nunca dormían, exhibían una resistencia incrementada a la enfermedad». Los perros usados en la investigación habían sido de distintas razas, pero sobre todo pequeños porque era más fácil alojarlos y ejercitarlos. Todos habían sido destruidos. No ha habido aprobación de la FDA para la genomodificación canina hacia el insomnio, y no era legal salvar a los perros insomnes de los laboratorios. No había habido solicitudes de aprobación de la FDA, puesto que «nadie ha identificado una oportunidad mercantil significativa».

Nada que ya no sepa. Nada que desee saber. Tecleo otra petición.

BÚSQUEDA PERSONAL

ALCANCE: INFORMACIÓN BÁSICA, RECIENTE

LONGITUD: 2.000 PALABRAS

NIVEL: PRIMER CURSO UNIVERSITARIO

TEMA: OPORTUNIDADES MERCANTILES PARA PERROS DE GUARDIA EN PENNSILVANIA

La terminal busca en la Red durante largo rato. NO HAY INFORMACIÓN DISPONIBLE. Estupendo. ¿Y ahora qué?

Recojo nuestros créditos de comida en las oficinas del gobierno. En el almacén, me paso largo rato eligiendo. Si voy con cuidado, me quedarán créditos suficientes para comprarle un nuevo mono a Preciosa, de ese tipo sintético que repele la suciedad y que no se rompe. También intento elegir comida que pueda estirar: arroz, avena, soja, sinteticarne. El problema es que a los perros también les gustan todas estas cosas.

Se informó de los mismos efectos secundarios a los observados en las personas insomnes: los perros insomnes eran fisiológicamente más tranquilos, comían más, nunca dormían, exhibían una resistencia incrementada a la enfermedad. «Comen más»: ése es el problema. Pienso en dónde ocultar parte de la comida para que quede realmente algo para nosotros a final de mes. No importa lo que piensen papá y Donna, Preciosa va por delante de Leisha y de sus cachorros. Los perros no son personas.

Sin embargo son preciosos, tengo que admitirlo. Sus nombres, hasta que los vendamos al menos, son Tony, Kevin, Richard, Jack y Bill. Donna los ha bautizado según los insomnes que ve en las noticias. Tony Indivino, el bocazas que piensa que los Insomnes deberían vivir en su propia ciudad protegida independiente, fuera de las normas. Kevin Baker, el primer Insomne creado por la ingeniería genética. Richard Keller, el novio de Leisha Camden. Jack Bellingham, un rico inversor. William Thaine, un abogado superlisto de Harvard. Imagino cómo se sentiría esa gente si supiera que unos perros ilegales, ni siquiera de raza, habían sido bautizados con sus nombres.

Cuando agosto deja paso a un cálido setiembre, los cachorros ya son enormes. Comen todo lo que encuentran por la casa, día y noche. Finalmente papá los lleva fuera durante el día, a un corral vacío. Donna empieza a entrenarlos. Es muy buena entrenando animales. Pero parece que los cachorros no quieren aprender.

—No lo entiendo —me dice—. Son muy listos. Mira cómo recuerdan dónde escondo la comida. Y no se distraen con cualquier cosa, como otros a los que he entrenado.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? —digo, pero la verdad es que en el fondo no me importa. Estoy perdiendo la fe en los PERROS DE GUARDIA GENEMODS DE BENSON como una forma de conseguir toda la diferencia en el mundo. Es casi final de mes, y sólo queda un poco de arroz y judías en lata, y Preciosa está echando los dientes. Está inquieta todo el tiempo. Necesita la medicina que pones en las encías de los bebés, y una cama regular ahora que ya es demasiado grande para su cuna, y ropa nueva. Me siento en el patio, a la sombra de un arce, pensando. El aire es cálido y pesado. Se está preparando una tormenta, pero no hay ninguna garantía de que alivie

ni el calor ni la humedad. Los mosquitos zumban por todas partes. Sujeto a Preciosa mientras se retuerce para bajarse a un sembrado de zumaque al que es alérgica, y pienso que no me importa si Tony, Kevin, Richard, Jack y Bill nunca aprenden a proteger ni a guardar nada.

Donna dice:

—Simplemente no sé lo que les *ocurre* a esos cachorros. Son lo bastante listos como para aprender.

—Tú lo has dicho. —Preciosa se agita y babea contra mi hombro.

—Simplemente no obedecen. No se parecen a ningún otro perro que haya entrenado antes. Son más como... como gatos.

—Donna, eso no tiene sentido.

—Sé que no lo tiene. Pero quizás ese pequeño científico listo utilizó genes de gato en alguna parte ahí dentro.

—Eso no es posible. No puedes simplemente mezclar... ¡Preciosa, estáte quieta! ¡Suéltame! —Me está tirando del pelo, fuerte. Alzo la mano e intento librarlo de su aferrante puñito. Preciosa deja escapar un gemido y me muerde el hombro.

Me suelto de un tirón y la sacudo. Sus gritos son auténticos, sus ojos se vuelven rojos, le cuesta respirar. Transcurren cinco minutos enteros antes de que pueda calmarla, y cuando lo consigo me vuelvo hacia Donna.

—No me importa si esos perros están actuando como gatos o como elefantes. Todo lo que quiero saber es si van a proporcionar algún dinero. Necesitamos todo tipo de cosas sólo para vivir, y no podemos permitirnoslas. El techo del cuarto de baño deja pasar más agua que nunca. La casa está llena de cagadas de perro porque papá no quiere dejar a los cachorros fuera por la noche por si alguien se da cuenta de que no duermen nunca. ¿Quién, por el amor de Dios? ¡Excepto Denny y su última novia, no hemos visto ni a un solo ser humano en un mes!

Donna se me queda mirando.

—¿Qué te ocurre, Carol Ann? Solías ser muy paciente y colaboradora, pero...

—¡Estoy harta de ser paciente y colaboradora! ¡Estoy harta de perros cagándose y ladrando y mordisqueándolo todo veinticuatro horas al día!

—... desde que cumpliste los dieciocho te has convertido en una jodida arpía.

Dieciocho años. Había sido mi cumpleaños la semana pasada. Lo había olvidado. Y apuesto que, hasta este mismo minuto, todos los demás también. Excepto para decirme que me he convertido en una arpía.

Le paso Preciosa a Donna, tan bruscamente que Preciosa empieza a llorar de nuevo. Donna me mira con unos ojos muy abiertos y dolidos, inocentes como flores. La odio. Odio todo esto, los perros y la pobreza y mi cumpleaños y todo lo demás. Nada funciona bien, y todo lo que deseo hacer es alejarme de todo. Cruzo tambaleante el patio, tan aturdida que no puedo ver claramente, y así no veo posarse el aparato aéreo. Ni siquiera me doy cuenta de que está allí hasta que Donna dice en voz muy baja, como en una plegaria:

—Por todos los jodidos fuegos del infierno.

Nunca he visto un aparato aéreo de verdad, sólo en la vid. Éste es pequeño, sólo dos plazas. Quizá sólo una. Los conos de energía Y en los aerodinámicos lados están pintados de un tono distinto al gris del cuerpo. En nuestro patio parece como una bala clavada en un cuerpo desgarrado y podrido. Un hombre sale de él, y Donna jadea:

—¡Tony Indivino!

Realmente lo es. Incluso yo lo reconozco de la vid. Es de mediana estatura, un poco recio, no particularmente apuesto. Según la vid, su familia no pudo permitirse otras genemods excepto el insomnio. Cruza el patio hacia nosotras, y Donna y yo nos ponemos en pie. Donna me pasa rápidamente a Preciosa y se alisa la falda. Preciosa mira con los ojos muy abiertos el vehículo que acaba de caer del cielo, y de inmediato deja de patear. Bien, eso es lo que necesitamos: un aparato aéreo que aterrice cada cinco minutos para distraerla de sus doloridos dientes.

—Hola. Por favor, ¿puedo hablar con David Benson?

Donna sonríe, y veo la reacción del hombre en sus ojos. No le gusta reaccionar, pero reacciona de todos modos. Un hombre Insomne es siempre un hombre.

—David Benson no está aquí en este preciso momento. Soy su hija, Donna. ¿En qué puedo ayudarle, señor Indivino?

—Está usted aquí por los perros —digo yo.

—¡Carol Ann! —restalla Donna—. ¿Dónde están tus modales?

Tony Indivino vacila, pero sólo un segundo.

—Es cierto. Quiero hablar con su padre de los perros.

—Quiere comprar usted uno —presiono.

Entonces me mira, duramente. Sus ojos son grises, con pequeños destellos castaños en ellos. Digo de nuevo, para que no haya ningún error:

—Quiere comprar usted un perro. Ésa es la única razón por la que mi padre habla a nadie de ellos.

Finalmente sonríe, regocijado.

—De acuerdo. Por supuesto. Quiero comprar uno.

—¡Pero si todavía no están ni siquiera entrenados! —exclama Donna.

No tiene ni idea. Tony Indivino necesita un perro de guardia entrenado tanto como necesita un tercer pie. Los Insomnes deben de tener todo tipo de escudos Y, guardaespaldas, armas secretas para protegerse. Nadie va a hacerle ningún daño a Tony Indivino. Comprará este perro para que sus colegas científicos puedan hacerlo pedacitos en algún laboratorio, ver de qué modo es diferente de los otros perros. Todo lo que me importa es cuánto va a pagar por él. Quizá pueda conseguir un gran pico. Es uno de los Insomnes pobres (sí, de acuerdo), pero se supone que su novia es Jennifer Sharifi. La hija de un príncipe árabe del petróleo y una holoestrella americana y una de las mujeres más ricas de todo el mundo.

Quizá dos de los grandes. Una cama para Preciosa, un terminal, algo de ropa nueva...

Donna dice:

—Bueno, supongo que puede comprar usted el perro ahora y volver a por él más tarde, cuando haya terminado de entrenarlo como perro de guardia. —Le gusta la idea.

—¿Cómo va el entrenamiento? —quiere saber Indivino.

—Estupendo —me apresuro a decir. No voy a darle ninguna excusa para que pague menos. Miro a Donna, que finalmente asiente.

—¿De veras? —dice Indivino.

—¿Por qué *no debería* ir bien? —dice Donna.

La voz de él se vuelve seria.

—Por ninguna razón específica, que yo sepa. Pero de eso precisamente era de lo que deseaba hablar con su padre.

—Entonces puede hablar conmigo. Papá estará fuera dos o tres días, cazando en las montañas —miento—. Pero puedo repetirle cualquier información que usted me dé.

Ni siquiera vacila. Probablemente los Insomnes están acostumbrados a que la gente joven acepte responsabilidades, incluso mejor que los adultos a su alrededor. El Insomne más viejo sólo tiene veintisiete años.

—Lo que quería decirle a su padre no es realmente información o datos —indica—. Es más bien un principio, pero muy importante. Es éste: los sistemas biológicos avanzados son muy complejos. Se hallan más allá de ese punto crítico tras el cual el comportamiento es complicado pero predecible, y entran en el reino en el cual el comportamiento se vuelve caótico, y más sensible a las pequeñas diferencias en condiciones iniciales. ¿Entiende lo que quiero decir?

—No —dice Donna, y sonrío.

—Yo algo —digo, porque he estudiado eso en *software* en la escuela secundaria. De todos modos lo simplifica algo para mí.

—Quiero decir que los cambios genomod que funcionan de una forma en los seres humanos puede que no funcionen de la misma forma en perros. O pueden funcionar de la misma forma en la mayoría de los perros pero no en sus perros. O en algunos de sus perros pero no en otros de la misma camada pero con diferente configuración genética, o diferentes condiciones *in vitro*, o diferentes condiciones ambientales.

—Pero nuestros perros —dice Donna— son insomnes exactamente igual que ustedes los humanos, señor Indivino. ¡Venga a verlo!

Él me mira. Yo le digo a Donna:

—Quiere decir que debemos ir con cuidado.

—Sí —asiente él—, no existe demasiada investigación sobre el insomnio canino como para guiarles.

No ha habido solicitudes de aprobación de la FDA, puesto que nadie ha identificado una oportunidad mercantil significativa. Pero, pensando en ello, ¿cómo

ha sabido Tony Indivino de esta oportunidad mercantil en particular? Papá todavía no está haciendo ninguna publicidad. No tiene nada con qué hacerla: ni terminal ni dinero. Siento un hormigueo en mi espina dorsal, y Preciosa se retuerce en mis brazos. La dejo en el suelo. Gatea hacia el aparato aéreo.

Donna está diciendo:

—Venga a elegir su cachorro, señor Indivino. Espere a verlos, son tan preciosos...

—¿Cómo ha sabido de nosotros? —pregunto—. ¿Quién se lo ha dicho?

No responde.

—¿Va a denunciar a papá ante la ley? —Sorprendentemente, esto no se me ocurre hasta ahora. En general los Insomnes se mantienen dentro de la ley, todas las vids lo dicen. Quizás haya demasiados ojos sobre ellos para no hacerlo.

—No, no voy a denunciarles ante la ley. Sólo estoy aquí para advertirles de que vayan con cuidado.

—¿Por qué? ¿Qué le importa a usted si nuestro negocio fracasa? —Casi estoy a punto de decir «como todos los anteriores», pero me contengo a tiempo. No quiero que sienta lástima por nosotros.

—Sus negocios no me interesan personalmente —dice con aire frío—. Pero a los Insomnes nos gusta mantener un ojo atento sobre la investigación genética. Estoy seguro de que sabrán ver por qué. Incluso las investigaciones clandestinas. Cómo lo hacemos realmente no les importa a ustedes. Estoy aquí solamente para decirles lo que sé. Y quizás un poco por curiosidad.

—¡Entonces tiene curiosidad por ver los cachorros y elegir el suyo! —exclama Donna brillantemente.

Lo toma de la mano y lo conduce hacia la casa. Preciosa está intentando subirse al liso y redondeado lado del aparato, cosa que por supuesto no consigue. Al minuto está sentada en el suelo sobre su pequeño trasero. Voy hacia ella y dejo a Tony Indivino con Donna y los cachorros insomnes. No importa el cachorro que elija, o si realmente regresa a por él. Lo único que importa es que pague antes de marcharse.

Cosa que hace. Dos mil quinientos dólares, y en chips de crédito precargados certificados, no transferencias. Sostengo los chips en mi mano mientras Donna baila y grita y da vueltas por la cocina, haciendo que los perros se pongan a ladrar, y Preciosa se pone en pie en su silla alta y grita de entusiasmo. Es el caos. Por una vez, no me importa. Este dinero va a significar toda la diferencia en el mundo para nosotros.

Tres semanas más tarde, todo termina.

—Ven a ver esto —llama papá a través de la puerta mosquitera. Está sentado en la mesa de la cocina frente a nuestro nuevo terminal, revisando lo que llama «anuncios de futuros» en la Subred. Su amigo Denny, el de la camioneta, le mostró cómo hacerlo. Papá no me dijo cómo había aprendido Denny, o qué compraba o vendía

Denny que necesitara anuncios clandestinos. Pero sé que no es fácil navegar por la Subred. No es difícil conectarte, pero una vez lo has hecho puedes verte aparcado en un rincón a menos que conozcas todos los códigos y procedimientos clave, que cambian constantemente. «La economía en la sombra», lo llaman las noticias de la vid, o a veces «el mercado fantasma». Supuestamente puedes conseguir cualquier cosa allí, si sabes cómo.

—¡Carol Ann! —llama papá de nuevo, con voz más fuerte—. Ven a ver esto.

—Estoy ocupada —respondo desde el patio. Observo a Preciosa mientras cava un agujero con un tenedor de cocina. Está sentada a la oblicua luz del sol del atardecer, cubierta de sudor y polvo, feliz como el día. En alguna parte entre los árboles oigo a Donna chillarles a los perros. Todavía no se entrenan adecuadamente. Lo está pasando terrible con ellos.

—¡He dicho que vengas aquí, Carol Ann, y quiero decir que vengas aquí! —grita papá. Reluctante, me pongo en pie y voy a la casa.

Es curioso tener un poco de dinero. Durante todo el último invierno y primavera, cuando estaba haciendo malabarismos para conseguir suficiente arroz y judías para todos, y papá se partía el culo para conseguir el dinero necesario para comprar los embriones genemods implantados en Leisha, y Donna sólo tenía un vestido..., durante todo aquel largo y frío invierno todo el mundo estaba de buen humor. Alegre, esperanzado. Éramos amables los unos con los otros. Pero desde que conseguimos los chips de crédito de Tony Indivino, todo el mundo se ha vuelto tenso y restallante. Quizá yo siempre haya sido así, pero Donna y papá no lo son. O no lo eran.

Las apuestas son más altas ahora. Papá tiene que imaginar los lugares correctos para incluir sus anuncios: sites de la Subred que sean beneficiosos, además de seguros ante la ley. No podemos permitirnos el cometer errores. Y las noticias están llenas de federales cerrando laboratorios genemod ilegales, y los cachorros no escucharán a Donna a menos que esté a su lado con un trozo de carne..., eso es lo que quiso decir cuando mencionó que eran como gatos, sólo hacen lo que quieres si estás ante ellos con un premio o un palo. Todo el mundo está nervioso.

Por una vez, tenemos algo que perder.

—Dime qué significa esto —gruñe papá, y me inclino sobre la pantalla. Es una recomendación de la FDA al Congreso acerca de la creación de animales genemods. Las frases son largas y difíciles, con un montón de palabras científicas que no comprendo.

—Es acerca de lo que debería permitir una nueva ley en ingeniería genética —digo—. El resumen dice: «No se permitirán genemods que alteren la apariencia interna o el funcionamiento interno básico de tal modo que una criatura se desvíe significativamente de otros miembros no sólo de su género y especie sino también de su raza».

—¡Sé leer! —restalla papá. Y al cabo de un minuto dice—: Lo siento, Carol Ann. Pero necesito saber qué significa exactamente cada trozo de eso. Explícamelo. Una

frase detrás de otra.

—Papá, no puedo...

—Seguro que puedes. Eres la más lista de nosotros, y no creas que no sé que lo sabes.

—Pero...

—Por favor, querida. Ayúdame a comprender.

De modo que lo hago. Una frase detrás de otra, adivinando las palabras, tanteando para poner las manos sobre el significado. Requiere largo tiempo. Exactamente hasta el minuto mismo en que oigo a Preciosa empezar a gritar.

En medio segundo estamos fuera de la puerta. Pero no puedo verla por ningún lado. Y luego los gritos cesan.

Donna llega corriendo desde los árboles, gritando «¡Richard! ¡Richard!», y necesito un minuto para darme cuenta de que está llamando al perro. Sus ojos están enloquecidos. Todos nos detenemos conteniendo el aire, girando las cabezas. No puedo ver a Preciosa. No puedo verla. Y entonces Donna, que tiene un oído casi tan bueno como el de los perros, echa a correr hacia los árboles a la izquierda de la casa.

Oigo el restallar antes de ver a Richard. Sus mandíbulas están atareadas con un trozo de carne que Donna debe de haberle dado, una recompensa. Está tendido pacíficamente comiéndolo, y el agitar de su cabeza y su cuerpo sobre las hojas caídas emite un ligero ruido como de roce. Oigo ese roce, porque de pronto los árboles se convierten en la cosa más silenciosa que jamás haya oído. La cosa más silenciosa que jamás oiré de nuevo.

Preciosa está tendida en el suelo a unos tres metros de distancia, al final de una pequeña ladera con un arroyo al fondo. Tiene el cuello roto. Sus manos están manchadas con jugo de la carne del bistec que ha intentado arrebatarse a Richard. Quizá quería un mordisco. O tal vez pensó que se trataba de un juego: a ver quien tiraba más fuerte. Pero Richard no estaba jugando. Arrojó a Preciosa a un lado —las marcas de mordedura son claras en su bracito—, y Preciosa cayó por la ladera y cayó mal. Se golpeó la cabeza, o se torció el cuello, o algo. Más tarde el coroner diría que fue un desgraciado accidente. Excepto el brazo, no tiene ni un solo arañazo, ni siquiera está mojada del arroyo. Permanece tendida allí con su mono rosa resistente a la suciedad, como si estuviera dormida.

Papá rompe la quietud con un aullido como si el infierno se hiciera pedazos. Corro hacia Preciosa y la recojo. Apenas oigo el rifle a menos de diez metros de mí. Los otros disparos —cuatro más, y luego un último, insensato, para Leisha— ni siquiera los oigo. Ni un eco, ni un estremecimiento. Nada.

No sé qué es lo que hace que la gente permanezca unida o no. Quizá es como dijo Tony Indivino: El comportamiento es simplemente caótico, principalmente sensible a las pequeñas diferencias en condiciones iniciales. No lo sé. Cualquiera cosa.

Papá no permanece unido. Empieza a beber inmediatamente después del funeral, y ya no para. No se lamenta ni llora. No explica por qué pudo superar la muerte de mamá pero no la de Preciosa. Quizá no lo sepa. Simplemente permanece sentado en la mesa de la cocina, noche tras noche, y vacía en silencio una botella tras otra. Durante el día aguarda la noche. Muy pronto, creo, no se molestará en aguardar.

Donna no se queda por allí para averiguarlo. Durante unos meses llora todo el tiempo. Quiere hablar y hablar acerca de Preciosa, y yo soy incapaz de escuchar. No puedo. Finalmente halla a alguien que sí escucha, un consejero del gobierno en Kellsville, que le consigue también un trabajo como camarera en un restaurante de moda. Poco a poco Donna empieza a dejar de llorar. Hace algunos amigos, luego uno muy particular. No la veo mucho. Y cuando lo hago, resulta difícil mirarse directamente la una a la otra a los ojos.

Y yo. No sé si he permanecido unida o no. Estoy demasiado loca para saberlo.

—Eres la chica de Dave —me dice Denny, como si no me hubiera llevado arriba y abajo de Kellsville en su camioneta durante años. Es uno de esos hombres aterrado por las escenas femeninas—. ¿Qué puedo hacer por ti, esto...?

—Carol. Puedes dejar que me quede aquí y cuide la casa por ti.

Me mira como si yo padeciera la rabia.

—Bueno, esto, Carol, no sé, creo que tendrías que ocuparte de la casa de tu padre, seguro que él te necesita desde, esto...

—No necesita a nadie —digo—. Y en cambio tú sí. —Miro a mi alrededor. La esposa de Denny lo dejó, finalmente, hace un mes. Denny tenía una chica de más. Desde que se fue, Denny no ha lavado un plato ni una sábana ni el sobre de una mesa. Sus amigas, la mayoría de las cuales conoce del Road Nest Bar, no son del tipo dado a las labores de la casa. Los dos gatos dejaron de usar su caja de arena. Denny tiene todas las ventanas abiertas para controlar el olor, cosa que no consigue, aunque fuera llueve a cántaros y la lluvia entra sesgada y golpea lo que queda de las cajas empapadas de orina de sus gatos. Todo el mundo tiene un límite a lo que puede llegar a tolerar. El de Denny debe de ser muy alto, pero todavía sigo apostando a que tiene uno.

—Soy una buena ama de casa —le digo—. Y sé cocinar. Papá dice que considerará como un favor personal el que me dejes vivir aquí. Sabe que necesito alejarme de los recuerdos de nuestra casa.

Denny asiente lentamente. Le hace sentir mejor pensar que está ayudando a papá. Pero todavía tiene sus dudas.

—El caso, Carol, es que ya sabes cómo es la gente. Hablan y hablan. Y tú ya no eres una niña. No querría que nadie pensara...

—El único que importa es papá, y él sabe bien las cosas. Además, si sigues trayendo compañía femenina, ellas les dirán que duermo en la habitación libre y que me tratas como a una hija en bien de mi padre.

Denny asiente de nuevo. Le gusta la idea de tener compañía femenina y también

una casa limpia.

—Pero, esto, no puedo pagarte nada, Carol, las cosas no van muy bien en estos momentos. Quizá más adelante, cuando...

—No deseo dinero, Denny. Todo lo que deseo es que me enseñes a usar la Subred. En tu terminal, igual que le enseñaste a papá. Durante dos horas al día, al menos al principio.

No le gusta aquello. Demasiado tiempo. Pero justo entonces uno de los gatos abre las patas traseras y defeca encima de la mesa, en un plato de arroz cuyos granos están ya tan duros que podrían utilizarse como balines.

—De acuerdo —dice Denny.

Trabajo como una condenada durante todo el invierno. Arrojo fuera de la casa el camastro de Denny y todo lo demás que no puedo hervir. Froto y restriego y golpeo y bato y hago una nueva cama con tablas y mantas. Cocino y lavo y compro con los créditos de distribución de Denny. Dos veces a la semana acudo con papá para hacer lo mismo para él. Y durante la mitad de la noche practico lo que Denny me enseña, hasta que estoy lo bastante cansada como para echarme a dormir. Muchos días me duelen los ojos de leer constantemente, y no solo en la Subred. Paso horas en las secciones de ciencia de la Red. Cuando una de las amigas de Denny se queja de que yo «hablo altanera», me doy cuenta de que mi vocabulario ha cambiado. Bueno, ¿por qué no?... todo lo demás ha cambiado también.

Cuando los primeros brotes de vegetación empiezan a asomar por entre la nieve, Denny ya no puede enseñarme más. En realidad, sé mucho más que lo que Denny me enseñó, porque hallé a otra gente en la Subred que también me enseñó cosas. Hay toda una clase de navegantes por la Subred —la mayor parte jóvenes, la mayor parte con poco que perder a nivel personal— a los que nada les gusta más que enseñar lo que saben. He aprendido cómo dejar que toda esa gente me impresione.

Sin embargo, esa especie de navegantes menores sólo saben lo que saben, como Denny. Y yo no tengo nada que intercambiar. Hasta ahora no he conseguido que la Subred me diga lo que más deseo saber. Y no voy a descubrirlo quedándome aquí.

Escribo notas a Denny y a papá, y bajo la montaña hasta la autopista.

La Red Goldfish Trucking Company está protegida por perros.

También hay una verja, por supuesto, una simple hilera de alambre indicador para señalar la barrera con alarma de energía Y que rodea las instalaciones. Aprieto contra el campo invisible con una mano, y parece tan sólido como el ladrillo. Pero cualquier sistema de seguridad generado por energía ha de ser conectado, y eso significa que puede ser desconectado. Los perros son más difíciles de desconectar, a menos que los mate, y resulta difícil meter algo así como una bala o una pelota de carne envenenada

a través de la mayoría de los campos de energía Y sin activar la alarma. Hay un rumor en la Subred de que los Insomnes han desarrollado un misil que penetra las barreras Y, más un campo que detendrá ese mismo misil y cualquier otra cosa, incluido el aire. Pero es sólo un rumor. Los Insomnes no venden armas. Son demasiado listos para armar a sus enemigos.

Permanezco a unos cuantos centímetros fuera de la verja y examino la Red Goldfish Trucking Company. Es un edificio de espuma moldeada sin ventanas que se alza en el centro de hileras de camiones blancos, cada uno de ellos con un exótico pez rojo pintado a ambos lados. Antes del pez, esos camiones llevaban unas floreadas letras azules que decían *Pennsylvania Shipping*. Antes de eso estaban las margaritas azules de la Flower Delivery Systems. Antes aún de eso, las letras naranjas de la Stanley Express. Era un camión de la Stanley Express el que había entregado a Leisha, la perra embarazada, al nuevo negocio de papá.

No existe ningún registro *on-line* de esa transacción. Ya resulta bastante difícil rastrear la compañía en sí en la Subred, y no digamos sus clientes. O su propietario.

Observo a través de la verja durante dos noches, muy cuidadosamente, hasta que estoy segura acerca de los perros. Hay tres perros, todos pastores alemanes, todos machos no capados. Probablemente han sido genemods para fuerza y oído. Están soberbiamente entrenados, mucho mejor de lo que la pobre Donna hubiera hecho. Duermen por turnos. No están genemods para inteligencia.

Puedes hacerles algunas cosas a la disposición genética de los perros y todavía siguen siendo perros funcionales. Otras cosas, en cambio, no puedes hacerlas. No puedes realmente impulsar mucho la inteligencia de un perro. Si lo haces, terminas con un amasijo de conexiones neurales demasiado complejo como para que el romboencéfalo pueda manejarlo. Es como un cable atestado con demasiada información. La señal se rompe. Los cachorros simplemente se sientan en un lugar y se estremecen y gimotean. No pueden repararse, y finalmente tienes que matarlos. Algunos científicos de Harvard publicaron un artículo sobre esto en la Red. Algunos laboratorios clandestinos en Ohio y Florida ya lo sabían. Hicieron publicidad de ¡PERROS CON ALTO CI! en la Subred. Hasta que dejaron de hacerla. Puede que alguien los esté buscando también, aunque no creo que sea un cliente furioso. Creo que es la poli.

La poli es el enlace principal entre la Red y la Subred. Pero no es el único enlace.

Los perros de la Red Goldfish Trucking patrullan toda la verja cada seis minutos. Son eficientes, siempre alerta y dedicados. Pero siguen siendo perros.

Justo antes de que uno pase por delante de mí fuera de la verja, me tiendo de espaldas. Llevo perfume: un aroma genéticamente creado como atractor para los lobos, para ser usado en Áreas Salvajes Consolidadas. Fue desarrollado en la Universidad de California en La Jolla, que tiene la patente. También fue desarrollado en laboratorios clandestinos en Idaho y Minnesota. Puedes pedirlo en la Subred, 784jKevinMart, ruta de acceso 431Ce7946, a través de JemalTown, pago a convenir.

El perro de guardia me huele. Su caminar se altera unos segundos. Mira de lado hacia mí, tendida de espaldas en el suelo, las cuatro patas en el aire, la postura de sumisión en las jaurías de lobos. Y en las jaurías de perros. Pero yo estoy fuera de la verja. Tras esa breve interrupción en su marcha, reanuda su paso normal y se aleja trotando.

Seis minutos más tarde todavía estoy allí.

A medianoche los perros cambian de turno; no sé a qué señal condicionada. El nuevo perro tiene la misma reacción respecto a mí: una breve vacilación, luego sigue su camino. Me agito ligeramente en el suelo, los miembros en el aire. A las 3:00 A.M. me voy a casa. Los operarios se presentan cada día a las cuatro.

Vuelvo la noche siguiente. Y la siguiente. Durante el día trabajo para una compañía de limpieza que envía doncellas a las casas de los ricos. Me hago rápidamente popular entre sus clientes. Soy hábil utilizando los bots adecuados para cada trabajo, y soy especialmente buena limpiando los desastres dejados por el mal funcionamiento de otros bots.

La noche que hace veinte, el perro de las 4 P.M. a medianoche se detiene a su lado de la verja, adelanta una pata a través de la energía Y y sacude fuertemente mi posadera. Es el macho alfa, el más grande de los perros de guardia, el que alza su cola más alto y mantiene más enhiestas sus orejas. Causa un desgarrón en mis pantalones acolchados y luego se aleja trotando en su patrulla regular.

Yo permanezco tendida inmóvil, esperando a que regrese. Lo hace seis minutos más tarde, me sacude de nuevo la posadera y se aleja.

A finales de mes la mitad de su cuerpo emerge a través de la verja Y, que desde el interior no sabe que está allí, mientras me hace rodar por el suelo. A veces es rudo, a veces simplemente juguetón. Tengo profundos arañazos en el cuello y manos, Intento mantenerlo lejos de mi rostro, y cuando eso falla, me aplico una buena capa de maquillaje. Cuando el perro está encima de mí, restallando sus mandíbulas y fingiendo gruñir, intento no pensar en ningún momento en Preciosa.

No es culpa del perro. Su cerebro está cableado. Todos los perros en unajauría atormentan a un perro. Ésa es la función del perro omega, el último y el más bajo: proporcionar a todos los demás perros algo sobre lo que lanzarse y que explotar. La jauría necesita ese desahogo para liberar la tensión que de otro modo usarán luchando entre sí. El perro omega está en sus genes.

A veces, cuando el alfa toma mi brazo en sus mandíbulas y lo sacude, rodeo su cuello con mi mano. Puedo sentir el emisor, justo debajo de su piel. Transmite la señal electrónica que le permite penetrar la verja si roza contra ella sin desencadenar las alarmas. Y cualquier cosa unida a él la penetrará también: no querrás que las alarmas salten porque la cola de tu perro de guardia acaba de rozar un campo Y y resulta que la cola tiene una carda pegada a ella.

El día treinta y tres, ruedo a través de la verja, oliendo como una loba, los brazos rodeando al perro de guardia alfa. Dentro, me da una seca sacudida en el hombro y

me deja allí. Ha sido entrenado para no dejar entrar nunca a un desconocido. Pero yo soy un miembro de su jauría que llena una posición necesaria. Eso constituye toda la diferencia.

La Subred afirma, una y otra vez, que no mantiene registros. Pero la propia Subred es un registro, interminablemente actualizado. Si hay uno, habrá otros. Nadie puede recordar todos los tratos de negocios sin ayuda. En especial si necesitas saber con quién será mejor que no intentes tratar una segunda vez.

Nada dentro de la Red Goldfish Trucking está cerrado con llave. Pero nada me proporciona tampoco lo que quiero. El edificio sin ventanas es usado principalmente para almacenar cargas y camiones en reparación, con una diminuta y sucia oficina encajada en una esquina. Hay un terminal, aunque sé que no voy a encontrar nada en él. Es autoestable, pero el gobierno posee un nuevo equipo de microondas que puede extraer datos incluso de los terminales autoestables, siempre que el terminal esté conectado. La Subred dice también que tiene ese equipo en venta. No lo creo. No creo nada de la Subred a menos que lo pruebe personalmente, como hice con el atractor perruno. Sin embargo, sé que los registros de la Red Goldfish no serán electrónicos.

Son de plástico, escritos a mano sobre tarjetas azules rígidas almacenadas en una caja azul al fondo del armario. Y están en código.

El perro beta entra en la oficina. Está fuera de servicio. Tengo que dejarle que juegue un rato conmigo antes de enroscarse en la esquina y echarse a dormir.

Me llevo toda la caja conmigo, cabalgo al alfa de vuelta a través de la verja, y tomo el siguiente autobús. En el autobús me sumo en el sueño más profundo de mi vida. Parece una recompensa.

Hay cinco tarjetas de plástico azules, numeradas 1, 2, 3, 4, 5. Eso podría significar orden cronológico, o agrupamientos de diferentes tipos de trabajos de transporte, o casi cualquier otra cosa. Cada tarjeta está densamente cubierta con una pequeña escritura a mano, hilera tras hilera, letras y números y símbolos sin pausas entre medio. La tarjeta número 5 sólo está cubierta en dos tercios de su extensión.

Donna se me queda mirando cuando entro con mi maleta en el restaurante de Kellsville donde trabaja. No es un lugar sint automático; tiene comida auténtica y camareros humanos, entre ellos Donna. Lleva un uniforme negro con un delantal azul. Su pelo rojo está peinado sobre su cabeza. Se parece a mamá.

—¡Carol! Por la verde tierra de Dios..., papá dijo que te habías ido a trabajar a Ohio.

—Lo hice. Estoy de vuelta. ¿Puedo quedarme un tiempo contigo?

—¡Por supuesto que puedes, cariño! Y quiero que conozcas a mi amigo Jim, es un

auténtico encanto, y estoy segura de que os llevaréis...

—¿Hay alguna firma de limpieza en la ciudad? He estado trabajando como doncella.

Donna se echa a reír.

—¿En Kellsville? Debes de estar bromeando. Pero en la ciudad, quizá..., hay un gravtren que va y viene cada día, acaban de inaugurar el servicio. Pero querida, tienes un aspecto terrible. ¿Te encuentras bien?

La miro. Es como mirar a mamá; igual de muerta para mí, igual de lejana. Donna arrojó a Preciosa fuera de su cerebro. No sabe nada acerca de profundos espacios negros en los que puedes caer y de los que tal vez nunca salgas. Simplemente no sabe.

—Estoy bien —digo—. Dime tu dirección y déjame tu llave. ¿Tienes un terminal, Donna?

—Venía uno con el apartamento —dice orgullosa—. Aunque no lo uso mucho excepto para la vid. Puedes usarlo cuanto quieras, cariño. Puedes usar todo lo que encuentres allí, excepto a Jim.

Se echa a reír, y yo intento sonreír, y entonces voy a su casa y me dedico a limpiar el apartamento.

Durante los siguientes tres meses trabajo tan intensamente como en casa de Denny. Cada día tomo el nuevo gravtren a la ciudad y me dedico a mi trabajo de limpieza. Se alegran de tenerme; tengo experiencia en todos los tipos de bots de mantenimiento que poseen. Cada noche me siento ante el terminal en la sala de estar de tres por tres metros del apartamento de Donna, intentando no oír a Donna y a Jim haciendo el amor en el dormitorio de tres por tres metros.

Empiezo con los programas decodificadores gratuitos de la Red. Entro en ellos todos los datos de las cinco tarjetas de plástico azul y ejecuto los programas. Ninguno extrae el menor sentido de los datos.

Al cabo de un mes he ahorrado los créditos suficientes para cargar programas que cuestan dinero. Ninguno de ellos funciona tampoco.

—¿Qué haces en ese terminal toda la noche, querida, noche tras noche? —pregunta Donna—. Se te están formando círculos debajo de tus hermosos ojos. ¿No quieres salir a bailar con nosotros y divertirte un poco? ¡Jim tiene algunos amigos estupendos!

—No, gracias —digo—. ¿Ves a papá últimamente?

Su rostro se pone serio.

—Mañana. Sabes que voy todos los martes. ¿Quieres venir conmigo?

Sacudo negativamente la cabeza y vuelvo al terminal. Donna no dice nada más. Una vez se ha marchado todavía puedo oler su perfume, ligero y dulce, en el viciado aire.

Los mejores decodificadores no son programas que puedas comprar. Hay sites en la red que toman tus datos y los pasan a través de sus propios algoritmos decodificadores. Todos son muy caros, aunque puedes negociar con ellos. Se hallan en la Subred, por supuesto. Por lo que leo, algunos de ellos utilizan programas robados al gobierno. Los mejores puede que incluso hayan sido robados a los militares. Quizá.

El problema es adivinar cuáles son los mejores. Las doncellas que limpian las casas no ganan mucho dinero, ni siquiera cuando son llamadas técnicas en bots de limpieza.

Finalmente contacto con un site en la Subred llamado Bent. Parecen tener negocios en Pensilvania, Nueva York y Ohio. Es una transacción fuertemente protegida, aunque utiliza crédito regular, no transferencias de efectivo. Les facilito los datos de las tarjetas de plástico azul, y vacían mi cuenta bancaria. Después cierro la cuenta y abro otra nueva en un e-banco distinto.

Esa noche, por primera vez, sueño con Preciosa. Está sentada en su silla alta, vestida con su mono rosa, riendo. Se ríe de algo que está detrás de mí, y cuando intento volverme me quedo como congelada. Retuerzo frenéticamente el cuerpo, pero no consigo mover ningún músculo. Preciosa sigue riendo.

Donna y Jim traen a casa una silla. Han estado ahorrando para comprarla. Es chillonamente verde brillante, y proporciona ocho aromas diferentes, incluidas feromonas sexuales. Pasan diez minutos intentando decidir dónde colocarla.

—En este rincón, cariño —dice Donna.

—En el dormitorio estaría mejor —contraataca Jim.

—Carol Ann, ¿tú qué piensas?

Pienso que es el mueble más feo que jamás haya visto.

—No me importa.

—Nada —dice Jim en voz muy baja. Finjo no oírle. Se está poniendo un poco impaciente de que permanezca tanto tiempo con ellos. Pero no diré nada, porque eso es lo que Donna quiere.

—Muy bien, el dormitorio —dice Donna, y ella y Jim se miran de una forma que dice que yo debería abandonar el apartamento durante una hora o así.

Lo abandono durante tres horas, y recorro las calles más o menos sin rumbo fijo. Cuando Bent me diga quiénes son los bastardos que vendieron a papá los perros insomnes... La pistola de papá es una de las cosas que no ha vendido para comprar *whisky*. Lo sé porque la enterré antes de marcharme, muy bien engrasada, detrás del lugar donde solían estar las perreras. La munición no vale demasiado dinero. Puede pedirse a través de la Subred, nadie hace preguntas, no queda ningún registro. (Estupendo).

Reconocería en cualquier parte al científico de Arrowgene. Su aspecto, su voz, sus altaneros modales con la gente ignorante. Los científicos no son polis. No van por ahí armados. No caminan con cautela. No soy una buena tiradora, pero con esta pistola no necesito serlo.

No es lo que preferiría, por supuesto; preferiría enfrentarme a él en algún lugar solitario, atarlo, cubrirlo con la sangre de un conejo recién muerto, luego soltar a una jauría de perros que lleven sin comer una semana...

Esas imágenes me llenan durante tres horas. Han llenado noches enteras, semanas, meses. Sigo caminando hasta que el sol empieza a ponerse, y entonces vuelvo al edificio de apartamentos de Donna. Fuera hay dos aerocoches de la policía. Un bot camillero rueda al lado de un enfermero, saliendo de la casa.

—¡Jim! ¿Qué...?

Pero la camilla pasa por mi lado. Un poli se me acerca.

—¿Quién es usted, señorita?

—¡Yo vivo aquí! Él..., ¿dónde está mi hermana?

Donna no está dentro. Ya se ha ido a trabajar. El policía me dice que han enviado a buscarla, que está de camino, que está bien...

—Jim...

—El médico dice que también estará bien. Sólo lo han vapuleado un poco. Ahora dígame, señorita, ¿nota a faltar algo?

Miro por todo el apartamento de Donna. Los cajones han sido sacados y vaciados, los muebles volcados, la cama hecha pedazos. Finjo estudiar el desastre, pero ya sé lo que falta. Todo está allí excepto cinco tarjetas de plástico azul, y la próxima vez que intente localizar a Bent en la Subred habrá desaparecido.

Arrowgene no debe de ser un pequeño laboratorio clandestino después de todo. Debe de formar parte de una organización más grande, con programas rastreadores de terminales. Con gorilas. Con la idea de proteger sus envíos y sus científicos y su anonimato.

—¿Señorita?

No hay forma alguna en que pueda luchar contra ese tipo de organización. Nadie puede, ni siquiera el gobierno, o a estas alturas el FBI la hubiera cerrado. Nadie con suficiente poder e información..., excepto quizá otra organización.

—Señorita, le he *preguntado* si observa que falte algo.

—No —digo—. Todo está como siempre ha estado.

Tony Indivino vivía ya en Sanctuary cuando nos visitó la primavera pasada. Entonces no lo sabíamos. Tampoco nos importaba.

Sanctuary se halla casi completado cuando llego allí. Es enorme, la mitad de un condado rural del estado de Nueva York rodeado por un campo Y. La mayoría de los Insomnes en los Estados Unidos se están trasladando allí, donde se sienten a salvo.

Comercian con el resto del mundo, información e inventos y tratos económicos que no comprendo. En general comercian con datos, pero también puedes hallar algunos productos Insomnes más tangibles en la Red. Los de la Subred son falsos.

Me detengo ante la puerta delantera de Sanctuary, junto a una multitud de turistas que han acudido autobús tras autobús. Murmuran y miran con ojos brillantes.

—Se encierran dentro, y nos encierran a nosotros fuera.

—Será mejor que se queden ahí dentro si saben lo que es bueno para ellos.

—Un monumento al narcisismo genemod.

Miro al hombre que dice esto. Él mismo parece genemod, apuesto y bien vestido, pero aparentemente no es un Insomne. Y se muestra exactamente igual de resentido que el resto de los odiadores que siguen gastándose su buen dinero para viajar hasta aquí, hasta un lugar lleno de gente de la que se sienten celosos.

Frente a la puerta hay una gran pantalla con el logo de Insomnes, Inc. en ella: un ojo abierto. Algunos chicos le arrojan piedras, algunas grandes, pero la pantalla ni se inmuta: está protegida por un campo Y. Dice con voz calmada, una y otra vez:

—Para dejar un mensaje a Sanctuary, Incorporated, o a cualquier individuo del interior, por favor hable claramente en una de las cinco grabadoras de abajo. Gracias. Para dejar un mensaje a Sanctuary, Incorporated...

La gente hace cola para dejar mensajes, la mayoría detestables. Puedo imaginar cómo funciona. Un sistema automático criba los mensajes, según el tono de voz, eligiendo los que realmente son entregados. Si es entregado alguno. La gente con auténticos asuntos que tratar con Sanctuary no utiliza este canal.

Excepto que yo tengo un auténtico asunto que tratar con Sanctuary.

Cuando llega mi turno, hablo suavemente, para que los que hay detrás de mí no puedan oírme.

—Éste es un mensaje para Tony Indivino, de Carol Benson. Vino usted a nuestra casa en el condado de Forager, Pensilvania, en marzo pasado, para advertirnos acerca de los perros genemods que mi papá compró en la Subred. Eran embriones Insomnes implantados en una perra mestiza, adquiridos a una compañía llamada Arrowgene. Tenía usted razón respecto a los perros, y ahora necesito hablar con usted. Sólo un minuto. Por favor, recíbame. —Y luego, después de conseguir arrancar las palabras de mi garganta—: Mi hermana pequeña fue muerta por uno de esos perros insomnes.

Aguardo. No ocurre nada. El hombre en la fila detrás de mí dice finalmente:

—Creo que ahora es *mi* turno. —Cuando lo repite, me aparto a un lado.

¿Cuándo necesita el programa automático? ¿Y si Tony Indivino no está en Sanctuary? Debe de salir algunas veces; vino a visitarnos.

Cinco minutos más tarde la gran pantalla destella un icono diferente: mi nombre. Dice:

—Señorita Carol Benson, por favor entre en el ascensor. —Y allí está, un repentino hueco en la puerta como un pequeño ascensor, completo con paredes paneladas de madera. Antes de que la sorprendida gente a mi alrededor pueda

reaccionar, entro. La «puerta» se cierra a mis espaldas. La toco, toco las paredes también; son puro campo de fuerza, con holos de panelado de madera. Nada del conjunto de mueve. Simplemente se «abre» por el otro lado, a una auténtica habitación con paredes blancas de espuma moldeada, sofás blancos, y una pantalla en la pared que dice: «Por favor, señorita Benson, espere unos minutos más».

Quiero probar la puerta al otro lado de la habitación, para ver si es real. Para ver si está cerrada. Para ver si realmente puedo entrar en Sanctuary, donde los durmientes no son aceptados. Pero no me atrevo. Soy un mendigo aquí.

La puerta se abre y entra una mujer, sola. Alta, con largo pelo negro, vestida con unos tejanos y un suéter. Es más hermosa, y más exótica, en la realidad que en la vid.

—Señorita Benson, soy Jennifer Sharifi, la asociada de Tony Indivino. Tony no puede acudir en persona. Por favor, dígame lo que ocurrió con los perros insomnes.

No se parece en nada a Tony Indivino. Él era amistoso. Ella es fría, como una reina hablándole a un tosco campesino. Pero hay un extraño nerviosismo en ella también. No deja de echarse hacia atrás ese largo pelo negro, incluso cuando no le cae sobre el rostro. No me gusta. Pero la necesito.

Digo:

—Mi padre encargó los embriones a través de la Subred, a Arrowgene. Los perros fueron manipulados genéticamente para que no...

—Sé todo eso —interrumpe Jennifer Sharifi—. Tony me habló de su visita a ustedes. ¿Qué ocurrió luego?

¿Recuerda siempre todo lo que «Tony» le ha contado? Quizá sí. Ha sido genemod para cualquier habilidad posible. De pronto recuerdo un cuento que mamá nos leía a Donna y a mí cuando éramos pequeñas. «La bella durmiente». Bendecida por un hada a su bautizo con belleza, inteligencia, gracia, talento, fortuna...

—¿Cómo murió su hermana? —pregunta Jennifer Sharifi, y se echa para atrás su largo pelo—. ¿La mató un perro Insomne?

—Sí. No. No deliberadamente. Preciosa, tenía dos años, estaba molestando al perro mientras éste comía, y el perro simplemente se la quitó de encima: la aferró de un brazo y la echó a un lado, y ella golpeó el suelo en un ángulo en el que su cuello... —no puedo terminar.

—¿Habían estado actuando los perros de una forma extraña antes de eso?

—Sí. Mi hermana, mi otra hermana, no conseguía entrenarlos. Decía que eran más bien parecidos a gatos. Simplemente no... deseaban ser entrenados.

Guarda silencio durante tanto rato que finalmente digo:

—Señorita Sharifi, he venido aquí para...

—Los sistemas biológicos son muy complejos —dice—. Y las especies no son idénticas en su herencia neural, aunque las estructuras parezcan completamente análogas. Un perro no es un ser humano, y el insomnio no afecta por igual a ambos.

—¡Ya sé eso! —restallo. Es lo que Tony Indivino dijo el pasado marzo, con otras palabras más sencillas—. ¡Dígame qué mató a mi hermana! ¡Si es que lo sabe!

—Lo sabemos —dice, con voz muy precisa. Pero su mano va de nuevo a su largo pelo oscuro—. Mantenemos un seguimiento de todas las investigaciones que se realizan en el mundo sobre el insomnio, incluso las que todavía no han sido publicadas en la Red. Un instituto danés está efectuando un trabajo sobre el insomnio canino. La clave son los sueños.

—¿Los sueños? —No esperaba eso.

—Sí. Déjeme intentar explicárselo en términos que pueda entenderlo. —Piensa un minuto, y veo que no sabe cómo hacerlo. O tal vez no le importe—. Una faceta del cerebro humano es su habilidad de imaginar diferentes realidades. Hoy no tengo un pastel. Imagino el pastel que deseo, y mañana lo elaboro. O una casa, o un concierto, o una ciudad. Ésa es una forma en la que el cerebro usa su habilidad para imaginar realidades alternativas. Otra forma es pensar fantasías que nunca serán o podrán ser, como historias acerca de magia. Otra forma es a través de los sueños, dormidos por la noche. ¿Me sigue?

No soy estúpida. Pero todo lo que digo es:

—Sí.

—Nosotros los Insomnes no soñamos, evidentemente. Pero practicamos todos los demás métodos de imaginar una realidad alternativa. De hecho, mejor de lo que lo haría usted. Así que la habilidad básica recibe un amplio ejercicio.

»Ahora considere la especie canina. Evolucionaron a partir de los lobos, pero no son lobos. Han sido domesticados por los seres humanos durante al menos veinte mil años. Durante ese tiempo... —Se interrumpe de pronto—. ¿Ha oído usted algo?

—No —digo. Sus ojos se clavan en la puerta, luego en la pantalla en la pared. Se echa el pelo hacia atrás.

Está aguardando algo, tan nerviosa como un gato. Pero prosigue:

—Durante el tiempo que el perro fue domesticado, desarrolló la habilidad de hacer como hacen los humanos, y visualizar una realidad alterada. Hasta cierta extensión indefinida, al menos. Un perro no recuerda simplemente a su amo. Y no responde simplemente al condicionamiento pavloviano tampoco. Hay evidencias de imágenes neurológicas avanzadas que activan partes del cerebro de un perro cuando el animal interactúa con seres humanos. Cuando, por ejemplo, un ser humano da unas palmadas a un perro, el perro se imagina en una realidad alternativa con el ser humano. Quizás en casa delante de un fuego. Quizá rodando en el jardín, jugando. No hay ninguna forma de deducir las especificaciones, pero las evidencias de imágenes químicas, electromagnéticas y cerebrales son muy fuertes.

Asiento, escuchando atentamente, asegurándome de que lo comprendo todo.

—Y hay otro elemento de investigación relevante aquí. Esas mismas funciones cerebrales se activan durante el sueño REM, cuando el perro sueña. Eso también es una imagen de una realidad alternativa, como ya he dicho.

Me mira como si creyera que no voy a recordarlo todo. Asiento, odiándola, para indicarle que lo recordaré. Tony Indivino no era así.

—Ésta es la pieza crucial. En los caninos insomnes, no hay sueño REM. Cuando ése es extirpado, también lo es el sueño. Y cuando los perros no sueñan, las imágenes de la realidad alternativa desaparecen lentamente de sus cerebros. La función está todavía allí cuando nacen, pero a lo largo de los primeros meses desaparece. Sin verse reforzada por el sueño, la imaginación, tal como los seres humanos conocemos el término, desaparece también. Sin imaginación, el vínculo con el hombre se debilita y el antiguo comportamiento límbico ocupa su lugar. El soñar constituye toda la diferencia. Su ausencia es lo que mató a su hermana.

Lucho por comprender.

—¿Quiere decir... que porque el perro no podía imaginar a la gente y a los perros juntos de una forma que no estaba ocurriendo justo en aquellos momentos... no aceptaba el entrenamiento y no le importaba Preciosa? ¿Que ella murió porque el cachorro de Leisha no podía *soñar*...?

—¿Qué? —dice secamente Jennifer—. ¿Quién no podía soñar?

Recuerdo que ella y Leisha Camden, cuyo nombre dio Donna a la perra, son enemigas. Tienen sueños distintos para los Insomnes. Jennifer los desea a todos en Sanctuary; Leisha quiere que vivan fuera en el mundo real con nosotros, los animales inferiores.

—El perro —tartamudeo—. Mi hermana puso nombre a todos los perros, mi otra hermana, no yo...

—Eso es todo lo que tengo que decirle, señorita Benson —dice Jennifer Sharifi. Permanece de pie, envarada—. Espero que la información explique lo que ocurrió. Sanctuary lamenta su pérdida. Si quiere volver al ascensor de seguridad...

—¡No, espere! ¡No me ha dicho lo que necesito saber!

—Le he dicho todo lo que puedo. Adiós.

—¡Pero necesito saber el nombre y la dirección de la compañía que vendió los embriones a papá! Entonces se llamaba Arrowgene, pero ahora no puedo rastrearla en la Subred, deben de haber cambiado de nombre o cerrado..., ¡pero tengo los registros de sus envíos! Sólo que están en código y no sé de nadie que pueda descifrarlos...

—No puedo facilitarle esa información. Adiós, señorita Benson.

Salto hacia ella. Es un error. Golpeo una barrera invisible que al parecer ha estado allí todo el tiempo, invisible. No me causa ningún daño, pero no puedo avanzar más hacia Jennifer Sharifi.

Se vuelve.

—Si no entra usted en el ascensor, señorita Benson, el campo la empujará suavemente hasta él. Y no se moleste en dejar ningún otro mensaje para Tony. No está aquí, y si estuviera, le diría que Sanctuary se ocupa de supervivencia. No de venganza.

Se marcha. El campo Y me empuja hasta la jaula de seguridad y luego la abre del otro lado, y me encuentro de nuevo en las colinas de Allegheny.

Más tarde aquel mismo día, en el autobús de vuelta a casa, oigo en la vid que el

activista Insomne Tony Indivino ha sido arrestado. El FBI lo ha relacionado con un secuestro cuatro años antes. Secuestró a un muchacho de cuatro años llamado Timmy DeMarzo, un niño Insomne cuyos padres normales le golpeaban por molestarles en medio de la noche casi cada noche. Tony Indivino había ocultado al niño con gente que lo había cuidado mucho mejor. Pero hora había sido descubierto todo, y estaba retenido sin fianza en la cárcel del condado de Conewango.

Tiene que haber otras formas aparte de la Subred para hallar un laboratorio genemod ilegal. Pero no sé cuáles son. He hecho todo lo que creo que puedo hacer. Pero ¿cómo puedo abandonar la búsqueda de los asesinos de Preciosa? Si abandono la búsqueda...

Fuera de las ventanillas del autobús, la carretera asciende a las montañas, Ya estamos a junio. Los árboles están llenos de hojas, aunque todavía no han adquirido ese verde profundo sino tan sólo ese tierno verde amarillento que ves tan sólo durante una semana o diez días cada año. La cuneta llena de sol estalla con margaritas y ranúnculos y daucos. Los arroyos murmuran; los torrentes burbujan.

Si pierdo mi ira, no me quedará nada.

Durante sólo un segundo miro al interior de un lugar negro tan profundo y tan frío que mi aliento se congela. Luego desaparece, y el autobús sigue ascendiendo por la carretera de montaña.

Me deja en Kellsville, y camino el resto del trayecto hasta la montaña, lo cual me lleva hasta el atardecer. El patio de papá tiene el mismo aspecto de siempre. Mechones ralos de hierba, profundas roderas, el porche medio colgante. Pero no es papá quien está sentado en el porche. Es Donna.

—Pensé que vendrías aquí —dice, sin ponerse en pie—. ¿O fuiste primero a mi apartamento?

—No. —En las sombras no puedo ver su rostro.

—¿Te pasaste por el hospital para ver cómo seguía Jim?

—No.

—No. Por supuesto que no. Él no te preocupa, ¿verdad?

Ignoro aquello.

—¿Dónde está papá?

—Dormido. No..., traspuesto. Seamos honestas por una vez, ¿eh, Carol Ann?

Pero siempre era Donna quien no era honesta. Quien insistía en querer acaparar el sol en un mundo donde el sol realmente sólo brilla para los ricos. Pero no lo digo.

Donna continúa:

—Tú eres la razón por la cual Jim resultó herido, ¿verdad? Y la razón por la cual el apartamento fue arrasado. Estás haciendo algo que no deberías estar haciendo, y a alguien importante no le gusta.

—No es asunto tuyo, Donna.

—No es asunto mío. —Ahora se pone en pie, a la sombra del porche—. ¡No es asunto mío! ¿Quién demonios te piensas que eres para decirme lo que es y lo que no es asunto mío? ¿Cuánta familia más crees que voy a tener que perder?

Ésta no es Donna. Es alguien distinto. Subo los escalones del porche y vuelvo su rostro hacia el sol del atardecer. No ha estado llorando, pero a la rojiza luz toda ella empieza a temblar con una furia que nunca en un millón de años hubiera creído que fuera capaz de albergar.

—Jodida estúpida..., ¿qué crees que estás *haciendo*? ¡Conseguiste que Jim resultara herido, y la próxima vas a ser tú, o papá, o yo! Sea lo que sea lo que estés haciendo, no va a devolvernos a Preciosa, y no va a resolver nada simplemente porque no hay nada que resolver. ¿Acaso no te das cuenta? No puedes ganarles a esa gente; todo lo que puedes hacer es mantenerte lejos de ellos, y cuando te roces con ellos apártate rápidamente y olvida todo lo que hayas averiguado, ¡o te destrozarán para siempre lo que te quede de tu vida!

—Donna, tú no sabes...

—¡No, eres tú quien no lo sabe! ¡No sabes nada acerca de cómo funciona este mundo! Se supone que eres la lista, y se supone que yo soy la tonta, la pobre vieja tonta Donna, pero sé que no puedes luchar contra ellos y ganar. Sólo puedes perder más de lo que ya has perdido, y no voy a permitir que ocurra eso..., no voy a perder lo que me queda. Y tú no vas a perderlo por mí tampoco, Carol Ann. Prométeme aquí y ahora, sobre la tumba de Preciosa, que abandonarás esto.

—No puedo.

—Prométemelo.

—¡He dicho que no puedo!

Nos miramos la una a la otra a la muriente luz, y veo que nunca llegaremos a un acuerdo, nunca llegaremos a comprendernos la una a la otra. Estamos hechas de una forma demasiado distinta. Ella vive en un mundo donde cuando recibes un golpe fuerte, te recuperas y sigues adelante. Yo no vivo en ese mundo. No quiero vivir en él. Eso es lo que crea toda la diferencia.

Pero es ella la que se desmorona primero.

—Está bien, Carol —dice débilmente, sin convicción—. Está bien.

—Lo siento —digo, sin convicción también.

No nos decimos nada más. El sol acaba de ponerse, y en alguna parte, montaña abajo, un perro se pone a ladrar.

Me traslado de vuelta a la ciudad y vuelvo a trabajar en mi antigua compañía de limpieza. Siempre que puedo firmo dobles turnos, casas durante el día y oficinas por la noche. Esto me cansa lo suficiente como para poder dormir. Donna me visita una vez. Le hago la comida, vamos a una vid, toma el gravtren de vuelta al día siguiente. Durante todo el tiempo charla y ríe y me abraza. El tipo del apartamento de al lado la

mira como si fuera una estrella de la vid.

Sigo adelante. Intentando no pensar. No sentir. Aguardando, aunque no sé qué. Los días están congelados, las noches sin sueños.

No es de esa forma para el resto del país. Cada día ocurre algo. Un quinceañero Insomne muere en un accidente de automóvil en Seattle, y los médicos descuartizan su cuerpo y su cerebro. Descubren que cada porción de tejido es perfecta. No sólo en buena forma —sólo tiene diecisiete años—, sino perfecta. El tejido de los Insomnes se regenera. Los Insomnes no envejecen. Un inesperado efecto secundario, dicen los científicos.

Un condado de Nueva York dice que los Insomnes no pueden formar parte de jurados porque no son «pares» de nadie.

Un científico de Illinois publica un estudio sobre gorriones preparados para ser insomnes. Su metabolismo es tan alto que no pueden comer lo suficiente para mantenerse con vida. Mueren, comiendo y comiendo, de hambre.

Pollux, Pensilvania, vota una ley por la que a los Insomnes se les puede negar el alquiler de apartamentos. Están demasiado tiempo despiertos, lo cual desgasta demasiado el contenido de las viviendas.

Algún instituto de Boston demuestra que los ratones insomnes son incapaces de contraer o transmitir hantovirus.

Un vidpredicador declara que Jennifer Sharifi es el Anticristo, enviado a la Tierra para representar al mal definitivo justo antes del Armagedón final.

El *New York Times* imprime un editorial que dice, esencialmente, que todo el mundo tiene que inspirar profundamente y calmarse con relación al insomnio.

Y en julio, los internos de la cárcel del condado de Conewango matan a Tony Indivino en el patio de recreo. Lo golpean hasta matarlo con un trozo de tubería de plomo.

Me entero de esto en las noticias de las once, bebiendo una cerveza y limpiando mi propio apartamento. El terminal es una pantalla de pared estándar barata, orlada de plástico negro. Las noticias no dan imágenes de la muerte.

—... prometido una investigación completa del incidente, que ocurrió a las doce y veinte de este mediodía, tiempo estándar del oeste. El inspector general del Sistema Correccional del estado de Nueva York...

Si sabían la hora exacto en el que se produjo el «incidente», ¿por que nadie lo detuvo?

Permanezco allí de pie, mirando a la pantalla, con un vaso de cerveza en una mano y un trapo de limpiar en la otra. La luz roja de mensajes en el lado del terminal parpadea. Estos sistemas baratos no pueden dividir la pantalla. Elijo el mensaje, y el logo de Sanctuary llena el espacio delimitado por el borde negro.

—Mensaje para Carol A. Benson —dice una agradable voz de ordenador—, de Jennifer Sharifi de Sanctuary, Incorporated, estado de Nueva York. Este mensaje está protegido como Clase Uno-A. No será registrado en ningún sistema y se emitirá sólo

una vez. El mensaje es: Arrowgene opera como Mountview Bionectis, Sarahela, Pensilvania. El jefe científico es el doctor Tyler Robert Wells, 419 Harpercrest Lane. Fin del mensaje.

La pantalla queda en blanco.

Si Tony Indivino estuviera aquí, le diría que Sanctuary se ocupa de supervivencia. No de venganza.

Ya no.

Jugueteo con el terminal durante media hora, pero la voz del ordenador fue muy precisa. El mensaje no ha sido grabado. No hay huella de él en ninguna parte, ni en mi sistema ni en los recuperables del sistema emisor. Yo soy la única que lo ha escuchado.

La pistola de papá está donde la dejé, y en las mismas condiciones. Él también.

—Hey, papá.

Necesita unos minutos para enfocarse.

—Carol Ann.

—Soy yo.

—Bienvenida a casa. —De pronto sonrío, y veo un destello de lo que era antes, la antigua dulzura alegre, antes de que se hunda de nuevo bajo el intenso olor a *whisky* —. ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—No —digo—. Sólo esta noche.

—Bien, esta noche. Felices sueños. —Son las siete de la tarde.

—Gracias, papá. Felices sueños para ti también.

—Vuelve otra vez. Quédate más tiempo.

—Claro.

A la mañana siguiente me marcho a las cinco. Me llevo la pistola desmontada a piezas, metida en mi talego de lona. Llevo tejanos y unos buenos zapatos. A las siete estoy en Kellsville. El autobús al sur sale a las ocho.

Tomo una taza de café y observo los titulares dar vueltas rodeado el quiosco de noticias.

NINGÚN SOSPECHOSO IDENTIFICADO EN EL ASESINATO DE INDIVINO

—«NADIE HABLA», DICE EL ALCAIDE DE CONEWANGO (HISTORIA 1 —
haga clic aquí)—

—EL FBI RECIBE UNA LLAMADA ANÓNIMA SOBRE UNA BOMBA EN
SANCTUARY (HISTORIA 2)

—LA MUERTE DE INDIVINO CALIFICADA DE VERGÜENZA NACIONAL
(HISTORIA 3)—

—LA LLUVIA AZOTA EL SUDESTE (HISTORIA 4)

—FRANCIA EXIGE UNA REFORMA IMPORTANTE DEL EUROCRÉDITO
(HISTORIA 5)

—LOS CIENTÍFICOS CREAN UN ALGA GENEMOD. SU POTENCIAL PARA
ALIMENTAR AL MUNDO ES ENORME, DICE UN PREMIO NOBEL
(HISTORIA 6)—

Deposito un chip de un crédito y pulso el botón seis. Sale la delgada hoja de impresora, pero no tengo tiempo de leerla antes de que salga mi autobús. Me meto la hoja en el talego y duermo durante todo el camino hasta Sarahela, Pensilvania.

El 419 de Harperscrest Lane es una comunidad protegida. Desde el otro lado de la puerta puedo ver las calles que descienden hasta un parque fluvial. Las casas son altas, estrechas, formando grupos de cuatro y cinco. Hay árboles, pequeños terrenos de juego, lechos de perfectas flores genemods. El río, cuyo nombre desconozco, brilla azul.

Es el tipo de comunidad que coopera, que confía en el boca a boca. Un solo día de haraganear fuera de la puerta me proporciona el nombre de la compañía de limpieza de residencias más comúnmente usada: Silver's Polish. Al día siguiente estoy contratada. Se alegran de poder disponer de una técnica en limpieza con mi experiencia.

Al doctor Tyler Wells le va un tec cada jueves. En mi segunda semana intercambio turnos con otro trabajador, dos por uno, diciéndole que necesito el miércoles libre para ir al médico. A las ocho estoy en la casa. Conecto el bot aspirador para que trasteo por el suelo de la cocina y rocío la fregadera con espuma devoradora de moléculas orgánicas. Restos de cuatro platos en la mesa del desayuno. Recorro el resto de la casa.

Dos habitaciones de los chicos, juguetes y ropa pequeña. Ya han marchado a la escuela.

Una mujer canta en la ducha del dormitorio principal.

No hay nadie más en la casa. Vuelvo a bajar las escaleras. A medio camino, en un descansillo con una escultura de un luchador griego debajo de una ventana teñida de azul, le veo salir de un pequeño cobertizo en el patio de atrás, llevando herramientas de jardinería y guantes. Bajo, delgado, ligeramente calvo, el doctor Tyler Robert Wells, científico, jardinero aficionado.

Saco la pistola de mi kit de limpieza, monto las piezas y la alzo hacia la ventana. Cuando lo tengo en el punto de mira, le digo al chip que tome el control y mantenga la puntería centrada en su cabeza. Está en su cabeza, el conocimiento de los animales

genemods que matan a los niños de otras personas. Apoyo la pistola en el amplio y pulido alféizar, desde donde sigue todos los movimientos de Wells. La tengo programada a mi voz, dentro de un radio de metro y medio. Todo lo que tengo que decir es «Fuego».

—No lo haga —dice una voz.

Alzo la vista, esperando ver a la mujer de la ducha de pie allá arriba. Pero todavía sigue cantando en una distante habitación. La voz femenina suena abajo, una mujer mucho mayor vestida como un guardia de seguridad. Su pistola es del tipo de mano.

—Carol, no pronuncie la palabra. Primero escuche.

Un guardia de seguridad no debería saber mi nombre. Y yo no debería tomarme tiempo en escuchar. Ella llega demasiado tarde para detener la orden verbal a mi pistola, y eso es lo que importa. Nunca me ha importado si me salía con bien de ello o no.

—No pronuncie la palabra código de su arma porque lo vamos a coger de todos modos. El gobierno lo va a coger. Sí, sabemos quién es usted, desde que intentó usar Bent para decodificar las fichas de la Red Goldfish Trucking. Entonces atamos cabos y sumamos dos más dos. Cogemos a Wells, se lo prometo. Pero si lo mata ahora, no conseguiremos obtener un montón de información que necesitamos. No pronuncie la palabra código. Simplemente baje las escaleras y desprogramaré la pistola.

—No.

—Carol, si lo mata la acusaremos. Tendremos que hacerlo. Pero si lo deja con vida, le conseguiré inmunidad. Y para su padre también, por el asunto de los embriones de los perros insomnes. Vamos, baje.

—No.

—Sé lo de su hermana pequeña. Pero nuestras posibilidades de conseguir todas las pruebas contra Wells serán más fuertes si disponemos de algo más de tiempo con él. Esto significará toda la diferencia en nuestro caso.

—*Fuego* —le digo a la pistola, y cierro los ojos.

No ocurre nada.

Abro de nuevo los ojos. La pistola sigue apoyada en el alféizar, oscilando para seguir la nuca de Wells. La agente del FBI ha subido las escaleras que nos separan. Apoya una mano en mi brazo. Siento las articulaciones biometálicas que aumentan la fuerza de su presa. Sus ojos son tristes.

—Le di la oportunidad. Ahora, por favor, acompañeme sin resistirse.

—Pero... cómo...

—Tenemos contracampos que usted desconoce por completo. Las armas son más complejas cada día. Y usted ni siquiera es una profesional.

La dejo que me conduzca fuera de la casa, a un aerocoche identificado como BLAISEDELL INCORPORATED, GUARDIAS DE SEGURIDAD. Nadie nos presta la menor atención. Mientras nos elevamos por encima de Harpercrest Lane, las últimas dos cosas que veo son a Wells, inclinado alegremente sobre su jardín, y a un

perro, un collie, tendido sobre la verde y brillante hierba genemod del patio delantero de alguien, dormido.

La agente del FBI resultó no ser después de todo ningún agente del FBI. Trabaja para algo llamado la Agencia de Control de los Estándares Genéticos de los Estados Unidos, algo nuevo, algo creado debido a la erupción de la genemod, legal e ilegal. la ACEG va a acusarme. Tiene que hacerlo, me dice mi nuevo abogado. Pero lo harán tranquilamente, a fin de concederse el tiempo necesario para crucificar a Wells y a la Mountview Bionetics y Bent y a todas las demás compañías entretejidas en la masa de laboratorios clandestinos. El gobierno terminará cogiendo a Wells, dice mi abogado. La agente de la ACEG tenía razón al respecto.

Pero estaba equivocada en otra cosa. Cada día me siento en mi celda, al borde de mi camastro, y pienso en lo equivocada que estaba.

Nada significa toda la diferencia. A todo. Los sistemas son demasiado complejos. Genemod unos perros para insomnio y destruyes su imaginación. Genemod gente para insomnio y obtienes supergente, que puede imaginarlo todo e inventarlo todo. Pero Tony Indivino fue muerto por la ralea más baja que puede existir, y Jennifer Sharifi está cambiando Sanctuary de propósitos de seguridad a propósitos de venganza. Donna decide negar todo lo que le hace infeliz, pero ese profundo lugar negro y helado está en ella tanto como en mí. Papá sobrevive a la muerte de su esposa pero se desmorona ante la de su hija. Los ratones insomnes poseen grandes sistemas inmunológicos; los gorriones insomnes se mueren de hambre comiendo; los Insomnes humanos regeneran sus tejidos. Las algas genemods terminarán con el hambre del mundo. Los perros genemods para CI se vuelven catatónicos, y los perros de guardia con el mejor entrenamiento del mundo revertirán al orden de la manada si el animal omega huele como corresponde.

Ningún factor pude significar toda la diferencia. Hay demasiados factores diferentes ahora. Quizá siempre los hubo.

Así que dejaré que mi abogado, que es un Insomne llamado Irving Lewis, me defienda. Quiere el caso por lo que llama «la eventual posibilidad de establecer un precedente constitucional significativo». Excepto sus apariciones ante el tribunal, hace la mayor parte de su trabajo dentro de Santuario.

Quizá pueda sacarme, quizá no. En cualquier caso, no sé lo que va a ocurrir a continuación. No a mí, no a nadie. Sólo puedo intentar seguir mi camino: conseguir un trabajo, reconciliarme con Donna, ir a la universidad. Algún día me gustaría trabajar para la ACEG. Eso no me devolverá a Preciosa ni conseguirá mucho más. Pero quizá signifique una pequeña, ligera, necesaria diferencia.

Relatos de Heechee

Frederik Pohl

Gateway (1977)

(*Pórtico*, Ed. B)

Beyond the Blue Event Horizon (1980)

(*Tras el incierto horizonte*, Ed. B)

Heechee Rendezvous (1984)

(*El encuentro*, Ed. B)

The Annals of the Heechee (1987)

(*Los anales de los heechees*, Ed. B)

The Gateway Trip (1990)

(*Los exploradores de Pórtico*, Ed. B)

Cuando los primeros colonos humanos llegaron al planeta Venus (como se describe en la novela corta «Los mercaderes de Venus», incluida en el libro *Los exploradores de Pórtico*), descubrieron que su superficie estaba acribillada de túneles, obra de algunos antiguos visitantes alienígenas del espacio a los que llamaron los heechees. Aparte unos pocos crípticos artefactos, los túneles estaban vacíos. ¿Quiénes eran los heechees, por qué habían venido a Venus, y adónde habían ido?, eran preguntas que todo el mundo se hacía y nadie podía responder. (Un bromista publicó un libro de varios cientos de páginas titulado *Todo lo que sabemos sobre los heechees*. Todas las páginas estaban en blanco). En su exploración de nuestro sistema solar, los heechees no se habían detenido en Venus. También habían visitado la Tierra, pero lo más cercano que hallaron por aquel entonces a criaturas inteligentes en nuestro planeta eran los bajos y peludos primates de pequeño cerebro que ahora llamamos *Australopithecus robustus*.

Los heechees hicieron una cosa más antes de marcharse. Establecieron una especie de base espacial en un asteroide. Cuando fue descubierta por los seres humanos, completamente por accidente, también estaba acribillada de túneles. Los corredores estaban tan vacíos como los de Venus, pero los heechees no habían dejado el asteroide completamente desnudo. Su superficie estaba repleta de plataformas de lanzamiento para espacionaves; cientos de naves todavía estaban allí; y funcionaban.

Las espacionaves heechees tenían muchas maravillosas virtudes, y un importante defecto. Podían viajar mucho más rápido que la luz. Estaban dotadas con sistemas automáticos de navegación, de modo que podían ir a partes específicas de la galaxia, presumiblemente aquéllas que habían interesado lo suficiente a los heechees como para explorarlas. Pero nadie sabía cómo elegir un rumbo por encima de otro; una vez entrabas en una de ellas y ponías en marcha el motor estabas en camino..., pero no

podías decir hacia donde hasta que llegabas allí. Una base heechee abandonada, los restos de una supernova, un planeta despojado de todo por alguna otra raza inteligente..., el destino podía ser cualquiera.

Pero a veces —no a menudo— el final del largo vuelo era un lugar donde los heechees habían dejado otros ejemplos de sus máquinas e instrumentos. Eran productos de una habilidad tecnológica mucho más avanzada que la de la humanidad, y en consecuencia de incalculable valor.

Para buscar esos tesoros, los gobiernos de la Tierra establecieron la Corporación Pórtico y (como se describe en la novela *Pórtico* y sus secuelas) invitaron a los más atrevidos a acudir al asteroide Pórtico y probar su suerte... y su valor. Porque los rumbos fijados hacía un millar de años por los heechees ya no conducían muchas veces a lugares donde los frágiles seres humanos pudieran sobrevivir.

Cuando se publicó por primera vez en 1977, *Pórtico* ganó casi todos los premios anuales a la mejor novela de ciencia ficción, entre ellos el Hugo, el Nebula, el Campbell Memorial Award, y los premios nacionales de Francia y Yugoslavia. Ha ido traducida a unos treinta idiomas, se ha convertido en dos videojuegos, y actualmente se está preparando una película.

—Frederik Pohl

El muchacho que viviría para siempre

Frederik Pohl

1

En el decimoséptimo aniversario de Stan la Cólera de Dios vino de nuevo, como hacía cada seis semanas o así. Stan estaba solo en el apartamento, cortando verduras para su cena de cumpleaños, cuando sintió aquella familiar, repentina, abrumadora, desorientadora, *sensual* oleada de vértigo que todo el mundo llamaba la Cólera y nadie comprendía. Gritos y sirenas de fuera del edificio le dijeron que todo el mundo la estaba experimentando también. Cuando golpeó, Stan consiguió arrojar el cuchillo al suelo para no cortarse y se tambaleó hasta la silla de la cocina para sudar y aguantar.

La gente decía que la Cólera era algo terrible. Bien, lo era. Fuera lo que fuese, golpeaba a todo el mundo a la vez..., y no sólo a la gente de la Tierra; las naves en el espacio, las colonias en Marte y Venus, todos se veían afectados al mismo momento, y el coste en accidentes y desastres era enorme. Personalmente, a Stan no le importaba demasiado todo aquello. La sensación era como verse bruscamente

abrumado por una enorme, solitaria, erótica pesadilla. Como sería probablemente, pensaba Stan, emborracharse a conciencia. La parte erótica no era muy diferente de algunas de las ansias que experimentaba Stan de tanto en tanto, y cuando la Cólera había desaparecido no había resaca.

Cuando hubo pasado, Stan se recuperó, recogió las cosas que había derribado al suelo y conectó el canal de noticias de la televisión local para averiguar lo malo que había sido esta vez. Había sido bastante malo. Incendios. Accidentes automovilísticos..., los agresivos conductores de Estambul confiaban en sus reflejos de décimas de segundo para evitar el desastre, y cuando la Cólera se llevaba consigo esa habilidad los choques llegaban aprisa. Lo peor que había ocurrido esta vez era un petrolero que entraba en el Cuerno de Oro, la famosa bahía de Estambul. Con todo el mundo en los remolcadores y en el propio puente del petrolero incapacitados de pronto, se había empotrado, lenta e irresistiblemente, en uno de los muelles para cruceros del lado de la Ciudad Vieja, y allí había estallado en llamas.

Como cualquier adolescente, Stan tenía una alta tolerancia hacia las desventuras de los demás. Simplemente esperó que la conmoción no hiciera que su padre volviera demasiado tarde con el azafrán y los mejillones para el guiso. Cuando terminó con las verduras y las metió en un pote de agua fría, puso un par de sus preciosos viejos discos —esta vez fueron Dizzy Gillespie, Jack Teagarden y los Firehouse Five Plus Three— y se sentó a esperar, hojeando algunos de sus cómics y preguntándose si, por una vez, su padre habría permanecido sobrio el tiempo suficiente como para acordarse de comprarle algún regalo para su cumpleaños.

Fue entonces cuando los polis acudieron a su puerta.

Eran dos, un hombre y una mujer, y miraron suspicazmente el miserable apartamento a su alrededor.

—¿Es aquí donde vivía el ciudadano norteamericano Walter Avery? —preguntó la mujer, y el pasado del verbo contó toda la historia.

El resto de los hechos estuvo dicho muy rápidamente. La Cólera había convertido al padre de Stan en una estadística. Abrumado, había caído mientras cruzaba la calle, y un taxi a toda velocidad había pasado por encima de él. No había esperanzas de hacer recaer la responsabilidad en el conductor, dijo de inmediato la mujer: la Cólera, ya sabes. De todos modos, el conductor se había dado a la fuga. Y, además, los testigos decían que por supuesto el padre de Stan estaba borracho en aquellos momentos. Por supuesto.

El poli masculino se apiadó del estado de Stan.

—Al menos no sufrió —dijo con voz de circunstancias—. Murió al instante.

La mujer estaba impaciente.

—Bien, ya ha sido usted notificado —dijo—. Deberá acudir al depósito a recoger el cuerpo antes de medianoche, de otro modo habrá un cargo por tenerlo un día más

allí. Adiós.

Y se fueron.

2

Puesto que no habría ni mejillones ni azafrán para su cena de cumpleaños, Stan encontró unos restos de jamón y los metió en el pote con las verduras. Cuando empezaron a hervir se sentó con la cabeza entre las manos, para pensar en lo que significaba ser un huérfano norteamericano —bueno, medio norteamericano— solo en la ciudad de Estambul.

Dos hechos se le hicieron evidentes de inmediato. Primero, aquel durante tanto tiempo soñado día en que su padre estaría finalmente sobrio, lo llevaría de vuelta a Norteamérica, y allí iniciarían ambos una nueva vida, ese día no iba a venir nunca. De ese hecho se deducía que, segundo, no iba a disponer nunca del dinero para pagarse la universidad, y mucho menos permitirse su sueño de volar hasta el asteroide Pórtico y su maravillosa aventura. En consecuencia, nunca iba a tener la oportunidad de convertirse en uno de esos multicolores y heroicos prospectores de Pórtico que volaban a extrañas partes de la galaxia. No iba a descubrir un puñado de inapreciables artefactos abandonados por la vieja y desvanecida raza de los heechees. Y así nunca iba a hacerse famoso y rico.

Ninguno de estos nuevos hechos fue una total sorpresa para Stan. Su fe en todos ellos se había ido erosionando firmemente desde que alcanzó la edad del primer amanecer del escepticismo a los doce años. De todos modos, al menos habían parecido teóricamente *posibles*. Ahora, nada parecía en absoluto posible.

Fue entonces cuando Stan se permitió finalmente echarse a llorar.

Mientras Stan limpiaba melancólicamente la cocina tras su insípida cena de cumpleaños, el señor Ozden llamó a la puerta.

El señor Ozden tenía probablemente unos setenta años. Para Stan hubiera podido tener muy fácilmente cien: era un hombre viejo, feo, arrugado, sin nada de pelo en el cráneo, pero con un bigote todavía negro y erizado. Era el hombre más rico que Stan había conocido nunca. Era el propietario del destartalado edificio donde vivía Stan, y de los otros dos que lo flanqueaban, así como del burdel que ocupaba dos pisos de uno de ellos. El señor Ozden era un hombre profundamente religioso, tan devoto en su observancia que no permitía el alcohol en ninguna de sus propiedades excepto en el burdel, y allí tan sólo para uso de los turistas no islámicos.

—Mi más profunda simpatía en tu pérdida, joven Stanley —retumbó con su sorprendentemente intensa voz, escrutando automáticamente todo lo que había a la

vista en busca de una prohibida botella de *whisky*. (Pero nunca encontraba ninguna; el padre de Stan siempre había sido muy listo al respecto)—. Es una terrible tragedia, pero no podemos cuestionar los caminos del Señor. ¿Puedo preguntarte cuáles son tus planes?

Stan ya le estaba sirviendo un té, como siempre hacía su padre.

—Todavía no lo sé exactamente, señor Ozden. Supongo que tendré que buscar un trabajo.

—Sí, supongo que sí —admitió el señor Ozden. Mordisqueó una punta del almendrado que Stan había puesto en un platillo ante él y miró fijamente al muchacho—. ¿Tal vez un trabajo en el consulado norteamericano, como tu padre?

—Tal vez. —Stan sabía sin embargo que eso no iba a ocurrir. Ya se había discutido. Los norteamericanos no iban a contratar a ningún traductor de menos de veintiún años.

—Eso sería excelente —anunció el señor Ozden—. Especialmente si ocurriera rápido. Como sabes muy bien, mañana hay que pagar el alquiler, además del de la última semana, que no está pagado, como el de la semana anterior. ¿Crees que te pagarán bien en el consulado?

—Dios lo quiera —dijo Stan, tan piadosamente como se atrevió. El viejo asintió, sin dejar de estudiar a Stan de una forma que le puso nervioso.

—Oh —dijo de pronto, con una sonrisa que revelaba sus caros dientes—. Podría hablarle de ti a mi primo, si quieres.

Stan se envaró en su silla; el primo del señor Ozden era también el encargado del burdel.

—¿Quiere decir trabajar para él? ¿Haciendo qué?

—Haciendo lo que mejor se paga —dijo severamente el señor Ozden—. Eres joven, y supongo que tienes buena salud. Creo que podrías tener la suerte de ganar una suma considerable.

Algo se revolvía, no agradablemente, en el vientre y las ingles de Stan. Algunas veces había visto a las putas que empleaba el primo del señor Ozden tomar el sol en el terrado cuando el negocio estaba bajo, a menudo con uno o dos muchachos entre ellas. Los muchachos solían ser más jóvenes todavía que él, la mayoría kurdos o anatolios de las montañas, cuando no eran de Argelia o Marruecos. Los muchachos no parecían durar mucho. Stan y su amigo Tan se lo pasaban en grande insultándolos desde lejos, y ninguno de ellos había parecido muy feliz.

Antes de que pudiera decir nada, el señor Ozden continuó:

—Los clientes de mi primo no sólo son hombres, ¿sabes? A menudo acuden a verle mujeres, a veces viudas ricas, turistas de Europa o de Oriente, que se sienten muy agradecidas hacia los jóvenes que pueden proporcionarles los placeres que sus esposos ya no están en condiciones de procurarles. Frecuentemente dan grandes propinas, de las cuales mi primo permite que su gente se quede casi la mitad..., además de proporcionarles revisiones médicas periódicas mientras estén bajo su

empleo, así como espléndido acomodo y comida, a precios razonables. Muy a menudo las mujeres clientes no dejan de ser atractivas también. Por supuesto —añadió, y su voz se aceleró un poco y disminuyó de volumen—, naturalmente también habría hombres. —Se levantó, la mayor parte del té y del almendrado sin tocar—. Pero quizás el consulado te haga una oferta mejor. En cualquier caso deberías telefonarles de inmediato, para hacerles saber el triste accidente de tu padre. Es posible que incluso tenga algo de sueldo por cobrar con el cual puedas pagar el alquiler. Vendré otra vez por la mañana.

Cuando Stan llamó al consulado, el señor Goodpastor no estaba, pero su vieja secretaria se sintió muy afectada por la noticia.

—¡Oh, Stanley! ¡Esa terrible cosa de la Cólera! ¡Qué horrible para ti! Tu padre era, esto, una persona excelente. —Stan sabía que esa parte era sólo condicionalmente cierta. Su padre había sido un borracho bueno, generoso, poco fiable, y la única razón de que el consulado le diera algún trabajo era porque se trataba de un norteamericano que cobraba el salario de un turco. Y cuando Stan le preguntó sin demasiada confianza si tenía por casualidad algún salario por cobrar, ella se volvió todo tacto—. Me temo que no, Stanley. Yo llevo todos los números del señor Goodpastor, ya sabes. Estoy segura de que no hay nada. En realidad —añadió, con aire azarado—, me temo que lo más probable es que las cosas sean en el otro sentido. Entiende, tu padre había cobrado algunos anticipos últimamente, de modo que su cuenta está en números rojos. Pero no te preocupes por ello, querido. Estoy segura de que nadie presentará una reclamación de momento.

La noticia no era nada que Stan no hubiera esperado, porque sabía lo crónicamente faltos de dinero que siempre habían estado. De todos modos, aquello agudizaba el problema. Puede que los norteamericanos no le reclamaran dinero, pero el señor Ozden seguro que sí. Y haría todo lo posible por cobrar. La última vez que alguien había sido echado de uno de sus edificios, el señor Ozden se había apoderado de todas sus posesiones para venderlas y recuperar en lo posible la deuda.

Lo cual hizo que Stan examinara apreciativamente el diminuto apartamento a su alrededor. Los muebles no importaban porque pertenecían al señor Ozden. Incluso la ropa de la cama y los utensilios de cocina. El escaso guardarropa de su padre sería indudablemente confiscado. El decrépito reproductor de música de Stan y sus pilas de antiguas grabaciones norteamericanas de *jazz*; su colección de aventuras espaciales, tanto animé como morfics; sus libros escolares de texto; la pequeña cantidad de comida en los estantes..., todo aquello, puesto junto, apenas cubriría el alquiler. Las únicas otras cosas de cierto valor eran los instrumentos musicales, su maltratada trompeta y los tambores. Por supuesto, el señor Ozden no podría reclamar los tambores, puesto que no eran de Stan. Habían sido traídos allí y dejados por su amigo Tan, cuando los padres de Tan se negaron a tener ningún otro instrumento musical en

su casa.

Sobre esto al menos Stan podía hacer algo. Cuando telefoneó se puso la madre de Tan, y se echó a llorar apenas supo la noticia. Pasó algún tiempo antes de que la señora Kusmeroglu consiguiera decirle a Stan que Oltan no estaba en casa. Estaba en el trabajo, pero le comunicaría de inmediato el triste mensaje, y si había alguna cosa que ellos pudieran hacer...

Cuando le colgó el teléfono a la señora Kusmeroglu, Stan miró el reloj. Tenía tiempo más que de sobra antes de ir al depósito, así que abrió la cama donde dormía —todavía no estaba preparado para trasladarse a la cama de su padre— y se echó en ella por si necesitaba llorar un poco más.

Sin embargo no lo hizo. Se quedó dormido al instante, lo cual fue mejor para él. Lo que le despertó, horas más tarde, fue Tan Kusmeroglu de pie a su lado. Stan pudo oír el grito del muecín, llamando a los fieles a la oración desde la pequeña mezquita de la esquina, casi ahogado por la excitada voz de Tan mientras lo sacudía para despertarle.

—¡Vamos, Stan, despierta! El viejo pedorrero ha ido a rezar y le tomé prestada la camioneta al jefe. ¡Nunca tendrás una ocasión mejor para sacar todas tus cosas!

Aquello significaba que tenían como máximo diez minutos. Stan no discutió. Le tomó menos que eso cargar los tambores, la trompeta, los preciosos discos de música y el tocadiscos y un puñado de otras cosas en la camioneta.

Se alejaban ya antes de que Stan recordara:

—Tengo que ir al depósito —dijo.

Tan apartó los ojos del autobús turístico que tenían delante y del camión de reparto que intentaba adelantarles por un lado el tiempo suficiente para mirar a Stan. Su expresión era peculiar, muy poco propia de él, un poco enrojecida, como lo era siempre cuando estaba a punto de proponer una nueva escapada.

—He estado pensando en eso —anunció—. No quieres ir ahí.

—Pero quieren que identifique el cuerpo de mi padre, de modo que tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacerlo. ¿Qué va a ocurrir si lo haces? Querrán que pagues el funeral, ¿y cómo piensas hacerlo? No. Quédate al margen.

—¿Dónde? —preguntó simplemente Stan.

—¡Con nosotros, estúpido! Puedes compartir mi habitación. O —añadió con una sonrisa— puedes compartir la de mi hermana si lo prefieres, sólo que primero tendrás que casarte con ella.

3

Todo el mundo en la familia Kusmeroglu trabajaba. El señor Kusmeroglu era

contable en la factoría que fabricaba coches con marca coreana para la exportación. Tan repartía electrodomésticos para una tienda. Su hermana de dieciséis años, Naslan, trabajaba en la pastelería de uno de los grandes hoteles a lo largo del Bósforo. Incluso la señora Kusmeroglu trabajaba en casa, pasando cuentas para brazaletes con versos del Corán para los turistas, cuando no estaba limpiando o cocinando o remendando la ropa de la familia. Aún así, sabía Stan sin que nadie tuviera que decírselo, apenas llegaban a fin de mes, con sólo la cobertura médica más básica y un miedo constante al futuro. Terminar la escuela estaba ahora tan fuera de cuestión para Stan como lo había estado para Tan. Así que no podía quedarse mucho tiempo a vivir a expensas de los Kusmeroglu. Tenía que hallar una forma de ganar dinero.

Eso no era fácil. Stan no podía conseguir un trabajo regular, aunque tuviera alguno a mano, porque según la ley turca ahora era un ilegal. No era el único, por supuesto. Había millones como él en la empobrecida Estambul. No era que las autoridades hicieran muchos esfuerzos tampoco por intentar pescarle..., a menos que cometiera el error de aparecer en algún registro oficial.

Lo bueno era que estaban en primavera, con el camino muy adelantado hacia el verano. Eso significaba que la población normal de la ciudad de veinticinco millones, en su mayor parte indigente, se veía enriquecida cada semana en dos o tres millones, quizá incluso cinco millones, de turistas. Eran personas que, por definición, tenían dinero y nada mejor que hacer que gastarlo en visitas, comidas, curiosidades y habitantes de Estambul.

—Puedes hacerte guía —dijo el señor Kusmeroglu en la cena—. Hablas el turco y el inglés sin problemas, Stanley. Te las apañará bien.

—Guía —repitió Stan, con la expresión de que lo consideraba una idea excelente por parte de su anfitrión, pero muy lejos de sentirse convencido.

—Por supuesto, guía —dijo Tan, reprobador—. Padre tiene razón. Sabes todo lo que se necesita saber sobre Estambul, recuerdas todas esas aburridas clases de historia cuando íbamos a la escuela juntos. Simplemente elimina el período otomano y concéntrate en todo lo bizantino, que es lo que los turistas desean oír. También podemos conseguir guías en la biblioteca para que las estudies.

Stan fue directamente al corazón del asunto.

—¡Pero no puedo conseguir una licencia de guía! Los polis...

—No te molestarán —dijo firmemente la madre de Tan—. Simplemente haraganea por los alrededores del Topkapi, quizá, o del Gran Bazar. Cuando veas algunos norteamericanos que no están con un grupo de turistas simplemente ofréceles información de forma amistosa. Diles que eres estudiante norteamericano aquí, casi es la verdad, ¿no? Y si algún poli te hace alguna pregunta, háblale solamente en inglés, dile que estás buscando a tus padres, que ellos tienen tus papeles. Con este pelo claro y estos ojos azules, nadie dudará de ti.

—Pero no tiene ropas norteamericanas —señaló Naslan.

Su madre frunció unos instantes los labios, luego sonrió.

—Eso puede arreglarse. Tú y yo le haremos algunas, Naslan. Ya es hora de que aprendas algo más sobre costura.

Los interminables recursos de Objetos Perdidos del hotel de Naslan proporcionaron la materia prima, las mujeres Kusmeroglu el resto. Stan se convirtió en un estudiante universitario norteamericano modelo en visita de turismo: unos pantalones que parecían de diseño pero no lo eran, zapatillas de deporte con cámara de aire, una gorra de béisbol de los Dallas Dodgers y una camiseta que decía «Pórtico o revienta» en la parte delantera, y en la espalda «he reventado». Las multitudes de turistas eran tan ordeñables como había imaginado. No, más aún. Los norteamericanos en los que se concentró parecían tener más dinero del que eran capaces de gastar. Como la vieja pareja de Riverdale, Nueva York, tan confundida con la superhinchada moneda turca que entregaron a Stan un billete de mil millones de nuevas liras a Stan como propina por ayudarles a encontrar unos servicios limpios cuando uno o dos millones hubieran sido más que generosos. Y luego, cuando les señaló el error, insistieron en que se quedara los mil millones como recompensa por su honradez. Así, en su primera semana, Stan trajo a casa más de lo que Tan ganaba en su trabajo y casi tanto como Naslan. Intentó dárselo todo a la señora Kusmeroglu, pero ella sólo tomó la mitad.

—Un pequeño capital es una buena cosa para un joven —dijo.

Y su hija añadió:

—Después de todo, algún día, pronto, puede que desees casarte.

Por supuesto, Stan no tenía esos planes, aunque ciertamente Naslan era bastante bonita con su airoso sombrero redondo sin alas y su minifalda que eran su uniforme en la pastelería. También olía bien. Todo eso era por cortesía de los casi vacíos frascos de perfumes y cosméticos que desechaban las clientas del hotel en los servicios de señoras, cuya limpieza formaba parte de sus deberes, pero causaba su efecto en Stan. A veces, cuando ella se sentaba a su lado mientras la familia veía junta la televisión por las noches, esperaba que nadie se diera cuenta del embarazoso abultamiento en sus pantalones. Era natural. Después de todo, era un chico, y ya había cumplido los diecisiete.

Pero también era absolutamente consciente de su nuevo *status* como receptor de unos significativos ingresos. Era diligente en memorizar páginas enteras de las guías, que complementaba escuchando a los guías profesionales mientras soltaban sus discursos a sus grupos de turistas. Los mejores lugares para eso eran la Gran Mezquita o Hagia Sofía, donde los pequeños grupos de una docena o una veintena de turistas estaban apiñados juntos, con seis u ocho guías hablando a la vez en media docena de idiomas. Su charla solía ser más interesante que cualquier cosa que encontrara en los libros, y mucho más procaz.

Sin embargo, no dejaba de haber un cierto riesgo. En el estrecho callejón fuera de las grandes colinas del Palacio Topkapi vio a un par de guías con licencia mirarle de una forma que no le gustó mientras aguardaban a sus grupos turísticos para

mostrarles las exposiciones. Cuando ambos empezaron a hablar por sus teléfonos de bolsillo, sin dejar de mirarle, se retiró rápidamente de la escena.

En realidad, temía menos a los guías, o a los polis, de lo que temía la posibilidad de que el señor Ozden pudiera encontrarle. No sabía lo que el viejo podía hacerle si ocurría eso. Suponía que podría pagarle su deuda con los fajos de liras que se estaban acumulando debajo de su lado del colchón que compartía con Tan. Pero ¿quién sabía las leyes que había quebrantado con su furtiva partida? El señor Ozden debía de saberlo muy bien, y por eso Stan se mantenía lejos de aquella zona.

No todo era trabajo para Stan. Si volvía a tiempo a casa, ayudaba a la señora Kusmeroglu a preparar la cena —ella fingía sorprenderse ante sus más bien rudimentarias habilidades culinarias—, y luego a veces veían todos juntos la televisión. A la señora Kusmeroglu le gustaban los programas de debate, personas eruditas discutiendo el significado de acontecimientos tan extraños como esa inexplicable Cólera de Dios que los visitaba de tanto en tanto, o qué hacer sobre el asunto de Chipre. El señor Kusmeroglu prefería música..., no el tipo de música que ponían los muchachos, sin embargo. Tanto Tan como Stan votaban por programas sobre el espacio o deportes. Pero raras veces se llegaba a una votación, porque lo que a Naslan le gustaba eran las comedias de situación norteamericanas —en los canales en inglés, así podía practicar el idioma—, felices grupos de gente rica y apuesta gozando de la vida en Las Vegas o Malibú o los Hampton, y Naslan hablaba más rápido que todos los demás. No importaba. Lo que hacían era compartir las cosas como una familia. Una auténtica *familia*. Y eso era en cierta medida lo mejor de todo para Stan, que sólo tenía los más vagos recuerdos de lo que era vivir en familia.

Aunque los Kusmeroglu eran absolutamente amables con Stan, su tolerancia no llegaba a permitirles tocar los tambores y la trompeta en la casa. Así, una o dos veces Stan y Tan llevaban sus instrumentos al gimnasio de la escuela, donde el guardia nocturno era un primo y a nadie le importaba el ruido que hicieras cuando la escuela estaba cerrada.

No era lo mismo, por supuesto. Cuando tenían doce años habían desarrollado un plan. Con el muchacho kurdo al contrabajo y la muchachita del curso inferior a los teclados, iban a formar un grupo. Los cuatro discutieron durante días, y finalmente hallaron un nombre con garra: «Stan, Tan y el Gang». El plan era empezar desde abajo, con fiestas de cumpleaños y quizá bodas. Luego ir a los clubs tan pronto como tuvieran edad suficiente. Conseguir un contrato de grabación. Y la fama... Pero luego el muchacho kurdo fue expulsado porque se descubrió que su padre contribuía con dinero al movimiento kurdo clandestino, y la madre de la muchacha no quiso que pasara tanto tiempo con chicos mayores que ella.

No fue un golpe tan grande como eso. Por aquel entonces Stan y Tan tenían ya otro sueño más importante que elaborar. *El espacio*. La frontera interminable. Donde el cielo no era un límite a las ambiciones de un muchacho.

Si tan sólo pudieran echar mano del dinero suficiente para pagarse el viaje,

estaban decididos a ir allí, a Pórtico, o quizá a uno de los puestos de avanzada planetarios. A Stan le gustaba Marte, donde los colonos estaban construyendo un hábitat casi terrestre bajo sus cúpulas de plástico. Tan prefería la idea de recorrer las antiguas catacumbas heechees en Venus, donde, ¿quién sabía?, todavía podían haber algunos antiguos artefactos por descubrir que podían hacerle a uno tan rico como cualquier prospector de Pórtico. El problema insuperable era el dinero para ir a cualquiera de esos lugares. De todos modos, quizá no necesitaran dinero, puesto que había otras posibilidades. Robinette Broadhead, por ejemplo, era rico más allá de toda avaricia con sus beneficios de Pórtico, y siempre estaba financiando misiones espaciales. Como la que en estos momentos estaba recorriendo su camino de años hacia la nube de Oort, donde se sabía que existía algún fabuloso objeto heechee pero nadie había hallado una forma de llegar a él más que mediante una lenta nave cohete humana. Broadhead había financiado la misión de los voluntarios que habían emprendido aquella búsqueda; podía financiar otras. Cuando Tan y Stan alcanzaran la edad. Si entonces ya no había sido explorado todo.

Por supuesto, todo eso eran sueños de muchachos. Stan ya no esperaba que pudieran llegar a convertirse en realidad. Pero seguía soñando en ellos.

Mientras tanto estaba su trabajo como guía y su vida con la familia Kusmeroglu, y eso no estaba mal tampoco. En su primer mes había acumulado más dinero del que nunca antes había visto. Cometió el error de dejar que Naslan lo atrapara contándolo, y la muchacha dijo de inmediato:

—¡Hey, estás forrado, Stanley! ¿No crees que ya es tiempo de gastar un poco?

Le lanzó una precavida mirada.

—¿En qué?

—¡En algo de ropa decente, por el amor de Dios! Mira, el viernes es mi día libre. Papá no me dejará saltarme las plegarias de la mañana, pero después, ¿qué te parece si te llevo de compras?

Así que lo primero que hicieron Stan y Naslan aquel viernes por la mañana fue tomar un autobús a los grandes almacenes, y Stan empezó a acumular su primer guardarropa de adulto. Todo parecía valer mucho más de lo que Stan estaba dispuesto a pagar, pero Naslan era buena en oler las gangas. Por supuesto, le hacía probar seis versiones diferentes de cada cosa antes de dejarle comprar nada. Y luego, cuando ya tenían todos los paquetes que podían llevar y la mitad de su fajo de billetes había desaparecido, estaban aguardando el autobús cuando un coche se detuvo frente a ellos.

—¡Hey, tú! —llamó una voz de hombre.

Era un coche del consulado, con el logotipo de los Estados Unidos de América en oro sobre su inmaculada puerta negra, y el conductor se inclinaba hacia fuera, haciendo urgentes gestos a Stan.

—¿Eres Stan Avery, el hijo de Walter Avery? Seguro que lo eres. Escucha, el señor Goodpastor está removiendo cielo y tierra buscándote. ¿Dónde demonios te has estado ocultando, por el amor de Dios?

Stan miró a Naslan con expresión atrapada.

—Yo, hum, he estado con unos amigos.

Detrás del coche habían tenido que detenerse otra media docena, y todos estaban haciendo sonar sus cláxons. El conductor les hizo un gesto obsceno, luego le ladró a Stan:

—No puedo quedarme aquí. Mira, el señor Goodpastor tiene algo para ti. ¿Tienes al menos una dirección?

Mientras Stan intentaba pensar una respuesta, Naslan intervino suavemente:

—Pero no estás seguro de cuál va a ser tu dirección, ¿verdad, Stan? Se está preparando para trasladarse a su propio apartamento —informó al conductor—. ¿Por qué no le envía lo que sea a donde trabaja? Es en la Eklek Linen Supply Company. Está en Zincirlikuyu, Kaya Aldero Sok, número 34/18. Espere, se lo escribiré. —Y cuando finalmente el coche se marchó y deshizo el atasco de la calle, dijo suavemente —: ¿Quién sabe qué puede ser, Stan? Quizá quieran dinero para alguna cosa, tal vez para el funeral de tu padre. De todos modos, hay un capataz en la empresa a quien le caigo bien. Me hará llegar lo que sea, y no le dirá a nadie dónde fue a parar.

Pero cuando Naslan trajo el sobre a casa, lleno de sellos del consulado, no era ninguna factura. Era una malhumorada nota del señor Goodpastor:

Querido Stanley,

Cuando comprobamos los archivos resultó que tu padre todavía tenía en vigor la póliza de un seguro de vida, contigo como beneficiario. El capital es indexado, de modo que asciende a una suma considerable. Espero que te ayude a emprender una vida decente.

Stan mantuvo la nota sujeta en una mano, el sobre que iba unido a ella en la otra, mirando perplejo al señor Kusmeroglu.

—¿Qué significa «indexada»?

—Significa que el valor de la póliza está ligado al coste de la vida, de modo que crece con la inflación. Ábrelo, Stanley. Puede que sea una buena cantidad de dinero. Pero cuando Stan sacó el pagaré verde del gobierno de los Estados Unidos de su sobre la cifra fue una cruel decepción.

—Bueno —dijo, intentando sonreír mientras se lo mostraba a la familia—, ¿qué os parece que haga con él? ¿Compro una *pizza* para todos? Pero los ojos de Naslan eran más agudos que esto. Lo arrancó de su mano.

—Estúpido muchacho —le riñó, medio riendo—. ¿Acaso no lo ves? ¡No son liras, son *dólares* americanos! ¡Eres rico, Stan! Puedes hacer lo que quieras. Puedes

comprar una Póliza Médica completa. Casarte. Empezar un negocio. ¡Incluso iniciar una nueva vida en América!

—O —interevino Tan— puedes pagarte el viaje al asteroide Pórtico, Stan. Stan le miró con un parpadeo, luego miró el pagaré. Su voz tembló cuando dijo:

—En realidad podemos pagar el de los dos, Tan. ¿Vamos?

4

Lo primero que llamó la atención de Stan sobre Pórtico fue que, puesto que no pesaba prácticamente nada allí, el lugar no tenía ningún *arriba* sólido. Su cuerpo sólo tenía una forma de enfrentarse a aquel estado de cosas sin precedente; respondió poniéndose violentamente enfermo. Este repentino *mal d'espace* tomó a Stan completamente por sorpresa porque nunca había experimentado el mareo de ir en barco o en avión..., bueno, nunca había ido en barco o en avión hasta ahora. Se sintió tan abrumado por el repentino vértigo como por la rápida y copiosa fuente que brotó de su boca a continuación. Los guardias en Recepción no se sorprendieron.

—Carne nueva —suspiró el uno al otro, que extrajo rápidamente una bolsa de papel para que Stan terminara de vomitar en ella.

Piadosamente, Stan no fue el único afectado. Los otros dos hombres desconocidos de su grupo estaban vomitando tan violentamente como él. La mujer, cetrina, frágil y joven —y con algo muy extraño acerca de la forma en que estaba compuesto su rostro, de tal modo que el lado izquierdo parecía más corto que el derecho— estaba obviamente afectada también, pero rechazó la bolsa. Tan fue el único que se salvó. De modo que fue él quien recogió sus pertenencias —tambores, trompeta, música, y no mucho más— y pasó las formalidades del registro por él y por Stan. Luego consiguió arrastrar a Stan y todo el equipaje a través de los laberínticos corredores y caídas de Pórtico hasta su cubículo asignado. Stan halló la fuerza suficiente para meterse en su saco de dormir, cerró miserablemente los ojos y se sumió en un pesado sueño.

Cuando despertó Tan estaba inclinado sobre él, una mano en un asidero, la otra sosteniendo una bolsa cauchutesca de café.

—No lo derrames —advirtió—. Es flojo, pero es café. ¿Crees que puedes retenerlo dentro?

Pudo. De hecho, estaba repentinamente hambriento. Los retortijones y la sensación de caída no eran tan malos, aunque quedaban suficientes sensaciones residuales como para hacerle sentirse incómodo.

Tan parecía inmune.

—Mientras dormías he estado atareado, viejo Stan —anunció afectuosamente—. He encontrado dónde comer, y dónde podemos ir a divertirnos un poco. No parece

haber mucha gente de Estambul en Pórtico, pero he conocido a otro musulmán aquí. Tarsheesh. Es un chiíta de Irán, pero parece un buen tipo. Hizo las comprobaciones y me dijo que tenemos fondos suficientes para una estancia de dieciocho días, mientras seleccionamos una misión. Desgraciadamente, por alguna razón, no hay muchas misiones previstas, pero encontraremos algo. Tenemos que hacerlo. Si nuestros fondos se agotan antes de eso simplemente nos embarcarán de vuelta. —Sonrió—. También hablé con la joven que vino con nosotros. Uno puede llegar a acostumbrarse a su rostro, creo. Con suerte, pronto la conoceré muy bien.

—Felicidades —dijo Stan. Se liberó experimentalmente del saco de dormir, aferrándose a un asidero. La ingravidez no era permanentemente insoportable, descubrió, pero había otro problema.

—¿Has descubierto algún sitio donde pueda mear? —preguntó.

—Por supuesto. Te indicaré el camino. Luego podemos empezar a estudiar la lista de misiones disponibles, porque no tiene ningún sentido haraganear por aquí cuando podemos estar haciendo fortuna.

Hubo un tiempo, sabía Stan, en el que cualquier voluntario valiente o desesperado que fuera a Pórtico podía elegir entre una veintena de crípticas naves heechees. Subías a la que elegías. Colocabas las ruedas de control de extraño aspecto de la forma que querías, puesto que nadie tenía el menor indicio de cuál era la forma «correcta». apretabas la tetilla de adelante, y entonces —viajando más rápido que la luz, aunque nadie sabía cómo—, estabas camino de la aventura y la fortuna. O la decepción y la frustración, cuando el destino elegido por el azar no contenía nada de valor. O, muy frecuentemente, a una muerte horrible..., pero ése era el riesgo que debías aceptar cuando las recompensas eran tan grandes.

Eso era entonces. Ahora era distinto. A lo largo de los años, cerca de dos centenares de las naves que habían partido osadamente no habían vuelto nunca. Otras cuantas docenas de las que habían vuelto —particularmente las más grandes, las Cinco y unas cuantas Tres— habían sido puestas de lado para misiones de transporte, transbordando colonos a los mundos habitables recién descubiertos como Valhalla o el planeta de Peggy, o explotar la otra reserva de naves utilizables que había sido hallada en Pórtico Dos. Cuando los dos muchachos comprobaron las listas se sintieron decepcionados. Tres o cuatro misiones estaban abiertas, pero cada una de ellas iba en una Uno..., fuera de alcance para dos jóvenes que estaban decididos a embarcarse juntos.

No se detuvieron a observar los puestos libres en la pantalla. Fueron a ver directamente al despachador en persona, un brasileño gordo y hosco llamado Héctor Montefiore. Para ir a la oficina de Montefiore tenías que recorrer todo el camino hasta el casco más externo de Pórtico, donde se alojaban las naves en sus bodegas, aguardando una misión. Algunas de las bodegas estaban vacías, con la compuerta

exterior cerrada contra el vacío del espacio; aquéllas eran las bodegas cuyas naves estaban fuera. Cuando hubieron mirado hasta saciarse apartaron la cortina de la oficina de Montefiore y entraron.

El despachador estaba viendo distraídamente una pantalla de entretenimiento, comiendo algo que procedía de los comedores de Pórtico. Les escuchó unos instantes, luego sacudió la cabeza.

—Que os jodan, muchachos —advirtió—. No puedo ayudaros. Yo no asigno las misiones, son los grandes cerebros quienes hacen eso. Cuando deciden un vuelo, el ordenador lo pone en el tablero y yo me limito a tomar los nombres de los voluntarios. ¿La próxima grande? ¿Cómo demonios queréis que lo sepa?

Stan estaba dispuesto a discutir. Tan se lo llevó consigo. En el corredor fuera de la oficina, Stan le gruñó a su amigo:

—Sabe *algo*, ¿no?

—Es posible, pero no va a decírnoslo, ¿verdad? Podemos intentar sobornarle...

Stan rió lúgubrementemente.

—¿Con qué?

—Con nada, cierto. De acuerdo, Stan. Así que salgamos de aquí.

Se retiraron al espacio común en el huso central de Pórtico, el lugar que llamaban el Infierno Azul, para considerar sus opciones ante sendas tazas del caro y aguado café de Pórtico. Café no era todo lo que podías comprar en el Infierno Azul. Había buena comida, si podías pagar su precio, y licores de todas clases, y el juego que daba al lugar su nombre. Los muchachos olieron envidiosamente los grandes bistecs y contemplaron girar la bola de la ruleta magnetizada, y entonces Stan inspiró profundamente.

Dio una fuerte palmada a Tan en el hombro.

—¡Hey, hombre! ¡Estamos en *Pórtico*! ¡Vamos al menos a echarle una mirada al lugar!

Lo hicieron, casi olvidando que su dinero iba menguando y que la misión que habían venido a buscar no aparecía. Fueron a Central Park, donde crecían árboles frutales y arbustos llenos de bayas..., frutas y bayas que no podías coger a menos que pagaras su precio. Contemplaron el gran depósito de agua de Pórtico. enroscándose en la forma del asteroide pero recordando los grandes lagos subterráneos de Estambul. Y fueron, reverentemente, al museo de Pórtico.

Stan estaba medio familiarizado con todo lo que veía de las historias sobre Pórtico que había devorado en su juventud, pero nada era como estar en el museo. Estaba lleno de artefactos heechees, traídos de una u otra misión; abanicos de plegarias, perlas de fuego, artilugios de todos tipos. Había holos de planetas que habían sido visitados; admiraron el Planeta de Peggy, con sus amplios campos cultivados y sus hermosos bosques; se estremecieron ante Valhalla: habitable, habían

dictaminado las autoridades de Pórtico, pero más parecido a Siberia que al Paraíso.

Más interesantes, de una manera práctica, eran los holos de los distintos modelos de naves heechee, Uno, Tres y Cinco. Algunas de ellas disponían de accesorios que parecían hacerlo todo, en particular las pocas que contenían una cúpula de metal heechee que nadie se había atrevido nunca a intentar abrir. Muchas estaban acorazadas, en particular las Tres y las Cinco. Casi todas disponían de sensores y cámaras externos de instalación humana, así como hileras de depósitos de comida, tanques de oxígeno, respiradores, todas las cosas que hacían posible a un prospector permanecer con vida durante el vuelo, aunque lo equivalente que hubieran tenido los heechees en su tiempo había desaparecido hacía mucho.

Mientras se preguntaban cómo habían sobrevivido los heechees oyeron una tos detrás de ellos. Cuando se volvieron, era la muchacha con el rostro torcido que había venido de la Tierra con ellos, Estrella Pancorbo. Parecía mucho menos pálida y mucho más animada. Sorprendido, Stan dijo:

—Tiene usted, esto, muy buen aspecto. —Queriendo decir aparte el hecho de que su rostro parece como si alguien se hubiera sentado en él.

Ella le dirigió una mirada escrutadora, pero inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento del cumplido.

—Mejor cada día, gracias. Les engañé —añadió crípticamente, pero no digo nada acerca de quiénes eran «ellos». Tampoco deseaba proseguir la conversación; tenía estudios que realizar, dijo, e inmediatamente se dirigió hacia los holos de las naves y empezó a tomar notas.

Los dos muchachos se entretuvieron un poco por allí, pero al cabo de un rato se marcharon porque resultaba claro que ella prefería estar sola..., aunque no sin haber causado un cierto efecto en Stan, que no había estado cerca de una muchacha o de nada cercano a su propia edad desde Naslan.

Mientras salían Tan murmuró:

—Me pregunto cómo se las estarán arreglando allá en casa.

Stan asintió. Reconocía la nostalgia cuando la veía. Incluso él sentía una poca, aunque nunca había tenido mucha experiencia en poseer un auténtico hogar.

—Podríamos escribirles una carta —ofreció.

Tan sacudió la cabeza y sonrió tímidamente a Stan.

—¿Y pagar el coste de la transmisión? No yo, Stan. Tampoco me gusta mucho escribir cartas. Vayamos a tomar un poco de café.

5

Pasó aquel día. Y el siguiente también. Aparecieron un par de Unos en la pantalla, pero nada mejor, e incluso ésas se vieron cubiertas. Los muchachos pasaban más y

más tiempo haraganeando alrededor del Infierno Azul, preguntándose a sí mismos, pero sin atreverse a preguntárselo al otro, qué iban a hacer cuando se les agotara el dinero.

No les faltaban consejos. Los viejos empleados de Pórtico, buena parte de los cuales llevaban brazaletes en las muñecas que indicaban que habían estado Fuera, estaban dispuestos a menudo a compartir su experiencia. El más amistoso era una inglesa de mediana edad, enérgica, con un rostro tenso y una opinión incommovible sobre cuáles misiones había que tomar.

—¿Sabéis a qué se parecen las ruedas de control de los heechees? Lo que os interesa son fijaciones que muestren dos bandas en el rojo de la primera rueda y ninguna en el amarillo de la segunda —dictaminó.

—¿Por qué? —preguntó Tan, colgado de cada una de sus palabras.

—¡Porque son las fijaciones más seguras! Ninguna misión con esas fijaciones se ha perdido nunca. Hacedme caso en esto, lo sé. —Y cuando hubo terminado su café, se despidió de ellos y se fue. Tan frunció los labios.

—Puede que haya algo ahí —dijo.

—No hay *nada* ahí —se burló Stan—. ¿Has contado sus brazaletes? ¡Nueve! Ha estado Fuera nueve veces y no ha aprendido ni el precio de una taza de café. No, Tan. Queremos algo que puede que sea menos seguro, pero que sea más provechoso.

Tan se encogió de hombros y aceptó el hecho.

—En cualquier caso —dijo filosóficamente—, si alguno de ellos supiera realmente lo que hay que hacer, lo estaría haciendo en vez de decírnoslo a nosotros. Así que vayamos a comer.

—De acuerdo —dijo Stan, y de pronto sacudió la cabeza, golpeado por un pensamiento—. Al diablo con eso. No tengo hambre. Además, tengo una idea mejor. Trajimos los instrumentos con nosotros, ¿por qué no improvisamos un poco?

Tan le miró con un parpadeo.

—¿Aquí? Nos echarán.

—Quizá. O quizá no, si primero practicamos un poco. No hay mucha diversión aquí, ¿no crees? Podríamos ir a alguna parte donde no molestáramos a nadie para practicar. ¿Qué te parece el Central Park?

Stan tenía razón, no había nadie allí. Escogieron una esquina con abundancia de asideros y se pusieron a tocar.

Stan no tuvo problema con su trompeta, una vez se hubo asegurado a un asidero en la pared. Los tambores de Tan fueron otro asunto. Tuvo que sujetarlos unos a otros y el conjunto a un par de asideros, y luego se quejó de que las baquetas no botaban adecuadamente sin una sólida gravedad. De todos modos consiguieron interpretar «When the Saints Come Marching In», más o menos, y les salió mejor «A String of Pearls» Stan estaba practicando un riff sobre «Saint James Infirmary Blues» cuando

Tan dejó de darle a las baquetas y sujetó su brazo.

—¡Mira ahí!

Tarsheesh avanzaba a toda prisa hacia ellos siguiendo el borde del lago. Tan pronto como estuvo cerca Tan llamó:

—¿Hacemos demasiado ruido?

Tarsheesh se agarró a un asidero y se detuvo, jadeando excitado.

—¿Ruido? ¡No! ¡Es la noticia que acaba de llegar! ¿No lo habéis oído? ¡El grupo de Herter-Hall ha alcanzado el objeto en la Oort, y es grande, y es heechee, y *todavía funciona!*

No había habido mucha excitación en Pórtico en años: un orbitador heechee completo, del tamaño de un transatlántico, de un tipo jamás visto hasta entonces. ¡La cosa fabricaba *comida!* Comida-CHON, la llamaban, elaborada a partir de los elementos básicos que había en los cometas de la nube de Oort: carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno. Y la vieja máquina heechee seguía elaborándola, tras todos aquellos cientos de miles de años. Y si podían traerlo a una órbita cercana a la Tierra, como la gente de Herter-Hall intentaba hacer, y si podían alimentarlo con cometas cuando entraran en el sistema solar, ¡bien, el hambre desaparecería de la raza humana!

Especularon con envidia acerca de lo que valdría aquello para la familia Herter-Hall y para el propio Robinette Broadhead, que respaldaba la expedición.

—Miles de millones —dijo Stan con voz profunda, y Tan le lanzó una mirada de desdén.

—¿Sólo miles de millones? ¿Para algo así?

—Miles de millones de dólares norteamericanos, estúpido. Muchos miles de millones para todos ellos, así que Robinette Broadhead podrá añadir más miles de millones a los miles de millones que ya tiene. ¿Ves, Tan, lo que puede hacer un hallazgo afortunado?

Tan lo veía. Como lo veía todo el mundo. Cuando comprobaron las listas, cada una de las pocas misiones ofrecidas estaba ya cerrada.

—¡Ni siquiera queda ninguna Uno! Nada en absoluto —se quejó Tan—. Y sin embargo siguen sacándonos dinero de nuestro saldo cada día, incluso cuando no hay nada que podamos firmar.

Así que siguieron esperando. Un día, y luego otro día, y luego otro. Los muchachos siguieron obsesivamente los listados de misiones, pero sin mucha suerte. Apareció una Uno, luego dos más, ambas Uno también, y se vieron cubiertas tan pronto como aparecieron. Tan gruñó cuando vio la noticia de que la tercera nave estaba llena, porque vio en el registro el nombre de su amigo Tarsheesh

—Esperaba que los tres pudiéramos embarcarnos juntos —dijo furioso—. ¡No pudo esperar!

Stan no podía culparle. Incluso jugueteó con la idea de aceptar una Uno él también, dejando a Tan detrás. Pero no hubo más Unos, así que no tuvo que luchar con los remordimientos de conciencia.

Había algo de tráfico en la otra dirección. Dos o tres naves regresaron de sus misiones. Todas Uno, y la mayoría fracasos de uno u otro tipo. Y luego hizo su aparición una señorial Cinco, y ésta había tenido éxito. Bueno, *cierto* éxito. No del tipo deslumbrante, pero tampoco malo. Habían alcanzado una luna sin aire de un planeta gaseoso gigante que no pudieron identificar. Tenía artefactos heechees, de acuerdo. Pudieron ver una estructura cupulada de metal heechee, y cosas que parecían como tractores cerca, pero sólo pudieron mirar. No pudieron tocar. Su nave no disponía del equipo para maniobrar en el vacío. Las imágenes que trajeron de vuelta les hicieron ganar una bonificación suficiente como para retirarse respectivamente a Cincinnati, Johannesburgo, Madrid, Niza y ciudad de México, y su Cinco quedó así abierta para quien se atreviera a tomarla.

No inmediatamente, por supuesto. La vieja inglesa con los nueve brazaletes de Fuera atrapó a Tan y Stan cuando abandonaban el comedor, ebria de excitación.

—He ahí vuestra mejor apuesta, muchachos. La limpiarán y pondrán reservas nuevas, y luego la enviarán inmediatamente de vuelta para hacerse con los hallazgos..., esta vez con trajes espaciales y equipo manipulador a bordo. Oh, tomará algo de tiempo. Una quincena o así, imagino, ¡pero vale la pena esperar! Un buen color también..., pero no queremos que todo el mundo lo sepa, ¡así que recordad, tranquilos, tranquilos, muchachos! —Y se apresuró alegremente a contarle su secreto a cualquier otro que estuviera dispuesto a pagar el precio de una taza de café.

Por supuesto, el secreto no valía mucho más que eso, en especial para los dos jóvenes que no disponían de una quincena para esperar.

Luego, sin la menor advertencia, apareció una Cinco en la lista. Sin embargo, no hizo ningún bien a Stan y Tan. La lista apareció mientras dormían, y cuando la vieron la tripulación ya estaba completa.

Lo que hacía peor las cosas era que cada día, *cada* día de aquellos pocos días restantes, había nuevos boletines de la gente que estaba realmente haciendo algo grande, el grupo Herter-Hall en la Factoría de Comida en la Oort. Los Herter-Hall estaban fijando cohetes iónicos al objeto para sacarlo de su órbita y llevarlo hacia la Tierra. Luego más noticias: el objeto no podía ser movido. De alguna forma contrarrestaba todas las fuerzas aplicadas, no sabían decir cómo. Luego hallaron indicios de que había alguien a bordo. Luego —¡oh milagroso acontecimiento!— se encontraron con ese alguien. ¡Y resultó que era un muchacho humano! Y parecía tener una nave heechee propia con la que iba y venía entre la Factoría de Comida y algún vehículo heechee todavía más grande y complejo. Algo enorme, lleno de máquinas heechees de toda índole, ¡y todavía funcionando!

Tan estaba blanco de envidia, Stan sólo un poco mejor. Irritados el uno con el otro, se pasaban todo el día frente a la pantalla de la misión, turnándose para ir al

baño, negándose a dormir.

—¡La próxima —juró Tan—, sea una Tres o una Cinco, estaremos en ella!

Stan se mostró de acuerdo.

—¡Claro que estaremos! Puede que no consigamos billones como esa gente, o siquiera miles de millones, pero sacaremos algo de todo eso, y no dejaremos que nada nos aparte de esta pantalla... Pero algo lo hizo.

Stan se interrumpió en medio de su frase, repentinamente impresionado. Sus ojos ardieron. Su garganta se puso agónicamente en carne viva. Su cabeza resonó, y apenas pudo respirar.

Era la Cólera de Dios de nuevo. No exactamente la misma que antes. Peor. Stan sintió que todo su cuerpo ardía con fiebre. Estaba *enfermo*. Tan se sentía igual. Sollozando, con las manos en las sienes y encogido como un bebé en el seno materno, flotaba alejándose, olvidado el asidero. Bajo su desazón asomaba el familiar anhelo sexual desesperado, la soledad, la desenfocada y amarga furia...

Y seguía, y seguía...

Y luego, sin advertencia previa, desapareció.

Stan adelantó la mano para sujetar el aleteante brazo de Tan y lo arrastró de vuelta a un asidero.

—*Jesús* —dijo, y Tan asintió.

—Eso fue realmente jodido. —Y luego, con urgencia—: ¡Stan! ¡Mira!

Estaba contemplando el monitor de la misión. Los ordenadores de Pórtico, no afectados por lo que fuera que volvía a todos los humanos momentáneamente locos, había estado siguiendo con su rutina programada. Había algo nuevo en la pantalla:

Misión 2402

Tres acorazada, partida inmediata

—¡Tomémosla! —gritó Tan.

—Por supuesto —dijo Stan, ya inscribiéndose. Al cabo de un momento sus nombres aparecieron en el registro:

Misión 2402

Tres acorazada, partida inmediata

Stanley Avery

Oltan Kusmeroglu

Los dos muchachos se palmearon mutuamente los brazos y las espaldas, exultantes.

—¡Lo conseguimos! —gritó Tan.

—Y justo a tiempo —dijo Stan, señalando—. ¡Mira eso! —Sólo unos segundos más tarde había aparecido otro nombre:

Misión 2402
Tres acorazada, partida inmediata
Stanley Avery
Oltan Kusmeroglu
Estrella Pancorbo
Tripulación completa

6

El sueño se había convertido en realidad. Stanley Avery estaba realmente en una auténtica nave heechee, siguiendo realmente los pasos de aquellos otros héroes de Pórtico que habían desafiado los peligros del viaje estelar y habían vuelto para hacerse inimaginablemente ricos y famosos a lo largo de las eras...

—O —gruñó Tan, cuando Stan se aventuró a decirle esto— a enfrentarse a una muerte muy desagradable. Lo que me preocupa es esta pequeña mierda de nave. ¿Por qué está acorazada?

Al otro lado de la cabina, Estrella Pancorbo alzó la vista de su tarea de guardar sus pertenencias.

—Si queremos que este viaje sea soportable —dijo—, sería mejor que hablarais solamente en inglés cuando yo esté presente.

Tan frunció los labios.

—Y, en este pequeño armario donde vamos a tener que vivir, ¿cuándo no lo vas a estar? —preguntó.

Stan intervino rápidamente.

—Tiene razón —le dijo a Tan. Y a la mujer—: Intentaremos recordarlo. Él sólo se estaba preguntando por qué nuestra nave está tan pesadamente acorazada.

—Porque acepta algunos destinos que podrían dañar una nave que no lo estuviera, por supuesto. No tengáis miedo. Esos destinos suelen ser raros; esta Tres en particular ha estado Fuera cuatro veces, pero no ha ido nunca a ningún lugar peligroso. ¿No estás familiarizado con sus especificaciones? Todos los datos de todas las naves en funcionamiento están en los archivos —señaló.

El reproche no mejoró el humor de Tan.

—No tengo *miedo*, Estrella —restalló, herido, y pensó en algo acre que contestar. Lo encontró—. ¿Por qué tiene este aspecto tu rostro? —preguntó.

Ella le lanzó una larga mirada. Su párpado izquierdo, observó Stan, colgaba más

bajo que el otro.

—Porque un bisonte lo pisoteó —dijo al fin, y añadió—: Creo que va a ser un viaje muy largo.

Cuánto iba a ser de largo el viaje era una cuestión que no se apartaba nunca de sus mentes. Las investigaciones de Estrella les proporcionaron alguna información.

—Esta Tres nunca ha ido más lejos de dieciocho días en cada dirección —les indicó—. Tenemos provisiones para más de sesenta. Por supuesto —añadió— no pueden leer correctamente los colores, pero la duración no debería de ser superior. Lo sabremos en el punto medio.

Lo sabrían. Stan era consciente de ello, como todo el mundo. Los prospectores de Pórtico siempre mantenían los ojos atentos a ese serpentín de impulsión de extraño aspecto cada minuto que estaban despiertos, porque contenía el secreto de la vida y de la muerte. Cuando cambiaba de color estaban en el punto medio de su viaje; la suave micro-*g* que tiraba de ellos hacia la popa de la nave cambiaría entonces de tal modo que derivarían suavementehacia la proa. Ése era el momento de recurrir a la aritmética. Si habían utilizado entonces menos de una cuarta parte de su aire, agua y suministros, eso significaba que les quedaría lo suficiente para el resto de su ida y para su regreso. Si habían utilizado más, entonces no les quedaría suficiente.

Los tres vivían, comían y dormían en el mismo diminuto espacio, no más grande que el pequeño cuarto de baño de Stan en el apartamento del señor Ozden. Ese tipo de intimidad con una muchacha de más o menos su propia edad era una experiencia inquietante para Stan, y realmente era una intimidad muy íntima. No podían evitarlo. Cuando Tan estaba en el servicio Stan apartaba sus ojos de los de Estrella, porque el sonido de estar orinando era fuerte y claro. Los tres tuvieron que acostumbrarse a los olores de los otros dos, que eran muchos. No había muchas oportunidades de hacer ejercicio en una Tres, y así la dieta que proporcionaba Pórtico era alta en fibra. Stan intentaba liberar sus ventosidades discretamente; Tan no, sonriendo ampliamente cada vez que se pedorreaba. Estrella conseguía no prestar atención.

Lo más divertido era que cuanto más tiempo pasaba Stan con el dañado rostro de Estrella raramente fuera de su vista, menos dañado le parecía. Tan se sentía afectado también. Una o dos veces, cuando Estrella estaba momentáneamente más o menos fuera del alcance de sus oídos —en el servicio, o dormida—, murmuraba algo soez y lujurioso al oído de Stan. En turco, por supuesto. No había ningún lugar en la Tres que estuviera realmente fuera de alcance auditivo excepto en el equipo de amarraje, metido en su bodega en el fondo de la nave y no lo bastante confortable como para que nadie estuviera en él durante mucho tiempo.

Estrella pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo en una pequeña pantalla de bolsillo, pero después del tercer día se dejó persuadir de jugar a las cartas con los muchachos. Cuando Tan hubo perdido su tercer gran apuesta le lanzó una mirada

suspicaz.

—Creí que habías dicho que no sabías jugar al póquer —gruñó.

—No sabía. Pero es un juego muy sencillo —dijo ella con tono intrascendente, y entonces se dio cuenta de que había herido sus sentimientos. Intentó arreglarlo—. Pensaba decirte que me sorprende tu dominio del inglés, Tan. Lo hablas muy bien.

Tan se encogió de hombros.

—¿Por qué no debería? Fui a la escuela inglesa desde los seis años hasta que tuve que abandonarla para ponerme a trabajar, a los catorce. —Pero se sintió ablandado. Más alegre, prosiguió—: Allí es donde conocí a Stan. Nos hicimos rápidamente amigos, porque estábamos interesados en las mismas cosas. Incluso de pequeños, en los recreos, corríamos a los columpios y nos subíamos a ellos y nos empujábamos el uno al otro e imaginábamos que estábamos en una nave de Pórtico como ésta.

—Y nadie está más sorprendido yo que de que finalmente estemos en una de ellas —añadió Stan con una sonrisa—. ¿A qué te dedicabas tú, Estrella?

La muchacha recogió las cartas y dudó unos instantes, sin responder. Luego dijo brevemente:

—Trabajaba en un matadero. ¿A quién le toca ahora?

Al séptimo día los tres tenían problemas en mantener los ojos apartados del serpentín. No cambió.

—Bien —dijo Estrella alegremente—, supongo que esta Tres va a batir un nuevo récord. De todos modos, tenemos un buen margen de provisiones, y es muy probable que cambie mañana.

Sin embargo no lo hizo, ni al octavo día, ni al noveno. El decimoprimer día Tan suspiró, apartó las cartas a un lado y dijo:

—Tenemos que enfrentarnos a los hechos. Podemos seguir eternamente aprisionados en esta ratonera volante.

Estrella le palmeó el brazo.

—Abandonas muy fácilmente, Tan.

Él la miró con ojos furiosos.

—¿Tú qué sabes? ¡Esas cosas han ocurrido antes! ¿Has oído la historia de, olvidé su nombre, el viejo prospector que sólo consiguió volver a casa porque se comió a sus compañeros?

—No os peleéis —suplicó Stan.

Pero el temperamento de Estrella se había inflamado.

—¿Por qué firmaría con dos turcos, bueno, un turco y medio, que están dispuestos a convertirse en caníbales? Supongo que ya habrás decidido a quién te comerás primero, Tan. ¿Yo? ¿Porque los dos sois fuertes y yo soy la más pequeña? Bien, dejadme deciros...

Su voz murió. Su dañado rostro pareció sobresaltarse, luego se volvió seráfico.

Stan lo sintió también, cuando el *abajo* de la pequeña nave se deslizó suavemente hacia *arriba*, y el serpentín brilló.

Al final habían alcanzado el punto medio. Así que no iban a morir después de todo, o al menos no de aquella forma en particular.

Puesto que iban a vivir, la atmósfera se volvió más relajada. Tan dedicó a Estrella una gran sonrisa, y le murmuró a Stan, en turco:

—Quizá nos la comamos después de todo, aunque de una manera más amistosa.

Estrella le oyó, e incluso en la alegría del momento su expresión se congeló.

—Tan —dijo—, no entiendo el turco, pero entiendo perfectamente la forma en que me has mirado cuando has hablado. Tienes penes brotando de tus ojos, Tan. Guárdalos para alguna otra. Soy virgen. He permanecido virgen en situaciones más difíciles que aquí, y seguiré virgen hasta que me case.

—Infierno y demonios —gruñó Tan—. Creía que sólo eran las chicas musulmanas las que mantenían las rodillas apretadas, no las liberales norteamericanas.

Ella decidió mostrarse amistosa.

—Así que acabas de aprender algo nuevo acerca de las mujeres norteamericanas. De algunas de ellas, al menos. Ahora, ¿jugamos de nuevo a las cartas, o nos vamos a dormir?

7

Durante la mayor parte de un día Tan se mantuvo hoscamente tranquilo, pero su buena naturaleza volvió. Después de todo, iban juntos camino a una gran aventura. Stan pudo verle revisar su actitud hacia Estrella. De acuerdo no sería una amante, entonces. Una hermana, y Tan tenía mucha práctica en vivir con una hermana.

En lo que Tan no tenía en absoluto práctica era en verse confinado en un diminuto espacio sin nada que hacer.

—Me gustaría haber traído al menos nuestros malditos instrumentos —gruñó a Stan, que se encogió de hombros.

—No hay sitio —dijo.

Estrella alzó la vista de su plato.

—Podríamos jugar algunas manos de póquer —ofreció. Tan, con los labios muy apretados, negó con la cabeza—. O —añadió—, podríamos simplemente charlar. Hay tantas cosas que no sé de vosotros. ¿Oltan? ¿Cómo era tu vida en Estambul?

Tan declinó dejarse animar por aquello.

—Me ganaba la vida conduciendo una camioneta —dijo hoscamente—. Vivía con

mi madre y mi padre y mi hermana menor, Naslan, y tenía cinco, realmente cinco, novias regulares, que estaban muy enamoradas de mí y me atendían realmente en todo. ¿Qué otra cosa queda por decir?

Ella asintió como si hubiera sido una respuesta agradable y se volvió hacia Stan.

—¿Qué hay de ti?

Stan hizo todo lo posible por cooperar.

—Mi padre formaba parte del personal de cifrado del consulado norteamericano, un trabajo muy bien pagado, cuando conoció a mi madre. Ella era turca, pero cristiana..., metodista, como él. Yo nací en el hospital de la embajada en Ankara, que era suelo norteamericano, de modo que nací norteamericano, como tú.

Eso la hizo sonreír.

—No mucho como yo.

—¿Quieres decir lo de la parte bien pagada? Supongo que no, pero eso fue sólo mientras fui pequeño. Mi madre murió cuando yo tenía siete años, y después de eso... —Se encogió de hombros sin terminar la frase; no quería hablarle del firme declive de su padre hacia la bebida.

Tan, que escuchaba impaciente, se puso en pie y se dirigió hacia el servicio.

—Tengo que mear —dijo.

Stan le observó meterse en el servicio, luego miró a Estrella.

—¿Y tú? —preguntó, por encima de los sonidos chapoteantes en la taza—. Dijiste que trabajabas en un matadero.

Ella alzó una mano para acariciarse su descentrado pómulo izquierdo.

—Hasta el accidente, sí. En Montana. Yo también soy una mezcla, Stan. Mi padre era vasco, en su mayor parte. Mi madre era navajo, con un poco de hopi, pero una gran mujer, y fuerte. No había trabajo allá en Four Corners, en Oregón, de modo que fueron a Montana para trabajar en los corrales. ¿Conoces los ranchos de bisontes de los Estados Unidos?

—Oh, sí. Bueno, más o menos. Leí historias cuando era pequeño. Antes de pensar en Pórtico pensaba que sería estupendo ser *cowboy*, sentarme alrededor de una fogata por la noche y conducir a los bisontes a través de las praderas.

Esta vez ella se echó a reír francamente.

—No se conduce a los bisontes, Stan. No te dejan. Has de dejarles correr libres, porque al fin y al cabo la hierba de la pradera es todo lo que necesitan comer. Luego, cuando ya son lo bastante viejos para sacrificarlos, tiendes un rastro de algo que les guste comer más incluso que la hierba de la pradera. Eso los conduce directamente a los corrales, que tienen una verja de plancha de acero de tres metros a todo su alrededor, porque un bisonte puede saltar por encima de cualquier cosa menos alta. También pueden correr muy aprisa, a cien kilómetros por hora. Y entonces, uno a uno, los piqueros como mis padres los conducen a las tolvas hasta el matadero. Y entonces los pistoleros les disparan en la cabeza con una gran pistola que tiene una especie de pistón, que penetra directamente hasta su cerebro y luego vuelve a salir,

listo para el siguiente. Cuando están muertos la cinta transportadora los lleva hasta mí, y les abro la garganta. Luego los sujeto a los hierros que cuelgan de rieles sobre mi cabeza y son alzados boca abajo de modo que puedan vaciar toda su sangre, y son llevados a los frigoríficos antes de ser cortados en bistecs y rosbifs. Cada bison tiene cerca de cincuenta litros de sangre, que va a parar a los tanques de abajo..., yo ni siquiera me mancho las manos.

Tan había salido del servicio y se ajustaba la ropa mientras escuchaba.

—Sí, Estrella —dijo en tono tentativo—, pero has dicho que un bison te pisó y te rompió la cabeza. ¿Cómo puede pisarte un bison muerto?

—Ése no estaba muerto —dijo ella secamente.

—Pero si el pistolero le disparó a la cabeza...

—Esta vez sólo le disparó al hombro. Estaba muy vivo cuando llegó a mí, y muy furioso.

—Suenan como un terrible accidente —ofreció Stan.

—No. No fue un accidente. Lo hizo a propósito. Era un hombre también con penes en los ojos, Stan, y cuando no quise irme a la cama con él me dio una lección.

Vigésimo día. Vigésimo primero. Ya no jugaban mucho a las cartas, porque no podían concentrarse. Ni siquiera hablaban mucho. Ya se habían dicho todo lo que se podían decir acerca de sus esperanzas, y ninguno de ellos deseaba hablar en voz alta de sus miedos. Sus nervios estaban tensos con el prurito de un apostador con una apuesta para un caballo que avanza rápido por la recta final, pero quizá no lo bastante rápido. Finalmente, Estrella dijo con voz firme:

—No sirve de nada preocuparnos. Creo que deberíamos dormir tanto como podamos.

Stan sabía que era juicioso. Era posible que necesitaran todas sus fuerzas y su atención para hacer lo que fuera que tuviesen que hacer allá donde llegaran..., fuera donde fuese.

El consejo, sin embargo, era difícil de seguir. Pero, por difícil que le resultara conseguir dormirse, más difícil era para Stan mantenerse dormido cuando lo conseguía. Se despertaba con frecuencia, contando el tiempo por minutos, a medida que el vigésimo primer día pasaba y se iniciaba el vigésimo segundo.

Luego ninguno de ellos pudo dormir en absoluto. Comprobando el tiempo a cada pocos segundos. Discutiendo ferozmente acerca de a qué hora y a qué minuto exactos se había producido el cambio, y así a qué hora y a qué minuto llegarían...

Y entonces llegaron. Lo supieron cuando el serpentín se apagó.

Y, al instante, todos los instrumentos de la nave se volvieron locos.

Las lecturas eran ridículas. Decían que su Tres estaba inmersa en un tenue plasma, más caliente que el Sol, bañada con mortíferas radiaciones de todas clases, y entonces comprendió Stan por qué su Tres estaba blindada.

No se trataba de un planeta que iba a hacerles ricos con sus tesoros abandonados por los heechees. Ni siquiera había una estrella lo bastante cerca como para que importara.

—¡Salgamos a toda prisa de aquí! —estaba aullando Tan; y Estrella chilló:

—¡No, toma las lecturas primero! ¡Imágenes! ¡Haz observaciones!

Pero no había nada que observar más allá de lo que los instrumentos ya les habían dicho. Cuando Stan cerró la mano en la tetilla de *adelante* Estrella no puso ninguna objeción, simplemente se echó a llorar.

El vuelo de regreso no fue más largo que el de ida, pero no lo pareció así. Pareció interminable. No podían aguardar a que terminase, y finalmente, cuando terminó, empezaron las malas noticias.

La vieja mujer oriental que subió a bordo de su Tres tan pronto como amarró escuchó su historia sólo con media atención. Era la lectura de los instrumentos lo que le interesaba, pero respondió de forma ausente a algunas preguntas.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza—, entrasteis en los restos de una supernova. Los heechees estaban muy interesados en las estrellas que estaban a punto de estallar; muchos rumbos conducen a observar una. Pero en el tiempo transcurrido, por supuesto, muchas de esas estrellas han estallado realmente. Como la vuestra. Y todo lo que ha quedado es una nebulosa de gases supercalentados; es una suerte para vosotras que vuestra Tres fuera acorazada.

Estrella se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Cree usted que habrá al menos alguna bonificación científica?

La mujer lo estudió.

—Quizá. Tendréis que preguntarle a Héctor Montefiore. De todos modos, no será nada muy grande. Ya tenemos una gran cantidad de datos acerca de esos objetos.

Los tres se miraron en silencio. Lugo Stan consiguió esbozar una sonrisa.

—Bien, muchachos —dijo—, es como mi padre solía decir. Si te caes del caballo, desearás volver a subir inmediatamente a él.

La mujer les miró.

—¿Caballos?

—Quiere decir —explicó Estrella— que embarcaremos en otra nave a la primera oportunidad que tengamos.

—Oh —dijo la mujer, con aire sorprendido—, estabais fuera cuando ocurrió, ¿verdad? No lo oísteis. Han resuelto el problema de la guía. Ya no hay más misiones. El programa de exploración de Pórtico ha sido cancelado.

¡Cancelado! ¿Pórtico cancelado? ¿No más misiones? ¿No más de esos asustados y valientes prospectores de Pórtico atreviéndose a cualquier cosa con tal de volar en misteriosas misiones para aferrar los incitantes restos que los heechees habían dejado atrás hacía tanto tiempo cuando se marcharon..., allá donde fueran, y fuera cuando fuese cuando se marcharon?

Todo era obra de Robinette Broadhead de nuevo. Mientras Estrella y los dos muchachos estaban Fuera, las cosas se habían vuelto locas en la Factoría de Comida y alguna otra fabulosa nave heechee cercana. Broadhead había volado allí sólo para enderezar las cosas. Y había tenido éxito. Y en el proceso no sólo había elevado su ya fabulosa fortuna hasta alturas incalculables, con su fabuloso nuevo depósito de maravillas heechees, sino que en el proceso había averiguado el secreto de controlar las espacionaves heechees.

La otra cosa que había hecho era convertir Pórtico en un lugar estancado. Ya no habría más vuelos al azar a Dios sabía dónde. Ya no habría más vuelos a ninguna parte hasta que los grandes cerebros que planeaban las misiones de Pórtico decidieran cómo usar todos los nuevos datos. Mientras tanto, nada. Todo quedaba en suspenso. Las docenas de exploradores potenciales no tenían nada que hacer excepto rechinar los dientes y practicar la paciencia.

En el comedor, Tan mordisqueó su comida con ojos furiosos.

—¿Así que cuál se supone que es nuestro plan ahora? —preguntó.

Stan tragó su bocado de lasaña vegetariana.

—Esperaremos. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Esto no puede durar eternamente. ¡Las naves todavía están aquí! Más pronto o más tarde partirán de nuevo, y entonces quizá tengamos la oportunidad de ir a un tipo distinto de misión. ¡Mejor! ¡Sabremos adónde vamos antes de partir! ¡Quizás incluso sabremos que viviremos para regresar!

Tan miró a su alrededor en el comedor, donde un par de docenas de otros potenciales aventureros frustrados estaban tan desanimados como ellos.

—Quizá —dijo.

—Al menos no gastamos capital —señaló Stan. La Corporación Pórtico había decidido demostrar que tenía corazón. No se cargarían gastos de estancia hasta nuevo aviso, así que al menos sus relojes no marcarían el tiempo que les quedaba.

—Los bastardos pueden permitírselo —gruñó Tan.

Por supuesto, los bastardos podían permitírselo. Los bastardos eran la Corporación Pórtico, y eran propietarios de una parte de cada pieza de tesoro heechee descubierta. La Corporación era propiedad de un consorcio de los gobiernos mundiales —sobre el papel—, pero era igual de cierto decir que en realidad era ella la propietaria de los gobiernos mundiales. Y, después de las correspondientes deliberaciones, la Corporación decidió que podía incluso permitirse el lujo de

pagarles algo a Tan, Stan y Estrella.

Lo descubrieron cuando, a falta de nada mejor que hacer, Tan y Stan estaban tomando sus aguados, pero más o menos bebibles, cafés en el Infierno Azul, contemplando a los demás prospectores jugarse sus ya no necesarias asignaciones diarias. Estrella estaba perchada a su lado, como siempre estudiando alguna cosa en su pantalla de bolsillo. Esta vez, vio Stan sorprendido, lo que estudiaba era música, y agitaba un dedo en el aire mientras leía.

—¿Tocas algún instrumento? —preguntó, sorprendido.

Ella enrojeció.

—Un poco —dijo—. La flauta.

—Bueno, ¿por qué no lo dijiste? Quizá los tres podamos tocar juntos alguna vez. ¿Qué piensas tú, Tan?

Tan no estaba escuchando. Le dio un codazo a Stan.

—Aquí vienen los grandes tipos —dijo cuando Héctor Montefiore entró en la estancia, junto con otros dos o tres del grupo permanente. Era evidente que buscaban acción, y a Stan no le complació el ver que Montefiore avanzaba hacia ellos. No quería saber nada con Héctor Montefiore. Le gustó menos todavía cuando el hombre le dio una palmada en el hombro y a Estrella otra en las posaderas.

—Felicidades —retumbó—. ¿Preparados para celebrarlo?

—¿Celebrar qué? —preguntó Tan.

El hombre gordo le miró sorprendido.

—Vuestra bonificación científica, por supuesto. ¿No lo sabéis todavía? ¡Bien, comprobadlo, por el amor de Dios! ¡Quién sabe, incluso me podréis pagar una copa!

Sin embargo, no aguardó a por ella; siguió adelante, riendo quedamente, mientras los tres se inclinaban sobre la pantalla de Estrella y la muchacha cambiaba al registro de *status*.

Y sí, sus nombres estaban allí.

—No está mal —dijo Tan cuando vio la cifra.

Estrella sacudió la cabeza.

—Dividido entre los tres no está tan bien tampoco —dijo con aire práctico—. ¿Estáis dispuestos a aceptar tan *poco* dinero?

—Ese poco dinero puede ser suficiente para que vuelva a casa y me compre mi propia camioneta, y poder iniciar un negocio propio —dijo Tan rígidamente.

—Si eso es lo que deseas. Yo no. Yo no recorrí todo este camino para pasar el resto de mi vida luchando por sobrevivir en un apartamento de una sola habitación con cobertura médica básica y ningún futuro. De todos modos, Héctor dice que seguramente pronto habrá más misiones.

Stan le dirigió una mirada pensativa.

—¿Cómo sabes lo que dice Héctor? —preguntó, sorprendido por el tono de su propia voz. Sonaba casi *celoso*.

Estrella se encogió de hombros.

—Le gusto —dijo, como si esto lo explicara todo.

—Le gusta todo el mundo —se burló Tan—. Chicos, chicas, no le importa, mientras tengan un agujero donde pueda metérsela.

Estrella le miró en silencio por un momento.

—No la ha metido en ninguno de los míos —dijo al fin—. Hablemos sensatamente: ¿qué queréis hacer? ¿Tomar vuestra parte e ir a casa? ¿O esperar a algo que valga la pena?

Esperaron. Mientras esperaban, vieron desarrollarse en las noticias la historia de lo que Robinette Broadhead había descubierto.

¡Era asombroso! Extrañas criaturas semihumanas que al principio todo el mundo esperó, con el corazón parado en sus pechos, que pudieran ser realmente los heechees, pero que no lo eran. (Al parecer, eran parientes de la humanidad primitiva, capturados por los heechees en la Tierra hacía milenios y transportados a uno de sus puestos de avanzada espaciales para su estudio). Estaba un puñado de prospectores de Pórtico perdidos que habían sobrevivido —bueno, más o menos sobrevivido—, llevados ese lugar por la suerte e incapaces de abandonarlo. Ahora estaban más o menos muertos, pero también más o menos vivos todavía, preservados de alguna extraña forma por la maquinaria heechee. Estaba el medio salvaje muchacho humano vivo llamado Wan, descendiente de otros náufragos de Pórtico y ahora, de alguna forma, a través de alguna magia heechee que irradiaba sus anhelos y sus odios a todo el sistema solar, el origen de la Cólera de Dios. Y —el secreto final que Broadhead había averiguado— ¡ahora incluso sabía adónde habían huido los heechees! ¡Se habían enterrado en el Núcleo de la Galaxia y todavía estaban allí, todos ellos!

Era una maravilla tras otra. Todo el mundo hablaba de ello..., bueno, todo el mundo menos Estrella, le pareció a Stan. Por la razón que fuese, estaba pasando cada vez más tiempo con el grupo permanente y menos con sus antiguos compañero de viaje. Stan no lo aprobaba.

—No debería hacer eso —le dijo seriamente a Tan—. No le hace ningún bien.

Tan rió secamente.

—Depende de lo que tú entiendas por «bien». Montefiore tiene sus propias ideas al respecto. Pero no te preocupes acerca de Estrella —aconsejó—. Sabe cuidar bien de su doncellidad.

Sin embargo, Stan se preocupaba. Se dijo a sí mismo que lo que hiciera Estrella no era asunto suyo, pero hablaba mucho de ella a medida que pasaban los días.

La mujer inglesa de los nueve brazaletes volvió, tras ganar no sólo un décimo brazaletes sino, al final, un premio. Había recorrido un túnel en un mundo no mucho más agradable que Mercurio, llevando un traje espacial que la mantenía en el aire pero no la libraba del ardiente calor que radiaba de las paredes del túnel. Empujada al límite, había recorrido los vacíos corredores hasta que había encontrado... algo; nadie

estaba seguro de qué. Posiblemente era un juego, algo como una versión en 3D del go; en cualquier caso su bonificación era suficiente para pagarle la vuelta y un decente retiro en el pequeño pueblo de Sussex de donde había venido. Incluso invitó a café a los muchachos antes de irse, mientras les escuchaba contarle todas las cosas sorprendentes que habían ocurrido mientras ella estaba fuera.

—Vaya —dijo, sonriendo con la sonrisa de alguien que ya no tiene que preocuparse de tales cosas—, suena como divertido, ¿no? Bien, buena suerte a todos. No cejéis. Nunca se sabe, todavía podéis encontrar algo bueno.

Tan la miró hoscamente mientras ella pagaba las rondas, invitando a todo el mundo que estaba por allí.

—Lo dudo —dijo, medio para sí mismo.

—Lo has estado dudando desde que llegamos aquí —dijo Stan irritado, aunque la verdad era que él también estaba empezando a dudar. Hubiera podido convertirse en una discusión realmente seria, pero entonces fue cuando Estrella apareció en la entrada, buscándoles.

Estrella no dudó. Tan pronto como vio a los dos se dirigió hacia ellos con una gran y certera patada contra el marco de la puerta. Tan la sujetó cuando llegó a su lado, pero ella se agarró a un asidero y se liberó. Su retorcido rostro parecía hosco, pero las noticias que traía eran grandes. Miró a su alrededor, luego susurró:

—Se prepara una misión. Una grande.

El corazón de Stan dio un salto, pero Tan se mostró insensible.

—¿Una de esas nuevas misiones garantizadas, donde la Corporación retendrá para ella la mayor parte de los beneficios?

—Sí —dijo ella— y no. Conocen el destino, pero eso es todo lo que saben. No saben cuánto tiempo tomará, así que será en una Cinco acorazada, una de éstas con artilugios especiales que nadie comprende..., pero que Broadhead dice que son esenciales para ese viaje. La cargarán con provisiones y material suficientes para un viaje muy largo, así que sólo podrá llevar a dos personas. Yo seré una. Hay sitio para otra.

Les miró primero al uno, luego al otro, pero sobre todo a Stan. Pero fue Tan quien habló.

—Yo no —declaró—. No quiero más viajes misterio en autobús.

Stan le ignoró.

—¿Dices que saben el destino?

Estrella inspiró profundamente.

—Será allá donde han ido los heechees. Donde se han estado ocultando todo este tiempo en el Núcleo de la Galaxia.

Stan tragó convulsivamente saliva. Acudes a Pórtico esperando anotarte un buen tanto, pero... ¿tan bueno? ¿No mordisquear restos y pedazos que los heechees han

dejado atrás, sino ir directamente al lugar donde desaparecieron esas criaturas desvanecidas?

¿Y qué tipo de recompensa podía haber por eso?

No se lo pensó. Se oyó a sí mismo decir:

—¡Iré! —casi antes de darse cuenta de que había tomado la decisión. Luego se volvió hacia Tan—. Mira. Sólo hay sitio para dos, así que toma mi parte de nuestra bonificación también. Vuelve a casa y disfruta de una buena vida. Cómprale a Naslan el traje de boda más precioso que pueda encontrar. —Y luego añadió—: Pero dile que no me espere.

9

Se supone que una Cinco heechee es mucho más grande que una Tres. No ésta, sin embargo. Toda una esquina de su espacio disponible estaba ocupada por el peculiar y no explicado dispositivo que —había dicho Broadhead— era necesario para que pudieran entrar en el Núcleo. Otro par de metros cúbicos estaban llenos con los artículos que se les dijo que debían entregar a los heechees: grabaciones de las exploraciones de Pórtico y los hallazgos heechees, material divulgativo sobre la raza humana, todo tipo de cosas, junto con un mensaje grabado a los heechees que intentaba explicar exactamente cómo eran los seres humanos. Si se le añadían las provisiones para un año para ellos, no quedaba mucho espacio para que Stan y Estrella pudieran moverse.

En lo que a Estrella se refería, no necesitaba mucho espacio. No se movió mucho. Tampoco habló mucho con Stan. Fue directamente a su saco de dormir tan pronto como partieron y se quedó allí, saliendo tan sólo para comer o excretar, y en absoluto interesada en mantener una conversación. Cuando Stan le preguntó si le ocurría algo, dijo simplemente: «Sí». Cuando le preguntó si había algo que él pudiera hacer, sacudió la cabeza y dijo: «Tengo que arreglar esto de nuevo por mí misma». Luego volvió a su saco de dormir y se quedó allí. Durante tres días enteros, mientras Stan se preguntaba y preocupaba.

Luego, al cuarto día, Stan despertó y encontró a Estrella estudiándole. Estaba perchada en la inconfortablemente bifurcada silla de pilotaje heechee, y parecía llevar allí mucho tiempo. Experimentalmente, Stan dijo:

—¿Hola? —con un gran interrogante al final.

Ella le miró pensativamente durante un largo momento, luego suspiró.

—Disculpa —dijo, y desapareció en el servicio.

Estuvo allí durante largo rato. Cuando salió, pareció que había pasado todo el tiempo arreglándose. Se había lavado el pelo y se lo había cepillado aún mojado, y llevaba unos pantalones cortos y un top limpios. Le dirigió otra de aquellas largas e

inexplicadas miradas.

Luego dijo:

—Stan. Tengo algo que decirte. Vamos a estar juntos largo tiempo, creo, y sería mejor si no hubiera tensiones entre nosotros. ¿Deseas hacerme el amor?

Sorprendido, Stan dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. Que fue:

—Nunca le he hecho el amor a una virgen.

Ella se echó a reír, no alegremente.

—Eso no es problema, Stan. Ya no soy virgen. ¿Cómo piensas que conseguí esta misión?

La única vez que Stan había estado antes con una mujer, cuando ahorró dolorosamente lo suficiente como para estar con una de las chicas menos caras del primo del señor Ozden, no le había enseñado mucho acerca de las artes del amor. Estrella no sabía mucho más que él, pero la inexperiencia no era su único problema. Una Cinco heechee no estaba diseñada para las relaciones sexuales. Tendieron a flotar lejos de los asideros la primera vez que intentó penetrarla.

Pero la experimentación fue bastante agradable de por sí, y finalmente descubrieron que lo que funcionaba mejor era que él fuera hacia ella por detrás, con Estrella doblando los tobillos sobre él mientras él la sujetaba por la cintura con ambas manos. A partir de ahí todo fue bastante rápido.

Luego, aún desnudos, se quedaron juntos, abrazados, sin hablar. Stan lo encontró muy confortable. Su mejilla estaba apretada contra la oreja de ella, su nariz en su aún mojado y dulcemente oloroso pelo. Al cabo de un rato, sin moverse, ella preguntó:

—¿Vamos a ser amigos, Stan?

—Oh, sí —dijo él. Y lo fueron.

Ahora que eran amigos, en especial amigos que jodían, su Cinco ya no parecía tan atestada. Se tocaban a menudo, y de todo tipo de formas: palmadas afectuosas, roces ocasionales al pasar, rápidos besos, dulces caricias que, a menudo, se convertían en más coitos. A Estrella parecía gustarle bastante. A Stan mucho.

Hablaron también. Acerca de cómo podía ser el Núcleo. Acerca de los heechees que podían estar (o no podían estar) todavía allí. Acerca de cómo sería cuando volvieran y recogieran la indudablemente enorme bonificación que les correspondería a los primeros humanos que visitaban a los heechees.

—¡Serán *miles de millones!* —exultó Stan—. Suficientes para tener una propiedad en primera línea del mar como Robinette Broadhead, con sirvientes, y una buena vida..., así como todo el tiempo del mundo para disfrutarla, porque tendremos cobertura médica completa.

—Cobertura médica completa —susurró Estrella, compartiendo su sueño.

—¡Absolutamente! No seremos viejos a los cuarenta y moriremos a los cincuenta y cinco. Viviremos mucho, mucho tiempo y —tragó saliva, consciente de que estaba

aceptando un compromiso— viviremos juntos, Estrella. —Lo cual naturalmente condujo a más tiernos besos, y no tan tierno sexo.

Tenían mucho de qué hablar, incluidos los capítulos de sus vidas anteriores que habían sido omitidos en sus anteriores resúmenes telegráficos. Cuando Stan habló de la muerte de su madre y de lo que había significado para su padre, Estrella tomó su mano entre las suyas y la besó. Cuando le habló de su vida en Estambul se mostró interesada, y más aún cuando le habló de la ciudad en sí, de sus siglos como la más poderosa ciudad cristiana de Constantinopla, de los cruzados cristianos que la habían saqueado, de Justiniano y Teodora y de, bien, la corte bizantina en Bizancio. Todo aquello la fascinó. No sabía nada del imperio bizantino, muy poco de Roma, de sus Césares, sus conquistas, sus siglos de dominio mundial. Para ella todo eso no eran más que excitantes mitos y leyendas, mejores aún porque eran ciertos. O tan ciertos, al menos, como permitía la memoria de Stan.

Por su lado, Stan, por supuesto, sabía menos aún de la América de los nativos americanos, antes de ser subyugados por el hombre blanco y desde entonces. No era la historia americana de la escuela o de las historias de su padre. Esos pueblos, le dijo Estrella —los del lado de su madre— tenían una historia propia. A veces incluso habían construido grandes ciudades, como Machu Picchu y las inmensas estructuras mayas en el sur, y las misteriosas obras de los anasazi. Pero eso, dijo, con voz entre añorante y orgullosa, fue sólo hasta que llegaron los europeos y se apoderaron de sus tierras, y a menudo también de sus vidas, y los empujaron a vidas más duras en reservas, y a interminables batallas en plena retirada, y finalmente a la derrota.

—No ha quedado mucho de ellos, Stan —dijo—. Lo único bueno, aunque realmente tampoco es bueno, ¿verdad?, es que ahora la mayoría de los yanquis son tan pobres como nosotros.

Lo cual el recordó a Stan un enigma por resolver.

—Pero no erais tampoco tan pobres como eso, ¿verdad? Quiero decir, personalmente. Como cuando tuviste tu, esto, accidente. Si le hubiera ocurrido a Tan, o casi a cualquier otro de los que conozco, no hubiera habido ninguna indemnización para financiar tu viaje a Pórtico. ¿Tenías cobertura médica completa o algo así?

Ella se echó a reír, sorprendida.

—No teníamos cobertura médica. Lo que yo tenía era a mi hermano. —Que, dijo, dejó bien claro que iba a matar al pistolero. Cuyo marido de su hermana estaba empleado en el departamento de contabilidad del matadero. Y que hizo malabarismos con los libros para pagarles, sólo para salvar la inútil vida de su cuñado—. Se suponía que era una indemnización por muerte, pero fue una doble trampa. Viví. Luego, cuando ya estuve lo suficientemente bien para viajar, tomé el resto del dinero y lo usé para llegar a Pórtico.

Parecía tan triste cuando hablaba de aquello que Stan no pudo evitar el besarla, lo cual no tardó en conducir a más de aquel agradable hacer el amor. ¿Y por qué no? Después de todo, estaban en una especie de crucero de luna de miel, ¿verdad?

Pasaron los días, diez, doce, veinte. Dormían fuertemente abrazados, y nunca parecían cansarse de ello. El espacio era un poco angosto, por supuesto. Pero los sacos de dormir tamaño universal estaban hechos para un alto y delgado masai o para un corpulento bengalí, y el delgado Stan y la esbelta Estrella encajaban perfectamente en uno de ellos como amantes. A veces tocaban algo de música juntos, extrañas combinaciones de la trompeta de Stan y la flauta de Estrella. A veces hablaban. A veces jugaban a las cartas o leían o simplemente se sentaban haciéndose compañía en silencio. Y a veces Stan tomaba el Mensaje grabado a los heechees —la principal razón de que estuvieran en aquel viaje—, y lo escuchaban, y se preguntaban qué harían los heechees (si los había) con él.

El Mensaje había sido elaborado a toda prisa por Dios sabía quién, alguno de los grandes cerebros de la Corporación Pórtico sin duda, y sin duda con Robinette Broadhead inclinado sobre su hombro. No contenía ninguna narración. No tendría sentido, puesto que era poco probable que los heechees comprendieran algún lenguaje humano. Era sólo sonido y música, primero la sombría *Patética* de Tchaikovski en toda su longitud, luego, para demostrar que los humanos tenían más de un talante musical, la alegre y vivaz *Sinfonía clásica* de Prokofiev.

Pero la mayor parte del Mensaje era imágenes. Los vacíos túneles de los heechees en Venus. Los casi igualmente vacíos corredores de Pórtico, cuando los humanos entraron en ellos por primera vez. Un equipo de prospectores subiendo cautelosamente a una primera Cinco. Otro equipo, sucio del viaje, saliendo de una Tres llevando molinetes de oraciones y otros artilugios heechees. Una imagen de la rueda de la galaxia, vista desde arriba, con una flecha señalando la posición de la Tierra en el Brazo de Orión. Un globo que giraba lentamente, la propia Tierra. Rápidos *flashes* de ciudades humanas: Nueva York, Tokio, Londres, Roma. Fotos de gente haciendo cosas: pintando paisajes, manejando un tractor, mirando a través de un telescopio, con mascarillas asistiendo a un parto en un hospital donde un nuevo bebé estaba viniendo al mundo. Luego cosas que ni Estrella ni Stan habían visto nunca antes. Había una serie de fotos de un enorme objeto flotando, luego de una gigantesca cámara de forma ahusada, paredes azules de metal heechee con una extraña y gran máquina achaparrada sobre ruedas de tractor en medio de ella.

—La Factoría de Comida y esa otra cosa —supuso Stan. Luego pasadizos interiores y un par de, ambos contuvieron el aliento, extrañas criaturas peludas que parecían casi humanas y que tenían que ser los primitivos que Broadhead había descubierto allí. Y, al final, la foto de la galaxia de nuevo, con una diminuta imagen de una Cinco heechee que seguramente quería indicar que era su propia nave, avanzando lentamente desde el Brazo de Orión hacia el Núcleo.

Cuando terminó —por cuarta o quinta vez—, Stan estaba acariciándose pensativamente el lugar donde había estado su pequeño bigote hasta que Estrella le convenció de que se lo afeitara. Habían estado mirando con los brazos entrelazados.

Él bostezó, y eso la hizo bostezar a ella también, porque ambos estaban soñolientos. Ella se agitó ligeramente para buscar una mejor posición, pero sin alejarse de él, mientras observaba que él miraba fijamente sus montones de provisiones.

—¿Qué ocurre, Stan? —preguntó.

—Parece que va a ser un largo vuelo —dijo él pensativamente—. No sé si nadie habrá ido hasta tan lejos antes.

Ella intentó tranquilizarle.

—A veces los vuelos más cortos son los que toman más tiempo, y al revés también. Con las naves heechees nunca puede saberse.

—Supongo que sí —dijo él, girando la cabeza para besarle la oreja de la forma que a ella le gustaba. Ella se agitó y adelantó los labios, y aquello fue mejor que cualquier seguridad.

Porque Stan se sentía feliz con Estrella. Pensó en ello mientras se dejaba acunar por el sueño. Nunca había sido más feliz en su vida que en este minuto. Así que, ¿por qué preocuparse acerca de cuánto tiempo iba a durar el viaje cuando no deseaba que terminara nunca, se sentiría contento de que durara mucho, mucho tiempo?

Pero no lo hizo.

Terminó aquel día, casi en aquel mismo momento, cuando los besos se convirtieron en caricias pero antes de que empezaran a quitarse la ropa el uno al otro, y terminó de una forma sorprendente.

El gran serpentín de impulsión no ofreció ninguna advertencia. Fue aquella otra cosa, el achaparrado artilugio en forma de cúpula cuya finalidad nunca les había sido explicada en términos que tuvieran sentido. Empezó a murmurar y a brillar, luego a gruñir, después empezó a chillar en un tono cada vez más agudo hasta que ya no pudieron oírlo, mientras el brillo se hacía más intenso. Luego, finalmente, el serpentín impulsor entró en acción, y empezó a brillar también hasta adquirir un blanco incandescente que dolía a los ojos, con girantes franjas como las del anuncio de una barbería, en ardiente rojo y amarillo cromo. Empezó a estremecerse. O la nave lo hizo. Stan no pudo decirlo porque él estaba temblando también, de una forma que era más terrible que cualquier otra cosa que hubiera experimentado nunca. Ya no sentía sueño mientras se aferraba a Estrella...

Luego, sin advertencia previa, todo cesó.

Estrella se soltó de los brazos de Stan y conectó los ojos exteriores. Detrás de ellos había una alarmante extensión de moteado azul pálido. Ante ellos, un cielo de increíbles estrellas, tantas de ellas, tan brillantes, y muy cerca un gran dodecaedro metálico, doce lados simétricos, cada uno con un pequeño hueco en su centro. Su nave avanzaba a terrible velocidad hacia uno de los huecos y se alojó en él. Antes de que Stan y Estrella pudieran moverse, la compuerta de la nave fue abierta desde fuera.

Algo parecido a un velludo esqueleto animado les estaba mirando.

—Supongo que debe de ser un heechee —susurró aturdidamente Estrella.

Y, por supuesto, lo era. Y aquel fue el principio del más largo, increíblemente más largo, día en la vida de Stan.

10

Nada en los diecisiete años de vida de Stan lo había preparado para ser recibido por una criatura alienígena de otro planeta. Retrocedió a los relatos que había leído en su infancia. Alzó las manos por encima de la cabeza y declamó:

—Venimos en son de paz.

En esos viejos relatos había parecido funcionar. En el mundo real no lo hizo. El heechee retrocedió presa de un obvio pánico. Un largo gemido ululante brotó de su extrañamente formada boca, y se dio la vuelta para echar a correr.

—Mierda —dijo Stan desalentado, mirándole. Estrella sujetó su brazo.

—Lo hemos asustado —dijo.

—Apuesto a que sí. ¡Y él me ha asustado a mí!

—Sí, pero tenemos que demostrarle que somos amigos. ¿Quizá debamos empezar a pasar el Mensaje para él?

Parecía una buena idea. Al menos Stan no tenía ninguna mejor, pero mientras estaban intentando poner en marcha el reproductor el heechee volvió corriendo. Esta vez traía consigo a todos sus amigos. Eran media docena de criaturas, vestidas con batas cortas con curiosos objetos parecidos a vainas colgando entre sus piernas..., ¿suspensorios de tamaño gigante? ¿Bolsas de herramientas? Stan fue incapaz de adivinarlo. Las criaturas charloteaban agitadamente entre sí mientras avanzaban, y no perdieron tiempo. Uno de ellos alejó de una palmada la mano de Estrella del reproductor mientras un par de los otros sujetaban a Stan. Eran sorprendentemente fuertes. Iban armados. Más o menos armados, al menos; varios de ellos llevaban todo un surtido de cuchillos: brillante metal azul o dorado, algunos curvados como un escalpelo, todos ellos de aspecto peligroso. En especial cuando uno de los heechees sostuvo un cuchillo con su extremadamente afilada punta casi tocando el globo del ojo derecho de Stan y tiró de él hacia la salida.

—¡No te resistas! —gritó Estrella, cautiva también de la misma forma.

No lo hizo. Se dejó arrastrar sin resistirse a una cámara más amplia: paredes de metal azul veteadas de rojo, máquinas y muebles inidentificables esparcidos un poco por todos lados. Cuando cruzaron el umbral Stan tropezó, tomado por sorpresa por el repentino regreso de su peso; estaban de nuevo en gravedad, no tan fuerte como la de la Tierra quizá, pero suficiente para hacerle trastabillar contra su captor. Echó la cabeza hacia atrás justo a tiempo de evitar que la hoja le hiciera perder un ojo. El

heechee con el cuchillo chirrió una advertencia, pero Stan no intentaba buscarle ningún problema. Ni siquiera cuando él y Estrella fueron arrastrados contra una pared y encadenados, brazos y piernas en cruz, a lo que muy bien podían ser percheros. O estatuas. O cualquier otra cosa, pero lo suficientemente sólida como para retenerles.

Las cosas empezaron a precipitarse. Estaban llegando más heechees a la carrera, todos ellos charloteando agitadamente a plena voz. Mientras un grupo de ellos desaparecía dentro de la Cinco, otros empezaron a usar sus cuchillos para cortar la ropa de los cautivos.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo? —chilló Stan, pero los heechees ni se preocuparon en comprender. No dejaron de hacer tampoco lo que estaban haciendo. A medida que era cortado cada trozo de sus prendas, incluso la ropa interior, era examinado y olido y llevado a alguna parte para su estudio.

A medio camino de todo aquel proceso Estrella dejó escapar un brusco grito cuando uno de aquellos cuchillos mordió su muslo. El heechee que lo empuñaba saltó hacia atrás, sorprendido.

—¡Ve con cuidado con ella! —gritó Stan, pero ni siquiera le miraron. El del cuchillo chirrió una orden; otro extrajo un pequeño recipiente de metal y recogió la gota de sangre que brotaba de la herida—. ¿Estás bien? —preguntó Stan, de pronto más furioso y solícito que asustado.

—Sólo es un rasguño —dijo ella; luego añadió, incómoda—. Pero tengo que orinar.

No parecía haber ninguna forma de comunicar aquella urgencia a sus captores, suponiendo que a los heechees les hubiera importado en caso de haberla habido; pero no parecían interesados en ninguna necesidad o deseo de sus prisioneros. Más y más heechees se estaban agrupando en la habitación, chillándose sin cesar unos a otros. Cuando apareció uno que llevaba una túnica más llamativa que las de los demás, sedosa y estriada en oro, hubo un momentáneo silencio, luego empezaron a hablarle todos a la vez. El recién llegado tenía un aspecto como muy cansado, como alguien que acaba de ser despertado de un profundo sueño por una noticia desagradable. El recién llegado escuchó sólo un momento antes de hacer un gesto reclamando silencio. Restalló lo que pareció como una orden, luego alzó una esquelética mano hacia sus delgados labios y empezó a hablar en lo que parecía como un gran anillo en su dedo.

Los heechees estaban empezando a salir de la Cinco transportando cosas: ropa de repuesto, paquetes de comida y, muy torpemente, la trompeta de Stan. Hubo un cierto parlotear sobre ella mientras era presentada al que llevaba el micrófono en el anillo. La estudió durante unos instantes, luego emitió más órdenes. Otro heechee corrió hacia adelante con lo que parecía un estetoscopio y lo aplicó a la trompeta, aquí, allá, por todas partes, escuchando preocupado e informando al líder.

Un momento más tarde hubo un repentino chillar procedente del interior de la Cinco, y Stan oyó el sonido familiar de los compases de obertura de la Sexta Sinfonía de Tchaikovski.

—¡Escucha, Stan, han conectado el Mensaje! —exclamó alegremente Estrella—. ¡Quizás ahora todo vaya bien!

Pero no todo estaba yendo bien. De hecho, no iba en absoluto bien. Si los heechees extrajeron algún sentido del Mensaje, lo cual no parecía probable, no daba la impresión de que les tranquilizara.

Stan fue incapaz de decir cuánto tiempo permanecieron colgados allí, siendo hurgados y palpados y examinados. Pareció mucho tiempo. Estaba preocupado por él, pero todavía estaba más preocupado por Estrella. De tanto en tanto le dedicaba vacías palabras tranquilizadoras. Ella le respondía animosamente.

—Todo irá bien, Stan —dijo, y luego, con un tono diferente—: Oh, *maldita sea*.

Stan vio el problema. Aunque había estado apretando sus rodillas tan fuerte como pudo, su vejiga no podía resistir más. La orina estaba resbalando hacia abajo por sus piernas. Entre los heechees esto produjo una nueva oleada de excitación, mientras uno de ellos corría a buscar un recipiente para recoger algunas gotas para su estudio.

Lo que Stan sintió fue vergüenza —por el azaramiento de la muchacha— y un repentino estallido de rabia ante aquellos toscos y despreocupados heechees que habían ocasionado todo aquello; y aquél fue el final de la primera hora del largo, largo día de Stan.

Luego, por ninguna razón que Stan pudiera apreciar, las cosas mejoraron, y mejoraron muy aprisa.

El heechee con la ropa bordada con oro se había ido a hacer lo que tuvieran que hacer los jefes heechees. Ahora regresó, resoplando con aires de importancia mientras impartía órdenes en todas direcciones. Cuando se acercó a Estrella Stan se tensó en sus cadenas, esperando alguna nueva indignidad. No ocurrió eso. El heechee alzó una amplia mano con los dedos extendidos y palmeó su mejilla.

¿Significaba esto un gesto tranquilizador de alguna clase? Evidentemente sí, vio Stan, porque otros heechees se apresuraron hacia ellos para librarles de sus cadenas, con el jefe heechee charloteando con ellos todo el tiempo. Stan no escuchó. Tambaleándose ligeramente —las cadenas le habían cortado la circulación, y pesaba menos de lo que esperaba allí—, se dirigió hacia Estrella. Desnudos como estaban, se abrazaron mientras el heechee se los quedaba mirando con benévola fascinación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stan al aire. No esperaba ninguna respuesta. Y no obtuvo ninguna, a menos que lo que ocurrió a continuación fuera una respuesta. Un par de heechees se dirigieron hacia ellos, uno llevando algunos trozos de su arruinadas ropas, como para disculparse o explicarse, el otro con un par de batas heechees como reemplazo, haciendo gestos de que se las pusieran.

Las prendas no les encajaban en absoluto. Los seres humanos eran mucho más gruesos de delante a atrás que las aplastadas figuras de los heechees. De todos modos, ver cubierta su desnudez ante aquellos extraños seres hizo que Stan se sintiera mejor.

Lo que no hizo fue conseguir que comprendiera lo que estaba ocurriendo. No era porque los heechees no estuvieran haciendo todo lo posible por explicarse. Estaban

gorjeando, haciendo gestos, intentando hacerse comprender, pero sin un lenguaje en común no estaban yendo muy lejos.

—Al menos ya no somos espetados como un cerdo por Navidad —ofreció esperanzadamente Estrella, sujetando la mano de Stan. Así era. Se les permitió recorrer libremente la cámara, con los atareados heechees afanándose a su alrededor haciendo sus cosas.

—Me pregunto si nos dejarán volver a la nave —dijo Stan, mirando dentro. Un par de heechees estaban pasando de nuevo el Mensaje, sujetando lo que podía muy bien ser una cámara para grabar lo que mostraba. Otro palmeó animosamente el hombro de Stan mientras estaba junto a la entrada.

Lo tomó como permiso para entrar.

—Probémoslo —dijo, abriendo camino. Nadie interfirió, pero Estrella jadeó cuando vio lo que le habían hecho a su Cinco. La mayoría de las partes móviles habían sido retiradas, y dos heechees estaban atareados en los accesorios de la parte delantera.

Estrella se armó de valor.

—¡Fuera! —ordenó, agitando los brazos para indicar lo que quería decir. Los heechees se miraron el uno al otro por un momento, luego obedecieron.

Aquello significaba una diferencia. El servicio había sido desmontado en parte, pero todavía funcionaba. Un poco más limpios y mucho más confortables, Stan y Estrella se ocuparon de sus siguientes necesidades: tenían hambre. Era imposible usar el equipo de preparación de la comida, porque estaba hecho pedazos, pero entre las cosas que habían sido sacadas de la Cinco hallaron un paquete de galletas que podían comerse tal cual, y agua. Cada movimiento que hacían era observado por los heechees con interés y aprobación.

Luego el jefe heechee volvió, trayendo consigo un aparato que parecía una videopantalla portátil. Uno de los heechees tocó algo, y apareció una imagen.

Estaban mirando a un heechee masculino que les hablaba excitadamente..., y, por supuesto, de una forma incomprensible para los humanos. Detrás de él se veía el interior de una nave heechee, pero no ninguna nave que Stan hubiera visto nunca antes. Era mucho más grande incluso que una Cinco, y el único objeto familiar en ella era una de aquellas maquinarias en forma de cúpula que los había llevado hasta el Núcleo.

Entonces el heechee en la pantalla empezó a hacer gestos. La pantalla se amplió, y vieron algo más que les era familiar.

—Madre de Dios —susurró Estrella—. ¿No es ése Robinette Broadhead?

Era Broadhead. Estaba sonriendo ampliamente, y estaba tocando al heechee en la pantalla, ofreciéndole la mano, que el heechee aceptaba torpemente.

Al lado de Stan, el jefe heechee estaba palmeando con entusiasmo su hombro con su mano abierta. Parecía ser un gesto de disculpa, y Stan se lo devolvió, vacilante. El hombro del heechee era cálido pero óseo, y el heechee parecía estar sonriendo.

—Bien —dijo Estrella, pensativa—. Parece que ahora todos somos amigos. —Y ése fue el fin de la segunda hora de aquel largo día.

Era bueno ser amigos, mejor haber tenido una posibilidad de comer y beber algo y hacer sus necesidades, mucho mejor ser libres. Lo que Stan deseaba realmente era un poco de sueño, pero no parecía haber muchas posibilidades de eso. El heechee seguía intentando decirles cosas mediante el lenguaje de signos; ellos seguían sin entender. Cuando el jefe heechee se acercó, llevando inquisitivamente la trompeta de Stan, éste captó de inmediato el mensaje.

—Es una trompeta —les informó. Repitió la palabra un par de veces, tocando el instrumento con las manos, luego desistió—. Espera, déjame mostrártelo —dijo, y tocó una escala, y luego un par de compases de la versión de Cab Calloway del «St. Louis Blues». Todos los heechees saltaron hacia atrás, luego hicieron gestos animándole a tocar más.

Eso era tan lejos como Stan estaba dispuesto a ir. Agitó negativamente la cabeza.

—Estamos *cansados* —dijo, demostrándolo con el expeditivo método de cerrar los ojos y descansar su mejilla sobre sus manos dobladas—. *Dormir*. Necesitamos *descansar*.

Estrella tomó el relevo. Hizo una seña al heechee más cercano, lo condujo hasta la entrada de la Cinco y señaló sus tarimas de dormir, ahora vacías. Tras muchos más gestos los heechees parecieron captar la idea. Un par de ellos se alejaron corriendo, y el jefe heechee les hizo señas de que le siguieran. Abandonaron la gran cámara que había sido todo lo que habían visto del mundo de los heechees y siguieron al líder por un corto corredor. Sus paredes, vio Stan, parecían ser todavía de metal heechee, pero con un veteado rosa en vez del familiar azul. Se detuvieron ante una cámara. Un heechee que les aguardaba les mostró las ruinas de sus sacos de dormir, luego señaló esperanzadamente dentro de la estancia. Había dos montones de algo, uno al lado del otro, en el suelo. ¿Camas? Evidentemente sí. Los heechees cerraron la puerta tras ellos, y Estrella se echó inmediatamente sobre uno de los montones. Cuando Stan siguió su ejemplo fue más como hundirse en un montón de hojas secas que en ninguna cama en la que jamás se hubiera acostado. Pero no era incómoda y, lo mejor de todo, era plana y horizontal, y nadie le estaba charloteando.

Se estiró agradecido y cerró los ojos...

Pero sólo por un momento.

Casi al instante fue despertado cuando la puerta se abrió de nuevo. Era el jefe heechee, charloteando excitado y haciendo insistentes señas.

—Oh, infiernos —murmuró Stan. Las cosas ocurrían terriblemente aprisa en aquel lugar; pero ambos se levantaron y siguieron al heechee. Más lejos esta vez, a lo largo del corredor rosa y luego de otro coloreado en oro. Se detuvieron en una cámara como aquélla en la que habían entrado la primera vez, donde media docena de heechees charloteaban y señalaban hacia una compuerta.

—Creo que están intentando decirnos que se acerca otra nave —dijo Estrella.

—Espléndido —gruñó Stan—. Pero hubieran podido dejarnos dormir un poco más.

No tuvieron que aguardar mucho. Hubo un débil sonido de metal contra metal en la compuerta exterior. Uno de los heechees, que contemplaba una pantalla de color al lado de la compuerta, aguardó sólo un momento, luego la abrió. Entraron un par de heechees, hablando excitadamente con los igualmente excitados que habían acudido a su encuentro, y luego un par de humanos.

¡Humanos! También estaban hablando, pero con quienes hablaban era con los heechees. En su propio idioma heechee. Y luego uno de los humanos recién llegados vio a Stan y Estrella. Sus ojos se desorbitaron.

—Jesús —dijo, incrédulo—. ¿Quiénes demonios sois vosotros?

¿Y quién demonios era *él*? Era alguien llamado Lon Álvarez, uno de los ayudantes personales de Robinette Broadhead, y tan pronto como Stan le dijo sus nombres hizo chasquear sus dedos.

—Los chicos que partieron de Pórtico inmediatamente después del descubrimiento, seguro. Tengo entendido que todo el mundo os daba por muertos.

—Bien, pues no es así —dijo Estrella—. Sólo estamos mortalmente cansados.

Pero Stan experimentó una repentina sensación de culpabilidad. ¿Todo el mundo pensaba que estaban muertos? Así pues, eso es lo que les habrían dicho a Tan, y a Naslan.

—¿Hay alguna forma en que podáis comunicaros con Pórtico? Porque si la hay, será mejor enviarles un mensaje inmediatamente.

Lon Álvarez lanzó a Stan una mirada dubitativa y desconcertada.

—¿Un mensaje a quién?

—A las autoridades de Pórtico, por supuesto —restalló Stan—. Esperarán saber algo de nosotros.

Álvarez miró a los heechees, luego de nuevo a Stan.

—No creo que estén exactamente esperando. —Su voz se hizo por un momento formal—. Supongo que sabes que nos encontramos en un agujero negro.

—¿Un agujero *negro*? —Stan parpadeó al hombre, y oyó a Estrella jadear a su lado.

—Exacto. Esto es el Núcleo, ¿sabes? Un enorme agujero negro, donde fueron a ocultarse los heechees hace mucho tiempo, y dentro de un agujero negro existe la dilatación temporal. —Miró a Stan para ver si lo estaba siguiendo, pero la velada mirada de Stan no era muy reconfortante. Álvarez suspiró—. Eso significa que las cosas van más lentas en un agujero negro. En éste, la dilatación se extiende aproximadamente en una proporción de cuarenta mil a uno, ¿sabes? Lo cual quiere decir que ha pasado un montón de tiempo ahí fuera mientras vosotros estabais aquí. ¿Cuánto? Bueno, cuando nosotros partimos debían de haber transcurrido, déjame ver,

unos once años.

11

Cuando Stan y Estrella ya no pudieron resistir más volvieron tambaleantes a aquellas extrañas camas heechees. No hablaron; había demasiado cosas y demasiado intimidantes que decir, y ningún lugar adecuado para ello.

Estrella se durmió al instante, pero no Stan. Su cabeza estaba demasiado llena de cálculos, y todas las sumas eran intimidantes. ¡El hombre había dicho cuarenta mil a uno! ¡Bien, eso significaba que cada minuto que transcurría allí en el Núcleo de los heechees era más de un *mes* en el mundo exterior! ¡Una hora era cinco *años*! Un día sería más de un siglo, una semana sería...

Pero entonces no pudo seguir negando la fatiga. Se sumió en un sueño inquieto, pero no duró mucho. Había demasiadas cosas atormentando sus sueños. Pero cuando despertó lo suficiente para tender la mano hacia Estrella su cama estaba vacía, y ella no estaba en la cámara.

Stan se puso tambaleante en pie y fue en su busca. Era urgente que la encontrara. Más urgente aún, deseaba que ambos subieran de nuevo inmediatamente a su Cinco, si todavía funcionaba después de todo lo que los heechees le habían hecho, y encaminarse de vuelta a casa..., antes de que todo el mundo al que conocían hubiera muerto y desaparecido.

Estrella no estaba en el pasillo, aunque había voces que llegaban de alguna parte, muchas de ellas. No estaba en la estancia por la que habían entrado tampoco, aunque había allí muchos heechees con aspecto muy atareado, Stan fue incapaz de decir en qué. Uno de los heechees pareció apiadarse de él. Condujo a Stan, charloteando alegremente, con profusión de aquellas tranquilizadoras palmadas en el hombro, a otra cámara de entrada distinta. Era todavía mayor y estaba mucho más concurrida, con un flujo constante de heechees yendo y viniendo por la compuerta a una nave amarrada. El guía condujo a Stan a la puerta y le empujó suavemente dentro.

La nave era la más grande que jamás hubiera visto, y estaba llena de gente, tanto humanos como heechees. Cuando uno de los humanos alzó los ojos vio que era Estrella, y que estaba hablando —sí, al parecer hablando— con un heechee. Le hizo señas de que se acercara y le tendió un frasco de algo de color amarronado oscuro.

—Es café, Stan —dijo con placer—. Han traído una gran cocina en la nave inmigrante. ¿Quieres un poco?

—Por supuesto —dijo con aire ausente, mirando al heechee. Incongruentemente, la criatura llevaba un sombrero tejano, una camiseta con la leyenda «Bienvenido a

Houston», y lo que parecían unas botas de *cowboy*. Tendió una afable mano a Stan.

—Es estupendo verle de nuevo, señor Avery —dijo, ¡en inglés!—. ¿Qué, no me recuerda? Soy el Guardián de la Puerta. Estaba a cargo de la esclusa de entrada cuando llegaron usted y la señorita Pancorbo. —Y añadió orgulloso—: Fui con el primer grupo nuestro que salió Fuera, tan pronto como vimos lo que estaba ocurriendo.

—Encantado de verle de nuevo —dijo Stan débilmente—. Usted, esto, habla muy bien el inglés.

El Guardián de la Puerta hizo un gesto modesto con sus esqueléticas manos.

—Pasé cuatro años en el planeta de ustedes, así que tuve tiempo más que suficiente de aprender. Luego, cuando esta nave de inmigrantes partió, decidí volver a casa. —Alguien le estaba charloteando urgentemente en el lenguaje de los heechees. Respondió brevemente, luego suspiró—. Será mejor que vuelva al trabajo. ¡Toda esa gente nueva! Mi segundo al mando está realmente desbordado. Y me siento ansioso por ver a mi familia también. Ha sido mucho tiempo para mí..., ¡aunque ellos ni siquiera se habrán dado cuenta de que me fui!

12

Cuando Stan intentó recordar aquel muy largo día, aquellos cuarenta mil días en un solo día, sus acontecimientos y descubrimientos pasaron alocadamente por su cabeza como abejas furiosas cuando es atacada su colmena. Las sorpresas eran demasiadas y demasiado grandes. La nueva nave era una nave de construcción *humana*, aunque usando la tecnología impulsora heechee. Los humanos que la ocupaban eran *inmigrantes* que habían acudido al Núcleo para visitar a los heechees durante algunos días o semanas (¡o siglos!), y aquella misma nave iba a volver inmediatamente a por más. La Puerta —el dique flotante por el que habían entrado— hormigueaba con otros humanos de naves anteriores, aguardando el transporte que los llevaría a uno de los planetas heechees que se exhibían para que eligieran. Algunos de ellos eran dignatarios de la Corporación Pórtico o de una de las naciones de la Tierra, que acudían a abrir embajadas de la raza humana entre los heechees. Algunos eran simplemente gente a la que no le gustaba la vida que llevaba en la Tierra y que habían saltado a la oportunidad de una nueva vida en el Núcleo.

—Como nosotros, Stan —le dijo Estrella mientras él intentaba captarlo confusamente todo—. Como todos los que iban a Pórtico, y que siguen yendo para conseguir allí lo que desean. Los heechees están ansiosos por conocernos, Stan. Cada ser humano que llega aquí va a vivir como un rey. —Y entonces añadió, preocupada—: Bebe tu café, cariño. Creo que han puesto algo en él para despertarnos. Lo necesitarás.

Lo necesitaba. Lo despertó. Cuando Stan hubo engullido su segunda taza el cansancio había desaparecido y su mente funcionaba a toda velocidad.

—¿Qué quieres decir con eso de vivir como un rey? —preguntó.

—Lo que he dicho, Stan —dijo ella pacientemente..., o no tan pacientemente; también estaba en sobremarcha, sus ojos brillaban de una forma que Stan nunca había visto antes—. Nos están *dando la bienvenida*, Stan. Quieren saberlo *todo* sobre la raza humana. Están fascinados por la idea de que poseemos diferentes países y culturas y todo eso. Cuando le hablé al Guardián de la Puerta de las manadas de bisontes me suplicó que fuera a su planeta y les hablara de ello..., parece que se lo perdió cuando estuvo en la Tierra. Dice que nos facilitarán nuestro propio hogar, y un hogar *maravilloso* también, y..., y no creo que sepan nada acerca de Estambul tampoco, o de la historia humana, y desearán oírte contarle todo...

Pero Stan estaba negando con la cabeza.

—No tenemos tiempo —anunció.

Estrella se interrumpió en seco, mirándole por debajo de sus párpados entrecerrados.

—¿Por qué no lo tenemos? —preguntó, apagado bruscamente su entusiasmo.

—Porque tenemos que estar en esta nave cuando parta de vuelta, Estrella. Tenemos que salir de aquí mientras todavía somos noticia, las primeras personas que han vuelto del Núcleo. ¿Puedes imaginar lo que valdrá eso? No sólo la bonificación, aunque apuesto que será *enorme*, ¡sino que seremos famosos! ¡Y ricos, con cobertura médica total y todo lo demás! —Entonces se le agotó el fuelle, y miró al rostro de Estrella, intentando leer su expresión—. ¿No ves lo que nos estamos perdiendo, Estrella?

—Cobertura médica completa —dijo ella contemplativamente—. Largas y ricas vidas.

Él asintió con vigor.

—¡Exacto! Y el tiempo está pasando para nosotros. ¡Tenemos que volver ahora mismo!

Estrella tomó la mano de él y la apretó contra su mejilla. Dijo simplemente:

—¿Por qué?

Él la miró parpadeando.

—¿Qué quieres decir, por qué?

—Bueno, Stan —dijo ella razonablemente—, no hay ninguna prisa, ¿verdad? ¿Qué conseguiremos volviendo que no consigamos aquí?

—Nuestros amigos... —empezó a decir él, pero ella negó con la cabeza. Besó su mano antes de soltarla y dijo:

—¿Has tenido en cuenta el tiempo, querido? Nuestros amigos se hacen viejos, quizás ahora ya hayan muerto. Deseabas vivir mucho, mucho tiempo. Ahora lo estás haciendo. —Sintió piedad ante la expresión en su rostro y lo abrazó fuertemente—.

Además —dijo con voz persuasiva—, hemos recorrido todo este camino. Mientras estemos aquí, podremos ver cómo es este lugar.

Stan halló finalmente las palabras.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho, si es eso lo que quieres. Una semana a dos...

—¡Estrella! Eso será..., ¿cuánto? ¡Un millar de años o más!

Ella asintió.

—Y por aquel entonces quizá valga la pena volver.

Serie del Centro Galáctico

Gregory Benford

In the Ocean of Night (1977)

(*En el océano de la noche*, Ed. B)

Across the Sea of Suns (1984)

(*A través del mar de soles*, Ed. B)

Great Sky River (1987) (

Gran río del espacio, Ed. B)

Tides of Light (1989)

(*Mareas de luz*, Ed. B)

Furious Gulf (1994) (

Abismo frenético, Ed. B)

Sailing Bright Eternity (1995)

(*Navegante de la luminosa eternidad*, Ed. B)

La serie comprende seis novelas, compuestas a lo largo de veinticinco años. Los acontecimientos se sitúan desde principios del año 2000 al 37518 d. C., un inmenso lapso de tiempo impuesto debido a que su foco central, nuestro centro galáctico, se halla a 28.000 años luz de distancia, y los personajes tienen que alcanzarlo para tomar parte en los grandes acontecimientos de la galaxia.

Pero también deseaba transmitir las enormes escalas tanto de tiempo como de distancia que implica la galaxia. Somos efímeras en el escenario iluminado por las estrellas, y la ciencia ficción debería de recordar esto.

En *En el océano de la noche*, publicada en 1977, exploré nuestro descubrimiento de que la vida basada en los ordenadores parecía dominante a lo largo de toda la galaxia. Un astronauta británico en el programa espacial de la NASA, Nigel Walmsley, había descubierto las implicaciones de que las «máquinas de sumar evolucionadas», como él las llamaba, habían heredado las ruinas de las antiguas sociedades alienígenas derivadas de forma natural. Nos dábamos cuenta de esto descubriendo los restos de una nave en la Luna, y debido a una máquina errante de una antigua sociedad interestelar que entra en el sistema solar para estudiarlo.

A través del mar de soles sigue a Walmsley en la primera expedición interestelar tripulada. Atraídos por la curiosidad, los seres humanos desean saber más sobre las más cercanas estrellas, donde hay alienígenas con muy extrañas propiedades. Allí Walmsley descubre que los naturales —seres orgánicos como nosotros— han sido aniquilados o al menos grandemente impedidos por las penetrantes sociedades máquina de la galaxia.

Durante este vuelo la Tierra es invadida por una especie oceánica, como método

que utilizan las civilizaciones basadas en la máquina para desorganizar cualquier sociedad natural avanzada. Tan pronto como otros saben de nuestra presencia, buscan eliminarnos, puesto que temen a los rivales naturales. La novela concluye con un reducido grupo de gente restante, entre ellos Walmsley, capturando una sofisticada nave interestelar. Se encaminan hacia el centro galáctico para descubrir lo que está ocurriendo.

En nuestro núcleo galáctico, a unos escasos años luz del centro exacto, hay *un millón* de estrellas dentro de un solo año luz. ¡Imaginen tener varias estrellas tan cercanas que con su brillo apagan el de la luna!

Peor aún, el centro galáctico era el lugar obvio para buscar las máquinas. Violentos rayos gama, nubes ardientes y procesos enormemente energéticos dominan la restallante actividad.

Gran río del espacio se abre en este paisaje; el título se refiere al antiguo nombre indio norteamericano de la Vía Láctea. Su figura central es un hombre llamado Kileen, que huye con su familia Bishop a través de un paisaje en ruinas. Su cielo está dominado por el agujero negro del Auténtico Centro, que su gente llama el Comilón de Todas las Cosas..., aunque no saben exactamente por qué.

En este asolado panorama los seres humanos han caído en desgracia. Aunque la expedición conducida por Walmsley alcanzó el Centro y se salió con bien, edificando una considerable civilización, no pueden eludir la superioridad de las máquinas. Persiguiéndoles hay un enigmático mec, o máquina, el mantis, que considera a los seres humanos como una especie en peligro cuya extinción es inevitable. Desea registrar lo que considera valioso de las pocas sociedades restantes. Desde que los humanos vivían en inmensas estaciones espaciales llamadas Candeleros no han estado en buenas relaciones con los mecs.

Los Bishop huyen de su mundo natal, Nieveclara, con la esperanza de hallar refugio y una solución a los muchos enigmas acerca de la auténtica naturaleza de los mecs más cercanos al agujero negro. En la cuarta novela, *Mareas de luz*, alcanzan otro planeta y forman una alianza con otra especie orgánica, también amenazada por los implacables mecs. También conocen a otros tipos de mecs. Máquinas que pueden reproducirse a sí mismas caerán inevitablemente bajo las leyes de la selección natural y se especializarán para utilizar recursos locales. Toda la panoplia de la biología se recapitulará: parásitos, depredadores, presas.

Los Bishop se enfrentan a todo esto mientras intentan sondear los enigmáticos mensajes de una inteligencia alojada en las bandas magnéticas que cruzan el Centro. Hablan de un lugar, la Cuña, donde los seres humanos pueden hallar refugio y quizá descubrir la legendaria Biblioteca Galáctica, que comprende una historia de toda la galaxia.

En la quinta novela, *Abismo frenético*, entramos en el abismo alrededor del poderoso agujero negro, y vemos otro tipo de abismo, el que existe entre inteligencias nacidas de reinos diferentes. Nuestra preocupación humana con la mortalidad y el

individualismo como un rasgo de las criaturas biológicas es innecesaria entre inteligencias que nunca han tenido que pasar a través de nuestro filtro darwiniano.

Si podemos copiarnos indefinidamente a nosotros mismos, ¿por qué preocuparnos acerca de una copia en particular? ¿Qué tipo de sociedad emergería de tales orígenes? ¿Qué pensaría de nosotros, nosotros los naturales, aún cojeando a causa de nuestro destino biológico?

Un tema que emerge lentamente en estas novelas, pues, es cómo la inteligencia depende del «substrato», tanto en humanos evolucionados como en máquinas adaptativas, ambas encarnando la inteligencia, pero con estilos ampliamente distintos.

Desde la segunda novela no hemos visto a Nigel Walmsley, aunque hay indicios de que estaba activo cerca del Auténtico Centro mucho antes. Buena parte de la historia resuena con ruinas y enigmáticos mensajes. Descubrir y entrar en la Cuña aporta finalmente signos de los humanos que han resistido contra los mecs, aunque en un espaciotiempo asombrosamente curvado (el s-t, o esty).

Navegante de la luminosa oscuridad, el sexto libro, terminado en 1995, reúne a todos los principales personajes de la serie. En la Cuña descubren que los propios seres humanos han estado transmitiendo información que no sabían que tuvieran, un dato crucial para impedir que los mecs borren toda vida natural.

Han transcurrido veinticinco años desde que empecé con *En el océano de la noche*, y nuestra visión del centro galáctico ha cambiado enormemente. Algunas partes de los primeros dos libros, especialmente, no son representativas de las actuales corrientes de pensamiento. El error va con el territorio.

Los temas de la serie se resuelven a favor de la humanidad como única merecedora de ser salvada, incluso en una galaxia tan hostil como la imaginada por mí. Pero sospecho que si la vida natural es tan loca y vulnerable como parece ser, muy posiblemente las máquinas heredarán la galaxia, y se sentarán absortas al contemplarnos con fría indiferencia desde lejos.

Esta historia añadida se ocupa de una cuestión esencial formulada a los seres humanos al principio de su declive, hacia el 36000 d. C. También revela varios aspectos de los temidos mantis para los que nunca hallé lugar en las novelas.

—Gregory Benford

Hambre de infinito

Gregory Benford

La muerte vino sobre dieciséis patas.

Si es posible tener un aspecto sereno mientras algo angular y ominoso te está arrastrando fuera de tu escondite, una cosa con púas y dura y con una pata-inyector

fuertemente clavada contra tu garganta..., entonces Ahmihi estaba sereno.

Había sido el ejecutivo de la Asamblea Noachiana durante décadas y conocía este rincón del Candelero Roque igual que su lengua conocía su boca. O más exactamente, porque el Candelero era grande y vasto, igual que los vientos conocen un mundo. Pero no conocía esta clase de liso y sombrío metal que gravitaba sobre él.

Se sintió alzar, dislocado. Un dolor estalló amarillo en su sensorio, la esfera corporal/electrónica de sensaciones que le envolvía. Detrás de esta agonía multicolor llegó un resonante mensaje, no hablado sino implantado en su flotante sentido del mundo a su alrededor.

Deseo «hablar»..., transmitir significado lineal.

—Ajá, ¿y tú eres...? —intentó darle un aire intrascendente y no lo consiguió, su voz brotó en un seco jadeo.

Soy una inteligencia antología. Colapso mi habla holográfica a tus *inputs* seriales.

—Malditamente considerado por tu parte.

La pata-inyector le hizo girar perezosamente en redondo como un colgante adorno, y vio a tres de los suyos tendidos muertos en la cubierta abajo. Tuvo que apartar la vista de ellos, hacia las en su tiempo gloriosas bellezas que eran ahora un destrozado panorama. Esta sección de la Ciudadela favorecía las torretas, las galerías, la columnas doradas, el hierro forjado en celosías de bizantina inmovilidad. Tenía más de un milenio de antigüedad, y había sido desarrollada por fundiciones biotecs, una belleza no planificada por error. La batalla —ahora completamente acabada, vio — no había sido suave. Elípticas manchas de óxido naranja eran todo lo que quedaba de buena parte de su gente, asada en láminas y aplastada contra las paredes. Restos blancuzcos de cuerpos desventrados cegaban los rincones como falsa nieve. Una pared ampliimagen seguía funcionando, intentando entretener a los muertos. Mal soldado acero mostraba antiguas reparaciones debajo de las recientes cicatrices de las armas de rayos que habían rebanado a hombres y mujeres en sangrantes pedazos.

Interrumpí este ataque e intervine para salvarte.

—¿Cuántos de mi gente... quedan?

Cuento 453..., no, 452; uno murió hace dos xens.

—Si les dejas irse...

Ésa debería de ser tu recompensa, si aceptas mi deseo de una conversación. Incluso puedes ir con ellos.

Dejó que un destello de esperanza prendiera en él.

Esta invasión final mec del Candelero Roque había acabado con las defensas restantes. Su Asamblea Noachiana se había ido retirando sin dejar de luchar mientras las otras familias huían. Descoordinadores de partículas habían penetrado en las armas de energía cinética del Candelero, microtermitas que lo roían todo. Otras Asambleas habían escapado mientras los noachianos resistían. Ahora se estaba representando el último acto.

Roque era un dulce para los mecs. Orbitaba cerca del disco de acreción del agujero negro, y las redes de inducción del Candelero cosechaban la energía de las masas que caían en él y del tenso espaciotiempo.

En la larga lucha entre humanos y mecs, los puros recursos físicos se habían convertido en el eje de muchas batallas. Había sido arriesgado, incluso en los primeros y gloriosos días después de que la humanidad alcanzara el Centro Galáctico, construir un enorme, radiante Candelero tan cerca de las virulentas energías y el incesante bombardeo de partículas junto al propio agujero negro: territorio mec. Pero la humanidad se había atrevido, ansiosa y osada tras el largo viaje desde el sistema de la Tierra.

Ahora, seis milenios después de esos días de gloria, Ahmihi se sintió alzado delante de una bancada de escáneres. Su sensorio le habló de sondas en el espectro de las microondas y del infrarrojo. Fríos y delgados dedos se deslizaron por sus capas cerebrales. Se preparó para la muerte.

Quiero que presencias mi obra. Aquí:

Algo aferró el sensorio de Ahmihi como un hombre dando una palmada a un ratón, estrujó..., y estaba en otra parte, una amplia llanura plana de obsidiana. Sobre la cual se alzaban... cosas.

Todas habían sido humanas, en su tiempo. Ahora las extrañas y retorcidas obras estaban festoneadas con miembros contorsionados, crecimientos vegetales, cilindros de metal y carne viva. Algunas cantaban cuando las rozaba el viento. Una riente boca de verdes dientes cacareó, un cubo lanzó cáusticos vapores, un líquido rojo sangre ejecutó una temblorosa danza.

Al principio creyó que la mujer era una estatua. Pero luego vio brotar el aliento de su torcida boca. Debajo de su translúcida piel blanca pulsaban furiosas energías negroazuladas. Podía ver a través de su piel delgada como papel, sentir las gruesas fibras que unían músculo y hueso, cartílagos y amarillos tendones, como correas uniendo un ser espasmódico y angular..., que echó a andar. Su cabeza giró a sacudidas, sus enormes ojos rosados lo localizaron.

La mancha como de tinta entre sus piernas zumbó y se estremeció con una vida líquida, un fuerte hedor se desprendió de ella y alcanzó sus fosas nasales; ella sonrió invitadoramente...

—¡No! —Retrocedió con una sacudida y sintió que todo el lugar se alejaba de él. Estuvo inmediatamente de vuelta, colgando de la pata-inyector.

—¿Qué es este lugar?

La Sala de los Humanos. Una exposición de arte. La modestia me impulsa a añadir que ésas son obras primitivas, y que espero conseguir muchas más. Sois un medio difícil.

—¿Nos usas... a nosotros?

Por ejemplo, en esta obra de arte intenté expresar un emparejamiento que percibo en la suma de mundos humana, un paralelismo: a menudo el

miedo induce poco después a la lujuria, una función desencadenante evidentemente evolutiva. El miedo os advierte de vuestra mortalidad, así que la lujuria responde con su aleteante sentimiento de durabilidad, de inmortalidad.

Ahmihi sabía que este mantis era de algún orden superior, más allá de cualquier otra cosa que hubiera visto su Asamblea. Para él, sus vidas eran acontecimientos fragmentados curvados en... ¿qué? Así que el mantis se consideraba a sí mismo como un artista, estudiando las trayectorias humanas con precisión balística.

Pensó rápidamente. El mantis sentía alguna pasión fría y desapasionada hacia el arte enfermizo. Acepta eso y parte de ahí. ¿Cómo puedes usarlo?

Compartes con los demás (que provienen de fuerzas primordiales) una grave limitación: no podéis rediseñaros vosotros mismos a voluntad. Ciertamente, arrastráis alguna dignidad, puesto que expresáis las Primeras Leyes subyacentes. Sin embargo, expresáis en *hardware* lo que en propiedad pertenece al *software*. Una herencia desafortunada. De todos modos, proporciona base para verdades estéticas.

—Si vuestra especie simplemente nos dejara tranquilos...

Seguramente sabéis que la competencia por los recursos, aquí en el reino más energético de la galaxia, tiene que ser... significativa. Los míos también sufren su propio impulso hacia persistir, hacia expandirse.

—Si os hubierais mostrado cuando teníamos toda la fuerza del Candelero, ahora estaríais hechos pedazos.

Yo no iba a ser tan estúpido. En cualquier caso, no puedes destruir una inteligencia antológica. Mi auténtica sede de la inteligencia está dispersa. Mi sentido estético, primario en esta manifestación inmediata, aún está fuertemente alojado en la Sala de los Humanos que he construido a años luz de distancia. Acabas de visitarla.

—¿Dónde? —Tenía que mantener ocupada a aquella cosa angular de cerámica y acero al carbono. Su gente todavía podía escapar...

Completamente cerca del Auténtico Centro y de su Disco Motor. Deberías visitarlo de nuevo a su debido tiempo si eres afortunado y te selecciono para preservación.

—¿Como seguromuerto?

Os considero a los primates un medio tan fascinante.

—¿Por qué simplemente no nos mantenéis con vida y habláis con nosotros?

Lamentó haber formulado la pregunta, porque al instante, del suelo de abajo, el mantis hizo alzarse un cadáver. Era Leona, una madre de tres niños que había luchado con los hombres y que ahora poseía un tembloroso y huesudo cuerpo ennegrecido por las armas perforadoras.

Sois un medio frágil..., puedes verlo. Sé cómo expresarme a través de vosotros, aunque es un método muy sonoro. Inevitablemente moriré a causa

de él. Pero si lo prefieres...

La mujer avanzó sobre rotas piernas y alzó la vista hacia él. Su boca modeló palabras que brotaron en exhalaciones separadas, como un fuelle manejado por una mano invisible.

—Encuentro que este... medio excesivamente... tenso... está constreñido lo suficiente... como para albergar... nuevos pensamientos.

—Dios mío, máatala. —Se debatió contra las pinzas que lo sujetaban en el aire.

—Estoy... muerta como... humana... pero permanezco... como medio.

Apartó la vista de Leona.

—¿No tienes ningún sentido de por lo que está pasando?

Mi nivel no percibe el dolor como vosotros lo conocéis. Como máximo, sentimos una irreductible contradicción de los estados internos.

—Uf, eso tiene que ser duro.

Manejándola como si fuera el muñeco de un ventrílocuo, el mantis hizo que Leona se agitara allá abajo, cantando y bailando a un horrible ritmo de claqué, con sus rotos huesos asomando a través de unas piernas cubiertas de amarronada sangre seca. Los fluidos rezumaban de su agujereado pecho.

—Maldita sea, límitate a hablar a través de mi sensorio. ¡Suéltala!

Mi modo comunicativo forma parte de la obra que creo. Esquemas de miedo, de odio; vuestro flujo de impulsos eléctricos y productos químicos cerebrales que significan impotencia o rebelión: todo ello parte del virtuosismo de cruzar el momento mortal.

—Lamento que no sepa apreciarlo. Leona..., ¿está seguromuerta?

—Sí... Ésta... ha sido... plenamente registrada... —susurró Leona—. La he... cosechado... alegremente. —De esta forma..., es horrible.

Como esta forma revivida, puedo ver tu punto de vista. Pero con una reelaboración adecuada pueden emerger elementos ocultos. Quizá después de mi recogida entre los cosechados pueda añadirla a mi colección. Tiene posibilidades temáticas.

Ahmihi sacudió la cabeza para aclararla. Sus músculos temblaban por hallarse suspendido y por algo más, un extraño miedo enfermizo.

—No se merece esto.

Pero tengo la sensación de que falta algo en mis composiciones, ésas que puedes ver en la Sala de los Humanos. ¿Qué piensas de ellas?

Luchó por reprimir el impulso de echarse a reír, luego pensó si no estaría al borde de la histeria.

—¿Eso eran obras de arte? ¿Deseas una crítica artística mía? ¿Ahora?

Leona jadeó:

—Siento... que he omitido... partes esenciales... La belleza... rezuma... de mis obras.

—La belleza ya no es el tipo de cosa que solía ser.

—Incluso a través... de la pequeña y sucia... ventana... de tu sensorio... captas... una configuración del mundo... yo no. Al parecer... se gana algo... con tales... limitaciones.

¿Hacia dónde iba aquello? Tuvo un débil indicio.

—¿Cuál es el problema?

—Siento... mucho más lejos... pero no comparto... tus filtros.

—¿Sabes demasiado? —Se preguntó si podría dispararle a Leona, terminar con aquello. Ningún tec humano podía salvar una mente que estaba seguromuerta, «cosechada» por los mecs..., aunque nadie sabía *por qué* los mecs deseaban las mentes humanas. Hasta ahora. Ahmihi había oído leyendas de los mantis y de su interés en los humanos, pero no de ninguna Sala de los Humanos.

—He... invadido sistemas... nerviosos... empujándolos a... la locura, el suicidio.

—Leona se crispó, tropezó, cayó. Sus ojos se abrieron mucho hacia la bóveda de arriba, giraron para cruzarse con los de Ahmihi—. No todo... el cuadro... algo... falta.

Ahmihi intentó alcanzar el tubo de una vigueta y falló. Las luces fosforescentes del Candelero estaban disminuyendo, dejaban a Leona en las sombras.

La mujer se puso trabajosamente en pie, con evidente dolor.

—Intenté... efímeros... tan difíciles... de aferrar.

Ahmihi pensó desesperadamente.

—Mira, tienes que *ser* nosotros.

Por primera vez en aquella conversación irreal, el mantis hizo una pausa. Dejó que Leona se derrumbara en el suelo allá abajo, una muñeca de trapo desechada.

Ésa es una sugerencia útil. Truncar mis yoes en un círculo más estrecho, incapaces de escapar. Sí.

Ahmihi sintió una repentina presión, como un muro de inflexible resolución, recorrer su sensorio. No tenía esperanzas de poder vivir más que otros pocos momentos, pero pese a todo la dura y fría realidad lo llenó de desesperación.

Los Cosechados

> Doblé la esquina y allí estaba, más parecido a un mueble que a un mec, y me lanzó algo.

> Lo último que vi fue a un bot que usábamos para transportar mena, dando vueltas y vueltas como si algo lo hubiera golpeado, y pensé: estoy bien porque estoy detrás de este cristal tensionado.

> Todavía guardo el recuerdo de algo duro y azul en mi línea de visión, un color que nunca antes había visto.

> Ella cayó y yo me incliné para ayudarla a levantarse y vi que no tenía cabeza y

que la cosa que sujetaba su cabeza en el suelo saltaba hacia mí también.

> Tenía una especie de banda cerámica que me rodeó cuando pensé que estaba muerto, destruido de alguna forma por una trampa explosiva, supongo, y me atrapó por un lado como una cinta transportadora.

La Asamblea Noachiana huyó de la incursión de los mecs a su Candelero. Su ejecutivo, Ahmihi, había emergido de su captura por el mantis con un sensorio que aullaba discordantemente. Cada nódulo neurológico de su cuerpo vibraba en un esquema distinto. Su voz resonaba como una piedra en un cubo. Era como si la sinfonía de su cuerpo tuviera un director demente.

Pero al cabo de unas horas se recuperó. Nunca hablaría de la experiencia con el mantis. Condujo a su Asamblea al interior de un vehículo dañado pero aún en servicio. Los mecs no atacaron cuando más de trescientos escaparon del cascarón a la deriva en que se había convertido la en sus tiempos gloriosa ciudad giratoria.

Ésta fue una de las últimas derrotas de la Era de los Candeleros. Tras esas derrotas, la humanidad huyó al espacio profundo en busca del nostálgico refugio de planetas. En definitiva eso fue una estupidez, porque el Centro Galáctico no es adecuado para la creación y cuidado de mundos. Allá, dentro de un sólo año luz cúbico, brillan un millón de soles. Las casi colisiones entre estrellas pueden despojar a una estrella de sus planetas en el transcurso de unos pocos millones de años. Sólo los mundos cuidadosamente estabilizados pueden persistir. Incluso éstos sufren todo tipo de desgastes desconocidos en los tranquilos rincones exteriores de la gran galaxia en espiral.

La Asamblea Noachiana utilizó el látigo gravitatorio alrededor del agujero negro para escapar a la persecución. Esto costó vidas y quemó sus naves hasta que apenas pudieron cojear hasta un mundo marginalmente habitable, llamado Isis por alguna otra Asamblea que un milenio antes había partido hacia planetas más verdes, más lejos del Auténtico Centro. Isis era seco y barrido por los vientos, pero al parecer de poco interés para los mecs. Esto era suficiente: los noachianos descendieron sobre él y empezaron a vivir de nuevo. Pero había ocurrido tanto por el camino.

El armamento mec puede ser insidioso, en particular en sus trucos biológicos. Un lugar común entre la Asamblea era completamente cierto. *Puede que te sientas mejor después de haber sido alcanzado, pero no te sientes mejor.*

Al año de viaje, Ahmihi se estaba muriendo. Mientras jadeaba horriblemente, con los pulmones devorados lentamente por los nanobuscadores que los mecs le habían implantado, su esposa estuvo a punto de decir adiós. La gente de la Asamblea temía registrar la personalidad de Ahmihi en un Aspecto, puesto que evidentemente estaba dañada por los mecs, quizá mentalmente. En su fiebre hablaba de algún trato que había hecho con el casi mítico mantis, y nadie podía imaginar los términos. Había sido manipulado de alguna forma profunda, quizá de tal modo que la historia que

contaba no dejaba traslucir nada vital.

Pero tenían sus registros grabados del año anterior; no todo estaba perdido. En una era desesperada, las habilidades y el conocimiento tenían que ser preservados en los chips implantados en la nuca de cada miembro de la Asamblea. Esos chips llevaban el legado de muchas antiguas personalidades, convertidas en Aspectos o en los menores Rostros o Perfiles. Ahmihi podría sobrevivir de forma fraccional, y su experiencia estaría disponible a sus descendientes.

Nadie se dio cuenta cuando una pequeña entidad insectoide se arrastró fuera de la agonizante boca de Ahmihi. Zumbó suavemente hacia su esposa, Jalia, y la picó. Ella la alejó de un manotazo, creyendo que no era distinta de los otros bichos que brotaban de las secciones hidro.

El volador implantó en Jalia un paquete de nanodispositivos que rápidamente recodificaron uno de sus óvulos. Luego se disolvió para evitar la detección. La Asamblea Noachiana quemó el cuerpo de Ahmihi para impedir cualquier posible profanación por parte de los mecs, especialmente si había nanos vivos en la nave.

Sus plegarias fueron respondidas; al parecer el pequeño grupo de humanos que huían no valían ni el tiempo ni el esfuerzo de perseguirles.

Jalia dio a luz un niño, un tesoro en una época en la que el número de seres humanos estaba en descenso. Los escáneres genéticos no hallaron nada fuera de lo normal. Llamó al niño París, en la tradición de la Asamblea Noachiana de usar nombres de ciudades de la Tierra —Akron, Kiev, Fairhope—, aunque la Tierra en sí no era más que una leyenda, dudada por muchos.

Cuando tenía cinco años se inició su educación intensiva. Hasta entonces había sido un muchacho normal, que jugaba feliz en los secos campos que producían las menguadas cosechas. Era fibroso, atlético, y raras veces hablaba.

Cuando París empezó a aprender hizo un descubrimiento. Los demás no captaban el mundo como lo hacía él.

Cada segundo, muchos millones de bits de información inundaban sus sentidos. Pero sólo podía discernir conscientemente unos cuarenta bits por segundo de esta catarata. Podía leer documentos más rápido de lo que podía escribir, o de lo que la gente podía hablar, pero el flujo todavía era lento.

Tanto si la información entraba o salía, su cuerpo estaba diseñado para aproximadamente la misma lenta velocidad. Todas las formas seriales de recibir información eran dolorosamente lentas. Su consciencia era como un foco deslizándose por un escenario a oscuras, iluminando dramáticamente el rostro de un actor, dejando todo lo demás en la oscuridad. La consciencia se alzaba sobre una montaña de información desechada.

Incluso pensar en este hecho era lento. Le tomaba mucho más tiempo explicarse a sí mismo lo que estaba pensando que el hecho de pensar en sí. Su cerebro canalizaba

diez mil millones de bits por segundo, mucho más de lo que recibía de su entorno.

Había tantas señales que entraban por su sensorio como órdenes que salían a su cuerpo. Pero de casi nada de esto podía *decir* nada. Su sensibilidad, su habla..., todo se veía irremediabilmente obstruido de forma serial. A todos los demás les pasaba lo mismo; los humanos no estaban solos en su soledad serial.

Había aprendido ya lo importante que era la *historia* para ellos..., y para él. Complots, héroes y villanos, en pro y en contra, papeles menores y mayores, acción y sabiduría, tensión y liberación, eran algo tan fundamental como el conducto humano boca-entrañas-ano, porque la historia era la clave de la digestión *mental*.

Y, sin saberlo, cada uno de ellos contaba sus propias historias, en cada momento. Sus cuerpos les proporcionaban miríadas de expresiones, gruñidos, alzarse de hombros, gestos inconscientes. Grandes pedazos de sus personalidades brotaban fuera de su control consciente, mientras el inconsciente hablaba por sí mismo a través del cuerpo, un discurso no oído por el conductor perspicaz, oculto de él.

Para un joven muchacho eso fue un *shock*. Otros sabían más sobre él de lo que él sabía sobre sí mismo. Captando los megabits que se filtraban a través del cuerpo, podían leerle.

Esto era enormemente embarazoso. Un lenguaje silencioso así debía de haber aparecido temprano en la evolución humana, suponía París, cuando era más vital saber lo que los desconocidos pensaban que lo que decían, usando algún tosco protolenguaje.

Y la risa —el vino del habla, aprendió— era la admisión consciente de su propia insuficiencia. Reía a menudo, tras darse cuenta de eso.

Pronto, incluso mientras correteaba alegremente sobre la tierra apisonada del campo de juegos, sintió que una parte de él permanecía separada. Lo que experimentaba —todos esos miles de millones de bits por segundo— era una *simulación* de lo que sentía. Esto lo *sentía* a nivel visceral.

Peor, la estimulación se demoraba medio segundo detrás del mundo exterior. Comprobó esto viendo la rapidez con que su cuerpo reaccionaba al dolor o al placer. Por supuesto, se apartaba de una aguja antes de saber conscientemente que iba a pincharle en el tobillo.

Su sensorio estaba lleno de trucos. Su visión tenía un punto ciego, que dedujo que debía de emerger del lugar donde los nervios entraban en la parte de atrás del ojo. Un Candelero abandonado y en ruinas parecía más grande cuando colgaba en su olvidada órbita justo encima del horizonte de Isis que cuando trazaba un arco en lo alto del cielo. Cuando corría por las onduladas llanuras y se detenía para admirar las diáfanas nubes encima de su cabeza, sus ojos le decían por un momento que las nubes se perseguían..., un recuerdo cinestético de correr, traducido por su mente a un hecho observado.

Todo ello debido a que la evolución había modelado el sistema ojo-cerebro para que observara las cosas muy arriba como muy lejanas, inalcanzables, y así hacía que

la gente las percibiera como más pequeñas. Y retenía la sensación de correr, incapaz de desechar de inmediato el esquema mental.

Se sentaba en clase y contemplaba a sus compañeros que no dejaban de reír. Qué *extraños* parecían. Comprenderse a sí mismo le había ayudado a tratar con ellos. Era popular, de una forma natural que algunos confundían con liderazgo. Era algo decididamente distinto, algo nunca visto en la sociedad humana antes. Lo sentía pero no podía darle un nombre. De hecho, no había ningún nombre.

Gradualmente París vio que su mundo —de ellos, de él— estaba lleno de significado, antes de ser conscientes de ello. Aromas, roces, sabores..., todo arrastraba la carga de sus orígenes a muchos milenios e incontables años luz de distancia.

Así llegó a efectuar su siguiente descubrimiento: lo inconsciente gobernaba. Averiguó esto cuando descubrió que era más feliz cuando no se hallaba al control, cuando la consciencia no se hallaba al control. Éxtasis, alegría, incluso simple júbilo, éstos eran los frutos de actuar sin pensar.

—Soy más que mi yo —dijo meditativamente—. Soy mi *Mí*.

Cuando esa palabra encajó —y funcionó para todo el mundo, incluso los niños—, su *Mí* quedó comprometido. Cuando las cosas iban bien, simplemente *iban*, zumbando. Corría fabricando bots, cultivaba campos, preparaba comidas especiadas..., todo siguiendo el flujo, inmerso en él.

Incluso cuando usaba sus Rostros o Perfiles para sus labores artesanas podía manifestar sus yoes silueteados sin pensamiento consciente. Esos antiguos segmentos de auténtica gente usaban algo de su espacio procesador de percepciones, de modo que cuando trabajaba perdía el intenso aroma de la sabana de Isis, el susurro del viento, el punzante roce. Los Rostros necesitaban particularmente sorber esos estímulos sensoriales para impedir que se convirtieran en encarnaciones como cascarones, meros áridos libros de texto digitales. Podía sentirlos aposentados detrás de sus ojos, sorbiendo ansiosamente retazos del mundo, recreándose en los dispersos gritos. Mientras dormía, les permitió alzar sus párpados y captar atisbos que les alimentaban con gratificantes astillas. Escuchando a través de sus tímpanos, podían mantener la vigilancia, una precaución de seguridad. De esas finas gachas extraían su experiencia. Eso también lo aislaba, asegurándole un sueño profundo.

Pero había algo más también.

Algo sombrío se asentaba en su interior, un *Mí* más allá de todo sentido excepto como espectro. Parecía vigilar mientras eludía su mirada interior. Sin embargo, podía sentir su meditación vaciedad informar a su propio sentido del yo.

Eso lo asustaba. Buscó seguridad. Hubo deporte y sexo y espectáculo, todo insatisfactorio. Sondeó más profundo.

La religión de la Asamblea —con sus enseñanzas tan variadas que eran contradictorias— apelaba de alguna forma a ese estado de *marcha libre*, mientras que la mente consciente era desviada por plegarias, liturgia, himnos, rituales, aturdidoras

repeticiones. Un día en la Capilla, aburrido hasta la distracción, París intentó encajar la limitada longitud de onda del lenguaje con un canto, dándole vueltas interminablemente en su cabeza. Descubrió que su Mí se liberaba; así inventó la meditación.

En la adolescencia halló un genuino talento para el arte. Pero su obra era extraña, transitoria: tallas de hielo que se fundían, esculturas de arena mantenidas unidas por campos electrostáticos en descomposición. Escribía poesía con un estilo sobre materia vegetal aplanada, utilizando pigmentos vegetales..., y luego contemplaba embelesado cómo ardían en el fuego.

—Intensidad, inmediatez —respondía, cuando se le preguntaba acerca de su trabajo—. Ésa es la esencia que busco.

Pocos comprendían, pero muchos se arracimaron para ver sus extrañas obras transcurrir los momentos que les permitía existir.

El arte le parecía algo absolutamente *natural*. Después de todo, razonaba, muy atrás en la historia humana, en la mítica Tierra, tenía que haber habido algún antepasado primate que vio en el vuelo de una piedra una sencilla y graciosa parábola, y así tuvo una mayor oportunidad de predecir dónde caería. Ese primo lejano comería más a menudo y presumiblemente se reproduciría más a menudo también. El cableado neural reforzaría ese comportamiento instilando una sensación de genuino placer a la vista de una artística parábola.

Él descendía de ese primo apreciativo. Aunque viviera a 28.000 años luz de las polvorientas llanuras donde el arte había emergido en los genes, estaba edificando una maquinaria de procesado mental finamente sintonizada con aquel antiguo lugar. Sin embargo, aunque compartía una sensación hacia la belleza de la simplicidad, algo en él sentía la intensidad de cada momento que pasaba. Eso era humano también, pero algo distinto en él captaba como un contraste ese sentido del momento deslizante. No sabía por qué, pero sabía que eso lo situaba aparte.

Ésta fue su primera fama, pero no la última.

Vio rápidamente que mientras el Mí actuaba, la sociedad mantenía explicable el yo. El juramento social humano era *acepto tomar la responsabilidad de mi Mí*. En esto meditaba.

Descubrió el amor, como un hombre joven, y lo sintió como un acuerdo: *Amante, mi Mí te acepta*. Así que, del mismo modo que la espiritualidad procedía de *Conozco a mi Mí*, el auténtico coraje procedía de *Confío en mi Mí*.

La consciencia —hambrienta de bits, mal informada— era el modelo del cerebro de sí mismo, una simulación de un mucho más adornado sub-yo.

Experimentar directamente el mundo, sin montajes... ¡qué extraordinario! Alcanzaba este estado sólo de tanto en tanto, y cuando lo hacía sentía la impresionante plenitud del auténtico mundo. El lenguaje se evaporaba como una gota

de agua bajo el pleno sol. Todo lo que podía hacer era señalar con un dedo y murmurar: «Eso».

Cabalgando todavía detrás de sus ojos estaba ese fantasma, el vigilante que no podía ser vigilado. Sin embargo no lo controlaba. Lo sentía cabalgar en él, y aprendió a ignorarlo.

O más bien su yo admitió de forma abstracta aceptar al vigilante. Su Mí nunca lo hizo. Pero no había forma de que pudiera controlar un sombrío vacío.

En los sueños, su yo no podía controlar. En la vida cotidiana, aprendió que su cuerpo no podía mentir; su longitud de onda era demasiado alta, enviaba datos de su Mí en un torrente inconsciente. De modo inverso, con su pequeño índice de bits el yo podía mentir fácilmente..., de hecho, apenas podía evitar el mentir, al menos por omisión. Pero no su Mí.

Esto lo convirtió en el líder que no tenía realmente deseos de ser. Estaba demasiado atareado aprendiendo más de lo que nadie había aprendido nunca acerca de lo que significaba ser humano.

Una tarde, mientras montaba guardia en un distante rincón en el borde exterior de sus propiedades, atrapó un ratón e intentó hablar con él. Puesto que ambos eran de carne y habían brotado de orígenes similares —era un roedor de la Tierra, importado por las expediciones originales por razones que ellos debían conocer—, creyó que debería de ser fácil comunicarse con él. El ratón estudió su rostro a través de un abismo de habilidad procesadora, y París no pudo captar nada de la criatura en su sensorio.

Sin embargo, de alguna forma, sabía que dentro de aquella diminuta cabe-cita residían profundas similitudes. ¿Por qué no podía producirse una comunión procedente de un mec?, se preguntó.

En medio de esos enigmas, la vida le empujó. Los mecs habían regresado a Isis.

Encontró un cascabel mientras jugaba con algunos otros jóvenes. Estaban persiguiéndose, llevando una pelota, un juego que evocaba las alegrías de la caza enterradas en el pasado primordial. Tan inmersos estaban que el cascabel llegó hasta unos pocos cientos de metros.

Estaban jugando cerca de las ruinas de una enorme kubla abandonada por la gente que había reclamado Isis hacía milenios y luego se había ido. Su cúpula de placer todavía ofrecía vibrantes ilusiones si era estimulada, y París pensó que el cascabel debía de ser una de ellas cuando lo vio por primera vez, moviéndose subrepticamente, con sus armaduras girando para enfocarse en los hombres.

El cascabel abatió a seis de ellos antes de que París pudiera alcanzar su arma, un rifle cinético de largo alcance. Era irremediablemente antiguo, pero eso era todo lo que podían ofrecer a los jóvenes en pleno entrenamiento. Disparó al cascabel e incluso le acertó, pero entonces un amigo cayó cerca y eso lo distrajo. Había visto la muerte, pero no de esta forma. Vaciló, y por pura suerte el cascabel no lo mató. Un golpe de otros dos inmovilizaron definitivamente a la enroscada cosa. París supo que

no podía hacer nada más allí, y decidió hacer algo mejor. Las emociones que lo arrastraron mientras ayudaba a llevarse los cadáveres fueron como una fiebre, una enfermedad que tardaría en abatirse.

Eso fue el principio. Empiezas pensando que otra gente resulta muerta, pero no tú, por supuesto. La primera vez que resultas seriamente herido el peor *shock* no es el físico, sino la repentina realización de que la muerte puede llegar tan fácilmente, y a ti.

Le tomó largo tiempo después de eso saber que nada podía ocurrirle que no les hubiera ocurrido ya a todas las generaciones anteriores. Lo habían hecho y él podía hacerlo también. En cierto sentido, morir era la más fácil de todas las cosas difíciles.

Había una inscripción encima de la arcada de una amplia plaza pública, una coronada por una cúpula transparente a través de la cual los locos giros del Centro Galáctico hervían constantemente, y la había copiado para guardarla, debido a la extraña alegría que le reportó cuando la comprendió:

Por mi palabra, que no me importa: un hombre sólo puede morir una vez; le debemos a Dios una muerte..., y que la tome como desee, el que muera este año se librará el siguiente.

Al cabo de un tiempo llegó al conocimiento de que nada ocurre hasta que te ocurre a ti, y vives tu vida hasta entonces para extraer el máximo de ella. Para vivir bien, tenías que vivir cada deslizante momento. La cobardía —la auténtica, no el pánico momentáneo— procedía de la incapacidad de impedir a la imaginación que elabore cada posibilidad que se aproxima. Detener tu imaginación y vivir al segundo, sin pasado ni futuro, era el secreto vital. Con él podías atravesar cada segundo y llegar al siguiente sin un dolor innecesario.

El Mí aprendió esto y el yo lo aceptó.

Los Cosechados

> Me arrojaron a este pozo de residuos mecs, cosas como grasientos rellenos de embalaje, e imaginé: seguro que puedo trepar fuera de aquí sin ningún problema.

> A todo mi alrededor esos mecs estaban reunidos como si fuera un ritual, y me colgaron cabeza abajo al principio, disparándome a través de la barriga y contemplando cómo brotaba la sangre y resbalaba sobre mis pechos y por mi rostro para que pudiera saborearla, cálida en el frío aire.

> Un silbido seco junto a mí y luego un restallido.

> Debía de haber algunos nanos en el pan que comí antes, ese regusto ardiente y

ácido ascendió por mi garganta y empecé a asfixiarme realmente.

> Me clavó una antena, una gran sorpresa porque pensé que era uno de esos mecs que sólo usaban pulsadores de microondas.

> Fue al final mismo de la campaña y estaba agotado y me había echado para roncar un poco y esa cosa lenta llegó junto a mí, no le presté ninguna atención.

> Estábamos intentando largarnos realmente rápido.

> Vino primero y saltó limpiamente y yo también lo hice pero mis polainas reventaron y perdí mi maldito equilibrio.

Montado sobre la parte superior de su espina dorsal, cabalgaba un Aspecto consejero de gran antigüedad llamado Arthur.

Por aquel entonces París era escuchado en las reuniones de la Asamblea, aunque todavía era muy joven. Arthur siempre urgía moderación en la diplomacia con los mecs y daba ejemplos de la antigua historia humana. Cuando París cuestionaba las dificultades que relataba Arthur de los Tiempos Antiguos cuando los humanos habían llegado por primera vez al Centro Galáctico, Arthur respondía quisquillosamente:

Digamos que no fue precisamente un té con la Reina.

De tanto en tanto Arthur usaba esas arcaicas expresiones de los Tiempos Antiguos y nadie sabía lo que significaban, pero Arthur nunca parecía darse cuenta de ello. Tenía otras, como:

Y además verrugas..., algunas tan grandes como para colgar un sombrero en ellas.

Cuando las descargas de plasma enviaron entramados de color oro tostado en todo aquel sector del cielo nocturno, Arthur observó:

Cualquier tecnología suficientemente avanzada en el Centro parecerá ser un fenómeno natural.

Tenía razón, por supuesto. Las construcciones mecs se extendían en profusión como una tela de araña en unos pocos años luz. Nadie sabía lo que estaban haciendo los mecs en el Centro Galáctico, más allá del punto obvio de que allí las energías en crudo y los flujos de partículas favorecían a su especie. No sólo eran menos vulnerables al cortante clima, sino que parecían tener un propósito más amplio.

Arthur regaló a París con historias de lo grandes que habían sido las anteriores eras humanas, uno de sus hábitos más irritantes. De todos modos, su consejo teñido de Aspecto era útil para tratar con los mecs errantes que ahora apestaban los días de la Asamblea.

Los mecs estaban avanzando hacia el Centro, y efectuaban arrogantes despliegues de su desdén hacia los simples humanos híbridos. Carcasas secas de animales y

humanos —para los mecs eran iguales— colgaban de cauchutescas ataduras de algunas patas mecs, de tal modo que oscilaban y rebotaban con el caminar o simplemente con el viento. Algunos pensaban que esto era simplemente otra forma de aterrorizar a los humanos, pero París captaba en ello el sentido del humor mec, o algo parecido, aunque por supuesto nada de aquello fuera divertido para los humanos.

Y así llegaron los mecs: trompas, lanceros, escarbadores, saltadores, cascabeles, baba yagas, zapadores, plumeros, lombrices. La humanidad había pagado un alto precio por cada nombre, cada palabra requería en un sensorio un catálogo instantáneo, resonante, preciso, de rasgos y vulnerabilidades que poseía el mec, facetas conseguidas a través de muchas muertes.

Debajo del llameante cielo donde nunca había auténtica noche —porque docenas de estrellas muy juntas brillaban con furioso resplandor, proporcionando una sensación nebulosa de expandiente inmensidad—, las naves mecs descendían como langostas.

París luchó en la generalizada, terrible, batalla de un año de duración que destruyó las principales unidades mecs sobre Isis. En ese año exhibió una sonrisa lobuna, todo bordes afilados y tenso alambre. Se distinguió debajo de la estatua de Walmsley, una antigua montaña a la que se le había dado forma. Había un pequeño poblado y algunas cabañas edificadas al pie del monumento conmemorativo; eso era todo lo grande que era. Allá París dedujo las maniobras mecs antes de que pudieran ejecutarlas, y así les ganó la mano.

No era que los hombres que servían a sus órdenes lo encontraran cálido. Por aquel entonces su creciente distanciamiento se había vuelto legendario.

—Jodido bastardo, es incapaz de pedorrearse sin calzador —oyó en una ocasión, y lo tomó como un término de respeto.

Por aquel entonces vio que una máquina era un hombre vuelto del revés. Podía describir todos los detalles pero en su flujo de datos le faltaba la suma total, la experiencia recogida de la interminable corriente. Había un secreto vital de los humanos en sus filtros, que habían decidido ignorar.

No sentía en grados Kelvin o en litros por segundo o en kilogramos; sentía calor o frío, flujos, pesadez. Conocía el amor y el odio, el miedo y el hambre..., todo ello más allá de cualquier medida. Más allá del reino de los dígitos.

La derrota de los mecs en Isis fue seguramente sólo temporal. Todo el mundo lo sabía.

Así, la Asamblea —que había crecido a muchos millones ahora con la inmigración y la rápida expansión demográfica— convino en celebrar la continuidad que honraban. Podía ser la última oportunidad que tuvieran de hacerlo.

En un vínculo comunal, toda la Asamblea resucitó a los Ole Bros, personajes tan completos que algunos interpretaban su existencia como prueba de una vida después

de la muerte. Los Ole Bros aconsejaron que la Asamblea devolviera el golpe a los mecs en el espacio profundo, donde moraban. Sólo llevando la lucha hasta ellos podían los humanos esperar sobrevivir.

París creía en ello. *Planead sobre la sorpresa*, dijeron los Ole Bros, y luego rieron desafortadamente. París adoptó su causa. Tenía muchos seguidores por aquel entonces, y las mujeres acudían fácilmente a él, pero no se dejaba distraer por eso. Algo en la apurada situación de su época reclamaba toda su atención. Utilizó la reverencia de la Asamblea hacia los Ole Bros para influir sobre ellos, sin creer ni por un momento en la teología que rodeaba la reverencia de la Asamblea hacia las resurrecciones digitales, hacia la vida después de la muerte implicada en algún remoto cielo analítico.

Esto orientó a París hacia una pregunta que muchos habían formulado en la adversidad. ¿Para qué servía la religión a los humanos?

Sabía que no era así como el resto de la Asamblea Noachiana veía el mundo. Pero parte de él insistía: *Desnuda un beneficio, explica el comportamiento*. Por qué pensaba automáticamente en términos de esta regla era algo que desconocía, pero sentía el yo-sombra moverse dentro de él.

Para la Asamblea, la religión era un aglutinante social. En su forma extrema incluso podía conseguir que el creyente partiera en cruzada. ¿Estaba todo basado en una teoría y solución al mayor problema humano, la muerte? El poder de la teología entre la gente a su alrededor parecía entonces brotar de esa gravitante amenaza compartida. Podía ver cómo esta noción se difundía con facilidad, puesto que en él también sentía el hambre de resolver la ansiedad surgida por el temor a la muerte.

Pero la religión no tenía una realimentación aparente desde el mundo; Dios no respondió a su correo. Los milagros eran pocos y no reproducibles. Así que, ¿por qué persiste, incluso crece, la religión?

Sus explicaciones mecanicistas, cortantes y escépticas como pueden ser las de un hombre joven, no parecían captar la esencia de la religión. Había grandes preguntas acerca de los orígenes del universo y de la ley natural. Esa ciencia se limitaba a tantear, convergiendo sobre el gran enigma: ¿por qué existía algo, con todo su orden, antes que la nada? El caos parecía un resultado tan probable como las escrupulosas armonías reveladas por la ciencia.

Si la Mente empujaba a los humanos más allá de la Materia, permitiendo al universo abarcarse a sí mismo —hacer sus propios deberes—, entonces la religión manifestaba este propósito subyacente, esta evolución. Pero entonces, ¿por qué los mecs no tenían religión?

Para París, esas formas abstractas de enfocar el profundo, devoto impulso de la humanidad no captaban en absoluto la desafortada urgencia de la fe. Faltaba algo.

Esto, más que los rituales y las celebraciones de la Asamblea de los triunfos humanos sobre los mecs, formaba para París la retorcida condición de ser humano.

Los Congregados

> Lo primero que supe fue que estaba allí y estaba siendo transformado en alguna especie de maceta.

> Estaba hecho pedazos por todas partes pero todavía capaz de pensar en los pedazos más pequeños como éstos.

> El *dolor* estaba allí, y luego lo hicieron disminuir y pude soportarlo durante más tiempo, pero mi brazo estaba todavía vuelto del revés.

> Había escrito mi nombre en mi rostro, lo cual pensé que era para identificación, hasta que vi mi holograma de pie justo en la puerta de al lado con mi pene en medio de la nuca y duro todo el tiempo aunque no pude sentirlo en absoluto cuando esta cosa como una mujer trepó a mi cuello.

> El sebo no era tan malo pero ahogarse en mucosidades sí lo era y cuando tosí brotaron de mi boca y dejaron un sabor como algo que se hubiera podrido muy dentro de mí.

> Después de que mi piel se ampollara negra y marrón y se pelara el frío se instaló en la piel de debajo y se extendió como aceite ardiente sobre mí.

> Grité pero esta cosa con montones de patas no se detuvo.

Se encontró con el mantis mientras estaba de patrulla, solo.

Era una cosa resplandeciente, que jugaba sobre los planos de roca contra una distante ladera. Verlo significaba mirar más allá de las ilusiones que proyectaba. Puede que su sabor y su olor fueran mejores que su visión. Puesto que estaba efectuando un trabajo de transporte de rutina, solo con algunos bots sencillos, no se alarmó mucho.

París se mantuvo completamente inmóvil y dejó cerca su deslizador. No servía de nada correr.

La leyenda del clan hablaba de esa clase de mec raras veces vista, avanzando a lo largo de un corredor en ruinas, vidas rotas y gran cantidad de seguramuerte, con historias de fantasmas atisbados como siluetas de muchas patas arrastrándose por sombríos horizontes, una tradición, legada a todas las Familias y Asambleas humanas, de horror, fantasmagórico e innegable, milenios de recuerdos de Aspectos disecados y encuentros a los que pocos sobrevivían.

Pido entrada. Eres eco de alguna esencia que capto de un lejano pasado.

¿Me reconoces?

—No. —Aunque algo zumbaba y se agitaba en la parte de atrás de su mente, su miedo lo mantenía paralizado. Luego su entrenamiento se sobrepuso y sintió crecer en su pecho una fría furia. Estimó lo fácilmente que podía dañar a aquella cosa. Refractaba los interrogantes de su sensorio, enviándole de vuelta duros sonidos e imágenes de capas heladas refractadas.

Tienes una vida rápida y sabrosa, aquí en este lugar salvaje. Tu forma primate está esculpida a partir de una lógica más larga de la que encuentro habitualmente.

París captó un fragmento de una imagen de muchas patas moviéndose rápidamente en la base de distantes montañas. Calibró cuidadosamente la distancia.

Tu filum de vertebrados sonrientes y soñadores es capaz de muchas sorpresas. Eres un ejemplo especialmente complejo de esto; has cosechado muchas de esas facetas. Busco recogerlas y revisarlas.

—¿De mí?

Por supuesto. Tú... ¿no lo sabes?

—¿Saber qué? —El mantis había hecho una pausa, lo cual en una entidad de tan enorme poder de computación implicaba mucho.

Ya veo. Nosotros, que nos propagamos siempre hacia adelante, aunque en formas mixtas, no compartimos vuestra preocupación por los artefactos. Aunque parecen permanentes para ti, yo ya he durado más que algunas cadenas montañosas. Los artefactos son herramientas pasajeras, que pronto se convierten en chatarra.

—¿Como yo?

A tu manera, sí. ¿Acaso intuyes...?

París captó en la lenta pregunta del mantis un cierto indicio, pero bruscamente una parte de él se apartó de aquella línea de pensamiento. No, no podía seguir por aquel camino.

En vez de ello fijó su arma sobre el último vector-signatura del mantis y disparó una rápida ráfaga. El mantis parpadeó y desapareció.

Nos fundimos en el tiempo, receptáculo.

Los segundos tictaquearon. Ni una señal vibró en su sensorio. Ninguna represalia.

El resonar de la ráfaga lo había inundado de pies a cabeza, enormemente gratificante. Su corazón resonaba con fuerza en su pecho. Algo en él gozaba con la liberación de la acción, mientras otra parte se agitaba inquieta. Sintió la excitación de haberse desviado de una confusión que su Mí no deseaba confrontar. ¿Y qué era lo que había querido decir el mantis con su última transmisión?

Se alejó rápidamente, con el temor y el orgullo eclipsando de alguna forma el momento, y raras veces volvió a pensar de nuevo en él.

Otras Familias y Asambleas habían acudido a Isis, fortaleciendo su reducto planetario. Pero en el rápido ritmo de los acontecimientos en el Centro Galáctico se producían grandes cambios incluso en el comparativamente corto espacio de tiempo de los tres siglos de vida media de los humanos. Los mecs duraban milenios, y planeaban en consonancia. Los nanomecs todavía seguían hostilizando a la gente de Isis. Sus Ciudadelas eran abrumadas por el seco clima y las tormentas de polvo y

atosigadas por nanos nacidos en los incansables vientos.

Contra el asalto de la atmósfera de Isis montaron considerables defensas con base espacial. Ningún mec podía dejar caer un asteroide sobre Isis, ninguna nave podía penetrar con facilidad su magnetosfera. París se ofreció voluntario para entrenamiento en esas artes militares. Le encantaba la ingravidez, jugar con la dinámica, los planeos newtonianos en un vacío libre de fricción.

Isis lo saludaba con sus secas bellezas. En la línea del amanecer, áridos valles permanecían hundidos en la oscuridad mientras nevadas montañas resplandecían arriba, coronadas por nubes que se encendían como ascuas de color rojo naranja. Las cimas de las montañas perforaban las sábanas de nubes, dejando una estela como la de un barco. Meditabundas tormentas en ciernes, iluminadas por los destellos de los relámpagos, evocaban la floración de rosas blancas.

Las glorias de la humanidad eran igual de impresionantes. Por la noche las brillantes constelaciones de las Ciudadelas se enredaban en una resplandeciente telaraña de caminos. Su corazón se llenaba de orgullo ante los logros humanos, vapuleados quizá, pero aún desplegando espaciosos diseños sobre planetas enteros. ¡Tantas cosas hechas, en el mero siglo de su vida! Había ayudado a modelar mares artificiales y cuencas elípticas de agua, grandes llanuras cuadrículadas de campos cultivados, un orden immaculado arrancado duramente de los secos valles.

Por aquel entonces había hallado una esposa que le quería pese a lo extraño que era, a su necesidad de soledad y silencio. Tenía hijos propios, pero no mostraban ningún interés en el arte. Sus hijos habían tenido hijos, y París sentía su continuidad en ellos. Pero había algo en él que no podía nombrar, porque hervía en el flujo de mil millones de bits debajo del bien iluminado teatro de su mente consciente.

Ayudó a la naciente flota espacial a asegurar un agujero de gusano para su sistema solar. Había sido descubierto en una lodosa nube molecular que se había acercado tangencialmente a la estrella de Isis varios siglos antes. Arrastrarlo hasta más cerca consumió dos décadas de la vida de París, pero las cedió de buen grado. La boca de un agujero de gusano abría a la humanidad nuevos futuros. Hasta entonces, sólo los mecs los habían empleado.

Sus trabajos estuvieron bien cronometrados.

Tras muchas décadas de la experiencia plena de la Asamblea, tras crear un cuerpo sorprendente de sus extrañas obras de arte de corta vida, los cielos llamearon una vez más con construcciones del tamaño de lunas.

Llegaron mecs más vastos, dispuestos a tomar por asalto los siete planetas de aquel sistema solar, en busca de materias primas que añadir a sus grandes Construcciones. Una facción urgió diplomacia. Algunos otros miembros de la Asamblea lucharon por completar una nave para arrojarlos, antes de que los mecs desmontaran su planeta debajo de sus mismos pies.

París se opuso a esto. En vez de ello, urgió a la Asamblea a que atacara.

—¡Destruyamos algo que *ellos* valoren! —gritó—. Sólo entonces nos respetarán

lo suficiente como para escucharnos.

Pero incluso mientras decía esto sabía que algo distinto se cocía en él.

La presencia oscura que había permanecido sentada más allá de la vista en su yo interior avanzaba ahora con lenta pero firme finalidad. En su mente llamearon las coordenadas y las rutas necesarias para llevar a un grupo desesperado de pilotos al alcance del gran disco de acreción en el Auténtico Centro.

El flujo de datos era un torrente, denso y rápido y procedente de una fuente que no podía percibir con claridad. ¿Quizás un Aspecto profundo? Pero no, otra porción de él mismo lo negaba. ¿Qué, entonces?

Rió renuente para liberar la tensión que tales pensamientos le producían, y por un aleteante momento se vio a sí mismo al fondo del largo túnel de un telescopio de inmensa perspectiva, mirándose a sí mismo como miembro de un filum... el de unos vertebrados sonrientes y soñadores.

Los Congregados

> La cosa con muchas patas dijo que era un monumento a mi especie.

> Era un equipo de cinco de los pequeños y uno grande con curiosas patas, y me fueron cortando lentamente para ver.

> Mi madre estaba allí con partes de animales creciendo en ella, y cuando intenté alcanzarla me hicieron eso también.

> Fui mantenido en mi traje de combate como si quisieran dejarme descansar, sólo que había esas larvas que no dejaban de brotar de los pliegues de mi piel y se arrastraban por todo mi cuerpo.

> Decían que no sentiría las cosas que atravesaban mis ojos pero mentían.

> Creo que me olvidaron por completo y me dejaron tendido allí en el suelo mientras trabajaban en los demás, y finalmente decidieron emplearme tan sólo para repuestos.

> Podía ver bastante bien pero miraba hacia abajo y no había cuerpo, sólo mi cabeza en una pica que llevaban de un lado para otro con ellos, imagino que para asustar a otros miembros de mi Asamblea en la batalla, conmigo suplicando y gritando la mayor parte del tiempo pero sin pulmones.

El Centro Galáctico era una colección de restos que giraban al fondo de un hoyo gravitatorio. Sus aullantes y agitadas regiones interiores estaban por aquel entonces bien protegidas por flotas mecs.

Pero los gusanos lo hacían atravesable. Las primeras expediciones humanas a través de la boca del agujero de gusano habían sido un éxito. Se abría a un lugar muy

cerca del Auténtico Centro. El propio París lo había atravesado, yendo y volviendo como un ratón asomándose ansiosamente por su agujero. Y eso era lo que eran..., pestes en las paredes.

Volaron a su través en orden, luego se reunieron en asíntotas convergentes. París exigió y obtuvo un puesto en el asalto. Era un piloto experto, capaz de orientarse en el agujero de gusano a altas velocidades, con un codazo aquí y un giro allá.

Los agujeros de gusano eran fósiles de la primera fracción de segundo de expansión del universo. Eran mantenidos abiertos mediante capas como pieles de cebolla de energía negativa, láminas de antipresión creadas en aquella convulsión primordial. Como los recursos naturales, habían sido reunidos —¿por quién?— hacía miles de millones de años y traídos allí para servir como nexos de transporte.

La espuma cuántica chisporroteaba en el borde de la boca del gusano, chillonas salpicaduras en tonos siena. Esas «salpicaduras» eran de inimaginable densidad, pero el peligro acechaba tan sólo en el borde, donde las tensiones desgarraban la materia ordinaria convirtiéndola en virulento plasma. Golpear las paredes del oblongo blanco que cambiaba constantemente era fatal, como varios pilotos habían demostrado inadvertidamente.

La boca era ahora un elipsoide orlado de fuego cuántico. Volaba en una nave delgada como un lápiz, su aislamiento ligero, sus búfers de seguridad al mínimo. Pero de alguna forma no sentía miedo, sólo una serena certeza. Las tensiones de la marea arrancaban chillidos de su nave mientras los relámpagos se enroscaban en serpientes violeta y oro...

... y estaba dando tumbos saliendo por el otro lado, en un complejo de gusano a más de un centenar de años luz de distancia.

Una estrella verdeazulada saludó majestuosamente a la flota humana con una repentina protuberancia de su corona. Cerca orbitaba un complejo mec; una nave puntiaguda lo vigilaba. Las diminutas naves humanas giraron con rápidas maniobras hacia una caravana de tráfico que se encaminaba hacia la gran boca de un agujero de gusano. Cincuenta hombres y ochenta y seis mujeres habían muerto averiguando la ruta que debían seguir, consiguiendo los códigos para pasar a través de los complejos mecs. Pero sus disfraces resistirían tan sólo una inspección momentánea; demorarse un poco significaba la muerte.

Su segundo tránsito era a través de un espacioso agujero de gusano que los dejó en órbita baja sobre una latente enana roja. Podían usar su duramente adquirido código de *status* quizá unas pocas veces más antes de que los complejos mecs los detectaran. Tenían que utilizar todas las bocas de agujeros de gusano que pudieran.

Los agujeros de gusano aceptaban tráfico sólo en una dirección a la vez. Las naves de alta velocidad se hundían en las gargantas de los agujeros, que podían variar desde la longitud de un dedo hasta el diámetro de un planeta. Un salto a su través podía dejarlo a uno cerca de sistemas solares misteriosamente inútiles o de lugares virulentos que podían freír a un ser humano en segundos.

Mucho antes, presumiblemente por la fuerza bruta del tirón y el empuje interestelar, alguien —¿quizás los que habían creado a los primeros mecs?— había construido un elaborado sistema en el Centro Galáctico. Bocas de gusano más pequeñas, con masas quizá tan grandes como una cadena montañosa, permitían pasar tan sólo a naves pequeñas y delgadas. Ésos eran los que elegían París y los otros dieciocho voluntarios cuando salían junto a un complejo mec. Nunca frenaban su marcha; cada nuevo lugar estaba bien vigilado, y la velocidad era su única defensa.

Surgir de una boca de gusano, apuntar hacia una boca de gusano pequeña cercana, *ir*. Las brillantes, serpenteantes paredes del gusano pasaban a toda velocidad por su lado mientras París observaba sus indicadores e intentaba no pensar en lo que venía a continuación.

El ahusado brillo gris de la garganta se flexionaba. Cada boca de gusano mantenía a la otra «informada» de lo que acababa de comer, la información fluía como una oleada en la tensión del propio agujero de gusano. Las ondas de tensión enviaban aferrantes oscilaciones, que hacían que la garganta ondulara como ristras de salchichas. Si un cuello entre salchicha y salchicha topaba con él, se estrechaba demasiado, emergería como una voluta rosada de gas ionizado en la boca de salida.

A partir de un cálculo elaborado de los agujeros de gusano, los teóricos humanos habían marcado la ruta a seguir. Entre Isis y el espacio cerca del Auténtico Centro había una docena de saltos de agujero de gusano. Peor, algunos agujeros de gusano tenían múltiples bocas, de modo que la lisa garganta multiplicaba sus elecciones..., elecciones que tenía que efectuar a una inmensa velocidad.

Soles y planetas de gran y luminosa belleza flotaban en la distante negrura cuando emergieron. Detrás de la resplandeciente nebulosa gravitaba la radiante promesa del Auténtico Centro. Parecía un extraño contraste, saltar aquellas enormes distancias mientras uno permanecía encerrado en un contenedor no mucho más grande que un ataúd.

Con la rapidez de un parpadeo, saltaron y eludieron y saltaron de nuevo.

Las sutilezas eran inútiles allí; cuando una nave mec se acercaba en una comprobación de rutina, la destruían con golpes de energía cinética. Los mecs nunca utilizaban unos métodos tan toscos, de modo que dejaban atrás claros signos de que «sabandijas» habían pasado por allí.

Emergieron en medio de un fantástico halo de estrellas enanas blancas, dispuesto en forma hexagonal. París se preguntaba por qué los mecs disponían esos esquemas, que según la simple mecánica orbital no podían durar. Pero como muchos otros rasgos mecs, éste no tenía ninguna explicación, ni siquiera en los enormes almacenes de memoria de Arthur ni en los de nadie como él.

Allá delante, el disco galáctico se extendía en un luminoso esplendor. Caminos de polvo enmarcaban estrellas azules y carmesíes y esmeraldas. Esta intersección de agujeros de gusano permitía cinco ramales: tres esferas negras orbitaban como letales leopardos, mientras dos cubos brillaban cegadoramente con radiación cuántica.

Sus naves-lápiz se lanzaron directamente a la chata cara de un gusano cúbico. Los puntales de energía negativa de alta densidad que mantenían abierto el agujero de gusano se hallaban en los bordes, de modo que las caras estaban libres de fuerzas de marea. Un parpadeo, un retortijón en el estómago..., y estaban más cerca del Auténtico Centro.

El disco interior brillaban con escarlatas en fermentación y púrpuras. Grandes embudos de campo magnético sorbían hacia el interior nubes de polvo estelar. Hoscos ciclones se acumulaban hacia el brillante disco de acreción.

Los aparatos mecs orbitaban por todas partes allí, llenando un cuenco de cielo pleno de actividad. Vastos entramados y reflectores resplandecientes atrapaban la reacción de la fricción del gran disco. Esta cosecha de energía fotónica en crudo era lanzada a las anhelantes fauces de los agujeros de gusano, al parecer trasladando el flujo a distantes mundos necesitados de lanzas cortadoras de luz. ¿Para qué: modelar planetas, arrasar mundos, tallar lunas?

Se dirigieron hacia otra boca de agujero de gusano...

... y el espectáculo le hizo contener el aliento.

Los filamentos magnéticos se alzaban por todas partes, tan grandes que el ojo no podía abarcarlos. A su través brillaban inmensos corredores luminosos vivos con agitantes energías. Esos arcos bostezaban sobre decenas de años luz, y sus inmensas curvas descendían hacia el Auténtico Centro al rojo blanco. Allá la materia hervía y humeaba y estallaba en abrumadoras fuentes.

En el Auténtico Centro, tres millones de soles habían muerto para alimentar la garganta de la gravedad. Los arcos eran evidentemente artificiales, ordenadas disposiciones de radiación de un año luz de ancho. Sin embargo se sostenían a lo largo de cientos de años luz, tan tenues como el cabello de una jovencita mientras ardían con aérea complejidad.

¿Podía morar allí la inteligencia? Habían habido antiguas historias, nunca confirmadas. Ristras de esmeraldas entrelazadas con ahusados rubíes. Tuvo una poderosa impresión de capas, de laberíntico orden ascendente más allá de su visión, más allá de la simple comprensión.

La brusca aceleración lo aplastó contra su asiento. Desde detrás, un torrente de maligna luz.

¡Han detonado el gusano!, le llegó el grito a través del comunicador.

Frenando bruscamente, girando a la izquierda en medio de una nube de restos...

Evidentemente los mecs sabían cómo accionar los puntales de energía negativa de alta densidad dentro de la boca de un gusano..., y lo hacían para atrapar sabandijas. Ahora su línea de retirada había desaparecido.

Huyeron hacia una enorme mancha que parecía llamarles con la promesa de un precario refugio. Estaban cerca del borde del disco de acreción del agujero negro. A su alrededor hervían las muertes de estrellas, todas ellas orquestadas por los filamentos magnéticos. Que a su vez, París estaba completamente seguro de ello,

actuaban a las órdenes de algo que no quería contemplar. ¿Gobernaban allí los mecs, o se había aventurado a un reino donde incluso ellos eran sabandijas?

Allá las estrellas eran desgarradas por procesos que no podía llegar a imaginar: derramadas, fundidas en informes masas. Iluminaban la oscuridad, orbitando masas de restos como las diminutas cabezas carmesíes de unas cerillas llameando en un sucio saco de carbón.

Y entre este enjambre, las más extrañas de todas las estrellas. Cada una estaba medio cubierta por una colgante máscara semiesférica. Este sudario emitía infrarrojos, una extraña pantalla que colgaba a una distancia fija de cada estrella. Flotaba en la luz, con la gravedad simplemente equilibrando la presión de la luz hacia fuera. La máscara reflejaba de vuelta la mitad del flujo de la estrella, devolviendo el calor hacia el emisor, enviando violentos arcos que brotaban de la corona,

La luz escapaba libremente por un lado mientras la máscara la contenía en el otro. Esto empujaba la estrella hacia la máscara, pero la máscara estaba unida a la estrella por la gravedad. Se ajustaba y mantenía la distancia correcta. La afligida estrella era capaz de emitir luz tan sólo en una dirección, así que retrocedía en la dirección opuesta.

Los filamentos guiaban esas estrellas; lenta pero efectivamente. Empujadas hacia el disco de acreción, alimentaban el apetito del agujero negro.

París y los demás flotaban en un estrecho abismo por encima del esplendor que contemplaban. La negrura dominaba el núcleo, pero la fricción calentaba el gas y el polvo que caían en él. Las tormentas azotaban aquellas enormes orillas; los tornados al rojo blanco giraban incesantemente. Un resplandor virulento martilleaba hacia fuera, agitándose incesantemente en las acumuladas masas que giraban en sus condenadas órbitas. La trailla de la gravedad las forzaba en un disco, ardiendo siempre hacia dentro.

En medio de todo este mortífero torrente persistía la vida. De cierto tipo.

Contempló la escena multicolor, buscando las bestias-máquinas que devoraban y moraban y morían allí. Registros con milenios de antigüedad hablaban de ellas. *Allí.*

Pastaban, sufriendo la presión de los ardientes fotones. Para aquellos fotóvoros, el gran disco era una fuente de alimento. Por encima del ardiente disco de acreción, en flotantes nubes, diáfanas hordas se alimentaban.

Vector hacia ese lado, llegó la orden. Aquel lado conducía hasta su blanco, pero los mecs se estaban moviendo ya hacia las delgadas naves humanas.

Láminas de fotóvoros se hincharon y ondularon en los vientos electromagnéticos, regocijándose en las acres pulsiones. Algunos parecían sintonizados a empaparse en capas particulares del espectro electromagnético, cada especie con una forma y una textura características. Desplegaban grandes planos receptores llanos para mantener la órbita y girar en el eterno día resplandeciente.

Las naves humanas se deslizaron por entre grandes alas de lustrosas láminas. Las manadas fotóvoras se deslizaban entre los vientos y las corrientes magnéticas en un

complejo movimiento dinámico. Eran máquinas, por supuesto, presumiblemente descendientes de la nave robot que había explorado este centro hacía miles de millones de años. Máquinas más complejas, evolucionadas en medio de aquella riqueza, merodeaban los caminos más oscuros algo más allá.

Un rayo serpenteó por entre el polvo y golpeó una nave humana. Otro se deslizó por entre algunos fotóvoros, que se abrieron con un gran resplandor.

Se apiñaron en la sombra y aguardaron. Los minutos transcurrieron lentamente.

Una forma contorsionada emergió de una tenue orilla de polvo, barrocammente elegante en una forma que ninguna mente humana hubiera podido concebir, adornada y resplandeciendo con una clara finalidad, trazando una perezosa espiral descendente por los gradientes gravitatorios. París vio una delgada radiación por debajo de las láminas de los fotóvoros. Una filamento magnético, supuso. Su Aspecto Arthur intervino:

Estuve ahí una vez, en mi manifestación de Aspecto, durante la gloriosa era cuando podíamos acercarnos tanto. Te aconsejo que te refugies ahí, porque la nave guardiana que se acerca es letal incluso más allá de mi comprensión.

—¿Tan buena es tu memoria?

Eso fue hace solamente 3.437 años. He sufrido algunos errores de copia, cierto, pero el miedo todavía es el estabilizador más poderoso de los recuerdos. Me quedé absolutamente aterrado durante mi incursión aquí. Mi nave fue una de las tres que sobrevivieron a ello, de más de un millar.

—No sé...

Su intuición le falló. Las otras naves-lápiz humanas se agrupaban a su alrededor, lanzando transmisiones llenas de pánico que apenas podía filtrar. El adornado aparato mec descendía hacia ellos, a muchos cientos de kilómetros de distancia pero todavía cerca, cerca, en la escala de la batalla espacial.

Seguramente estaremos condenados si permanecemos aquí. Si estás perdiendo en el juego, cambia de juego.

París asintió y envió una señal comprimida a los demás. Se deslizó a plena potencia por debajo de las resplandecientes láminas de los fotóvoros, con sus alas extendidas oscilando graciosamente en la brisa fotónica. Las tormentas molestaban a las manadas. Tornados al rojo blanco giraron y sorbieron desde el disco de abajo. Cuando una serie de flores de fuego se abrieron en el disco, se alzó un coro de entre las capas que se alimentaban. Situó la telemetría entre las láminas de las manadas, contra las furiosas condiciones. Se cantaron luminosas las unas a las otras en el resplandor sin tiempo.

París observó a una de ellas caer. Enormes láminas brillantes se alejaron. Muchas fueron atrapadas en las masas de las nubes moleculares, que pronto ardieron a su vez. Otras siguieron un irremediable descenso giratorio. No mucho después de que pudieran golpear el brillante disco, el duro resplandor disolvió sus entramados. Lamearon con fatales energías.

Sintió, en la burbuja sensorio de la nave, una nueva atención enfocada en él. Unas lentes giraron para seguir: ¿una presa?

Una manada de fotóvoros se había agrupado, atrapada en un tubo de flujo magnético que descendía a lo largo del eje de la propia galaxia. Entre ellos se deslizaban los gammóvoros azul acero, que se alimentaban de la dura emisión de rayos gamma del disco de acreción. Arthur dijo:

Ésos vuelan a veces hasta muy lejos por encima del disco, recuerdo, para cazar las criaturas de silicato que moran en las más oscuras nubes de polvo. Buena parte de la ecología de este lugar era desconocida en mi tiempo, y los humanos fueron barridos de estos territorios antes de que pudiéramos explorarlos bien. Buscábamos la Cuña, el lugar donde los primeros humanos habían hallado refugio, entre ellos el legendario Walmsley. Deseábamos encontrar aquí la rumoreada Biblioteca Galáctica, una gran riqueza que hubiera podido ayudarnos...

—Estupendo. Aténte a lo que tenemos entre manos.

Detuvo los ociosos pensamientos del Aspecto con un bloqueo interno. Era el momento de moverse. ¿Hacia dónde? Hacia el interior del tubo magnético. Pero ¿podrían ocultarse?

Se dirigió con los otros hacia el filamento. Esto también hizo que giraran hacia un enorme fotóvoro con una gran vela. Los divisó, los siguió.

Allí la navegación era sencilla. Muy por debajo de ellos, sorbiéndolo todo hacia un pozo infinito, se hallaba el polo rotatorio del Comilón de Todas las Cosas, el agujero negro de tres millones de masas estelares; una cabeza de alfiler de absoluta negrura en el centro de un disco incandescente que giraba con lentitud.

El metalívoro descendió tras ellos a través de delgados planos de buscadores de luz color dorado oscuro. Las naves-lápiz se dispersaron, disparando inútilmente contra él. Ellas tenían velocidad, él tenía durabilidad.

—¿Cómo demonios vamos a enfrentarnos a eso?

El metalívoro es menos eficiente que los fotóvoros. Sus antiguos códigos, agudizados a lo largo del tiempo por la selección natural, prefieren a los débiles. Aquéllos que se han deslizado a órbitas improductivas son más fáciles de cazar. También prefiere el sabor de aquéllos que han dejado que sus planos receptores se empañen con succulentos elementos residuales barridos por el ardiente disco de acreción de abajo. El metalívoro los localiza por su tonalidad moteada. Cada instante, millones de tales pequeñas muertes configuran la mec-esfera.

—¡Necesitamos algo para librarnos de él!

Pensaré en algo. Mientras tanto, salgamos de aquí.

Giró y aceleró, dejándose llevar por su simbiosis con el aparato. Otros no fueron tan rápidos; oyó los gritos agónicos de tres personas cerca.

Todos aquellos plácidos conductos vivían para ingerir luz y excretar haces de microondas, pero algunos —como el que se deslizaba tras las diminutas naves

humanas— habían desarrollado un gusto especial hacia los metales: un metalívoro. Replegó sus alas espejos, se volvió angular y rápido, aceleró.

Los filums superiores están reparando en nosotros.

—Y vienen malditamente aprisa también.

Las plantas retienen sólo un uno por ciento de la energía que les llega. Aquí los fotovoltaicos capturan el diez por ciento, y la evolución que actúa sobre los mecs ha mejorado incluso eso. En cierto sentido admirable, supongo...

—Dámelo comprimido, no por voz. —Un Aspecto siempre intentaba expandir su tiempo en el aire. Arthur envió un flujo de antiguos conocimientos compactados: los fuegos de dentro de los fotóvoros, dijo, digerían las carcasas en ruina de otras máquinas. Exquisitamente calibrados, sus entrañas cedían lingotes puros de cualquier aleación deseada.

Los recursos definitivos eran aquí masa y luz. Los fotóvoros vivían para la luz, y el bruñido metalívoro vivía para devorarlos..., o incluso mejor, para devorar las naves humanas, una exótica variante. Ahora emitía gigahercios de gritos de alegría mientras se lanzaba tras ellos en los campos magnéticos del filamento.

—¿Esas entidades magnéticas son inteligentes? —preguntó.

Sí, aunque no en el sentido que nosotros los pensadores a corto plazo reconocemos. Son más bien como inquietas bibliotecas dormidas. Tengo una idea. Sus procesos de pensamiento son vulnerables.

—¿Cómo?

Desencadenan su pensamiento mediante potenciales electrodinámicos. Las estamos irritando, estoy seguro.

Vio al metalívoro acercarse aprisa. Más allá venía la crispada nave guardiana mec, acercándose implacablemente.

Las restantes naves humanas ejecutaron maniobras de evasión en medio de la presionante radiación del disco. A su alrededor las bandas magnéticas resplandecían como marfil fundido.

El buscador de metal las engulliría con deleite, pero con sus alas de luz abiertas no podía maniobrar tan rápidamente como las naves. Avanzaron hábilmente a través de las entrañas magnéticas. La nave mec las siguió.

—¿Cuánto tardan en reaccionar esos seres magnéticos?

Pronto, si la experiencia es una guía. Aconsejo que nos acerquemos al metalívoro ahora. ¡Rápido!

—¿Pero sin dejar que nos atrape?

Arthur respondió con un seco *sí*, y su pánico se filtró en la mente de París. Las buenas simulaciones tenían que temer por su vida.

El metalívoro gris acero se lanzó sobre ellos. Los depredadores siempre tenían parásitos, carroñeros. Aquí y allá en la pulida piel del metalívoro había cosas como lapas y percebes, excrecencias de color naranja tostado y amarillo sucio que se alimentaban de los restos ocasionales, purgando al metalívoro de los elementos no

deseados, restos y polvo que podían atascar incluso los más robustos mecanismos, dado el tiempo necesario.

Se ladeó, intentando alcanzarlos a través de las bandas magnéticas, pero la cauchutesca presión de las líneas de campo frenaron su impulso.

Lo dejó acercarse, intentando juzgar el vals de criaturas en aquel extraño salón de baile del cielo: una danza a la presión de los fotones. La luz era el fluido allí, derramada de las cegadoras tormentas muy abajo en el gran disco triturador. Esta rica cosecha soportaba el gran volumen esférico de cientos de años luz cúbicos, un vasto y vicioso veldt.

Empezó a recibir estática electrodinámica. Su zumbar arrastraba sus comunicaciones con las demás naves humanas, motas distantes. El metalívoro gravitaba. Sus pinzas se flexionaron en su busca.

La chispeante sacudida. Un lento rayo trazó su arco a lo largo del filamento magnético, una crujiente aniquilación.

—¡Va a freírnos! —gritó París. Arthur recobró algo de calma y dijo:

Somos jugadores sin importancia aquí. Los conductores más grandes atraerán ese crujiente fuego.

Otra sacudida. Pero entonces el metalívoro trazó un arco y se estremeció y murió en medio de un danzante fuego pajizo.

Los filamentos magnéticos eran lentos en actuar, pero musculosos. La inducción era lenta pero ineludible. De pronto París captó la idea de Arthur.

Tan pronto como la descarga se hubo abatido sobre el metalívoro, los potenciales buscaron otra superficie conductora, ésa con la mayor diferencia latente. Las leyes de la electrodinámica aplicadas al mayor conductor, cerrándose sobre... la nave guardiana.

La nave guardiana lanzó destellos de descarga, sus estremecidos dedos danzaron rojo rubí y verde bilis.

Gritos de alegría de las naves-lápiz. La adornada forma derivó hacia un lado, muerta. Las áreas superficiales más grandes tanto del metalívoro como de la astronave habían interceptado el circuito eléctrico de los filamentos.

—Yo... realmente sabías lo que estabas haciendo —dijo París débilmente.

En realidad no. Estaba siguiendo mis conocimientos archivados, pero la teoría es una hoja sin filo. Aunque quizá todavía me quede algo de mi intuición...

París pudo captar el pálido orgullo del Aspecto. Las naves humanas aceleraron entonces, fuera de la telaraña de filamentos; podía haber más sacudidas de alto voltaje.

Cerca del borde del resplandeciente disco, indiferente a las terribles condiciones del lugar, giraba un curiosamente moteado cilindro gris.

Allá. Evidentemente, una construcción mec.

—La Sala de los Humanos —dijo, preguntándose cómo lo sabía.

Los Congregados

> Tuve ese terrible sueño y desperté, y era real.

> Debemos de ser miles, todos en este negro espacio plano que sólo se curva por encima, puedo verlo con mi ojo, y el techo está lleno de nosotros también, todos plantados en su lugar.

> Soy todo venas, grandes Y gruesas y azules, no tengo boca pero deseo comer todo el tiempo.

> Mi madre está aquí a sólo unos pocos metros de distancia pero la conozco sólo por los sollozantes sonidos tan propios de ella, y nada del resto de esa cosa es.

> Consigo liberar mi mano y me arranco uno de mis ojos para no tener que mirar a nada de ello pero fijaron mis ojos, dijeron que eran parte de mi expresividad, y ahora tengo que mirar todo el tiempo, sin párpados, y nunca apagan las luces.

> No hace calor pero es el Infierno y nos susurramos unos a otros acerca de eso y acerca de estar aquí para siempre y siempre, santificado sea tu Nombre amén.

Era un lugar de creta y sangre, de ojos de diamante y cantos estridentes.

París y los otros once supervivientes hallaron la cerradura, la forzaron, y recorrieron el vasto interior del cilindro giratorio. Pasó junto a cosas que fue incapaz de contemplar durante mucho tiempo, buscándoles un sentido.

Bocanadas de olor, voces confusas, palabras como febriles llamadas de pájaros.

Algunos de ellos ya no eran ni remotamente humanos, sino más bien tubos enroscados de cerúlea carne. Otros se parecían a masas movientes de bilis mantecosa. Un hombre se alzaba sobre una mano, su vientre un bulto acordeónico, y a medida que se movía unas fisuras ovaladas se abrían por todo él, siseando una fina bruma amarillenta acompañada de palabras gimientes: «Soy... un... arti... ficio... sagrado...», y luego un ronco jadeo y: «Ayudad... me... sed... lo que... soy...».

Un olor a cloaca brotó de un lugar cercano. Una mujer le miró directamente a los ojos. No dijo nada, pero su piel chorreaba con ríos de orina. Cerca, una niña pequeña era un concierto de cuerdas rosadas, que se orlaban de rojo cuando todas intentaban hablar.

Los doce se abrieron en abanico, alucinados. Algunos reconocieron retorcidas versiones de gente a la que habían conocido. Había allí personas de tiempos más antiguos y lugares más remotos de los que nadie había conocido nunca.

París halló todo un pasillo de estremecidas parejas, enlazadas en actos sexuales hechos posibles gracias a órganos diseñados de formas que la naturaleza nunca hubiera permitido: huecos llenados por deslizantes émbolos, seres que palpaban y se estrujaban a un ritmo progresivo que en un momento determinado alcanzaba el frenesí y luego se abatía, sólo para iniciarse de nuevo a un ritmo creciente.

Un hombre de Isis estaba vomitando cerca de él.

—Tenemos que salvarlos —dijo cuando París acudió en su ayuda.

—Yo digo sí —señaló una mujer piloto. Los supervivientes estaban retirándose juntos, presionados por el horror que les envolvía.

Una retorcida escultura cercana de entrañas de las que brotaban hojas consiguió pronunciar dos palabras:

—No... deseamos...

París sintió que el miedo y la excitación de las últimas horas se alejaban de él, reemplazados por una creciente y firme sensación que no podía forzar fuera de su garganta. Sacudió la cabeza. La mujer empezó a discutir, diciendo que podían tomar los casos que estaban menos deformados, intentar liberarlos de las alteraciones.

París halló su voz.

—Quieren *ir*. Escuchad.

Del largo eje que se ahusaba hacia el infinito surgía una sinfonía murmurada, gimiente, corpuscular, de angustia y derrota, que en sus acentos y confusas cadencias llenaba el largo corredor de ruina y aflicción que era la presencia de la humanidad allí en el Centro Galáctico desde hacía milenios.

Escuchó. Partes de su mente resonaban..., moviéndose inquietas, comprendiendo.

Las esculturas del mantis tenían las facetas más importantes profundamente erróneas. El mantis había intentado cortar rebanadas de momentos humanos de las mentes robadas de los seguromuertos, pero no podía segurocopiarlos: su esencia residía en lo que era desechado del flujo de mil millones de bits por segundo. En el mero transcurrir aleteante de un segundo, los humanos truncaban su universo con cuchillos electroquímicos.

Para los humanos de corazón caliente la muerte era la madre de la belleza. Sus dioses eran, en definitiva, formas refractadas de mantener el precario paso del mortal.

Para París muchacho la compacta ecuación $ei\pi+1=0$ había abarcado un atisbo de la música eterna de la razón, uniendo las más importantes constantes en la totalidad del análisis matemático, 0, 1, e, π e i. Para París la sencilla línea era hermosa.

Para una inteligencia digitalmente filtrada el deslizamiento analógico de esta relación sería diferente, no un atisbo de un vasto y variado paisaje. Ni mejor ni peor, sino irreductiblemente distinto.

Eso no podría relacionarlo nunca con el mantis.

Como tampoco podría expresar su profunda rabia, lo profundamente que odiaba la sombra que había atenazado su vida.

Pero su furia era juiciosa de un modo que la mera furia no lo es. Se sorprendió a sí mismo: inspiró lentamente, relajadamente, sin sentir nada excepto una resolución granítica.

París empezó a matar sistemáticamente las esculturas. Los otros se quedaron aturridos y le contemplaron, pero su silencio no le importó. Se movía rápidamente, ejecutándolas con golpes precisos, centrado absolutamente en lo que hacía.

No se dio cuenta de los sollozos.

Al cabo de un tiempo que no pudo medir vio que los otros estaban haciendo lo

mismo, sin discusión. Nadie hablaba.

Los gemidos de la gente esculpida reverberaban, húmedos gritos de alegría cuando veían lo que se avecinaba.

Tomó muy largo tiempo.

El mantis aguardaba fuera de la Sala de los Humanos, como París había supuesto que haría.

Fui incapaz de predecir lo que tú y los otros haríais.

—Bien. —Su nave-lápiz se apartó del largo cilindro gris, ahora un mausoleo a la locura.

Lo permití porque ésas son piezas terminadas. Mientras que tú eres una obra en progreso, quizá mi mejor obra.

—Siempre he sentido debilidad hacia los cumplidos.

Podía notar que su propia sangre cambiaba, modulando oxígeno y glucosa de su cuerpo para alimentar su cambiante cerebro. El disco de acreción hervía allá abajo, una gran y triturante noria multicolor ante una audiencia de densamente apretadas estrellas.

El humor es otra faceta que he dominado.

—Eso es una sorpresa. —Descendiendo, la aceleración oprimiéndole hacia atrás—. Muy humano también. Todo el mundo piensa que tiene un buen sentido del humor.

Espero aprender mucho de ti.

—¿Ahora?

Ya estás maduro. Tus frescas reacciones absolutamente humanas a mi arte serán invaluableles.

—Si me dejas vivir, obtendrás uno o dos siglos más de experiencia cuando finalmente muera.

Eso es cierto, porque la tuya ha sido una vida atractivamente rica hasta ahora. Hay razones para envidiar las limitaciones humanas.

—Y ahora que he visto tu arte, mi vida se verá cambiada.

¿Realmente? ¿Es algo tan emocional para ti, un miembro de su propio medio? ¿Cómo?

Tenía que manejar correctamente aquello. —Una obra de tanto impacto, necesitaré tiempo para digerirla.

Usas una metáfora de procesado químico. Exactamente un toque humano, incorporando las partes más ineficientes de tu ser. Sin embargo, apuntas a un posible beneficio mayor para mí si se te permite vivir.

—Necesito tiempo para absorber todo esto.

Podía sentir las reservas de energía de su cuerpo sacrificarse en preparación para el proceso de carga. Había llegado a comprenderse a sí mismo por primera vez mientras mataba a los otros. Alguna parte de él, el Mí, lo sabía todo ahora. Habló

vacilantemente.

—Creo que no has comprendido en absoluto.

Puedo remediarlo ahora.

—No, eso es exactamente lo que no harás. No puedes conocernos de esta forma.

Tuve una conversación similar con tu padre. Sugirió que invirtiera en ti.

—Pero no lo conseguirás simplemente cortándonos a rodajas y a dados.

Hay amplias razones para creer que las inteligencias digitales pueden sondear otras analógicas hasta cualquier grado deseado de exactitud.

—El problema respecto a los alienígenas es que son alienígenas.

Sintió penetrar en él los deslizantes dedos de una vasta y fría inteligencia, un mar en disolución. Pronto no sería más que un cascarón vacío. París pasaría a formar parte del mantis en sus representaciones, en sus lógicas holográficas. Podía sentir su cableado neuronal transfigurándose. Y acelerándose.

El arte está en todas partes en el cosmos. Particularmente me gustaban tus esculturas de hielo, fundiéndose al calor mientras las audiencias aplaudían. Tus tapices de sentidos indistintos y dolores agudos y tonos incomprensibles, insistentes, emocionales..., desearía alcanzar eso. Una propiedad emergente, completamente imposible de predecir.

—Nunca ocurre. Podrías comprenderlo si me permitieras llenar todo el ciclo natural de mi vida.

Esto es un punto importante. Me tomaré un momento para meditarlo. Mientras tanto, cesa tu descenso hacia el disco de acreción.

Ahí estaba la oportunidad. El mantis se retiraría para consultar todas las porciones, como la inteligencia antología que era. Eso le proporcionaría unos segundos para actuar. Aceleró poderosamente hacia abajo.

—Tómate tu tiempo. Durante largos momentos estuvo a solas con el zumbar de su atormentada nave y los géiseres desplegándose fuera, cada tormenta mayor que un mundo.

He regresado. He decidido, y te cosecharé ahora.

—Lamento oír eso —dijo alegremente. Los hombres muertos podían permitirse agudezas.

Desearía que pudieras decirme por qué deseaste terminar con todas mis obras. Me gustaría saberlo.

—No creo que llegaras a entenderlo nunca. París condujo su nave hacia abajo, hacia el disco, a través de cada vez más estrechos y siseantes penachos de plasma. Su yo captó grandes movimientos en lo más profundo de su Mí, y pese a los tonos ascendentes de las alarmas de su nave se relajó. Presionado hacia atrás por su creciente aceleración, recordó todo lo que había visto y sido, y le dijo adiós.

Te equivocas en tu trayectoria.

—No.

Tenías que vivir cada deslizante momento. Este mantra había funcionado para él y

lo necesitaba más ahora. La cobardía —la auténtica, no el pánico momentáneo— procedía de la incapacidad de impedir que la imaginación elaborara cada posibilidad que se aproximaba. Detener tu imaginación y vivir cada segundo en el momento en que se produce, sin pasado ni futuro..., con eso sabía que podía superar cada segundo y entrar en el siguiente sin un dolor innecesario.

¡Corrige el rumbo! Tu nave no tiene la habilidad de soportar las curvaturas requeridas, volando tan cerca del disco. Tu rumbo actual te llevará demasiado cerca...

—Del final, ya lo sé. Signifique eso lo que signifique.

Su Aspecto Arthur estaba gritando. Lo metió de vuelta en su nicho, lo calmó, cortó su enlace sensor. No era necesario ser cruel.

Entonces Arthur habló con un grito agudo, haciendo eco a algo que París había pensado hacía mucho tiempo. El último saludo del Aspecto:

Si la mente extrajo a los humanos de la Materia, permitiendo al universo abarcarse a sí mismo..., hacer su propio trabajo...

—Entonces quizás es por eso por lo que estamos aquí —se susurró a sí mismo París.

La única forma de privar al mantis del conocimiento que ningún humano debería ceder nunca era eliminar a ese ser inferior, mantenerlo lejos del devorador digital.

Se deslizó a lo largo de la azotada piel de la condenada incandescencia. Allá delante había un lugar de donde ni siquiera el mantis podría recuperarle, el más terrible de todos los abismos, un tenebroso punto que parecía llamarle desde lejos a través de la cada vez más amplia extensión de dorada luminiscencia. Ni siquiera el mantis podría extraerle de allí.

París sonrió y dijo adiós a todo aquello y aceleró fuerte, fuerte.

La Nave que Cantó

Anne McCaffrey

The Ship Who Sang (1970)

(Cuento original, «La nave que cantó», publicado en el núm. 71 de la revista *Nueva Dimensión*, Ed. Dronte)

The Partnership

(con Margaret Ball) (1992)

The Ship Who Searched

(con Mercedes Lackey) (1992)

The City Who Fought

(con S. M. Stirling) (1993)

The Ship Who Won

(con Jody Lynn Nye) (1994)

«Nació cosa y como tal habría sido condenada si hubiera fracasado a la hora de pasar el test encefalográfico requerido a todos los bebés recién nacidos. Siempre había la posibilidad de que, aunque los miembros estuvieran retorcidos, la mente no lo estuviera; que, aunque los oídos sólo pudieran oír débilmente y los ojos ver vagamente, la mente detrás de todo ello fuera receptiva y alerta.

»El electroencefalograma fue enteramente favorable, inesperadamente también, y la noticia fue comunicada a los atribulados padres que esperaban. Entonces vino la definitiva y dura decisión: proporcionarle a su hija la eutanasia o permitirle que se convirtiera en un «cerebro» encapsulado, un mecanismo guía en cualquiera de un cierto número de curiosas profesiones. Como tal, su descendiente no sufriría dolor, viviría una confortable existencia en un caparazón de metal durante varios siglos, y realizaría servicios inusuales a los Mundos Centrales.

»Vivió y se le dio un nombre, Helva».

Esos son los párrafos que abren la primera novela de Helva, *The Ship Who Sang*, que cuenta la historia de cómo Helva se convierte en la mente tras las operaciones de una nave estelar, y de cómo su primer compañero de la nave, Jennan Sahir Silan, muere trágicamente cuando él y Helva tienen que rescatar a un grupo religioso de un planeta que pronto va a verse reducido a cenizas cuando su primaria se convierta en nova. El resto de la primera novela habla del viaje de Helva más allá del intenso dolor sufrido por la muerte de Jennan y de sus intentos de hallar otro compañero que sea tan compatible como lo fue él. Niall Parollan, inteligente, agudo, afrentosamente inconformista, y un terrible don Juan, se convierte en su nuevo «músculo», y parten

juntos en busca de aventuras, cuya crónica se ha reflejado en un cierto número de novelas posteriores escritas en colaboración con otras autoras.

—*Anne McCaffrey*

La nave que regresó

Anne McCaffrey

Helva había estado buceando en sus extensos archivos de música, intentando hallar algo especial para escuchar, cuando sus sensores externos atrajeron su atención. Se enfocó en ellos, alerta. Directamente frente a ella estaban las estelas iónicas de un amplio grupo de naves pequeñas, medianas y pesadas. Habían pasado hacía varios días, pero todavía podía «oler» el hedor de sus sucias emisiones. Evidentemente podía analizar sus firmas. Ajustó al instante su alcance al máximo, y solamente captó unos leves blips en el lado de babor, casi más allá del alcance de los sensores.

—Bastante lejos de las rutas regulares de navegación —murmuró.

—Más bien sí —respondió Niall.

Sonrió afectuosamente. El programa holográfico había mejorado realmente después del último ajuste que le había hecho. Allá estaba Niall Parollan en la silla del piloto, con una compacta mano abierta al lado de la placa de presión, la izquierda colgando por su muñeca del brazo de la silla. Iba vestido con el uniforme negro que prefería llevar, como el buen hombre vanidoso que siempre había sido: «porque el negro es mejor ahora que mi pelo ha regresado». Y se echaba hacia atrás la densa melena de plateado pelo y miraba ligeramente en su dirección.

—¿Dónde estamos exactamente, Niall? No he estado prestando mucha atención.

—¡Ja! De nuevo perdida en las nubes...

—Sea como sea —respondió ella amablemente. Era un consuelo tan grande oír su voz.

—Creo... —y hubo una pausa mientras el programa accedía a sus actuales coordenadas— que estamos en la región de Cefeo Tres.

—Vaya, así que estamos aquí. ¿Por qué tendría que haber una flotilla grande ahí fuera? Éste es un volumen de espacio casi vacío.

—Traeré el atlas —respondió Niall, tal como estaba programado.

Era extraño tener un holograma de un hombre muerto hacía dos meses, pero era mucho mejor —psicológicamente— para ella tener el consuelo de una reanimación de ese tipo. La «compañía» contendría su dolor hasta que pudiera devolver a su querido músculo a la base de Régulo. Y descubrir si había algún nuevo «músculo» que ella pudiera tolerar como compañero móvil. Setenta y ocho años, cinco meses y

veinte días con la vívida personalidad de Niall Parollan era mucho tiempo para borrarlo de un plumazo. Puesto que poseía la tecnología de mantenerlo «vivo», en cierto modo, lo había hecho. Ciertamente poseía una memoria suficiente de sus intercambios habituales como para programar aquella charada. Pronto tendría que dejarlo, pero lo haría tan sólo cuando ya no necesitara su presencia para mantener a raya el pesar. No era que no se hubiera visto expuesto nunca a esa emoción en su vida, tras perder a su primer músculo compañero, Jennan, tan sólo a los pocos años de iniciarse una asociación que hubiera podido ser fructífera durante toda una vida.

En aquella época, Niall Parollan había sido su contacto con el cerebro de Mundos Centrales y la administración de Fuerza Muscular de Naves en la base de Régulo. Tras una serie de relativamente cortas y sólo mínimamente exitosas asociaciones a largo plazo con otros músculos, había aceptado alegremente a Niall como su mitad móvil. Juntos habían recorrido la galaxia. Puesto que Niall había conseguido ingeniosamente pagar las deudas de su primera infancia y educativas a Mundos Centrales, se habían convertido en agentes libres, capaces de aceptar trabajos que les interesaran, no asignaciones obligatorias. No habían ido a la nebulosa Cabeza de Caballo como ella había sugerido caprichosamente en una ocasión a Jennan. La NH-834 había tenido suficientes aventuras y trabajo en ésta como para no tener que ir fuera en busca de excitación.

—Veamos si podemos averiguar algo más de ellos, ¿eh, Niall?

—No sería una mala idea en un día tan aburrido como éste, ¿no? —Aunque sus dedos se agitaron encima de las placas de presión de la consola de piloto, fue ella quien efectuó toda la mecánica real de alterar su rumbo. Pero de todos modos lo hubiera hecho ella igualmente. En realidad Niall no necesitaba hacerlo, pero a ella le gustaba darle cosas que hacer. Él se quejaba a menudo de que le daba el tipo de trabajo que *no deseaba* hacer. Y ella le respondía invariablemente que un poco de trabajo *duro* nunca hacía daño a nadie. Por supuesto, cuando él empezó a deteriorarse físicamente, todo eso se convirtió en discusiones de boquilla. Niall tenía cuarenta y tantos años cuando se convirtió en su músculo y ella en la NH-834, de modo que había disfrutado de una buena y larga vida para una persona de caparazón blando.

—Soy de buena raza —dijo el holograma, para su sorpresa.

¿Estaba pensando en voz alta? Tenía que ser así para que el programa respondiera.

—Con un tratamiento cuidadoso, puedes durar siglos —respondió, como hacía a menudo.

Ejecutó el cambio de curso de noventa grados que el panel de control había calculado.

—No malgastes el tiempo, muchacha —dijo Niall, girando en la silla para enfrentarse al panel detrás del cual residía su caparazón de titanio.

Pensó en seguir con aquella «rutina», pero decidió que era mejor averiguar un poco más acerca de la «invasión».

—¿Por qué lo llamas una invasión? —preguntó Niall.

—¿Tantas naves, encaminándose todas en una misma dirección? ¿Qué otra cosa puede ser? Los cargueros no avanzan en convoy. No aquí fuera, al menos. Y los nómadas tienen rutas definidas que se mantienen dentro de los sectores más colonizados. Y si he leído correctamente sus KPS...

—... lo cual inevitablemente has hecho, mi espléndida amiga...

—... esas naves han cargado un combustible que va mucho más allá de las especificaciones y están dispersando polución por todo el espacio. No debería permitírseles.

—No podemos dejar que polucionen el espacio, ¿verdad? —El holo arqueó la ceja derecha, imitando uno de los rasgos habituales de Niall—. Ni podemos permitir los motores que funcionan con combustibles no autorizados. ¿Debemos advertir a alguien?

Helva había hallado las entradas del Atlas para aquel sector del espacio.

—Sólo al único planeta habitable en el sistema al que parece que se están encaminando directamente. Ravel... —La invadió la sorpresa ante aquel nombre—. ¡De todos los lugares!

—¿Ravel? —Un buen programa de búsqueda y localización podía hallar rápidamente aquella antigua referencia. Helva se encogió sobre sí misma ante la predecible respuesta del holo—. Ravel era el nombre de la estrella que se convirtió en nova y mató a tu músculo Jennan, ¿no es así? —dijo Niall, que conocía perfectamente bien el hecho.

—No necesitaba que me lo recordaran —dijo hoscamente.

—El mayor rival que he tenido —dijo Niall alegremente, como siempre lo hacía, e hizo girar la silla de mando en círculo, sonriéndole de forma impertinente mientras dejaba que la silla completara los 360 grados y volviera a situarse frente a la consola.

—Tonterías. Lleva muerto casi un siglo...

—Muerto pero no olvidado...

Helva hizo una pausa; sabía que Niall tenía razón, como siempre, pese a estar muerto también. Quizá no fuera una buena idea el permitir que hablara con ella. Pero de todos modos era lo que hubiera dicho en vida, y lo había dicho bastante a menudo, o no estaría en el programa.

Deseó que los diagnósticos le hubieran mostrado alguna causa específica de su debilitamiento general a fin de poder impedir su muerte. De algún modo.

—Me estoy debilitando, querida —le había dicho fatalísticamente en una de sus conversaciones cuando ya no pudo negar su creciente debilidad—. ¿Qué puedes esperar de una forma de vida que degenera? Tengo la suerte de haber vivido tanto tiempo como he vivido. Gracias a que has cuidado de mí durante los últimos setenta años.

—Setenta y ocho —le había corregido entonces.

—Lamento dejarte sola, querida —había dicho él, apoyando su mejilla en el panel

tras el cual estaba enmurada ella—. De todas las mujeres de mi vida, tú has sido la mejor.

—Sólo porque he sido la única que *no has podido conseguir* —había respondido ella.

—No será porque no lo haya intentado —respondió el holograma con su característica risa.

Helva le hizo eco. Recordar y hablar en voz alta no era una buena idea. Pronto no sabría qué era recuerdo y qué programación.

¿POR QUÉ no había usado ella el cuerpo protésico que Niall había comprado para ella, reduciendo el saldo de su crédito a una cantidad peligrosamente cercana al cero y estando a punto de causar una brecha irreparable entre ellos? Él *había* deseado desesperadamente el contacto físico, por interpuesto que fuera, como había argumentado ella. La prótesis hubiera sido *ella* a los ojos de Niall, y a sus brazos, puesto que ella la habría motivado. E intentó tan intensamente *conseguirla*. Había proporcionado a Prótesis Sorg la estatua holográfica de ella que había elaborado mucho antes de convertirse en su músculo, usando información genética de su historial médico y holos de sus padres y hermanos. Hasta que él no se lo dijo, ella no había sabido que había habido otros niños físicamente normales hijos de sus padres. Pero por aquel entonces no se alentaba a la gente encapsulada a mostrarse curiosa hacia sus familias: erangente encapsulada, inefablemente distinta. Él le juró ciegamente que no había maximizado su aspecto potencial —el holograma era de una mujer de sorprendente buena apariencia— cuando había encargado el holograma de ella a partir de esa información genética. Incluso le había mostrado sus materiales de investigación para que ella los examinara.

—Puede que no te guste, muchacha —le había dicho con su habitual tono irreverente—, pero eres una mujer rubia de ojos azules, y habrías crecido alta y esbelta. Exactamente como me gustan. Tu padre tenía muy buen aspecto, y apuesto a que habrías salido a él, puesto que las hijas tienden a parecerse a menudo al buen viejo papá. No es que tu madre no tuviera buen aspecto también. Todos tus hermanos y hermanas son apuestos, de modo que no podía salir más que una extrapolación válida.

—¡Tú simplemente las prefieres rubias, no me digas otra cosa!

—Nunca lo hago, ¿no? —respondió el holograma, y Helva regresó bruscamente al presente y al hecho que intentaba evitar, que el Niall Parollan al que había amado estaba muerto. Realmente muerto. El cascarón de lo que él llamaba su «bobina mortal» se hallaba en estasis en sus aposentos. Había muerto pacíficamente, no como había vivido, entre el ruido y la furia y un espléndido histrionismo. En un momento determinado sus sensores leían aún sus signos vitales que se iban debilitando por momentos, y al momento siguiente aparecía la delgada línea de la «nada» cuando la esencia de la personalidad que había sido Niall Parollan se alejaba, hacia donde fueran las almas o la esencia espiritual.

Ella, que no podía llorar, se sintió destrozada. Más tarde se dio cuenta de que había flotado en el espacio durante días, intentando reconciliarse con su muerte. Se había dicho una y otra vez que habían pasado un buen y largo tiempo juntos; que esas circunstancias diferían de su pérdida de Jennan después de tan sólo unos cortos años. Jennan nunca había tenido la oportunidad de vivir una vida plena, larga, productiva. Niall sí. Seguro que ella no debería de desear un poco más de aquello, sobre todo cuando durante la última década él había sido capaz de disfrutar del estilo de vida que había seguido tan vibrantemente, tan plenamente, con un espíritu tan alborotadoramente inconformista. Seguro que ella había aprendido a enfrentarse al pesar en sus últimos cien años. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía enfrentarse al largo y silencioso viaje de regreso a la base de Régulo. Él había insistido que tenía derecho a ser enterrado con los demás héroes del Servicio, que se lo había merecido a lo largo de todas aquellas décadas. Habían estado mucho más cerca de Régulo cuando surgió el tema. Pero estaba decidida a cumplir con su petición.

No había otras naves cerebro en ninguna parte en sus inmediaciones espaciales para contactar con ellas y que actuaran como escolta. Ella y Niall había estado en una exploración preliminar de una serie de sistemas estelares inexplorados. Puede que se resintiera todavía de aquella primera escolta de vuelta desde Ravel con el cuerpo de Jennan. No era que hubiese muchas posibilidades de suicidio por su parte aquella primera vez. Había pasado ese test en el primer regreso funeral a la base de Régulo. De ahí era de donde se le había ocurrido la idea de programar un facsímil. ¿Sería una forma de retrasar la aceptación? Seguramente no se le permitiría esta aberración, si realmente lo era. Ni siquiera mencionó el asunto a Régulo. Se mostraron muy contentos de que estuviera dispuesta a tomar otro compañero. Las naves C&C experimentadas siempre estaban en demanda para las misiones arriesgadas. Ella era una de las mejores, su yo-nave había sido rediseñado y equipado con toda la nueva tecnología que se había desarrollado para las naves cerebro y las estaciones. Como ese maldito cuerpo de repuesto que Niall había comprado y que ella no había usado nunca. No podía. Simplemente no podía habitar la prótesis Sorg. Oh, sabía que Tia lo hacía y que la muchacha se sentía feliz de su habilidad de «abandonar» su cascarón y ambular. Una palabra encantadora, «ambular». Ella y Niall habían tenido algunas acaloradas discusiones sobre el tema mismo de la prótesis.

—Me dotarías con un falso brazo o una falsa pierna si perdiera alguno de ellos, ¿no? —había sido uno de los argumentos de Niall.

—Para que pudieras andar o usar la mano, sí, pero esto es diferente.

—Porque sabes que yo te estaría usando a ti, ¿no? —Estaba tan cerca de su panel que su rostro no era más que un furioso manchón. Barbotaba ante su intransigencia —. Y tú no deseas ninguna parte de mi brazo corto, ¿verdad?

—Al menos ellos no pueden reemplazar eso en prótesis —se había burlado ella.

—¿Apostarías algo? —Él se había apartado, había vuelto a su sillón de mando y

se había arrellanado en él, mirando furioso a su panel—. El problema contigo, muchacha, es que has envejecido en la botella. Te has encajado en plasmento. ¡No sabes lo que te estás perdiendo! —Y había resoplado amargamente.

Puesto que ella se consideraba tolerante y de pensamiento avanzado, aquella acusación le había dolido. Todavía le dolía. Quizá, después de todo, era demasiado vieja mentalmente para contemplar la libertad física. Pero no podía hacer uso de aquel vacío cascarón corporal como algo que ella, Helva, pudiera manipular. No todas las naves cerebro con las que había hablado de las prótesis Sorg las habían hallado un sustituto a la inmoción en un cascarón. Y algunas de ellas simplemente las habían encargado también. Por supuesto, Tia —Alex/Hypatia AH-1033— había sido en su tiempo una persona andante, no encapsulada, cuando era una niña. Quizá, como Niall le había vociferado a pleno pulmón, Helva necesitaba que se alterara su condicionamiento: una actualización moral. Para una nave cerebro, no era tampoco tan vieja después de todo. ¿Por qué no podía haber aceptado la prótesis cuando él deseaba tan desesperadamente que la usara? Ella y Niall habían sido compañeros durante largo tiempo, de modo que ¿cómo podría haber alterado su relación especial el haber añadido esa rendición final del yo? Realmente ella no había pensado nunca en sí misma como en una virgen vestal tecnológica, uno de los epítetos que Niall le había lanzado. No era mojigata. Simplemente había sido *condicionada* para aceptarse a sí misma tal como era, tan completamente que verse «desencapsulada» era el peor destino imaginable. Usar el cuerpo protésico no era en absoluto lo mismo que verse desencapsulada, le había gritado él. Pero ella no podía, simplemente *no podía*, complacerle. ¿Complacerle? No, no podía complacer a Niall de esa forma. Una palabra débil para definir una respuesta a su irrazonable, pero oh tan masculina, petición. Bien, se había negado. Ahora deseaba no haberlo hecho. Pero si Niall todavía siguiera con vida, ¿hubiera cambiado de opinión? No era probable, puesto que era su muerte la que ahora había suscitado los remordimientos por aquella omisión.

—Preferiblemente antes de que me volviera impotente, muchacha —y era el holo quien hablaba.

—Si supieras cuánto lo lamento, Niall... —murmuró.

La información empezó a brotar de sus sensores. Ni siquiera recordaba haber pedido un análisis espectrográfico del rastro de iones. Una acción así formaba tan parte de sus procesos operativos estándar que suponía que la había suscitado automáticamente mientras escuchaba a su programa de Niall.

—Bien, bien, armados y preparados para la caza del oso, ¿eh?

—Sí —respondió el holo de Niall—, pero ¿qué tipo de oso?

—Esas fanáticas religiosas de Cloe que usaban alfombras de piel de pelo para mantenerse calientes..., de modo que la analogía es bastante exacta —respondió ella, regocijada de haberse mostrado tan precisa—. Recuerdo que se salieron alegremente de...

—¿Alegremente? —croó desanimada la voz de Niall—. Esa gente nunca oyó esa palabra. De modo que, ¿qué está cazando el oso en este volumen de espacio? —preguntó.

—Bien, ahora escucha esto, mi querido amigo. Están en ese planeta habitable que, siendo tan ávidas de castigo como parecían serlo cuando las conocí la primera vez, han llamado Ravel.

—Sin duda un gesto penitencial destinado a recordarles sus pecados —dijo Niall con tono severo.

Helva analizó el informe.

—He obtenido una identidad de los visitantes. Piratas —dijo, porque sus archivos de datos habían podido identificar las emisiones como las de incursores kolnari. Espacionaves pequeñas, muy probablemente yates, y algunas de tamaño medio, posiblemente cargueros, reacondicionadas para prácticas piratas, y dos naves más pesadas pero más antiguas del tamaño de cruceros.

El holo de Niall hizo girar la silla en redondo y se la quedó mirando. (Vaya, el programa era muy bueno para conseguir tan rápidamente ese tipo de reacción).

—¿Kolnari? ¿Los bastardos que atacaron la estación espacial de tu amigo Simeón?

—Los mismos. No todos esos fanáticos fueron capturados cuando la marina de Mundos Centrales los rodeó.

—Buenos enemigos, esos kolnari. —Y la expresión del holo era completamente seria—. La última información de Régulo sugería que dos grupos, posiblemente cuatro, habían escapado completamente. Incluso un grupo constituye unos cazadores de osos más que suficientes para asolar Ravel con su *modus operandi*. —El holo palmeó con ambas manos los brazos de la silla, en un gesto de frustración.

—Me preguntaba si todavía quedaría alguno con vida. Después de todo, el virus que liberó el doctor Chaundra sobre ellos era uno de los más virulentos jamás descubiertos. —Helva suspiró—. Los kolnari morían a docenas.

Los kolnari —un grupo disidente escindido que se había adaptado de tal modo a las condiciones de su duro planeta que eran considerados como una subespecie humana— eran conocidos por poseer una increíble habilidad para adaptarse y sobrevivir a enfermedades por otro lado fatales, virus y condiciones planetarias castigadoras. Tenían una vida muy corta, madurando cuando otros tipos masculinos humanos apenas rozaban la pubertad, pero las cortas generaciones eran peligrosas pese a la limitación. Lanzaban incursiones contra todo lo que podían, planetas, plataformas espaciales o convoyes de carga, usando las poblaciones o las tripulaciones humanas como esclavos y readaptando las naves capturadas para su uso, la piratería. Tras el casi éxito de su incursión contra la Estación Espacial 900, la marina de Mundos Centrales estaba razonablemente segura de haber destruido el cuerpo principal de las unidades peripatéticas kolnari. Estaban en alerta para localizar, y destruir a primera vista, a cualquier otra unidad.

—Hum —bufó Niall—. Adaptarse a ese virus en particular debe de ser exactamente el tipo de cosa que un kolnari es *capaz* de hacer, dada su perversa naturaleza y su loco metabolismo.

—Me temo que puede que tengas razón. ¿Quién más sería tan loco como para operar naves en esas condiciones? Ni siquiera los nómadas son tan chapuceros con sus emisiones —dijo Helva.

—No si tienen intención de continuar su existencia nómada y piensan abandonar subrepticamente el sistema. ¿Estás siendo prudente yendo detrás de los kolnari? —preguntó, con un rastro de ansiedad en su tono—. Serías un auténtico premio para ellos.

Helva se estremeció mentalmente, recordando demasiado vívidamente lo que el líder kolnari, Belazir t'Marid, casi le había hecho al cerebro de la estación espacial, Simeón. Era extraño que Niall le recordara aquello. Sabía que había hecho un buen programa con él, pero... ¿Podía creer racionalmente en la transmigración de las almas? ¿O que el holo era el fantasma del auténtico Niall?

—No puedo abandonar a esas idiotas de Ravel a los kolnari como tampoco podía hacerlo con la maldita nova. Y eso es una especie de justicia poética —dijo con un suspiro—. Veamos. Han transcurrido casi cien años desde que tuve que transportarlas fuera de su planeta antes de que su sol lo friera. Les tomó tiempo a los Mundos Centrales hallar un sistema estelar remoto adecuado donde pudieran estar a salvo tanto de novas como de cualquier profanación de los males que moran en los simples hombres mortales. Esperemos que dispongan de algún tipo de equipo moderno protegiéndolas. Si no contra novas, al menos contra depredadores. ¡Ah! El Atlas dice que el sol es estable. Y que hay, o había, unas instalaciones espaciales para la recepción de conversas.

—¡Ja! —El holo dejó escapar un ladrido de disgusto—. ¿Algún sistema de satélites?

—No se menciona ninguno. De hecho, no ha habido ningún contacto en los últimos cuarenta años. Bien, voy a romper sus meditaciones o lo que sea que hagan ahí abajo. Sólo hay mujeres en ese planeta. No puedo dejar que los kolnari echen sus manos sobre todas esas inocentes vírgenes piadosas, ahora que puedo.

—Será divertido de ver —dijo un impenitente Niall.

—Cállate, sádico libidinoso —dijo ella tan firmemente como le fue posible. Quizá debiera cortar también el programa. No, lo *necesitaba*, de una u otra forma, porque en este programa estaba la destilación de setenta y ocho años de experiencia..., de él y de ella.

—Nunca fui un sádico, mi querida Helva —dijo él altanero, y luego sonrió sarcásticamente—. Admitiré el hedonismo, pero ninguna de mis mujeres me reprochó jamás mis atenciones..., ¡excepto tú! ¿Has considerado enviar un pulso a cualquier unidad de Mundos Centrales que esté escuchando acerca del inminente desastre que se aboca sobre Ravel?

—Lo estoy redactando y —hizo una pausa para añadir el final URGENTE A TODO QUIEN LO ESCUCHE al mensaje— acabo de enviarlo.

Por primera vez experimentó un toque de alivio de poder abordar al grupo sin mancillarlo con una presencia masculina. Puso en pausa el programa, puesto que Niall parecía hablar sin que ella le diera necesariamente pie. Esta vez no iba a tener seguramente muchos problemas en persuadirlas de buscar cualquier refugio que el planeta pudiera proporcionarles. Posiblemente el hecho de que las había salvado una vez antes pesaría a la hora de obedecer a sus peticiones de hacerse tan invisibles como fuera posible cuando llegasen los kolnari. No iba a permitir que se convirtieran en las víctimas de las violaciones y la brutalidad kolnari. Y Ravel era sólo un desvío menor en su camino a Régulo. No sólo se sintió mejor por tener algo útil que hacer tras la muerte de Niall sino que se sintió revivida por la necesidad. Era necesaria en Ravel como el padre de Jennan lo había sido en Parsea. La auténtica tragedia se producía cuando aquellos que podían ayudar no estaban *allí* cuando eran necesitados. Ella estaba allí. Era necesitada. El vigor fluyó a través de los tubos que le proporcionaban sus fluidos nutrientes.

—Te sientes en forma, ¿eh? —preguntó alegremente el holo—. ¡Ésa es mi chica! Hay que hacer lo que hay que hacer. Los datos sugieren que habrá un montón de pequeños asentamientos, claustros los llaman. Han incrementado su población desde las cifras de Cloe. —Suspiró—. No hay suficiente exploración geocológica como para mostrar posibles refugios. De todos modos, el planeta tiene una abundante vegetación.

—Montones de bosques y gran cantidad de montañas y valles. Muchas formas de ponerse a cubierto si se separan. Hace mucho más difícil que los kolnari las localicen desde el aire. Es decir, si conservan la calma —dijo Helva, cargada de esperanza—. Sólo necesitan echarse al suelo y no levantar la cabeza hasta que llegue la flota.

—Eso —y el tono del holo era cínico— si la flota tiene algunos escuadrones lo bastante cerca como para enviarlos a tiempo o decide que un grupo tan escindido vale la pena de ser salvado. Nunca he oído hablar de su tipo de fe..., el Círculo Mariano Interior. ¿Quién es ese Mariano al que adoran?

—En este caso, «mariano» es un adjetivo y se refiere a María, madre de Jesús.

—Oh... ¿Y qué es entonces un círculo interior?

—No lo sé y realmente no importa, ¿no crees? Tenemos que advertirlas.

—Quizá no quede nadie a quien advertir —sugirió Niall—. Hey, ¿has dicho que han incrementado su población desde las cifras de Cloe? ¿Cómo puede una orden religiosa celibataria perpetuar el número de sus miembros?

—Conversos —sugirió ella. A menudo se había preguntado cómo aquellas minorías conseguían seguir practicando una fe que rechazaba la procreación como un pecado—. Hubo un nuevo cargamento hará unos cuarenta años.

—¡Uf! —Y Niall desechó aquello—. Incluso aunque convirtieran a menores de diez años, ¿cómo pueden las actuales habitantes de más de cincuenta años escapar de

los galopantes kolnari?

—¿Partenogénesis? —sugirió ella.

—Eso es, al menos, un nacimiento virginal. —Y se echó a reír.

—Eso encajaría con las teorías acerca de María.

Niall bufó.

—Eso fue simplemente el primer caso registrado de exogénesis.

—Posiblemente, pero no invalida en nada el efecto que causó el Mesías en el hombre... y la mujer...

—Admitiré esto.

—Muy bien por tu parte.

—Vayamos a la realidad, mujer —dijo él, inclinándose hacia adelante en su silla—. Primero tenemos que descubrir si hay alguien a quien rescatar. Y si hay algún lugar seguro donde enviar a las que encontremos para que los kolnari no las agarren hasta que llegue la flota. No desearía lo que puede ocurrirles ni a mi peor enemigo..., ni a mi segundo peor enemigo.

Helva había estado examinando el archivo sobre los kolnari.

—Puede que estén buscando una nueva base. Mundos Centrales esterilizó su planeta de origen.

—Entonces no permitamos que ocupen este Ravel, que parece ser un hermoso planeta. No se llevarían bien ni siquiera con sus perros...

—Tienen una especie canina indígena en Ravel. ¿Has estado utilizando de nuevo la lectura rápida antes que yo? —preguntó, sorprendida porque la lista de fauna local acababa de aparecer para que ella la examinara.

—La *mayoría* de planetas tipo M en los que hemos estado tienen algún tipo de animal de índole canina. Los gatos no siempre tienen tanta suerte. —Y le lanzó una mirada de reojo. Él era una persona amante de los perros, pero desde hacía tiempo había decidido que a ella le gustaba la independencia de los felinos. Podían discutir los méritos de las dos especies durante horas en sus viajes por entre los sistemas estelares—. El planeta tiene depredadores. Además, nuestro Círculo Interior no tiene armas y no caza. Son vegetarianas. —Le sonrió de nuevo.

—¿Así que todo es material orgánico? —preguntó Helva de la forma más inocente, jugando con el tema.

—Sólo el tipo de material orgánico virgen que adoran los kolnari. —El holo se frotó las manos y rió lascivamente.

Helva ignoró aquello.

—Un clima templado también. Es un cambio con respecto a Cloe, que estaba helado la mayor parte del tiempo.

—¿Qué? ¿No hay temperaturas extremas para mortificar cuerpo y alma?

—¡No! Y una buena ecología básica, con la que no interfieren. Ni siquiera han domesticado a ninguno de los animales indígenas para utilizarlos, aunque esta entrada es de hace cuarenta años, del último contacto con el planeta. Viven en armonía con su

entorno, dice aquí, y no lo saquean.

—Lo cual a buen seguro las deja completamente abiertas para ser saqueadas. Que es lo que va a ocurrir. Aunque, una vez dicho y hecho todo, no me gustaría verlas saqueadas o desfloradas en medio de sus huertos por los kolnari.

—Ni lo permitiremos —dijo Helva fieramente, aunque esperaba devotamente no encontrarse con la incredulidad y el piadoso fatalismo que había encontrado la primera vez y que, oblicuamente, había causado la muerte de Jennan.

—Francamente, querida, no sé lo que puedo hacer para ayudarte. Conoces mi reputación con las mujeres... —empezó a decir el holo.

—Yo hablaré —dijo ella, interrumpiéndole con firmeza.

Él se reclinó en su silla, haciéndola oscilar ociosamente.

—Me pregunto si te habrán añadido como salvadora a su Círculo Interior.

—Tonterías. Nadie del grupo original debe seguir vivo. No creían en prolongar artificialmente la vida...

—¿Todas las curas proporcionadas por las plegarias?

—Evitar todas las sustancias impuras. Como los kolnari.

Niall inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

—Quizá den la bienvenida a los kolnari como una prueba enviada por la Deidad Universal que sea a la que reverencien... —Hizo una pausa, con el ceño fruncido—. María nunca fue un dios, ¿verdad? Una diosa, quiero decir. En cualquier caso, ¿es posible que consideren que los kolnari han sido enviados para poner a prueba su fe?

—Espero que no. ¿Qué nos queda de las cintas que grabó Simeón?

—¿Supongo que te refieres a las escenas de las violaciones? Mis favoritas —dijo Niall, y sus dedos teclearon una secuencia—. Supongo que no pretenderás pasarles a esas inocentes...

—Una imagen vale más que mil palabras —le citó ella—. Si tenemos que recorrer el planeta como tuvimos que hacer Jennan y yo en Cloe, necesitaré usar una lección clara y rápida. Puedo preparar un holograma para mostrárselo —añadió, puesto que se sentía complacida por la forma en que manejaba la programación holográfica.

—Si lo haces la mitad de bien que ese programa que has hecho conmigo, funcionará, cariño.

Esa observación sobresaltó a Helva y activó un aumento de tamaño de su imagen holográfica. Pero era un holograma..., una podía ver el más débil indicio de la fuente de luz. ¿Cómo podía Niall *saber* que era un holo? Entonces recordó el que habían hecho juntos en Astrada III cuando él tuvo que reproducir un acontecimiento histórico para demostrar algo a una audiencia escéptica. Seguramente ésa era la referencia.

—No puedo hallar ninguna indicación de lo amplia que es la población aquí —añadió Helva, tras pasar varias veces la entrada relativa a Ravel.

—Es posible que no lleven un censo exacto. ¿*Tienen* alguna instalación espacial?

—¡No, pero TIENEN un satélite con una alarma de proximidad! —exclamó ella, triunfante.

—¿Y a qué distancia está el sistema habitado más cercano que pueda oírles, y mucho menos actuar? —quiso saber Niall—. Probablemente no contiene más que la habitual advertencia estúpida. —Y cantó con los tonos neutros de un mensaje automático—: «Este es... un planeta... prohibido... No sigan... avanzando... — Abandonó ese tono y, en un piadoso falsete, añadió—: O recibirán unos azotes cuando llegue la flota».

Helva le concedió la breve risita que él esperaba.

—Nuestro mensaje suscitará una acción inmediata. Nadie ignora un mensaje de una nave C&C.

—Así tiene que ser —dijo Niall con leal intensidad, dando un golpe sobre el tablero de mandos para dar énfasis a sus palabras.

No hubo ningún sonido unido a esa acción. Tenía que elaborar esta faceta..., cuando hubiera conseguido salvar a las cloístas, o cloeitas, o ravelianas del Círculo Mariano Interior, de la inminente llegada de los kolnari. Tenía que asegurarse de que se daban cuenta de lo peligrosos y sanguinarios que eran los kolnari a fin de hacerse tan invisibles como fuera posible.

Helva aceleraba ahora a lo largo del rastro de iones, y sus elementos polucionantes eran más pronunciados a medida que reducía la distancia que los separaba. Rebasaría a la flotilla en veinticuatro horas. Y llegaría a Ravel cuatro o cinco días por delante de ella. Tendría que empezar a decelerar una vez hubiera pasado la helipausa, pero también deberían hacerlo los kolnari.

—No olvides la capa —dijo Niall, levantándose de la silla. Se estiró hasta que ella estuvo segura de que podía oír crujir sus tendones: lo cual, se recordó a sí misma, era uno de los motivos por los que había añadido algo más que sonido vocal al holo. Tenía permitido estirarse, pero no el horrible sonido que emitía cuando hacía crujir sus nudillos—. Será mejor que vaya a echar una cabezada antes de que empiece la fiesta.

—Buena idea. Yo trabajaré en el holograma mientras descansas y te llamaré para una crítica.

Niall el holo cruzó el compartimento principal y se dirigió al pasillo y a los aposentos de Niall. ¿Se daba cuenta de que se fundía con el cuerpo mantenido en estasis de Niall en el camastro?

Casi había olvidado el mecanismo de enmascaramiento que doblaba la luz y el equipo sensor alrededor de la nave. Tan sólo había usado esa «capa» en una ocasión, y le había dicho a Niall que era un elemento de tecnología *realmente* innecesario para que una nave C&C malgastara crédito en él. Pero ahora resultaría útil de nuevo. Las naves C&C no poseían armamento con el que defenderse, y desvanecerse proporciona una evasión mucho más efectiva que el más recio y poderoso escudo.

Mientras montaba juiciosamente las cintas de la ocupación kolnari de la Estación

Espacial 900, meditó sobre su primer encuentro con los cloeítas. Al menos esta vez su músculo no resultaría muerto, por inintencional que hubiera sido la muerte de Jennan. Ella también tenía más trucos en su arsenal que los que tenía cuando era una nave cerebro recién estrenada.

Aceleró y, mucho antes de que cualquier sensor kolnari pudiera rastrear su aproximación, se envolvió en su capa. Por supuesto, *ellos* se convirtieron en puntos en sus sensores, antes que en naves tridimensionales. De todos modos, por el tamaño de las señales cuando pasó junto a ellas, averiguó bastante sobre el conjunto. Para empezar, eran más que las que había anticipado, incluso tomando en consideración todas las emisiones polucionantes. Ninguna de ellas encajaba con las firmas de ninguna de las que habían atacado a su amigo Simeón: aunque esto, sin embargo, no le provocaba ningún consuelo.

La flota kolnari era una increíble mezcla de yates, grandes y pequeños, presas de otros ataques kolnari: una buena docena de ellos, atestados de cuerpos por encima de su capacidad óptima, algunos evidentemente con sus cápsulas de salvamento ocupadas también como último recurso. Las condiciones a bordo de esas naves debían de ser desesperadas, aunque los sistemas de soporte vital consiguieran ocuparse de la sobrecarga. Tres cargueros de tamaño medio, igualmente atestados de kolnari, grandes y pequeños. Dos destructores, muy viejos, pero éstos estaban cargados con misiles y otro armamento. Dos de los cargueros arrastraban abejorros, cinco cada uno, que reducían la velocidad a la que podía viajar el convoy. Cuatro abejorros no contenían más que munición, misiles y piezas de recambio: el quinto probablemente comida, puesto que no emitía señales metálicas. Diecinueve naves. Una verdadera armada, ciertamente capaz de abrumar a las habitantes de Ravel. Lo cual era indudablemente el motivo por el cual había sido escogido el infortunado planeta.

Pulsó una actualización de su mensaje anterior con esos detalles para las naves más cercanas de la flota, a unos buenos diez días de distancia aunque aceleraran a un pulso. El almirantazgo había jurado ciegamente que tenía intención de eliminar para siempre del espacio a los piratas kolnari. Así que ésta era una buena oportunidad para que un ambicioso comandante diera un buen barrido y obtuviera un ascenso. Una pequeña fuerza moderna podía vencer fácilmente a esa pandilla de vehículos variopintos apenas adecuados para el espacio. Por otra parte, los kolnari lucharían hasta el último niño capaz de sostener un arma o disparar un misil..., de los que realmente tenían pocos. Incluso las mujeres kolnari eran terribles luchadoras. Revisando lo que se sabía de su estilo de vida, era muy probable que muchas de las mujeres fueran esclavas, capturadas y obligadas a dar a luz más descendientes kolnari.

Aceleró, deseando tener más información sobre las cloes. Vivir cerca de la naturaleza en otro planeta era algo espléndido en teoría, pero en la práctica era algo completamente distinto. Como el grupo religioso original había descubierto por la vía

difícil en Dafnis y Cloe hacía un centenar de años.

Había completado una relación holográfica de los menos agradables hábitos de los kolnari, incluido el *modus operandi* de su invasión al pacífico planeta Bethel. La cobertura tridi había sido hallada entre los restos espaciales y usada en el juicio contra aquéllos que habían sido capturados en la EE900. Se sintió encantada de haber hallado el que mostraba muy vívidamente cómo se ocupaban los kolnari de aquellos que los desafiaban. Ésa era la corta y dura lección que necesitaba proyectar. La montó, añadió algo de voz, y luego programó los videosistemas exteriores para pasarla.

Eso debería reducir la pérdida de tiempo discutiendo. Deseaba que todas las mujeres residentes en Ravel estuvieran ocultas, sanas y salvas, cuando llegaran los kolnari.

No despertó a Niall —¿para qué molestarle cuando estaba durmiendo como los muertos?— o más bien a su holo. Siempre había resultado difícil despertarle, pero una vez despierto cambiaba de sueño a alerta en segundos. Tenía tiempo, así que dio tranquilamente una vuelta al planeta, examinándolo desde su lado nocturno al diurno e identificando aglomeraciones de vida..., demasiadas. Nunca podría acudir a todos los asentamientos. ¿Cómo podían aquellas piadosas célibes haber cuadruplicado el número de los colonos registrados? «Creced y multiplicaos» podía ser un mandamiento bíblico pero, si el último grupo había llegado hacía cuatro décadas, entonces había muchas más de las que debiera haber. Los conejos podían multiplicarse así. Pero ¿conejos vírgenes? Bien, contactaría con tantas —¿cómo se llamaban a sí mismas?; ah, sí, de clausura— como pudiera. Quizá tuvieran alguna forma de comunicación entre los asentamientos, por dispersos que estuvieran en el continente principal. Simplemente debería ignorar los grupos isla y concentrarse en los blancos más grandes y jugosos que los kolnari atacarían primero.

En el centro mismo del continente principal identificó con facilidad lo que indudablemente había sido el lugar donde se habían posado las primeras naves..., bien, unas cuantas hectáreas de terreno quemado, una extensión de cemento donde las naves o lanzaderas habían descargado gente y pertrechos. Hileras de barracones temporales, maltratados por la intemperie y necesitados de un urgente mantenimiento, bordeaban dos lados del campo indicando que en su tiempo algunos seres humanos habían sido acomodados allí aunque sólo fuera por un breve período de tiempo. Era discernible una fuente de energía baja y la vegetación no había crecido sobre el área de aterrizaje, aunque en cuarenta y tantos años hubiera debido haber algunas hierbas arraigando de nuevo. Una torre achaparrada, ahora ligeramente inclinada hacia un lado, ocupaba una de las esquinas de las dos hileras de barracones. Desde su punto de observación aéreo pudo ver también cuatro carreteras, cada una alejándose en una dirección distinta del desierto campo de aterrizaje: norte, sur, este y oeste. Pudo ver dónde algunas carreteras auxiliares se desprendían de las principales, arterias más pequeñas que conducían probablemente a asentamientos más pequeños.

Aunque ninguna parecía ser más que caminos de tierra, la vigorosa vegetación no las había reclamado, dejando un claro margen a ambos lados. Sin duda se había usado alguna especie de producto químico para desalentar la invasión.

—Me pregunto cómo decidieron quién iba en qué dirección —murmuró, pero no tardó en olvidarlo, presionada por asuntos más importantes.

—Probablemente por intervención divina —dijo Niall, y ahí estaba, sentado ante la consola del piloto.

No había puesto ningún comando operado por la voz al programa, pero ahí estaba, y se sintió complacida de oír otra voz tras los silenciosos días de viaje en solitario.

—Hace las cosas más fáciles el tener sólo cuatro direcciones principales en las que buscar.

—Esos caminos fueron hechos a lo largo de un período de años o no hubieran sido tan visibles desde la última vez en que fueron usados hace cuarenta años.

—Cierto. Así que, pito, pito, colorito..., ¿cuál seguimos ahora? El este es el este y el oeste es el oeste, y nunca se encontrarán hasta el otro lado del globo —dijo en uno de sus habituales arranques.

—¿Nada respecto al norte y al sur?

—Bien, podríamos ir hacia allí —y cruzó los brazos y señaló en dos direcciones distintas, ninguna de las cuales era un punto cardinal.

—Al norte, creo, y luego girar en redondo... —decidió Helva.

—¿En círculos crecientes? —¡Su tono era tan cáusticamente brillante!

—Incluyendo las montañas. Eso está bien.

—«Majestuosas montañas púrpuras, encima de las fructíferas llanuras...» —citó.

—Eso no suena bien.

—He olvidado como sigue —dijo Niall, con el ceño fruncido.

—Dicen que la memoria es lo primero que se ve afectado por la edad...

—¡Gracias! Recordaré eso.

Envuelta en su capa y a baja altitud, Helva siguió el camino hacia el norte, observando las desviaciones y dándose cuenta de que iba a tener un buen trabajo si quería advertir aunque sólo fuera a la mitad de los habitantes del planeta. Se negó a permitir que el hecho la desalentara de su tarea elegida. Y la noche estaba cayendo sobre el continente.

—¡Ajá! —Niall señaló con urgencia hacia babor—. Fuegos. Tres grados a babor.

—Y demasiado bosque para que me pose ahí.

—No me importará retirarme cuando puedas hallar un lugar donde posar-te... Oh, no, ¿no puedo, puedo?

—No, no puedes, pero aprecio tu ofrecimiento. En especial puesto que necesito mostrar mi pequeño vídeo para estimularlas a la acción.

—Podrías usar la prótesis —dijo él con tono lisonjero, sonriéndole.

Ella no dijo nada, orgullosamente, y él dejó escapar una risita. Podía flotar por

encima de los asentamientos para transmitir su mensaje, pero necesitaba algo sobre lo cual proyectar el vídeo para el máximo de efectividad.

—Usaré la oscuridad para reconocimiento y para localizar cuántos lugares voy a tener que visitar.

—Bien pensado. Haré una lista de las coordenadas. Puede que las necesites si la flota acude en nuestra ayuda y consuelo.

Por la mañana su lista de asentamientos, en todas direcciones, había alcanzado los trescientos. Algunos eran pequeños en las zonas boscosas, pero las llanuras o el terreno de colinas tenían muchos con varios cientos de habitantes. Todos estaban rodeados con muros, y esos muros parecían exudar el poder que revelaba cada asentamiento, así como un aspecto de dique terrestre que Niall llamó una frontera contra el territorio no de las mujeres. El núcleo mayor estaba situado en la confluencia de dos ríos.

—Si tienen algo parecido a un centro administrativo, es ése —dijo Helva—. Iremos allí a primera hora de la mañana. Cuando haya echado una rápida mirada a ese complejo isla.

—Lo que tú digas, amor —observó Niall con una docilidad muy poco habitual.

Y así ella —ellos— llegaron a primera hora de la mañana, cuando el sol empezaba a asomar por encima de las montañas que rodeaban la mayor congregación de cloeítas de Ravel.

—Más bien impresionante, ¿no crees? —observó Niall—. Todo limpio y ordenado. Cada cual debe de tener su domicilio particular. Aunque dijiste que eran una orden de clausura.

La disposición del pueblo, de la pequeña ciudad, sorprendió a Helva. Las calles se agrupaban en el centro, mientras que los huertos y algunos grandes campos de cultivo se situaban alrededor pero dentro del habitual muro bajo que rodeaba todos los asentamientos. Había puertas en cada uno de los cuatro puntos cardinales, pero no eran para defensa: un hacha de guerra kolnari reduciría cualquiera de ellas a astillas al primer golpe. Había una fuente de energía visible a través de sus sensores, pero parecía dar energía al muro. ¿Qué podían querer mantener fuera de sus asentamientos que no era ni muy alto ni muy grande ni muy fuerte? Era extraño. Los edificios más grandes situados en el centro de los campos vallados sugerían o bien almacenaje o corrales. No vieron nada que pastara, aunque la estación parecía ser primavera, a juzgar por el delicado verde de los campos cultivados, todos ellos dentro de los límites cercados.

Las cuatro avenidas principales que conducían a las puertas, porque eran lo bastante anchas como para merecer ese título, flanqueadas también por árboles, convergían en un gran edificio que dominaba el centro. Parte de él parecía una iglesia, con una amplia plaza delante para asambleas. Detrás de la iglesia había líneas

bajas de edificios, posiblemente administrativos. Era un lugar mucho mejor organizado de lo que había sido el Cloe original. Quizás habían aprendido algo en el último siglo. Era de esperar.

—Hey, observa esto, Helva —dijo Niall de pronto, señalando hacia una delgada estructura encima de la parte delantera del edificio—. No es un campanario después de todo, no tiene campanas..., pero tiene algo en la parte de arriba.

Su aproximación había sido divisada, porque las avenidas, así como las calles más pequeñas entre las unidades individuales de alojamiento, se estaban llenando de figuras con el rostro vuelto hacia arriba. La mayoría corrían hacia la plaza delante de la iglesia, o lo que fuera aquel gran edificio.

—Se levantan temprano... —observó Helva.

—Y deben de acostarse temprano también: esa fuente de energía se limita al muro no alimenta nada eléctrico —dijo Niall con tono práctico—. Y apenas hay espacio suficiente para que te poses delante de esa iglesia.

—Sí lo hay. Pero está lleno —observó Helva, porque habían llegado a la parte de atrás del edificio y ahora le estaba dando la vuelta, y vio que la plaza estaba atestada de cuerpos arrodillados. Nadie trabajaba en los campos.

—Cuantos más aplastes, menos tendrás que salvar de los kolnari —dijo Niall.

—Oh, cállate.

—Ahora es cosa tuya, Helva, amor. Adelante.

Las devotas estaban arrodilladas con el rostro vuelto hacia arriba. Podía ver sus bocas abiertas con oscuras oes de sorpresa. Pero no de miedo. A alguna señal invisible, las arrodilladas se levantaron y retrocedieron, rápidamente pero sin pánico, fuera de la plaza.

—No temáis —dijo Helva suavemente, usando el sistema de sonido externo e ignorando la intensa risita de regocijo de Niall.

—No temen nada. Quizá será mejor que alteres tu programa, corazón.

—Necesito hablar con vosotras.

—¿Por qué no te limitas a flotar aquí?

Helva se aseguró de que tenía abierto únicamente el sonido interior antes de decir secamente:

—¿Querrás callarte y dejar que yo maneje esto, Niall?

—Recuérdales que las salvaste de los fuegos del infierno de Cloe, querida —sugirió Niall.

—Eso es lo que viene a continuación —respondió ella cáusticamente—. Mi nombre es Helva —dijo por el circuito exterior.

—¡Hey, Helva, es a ti a quien tienen subida en lo alto de este edificio!

En su cuidadoso descenso en vertical, ahora estaban situados al nivel del campanario. Que no era un campanario sino una réplica de su anterior yo-nave, toberas incluidas.

—Bien, ¿cómo se siente una al ser canonizada? —dijo Niall, pero Helva pudo

captar una nota de orgullo en su voz—. Es posible que puedas salirte de ésta después de todo, amor.

Más impresionada por el artefacto de lo que estaba dispuesta a traslucir, Helva completó su aterrizaje. Una de las mejoras de su nave era la cabina vertical y una rampa que accedía directamente a ella, en vez del antiguo e inconveniente ascensor desde la popa.

—Incluso tienes un grupo de recepción de una sola persona —observó Niall, cuando una alta figura se hizo visible en los visores de estribor. A todo alrededor de la plaza las demás estaban vueltas hacia aquella figura, con las cabezas bajadas en signo de obediencia.

—¿De qué otro modo eres llamada, Nave Helva? —dijo la mujer alta, echando hacia atrás la capucha y revelando el rostro sereno de una mujer madura.

—No está nada mal —murmuró Niall—. Aunque luciría mucho mejor con ropas más femeninas.

De hecho, Helva estuvo de acuerdo con él, puesto que la mujer poseía un rostro sorprendentemente atractivo. Era una lástima que hubiera adoptado la religión en vez de un hombre y una familia. La larga túnica suelta que llevaba era una de esas cosas amorfas, probablemente tejidas a partir de fibras indígenas y estrictamente utilitarias.

—Soy la Nave NH-834, que en su tiempo fue también la JH-834.

La mujer asintió y se inclinó hacia adelante desde la cintura, en una profunda reverencia.

—¡Bingo! —dijo Niall.

—Hemos enviado plegarias eternas por el reposo del alma de Jennan —dijo la mujer con una voz intensamente melodiosa, y de las demás brotó un murmullo de «Alabado sea siempre su nombre».

—Su memoria es honrada —respondió Helva sinceramente—. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Soy la Helvana —respondió la mujer, de nuevo con una reverente inclinación de cabeza.

—Santo cielo, Helva, has alcanzado la santidad —dijo Niall con absoluta irreverencia, y la risa lo agitó en el asiento del piloto—. Con tu propio sistema sacerdotal de castas. ¡Huau!

De alguna forma su reacción irritó tanto a Helva que casi borró su programa. Pero el sentido común la hizo reaccionar. Si de hecho era alguna especie de santa para aquella gente, necesitaba su irreverencia más que nunca..., para mantener el equilibrio.

—¿Conduces a tu pueblo?

—Soy la que ha sido elegida —respondió la mujer—. Durante muchas décadas hemos estado esperando que nos honraras con tu aparición.

—Y una vez más vengo a vosotras con malas noticias —dijo Helva rápidamente, antes de ser inundada con sentimientos de reverencia y devoción.

—Que hayas venido es suficiente. ¿Qué es lo que deseas de nosotras, Nave Que Canta?

—Te tienen atrapada, querida —murmuró Niall, sonriendo como un idiota.

—Un enemigo se acerca a este planeta..., Helvana. —Helva tuvo un cierto problema en pronunciar aquel nombre/título—. He pedido ayuda, pero ésta no llegará a tiempo para impedir el aterrizaje, ni la brutalidad con la que esa gente, a la que llaman los kolnari, asola a las poblaciones no protegidas.

Una risita, intensa y gutural, sorprendió a Helva. También captó sonrisas de todas las reunidas alrededor de la plaza.

—No es asunto de risa, Helvana. Tengo documentación acerca de cómo aniquilan la resistencia. De cómo... abusan de la población. —No quiso decir «violan» en presencia de muchachas que parecían no haber alcanzado todavía los veinte años—. Debo pedirlos que os retiréis a la seguridad que puedan proporcionaros los bosques y las montañas hasta que llegue la flota. Tras haberos advertido aquí en esta espléndida ciudad, debo difundir la alarma a todos los lugares que pueda, para salvar a tantas como sea posible.

La mujer llamada Helvana alzó una mano, una educada interrupción.

—Cuidadoras de los pájaros, enviad las bandadas a prevenir a nuestras hermanas. Nave Que Canta, ¿sabes lo que tardarán en llegar?

—No les llevo más de cuatro días de ventaja —dijo Helva, sorprendida ante su calma. Vio con alivio que algunas mujeres desaparecían del perímetro para hacer lo que se suponía que debían hacer las cuidadoras de los pájaros—. Debéis reunir todas vuestras posesiones más preciadas y partir hacia los bosques y las montañas.

—Cuatro días es tiempo más que suficiente para ponerlo todo en movimiento, Nave Que Canta.

Aquella Helvana no sonaba en absoluto alarmada, pese a que debería estarlo.

—No comprendes, Hel... Helvana. Esos hombres son piratas, malvados. No tienen piedad hacia sus víctimas...

—Muéstrales la cinta —dijo Niall.

—Eso es lo que hicieron en el planeta Bethel —dijo Helva, y activó la imagen externa, usando la encalada fachada del imponente edificio principal como pantalla.

—Eso no será necesario —dijo la Helvana—. ¡Apágalo, por favor! —Y, puesto que parte de la audiencia parecía decididamente nerviosa ante la primera escena de los kolnari armados para la batalla avanzando incontenibles hacia los chillantes bethelitas presas del pánico, Helva se apresuró a obedecer—. No hay absolutamente ninguna necesidad de aterrorizar. NINGUNA necesidad en absoluto.

—Pero así son las cosas, Helvana. Esos hombres...

—¿Puedo hablar contigo en privado, Nave Que Canta?

—No me gustaría enfrentarme a ella —dijo Niall—. Es dura.

—Sí, por supuesto —dijo Helva a la Helvana. Y luego a Niall—: ¡Piérdete!

—Inmediatamente —dijo Niall, levantándose y dirigiéndose apresuradamente

hacia sus aposentos.

La Helvana era lo bastante alta como para tener que agacharse para cruzar el dintel de la compuerta de la nave, y se detuvo unos instantes para mirar calmadamente a su alrededor, con una ligera sonrisa flotando en las comisuras de su boca. Luego, para sorpresa de Helva, se inclinó con gran reverencia hacia el panel central tras el cual estaba situado su caparazón de titanio.

—He soñado con que se me permitiera gozar de este momento, Nave Que Canta —dijo, con voz vibrante de exultación.

—Por favor, siéntate en el sillón a tu derecha —dijo Helva.

La Helvana lanzó una segunda mirada a la zona elevada del puente que había sido el lugar preferido de Niall y se volvió hacia la zona de estar. Con considerable gracia, con los pesados pliegues de su túnica agitándose a su alrededor y sus pesadas botas raspando la parte metálica de la cubierta, alcanzó el primero de los sillones seccionales. Con otra inclinación de cabeza, se sentó mirando al panel de Helva.

—Debo decirte, Nave Que Canta, que la lamentable colonia de religiosas que rescataste de la nova de Ravel aprendió de ese básico error.

—Me complace oír eso —empezó Helva—, pero debéis...

La graciosa mano se alzó del profundo puño de la manga.

—Había mucho que aprender si el Círculo Mariano Interior quería sobrevivir a la ciencia de tu civilización.

—¿De veras? —Helva decidió que éste era el momento de escuchar.

—¿El satélite habrá enviado su mensaje preprogramado de la forma que estoy segura de que tú envías tus mensajes? —Su voz terminó con una nota interrogativa ascendente.

—Varios, con tantos detalles sobre la fuerza invasora como pude reunir. Pero realmente, Helvana, ellos...

La mano se alzó, y Helva calló. Tenía cuatro días por delante.

—Mi abuela...

Bien, aquello era inesperado.

—... fue una de aquéllas a quienes tú rescataste personalmente. Una sabia pero más antigua hermandad femenina cristiana la socorrió a ella y a las demás miembros jóvenes de esa comunidad hasta que pudo hallarse un nuevo planeta para nuestra orden. Y adquirieron mucha sabiduría durante su espera.

—No, sin embargo, cómo combatir a unos piratas sedientos de...

La mano se alzó, y Helva calló de nuevo.

—Éramos unas niñas en Cloe, ignorantes y mantenidas en la ignorancia cuando el conocimiento hubiera podido salvarnos, a nosotras y al Bendecido Jennan. Mi abuela estudió mucho, como hizo su círculo íntimo. Con plegarias e investigación, descubrimos que este planeta estaba disponible. Una primaria estable fue nuestra primera consideración, por supuesto —dijo con un gesto gracioso de su mano—. Los exámenes de Ravel demostraron que sería adecuado para nuestras necesidades y

nuestro estilo preferido de vida una vez superáramos su... naturaleza. El planeta tiene peligros inherentes. De hecho, tuvimos que diseñar los medios necesarios para que la primera colonia pudiera posarse con seguridad. —Su expresión se hizo distante con los recuerdos, pero volvió al presente con una ligera sacudida de cabeza—. Éramos adversas al uso de la tecnología, pero eso, al final, era lo que queríamos y lo que todavía seguimos empleando. Hemos mantenido el lugar de aterrizaje por respeto al logro de la tecnología sobre la naturaleza rampante. Pulsar un botón disuadirá a cualquier visitante... no bienvenido.

Estaba hablando de una manera mucho más racional que aquella idiota Madre Superiora en Cloe. Pero defender las amplias llanuras abiertas de este Ravel sería tarea para un ejército. Uno mucho mejor equipado que el que esa gente podía a todas luces montar.

—Hemos cultivado no sólo la tierra, sino los recursos de la vegetación y de la vida salvaje. Hay depredadores en Ravel...

—No nada que pueda vencer a unos kolnari armados hasta los dientes...

La Helvana sonrió.

—¿Cuántos forman este ejército kolnari?

Bien, ésa era la primera pregunta sensata.

—Estimo que unos cinco, quizá seis regimientos.

Sus bien modeladas cejas se alzaron con sorpresa.

—¿Cuántos forman un regimiento?

Helva se lo dijo.

—¿Tantos?

—Sí, tantos, y casi invencibles en sus armaduras de batalla. A menos que dispongáis de proyectiles capaces de atravesar armaduras escondidos en vuestros campos.

—Nada que pueda atravesar armaduras —dijo la Helvana despreocupadamente, con un ligero énfasis en «atravesar»—. Pero nos defenderemos bien.

—No pienses siquiera en un combate cuerpo a cuerpo, Helvana —dijo Helva.

—Oh —y hubo una encantadora risa ondulante de contralto—, no pensamos en atacar a nadie.

—Entonces, ¿CÓMO piensas enfrentarte a los kolnari?

—¿Puedo sorprenderte?

—Si no conduce inmediatamente a tu muerte y a la masacre de todas esas inocentes de ahí fuera.

—No lo hará.

—Lo cual me recuerda, Helvana, que vi niñas pequeñas ahí fuera, y niñas adolescentes, además de matronas de tu edad y más viejas.

Helva había estado revisando sus cintas, porque algo la desconcertaba acerca de la composición de aquellas tranquilas observadoras.

—Oh, sí —dijo la Helvana, sonriendo graciosamente—. Mi abuela decidió

también que nuestra comunidad debía propagarse...

—¿Partenogénesis?

—Oh, no, eso hubiera ido en contra de nuestros preceptos. Trajimos con nosotras suficientes óvulos fertilizados, extirpados de nuestras fieles, para proporcionarles el necesario equilibrio genético que asegurara que nuestra comunidad durara siglos.

—Muy hábil —dijo Helva.

—No es lo último de nuestra... habilidad, Nave Que Canta.

Justo entonces los sensores externos de Helva registraron una ligera tosecilla y se dio cuenta de que un grupo de muchachas aguardaba justo fuera de la escotilla.

—Creo que quieren hablar contigo, Helvana —dijo la nave—. Entrad, chicas.

Con los rostros rojos por el embarazo o blancos por la exultación, las jóvenes entraron y efectuaron varios grados del mismo estilo de reverencia que había hecho la Helvana hacia el panel de Helva. ¿Sabía todo el maldito planeta *dónde* residía ella?

—Los pájaros han volado, Helvana. Y algunos cercanos ya han respondido.

Helvana asintió, complacida.

—Entrad las respuestas e informad cuando hayan respondido todos.

Las muchachas se marcharon apresuradamente, pero no antes de dedicar una segunda reverencia a Helva.

—¿Habéis entrenado aves como mensajeras?

—Parecía prudente puesto que hay tales distancias entre nuestras comunidades, y es preciso comunicar las decisiones cuando es necesario.

—¿Tiene cada comunidad una... Helvana?

—No, yo soy la única honrada así por las demás.

—¿Durante cuánto tiempo les sirves, si ésa es la frase correcta?

—Es a ti a quien sirvo —corrigió la Helvana con gran dignidad—. Cuando me sienta demasiado vieja para proseguir con una administración inteligente, mi sucesora será instalada en mi lugar, elegida entre aquéllas que sean diligentes en aprender el canon y la tradición de nuestro Círculo.

—Bien, sí, pero vayamos al asunto. ¿TENÉIS algún refugio seguro donde no puedan encontraros hasta que llegue la flota?

—Ravel nos proporcionará nuestra defensa —dijo la Helvana, de nuevo con aquella sonrisa confiada.

—Ilumíname entonces, porque tengo todas las razones para temer por tu seguridad.

—Debes mirar más de cerca a Ravel.

—No me digas que habéis entrenado a los depredadores para que os defiendan.

—No, el planeta en sí lo hará.

—Bien, si vuestra defensa es un asunto clasificado, te aseguro que no revelaré vuestros métodos, pero los kolnari son la fuerza luchadora más efectiva y despiadada de todas las humanoides. Tienen...

—Contra otros humanos, probablemente...

—... tienen armas —y Helva empezó a sentirse un poco cansada de la confiada negativa de aquella mujer de cualquier amenaza— que podrían convertir este asentamiento en cenizas...

—¿Desde el aire? —Y hubo como un asomo de miedo en la voz de la Helvana.

—Tenéis suerte —dijo Helva secamente—: La estrategia de los kolnari se basa sobre todo en abrumar a sus blancos con fuerzas terrestres. Por supuesto, vuestro sistema de advertencia por satélite será eliminado del espacio tan pronto como lo divisen, pero el grupo que se encamina hacia aquí no tiene naves de asalto, a menos que hayan modificado alguno de los yates más grandes. Y todas *ellas* parecen atestadas de cuerpos que dudo que estén armados con misiles espacio-superficie. Sin embargo —añadió Helva pensativamente—, podría ser. Aunque ellos piensan que tienen la sorpresa total como su principal ventaja para una rápida victoria.

La Helvana cruzó los brazos y dijo, no sin cierta presunción:

—Entonces no sufriremos ningún daño.

—Mira, sus naves están atestadas de cuerpos, cuerpos que tienen intención de apoderarse de *este* planeta para sus propósitos, unos propósitos que, te aseguro, no te gustarán. No tenéis armamento...

—No lo necesitamos...

—Eso decís, pero nunca habéis visto a los kolnari apoderarse de un planeta. Déjame tan sólo enseñarte cómo conquistaron...

La Helvana alzó su mano.

—Dios no lo permita.

—Él no está en posición de prohibir nada. Mira, debéis tomar precauciones.

—Ya han sido tomadas.

—¿Cuáles?

—El propio planeta.

—Y de nuevo volvemos a lo mismo —dijo Helva, irritada—. Esto es Cloe de nuevo, con un escenario ligeramente distinto. —Dejó que su irritación se reflejara en su voz—. Esta vez no os freirá el sol, sino...

—No. —Y la Helvana alzó una mano con tal autoridad que Helva se calló—. Habrás observado que nuestros asentamientos, grandes y pequeños, están rodeados por un muro...

—De no mucha utilidad contra las tropas de los kolnari...

—... que no llegarán a acercarse a esos muros, como nosotras no vamos muy a menudo más allá de ellos, porque es la vegetación de Ravel la que es peligrosa. Incluso los depredadores se aventuran tan sólo durante las noches frías, cuando el planeta duerme.

—¿Repítelo?

La Helvana apenas esbozó una sonrisa y ladeó la cabeza para mirar a Helva.

—¿Cuánto saben esos kolnari sobre nuestro planeta?

—Sólo lo que está en el Atlas Galáctico.

—¿Puedo ver esa entrada?

Helva produjo una pantalla y la Helvana la leyó rápidamente, y su sonrisa se hizo más amplia cuando terminó.

—No ha habido añadidos. Como se prometió.

—Me gustaría sentir tanta confianza como tú —dijo Helva.

La Helvana se levantó.

—La última vez fue la primaria la que nos destruyó. Esta vez el planeta trabajará por nosotras. Una pregunta: puesto que la entrada señala un espaciopuerto, ¿se posarán ahí primero los kolnari? ¿Para organizar su invasión?

Helva pensó en aquella destartada colección de naves.

—Utilizan todo lo que encuentran disponible. Tienen naves suficientes para usar todo el espacio que les ofrece el campo de aterrizaje. Aunque, a mi juicio —añadió hoscamente—, puede que algunas de ellas no sean capaces siquiera de efectuar un aterrizaje controlado. —Hizo una pausa, preguntándose si en aquellos deteriorados edificios habría algún vehículo o equipo de emergencia. Luego decidió cínicamente que unos cuantos kolnari no serían echados en falta—. Algunas apenas sirven para viajar por el espacio, y una estaba perdiendo oxígeno. Tienes que darte cuenta de que éste es el último intento desesperado de los kolnari de asentarse en algún lugar. Lucharán contra cualquier cosa que tengas en mente para enfrentarla a ellos. Saben que este planeta es una presa fácil.

—No... —la Helvana hizo una pausa con una inescrutable crispación de sus labios—... es una presa fácil. En absoluto.

—Tienen arsenales de algunas armas más bien sofisticadas —le recordó Helva a su invitada—. No descartes la posibilidad de un ataque aire-superficie para ablandaros.

La Helvana no pudo reprimir una risita.

—¿Qué? ¿Bombardear nuestros campos y nuestros asentamientos? Si su objetivo es instalarse aquí, no querrán destruir alojamientos o cosechas que luego puedan aprovechar.

—Tú no conoces a los kolnari tanto como yo, Helvana. No trates esto a la ligera.

—Te aseguro que no lo hago —dijo la mujer, y su rostro adoptó una expresión preocupada y seria—. Nuestros campos, nuestros hogares, ¿pueden ser bombardeados?

—Es muy probable, aunque también es muy probable que, creyendo que no van a encontrar resistencia, se limiten a aterrizar y a avanzar...

—Oh, espero que lo hagan —dijo la Helvana, y su rostro se iluminó por un momento con algo parecido al triunfo, que se desvaneció casi al instante en una autorrecriminación—. No debemos complacernos en la destrucción de ningún tipo en Ravel.

—¿Ni siquiera para salvar vuestras vidas?

—Tu presencia y tu advertencia son suficientes. —La Helvana se levantó.

—No dispongo de armas, no puedo defenderos de ninguna manera —dijo Helva, incapaz de mantener la frustración y la furia fuera de su voz.

La mujer se volvió e inclinó la cabeza.

—Eso es sabido, de modo que debes ponerte *tú* a salvo. Sé poco de lo que transpira en otras secciones del universo, y tus imágenes nos han mostrado que no hay ningún lugar seguro donde residir, así que corres peligro. Nos has advertido. Estaremos a salvo. Ponte a salvo tú también, Nave Que Canta.

—¡No puedo simplemente ABANDONAROS! —La voz de Helva se elevó, y pudo oírla resonar fuera, haciendo que algunas de las mujeres reunidas aún en grupos en los alrededores de la plaza volvieran la cabeza hacia la nave.

—Como tampoco puedes defenderte a ti misma —dijo la Helvana en un tono que implicaba que Helva corría de hecho más riesgo que ella—, de modo que debes partir. Tengo mucho que organizar.

—Bien, me alegra oír eso —dijo Helva con tono caústico.

La mujer se volvió en la compuerta, hizo una profunda y respetuosa reverencia y descendió la rampa. Inmediatamente empezó a repartir órdenes, y las mujeres a su alrededor se apresuraron a partir en su cumplimiento. Al cabo de unos momentos la plaza estaba vacía, y Helvana había vuelto al interior de la iglesia o edificio administrativo o lo que fuera.

—Bien, bien. —Niall se asomó por el recodo del corredor que conducía asus aposentos—. ¡Ésa tiene estilo!

—¡No es más lista que esa rabiosa y ampulosa asceta en Cloe! —La voz de Helva crujía de rabia—. Como si fuera yo la vulnerable.

—¿Qué era eso acerca de la vegetación? —preguntó Niall—. Y cierra la escotilla, amor. No quiero que alguien se asome y vea a un MAAAACHO... —Agitó las manos en un gesto cómico mientras arrastraba la última palabra.

—¿Qué pasa con la vegetación? —preguntó Helva irritadamente, mientras metía la rampa y cerraba el acceso.

—Yo diría que es peligrosa, y que la energía en los muros es para mantenerla a raya. ¿Recuerdas las carreteras? Todas con limpios márgenes... y no han sido usadas... y emplean pájaros para enviar mensajes. ¿No te sugiere todo esto que no desean alejarse mucho de los muros de sus claustros?

Helva pensó en aquella posibilidad.

—¿Como arma contra los kolnari? —preguntó con hiriente incredulidad.

—Podemos envolvernos en la capa y mirar —dijo Niall, inclinando la cabeza ligeramente a un lado, como si contemplara algo que a ella se le había escapado—. Esa dama parecía muy segura de sus... protecciones indígenas. Y todavía no hemos visto nada de este mundo, ¿verdad?

Helva había estado escaneando con sus sensores externos, y excepto los pájaros que se habían estado posando en lo que inicialmente había creído que eran múltiples chimeneas pero que en realidad eran aviarios en los tejados, no había apreciado nada

fuera de lo normal. Reconsideró la situación.

—Voy a probar otro de sus asentamientos —dijo; y, tras asegurarse de que no había cuerpos a su alrededor, se alzó lentamente. El suelo de la plaza estaba tan apisonado por el uso que tan sólo pequeños remolinos de polvo marcaron su ascenso.

Probó nueve asentamientos, de tamaño medio y pequeño y uno grande, pero cada vez la mujer representante del grupo, aunque respetuosa en todos los demás aspectos, respondió que esta vez no había ninguna necesidad de que la Nave Que Canta se preocupara por las ravelianas. Pero agradecían su aparición para advertirles que llegaba otro momento de prueba. Helva intentó mostrar el holograma y, tras las primeras horrorizadas miradas, todas las mujeres se volvieron de espaldas, cerrando fuertemente los ojos contra la prueba que intentaba exhibirles.

—No creo que sea que hayas perdido tu toque —dijo Niall amablemente, tamborileando con unos dedos silenciosos en el brazo de su silla—. Creen honestamente que están a salvo. No es que el mero olor a santidad haya salvado nunca a nadie, y ciertamente no va a salvar a esas hermanas de los kolnari. Pero, en caso de que hayas estado demasiado preocupada por otras cosas como para notarlo, te diré que cada uno de los muros que rodean estos claustros está a tope de energía.

—¿Dónde están las fuentes? Eso es algo que los kolnari captarán de inmediato con sólo efectuar el reconocimiento aéreo más rutinario. —Y Helva sintió más temor que nunca. En la ocasión anterior, el propio sol en expansión había proporcionado pruebas positivas de peligro a las dubitativas religiosas. ¿Qué tenía como prueba esta vez? ¿Y por qué se veía mezclada de nuevo con ese maldito grupo?

Siguió intentándolo, y siguió obteniendo las mismas respuestas de todos los noventa y siete claustros que visitó. Camino del noventa y ocho, vieron el destello de brillante luz en el cielo que indicaba que los kolnari acababan de destruir el satélite.

—Muy amable por su parte el advertirnos. Ahora es el momento de involucrarnos en nuestra capa, Helva —observó Niall, sin abandonar la incansable danza de sus dedos en los brazos de la silla.

—Estoy envuelta en ella durante todo el tiempo que he estado volando por entre esos malditos pueblos testarudos —respondió secamente ella, y se encaminó hacia el patético campo de aterrizaje. Puesto que estaba allí, y nada más en aquel mundo de vegetación ofrecía ningún otro espacio despejado lo suficientemente grande para los kolnari, imaginó que sería allí donde se posarían los invasores.

Al amanecer, ella y Niall llegaron cerca del lugar de aterrizaje, y se quedaron flotando justo detrás de la más cercana de las colinas que rodeaban la instalación.

—Aj-j-já —dijo Niall pensativamente, arrastrando la palabra, mientras se inclinaba sobre el panel de control para mirar por la pantalla visora delantera. Conectó todos los visores exteriores, reduciéndolos a un mosaico que hizo que Helva casi se sintiera mareada hasta que descubrió lo que lo había alertado.

El campo de aterrizaje, hasta entonces un terreno plano y más o menos cuarteado, había visto nacer el más obscuro recubrimiento: grasiento, legamoso, una mezcla de pus amarillo y moho verde. De no más de unos pocos centímetros de altura. Indudablemente desde arriba ofrecía un aspecto completamente liso y regular.

—Esos no son mis colores favoritos para un sólido aterrizaje, Helva —dijo Niall con un tono ligeramente ominoso—. Quedémonos simplemente flotando aquí envueltos en nuestra capa.

—Una idea excelente —dijo ella, observando en el sensor de babor cerca de la proa de la nave que unos zarcillos se tendían hacia ella, azotando el aire en su intento de alcanzar la nave. Puso más distancia entre ella y el suelo—. Muy interesante, de veras. Una vegetación malévol.

Niall empezó a frotarse las manos, con una expresión impía en su rostro.

—Está a la altura de esos bastardos. Aunque esperemos que su metabolismo desintegrador no la afecte. Son lo bastante mezquinos como para envenenar cualquier cosa que no los envenene primero a ellos.

—Puede que hayan encontrado la horma de su zapato —respondió Helva, deseando convencerse.

Las primeras dos naves kolnari en posarse eran dos de los cruceros acorazados más pesados. Lo hicieron en medio del grasiento césped, y al instante desplegaron sus unidades de infantería acorazada mientras los artilleros empezaban a instalar sus unidades portátiles. No ocuparon, como Helva había medio esperado que hicieran, los viejos y destartados edificios, que ahora estaban cubiertas con lianas color verde chartreuse. No era que a los kolnari les preocuparan mucho los colores. Y mucho menos se mostraron suspicaces. Su mundo natal era famoso por su abigarrado aspecto.

Las tropas avanzaron hacia el perímetro del campo de aterrizaje, pateando con sus botas metálicas las matas y arbustos que ahora les llegaban a la altura del tobillo y que dificultaban su avance, ignorantes del hecho de que aquella nueva vegetación era un reciente añadido al campo. Se habían dividido en cuatro secciones, y cada una se dirigía siguiendo uno de los caminos principales. Otras tres grandes naves se posaron en una esquina del campo y descargaron tropas adicionales, que partieron tras la vanguardia, unidades más pequeñas que se desviaban a cada ramificación arterial. En rápida sucesión siguieron los yates, y uno o dos hicieron unos aterrizajes tan bruscos que clavaron sus morros en el suelo. Se vieron cubiertos al instante por zarcillos y ramillas que pronto se convirtieron en gruesas ramas, envolviendo las naves, sujetándolas al campo. De no haberse tratado de los kolnari, cuyo primer objetivo era capturar y esclavizar a las ravelianas, Helva se hubiera sentido tentada de advertir a aquella gente desarmada y no preparada que salía en masa de las naves, tosiendo, cayendo al suelo, alzando los brazos como si acabaran de ser salvados. Habían sido

salvados de morir de asfixia. Pero la vegetación indígena de Ravel empezó a engullirlos vigorosamente, a consumir sus formas aún vivas..., a juzgar por las frenéticas contorsiones cubiertas de verde y los gritos, chillidos y torturadas llamadas. Las inquisitivas lianas penetraban por las escotillas abiertas, cortando la escapatoria a cualquiera que viese lo que estaba ocurriendo y buscara la seguridad dentro.

Indudablemente no hubo tiempo siquiera para que ninguno de los capitanes más inteligentes advirtiera al resto de la armada, que siguió descendiendo a medida que podía. Permanecer en el aire no parecía haberse considerado como una opción. Todos estaban demasiado ansiosos por desembarcar como para darse cuenta de lo que les estaba ocurriendo a los primeros llegados.

—Están recibiendo realmente una justa retribución —murmuró Niall—. ¡Un planeta defendiéndose! —El verdor seguía moviéndose, sondeando, retorciéndose, insertándose por todas partes, reventando los remaches de algunos de los más viejos y frágiles aparatos—. Después de toda la violencia que han arrojado sobre poblaciones inocentes y desprevenidas... —Su voz se arrastró hasta morir, y cortó las imágenes de las pantallas de la catástrofe color chartreuse.

Sin una palabra, Helva se elevó y siguió el camino más cercano, en realidad el que conducía hacia el asentamiento principal, para ver lo que la flora de Ravel les estaba haciendo a las unidades de infantería acorazada. El fin de las tropas de tierra —ninguna de las cuales alcanzó ni siquiera el más cercano y pequeño de los claustros — sólo se demoró un poco, aunque sus gritos ni siquiera llegaron a los oídos de ninguno de esos claustros.

—Las plantas deben de exudar algún tipo de ácido realmente corrosivo. Mira esos huecos, casi agujeros, en algunas de esas armaduras donde las puntas de las lianas las han azotado —dijo Niall, sacudiendo sorprendido la cabeza—. ¿Cómo consiguen las chicas librarse de eso si es capaz de hacerle lo que puede hacerle a una armadura?

—No me importa, mientras sea tan efectivo como parece ser.

Dándose cuenta demasiado tarde del peligro en que se hallaban, los kolnari más atrevidos estaban, por supuesto, dirigiendo sus armas sobre la demoníaca flora que los estaba diezmado. Quizás alguien en el campo de aterrizaje había resistido lo suficiente como para enviar un mensaje. Pero en este campo de batalla las armas kolnari incrementaban, en lugar de disminuir, al enemigo. Reventar o quemar la materia vegetal sólo conseguía fragmentarla, y entonces cada parte se extendía y multiplicaba en más atacantes. Los guerreros kolnari, con sus pesadas botas, veían atrapados sus pies y, una vez caídos, se convertían en montículos verdeamarillentos de agitante maleza. Sus mochilas de energía se veían infiltradas por las puntas de las lianas, su equipo inutilizado. A salvo ahora de las armas kolnari, Helva se liberó de su capa y registró la derrota de los piratas, enfocándose ocasionalmente en lo que ocurría cuando la flora se veía fragmentada. Se mantuvo muy por encima de la carnicería para evitar todo contacto. Pensó —sólo brevemente— en conseguir una hoja o rama para conservarla —al máximo de seguridad botánica— para su posterior

análisis en los laboratorios de Alto Riesgo de Mundos Centrales.

—Nunca he visto nada así —dijo Niall, sacudiendo la cabeza—. Sabemos que hay superficies planetarias hostiles, ¿pero una que puede ser contenida, domesticada, y usada en emergencias? ¡Un nuevo caso para los archivos! —Se reclinó en su silla, entrelazó los dedos y se frotó las palmas con la gran satisfacción que sentía ante aquella totalmente inesperada derrota kolnari—. Esas muchachas aprendieron una o dos cosas, realmente, sobre resistencia pasiva.

—Lo que hemos presenciado no tiene nada de pasivo —dijo Helva humorísticamente—. Simplemente han dejado que la naturaleza del planeta siga su curso. ¿Sabes?, algo en la ética de su religiosidad mariana debe de referirse a tomar vidas humanas...

—¡Ja! Yo nunca he considerado a los kolnari como humanos —fue la repuesta de Niall—. Además, las religiones tienen tanto derecho a protegerse como cualquier otra forma de vida.

—ELLAS no han hecho nada. Ha sido el planeta. Ésa es la belleza del asunto.

—Oh, sí —y el tono de Niall se volvió santurrón—. Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la Tierra..., o Ravel, en este caso. Bien hecho, mis damas, bien hecho. —Unió las manos en un silencioso aplauso—. Os felicitamos. A conciencia.

—Creo que el resultado no sólo había sido dado por sentado sino que ha sido observado —dijo Helva, y activó una pantalla de largo alcance que mostraba pequeñas bandadas de aves trazando círculos aquí y allá, antes de partir velozmente, de tal modo que ni siquiera Helva pudo registrar sus direcciones.

Cuando Helva se posó de nuevo en la plaza, la Helvana y un grupo de unas catorce mujeres la aguardaban. Llevaban largos pañuelos negros y apretadas capas negras.

—«Venimos a llorar al César, no a alabarlo» —citó Niall.

—Entonces métete dentro, Marco Antonio —respondió ella en tono de advertencia.

—Ya me voy, ya me voy. No asistiré a esta manifestación de duelo.

—Aunque vas ataviado apropiadamente —dijo ella tras la figura que desaparecía, luego abrió la compuerta y extendió la rampa.

La representación entró y fue inclinándose ante ella hasta que todas ocuparon su lugar, con expresiones sombrías aunque respetuosas, si bien algunas tenían los ojos enrojecidos por haber llorado. Debía de haber algunos corazones tiernos en aquel grupo. Por qué habían derramado sus lágrimas por los kolnari, cuando sabían cuál podía haber sido su destino, escapaba a la comprensión de Helva. Pero ella no era religiosa. Habló primero, no deseosa de verse mezclada en engañosa gratitud por su segundo «aviso», en el cual sólo había sido un pasivo espectador, no el vehículo de rescate.

—Me disculpo, Helvana, por dudar de tu eficiencia y tu ingeniosidad. Los mansos

han heredado realmente esta tierra.

Helva esperó devotamente que nadie más hubiera oído el bufido burlón procedente del pasillo.

—Todas lamentamos profundamente que hayamos tenido que demostrar nuestra invulnerabilidad en Ravel —dijo la Helvana con tono lento y triste—. Rezaremos por sus almas que han partido.

—Sinceramente dudo que tuvieran alguna —dijo Helva, una ácida observación que ocasionó jadeos de sorpresa de algunas de las mujeres más jóvenes—. Puede parecer poco caritativo por mi parte, lo sé, pero he visto su forma de conquista de primera mano. No lamento su destrucción. Como tampoco debería derramar nadie ninguna lágrima más o lamentarse por el incidente. El universo es hoy considerablemente más seguro. Después de todo, ninguna de vosotras... —hizo una breve pausa—... hizo nada. Vuestro planeta es muy capaz de ocuparse de los visitantes no deseados, como ha demostrado muy bien.

Hubo una breve pausa incómoda, mientras las fieles digerían la inesperada sinceridad de su «salvadora». Para llenar el silencio, Helva prosiguió:

—¿Cuánto tiempo os costará reparar los daños al campo espacial y los caminos?

—No será necesario reparar nada —dijo la Helvana tras mirar a sus compañeras—. Estamos en contacto con los demás claustros, y realmente no hay necesidad de que todas nos reunamos al mismo tiempo. Cada comunidad es autosuficiente, y ya no hay necesidad de ningún campo de aterrizaje.

—Pero seguiréis manteniendo en funcionamiento los muros.

Una débil sonrisa rozó los labios de la Helvana.

—Sí. —Inclinó la cabeza—. Son necesarios para mantener la flora de Ravel en su lugar.

—Pero seguramente esas formas vegetales que han gozado de esa... —Helva dudó, no deseosa de trastornar aquel tierno corazón con la palabra «fertilización»... inesperada libertad desearán mantenerla.

—Lo que necesite ser restaurado lo será. Es un proceso largo y doloroso, y tenemos mucho de lo que ocuparnos en el transcurso normal de nuestra rutina diaria —dijo la Helvana.

Uno de los miembros de su escolta tiró de su manga.

—Sí, por supuesto, y nuestra eterna gratitud hacia ti debería haber sido expresada en primer lugar —dijo amablemente la Helvana—. Estamos una vez más en deuda contigo, Nave Que Canta, y de nuevo no tenemos forma de pagarte tu fiel cometido de guardiana.

—Si dijera que simplemente ocurrió que pasaba cerca de aquí, ¿me creeríais? —preguntó con suavidad Helva.

Hubo sólo el asomo de una chispa en los ojos de la Helvana cuando captó la ironía.

—Digamos entonces que esperamos no haberte causado un retraso innecesario —

dijo la Helvana.

—No, no lo habéis hecho —respondió Helva. Perversamente, no deseaba tampoco destruir su reputación entre las enclaustradas—. No llegaré tarde a mi destino. —Puesto que no era esperada en Régulo, no era una mentira. Sin embargo, había que hacer algunas otras observaciones—. Comunicaré a la flota que pueden ignorar la alerta que envié. Informaré de la muerte...

Aquello sobresaltó a todas, pero la Helvana alzó su mano y las sorprendidas expresiones de desánimo fueron silenciadas.

—No dejemos que la muerte forme parte del mensaje. Simplemente digamos que la emergencia... ha sido solucionada —dijo la Helvana con gran dignidad.

—Que así sea —respondió solemnemente Helva, aunque en realidad estaba obligada a informar a la flota de que los kolnari habían sido definitivamente aniquilados—. Si puedo sugerirlo, me sentiría mejor si permitierais que vuestro faro satélite fuera reemplazado: el que los... recientes visitantes hicieron estallar en vuestro cielo, a fin de que no volváis a ser interrumpidas. —Una vez se supiera la suerte que habían corrido los invasores kolnari, nadie se atrevería a posarse en Ravel—. ¿Puedo ocuparme de ese detalle por vosotras?

—Hay un pequeño grupo de nuestro Círculo Mariano en Vega III —dijo la Helvana—. Si fueras tan amable de informarles de que... se necesita un satélite de reemplazo, ellas correrán con los gastos y la instalación. No necesitas molestarte con un detalle tan nimio.

—No será ninguna molestia —dijo Helva—. Pero informaré a vuestras hermanas en la religión de la necesidad y de que seguís gozando de seguridad. No existe ninguna deuda entre nosotras, sabia y buena Helvana. Estaba aquí cuando fui necesaria, como ocurrió en Cloe. Eso es suficiente.

—Que así sea —dijo la Helvana, inclinando su cabeza en aceptación mientras las otras murmuraban la misma respuesta. Luego, con firmes gestos, condujo la delegación a la esclusa, permaneciendo a un lado mientras cada una efectuaba la protocolaria reverencia a la columna de Helva. Esto tomó el tiempo suficiente para que Helva empezara a impacientarse. Ajustó el flujo de sus nutrientes para compensar la reciente tensión.

La Helvana dudó después de su profunda reverencia.

—Rezaremos por tu perdido compañero —dijo, e inclinó su cabeza en dirección a la cabina de Niall—. Esperamos que seas confortada en esta pérdida de otro compañero tan valioso en su puesto como lo fue Niall Parollan.

Desapareció, dejando a Helva tan sorprendida que fue incapaz de hablar.

—¡Rezad por mí, por supuesto! —restalló la tajante voz de Niall cuando entró a grandes zancadas en la cabina principal.

Helva cerró la compuerta con un sonoro *clang*.

—¿Cómo ha sabido nada de eso? —prosiguió Niall—. Marchémonos ahora mismo de este planeta. Me produce escalofríos: todas esas mujeres, llorando a los

kolnari. Y a mí.

De alguna forma Helva recorrió todas las rutinas necesarias para elevar su nave-yo tan hábilmente como le fue posible. La plaza estaba completamente despejada excepto la Helvana y su delegación, apretadas contra el edificio principal, formando un ordenado triángulo en la escalinata, con la Helvana en el vértice. A través de sus sensores de popa Helva vio los rostros vueltos hacia arriba mientras las fieles observaban a *su* nave ascender de nuevo hacia los cielos de los que había bajado para socorrerlas.

—Nunca creerán que simplemente «pasabas cerca de aquí», lo sabes muy bien —dijo Niall, pero había un extraño rictus en sus labios—. Al menos *ella* no.

—Pero así fue —respondió Helva, más preocupada por imaginar cómo la Helvana había llegado a saber de la muerte de Niall cuando la mujer no había ido al interior de la nave más allá de la compuerta de entrada y el salón. Y lo que más la asombraba era que la bendición de la Helvana la *había* reconfortado.

Una vez salidos del sistema, Helva envió un mensaje en todas direcciones diciendo que la emergencia había terminado y que podía informar del exterminio de los restos de la flota kolnari; serían presentados más detalles en Régulo a su llegada allí. No dio ningún tiempo estimado, aunque encontró a varias fuerzas de vigilancia yendo hacia Ravel a toda velocidad en respuesta a su llamada. Supo que se sintieron decepcionados al perder una posibilidad de ganar fama y ascensos luchando contra los últimos restos de los kolnari, pero les advirtió que las ravelianas no eran gente interesada en recibir a gente. Nunca. Podía, y lo hizo, presentar como prueba las cintas que había tomado de la desastrosa derrota kolnari. Mantuvo oblicuamente su palabra a la Helvana mientras satisfacía a la Inteligencia de la flota. De lo que no se dio cuenta fue de que su reticencia no hacía más que añadir más *glamour* a su leyenda viviente.

Se encontró con la escolta a cinco días de distancia del sistema de Régulo, nada menos que dos escuadrones. Y con un comodoro a bordo de la nave insignia Clase Nova.

—Comodoro Halliman informando, señora, como escolta para usted y para Niall Parollan —fue el mensaje inicial, y luego el sonriente comodoro apareció en el puente del crucero de batalla, con uniforme de gala. Miró a su alrededor, esperando ver al músculo de Helva.

—Traigo de vuelta el cuerpo de mi compañero, Niall Parollan, comodoro —dijo Helva, con voz más calmada de la que nunca hubiera esperado. ¿Estaban funcionando las plegarias de la Helvana?

—No sabía... —El comodoro se mostró patentemente impresionado, y ella pudo oír un murmullo recorrer el puente ante la noticia—. Mis condolencias y mis disculpas. Ha sufrido usted una gran pérdida. ¿Fue una baja en la acción contra los kolnari?

—Niall Parollan murió tranquilamente mientras dormía. El diagnóstico fue fallo

total de los sistemas causado por extrema edad —dijo Helva. Dio antes de que se le preguntara el momento y el lugar de la muerte. La estasis no daba indicios—. Solicitó las ceremonias debidas a su rango y servicio, comodoro —terminó, sonriendo interiormente ante la idea de Niall de una recompensa por estar con ella durante tantos años.

—Es de justicia, señora. Procederemos inmediatamente..., si así lo desea usted.

—Lo deseo —dijo con un suave suspiro. En realidad, ese programa no había sido tan mala idea después de todo. Le había *dado* tiempo para acostumbrarse al hecho de la muerte de Niall. *Muerte, Muerte, ¿dónde está tu aguijón? ¿Dónde grabas tu victoria?*

—Nuestras más profundas simpatías —dijo el comodoro, y saludó con solemne precisión. Tras él vio a otros ponerse rígidamente firmes y saludar también—. La NH-834 ha hecho inestimables contribuciones al Servicio.

—Niall fue un dechado de compañero —respondió ella—. Discúlpeme si reanudo mi silencio. —En realidad no quería tergiversar ninguna faceta de su reciente historia, pero había ciertos detalles que tenía intención de mantener ocultos en su cabeza.

—No creas que eso va a librarte de explicar la derrota kolnari, muchacha —dijo Niall. Había estado asomado a una pared justo más allá de la vista de la pantalla que ella había activado para recibir la llamada del comodoro—. ¿Y habré cumplido con mi papel de una forma auténticamente heroica?

—¿Y qué otra cosa podía ser? No te dejaré ir a la tumba sin todos los honores que te corresponden. E hiciste el papel que te correspondía en Ravel. Te mantuviste fuera de la vista.

—No enteramente, al parecer —dijo Niall con una sonrisa sesgada, agitando un dedo hacia ella.

—Si te refieres a esa pequeña observación sorpresa de la Helvana, olvídale. Una suposición afortunada, puesto que tenía que saber que de algún modo había un nuevo músculo conmigo.

—Conocía mi nombre.

—Quizá pueda hablar con los muertos. Y tú estás muerto, ¿sabes? ¿No puedes seguir muerto?

—¿Cómo? ¿Y perderme mis propias exequias? ¿Cómo puedes pedirme eso? —Se apretó una mejilla con la mano, en un gesto de desánimo.

Ella se echó a reír.

—Hubiera debido saber que me saldrías un Tom Sawyer.

Él se echó a reír también.

—¿Y por qué no, puesto que me has proporcionado la habilidad de observar? Siempre he deseado oír lo que la gente pensaba de mí.

—No vas a oír sinceridad en tu funeral. No es de buena educación hablar mal de los muertos, ¿sabes? Aparte lo cual, NO deseo que psiquiatría compruebe mis sinapsis por miedo de que haya hecho saltar unas cuantas confeccionando tu

programa holo.

—Nadie me verá, amor, te lo aseguro —dijo él.

Ella había tenido intención de borrar totalmente el programa, incluso los petabites que en su tiempo lo habían almacenado, cuando alcanzara la base de Régulo. Ahora cambió de opinión. Él tenía derecho a presenciar la ceremonia toda entera, desde la lenta marcha con su féretro, los aviones atmosféricos haciendo su saludo inclinando las alas, la descarga de los rifles, todos los nueve metros de eterno réquiem para el muerto al que se rendían honores. Esta vez ella no iba a llorar la repentina e innecesaria muerte de un querido compañero; celebraría la larga y fructífera vida de un querido amigo al que nunca olvidaría.

Cuando la comitiva funeraria acudió a recoger los despojos, la estasis del ataúd reemplazó la que había mantenido su cuerpo intacto durante su largo viaje a casa. La oficialidad de Régulo se presentó al completo, desde el actual Jefe Administrativo de los Mundos Centrales con todos sus ayudantes en uniforme de desfile hasta el Gobernador Planetario con su muy elegante traje negro y su sombrero a la moda, hasta el desfile de heterogéneos servicios armados, así como todos los músculos que estaban en la base y todos los que se entrenaban como músculo. El servicio fue todo lo largo que se requería. Un poco más largo, y ella hubiera creído todos los empalagosos elogios sobre el hombre al que lloraban, y que estaba sentado en la silla del piloto contemplando todo el espectáculo con gran satisfacción. Recordó esto como la mejor parte de toda la ceremonia.

—No me hubiera perdido esto ni por la maldita nebulosa de la Cabeza de Caballo a la que nunca fuimos —exclamó varias veces. Puesto que Helva estaba aparcada donde su cabina no podía ser vista ni desde el suelo ni desde la plataforma elevada para los dignatarios, podía mirar a todo su alrededor, haciendo sus comentarios a placer.

Ella dejó, como lo había hecho antes y como se esperaba de Helva, la nave que canta, que los cielos resonaran con las emotivas notas del réquiem. Pero esta vez su tono era triunfante, y mientras su última nota moría a través del cementerio y por encima de todas las cabezas inclinadas, borró definitivamente el programa holográfico de Niall.

La dejaron sola hasta que decidió que ya había tenido suficiente soledad. Quizás hubiera tenido que retrasar el borrar a Niall unos cuantos días más, pero hay un tiempo para terminar todas las cosas, y su funeral había sido ese tiempo. Entonces contactó con el Cuartel General.

—Aquí la XH-834 solicitando un nuevo músculo —dijo—, y será mejor que establezcan una fecha para que la flota me haga las preguntas que crea necesarias sobre ese incidente de Ravel. Quiero que quede grabado todo de inmediato en los registros. Quiero un mensaje de máxima prioridad al Claustro del Círculo Mariano en

Vega III diciendo que Ravel necesita que su satélite de advertencia sea reemplazado. Los kolnari volaron el antiguo.

—¿Un nuevo músculo? —repitió la mujer que había respondido a su llamada. Su cerebro se había situado en neutral al ser contactada inesperadamente por la XH-834.

—Sí, un nuevo músculo. —Y Helva repitió sus otras peticiones—. ¿Lo ha captado todo? Estupendo. Por favor apresúrese. Y tan pronto como haya informado a los barracones de los músculos de mi disponibilidad, lísteme todas las misiones que se hallen disponibles en este momento para una nave cerebro de mi experiencia.

—Sí, por supuesto, XH-834, por supuesto. —Hubo una pausa en la que Helva sólo oyó excitadas palabras entrecortadas antes de captar ninguna de las agitadas frases. La sorpresa te proporciona siempre una ventaja.

Se echó a reír con pura satisfacción vindicativa mientras los barracones de los músculos entraban en erupción con gente poniéndose apresuradamente sus uniformes o peinándose o ajustando sus botones. La escena le trajo de vuelta queridos recuerdos mientras hombres y mujeres jóvenes, todos ellos decididos a ganar ese premio entre todos los premios, corrían para ser los primeros en abordarla.

Todavía no habían alcanzado la rampa cuando se dio cuenta de pronto de la existencia de un objeto brumoso. Su silueta era imprecisa, pero era Niall Parollan, avanzando hacia su columna, apoyando su mejilla una vez más contra el panel que la cubría.

—No le des al siguiente más pesar del que me diste a mí, ¿lo harás, amor? —Empezó a darse la vuelta, mientras su silueta se desvanecía a ojos vistas—. Y si alguna vez usas esa prótesis Sorg con alguien que no sea yo, ¡lo mato! ¿Has entendido?

Creyó que murmuraba algo mientras contemplaba su imagen fundirse en el casco junto a la pantalla delantera, no en dirección a la compuerta de entrada. Justo cuando oía la estampida de los músculos fuera, desapareció por completo con un último saludo de su mano que pareció sumergirse en el metal de su nave-yo.

—¿Permiso para subir a bordo, señora? —dijo una voz sin aliento.

La Vía

Greg Bear

Eon (1985)
(*Eón*, Ed. B)
Eternity (1988)
(*Eternidad*, Ed. B)
Legacy (1995)
(*Legado*, Ed. B)^[1]

Érase una vez una extensión muy larga, no precisamente de tiempo ni de ningún espacio que conozcamos, donde existió un interminable filamento hueco de aventura y comercio llamado la Vía, introducida en *Eón*. La Vía, un universo artificial de cincuenta kilómetros de diámetro e infinitamente largo, fue creada por los habitantes humanos de una astronave asteroide llamada Thistledown. Se habían aburrido de sus aparentemente interminables viajes entre las estrellas; la Vía, con su potencial de abrirse a otros mundos y otros universos, hacía innecesario alcanzar el destino.

El que la Vía fuera destruida (en *Eternidad*) es bien sabido; el que nunca termina en ningún espacio o tiempo humanos es menos obvio.

Incluso antes de que sus creadores completaran su proyecto, la Vía fue descubierta e invadida por los muy no humanos jarts, que buscaban anunciarse a la Deidad, a la que llamaban la Mente Descendente, absorbiendo y comprendiéndolo todo, en todas partes. Los jarts casi destruyeron a los creadores de la Vía, pero fueron mantenidos a raya por un tiempo, y por un precio.

Sin embargo hubo encuentros más extraños. El plexus de universos se halla más allá de la mente de cualquier individuo, humano o jart.

Un viajero experimentó más de esta aventura que ningún otro. Su nombre era Olmy Ap Sennen. En sus siglos de vida, vivió para verse convertido en un mito viviente, ser olvidado, redescubierto, y convertido de nuevo en un mito. Se han contado tantas historias sobre Olmy que historia y mito se entrelazan.

Esta historia se sitúa muy temprano en su vida. Olmy ha experimentado tan sólo una reencarnación (*Legado*). A cambio de sus memorias, ha sido recompensado con el anhelo a regresar a la muerte perpetua.

—Greg Bear

La Vía de todos los fantasmas

Un mito de Thistledown

Greg Bear

para William Hope Hodgson

1

«Las probabilidades fluctuaban locamente, pero siempre pasaban a través de cero, y los abridores de puertas, su equipo, y todo el personal asociado dentro de unos pocos cientos de metros de la puerta, fueron engullidos por una nada que sólo puede ser descrita en términos matemáticos. Se hizo difícil recordar que nunca habían existido; los registros de sus historias se vieron corrompidos o alterados, aunque se encontraban a millones de kilómetros del incidente. Habíamos penetrado en la sangre geométrica de los dioses. Pero sabíamos que teníamos que continuar. Nos veíamos impulsados a ello».

—

Testimonio del maestro abridor de puertas Ry Ornis, audiencias secretas conducidas por el Nexo del Infinito Hexamon, «Sobre la conveniencia de abrir puertas al caos y al orden».

El fantasma de su última amante halló a Olmy Ap Sennen en el más antiguo columbario de Alexandria, dentro de la segunda cámara de Thistledown.

Olmy estaba de pie en medio de la sala, rodeado por montones apilados de cientos de pequeñas esferas doradas. Las esferas eran urnas, la mayor parte de las cuales sólo contenían una muestra de cenizas. Se alzaban hasta el techo de cristal, sostenido por columnas de suaves campos de suspensión amarillos. Adelantó una mano para tocar una lisa placa de plata en la base de una de las columnas. Los nombres de los muertos aparecieron como si hubieran sido grabados bruscamente en ella, uno tras otro.

Retiró la mano cuando los nombres alcanzaron *Ilmo*, *Paul Yan*. Era aquí donde eran honrados los soldados del barrio de su infancia; en esta columna, cinco nombres, todos ellos familiares para él de sus días en la escuela, todos muertos en una única escaramuza cerca de tres ex nueve, a tres mil millones de kilómetros Vía abajo. Todos habían sido desintegrados sin dejar huella. Las urnas estaban vacías.

No conocía los detalles. No lo necesitaba. Esos muertos habían servido a Thistledown tan fielmente como Olmy, pero ellos nunca regresarían.

Olmy había pasado setenta y tres años varado en el planeta Lamarckia, al servicio

del Hexamon, aislado de Thistledown y la Vía que se extendía más allá de la séptima cámara del asteroide. En Lamarckia había educado hijos, amado y enterrado esposas..., vivido una larga y memorable vida en condiciones primitivas en un mundo extraordinario. Su rescate y su regreso a la Vía, convertido en unos pocos días de un viejo agonizante en un joven de renovado cuerpo, había sido un *shock* peor que el regreso de cualquier auténtico y antiguo fantasma.

La Ciudad de Axis, colgada de la singularidad que ocupaba el centro geodésico de la Vía, había sido completada durante esos tumultuosos años anteriores al rescate y resurrección de Olmy. Se había movido cuatrocientos mil kilómetros al «norte» a lo largo de la Vía, lejos de la séptima cámara. Dentro de los distritos geshel de la Ciudad de Axis, los esquemas mentales de muchos de los que morían eran ahora transferidos a la Ciudad de la Memoria, una vida tecnológica después de la muerte no muy diferente del antiguo sueño del cielo. Usando una tecnología similar, podían crearse personalidades temporales parciales para ayudar a una multitarea individual. A veces eran llamadas fantasmas. Olmy había oído hablar de parciales, enviados a realizar las tareas de sus originales, con la mayor parte de sus facultades mentales duplicadas pero con un poder limitado de tomar decisiones. Sin embargo, nunca había conocido realmente a ninguno.

El fantasma apareció justo a su derecha y anunció su naturaleza fluctuando ligeramente, volviéndose translúcido, luego convirtiéndose brevemente en un negativo. Esta exhibición duró tan sólo unos segundos. Después, el simulacro pareció perfectamente sólido y real. Olmy dio un salto, desorientado, luego examinó los rasgos del fantasma. Sacudió la cabeza y sonrió irónicamente.

—Le transmitiré a mi original la alegría de encontrarte bien —dijo el parcial—. Pareces perdido, ser Olmy.

Olmy no sabía exactamente qué forma de expresión usar con el parcial. ¿Debía dirigirse a él con el respeto debido al original, un repcorp y una mujer influyente, la última mujer de la que había intentado enamorarse..., o debía dirigirse a él como a un sirviente?

—Vengo aquí a menudo. Viejos conocidos.

La imagen pareció preocupada.

—Pobre Olmy. ¿Sigues sin pertenecer a ningún lado?

Olmy ignoró aquello. Buscó la fuente del fantasma. Era proyectado desde un volador del tamaño de un puño que flotaba a varios metros de distancia.

—Estoy aquí en nombre de mi original, mi representante corpóreo Neya Taur Rinn. ¿Te das cuenta... de que no soy ella?

—No soy ignorante —dijo secamente Olmy, sintiéndose una vez más en desventaja con aquella mujer.

El fantasma fijó su mirada en él. La imagen, por supuesto, no miraba realmente.

—El Ministro de la Presidencia de la Vía, Yanosh Ap Kesler, me dio instrucciones de que te encontrara. Mi original se mostró reacia. Espero que lo

comprenderás.

Olmy cruzó las manos a su espalda mientras el parcial pictografiaba una serie de símbolos de identidad: La Oficina del Ministro de la Presidencia, la Oficina del Nexo del Hexamon de Defensa de la Vía, la Oficina de Mantenimiento de la Vía. Un auténtico montón de burocracias, pensó Olmy, entre las cuales el Mantenimiento de la Vía quizá fuera la más poderosa y arrogante de todas.

—¿Qué desea Yanosh de mí? —preguntó secamente.

El fantasma alzó las manos y apuntó con su dedo índice a su palma, acompañando cada punto con un golpecito.

—Le apoyaste en su candidatura para convertirse en Ministro de la Presidencia de la Séptima Cámara y la Vía. Te convertiste en un símbolo para el avance de los intereses geshel.

—Contra mi voluntad —dijo Olmy. Yanosh, un ferviente progresista geshel, había enviado a Olmy a Lamarckia..., y también lo había traído de vuelta y arreglado las cosas para su nuevo cuerpo. Olmy, por su parte, nunca había sabido exactamente a qué campo pertenecía: a los conservadores naderitas, hoscamente opuestos a los extraordinarios avances del último siglo, o a los entusiásticamente progresistas geshels.

La gente de Neya Taur Rinn eran geshels de una antigua facción radical, entre los primeros en trasladarse a la Ciudad de Axis.

—Ser Kesler ha ganado la reelección como ministro de la presidencia de la Vía y ahora tiene el cargo de alcalde de tres sectores de la Ciudad de Axis.

—Soy consciente de ello.

—Por supuesto. El Ministro de la Presidencia te manda sus saludos y espera que seas complaciente.

—Soy muy complaciente —dijo Olmy con suavidad—. Me mantengo fuera de la política y no discrepo con nadie. No puedo pagarle a Yanosh todo lo que ha hecho por mí..., pero también le he rendido muy buenos servicios. —No le gustaba que le tendieran el cebo..., y no podía comprender por qué Yanosh enviaba a Neya a buscarle. El Ministro de la Presidencia sabía lo suficiente acerca de la vida privada de Olmy, probablemente demasiado—. Yanosh sabe que estoy en retiro permanente. —No pudo contenerse—. Perdona por mi atrevimiento, pero siento curiosidad. ¿Cómo te sientes? ¿*Crees* que eres realmente Neya Taur Rinn?

El parcial sonrió.

—Soy un parcial de alto nivel al que su original le ha dado autoridad subordinada —dijo él, *ella*... Olmy decidió que no podía dejar de pensar en aquellas sutiles distinciones.

—Sí, pero ¿cómo se *siente*? —insistió.

—Al menos tú todavía estás lo suficiente vivo como para mostrarte curioso —dijo el parcial.

—Tu original consideraba mi curiosidad como una especie de perversidad —

señaló Olmy.

—Una curiosidad morbosa —admitió el parcial, evidentemente incómodo—. Yo no podía soportar el mantener una relación con un hombre que deseaba estar *muerto*.

—Cabalgaste en mi fama hasta que empecé a aburrirte —señaló Olmy, luego lamentó sus palabras. Usaba el viejo entrenamiento para ahogar sus sensaciones más agudas.

—Para responder a tu pregunta, *siento* todo lo que sentiría mi original. Y mi original odiaría verte aquí. ¿Qué es lo que sientes *tú*, ser Olmy? —El brazo del fantasma trazó un arco para abarcar las urnas, el columbario—. Venir aquí, caminar entre los muertos, es tan melodramático.

Que un fantasma pudiera recordar su tiempo juntos, pudiera llevar consigo historias de su encuentro con su original, con una mujer a la que había admirado con todo lo que le quedaba de su corazón, le irritaba y le intrigaba al mismo tiempo.

—Te sentiste atraída hacia mí a causa de mi historia.

—Me sentí atraída hacia ti a causa de tu fuerza —dijo ella—. Me duele que fueras tan intenso viviendo en sus recuerdos.

—Me aferré a ti.

—Y a nadie más...

—No vengo aquí a menudo —dijo Olmy. Separó sus manos a sus costados y retrocedió un paso—. Todos mis mejores recuerdos son de un mundo al que nunca podré volver. Auténticos amores..., auténtica vida. No como Thistledown ahora. —Frunció el ceño hacia la imagen. El enfoque de la imagen era preciso; sin embargo, había algo falso en ella, un relucir, una clara definición que no era propio de Neya—. Tú no ayudaste.

La expresión del parcial se ablandó.

—No acepto enteramente la culpa, pero tu aflicción me desagrada. A mi original.

—No sabía que estuviera afligido. De hecho, siento una curiosa paz. ¿Por qué te envió Yanosh? ¿Por qué aceptaste venir?

El fantasma tendió una mano hacia él. La mano pasó a través de su brazo. Se disculpó por aquel quebrantamiento de la etiqueta.

—Por tu bien, para implicarte, y por el bien de mi original, por favor, al menos habla con nuestro personal. El Ministro de la Presidencia necesita que te unas a una expedición. —Pareció considerarlo durante un momento, luego reunió el valor—. Hay problemas en el Reducto.

Olmy sintió un fuerte estremecimiento ante la mención de aquel nombre. La conversación se había vuelto de pronto algo más que un poco arriesgada. Agitó vigorosamente la cabeza.

—No reconozco siquiera conocer ese lugar —dijo.

—Sabes más de él que yo —respondió el parcial—. Me han asegurado que es real. Defensa de la Vía dice a la Oficina de Mantenimiento de la Vía que ahora nos está amenazando a todos.

—No me siento cómodo sosteniendo esta conversación en un lugar público — protestó Olmy.

Aquello pareció envalentonar al parcial, y proyectó su imagen más cerca.

—Esta zona es tranquila y limpia. No escucha nadie.

Olmy alzó la vista hacia el alto techo de cristal.

—No estamos siendo observados —insistió el parcial—. El Nexo y Defensa de la Vía están preocupados porque los jarts se están cerrando en ese sector de la Vía. Me han dicho que si lo ocupaban, si consiguen el control del Reducto, Thistledown puede muy bien verse reducido a polvo y la Vía prender como una mecha. Eso asusta a mi original. Me asusta *a mí* tal como soy ahora. ¿No te asusta a ti en lo más mínimo, Olmy?

Olmy miró a lo largo de las hileras de urnas... Siglos de historia de Thistledown, recuerdos perdidos, ahora convertidos en pellizcos de cenizas o menos.

—Yanosh dice que está seguro de que tú puedes ayudar —dijo el parcial con un fuerte tono de emoción—. Es una forma de reunirse con los vivos y crear un nuevo lugar para ti.

—¿Por qué debería importarte a ti eso? ¿A tu original? —preguntó Olmy.

—Porque mi original todavía te considera un héroe. Yo todavía espero emular tu servicio al Hexamon.

Olmy sonrió irónicamente.

—Mejor búscate un modelo vivo —dijo—. Yo no pertenezco ahí fuera. Estoy oxidado.

—Eso no es cierto —protestó el parcial—. Se te ha dado un nuevo cuerpo. Eres joven y fuerte, y muy experimentado... —Pareció a punto de decir algo más, pero dudó, fluctuó de nuevo, y se desvaneció bruscamente. Su voz se desvaneció también, y sólo oyó—: Yanosh dice que nunca ha perdido la fe en ti...

El suelo del columbario tembló. La solidez de Thistledown pareció verse amenazada; un temblor a través del material del asteroide, un impacto desde fuera..., o algo que ocurría dentro de la Vía. Olmy adelantó una mano para sujetarse contra una columna. Las esferas doradas vibraron en sus suspensiones, tintineando como centenares de campanillas.

Empezaron a sonar sirenas muy a lo lejos.

El parcial reapareció.

—He perdido contacto con mi original —dijo, con sus rasgos blandamente rígidos—. Algo ha roto mi enlace con la Ciudad de la Memoria.

Olmy observó la imagen de Neya con fascinación, aunque sin sentirse aferrado todavía por ninguna respuesta visceral.

—No sé cuándo o si habrá una recuperación —dijo ella—. Hay un fallo en la Ciudad de Axis. —De pronto la imagen pareció como descompuesta, luego como si hubiera sufrido un impacto. Extendió sus fantasmales brazos—. Mi original... — Como si estuviera hecha de sólida carne, su rostro se crispó de miedo—. Ella ha

muerto. Yo he *muerto*. ¡Oh, Dios mío, Olmy!

Olmy intentó comprender lo que podía significar aquello, bajo las radicales nuevas reglas de la vida y de la muerte para geshels como Neya.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué podemos hacer?

La imagen parpadeó locamente.

—Mi cuerpo ha *desaparecido*. Ha sido un fallo completo del sistema. No tengo ninguna existencia legal.

—¿Qué hay acerca de los registros vitales? Conéctate a ellos. —Olmy rodeó la inestable imagen, como si pudiera capturarla, impedir que se desvaneciera.

—Estoy intentándolo... ¡Estúpida! Todavía no me he puesto en la Ciudad de la Memoria.

Intentó tocarla, y por supuesto no pudo. No podía creer lo que ella estaba diciendo, pero las sirenas todavía seguían sonando, y otro pequeño estremecimiento resonó por todo el asteroide.

—No tengo ningún lugar donde ir. ¡Olmy, por favor! ¡No dejes que simplemente me *detenga*! —El fantasma de Neya Taur Rinn se alzó, intentó componerse—. Sólo tengo unos pocos segundos antes de que...

Olmy sintió una repentina e intensa atracción hacia la trémula imagen. Deseaba saber cómo podía llegar a ser la muerte real, la muerte definitiva. Tendió de nuevo la mano, como para abrazarla.

Ella negó con la cabeza. El parpadeo se incrementó.

—Es una sensación tan extraña..., perder...

Antes de poder terminar, la imagen se desvaneció por completo. Los brazos de Olmy abrazaron un aire silencioso y vacío.

Las sirenas siguieron sonando, audibles a través de toda Alexandria. Dejó caer lentamente los brazos, demasiado consciente de estar solo. El proyector giró en un pequeño círculo, emitiendo pequeños pitidos. Sin instrucciones de su fuente, no podía decidir qué hacer.

Por un momento se estremeció y se le erizó el vello de la nuca..., una sensación de maravilla casi religiosa que no había experimentado desde su época en Lamarckia.

Olmy había empezado a caminar hacia el extremo de la sala antes de que se diera cuenta conscientemente de lo que hacía. Se dirigió directamente a la salida a través de las grandes puertas de acero y alzó la vista a través de las delgadas nubes que envolvían la segunda cámara, a través del resplandor del tubo de flujo hasta el eje de la perforación en el casquete sur. Sus ojos estaban cálidos y húmedos. Se los secó con el dorso de la mano y su aliento le dolió.

Se habían encendido faros de emergencia alrededor del tubo de flujo, formando un brillante anillo a dos tercios de camino hacia el casquete.

Seguía estremeciéndose, y aquello lo ponía furioso. Ya había muerto una vez, pero su nuevo cuerpo tenía miedo de morir, y esa oleada de emociones abrumaba sus sentidos.

Más profundo aún y más inquietante era el raspar de una antigua lealtad... A su gente, al vehículo que los llevaba entre las estrellas y que actuaba como el cáliz abierto de la Vía infinita. Una lealtad a la mujer que había considerado demasiado doloroso estar con él.

—¡Neya! —gimió. Quizás había estado equivocada. Era posible que un parcial no tuviera acceso a toda la información; quizá las cosas no eran tan malas como parecían.

Pero sabía que lo eran. Nunca había sentido Thistledown estremecerse de aquella manera.

Olmy se apresuró hacia la terminal del raíl a tres manzanas de distancia, acompañado por multitudes de ciudadanos curiosos y alarmados. Se habían levantado barricadas a través de las puertas a los ascensores al casquete norte; todo viaje intercámaras había sido temporalmente restringido. No había disponible ninguna noticia.

Olmy mostró las marcas de identidad de su muñeca a un guardia, que las escaneó rápidamente y transmitió los datos a sus comandantes. Le dejó pasar, y entró en el ascensor y se dirigió rápidamente a la perforación.

Dentro de las salas de trabajo que rodeaban la perforación aguardaba un oficial de transporte en forma de cabeza de flecha, como había pedido la oficina del Ministro de la Presidencia. Ninguno de los soldados o guardias a los que interrogó sabía lo que había ocurrido. Todavía no había ningún pronunciamiento oficial en ninguna de las redes ciudadanas. Olmy se dejó llevar por el transporte, acompañado por otros cinco oficiales, a través del vacío encima de las atmósferas de las siguientes cuatro cámaras, penetrando por las perforaciones de cada una de las masivas paredes cóncavas que las separaban. Ninguna de las cámaras mostraba ningún signo de daño.

En la perforación del casquete sur de la sexta cámara, Olmy se transfirió del transporte a un tubo, diseñado para deslizarse a lo largo de la singularidad que formaba el núcleo de la Vía. En aquel carril de lo más inusual, aceleró a muchos miles de kilómetros por hora hacia la Ciudad de Axis en cuatro ex cinco, a cuatrocientos mil kilómetros al norte de Thistledown.

A unos pocos minutos de la Ciudad de Axis, el tubo frenó y la portilla visora delantera se oscureció. Había radiaciones pesadas en las inmediaciones, informó el piloto. Algo había descendido por la Vía a velocidad relativista y había golpeado los distritos septentrionales de la Ciudad de Axis.

Olmy tuvo pocos problemas en adivinar la fuente.

2

Transcurrió un día antes de que Olmy pudiera ver al Ministro de la Presidencia.

Las reparaciones de emergencia en la Ciudad de Axis habían hecho habitable sólo un distrito, Ciudad Central; el resto, incluido Axis Prime, estaba siendo evacuado. Axis Prime había recibido el grueso del impacto. Decenas de miles habían perdido la vida, tanto geshels como naderitas. En general los naderitas no participaban en la práctica de almacenar sus esquemas corporales y sus recuerdos recientes como seguro contra una calamidad así.

Algunos geshels recibirían su segunda encarnación, muchos otros miles no. La propia Ciudad de la Memoria había resultado dañada. Aunque Neya se hubiera tomado el tiempo de hacer grabar toda su vida y almacenar sus esquemas, tal vez hubiera seguido muerta.

El último distrito en funcionamiento, Ciudad Central, contenía ahora las oficinas combinadas del Ministro de la Presidencia de la Vía y del gobierno de la Ciudad de Axis, y fue allí donde Yanosh se reunió con Olmy.

—Se llamaba Deirdre Enoch —dijo el Ministro de la Presidencia, flotando sobre la pared externa transparente de la nueva oficina. Su cuerpo estaba envuelto por debajo del pecho en un brillante y tenso traje azul de soporte médico; el impacto le había roto las dos piernas y le había causado severas heridas internas. Durante algún tiempo el Ministro de la Presidencia sería un *cyborg* funcional, hasta que pudieran desarrollarse nuevos órganos y colocarlos en su lugar—. Abrió ilegalmente una puerta en tres ex nueve, hace cincuenta años. Justo más allá del punto donde rechazamos por última vez a los jarts. Fue ayudada por un maestro abridor de puertas que desobedeció deliberadamente las órdenes del Nexus y de la hermandad. Supimos de la brecha seis meses después de que hubiera hecho entrar ilegalmente a ochenta de sus colegas, o quizá ciento veinte, no estamos seguros de cuántos, a un pequeño centro de investigación, y sólo unos días después de que fuera abierta la puerta. No hubo nada que pudiéramos hacer para detenerlo.

Olmy se sujetó a un raíl que recorría el perímetro de la oficina, observando inexpresivamente a Kesler. La ironía era demasiado obvia.

—Sólo he oído rumores. Mantenimiento de la Vía...

Kesler se vio sacudido por una oleada de dolor, amortiguada rápidamente por el traje. Prosiguió, con el rostro tenso:

—Maldito sea Manteniendo de la Vía. Malditas sean las luchas internas y la política. —Forzó una sonrisa—. La última vez fue un renegado naderita en Lamarckia.

Olmy asintió.

—Esta vez... geshel. Peor aún..., un miembro de la hermandad de abridores. Nunca imaginé que gobernar esta condenada astronave pudiera ser tan complicado. Casi me hace comprender por qué añoras Lamarckia.

—No era más fácil allí —dijo Olmy.

—Sí..., pero había menos gente. —Yanosh hizo girar su traje soporte y cruzó la cámara—. No sabemos exactamente lo que ocurrió. Algo alteró la geometría

inmediata alrededor de la puerta. Los conflictos entre la física de la Vía y el universo al que accedió Enoch eran demasiado grandes. La puerta se convirtió en una lesión, imposible de cerrar. Por aquel entonces la mayoría de los científicos de Enoch se habían retirado a la estación principal, una pirámide protectora..., lo que ella llamó el Reducto.

—¿Se metió en el caos? —preguntó Olmy. Algunos universos a los que se accedía a través de la Vía eran vacíos absolutos, muertos, inútiles pero relativamente inofensivos; otros eran virulentos, llenos con un burbujeante guiso de «constantes» inestables que reducían la realidad de un observador o la instrumentalidad. Sólo dos de tales puertas se habían abierto nunca en la Vía; el único aspecto afortunado de esos desastres había sido que las propias puertas se habían cerrado rápidamente y no pudieron ser reabiertas.

—No el caos —dijo Kesler, tragando saliva e inclinando la cabeza ante una nueva punzada—. Este maldito traje..., podrían hacer un trabajo mejor.

—Deberías descansar —dijo Olmy.

—No tengo tiempo. La hermandad de abridores me dice que Enoch está buscando un dominio de estructura mejorada, hiperordenado. Lo que halló fue más peligroso que cualquier caos. Su puerta puede abrirse a un universo de interminable fecundidad. No sólo orden: creatividad. Cada universo es en cierto sentido un plexus, con sus partes conectadas por enlaces de información; pero el universo de Enoch no contenía límites a la propagación de información. No velocidad límite de la luz, no separación entre nada análogo al continuo Bell... y otra física.

Olmy frunció el ceño, intentando extraer sentido de todo aquello.

—Mis conocimientos de la física de la Vía son más bien...

—Pregunta a tu querido Konrad Korzenowski —restalló Kesler.

Olmy no reaccionó a esta provocación.

Kesler se disculpó casi para sí mismo. Flotó lentamente hacia atrás a través de la cámara, con su rostro convertido en una máscara de dolor, una patética parodia de inquietud.

—Perdimos tres expediciones intentando salvar a su gente y cerrar la puerta. La última fue hace seis meses. Algo parecido a formas de vida se habían desarrollado alrededor de la estación principal, alimentadas por la lesión. Se han vuelto *enormes*, inimaginablemente extrañas. Nadie puede extraerles sentido. Lo que quedó de nuestra última expedición consiguió construir una barrera a unos mil kilómetros al sur de la lesión. Pensamos que esto nos daría el lujo de unos pocos años de margen para decidir qué hacer a continuación. Pero esa barrera ha sido destruida. No hemos conseguido acercarnos lo suficiente desde entonces para descubrir lo que había ocurrido. Tenemos defensas en ese sector, defensas claves que impiden que la hendidura sea usada contra nosotros. —Bajó la vista a través del suelo transparente, al segmento de la Vía veinticuatro kilómetros más abajo.

—Los jarts consiguieron enviar un proyectil relativista a lo largo de la hendidura,

apenas algo más que un gramo de masa en reposo. No pudimos detenerlo. Golpeó Ciudad de Axis a las doce de hoy.

A Olmy le habían contado los detalles del ataque: una pella de menos de un milímetro de diámetro, viajando muy cerca de la velocidad de la luz. Sólo los mecanismos de seguridad y control de la maquinaria de la sexta cámara habían impedido que la Ciudad de Axis se desintegrara por completo. El original de Neya Taur Rinn había estado llevando a cabo unos asuntos en nombre de su jefe, Yanosh, en Axis Prime mientras su parcial visitaba a Olmy.

—Estamos moviendo la ciudad hacia el sur tan rápido como podemos mientras seguimos con la evacuación —dijo Kesler—. Los jarts se están acercando ahora a la lesión. No estamos seguros de lo que pueden hacer con ella. Quizá nada..., pero no podemos permitirnos correr el riesgo.

Olmy sacudió la cabeza, aturdido.

—No me has dicho que pueda hacerse nada. ¿Por qué llamarme cuando estamos con las manos atadas?

—No he dicho que no pudiera hacerse *nada* —respondió Kesler con ojos brillantes—. Algunos de nuestros abridores de puertas creen que podemos construir un aro, un anillo de puerta, y sellar la lesión.

—Eso nos aislaría del resto de la Vía —dijo Olmy.

—Peor. En unos pocos días o semanas destruiría por completo la Vía, nos sellaría para siempre en Thistledown. Hasta ahora, nunca hemos estado tan desesperados. —Sonrió, con los labios crispados por el dolor—. Francamente, tú no eras mi elección. Ya no estoy seguro de que se pueda confiar en ti, y este asunto es demasiado complicado para dejar que nadie actúe solo.

Entonces, Neya no le había dicho la verdad.

—¿Quién me eligió? —preguntó Olmy.

—Un abridor de puertas. Le causaste una gran impresión cuando te escoltó por la Vía hace algunas décadas. Fue el que abrió la puerta a Lamarckia.

—¿Frederik Ry Ornis?

Kesler asintió.

—Por lo que me han dicho, se ha convertido en el abridor más poderoso de la hermandad. Un maestro de los más reputados.

Olmy inspiró profundamente.

—No soy lo que parezco ser, Yanosh. Soy un viejo que ha visto morir a sus mujeres y a sus amigos. Echo en falta mis hijos. Hubieras debido dejarme en Lamarckia.

Kesler cerró los ojos. El vestido azul alrededor de la parte inferior de su cuerpo se ajustó ligeramente, y su rostro se tensó.

—El Olmy al que conocí nunca hubiera vuelto la espalda a una oportunidad como ésta.

—He visto demasiadas cosas ya —dijo Olmy.

Yanosh avanzó un poco.

—Ambos las hemos visto. Esto... me supera —dijo en voz muy baja—. La lesión... Los abridores de puertas me dicen que es el lugar más extraño de la creación. Todos los límites de la física se han colapsado. Tiempo y causalidad tienen nuevos significados. Cielo e infierno se han unido. Sólo los del Reducto han visto todo eso ocurrir aquí..., si es que todavía existen de una forma que aún podamos comprender. No se han comunicado con nosotros desde que se formó la lesión.

Olmy escuchó intensamente, mientras algo se agitaba con lentitud hacia la vida, una pequeña ascua que brillaba cada vez más ardiente.

—Puede que todo haya terminado, Olmy —dijo Yanosh—. Todo el gran experimento puede llegar a su final. Estamos dispuestos a cerrar la Vía, comprimirla, sellar la lesión dentro de su propia pequeña burbuja..., eliminarla.

—Dime más —indicó Olmy, cruzando los brazos.

—Tres ciudadanos escaparon del Reducto, de la pequeña colonia de Enoch, antes de que la lesión se hiciera demasiado grande. Uno murió, con la mente revuelta más allá de toda posible recuperación. El segundo ha sido confinado para su estudio, de la mejor manera que podamos. Lo que lo aflige —a él, o a *ello*— es algo que nunca podremos curar. El tercero sobrevivió relativamente sin daños. Una mujer. Se ha vuelto... no convencional, más que un poco obsesionada por lo místico, pero me han dicho que todavía es racional. Si aceptas, te acompañará. —El tono de Yanosh indicaba que no iba a permitir que Olmy no aceptara—. Tenemos otras dos voluntarias, ambas aprendices de abridores de puertas, ambas rechazadas por la hermandad. Todas han sido elegidas por Frederik Ry Ornis. Él te explicará por qué.

Olmy sacudió la cabeza.

—Una mística, dos abridoras fracasadas... ¿Qué puedo hacer con un equipo así? Yanosh sonrió hoscamente.

—Matarlos si las cosas van mal. Y matarte a ti mismo. Si no puedes cerrar la Vía, y si la lesión sigue, no se te permitirá volver. La tercera expedición que envié nunca alcanzó el Reducto. Fue absorbida por la lesión. —Otra mueca de dolor—. ¿Crees en los fantasmas, Olmy?

—¿De qué tipo?

—¿Auténticos fantasmas?

—No —dijo Olmy.

—Creo que yo sí. Algunos miembros de nuestras expediciones de rescate regresaron. Varias versiones de ellos. *Creemos* que los destruimos.

—¿Versiones?

—Copias de algún tipo. Fueron enviados de vuelta, como un eco, a lo largo de sus propias líneas de mundos de una forma que nadie entiende. Regresaron a sus seres queridos, a sus familiares, a sus amigos. Si regresan más, todo lo que llamamos realidad puede verse en peligro. Ha sido muy difícil mantener esto en secreto.

Olmy alzó escéptico una ceja. Se preguntó si Yanosh todavía seguía siendo

racional.

—He cumplido con mi tiempo de servicio. Más que eso. ¿Por qué debería seguir en activo?

—Maldita sea, Olmy, si no por amor a Thistledown, si estás más allá de todo eso, entonces porque *quieres morir* —gruñó Kesler, y su rostro traicionó un callado disgusto detrás del dolor—. Has querido morir desde que te traje de vuelta de Lamarckia. Esta vez, si vas al Reducto, puede que consigas tu deseo.

»Piensa en ello como en un regalo que te hago, a ti o a lo que fuiste en tu tiempo.

3

—Si estuvieras mejorado, esto iría mucho más rápido —dijo Jarr Flynch, señalando la cabeza de Olmy. Frederik Ry Ornis sonrió. Los tres caminaban uno al lado del otro por un largo pasillo vacío, acercándose a una sala de seguridad en el viejo edificio del Instituto de Defensa Táctica de Thistledown en Alexandria.

Ry Ornis no había envejecido en absoluto físicamente. En apariencia era todavía la misma figura de largos miembros parecida a una mantis, pero su aspecto desgarrado había sido sustituido por una extraña gracia, y su joven y excéntrica volubilidad por una seca concisión de lenguaje.

Olmy desechó el comentario de Flynch con un gesto de su mano.

—He revisado los archivos importantes —dijo—. Creo que los conozco lo suficientemente bien. Tengo preguntas acerca de la elección de la gente que ha de ir conmigo. Las aprendizas de abridores de puertas... Han sido rechazadas por la hermandad. ¿Por qué?

Flynch sonrió.

—Son extravagantes.

Olmy miró al maestro abridor.

—Ry Ornis era tan extravagante como ellas.

—La hermandad ha cambiado —dijo Ry Ornis—. Ahora exige más.

Flynch se mostró de acuerdo.

—En el tiempo transcurrido desde que era profesor en la hermandad, eso es cierto. Ahora toleran muy poca... creatividad. La desertión de los pupilos de Enoch los asustó. La lesión nos aterró a todos. Rasp y Karn son jóvenes, innovadoras. Nadie niega que son brillantes, pero se han negado a acomodarse y representar sus papeles. Así que... la hermandad les negó su certificación final.

—¿Por qué han sido elegidas para este trabajo? —preguntó Olmy.

—Ry Ornis hizo la elección —dijo Flynch.

—Ya hemos hablado de eso —señaló Ry Ornis.

—No a mi satisfacción. ¿Cuándo las conoceré?

—No se ha autorizado ningún encuentro con Rasp y Karn hasta que estéis en la hendinave. Todavía nos hallamos en situación de emergencia. —Flynch miró a Ry Ornis—. El entrenamiento ha sido un tanto duro para ellas.

Olmy se sentía cada vez menos seguro de desear tener algo que ver con la hermandad, o con las abridoras elegidos por Ry Ornis.

—Los archivos sólo cuentan la mitad de la historia —dijo—. Deirdre Enoch nunca llegó a ser una abridora..., ni siquiera intentó cualificarse. Era simplemente una profesora. ¿Cómo pudo llegar a ser tan importante para la hermandad?

Flynch sacudió la cabeza.

—Como yo, nunca se cualificó como abridora, pero también como yo, como profesora, estaba considerada como una de las mejores. Se convirtió en un líder para algunos aprendices de abridores. Una filósofa.

—Una profetisa —dijo Ry Ornis suavemente.

—Entrenar para la hermandad es agotador —continuó Flynch—. Algunos dicen que se ha convertido en una tortura. Sólo el condicionamiento matemático es suficiente para producir un índice de abandono de más del noventa por ciento. Deirdre Enoch trabajaba como consejera en equilibrio mental, compensación, y era buena... En los últimos veinte años trabajó con muchos que llegaron a ser muy poderosos en el Mantenimiento de la Vía. Mantuvo sus contactos. Convenció a un montón de sus estudiantes...

—La naturaleza humana es corrupta —aventuró Olmy hoscamente.

Flynch sacudió la cabeza.

—De que las leyes de nuestro universo son inadecuadas. Incompletas. De que hay una forma de convertirse en mejores seres humanos, y por supuesto en mejores abridores. Desorden, competición y muerte nos corrompen, pensaba.

—Conocía teorías de alto nivel, las especulaciones circulaban privadamente entre los maestros abridores —dijo Ry Ornis—. Oyó hablar de dominios donde las reglas eran muy diferentes.

—¿Oyó hablar de una puerta en un orden completo?

—Se había discutido, sobre una base teórica. Nunca se había intentado nada. No se han hallado límites a la variedad de dominios... de universos. Especulaba que una puerta bien sintonizada podía acceder a casi cualquier dominio que un buen abridor pudiera concebir.

Olmy frunció el ceño.

—¿Esperaba el orden para equilibrar la competencia y la muerte? ¿Orden contra desorden, una lucha hasta el final?

Ry Ornis emitió un pequeño sonido, y Flynch asintió.

—Hay una razón por la que nada de esto está en los archivos —dijo Flynch—. Ningún abridor hablará de ello, o admitirá que conocía a alguien implicado en tomar la decisión. Ha sido muy embarazoso para la hermandad. Me siento impresionado de que sepas qué preguntas formular. Pero es mejor que preguntes a Ry Ornis...

Olmy se enfocó en Flynnch.

—Dices que tú y Enoch ocupasteis posiciones similares. Mejor que te pregunte a ti.

Flynych les hizo un gesto de que debían girar a la izquierda. Las luces se encendieron delante de ellos, y al final de un corredor mucho más corto había una puerta abierta.

—Deirdre Enoch leía extensamente los viejos textos religiosos. Lo mismo que sus seguidores. Creo que se perdieron en un sueño —dijo—. Creían que cualquiera que se bañara en una corriente de puro orden, por así decirlo, en un dominio de creación desbocada sin destrucción, se vería mejorado. Acorazado. Templado. Ésa es mi opinión... de lo que pueden haber estado pensando. Puede que les dijera todas esas cosas.

—¿Una fuente de juventud? —aventuró Olmy, aún con el ceño fruncido.

—Los abridores no se preocupan mucho de la inmortalidad temporal —dijo Ry Ornis—. Cuando abrimos una puerta..., atisbamos la eternidad. Un centenar de puertas, un centenar de diferentes eternidades. Volver es sólo un interludio entre para siempre. Aquellos que escuchaban a Enoch creían que podrían terminar más hábiles, más brillantes. Menos corrompidos por la evolución competitiva. —Sonrió, una expresión notablemente desagradable en su esquelético rostro—. Libres del pecado original.

El ceño fruncido de Olmy se desvaneció. Miró a Flynnch, que había apartado la vista de Ry Ornis. Había algo entre ellos, una frialdad.

—Está bien. Puedo ver eso.

—¿De veras? —Flynych sacudió dubitativo la cabeza.

Quizás el maestro abridor pudiera decir algo más aún. Pero no parecía prudente en estos momentos presionar más sobre el tema.

Sonó una campana y entraron en la sala de conferencias.

Sentado ya dentro estaba la única superviviente totalmente escapada del Reducto: Lissa Plass. Como geshel radical que era, había diseñado su cuerpo y su apariencia hacía décadas, optando por una osamenta sólida, próxima a su físico natural. Había transformado su rostro para que mostrara fuerza además de una belleza clásica, pero lo había dejado envejecer, y la experiencia de su tiempo transcurrido con la expedición, el trauma en la lesión, no se había borrado. Olmy observó que llevaba un pequeño libro con ella, un libro antiguo impreso sobre papel..., una Biblia.

Flynych hizo las presentaciones. Plass parecía orgullosa y algo más que un poco confusa. Se sentaron alrededor de la mesa.

Olmy contempló las imágenes que flotaban sobre la mesa: el gran oleoducto de la Vía, láminas de campos brillando fluorescentes al ser rotas, restos atrapados en girantes nubes a lo largo de la circunferencia, la hendidura en sí, avanzando a lo largo del centro de la Vía como un alambre calentado hasta un blancoazulado cegador.

Plass no miró. Olmy observó de cerca su reacción. Por un momento algo pareció

girar alrededor de ella, una voluta de sombra, suavemente transparente, como una pequeña rodaja de ocaso. Los otros no vieron o ignoraron lo que veían, pero los ojos de Plass se clavaron en los de Olmy y sus labios se tensaron.

—Me complace que ambos hayan decidido venir —dijo Ry Ornis, mientras las imágenes llegaban a su fin.

Plass miró al abridor y luego de nuevo a Olmy. Estudió atentamente el rostro de Olmy.

—No puedo permanecer aquí. Es por eso que regreso. No pertenezco a Thistledown.

—Ser Plass recibe visitas de fantasmas —dijo Flynn—. A ser Olmy se le ha hablado acerca de esos visitantes.

—Mi esposo —dijo ella, tragando saliva—. Sólo mi esposo, hasta ahora. Nadie más.

—¿Está todavía ahí? —preguntó Olmy—. ¿En el Reducto?

—No le han contado mucho que sea útil, ¿verdad? —dijo ella amargamente—. Como si desearan que fracasáramos.

—¿Está muerto?

—No está en el Reducto y no sé si puede llamársele muerte —dijo Plass—. ¿Puedo decirle lo que significa realmente esto? ¿Lo que hemos hecho realmente? —Miró a la mesa a su alrededor, con los ojos muy abiertos.

Ry Ornis alzó tolerante la mano.

—Tengo diarios de antes del lanzamiento de Thistledown, de mi familia —dijo ella—. Desde tan atrás como mis antepasados pueden recordar, mi familia fue especial... Tenían acceso al mundo de lo espiritual. Todos veían fantasmas. Del tipo antiguo, no los que utilizamos ahora como sirvientes. Algunos describieron esos fantasmas en sus diarios. —Alzó una mano y se pellizcó el labio inferior, lo soltó, se lo pellizco de nuevo—. Creo que algunos de los fantasmas eran mi esposo. Lo reconozco ahora. Todos en la línea de mi mundo, hasta antes de que yo naciera, fueron visitados por la misma figura. Mi esposo. Ahora yo también puedo verlo.

—He tenido dificultades en visualizar este tipo de fantasma —dijo Olmy.

Plass miró al techo y aferró su Biblia.

—Penetremos donde penetremos, un dominio de puro orden, algo completamente distinto..., se halla *embebido* en la Vía, en Thistledown. Es como una oruga arrastrándose por nuestras vidas, aferrando acontecimientos y... arrastrándose, extendiéndose hacia atrás, quizás incluso hacia adelante en el tiempo. Intentan mantenernos tranquilos. Yo coopero..., pero mi esposo me dice cosas cuando regresa. ¿Oyen los otros... los informes? ¿Los mensajes del Reducto?

Ry Ornis sacudió la cabeza, pero Olmy dudó de que aquello fuera una simple negativa.

—¿Qué ocurrió cuando la puerta se convirtió en una lesión? —preguntó Olmy.

Plass se puso pálida.

—Mi esposo estaba en la puerta con el maestro abridor de Enoch, Tom Issa Danna.

—Uno de nuestros mejores —dijo Ry Ornis.

—La puerta de Enoch al orden era la segunda que abrían. La primera fue un pozo a un mundo aprovisionador establecido de donde podían extraer materias primas.

—Una práctica estándar para todas las estaciones remotas —dijo Flynych.

—Yo no estaba allí cuando abrieron la segunda puerta —prosiguió Plass, con los ojos yendo de Flynych a Olmy. Parecía tener poca simpatía hacia ninguno de los dos—. Estaba en una instalación de apoyo, aproximadamente a un kilómetro de la puerta y a dos kilómetros del Reducto. Ya había la envoltura atmosférica y un amortiguador de arena y tierra alrededor del lugar. Mi esposo y yo habíamos iniciado un jardín de crecimiento rápido. Un huerto. Oímos que habían abierto la segunda puerta. Mi esposo estaba con Issa Danna. Ser Enoch vino con un tractor y dijo que era un completo éxito. Lo celebramos, un pequeño grupo de investigadores, abriendo unas botellas de champán. Recibimos informes de que algo iba mal dos horas más tarde. Salimos de nuestros *bungalows*: un explorador de la hendidura principal estaba posándose en aquellos momentos. Enoch había regresado a la nueva puerta para unirse a Issa Danna. Mi esposo debía de estar allí con ellos en aquellos momentos.

—¿Qué vio usted?

—Nada al principio. Los observamos en los monitores dentro de los *bungalows*. Issa Danna y sus ayudantes estaban trabajando, hablando, riendo. Issa Danna estaba tan confiado. Radiaba su genio. La segunda puerta parecía normal..., un pozo, una cúpula. Pero en poco tiempo, unas pocas horas, vimos que la gente alrededor de la nueva puerta parecía como borracha. Todos ellos. Algo había salido por la puerta, algo intoxicante. Hablaron de una sombra.

Alzó la vista a Olmy, y Olmy se dio cuenta de que, antes de esta experiencia, debía de haber sido una mujer encantadora. Algo de aquella belleza todavía brillaba a través de ella.

—Vimos que la puerta estaba cubierta por una especie de velo. Luego los ayudantes de abridores en los *bungalows*, estudiantes de Issa Danna, dijeron que la puerta estaba fuera de control. Lo sentían en sus clavículas, unidas a la clavícula del maestro.

Las clavículas eran dispositivos usados por los abridores de puertas para crear los portales que daban acceso a otros tiempos, otros universos, «fuera» de la Vía. Típicamente estaban modeladas como un manillar unido a una pequeña esfera.

—¿Cuántos abridores había?

—Dos maestros y siete aprendices —dijo Plass.

Olmy se volvió hacia Ry Ornis. Éste alzó la mano, pidiendo paciencia.

—Un camión pequeño salió de la puerta. Sus neumáticos temblaban, y toda la gente que se sujetaba a él estaba gritando y riendo. Luego todo el mundo alrededor del camión, los *bungalows* estaban casi vacíos ahora, empezaron a gritar, y una de las

ayudantes me sujetó, yo era la que estaba más cerca de ella, y me dijo que teníamos que subir a la exploradora y regresar a la hendinave. Dijo, se llamaba Jara, que nunca había experimentado nada como aquello. Dijo que debían de haber cometido un error y abierto una puerta al caos. Yo nunca había oído nada semejante, pero ella parecía pensar que si no nos marchábamos al momento todos moriríamos. Cuatro personas. Dos hombres y yoy Jara. Éramos los únicos que lo logramos en la nave de exploración. Las sombras lo cubrían todo a nuestro alrededor. Todos estaban borrachos, riendo, gritando.

Plass se detuvo e inspiró profundamente varias veces para calmarse.

—Volamos hasta la hendinave. El resto está en los registros. El Reducto fue lo último que vi, rodeado por algo parecido a tinta en agua, girando. Una tormenta.

Flynch fue a hablar, pero Plass lo cortó.

—Dos de los otros en la hendinave, los hombres, se vieron afectados. Salieron del velo alrededor del camión y Jara les ayudó a subir a la exploradora. En cuanto a Jara... Nadie la recuerda excepto yo.

Flynch aguardó un momento, luego dijo:

—Sólo había dos personas a bordo de la exploradora cuando alcanzó la hendinave. Usted, y la figura que no hemos identificado. No había ningún otro hombre, y nunca hubo una ayudante de abridora llamada Jara.

—Eran reales.

—No importa —dijo Ry Ornis impaciente—. Issa Danna sabía hacer algo mejor que abrir una puerta al caos. Conocía los signos y nunca hubiera completado la apertura. Pero en el enlace, el esclavizamiento, las cualidades pueden verse invertidas si el abridor pierde el control.

—¿Una puerta al orden..., pero las clavículas esclavizadas como si estuvieran asociadas al caos? —preguntó Olmy, intentando captar las complejidades.

Ry Ornis pareció relucante a entrar en más detalles.

—Ya no existen en nuestra línea del mundo —dijo—. Ser Plass recuerda que ciento veinte personas acompañaban a Enoch e Issa Danna. Recuerda dos maestros abridores y siete ayudantes. Aquí en Thistledown tenemos registros, antecedentes, de sólo ocho, con un maestro y dos ayudantes.

—Yo sobreviví. Usted me recuerda —dijo Plass con expresión desesperada.

—Usted está en nuestros registros. Usted sobrevivió —confirmó Ry Ornis—. No sabemos por qué o cómo.

—¿Qué hay del otro superviviente? —preguntó Olmy.

—No sabemos quién era él o ella —dijo Ry Ornis.

—Muéstrela al otro —dijo Plass—. Muéstrela al Número 2, muéstrela lo que ocurre cuando sobrevives pero *no* regresas.

—Ahora mismo —dijo Ry Ornis—. Si está usted preparado, ser Olmy.

—Puede que nunca esté *preparado*, ser Ry Ornis —dijo Olmy.

La hendidura amarrada en el muelle de la perforación era aerodinámica y nueva y muy rápida. Olmy avanzó a lo largo de su flanco, resistiéndose al impulso de pasar sus dedos por la reflectante superficie sin rasgos distintivos.

Estaba pensando aún en la reunión con la figura llamada Número 2.

Alrededor del muelle de la nave, el orificio entre la sexta y la séptima cámara brillaba con una bruma violeta, un campo en forma de copa erigido para recibir los extensores más meridionales de la Ciudad de Axis, sujetando los restantes distritos durante su evacuación y reparación. Olmy giró para mirar al eje y la roma inferencia de la hendidura y observar a trabajadores y robots guiando las abrazaderas de energía y las enormes vigas de acero para que actuaran como amortiguadores.

El encargado del muelle, un hombre bajo de rostro adolescente y nada de pelo, con su cráneo decorado con una intrincada trenza céltica verde y parda, se empujó hacia Olmy y extendió un certificado sobre papel.

—Vamos a ir al vacío en una hora —dijo—. Espero que todo el mundo esté aquí antes de entonces. Me gustaría sellar la nave y comprobar su integridad.

Olmy aplicó su sello al documento, transfiriendo su mando del control de la perforación y el grupo de construcción a la Defensa de la Vía.

—Otros dos estuvieron aquí antes —dijo el encargado del muelle—. Dos mujeres jóvenes, gemelas. Llevaban las clavículas más pequeñas que haya visto nunca.

Olmy miró hacia atrás a lo largo del muelle y vio a tres figuras avanzando hacia ellos.

—Parece como si todos estuviéramos ya aquí —dijo.

—¿Nada de despedidas?

Olmy sonrió.

—Todo el mundo está demasiado ocupado —dijo.

—No lo sé —murmuró el encargado.

Como regla general, los abridores de puertas tenían un cierto aspecto y proporcionaban una cierta sensación que los definía, a veces sutilmente, en general no. Rasp y Karn eran poco más que niñas, nacidas (quizá *hechas* fuera una palabra mejor) quince años antes en la Ciudad de Thistledown. Eran de estirpe geshel radical, y sus cuatro padres-patrocinadores eran también abridores de puertas.

Llegaron a la hendidura y se presentaron a Olmy. Andróginas, blancas como el marfil, esbeltas, con largos dedos y cabezas pequeñas cubiertas con un fino vello plateado, hablaban con idénticas voces resonantes de tenor. Karn tenía ojos negros, Rasp verdes. Por lo demás, eran idénticas. Para Olmy, ninguna tenía el aire de autoridad que había visto en los abridores de puertas experimentados.

El encargado del muelle pulsó un símbolo codificado y dilató la entrada de la hendidura, un resplandeciente círculo verde en el casco. Las gemelas entraron solemnemente en la nave.

Plass llegó varios minutos más tarde. Llevaba un atuendo azul formal y parecía haber estado llorando. Cuando saludó a Olmy, su voz sonó dura. Se dirigió a él como si no se hubieran conocido antes.

—¿Es usted el soldado?

—Trabajé en Defensa de la Vía —dijo él.

Unos ojos grises, pequeños y cautelosos, rodeados de hinchada piel pálida, rostro amplio y amable, pelo oscuro cortado corto, Plass le recordó hoy a Olmy a cualquiera de una docena de matronas que había conocido cuando niño: educadas pero nunca vacilantes.

—Ser Flynych me dice que usted es el que murió en Lamarckia. He oído hablar de ello. Es un naderita de nacimiento.

—De nacimiento —dijo Olmy.

—Hemos vivido tantas aventuras —dijo ella con un ligero resoplido—. Gracias a la inteligencia de ser Korzenowski. —Apartó la vista, luego clavó sus ojos en él e inclinó su cabeza hacia un lado—. No me gusta nada de esto. ¿Le han dicho que estoy un poco rota, que mis pensamientos toman caminos extraños?

—Me dijeron que sus estudios y experiencias la han influenciado —dijo Olmy, un poco incómodo de tener que volver a establecer un conocimiento ya hecho.

Rasp y Karn miraban desde la compuerta de la hendidave.

—Ella está rota, nosotras somos jóvenes e inexpertas —dijo Rasp. Karn se echó a reír, un cascabeleo sorprendentemente líquido, muy dulce—. Y usted ha muerto ya una vez, ser Olmy. ¡Vaya equipo!

—Presumo que todo el mundo sabe lo que está haciendo —aventuró Plass.

—No presuma nada —dijo Olmy.

Olmy guió a Plass al interior de la nave. El encargado del muelle contempló toda la escena con dubitativo interés. Olmy se volvió hacia él

—Me hago cargo de este vehículo a partir de hora. Gracias por su atención y desvelos.

—Es nuestro deber —dijo el encargado del muelle—. La nave fue entregada justo ayer. Nadie la ha ocupado todavía..., es una virgen, ser Olmy. Ni siquiera tiene un nombre.

—¡Llamémosla *Alondra*! —exclamó Rasp desde el interior.

Olmy estrechó firmemente la mano del encargado y subió a la nave. La entrada se selló con un pequeño *bip* a sus espaldas.

El interior de la hendidave era fresco y tranquilo. Dotada con control inercial, no había acolchados especiales ni redes ni campos; sólo experimentarían un movimiento simulado, para efecto psicológico, en su viaje: como máximo una suave sensación de aceleración y deceleración.

Plass se presentó a sí misma a Karn y Rasp. Puesto que no llevaba pictograma, sólo intercambiaron palabras. Eso convino a Olmy.

—Ser Olmy —dijo Plass—, supongo que nos hallamos en privado ahora. ¿Nadie

de fuera puede oírnos?

—Nadie —aseguró Olmy.

—Bien. Entonces podemos hablar sinceramente. Este viaje es inútil. —Se volvió hacia las gemelas, que flotaban como acentos casuales sobre una invisible palabra—. Lo han elegido a usted porque carece de experiencia.

—No está marcado —dijo Rasp alegremente—. Está abierto a lo nuevo.

Karn sonrió y asintió.

—Y no teme a los aparecidos.

Aquello pareció dejar a Plass desconcertada, pero sólo un segundo. Evidentemente estaba decidido a establecer su posición como una Casandra.

—No se sentirá decepcionado.

—Visitamos al Número 2 —dijo Rasp, y Karn asintió—. Ser Ry Ornis insistió en que lo estudiáramos.

Olmy recordó su propio encuentro con la vívidamente resplandeciente figura en la confortablemente amueblada habitación a oscuras. No estaba terriblemente deformado, como había anticipado antes de la reunión, pero ciertamente distaba mucho de ser normal. Su piel había ardido con las diminutas muertes como luciérnagas de los átomos metálicos extraviados en el aire de la oscurecida habitación. Se había alzado contra las sombras como una nebulosa en la vastedad más allá de los muros de Thistledown. Sólo sus manos habían permanecido oscuras, trazando arcos contra su estrellado cuerpo mientras intentaba hablar.

Vivía en una especie de tiempo retorcido, ni hacia atrás ni hacia adelante, y sus palabras habían requerido una traducción especial. Había hablado de cosas que podían ocurrir en la habitación después de que Olmy se fuera. Le había dicho que la Vía terminaría pronto, «en el parpadeo del ojo de un pájaro». El traductor reflejó esto muy claramente, pero no pudo traducir otras palabras: al parecer la figura desconocida estaba inventando o accediendo a nuevos lenguajes, algunos de ellos claramente no de origen humano.

—Será una bendición si todo lo que ocurre es que terminamos como él —dijo Plass.

—Interesante —murmuró Rasp.

—Estamos locos por la novedad —añadió Karn con una sonrisa.

—Los monstruos se *hacen* —señaló Plass con una mueca, aferrando su Biblia—, no nacen.

—Gracias —dijo Karn, y exhibió una sonrisa fija, forzada, acompañada de una mirada vidriosa. Rasp estaba a todas luces pensando furiosamente en alguna respuesta más ingeniosa.

Olmy decidió que ya había suficiente.

—Si tenemos que morir, o algo peor, al menos seamos educados. —Las tres le miraron, cada una sorprendida de una forma distinta. Esto le dio a Olmy un mínimo de satisfacción—. Procedamos con nuestras órdenes y nuestro manifiesto, y

aprendamos cómo trabajar juntos.

—Un hombre que sólo desea morir de nuevo... —empezó a decir Karn, aún irritada, con su mirada aún vidriosa, pero su gemela la interrumpió.

—Cállate —dijo Rasp—. Como él dice, es hora de trabajar. —Karn se encogió de hombros y su ira se disolvió al instante.

A toda velocidad, la vista delantera de la Vía desde la hendidura se convirtió en una lente retorcida. Los átomos e iones vagabundos dentro de la Vía se amontonaban delante de ellos formando una distorsionante atmósfera al rojo blanco. Rayos de muchos colores se agitaban desde un sesgado vórtice de lechoso brillo; la hendidura, en sí misma una delgada distorsión geométrica, se parecía ahora a un pistón al rojo blanco.

Los átomos de gas extraviados en la Vía se estaban convirtiendo en un problema, el resultado de tantas puertas siendo abiertas para entrar materias primas de los primeros mundos explotados.

El *status* de la hendidura apareció delante de Olmy en firmes y tranquilizadores símbolos azules y verdes. Su velocidad: tres por ciento de c , la velocidad de la luz en la Vía, ligeramente inferior a c en el universo exterior. Ahora estaban acelerando a más de seis g , menos del máximo que habían alcanzado en cuatro ex cinco. Nada de esto podía captarse dentro del casco.

Los indicadores señalaban su posición como uno ex siete, diez millones de kilómetros más allá del casquete de la séptima cámara, todavía casi a tres mil millones de kilómetros del Reducto.

Olmy experimentaba una sensación onírica de disociación, como siempre cuando viajaba en una hendidura. El interior había sido dividido por sus ocupantes en tres compartimentos privados, un área común y el puesto del piloto. Olmy pasaba la mayor parte de su tiempo en el puesto del piloto. Las demás se mantenían en sus compartimentos y se decían poco las unas a la otras.

El primer indicio directo de lo extraño de su misión llegó el segundo día, a medio camino de su viaje. Olmy estaba estudiando lo poco que se sabía del Reducto de un archivo completo y altamente secreto. Estaba profundamente sumido en la biografía de Deirdre Enoch cuando una voz le llamó desde atrás.

Se volvió a ver a una mujer joven flotando a tres metros a popa, con la cabeza más cerca de él que los pies, girando lentamente sobre su propio eje.

—He captado que nos llamabas —dijo—. He sentido que nos estudiabas. ¿Qué es lo que deseas saber?

Olmy comprobó para asegurarse de que no era ningún producto de los archivos o de los proyectores de datos. No lo era; no había en proyección ninguna simulación. Detrás de la imagen vio a las hermanas y a Plass emergiendo de sus aposentos. Las hermanas parecían interesadas, Plass exhibía una expresión de impresionada tristeza.

—No la reconozco —dijo Plass.

Olmy juzgó que no se trataba de una broma.

—Me alegro que hayas decidido visitarnos —dijo a la mujer, con un toque de irónica perversidad—. ¿Cuál es la situación en el Reducto?

—La misma, siempre la misma —respondió la mujer. Su rostro era difícil de discernir. Mientras hablaba, sus rasgos se hacían confusos y se reformaban, ligeramente distintos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Olmy. Rasp y Karn se deslizaron hacia adelante rodeando la imagen, que las ignoró.

—No soy nada —dijo la imagen—. Haz otra pregunta. Resulta divertido ver si puedo emitir alguna respuesta sensata.

Rasp y Karn se reunieron con Olmy.

—¿Es real? —preguntó Rasp. Las dos gemelas estaban pálidas, sus rostros fijos en una morbosa fascinación.

—No lo sé —dijo Olmy—. No lo creo.

—Entonces ha usado su posición en la línea de tiempo del Reducto para retroceder trepando hasta nosotros —dijo Rasp—. ¡Alguno de nosotros al menos llegó a dónde sea que vamos!

Karn sonrió con su habitual expresión satisfecha y sus vidriados ojos. A Olmy estaba empezando a gustarle cada vez menos aquella hiperinteligente gemela.

Plass avanzó unos pasos, las manos crispadas como si fuera a golpear la figura.

—No te reconozco —dijo—. ¿Quién eres?

—Sólo veo claramente a uno de vosotros. —La mujer joven señaló a Olmy—. Los otros sois como nubes de insectos.

—¿Han tomado los jarts el Reducto? —preguntó Rasp. La imagen no respondió, así que Olmy repitió la pregunta.

—Estamos solos en el Reducto. Eso es suficiente. Puedo describir la situación como será cuando lleguéis. Hay un amplio surco y valle en la Vía, con el Reducto formando una especie de bandas de intensamente alineadas probabilidades dentro del surco. El Reducto ha crecido hasta proporciones inmensas en el tiempo, con todas las posibilidades realizadas. Mi anterior yo ha vivido más que cualquier número cardinal de vidas. Aún las vive. Nos muda como uno muda la piel.

—Háblanos de la puerta —pidió Karn, deslizándose más cerca de la visitante—. ¿Qué ha ocurrido? ¿En qué estado se encuentra? —De nuevo Olmy repitió la pregunta. La mujer le miró con incómoda intensidad.

—Se ha convertido en aquéllos que la abrieron. Hay una inmensa cabeza de Issa Danna en el límite occidental de la puerta, observando el territorio. No sabemos lo que hace, lo que significa.

Plass dejó escapar un pequeño grito ahogado y se cubrió la boca con la mano, los ojos muy abiertos.

—Algunos intentaron escapar. Esto los convirtió en montañas vivientes,

alfombradas de dedos, o en bosques llenos de bruma y aferrantes sombras azules. Algunos se deslizan por el aire como vapores que cambian todo lo que tropieza con ellos. Hemos aprendido. No salimos fuera, nadie desde hace miles de años...

Rasp y Karn flanquearon a su visitante, estudiándola atentamente, como gatos.

—Entonces, ¿cómo tú puedes salir, volver a nosotros? —preguntó Olmy.

La mujer frunció el ceño y alzó las manos.

—No nos habla. No sabe. Estoy tan solitaria.

Plass, Rasp y Karn, y Olmy, se miraron unos a otros a través del limpio aire.

Olmy empezó a hablar, de pronto retrocedió a la última vez que había visto desvanecerse un fantasma..., el parcial de Neya Taur Rinn.

Plass contuvo el aliento con un estremecimiento.

—Siempre es lo mismo —dijo—. Mi esposo dice que está solitario. Va a buscar un lugar donde no esté solitario. ¡Pero no existe ningún lugar así!

Karn se volvió hacia Rasp.

—¿Una falsa visión, un engaño? —preguntó a su gemela.

—No hay engaños allá donde vamos —dijo Plass, y relajó sus manos y se las frotó.

Karn le hizo una mueca sin que ella lo viera.

—Nadie sabe lo que le ocurrió a la puerta abierta en el Reducto —dijo Rasp, apartándose de su sesión con los registros. Desde la aparición del espectro femenino, habían pasado la mayor parte de su tiempo en la cabina del piloto. La presencia de Olmy parecía proporcionarles un cierto confort—. Ninguno de los maestros puede ni siquiera adivinarlo.

Karn suspiró, Olmy fue incapaz de decir si por simpatía o por vergüenza.

—¿Puede alguno de nosotros hacer una suposición? —preguntó Olmy.

Plass flotó hacia la parte delantera del espacio común, junto a la mampara violeta pálido, los brazos cruzados, con aspecto no muy risueño.

—Se abre una puerta en el suelo de la Vía —dijo Rasp con voz llana, como si estuviera recitando una lección elemental—. Esto forma una constricción en el continuo local de la Vía. Hay cuatro puntos puerta posibles en cada posición del anillo. Cuando se abren cuatro, se supone que siempre se aferran a la pared de la Vía. En la práctica, sin embargo, se sabe de puertas pequeñas que se han alzado por encima del suelo. Siempre son cerradas inmediatamente.

—¿Qué tiene esto que ver con mi pregunta? —quiso saber Olmy.

—¡Oh, en realidad nada! —dijo Rasp, agitando exasperada la mano.

—Quizá sí —dijo Karn, representando por el momento el papel de la pensativa—. Quizás esté profundamente conectado.

—Oh, de acuerdo entonces —dijo Rasp, y frunció el rostro—. Lo que puede implicar es esto: si de algún modo la puerta de Issa Danna se alzó libre del suelo, la

pared de la Vía, entonces sus constricciones cambiaron. Una puerta libre puede afectar adversamente las líneas de tiempo locales. Algo puede entrar y salir desde cualquier ángulo. En condicionamiento se nos ha hecho comprender que las líneas de mundos de todos los objetos transportados que pasen a través de una puerta así libre en realidad se estremecen durante varios años hacia atrás. Ondas de probabilidad retrógrada.

—¿Cuántos pasaron realmente a través de la puerta? —quiso saber Olmy.

—Mi esposo nunca lo hizo —dijo Plass, impulsándose hacia la compuerta—. Issa Donna y su entorno. Quizás otros, después de que se formara la lesión..., contra su voluntad.

—Pero usted no reconoció a esta mujer —dijo Olmy.

—No —admitió Plass.

—¿Se extinguió cuando la puerta se convirtió en una lesión? —prosiguió Olmy—. ¿Fue barrida su línea de mundos en nuestro dominio?

—Me duele la cabeza —dijo Rasp.

—Creo que puede que tenga usted razón —dijo Karn pensativa—. Tiene sentido, de un modo un tanto estremecedor. Se halla suspendida... No tenemos registro de su existencia.

—Pero la línea todavía existe —dijo Rasp—. Resuena en el tiempo incluso en lugares donde su registro ha terminado.

—No —dijo Plass, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Rasp.

—Ella mencionó una *totalidad*.

—No oí eso —dijo Rasp.

—Yo tampoco —confirmó Olmy.

Plass se sujetó los codos y apretó fuertemente los brazos alrededor de su cuerpo, echando los hombros hacia adelante.

—Oímos palabras diferentes. —Señaló a Olmy—. Él es el único al que ella vio realmente.

—También la miró a usted —dijo Rasp—. Una sola vez.

—Una totalidad era como se designaba a una antigua reunión gubernamental nórdica —indicó Olmy, leyendo la entrada en el monitor de mando de la hendinave, donde había pedido una definición.

—No es eso lo que ella quería decir —murmuró Plass—. Mi esposo usaba otra frase con el mismo sentido. Se refería a la Mente Final del dominio. Quizá querían dar a entender la misma cosa.

—Fue sólo un eco —dijo Rasp—. Todos lo oímos de manera diferente. Todos interactuamos con ello de manera diferente según... lo que sea. Eso significa muy probablemente que traía información al azar de un futuro que nunca alcanzaremos. Es un fantasma el que habla..., como su esposo, quizá.

Plass miró a las gemelas, luego se sujetó al marco de la compuerta. Sacudió

testarudamente la cabeza.

—Vamos a oír más acerca de esa totalidad —dijo—. Deirdre Enoch todavía actúa. Algo está ocurriendo todavía allí. El Reducto todavía existe.

—¿Su esposo le dijo esto? —preguntó Rasp con una sonrisa burlona. Olmy la miró con el ceño fruncido, pero ella lo ignoró.

—Sabemos cuando vemos a nuestros propios fantasmas —dijo Plass, con una patada que la envió volando de vuelta a su cabina.

Plass leía tranquilamente su Biblia en la zona común mientras la nave le preparaba una comida. Las gemelas comían según su propio horario, pero Olmy compaginaba sus comidas con las de Plass, por la simple razón de que le gustaba hablar con la mujer y no se sentía cómodo con las gemelas.

Había en Plass el aire de una fuerza malgastada, algo que caía cerca del final de su arco desde una trayectoria auténticamente alta y noble. A Plass parecía gustarle su compañía, pero no hacía ningún comentario al respecto. Preguntó acerca de sus experiencias en Lamarckia.

—Era un mundo hermoso —dijo él—. El más hermoso que jamás haya visto.

—Ya no existe, ¿verdad? —quiso saber Plass.

—No que yo sepa. Adaptó el camino de la clorofila. Ahora es algo completamente distinto, y de cualquier modo la puerta ahí se ha colapsado... Nadie en la Vía irá allí de nuevo.

—Una lástima —dijo Plass—. Parece una gran tragedia ser mortal y no poder volver. Mi esposo, por otra parte..., me ha visitado siete veces desde que dejé el Reducto. —Sonrió—. ¿Es un error por mi parte el que me complazcan sus visitas? No es feliz..., pero yo sí soy feliz cuando puedo verle, escucharle. —Apartó la vista, hundió los hombros como si esperara un golpe—. Él no me escucha, no puede escucharme.

Olmy asintió. Lo que no tenía sentido podía al menos ser educadamente reconocido.

—En el Reducto, dice, no está nada perdido. Me pregunto cómo lo sabe. ¿Está allí? ¿Los observa? La tragedia del orden incontrolado es que el pasado es revisado, y revisitado, tan fácilmente como el futuro. La última vez que volvió sufría un gran dolor. Dijo que un nuevo Dios lo había maldecido por ser un contrarrevolucionario. La Mente Final. Me dijo que el Ojo del Vigilante lo seguía a través de toda la eternidad, en todas las líneas de mundos, y cada vez que intentaba inmovilizarse era torturado, convertido en algo diferente. —El rostro de Plass adoptó una expresión de expectación casi sensual, y observó atentamente la reacción de Olmy.

—Negó usted lo que decían las gemelas —le recordó Olmy—. Acerca de los ecos a lo largo de las líneas de mundos.

—No son sólo *ecos*. Nosotros *somos* nuestras líneas de mundos, ser Olmy. Esos

fantasmas..., en realidad son simplemente versiones alteradas de los originales. Tienen orígenes confusos. Proceden de muchos futuros diferentes. Pero poseen una realidad, una independencia. Lo siento... cuando me habla.

Olmy frunció el ceño.

—No puedo visualizar todo esto. Se supone que el orden es simplicidad y paz..., no tortura y distorsión y coerción. Seguro que un universo de orden completo sería más parecido al cielo, en el sentido cristiano. —Señaló al antiguo libro que descansaba ligeramente en su regazo. Plass se movió y la Biblia se alzó unos pocos centímetros en el aire. Adelantó una mano para cogerla, la sujetó fuertemente.

—El cielo no tiene cambio, no tiene muerte —dijo—. Los mortales encuentran eso atractivo, pero están equivocados. Ninguna cosa buena dura por siempre. Se vuelve insoportable. Ahora imagine una fuerza que exige que algo dure para siempre, pero que se convierta aún más en la esencia de lo que era, una fuerza que no aceptará nada menos que la sumisión, pero que *no puede comunicarse*.

Olmy sacudió la cabeza.

—No puedo.

—Yo tampoco puedo, pero eso es lo que mi esposo describe.

Transcurrieron varios segundos. Plass tabaleó ligeramente sobre el libro con un dedo.

—¿Cuánto tiempo hace desde que la visitó por última vez? —preguntó Olmy.

—Tres semanas. Quizá más. Las cosas parecían tranquilas justo antes de que me dijeran que podía regresar al Reducto. —Cerró los ojos y se llevó las manos a las mejillas—. Creía lo que Enoch creía, que el orden asciende. Que asciende eternamente. Creía que estamos hechos de imperfecciones, en un universo que a su vez nació imperfecto. Pensé que podríamos ser mucho más hermosos cuando...

Karn y Rasp avanzaron y flotaron al lado de Plass, que guardó silencio y las saludó con un ligero estremecimiento.

—Hemos aventurado una posible respuesta a este dilema —dijo Karn.

—Nuestra geometría natal, fuera de la Vía, está determinada por un vacío de potencial infinito —dijo Rasp, asintiendo con algo parecido al regocijo—. Tenemos prohibido manipular esa energía, de modo que en nuestro dominio el espacio tiene forma, y el tiempo tiene dirección y velocidad. En el universo que manipuló Enoch, la energía del vacío se halla disponible en todo momento. Tiempo y espacio y su energía, su potencial, están unidos en un pequeño y apretado nudo de increíble densidad. Es eso lo que su esposo debe llamar la Mente Final. Lo que nuestro visitante renombró la totalidad.

Plass sacudió la cabeza con indiferencia.

—¡Qué sorprendente debió de ser! —dijo Karn—. Un universo donde el orden tomó las riendas en los primeros nanosegundos después de la creación, controlando todos los fuegos de la expansión inicial, todas las formas y constantes de la existencia...

—Me pregunto lo que Enoch hubiera hecho con ese dominio, si hubiera podido controlarlo —murmuró Rasp, flotando por encima de Plass, mirándola desde arriba. Plass hizo como si intentara atrapar una mosca, y Rasp se alejó fuera de su alcance con una amplia sonrisa—. La nuestra es realmente una pálida vela en comparación.

«Todo debe de tender hacia una Mente Final. Esta fuerza florece al final del Tiempo como una flor empujada hacia arriba por todos los acontecimientos, todas las vidas, todos los pensamientos. Es el antepasado no sólo de las criaturas vivas, sino de todas las interacciones de materia, espacio y tiempo, porque todas las cosas tienden hacia este florecimiento».

Olmy había pensado a menudo acerca de esta cita de las notas de Korzenowski. El diseñador de la Vía había reunido una cosmología completamente original, que nunca había intentado difundir entre sus compañeros. El original estaba en la biblioteca de Korzenowski, conservada como un Tesoro Público, aunque pocos la visitaban ahora.

Olmy visitó a Rasp y Karn en su cabina mientras Plass leía su Biblia en la zona común. Las gemelas habían dispuesto proyecciones de arte geométrico y figuras matemáticas alrededor de todo el espacio, brillantemente coloreadas y desorientadoras. Les preguntó si creían que aquella totalidad, una mente perfectamente ordenada, podía existir.

—¡Dios, no! —exclamó Karn con una risita.

—Querrás decir, ¡Dioses, no! —rectificó Rasp—. Ni siquiera aunque creyéramos en ello, que no es el caso. Energía e impulso, sí; final, quizá. ¡Mente, no!

—Lo llamen como lo llamen..., en la lesión, ¿puede realmente existir, y es diferente?

—¡Por supuesto que puede existir! No como una mente, eso es todo. La mente es imposible sin cualidades neurales..., comunicación entre núcleos separados que o se contradicen o se confirman. Si pensamos correctamente, un dominio de orden puede alcanzar la consumación dentro de los primeros segundos de existencia, congelándolo todo. Aferrará y controlará toda la energía de su momento inicial, elaborará todas las posibles variaciones en un instante, se convertirá en un monobloque, firme y perfecto, sin tiempo. No eterno..., permanente, congelado para siempre. Sin tiempo.

—Nuestro universo, nuestro dominio, puede girar durante muchos miles de millones o incluso billones de años más —continuó Karn—. En nuestro universo podría haber muy bien una Mente Final, la suma de todos los procesos neurales a través de todo el tiempo. Pero Deirdre Enoch halló una abominación. ¡Si hubiera una mente, piense en ello! Creación instantánea de todas las cosas, sin ser contradicha nunca, sin *saber* nunca. Nada la frustraría nunca, ni la detendría, ni la adiestraría o domesticaría. Sería tan inmadura como un bebé recién nacido, y tan sofisticada...

—Y genial —repicó Rasp.

—... como el mismo diablo —terminó Karn.

—Por favor —acabó Rasp, con su voz repentinamente calmada—. Aunque esa cosa sea posible, que no sea una mente.

Durante el último millón de kilómetros habían pasado sobre un segmento castigado, asolado, de la Vía. Haciendo retroceder a los jarts de sus fortalezas, decenas de miles de defensores de la Vía habían muerto. La Vía se había visto alterada por las energías liberadas de la batalla y todavía resplandecía ligeramente, con pulsantes arcos y rayos, mientras que la hendidura en esta región los transportaba con una brusquedad apenas apreciable. La hendinave podía compensar algunas, pero incluso con esta compensación habían reducido su velocidad a unos pocos miles de kilómetros a la hora.

El Reducto se hallaba a menos de diez mil kilómetros delante de ellos.

Rasp y Karn sacaron sus clavículas de sus cajas e intentaron lo mejor que pudieron interpretar el estado de la Vía a medida que se acercaban al Reducto.

A cinco mil kilómetros del Reducto, evidencias de enormes construcciones flanqueaban la pared de la Vía: carreteras, bandas conectando lo que podían ser puertas vinculadas; pero no había puertas. Las construcciones habían sido arrasadas a estrechas cintas de cascotes, como líneas de pólvora.

Olmy sacudió la cabeza, desanimado.

—Nada es de la forma que se había informado que era hace tan sólo unas semanas.

—Yo también detecto algo inusual —dijo Rasp. Karn asintió—. Algo relacionado con la ofensiva jart...

—¿Algo que no se nos dijo? —se preguntó Plass—. ¿Una colonia que fracasó?

—¿Nuestra, o de los jarts? —preguntó Olmy.

—De ninguno de los dos —dijo Karn, alzando la vista de su clavícula. Levantó el dispositivo, una esfera del tamaño de un puño montada sobre dos manijas, e hizo girar el monitor para que Olmy y Plass lo vieran. Olmy había visto trabajar a otros abridores de puertas antes, y conocía bien el funcionamiento del monitor, aunque nunca sería capaz de operar una clavícula.

—Nunca se han abierto puertas aquí. Todo es una farsa.

—Peor —dijo Rasp—. La puerta en el Reducto está retorciendo probabilidades, barriendo líneas de mundos dentro de la Vía hasta un extremo tal... Se está depositando un residuo de realidades como nunca hubo ninguno.

—Murmullos en el sueño de la Vía, pesadillas en nuestra no historia —dijo Karn. Por una vez, las gemelas parecían completamente deprimidas, incluso preocupadas—. No veo cómo podemos funcionar si somos incorporados a esa corriente de barrido.

—¿Qué es esto entonces? —preguntó Olmy, señalando las manchas de carreteras y

ciudades destruidas, bandas entre los fantasmas de puertas.

—Un futuro —dijo Karn—. Quizá lo que ocurrirá si fracasamos...

—Pero eso no parecen construcciones humanas —observó Plass—. Ningún planificador urbano humano situaría así esas carreteras. Ni encajan tampoco con nada que conozcamos de los jarts.

Olmy miró más atentamente, con el ceño fruncido por la concentración.

—Si alguien distinto hubiera creado la Vía —dijo—, quizás esto fueran sus ruinas, los cascotes de su fracaso.

Karn dejó escapar una risa nerviosa.

—¡Maravilloso! —dijo—. ¡Todo lo que podríamos esperar! Si abrimos una puerta aquí, ¿qué es lo que puede pasar?

Plass sujetó el brazo de Olmy.

—Póngalo en nuestro informe transmitido. Dígale al Hexamon que esta parte de la Vía tiene que ser prohibida. *¡No puede abrirse ninguna puerta aquí, nunca!*

—¿Por qué no? —dijo Karn—. Piense en lo que podría aprenderse. Los nuevos dominios.

—Estoy de acuerdo con ser Plass —dijo Rasp—. Es posible que haya peores alternativas que hallar un universo de puro orden. —Soltó su clavícula y se sujetó la cabeza—. Incluso tocar nuestros instrumentos aquí causa dolor. Somos inútiles..., ¡cualquier puerta que abramos nos consumirá más rápidamente que la puerta en el Reducto! *¡Tienes* que estar de acuerdo, hermana!

Karn era testaruda.

—No lo veo —dijo—. Simplemente no lo veo. Creo que podría ser muy interesante. Fascinante incluso.

Plass suspiró.

—Ésta es la caja que Konrad Korzenowski ha abierto para nosotros —dijo en beneficio de Olmy—. Los niños genios malcriados atraídos hacia el mal como insectos hacia un cadáver.

—Creía que el mal estaba relacionado con el desorden —señaló Olmy.

—Usted sabe que no es así —indicó Plass.

Rasp dirigió su mirada hacia Olmy y Plass, con los ojos entrecerrados y llenos de incómoda especulación.

Olmy adelantó una mano y sujetó la clavícula de Rasp para impedir que se golpeará contra la mampara de la hendinave. Karn se hizo cargo indignada del instrumento y lo arrojó de vuelta a su hermana.

—Olvidaste tu responsabilidad —le recriminó—. Podemos temer esta misión, o podemos emprenderla con alegría y espíritu —dijo—. Demostrar cobardía no nos hace el menor bien.

—Tienes razón, hermana, al menos respecto a eso —dijo Rasp. Devolvió la clavícula a su caja y se recompuso el vestido, luego usó un paño para secarse el rostro—. Después de todo, vamos a un lugar donde hemos ido siempre, donde siempre

iremos.

—Lo que ocurre cuando llegamos allí es que siempre está cambiando —dijo Karn.

El rostro de Plass se puso blanco.

—Mi esposo nunca regresa del mismo modo, en las mismas condiciones —dijo—. ¿Cuántos infiernos experimenta?

—Uno para cada uno —dijo Rasp—. Sólo uno. Son esposos distintos los que regresan.

Aunque nunca había ido tan lejos a lo largo del camino, Olmy vio los dispersos restos de las fortificaciones jarts, demolidas, muertas y vacías. Más allá de ellas se extendía una región donde la Vía estaba cubierta por serpenteantes bandas de arena negra y roja, un inmenso desierto serpentino, también desconocido. Olmy sintió la chispa de algo que revivía, si no un deseo de vida, sí una apreciación de las extraordinarias visiones que su vida le había traído.

En Lamarckia había visto las más extraordinarias variaciones en biología. Aquí, cerca del Reducto, era la propia realidad la que estaba sujeta a su propio flujo, su propia negación.

Plass estaba paralizada.

—Los siguientes visitantes, si los hay, verán algo completamente distinto —dijo—. Hemos sido atrapados en una línea de mundos de la Vía que nos arrastra, no necesariamente la nuestra.

—Nunca lo hubiera creído posible —dijo Rasp, y Karn lo aceptó, reluciente—. No es la física que nos enseñaron.

—Eso puede crear cualquier física que desee —dijo Plass—. Cualquier realidad. Posee toda la energía que necesita. Tiene mentes humanas para enseñarle nuestras variaciones.

—Sólo conoce la unidad —dijo Karn, sujetando el hombro de Plass.

A la mujer no parecía importarle.

—No conoce ninguna voluntad más fuerte que la suya —dijo—. Sin embargo puede dividir su voluntad en unidades ilusorias. Es un tirano... —Plass señaló las serpenteantes arenas, que se extendían a lo largo de miles de kilómetros debajo de ellos—. Éste es un momento de calma, de firme concentración. Si mis recuerdos son correctos, si lo que el yo, los yoes, de mi esposo me dice en sus regresos es correcto, normalmente es mucho más frenético. Mucho más inventivo.

Karn hizo una mueca y apoyó las manos en las barras de su clavícula. Las frotó, y su rostro se tensó por la concentración.

—Lo siento. Todavía hay una lesión...

Rasp tomó su propio instrumento y se sumió en su propio estado.

—Todavía está aquí —admitió—. Es malo. Flota encima de la Vía, muy cerca de

la hendidura. Desde abajo, debe parecer una especie de lamentable estrella...

Atravesaron una fina bruma azulada que brotó del extremo norte del desierto. La hendinave emitió un débil sonido campanilleante. La bruma pasó hacia atrás.

—Aquí —dijo Plass—. ¡No nos equivoquemos!

La puerta empujada a través de la Vía por Issa Danna se había expandido y elevado por encima del suelo, tal como Rasp y Karn habían captado en sus instrumentos. Ahora, a una distancia de un centenar de kilómetros, podían ver claramente la esférica lesión. De hecho se parecía a un sol oscuro, o a un chancro. Un resplandor de sangre de pichón flameaba a su alrededor, el rojo de los rubíes y del encantamiento. El negro centro, de menos que la anchura de la punta de un dedo a aquella distancia, parecía llenar perversamente el campo de visión de Olmy.

Su joven cuerpo decidió que era tiempo de mostrarse muy reacio a seguir. Tragó saliva y controló su miedo, mordiéndose la mejilla hasta que sintió manar la sangre.

La hendinave se bamboleó. Su voz le dijo a Olmy:

—Hemos recibido un haz de instrucciones. Hay un lugar controlado por humanos a menos de diez kilómetros de distancia. Dicen que nos guiarán con seguridad.

—¡Todavía está ahí! —exclamó Plass.

Todos miraron hacia abajo a través del morro transparente de la hendinave, lejos del extravagante rosa de la hendidura, a través de capas de bruma azul y verde enrolladas alrededor de la Vía, descendiendo veinticinco kilómetros hasta un solo punto de oscuro y brillante acero en el centro de una áspera y ondulada tierra.

El Reducto estaba a la sombra de la lesión, rodeado por un penumbroso crepúsculo bañado por el parpadeante rojo del halo de la lesión.

—Puedo sentir los azotantes filamentos de otras líneas de mundos —dijeron al unísono Karn y Rasp. Olmy miró hacia atrás y vio sus clavículas tocándose esfera contra esfera. Las esferas crepitaban y resonaban. Karn retorció su instrumento hacia Olmy para que éste pudiera ver el monitor. Una larga lista de «constantes» del dominio —pi, constante de Planck, otras— variaba con un zumbido regular en el casco de la hendinave—. ¡No hay nada estable ahí fuera!

Olmy miró al mensaje enviado desde el Reducto. Proporcionaba instrucciones de navegación para que su hendinave se posara; cómo desprenderse de la hendinave, descender, someterse a examen, y ser introducidos en la pirámide. El mensaje concluía: «Determinaremos si son ustedes ilusiones o aberraciones. Si proceden de nuestro origen, les daremos la bienvenida. Ahora es demasiado tarde para regresar. Abandonen su hendinave antes de que se aproxime más cerca de la totalidad. Sea quien sea el que les haya enviado, los ha condenado a nuestra misma prisión interminable».

—Muy alentador —dijo Olmy. La fantasmagórica luz arrojaba un brillo como de matadero sobre sus rostros.

—Siempre hemos ido aquí —dijo Rasp en voz muy baja.

—Tenemos que mostrarnos de acuerdo —admitió Plass—. No tenemos ningún

otro lugar donde ir.

Se retiraron a proa, a la escotilla de la lanzadera, y subieron al pequeño aparato en forma de punta de flecha. Su interior les dio la bienvenida adaptándose a sus formas, proporcionando sillones, instrumentos, adaptados a sus cuerpos. Plass se sentó al lado de Olmy en la cabina, Rasp y Karn directamente detrás de ellos.

Olmy se soltó de la hendinave y fijó la lanzadera al haz guía de la pirámide. Cayeron de la hendinave. El paisaje creció firmemente en la amplia ventanilla de la cabina.

El rostro de Plass se frunció, como el de un niño a punto de estallar en llanto.

—Estrella, Destino y Alma, sed compasivos. Veo la cabeza del abridor. ¡Aquí! — Señaló con impotente temor, horrorizada y fascinada a la vez por algo tan inconcebible.

Sobre una baja y amplia elevación del terreno en sombras que rodeaba el Reducto, una enorme cabeza oscura brotó como una erguida montaña, su piel como piedra gris, un ojo vuelto hacia el sur, el otro observando el territorio delante de la cara más cercana de la pirámide. Su atento ojo tenía fácilmente un centenar de metros de ancho y brillaba con un deprimente verde mar, lanzando un largo haz a través de las densas y retorcidas cuerdas de la bruma. La voz de Plass se hizo aguda:

—Oh Estrella y Destino...

El paisaje alrededor del Reducto onduló debajo de los agitados rayos de las girantes líneas de mundos, dispersándose como cabellos desde el negro centro de la lesión, cambiando un poco la tierra con cada paso, moviendo los extraños señalizadores unas pocas docenas de metros hacia este o aquel lado, incrementándolos en tamaño, reduciéndolos.

Olmy nunca hubiera podido imaginar un lugar así. El Reducto se asentaba dentro de la pesadilla de un niño de incorpóreos miembros humanos, pintados como árboles sobre las colinas, con sus dedos aferrando y soltando espasmódicamente. En la cima de una colina se alzaba una especie de castillo hecho con bloques de vidrio verde, con una única y enorme puerta y ventana. Dentro de la puerta se erguía una figura —una estatua, quizá— de varios cientos de metros de altura, vagamente humana, asintiendo firmemente, de forma idiota, mientras la lanzadera pasaba por encima de ella. Cientos de figuras mucho más pequeñas, gigantescas pese a todo, de arracimaban en una especie de patio delante del castillo, con sus sombras rojas y negras fluyendo como capas al impulso del constante viento de las cambiantes probabilidades. Olmy pensó que podían ser enormes perros o lagartos sin cola, pero Plass señaló y dijo:

—Mi esposo me habló de un ayudante de Issa Danna llamado Ram Chako... Duplicado, obligado a correr a cuatro patas.

El gigante en la puerta del castillo alzó lentamente su enorme mano, y los enormes lagartos se pelearon para correr desde un abierto portal en el patio. Saltaron hacia arriba cuando la lanzadera pasó por encima de ellos, como si desearan morder el aire con sus horribles mandíbulas.

La cabeza de Olmy pulsaba. No podía librarse de la convicción de que nada de aquello podía ser real; de hecho, no había necesidad de que *fuera* real en ningún sentido que su cuerpo comprendiera. Por su parte, Rasp y Karn habían perdido toda su arrogancia anterior y se aferraban la una a la otra, con sus clavículas flotando sujetas a correas enrolladas a sus muñecas.

El lívido resplandor del halo fluyó como sangre al interior de la cabina cuando la lanzadera rotó para presentar puntos de contacto para los campos de tracción del Reducto. Olmy dio instrucciones a la nave de que presentara una visión en gran angular del Reducto y el terreno, y la visión giró lentamente alrededor de ellos, llenando el atestado interior de la lanzadera.

La perversa variedad parecía no terminar nunca. Algo había diseccionado no sólo un cuerpo humano, o muchos cuerpos, y creado horribles distorsiones de sus partes, sino que había hecho lo mismo con los pensamientos y los deseos humanos, plantando los resultados sobre toda la región sin ningún diseño evidente.

Dentro del bajo valle —tal como era descrito por la visitante femenina—, una gran mujer de piel azul, el equivalente a la figura en el portal del castillo, se acuclillaba cerca de una cuna dentro de la cual se agitaban cientos de seres humanos desnudos. Lentamente metió su mano en el caldero de carne y removi6, y su pelo derram6 desde su cabeza un apagado brillo cometario, bañándolo todo con una densa luminosidad verde, como de jarabe.

—La madre de las geometrías —murmur6 Karn, y ocult6 sus ojos.

Olmy fue incapaz de desviar la mirada, pero todo en 6l deseaba dormir, morir, antes que reconocer lo que estaban viendo.

Plass vio su angustia. De alguna forma reuni6 fuerzas de la incomprensible visi6n.

—No necesita tener sentido —dijo con el tono de un maestro de escuela rega6n—. Est6 sostenido por una energ6a infinita y una voluntad monol6tica, sin inteligencia. No hay nada nuevo aqu6, nada...

—No estoy pidiendo que tenga sentido —dijo Olmy—. Necesito saber qu6 hay detr6s de ello.

—Una fuerza suficiente, adecuadamente canalizada, puede crear cualquier cosa que una mente pueda imaginar... —empez6 Karn.

—M6s de lo que cualquier mente pueda imaginar. No una mente como nuestras mentes —afirm6 Rasp—. Una unidad, no una *mente*, en absoluto.

Por un momento la furia de Olmy se desat6, y dese6 gritar su frustraci6n; pero inspir6 profundamente, cruz6 los brazos all6 donde flotaba en sus retenciones tractoras y le dijo a Plass:

—¿Una mente que no tiene objetivos? Si hay puro orden aqu6...

Karn interrumpi6, con voz aguda y dulce, cantarina:

—Piense en las dimensiones del orden. Esto es un mero arreglo, la forma m6s baja de orden, sin motivo ni direcci6n. Luego viene la autocreaci6n, cuando el orden

puede convertir los recursos en más de sí mismo, propagando el orden. Luego viene la creación, remodelando la materia en algo nuevo. Pero cuando se elude la creación, cuando no hay mente, sólo fuerza, se convierte en mera elaboración, una espiral interminable de rearrreglos de lo que ha sido creado. ¿Qué es lo que vemos ahí abajo? Elaboración vacía. Nada nuevo. Ninguna comprensión.

—Muestra alguna sabiduría —reconoció reacia Plass—. Pero la totalidad debe seguir existiendo.

—¿Y toda esta... elaboración? —preguntó Olmy.

—Frustrada por la falta de muerte —dijo Plass, por la interminable provisión de recursos. Nunca renovada por lo nuevo, en su núcleo. Orden sin muerte, arte sin crítica o renovación, la mente final de un universo donde sólo existe la riqueza, donde sólo es posible la alegría, sin conocer jamás la decepción.

La lanzadera se estremeció de nuevo y de nuevo, mientras descendían hacia la pirámide. Sus sistemas de control inercial no podían luchar contra el empuje de los rayos de las diferentes líneas de mundos.

—Suenan como un niño malcriado —dijo Olmy.

—Mucho peor —dijo Karn—. *Nosotras somos* los niños malcriados, Rasp y yo. Tercas y quizá un poco estúpidas. Los humanos son estúpidos, infantiles, siempre aprendiendo, llenos de fracasos. Ahí fuera..., más allá de la lesión, avanzando a través de ella...

—Un éxito perpetuo —se burló Rasp—. Definitivo y maduro. No puede aprender. Sólo redistribuir las cosas.

—Deirdre Enoch nunca se contentó con limitaciones —dijo Plass, mirando a Olmy en busca de simpatía—. Siguió buscando lo que podía ser realmente el cielo. —Sus ojos brillaron con su emoción, una exaltación suscitada por demasiado miedo y desánimo.

—Quizá lo encontró —dijo Karn.

5

—No puedo daros la bienvenida —dijo Deirdre Enoch, caminando pesadamente hacia ellos. Detrás de Olmy, dentro de una cámara en las alturas del Reducto, cerca del vértice de la pirámide de acero, la lanzadera suspiró y se posó en su alvéolo.

Olmy intentó comparar aquella mujer vieja con los retratos de Enoch de los archivos. Su voz era muy parecida, aunque más profunda y casi sin emoción.

Rasp, Karn y Plass estaban al lado de Olmy cuando Enoch se acercó. Detrás de Enoch, en el suave brillo de las apacibles luces amarillas espaciadas alrededor de la base de la cámara, oscilaba una hilera de otros diez hombres y mujeres, todos ellos viejos, todos vestidos de negro, con cintas plateadas colgando de la parte superior de

sus cabezas de pelo blanco.

—Habéis venido a un lugar de espera donde no se resuelve nada. ¿Por qué habéis venido?

Antes de que Olmy pudiera responder, Enoch sonrió, y su profundamente arrugado rostro pareció contraerse con la expresión no familiar.

—Suponemos que estáis aquí porque pensáis que los jarts pueden estar implicados.

—No sé qué pensar —dijo Olmy con voz ronca—. La reconozco a usted, pero a ninguno de los demás...

—Sobrevivimos a la primera noche tras la lesión. Formamos una expedición para intentar escapar. Éramos sesenta aquella primera vez. Conseguimos regresar al Reducto antes de que la Tierra Nocturna pudiera cambiarnos demasiado, jugar drásticamente con nosotros. Envejecimos. Algunos de nosotros fueron arrebatados y... Podéis verlos ahí fuera. No hubo segunda expedición.

—Mi esposo —dijo Plass—. ¿Dónde está?

—Sí..., te conozco. Eres la misma hasta tal punto que duele. Escapaste al principio mismo.

—Fui la única —dijo Plass.

—Lo has llamado la Tierra Nocturna —dijo Rasp, alzando las manos, la caja con su clavícula—. Qué apropiado.

—Ni sol ni esperanza, sólo *orden* —dijo Enoch, como si la palabra fuera una maldición—. ¿Vinisteis por propia iniciativa, o fuisteis enviados por otros estúpidos?

—Por otros estúpidos, me temo —dijo Plass.

—Y tú... ¿Volviste, sabiendo lo que ibas a encontrar?

—No era así cuando me fui. Mi esposo envió fantasmas a visitarme. Me contaron un poco de lo que había ocurrido aquí..., o podía haber ocurrido.

—Los fantasmas intentan entrar en el Reducto y hablar —dijo Enoch, con sus muchas piernas agitándose inquietas—. Los rechazamos. Tu esposo fue atrapado fuera aquella primera noche. No ha sido muy cambiado. Permanece cerca del Vigilante, congelado en el haz de su ojo.

Plass sollozó y ocultó su rostro.

Enoch continuó, sin inmutarse:

—La única cosa que quedó bajo su control..., desprender fantasmas como si fueran piel muerta. Y nunca los mismos..., ¿verdad? Tiene permitido aprovechar giros temporales del espaciotiempo y modelarlos a su propia imagen. La totalidad lo encuentra bastante divertido. Es inútil decir que no permitimos que los fantasmas nos molesten. Tenemos demasiadas cosas que hacer, sólo para mantener nuestro lugar seguro y reparado.

—Reparado —dijo Karn con una sonrisa beatífica, y Olmy se volvió hacia ella, sorprendido por una reacción propia similar. Karn ejecutó una pequeña danza—. El desorden tiene también aquí su lugar, entonces. ¿Tenéis que *trabajar* para *arreglar*

cosas?

—Exactamente —dijo Enoch—. Adoro el óxido y la edad. Pero sólo se nos permite esto y no más. Ahora que estáis aquí, quizá queráis uniros a nosotros a tomar un poco de té. —Sonrió—. Benditamente, nuestro té se enfría rápido en el Reducto. Nuestros huesos se vuelven frágiles, nuestra piel se arruga. El té se enfría. ¡Apresurémonos!

—No os engañéis por nuestros cuerpos —dijo Deirdre Enoch mientras servía un humeante té en tazas para todos sus invitados—. Están distorsionados, pero son suficientes. La totalidad sólo puede perfeccionar y elaborar; no sabe nada de auténtica destrucción.

Olmy observó que algo ondulaba a través de la vieja mujer, un estremecimiento de ligero cambio. De pronto no pareció tan vieja y arrugada, como si alguna fuerza hubiera hecho girar el reloj al revés.

—No tengo claro lo de la perfección —dijo Olmy, alzando su taza sin entusiasmo—. De hecho, ni siquiera tengo claro cómo puede parecer usted tan vieja.

—No somos infelices —dijo Enoch—. Eso no está dentro de nuestro poder. Sabemos que nunca podremos regresar a Thistledown. Sabemos que nunca podremos escapar.

—No ha respondido a la pregunta de ser Olmy —dijo Plass suavemente—. ¿Son independientes aquí?

—Esa no era su pregunta, ser Lissa Plass —señaló Enoch, con un filo cortante en su voz—. Lo que preguntó no es una pregunta *educada*. Dije que fuimos atrapados intentando escapar. Algunos de nosotros están ahora ahí fuera en la Tierra Nocturna. Los que regresamos a la pirámide... no escapamos al entusiasmo de la totalidad. Pero su influencia aquí es limitada. Para responder a una pregunta al menos: tenemos cierta independencia. —Enoch inclinó la cabeza como si se hubiera quedado dormida, doblándola brevemente en un ángulo con respecto a sus hombros..., un ángulo incómodo, pensó Olmy. La alzó de nuevo con una sacudida—. El universo que descubrí..., no hay nada más. Eso es todo.

—La Mente Final del dominio —dijo Plass.

—Deduzco que considera la Vía y los humanos que encuentra aquí como objetos de curiosidad —dijo Olmy. Rasp y Karn se agitaron pero no pusieron objeciones a aquella línea de discusión.

—Objetos a recombinar y distorsionar —dijo Enoch—. Somos materiales para lo último en arte decadente. La totalidad se halla más allá de nuestro conocimiento. —Se inclinó hacia adelante en su almohadón, donde había cruzado graciosamente sus piernas en un ágil loto, y se frotó reflexivamente la nariz con el dorso de una mano—. Se nos permite resistir, sospecho, porque somos antítesis.

—La totalidad sólo tiene tesis conocidas —dijo Rasp con una risita.

—Exa-a-a-cto —respondió Enoch, arrastrando con placer la palabra. Sorprendido por otra sensación de irrealidad, Olmy miró a su alrededor al grupo que se sentaba con Enoch y él mismo: Plass, las gemelas y, detrás de Enoch, una mujer bajita con una felina expresión interrogativa que no había dicho nada. Dio otra ronda a la tetera para llenar todas las tazas.

El té estaba frío.

Olmy se giró en el almohadón donde estaba sentada para observar al resto de viejos seguidores, dispuestos alrededor de la habitación circular, inmóviles, serviles. Sus rostros habían cambiado desde su llegada, pero ninguno se había marchado, no había entrado nadie nuevo.

Se había observado a lo largo de una docena de generaciones que el entorno y la cultura de Thistledown creaba seguidores con proporcionalmente menos líderes, a los que a menudo se les asignaba un poder mucho más grande. Se estaban haciendo esfuerzos para remediar eso, para reducir los cismas extremos de inadaptados como Deirdre Enoch. Demasiado tarde para éstos, pensó. ¿Desea esta totalidad seguidores?

No pudo pensar lo suficiente en ello para planear su curso de acción. Se sentía drogado, aunque sabía que no lo estaba.

—¿Puede tolerar las diferencias? —preguntó Karn, de nuevo con voz aguda y dulce, como la de un niño.

—No —dijo Enoch—. Su naturaleza es absorber y cambiar todas las diferencias mediante la mutación, un cambio sin objetivo.

—¿Como los jarts? —preguntó Rasp, mordisqueándose el pulgar con una afectación y una inseguridad que era a la vez estudiada y completamente convincente.

—No como los jarts. Los jarts se enfrentaron a la totalidad, y ésta les proporcionó su propia Tierra Nocturna. Me temo que no transcurrirá mucho tiempo antes de que la nuestra se mezcle con la suya y ambos nos veamos unidos y sometidos a un cambio inútil.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Olmy.

—Otros pocos años, quizá.

—No demasiado pronto, entonces —dijo.

—Bastante pronto —respondió Enoch con un ligero bufido. Se frotó de nuevo la nariz—. Llevamos aquí ya bastante más que un millar de siglos.

Olmy intentó comprender aquello.

—¿Realmente? —preguntó, esperando que ella se echara a reír.

—Realmente. He tenido millones de seguidores diferentes aquí. Mira a tu alrededor. —Se inclinó sobre la mesa para susurrarle a Olmy—. Olas en un mar. He vivido un millar de siglos en un millar de universos infinitésimamente distintos. Juega con todas las líneas de mundos, no sólo las huellas individuales. Sólo yo soy relativamente la misma con cada marea. Parece que soy el auténtico nexo en esta parte de la Vía.

—El té se enfría..., la piel se arruga... ¿Pero experimenta usted esa longitud de

tiempo?

—Diez mil longitudes cortadas y atadas y giradas. —Tomó un pañuelo de alrededor de su delgado cuello y lo tensó entre sus puños—. Retorcidas. Anudadas. Fuisteis enviados aquí a corregir la imprudente locura de una renegada..., ¿verdad?

—Una visionaria geshel —dijo Olmy.

Enoch no se sintió ablandada. Se puso en pie y devolvió el pañuelo a su cuello, atándolo con un consciente floreo.

—Fui nombrada por la Oficina de Mantenimiento de la Vía. Por el propio Ry Ornis. Me proporcionaron a dos de los mejores abridores de puertas de la corporación, y me dieron específicamente instrucciones de hallar una puerta a un orden total. No se me dijo por qué. Ahora, sin embargo, puedo adivinarlo.

—Yo recuerdo a dos abridores —dijo Plass—. Ellos no.

—Esperaban que me encontrarais transformada o muerta —dijo Enoch—. Bien, soy diferente, pero he sobrevivido, y después de unos pocos miles de siglos, la personalidad de una se vuelve más bien rígida. Me he vuelto más parecida a ese Vigilante y su enorme ojo abierto de ahí fuera. Ya no sé cómo mentir. He visto demasiado. He luchado contra lo que he hallado, y he soportado atrocidades más allá de lo que ningún ser humano ha tenido que enfrentarse nunca. Creedme, hubiera preferido morir antes de que empezara mi misión que ver lo que he visto.

—¿Dónde está el otro abridor? —preguntó Olmy.

—En la Tierra Nocturna —dijo Enoch—. Issa Danna fue el primero en encontrar la totalidad. Él y su compañero, el maestro Tolby Kin, recibieron todo el impacto de sus primeros esfuerzos de elaboración.

Rasp se dirigió hacia Olmy y le susurró al oído:

—Nunca hubo un maestro abridor llamado Tolby Kin.

—¿Puede alguien confirmar su historia? —le preguntó Olmy a Enoch.

—¿Creeríais a alguien de aquí? No —respondió Enoch.

—No es que importe —dijo Plass con aire fatalista—. El final resultante es el mismo.

—No del todo —indicó Enoch—. Ahora no podríamos cerrar la lesión ni siquiera aunque tuviéramos los medios. Ry Ornis estaba en lo cierto. La fisura ha de permanecer abierta. La infección no ha terminado. Si no aguardamos a su curación, nuestro universo nunca se acelerará. Nacerá muerto. —Sacudió la cabeza y rió suavemente—. Y ningún ser humano en nuestra historia verá nunca a un fantasma. Un mundo con fantasmas es un mundo vivo, ser Olmy.

Olmy tocó su taza de té con el dedo. El té estaba caliente de nuevo.

Los aposentos puestos a su disposición eran parcos y fríos. La mayor parte de la energía del Reducto se dedicaba a mantener a raya a los ocupantes de la Tierra Nocturna; esa energía era derivada de la pared de la Vía, un ingenioso método puesto

a punto por Issa Danna antes de ser atrapado por la lesión; suficiente, pero en ningún momento abundante.

Por primera vez en días. Olmy tuvo algunos momentos de soledad. Transparentó una ventana que miraba al sur, hacia la lesión y a través de unos cincuenta kilómetros de Tierra Nocturna. Enoch le había proporcionado un par de binoculares rastreadores de rayos.

Más allá de una rejilla tractora que se extendía hasta sus límites y una resplandeciente demarcación de completa destrucción nuclear, que ninguna cosa hecha de materia podía esperar cruzar nunca, a menos de mil metros de la pirámide, se extendía la peculiar oscuridad vívida y el espasmódico resplandor de pesadilla de todas las víctimas de la totalidad.

Olmy giró los binoculares ligeros en un lento y firme arco. Lo que parecían colinas o montañas bajas eran construcciones atendidas por cientos de figuras pálidas, de tamaño humano pero sólo vagamente humanas en su forma. Parecían pasar buena parte de su tiempo luchando, agitando sus miembros como antenas de insectos. Otros cargaban con cestos llenos de resplandeciente polvo, que dejaban caer en la cima de una colina, para luego descender tropezando y desliziéndose para empezar de nuevo.

La gigantesca cabeza modelada según el abridor se erguía un poco al oeste del Castillo de Cristal Verde. Olmy fue incapaz de decir si la cabeza era realmente de material orgánico —carne humana— o no. Parecía más bien piedra, aunque los ojos eran muy expresivos.

Desde aquel ángulo no podía ver la enorme figura de pie en la puerta del castillo; ese lado estaba girado con respecto al Reducto. Nada de lo que veía contradecía lo que Plass y Enoch le habían dicho. No podía compartir el alegre nihilismo de las gemelas. Sin embargo, nada de lo que veía podía encajarse con ninguna filosofía o entramado de leyes físicas que jamás hubiera conocido. Si había una mente allí, era incomprensiblemente distinta..., quizá no fuera mente en absoluto.

De todos modos intentó hallar algún esquema, algún plan para la Tierra Nocturna. Una razón. No pudo.

Justo delante de las colinas más altas se alzaban desarrollos como enmarañadas raíces de árboles vueltos del revés, sin hojas, desnudos, de docenas de metros de altura y extendiéndose en horribles y retorcidos bosques de varios kilómetros de extensión. Una especie de sendero avanzaba desde la pared norte del Reducto y cruzaba la demarcación en medio de un torturado terreno de lo que parecían enormes placas de cristal fundido y extendido, hacia el este del castillo. Descendía al otro lado de una colina cercana y no podía verse donde terminaba.

La atmósfera alrededor del Reducto era notablemente clara, aunque columnas de retorcida bruma se alzaban alrededor de la Tierra Nocturna. Delante de un muro de bruma azul a unos cincuenta kilómetros de distancia, todo se destacaba con una completa claridad.

Olmy se volvió ante una llamada en su puerta. Entró Plass, con una expresión

satisfecha que parecía a punto de estallar en entusiasmo.

—¿Ahora duda de mí?

—Dudo de todo —dijo Olmy—. Incluso creo que hemos sido capturados y estamos siendo alimentados con ilusiones.

—¿Cree que eso es lo que ha ocurrido? —preguntó Plass, frunciendo los ojos como si hubiera sido insultada.

—No —reconoció Olmy—. He experimentado algunas buenas ilusiones en el entrenamiento. Esto es real, signifique lo que signifique.

—Debo admitir que las pequeñas gemelas están atareadas —dijo Plass, sentándose en una silla pequeña junto a la mesa. Esto y un pequeño colchón en el suelo eran el único mobiliario de la habitación—. Están hablando con todos los que saben algo acerca de los abridores de puertas de Enoch. No creo que nadie pueda hablar dos veces con la misma persona en el transcurso de una hora..., a menos que sea Enoch.

Olmy asintió. Todavía estaba digiriendo la afirmación de Enoch de que la Oficina de Mantenimiento de la Vía había enviado una expedición con órdenes secretas..., en connivencia con la hermandad de abridores.

Quizá las gemelas supieran más que él, o que Plass.

—¿Sabe algo acerca de una misión oficial? —preguntó.

Durante un momento Plass no respondió.

—No en tantas palabras. No «oficial». Pero quizá no sin... apoyo de Mantenimiento de la Vía. No creímos que estuviéramos fuera de la ley.

—Ambas han hablado de completar algo. ¿Fue mencionado eso cuando se unieron al grupo?

—Sólo de pasada. Una teoría.

Olmy se volvió hacia la ventana.

—Hay una cámara oscura cerca de la cima de la pirámide. Me gustaría echar una mirada a todo nuestro alrededor, intentar extraer algún sentido a nuestra posición.

—Es inútil —dijo Plass—. Primero debo aguardar una visita.

—¿Más fantasmas?

Plass se encogió de hombros y estiró las piernas, frotándose las rodillas.

—Yo no he sido visitado —dijo Olmy.

—Ocurrirá —dijo llanamente Plass. Parecía estar ocultando algo, algo que la preocupaba.

—No quiero prever nada. Pero hay algo que usted puede hacer para prepararse.

Olmy se echó a reír, pero su risa sonó hueca. Tenía la sensación como si estuviera siendo lentamente desenrollado, como el fardo de las líneas de mundos de Enoch revividas.

—¿Cómo lo sabré si veo un fantasma? —preguntó—. Quizá yo esté... en Thistledown. Tal vez ellos estén a nuestro alrededor todo el tiempo, pero no se revelen.

Plass miró hacia un lado, luego dijo con un esfuerzo, con voz medio ahogada.

—Me he encontrado con mi propio fantasma.

—No lo mencionó antes.

—Vino a visitarme la noche después de que abandonáramos Thistledown. Me dijo que alcanzaríamos la pirámide.

Olmy contuvo otra risa, temeroso de que luego no pudiera parar nunca.

—Nunca he visto un fantasma de mí mismo.

—Entonces hacemos las cosas de forma distinta. Yo parecía estar retrocediendo de alguna experiencia con la totalidad. Un fantasma te permite recordar el futuro, o alguna alternativa de futuro. Quizá a su debido tiempo se me diga lo que me hará la totalidad. Sus elaboraciones.

Olmy pensó en aquello en silencio. Los sombríos ojos grises de Plass se enfocaron en él, limpios, infantiles en su perfecta gravedad. Ahora vio el parecido, la razón por la que sentía una cierta atracción hacia ella. Le recordaba a Sheila Ap Nam, su primera esposa en Lamarckia.

—Sus seres queridos, amigos, colegas... Lo verán, versiones de usted, si alcanza la totalidad —dijo Plass—. Una especie de inmortalidad. Recuerdos. —Bajó la vista y cruzó los brazos—. Ninguna otra especie inteligente que hayamos encontrado posee una historia de mitos sobre espíritus. Ninguna experiencia con fantasmas. ¿Sabía usted eso? Somos únicos. Excepto quizá los jarts..., y no sabemos mucho sobre ellos, ¿verdad?

Él asintió, deseoso de librarse del tópico.

—¿Qué están planeando las gemelas?

—Parecen considerar esto como un juego de desafío. ¿Quién sabe? Están trabajando. Incluso es posible que piensen en algo.

Olmy apuntó los binoculares hacia el Vigilante, con su único ojo brillante vuelto hacia el Reducto. Sintió revulsión y odio en lo más profundo de los huesos, mezclado con un seco estremecimiento. Su lengua parecía helada. Perversamente, la carne detrás de sus ojos daba la impresión de estar muy caliente y húmeda. Se le erizó el vello de la nuca.

—Hay... —empezó, pero se detuvo y parpadeó. Una cortina de sombra cruzó los pocos centímetros que le separaban de la ventana. Retrocedió con un gruñido e intentó apartar algo, pero la cortina no podía ser tocada. Torbellineó a su alrededor, pasó por delante de Plass, que la estudió calmadamente, y luego pareció apretarse contra la pared opuesta y filtrarse por ella.

El calor detrás de sus ojos era ardiente.

—¡Lo *sabía*! —dijo roncamente—. ¡Pude sentirlo llegar! Va a ocurrir algo. —Sus manos temblaban. Nunca había reaccionado tan drásticamente a un peligro físico.

—Eso no fue nada —dijo Plass—. Lo he visto muchas veces, más desde que llegué la primera vez aquí.

Olmy se irritó ante su propia reacción.

—¿Qué es?

—No un fantasma, no ninguna versión de nosotros mismos, eso es seguro —dijo—. Un parásito quizá, como alguna especie de pulga saltando por nuestras líneas de mundos. Inofensivo, por todo lo que sé. Pero mucho más visible aquí que allá en Thistledown.

Intentar controlarse resultó contraproducente. Todos sus instintos rechazaban lo que estaba experimentando.

—¡No acepto nada de eso! —gritó. Sus manos se cerraron espasmódicamente en puños—. ¡Nada de esto tiene sentido!

—Estoy de acuerdo —dijo Plass en voz baja—. Lástima que estemos atrapados aquí. Lástima que esté usted atrapado conmigo. Pero más lástima todavía que yo esté atrapada con usted. Parece que intenta ser usted un hombre racional, ser Olmy. Mi esposo era excepcionalmente racional. La totalidad adora a los hombres racionales.

6

Rasp y Karn se dirigieron con Olmy al parapeto cerca de la cúspide del Reducto. Su trabajo parecía haberlas serenado. Aún caminaban como unas jóvenes, con Karn o Rasp demorándose para contemplar algo en la Tierra Nocturna y luego apresurándose para alcanzar a los otros; pero sus voces eran firmes, serias, incluso un poco tristes.

—Nunca hemos experimentado nada como la lesión —dijo Karn. El enorme disco oscuro, orlado de bandas y destellos rojos, llenaba el lado opuesto de la Vía—. Es mucho más que sólo una puerta fracasada. No se detiene aquí, ¿sabe?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Olmy.

—Algo como esto influencia toda la Vía. Cuando la puerta escapa al control...

Rasp tomó la mano de Karn y apretó en señal de advertencia.

—¿Qué importa eso? —dijo Karn, y se sacudió de la mano de su gemela—. No puede haber secretos aquí. Si no decidimos hacer algo, la totalidad estará pronto sobre nosotros, y entonces quedaremos atrapados aquí..., trozos y pedazos nuestros, como juguetes perdidos.

Rasp retrocedió unos pocos pasos y cruzó los brazos, picada. Karn prosiguió:

—Cuando se formó la lesión, los abridores de puertas la sintieron en cada nueva puerta. Filamentos intentando infiltrarse, como el hilo de seda de una araña. Podemos ver las líneas de mundos enroscándose aquí... Pero se arraciman y se enroscan por toda la Vía aunque nosotros no podamos verlas. El maestro Ry Ornis pensaba...

—¡Ya basta! —restalló Rasp, y corrió para hacerla callar.

Karn se detuvo con lágrimas en los ojos y miró fijamente por encima de la pared del parapeto.

—Puedo adivinar algunas cosas —dijo Olmy—. Lo que dice Deirdre Enoch deja

poco a la imaginación. No son unas aprendices fracasadas, ¿verdad?

Rasp le miró desafiante.

—No —dijo Karn.

Su gemela se volvió y levantó una mano como para golpearla, luego la dejó caer a su costado. Dejó escapar un leve suspiro, dijo:

—Actuamos como niñas debido al condicionamiento matemático. Demasiado rápido. Ry Ornis nos dijo que éramos necesarias. Él aceleró el entrenamiento. Éramos las mejores, pero *somos* demasiado jóvenes. Eso nos retiene.

Un sonido como de cientos de voces en un extraño coro flotó sobre la Tierra Nocturna, a través del campo que protegía la atmósfera del Reducto. El coro se alzaba y descendía alternativamente por la escala, ululando lastimeramente como monos en un zoo.

—Ry Ornis creía que la lesión estaba doblando las líneas de mundos más allá incluso de Thistledown —dijo Karn. Rasp asintió y sujetó la mano de su hermana—. Trepas de vuelta a lo largo de la línea del mundo de Thistledown..., donde todas nuestras vidas se unen con las vidas de nuestros antepasados. Usándonos a nosotras como escalera.

—No sólo nosotras —añadió Rasp. El coro ululante procedía ahora de todo alrededor del Reducto. Desde este lado de la pirámide podían ver un esbelto obelisco con los colores de una brillante luna sobre una pulida superficie como aceitada alzarse dentro de un inmenso andamiaje hecho de fragmentos de cuerpos, brazos y piernas unidos entre sí con cuerdas. Sin embargo esos miembros eran monstruosos, docenas de metros de longitud, y el obelisco ascendía dentro de su andamiaje hasta como mínimo un kilómetro de altura, dos veces más alto que el Reducto.

La región alrededor de la construcción hormigueaba con pálidos cuerpos tubulares, como larvas de insectos, y Olmy decidió que eran esos cuerpos los que estaban emitiendo la mayor parte del cantar y el ulular.

—Correcto —admitió Karn—. No sólo nosotros. Usando las líneas ramificadas de toda la materia, todas las partículas de Thistledown y de la Vía.

—¿Quién sabe hasta dónde ha alcanzado? —preguntó Rasp.

—¿Qué puede hacer? —quiso saber Olmy.

—No lo sabemos —admitió Karn.

—¿Qué podemos hacer *nosotros*?

—Oh, podemos cerrar la lesión, si actuamos rápidamente —dijo Rasp con una sonrisa rota—. Eso no debería de ser demasiado difícil.

—En realidad se está haciendo más pequeña —dijo Karn—. Podemos crear una puerta anillo desde aquí..., un aro. Controlar la Vía. La Vía se encogerá hacia la fuente, la maquinaria de Mantenimiento en la sexta cámara, muy rápidamente..., un millón de kilómetros al día. Incluso podemos conseguir escapar a lo largo de la hendidura, pero...

—La hendidura actuará de una forma extraña si controlamos la Vía —terminó

Rasp.

—Muy extraño —admitió Karn—. Así que probablemente no conseguiremos volver a casa. Ya lo sabíamos. Ry Ornis nos preparó para eso. Nos lo dijo.

—Además, aunque pudiéramos regresar a Thistledown, ¿quién nos querría ahora, de la forma que somos? —preguntó Rasp—. Estamos completamente rotas por dentro.

Las gemelas se detuvieron en el parapeto. Olmy observó mientras unían sus manos y empezaban a canturrearse suavemente la una a la otra. Sus clavículas colgaban de sus hombros, y las cajas golpeteaban al compás de sus oscilaciones. Rasp miró a Olmy y frunció los labios.

—Enoch habló de un plan de la Oficina de Mantenimiento de la Vía —dijo Olmy—. Afirma que fue enviada aquí en secreto.,

—No sabemos nada acerca de ello —dijo Karn inocentemente—. Pero eso no significa mucho. No creo que hubieran confiado en nosotros.

—También dijo que la totalidad tiene algún propósito más grande en nuestro propio universo —continuó Olmy—. Algo que tiene que ser completado, o nuestra existencia será imposible.

Karn meditó aquello en silencio, con un dedo apoyado contra la aleta de su nariz, luego sacudió negativamente la cabeza.

—La oímos, pero no veo nada de eso —dijo—. Quizás esté intentando justificarse a sí misma.

—*Nosotras* lo hacemos constantemente —dijo Rasp—. Comprendemos este tipo de cosas.

Habían alcanzado el fondo de las escaleras que conducían hasta la cima y la cámara oscura. Karn subió los escalones de dos en dos, con su ropa revoloteando alrededor de sus tobillos, y Rasp la siguió con más dignidad. Olmy se quedó cerca del fondo. Rasp se volvió y le miró.

—Vamos, suba —dijo, haciendo un gesto con la mano.

Olmy negó con la cabeza.

—Ya he visto suficiente. No puedo extraer sentido a nada de eso. Pienso que es puro azar..., puro desatino.

—¡En absoluto! —dijo Rasp, y descendió unos pocos escalones, suplicándole que se uniera a ellas—. Tenemos que ver lo que les ocurrió a las clavículas de los abridores. Qué tipo de elaboración puede haber. Quizá sea muy importante.

Olmy hundió los hombros, sacudió la cabeza como un toro intentando acumular valor. La siguió escalera arriba.

La cámara oscura era una lente esférica totalmente focal, basada en un principio no muy distinto al de los binoculares rastreadores de rayos. Montada sobre un trípode en la plataforma plana de la cima de la pirámide, proyectaba y aumentaba de tamaño la Tierra Nocturna para cualquiera que estuviese de pie en la plataforma. Acercarse al trípode incrementaba los aumentos a pasos logarítmicos, con precisa rapidez;

distancias de unas pocas décimas de segundo podían hacer que los objetos se acercaran a alarmantes proporciones. Una serie de monitores en el círculo periférico, pequeñas esferas sobre postes de acero, giraban dentro y fuera con lenta gracia, rastreando los desarrollos que se producían en la Tierra Nocturna y enviando sus resultados a Enoch y a los demás dentro.

Olmy evitó hábilmente los monitores y caminó con paso lento, con gran concentración, siguiendo el círculo. Karn y Rasp hicieron sus propias investigaciones.

Olmy se detuvo y se echó hacia atrás para fijarse en el inmenso ojo del Vigilante. El ángulo de la frente sin pelo, la caída del párpado superior, proporcionaban una lasitud triste y como cadavérica, pero el ojo seguía moviéndose en pequeños arcos, y desde aquella perspectiva no había la menor duda de que observaba el Reducto. Olmy tuvo la sensación de que lo había visto, lo conocía; de que se había encontrado con el abridor antes de su misión a Lamarckia, ¿quizá por accidente? ¿Había algún recuerdo residual de Olmy en aquella inmensa cabeza? Olmy pensó que una conexión así podía ser muy peligrosa.

—La Tierra Nocturna cambia cada hora, a veces pequeños cambios, a veces enormes —dijo Enoch, ascendiendo lenta y deliberadamente los últimos escalones tras ellos. Se detuvo fuera del círculo de la cámara—. Rastrea hasta nuestra última partícula. Es paciente.

—¿Nos teme? —preguntó Olmy.

—En absoluto. Ni siquiera hemos empezado a actuar con ella.

—Lo de ahí fuera no es elaboración..., es locura sin sentido.

—Eso pensaba yo también —dijo Enoch—. Pero ahora veo un esquema. Cuanto más tiempo estoy aquí, más simpatizo con la totalidad. ¿Comprendes lo que te dije antes? Nos *reconoce*, ser Olmy. Ve su propio trabajo en nosotros, un ciclo que espera ser completado.

Rasp tocó un punto dentro del círculo e hizo un gesto a Karn de que se uniera a ella. Juntas miraron algo, completamente absortas, ignorando a Enoch.

O sin embargo no podía ignorarla. Necesitaba resolver aquella cuestión.

—¿La Oficina de Mantenimiento de la Vía la envió aquí a confirmar qué?

—No con tantas palabras, pero... Sí. Sabemos que nuestro propio dominio, nuestro universo natal fuera de la Vía, tuvo que haber nacido desierto, vacío. Algo lo aceleró, lo alimentó con los nutrientes geométricos necesarios. Algunos de nosotros pensamos que sólo sería posible si el universo primitivo efectuara una conexión con un dominio de propiedades muy diferentes. Le dije a Ry Ornis que una aceleración así no necesitaba haberse producido al principio. Podíamos hacerlo ahora. Teníamos la Vía... Podíamos completarla. Había un sentimiento tal de poder y justificación dentro de la hermandad. Yo lo alenté. La conexión se había efectuado... Y todo esto, la Tierra Nocturna, es sólo un efecto secundario. Puro orden fluyendo de vuelta a través de la Vía, a través de Thistledown, de vuelta a través del tiempo hasta el principio. ¿Valía la pena? ¿Hicimos lo que habíamos planeado? Nunca lo sabré con

certeza, porque ahora no podemos invertirlo... y dejar de ser.

—No estaba segura. ¿Sabía que podía ser peligroso, dañar la Vía, ser fatal si los jarts conseguían una ventaja?

Enoch le miró durante unos breves segundos, y su mirada fue de sus ojos a sus labios, su pecho, como si le estuviera midiendo.

—Sí —dijo—. Lo sabía. Ry Ornis lo sabía. Los otros no.

—Sufrieron por lo que usted aprendió —dijo Olmy. La mirada de Enoch se afirmó, su mandíbula se contrajo.

—Yo también he sufrido. He aprendido muy poco, ser Olmy. Lo que he aprendido se repite una y otra vez, y tiene más que ver con la arrogancia que con la metafísica.

—¡Hemos encontrado una! —gritó Karn—. Hay una clavícula montada arriba del castillo verde. ¡Podemos verla claramente!

Olmy miró hacia donde indicaba Rasp. En la cima del achaparrado y masivo castillo verde había un cubo, medio oculto detrás de una masa de excrecencias como raíces. Encima del cubo, una columna negra de aproximadamente la altura de un hombre sostenía la inconfundible esfera y manillar de una clavícula. La esfera era oscura, durmiente; nada se movía alrededor de la columna o en ninguna otra parte del techo del castillo.

—Sólo hay una, y parece estar inactiva —dijo Rasp—. La lesión es independiente.

Karn abrió los brazos y agitó los dedos. Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—¡Podemos crear un aro!

—No podemos hacerlo desde aquí —dijo Rasp—. Tenemos que salir ahí fuera.

El rostro de Enoch se tensó en una rígida máscara.

—No hemos terminado —dijo—. ¡El trabajo aún no está hecho!

Olmy sacudió la cabeza. Había tomado su decisión.

—Fuera quien fuese quien empezó esto, y por la razón que fuera, ahora tiene que terminar. El Nexo lo ordena.

—¡Ellos no saben! —exclamó Enoch.

—Nosotros sabemos lo suficiente —dijo Olmy.

Rasp y Karn descendieron la escalera, cogidas de la mano. Rasp le sacó la lengua a la vieja mujer.

Enoch se echó a reír y se palmeó ligeramente los muslos con las manos.

—¡Sólo son niñas! No tendrán éxito. ¿Qué tengo que temer de unas aprendizas fracasadas?

La atmósfera de la Tierra Nocturna era una delgada bruma de hidrógeno primordial, mezclada con dióxido de carbono y algunos pequeños rastros de oxígeno de la envoltura original que rodeaba la puerta. A setecientos milibares de presión, y con una temperatura justo por encima del punto de congelación, podían aventurarse

fuera del Reducto con el equipo presurizado más básico.

Enoch y el resto de su siempre cambiante gente no les ayudarían. Olmy lo prefería así. Cruzó los vacíos corredores de la planta baja de la pirámide y halló un pequeño vehículo con ruedas que en su tiempo había sido usado para alcanzar el jardín fuera del Reducto, un jardín que ahora se hallaba más allá de la demarcación.

Plass le mostró cómo funcionaba el vehículo abierto.

—Tiene su propio piloto, crea un campo alrededor del compartimento del piloto.

—Parece bastante familiar —dijo Olmy.

Plass se sentó al lado de Olmy y apoyó su mano en una barra de control.

—Mi esposo y yo solíamos atender nuestras plantas ahí fuera: flores, hierbas, verduras. Conducíamos uno de éstos durante unos pocos cientos de metros, fuera de la zona de trabajo, hasta donde el equipo de materiales había extendido mantillo traído a través de la primera puerta.

Olmy se sentó en el vehículo. El vehículo anunció que podía llevar una carga en caso de que fuera necesario. Añadió con una voz muy fina:

—¿Este viaje durará más de unas pocas horas? Puedo disponer las cosas con el encargado de la estación para que...

—No —dijo Olmy—. No es necesario. —Se volvió hacia Plass—. Es hora de ponerse un traje.

Plass salió del vehículo y se pasó nerviosamente las manos por las caderas.

—Yo me quedo aquí. No puedo salir ahí fuera de nuevo.

—Lo entiendo.

—No veo cómo sobrevivirán.

—Parece muy arriesgado —admitió Olmy.

—¿Por qué no pueden abrir una puerta anillo desde aquí?

—Rasp y Karn dicen que tienen que estar a menos de quinientos metros de la lesión. Hacia donde está ahora la otra clavícula.

—¿Sabe usted qué era mi esposo, profesionalmente? ¿Antes de que viniéramos aquí?

—No.

—Neurólogo. Vino a estudiar los efectos de nuestro experimento en los investigadores. Se creía que tal vez nuestras mentes sufrirán un fuerte impulso hacia adelante por el contacto con el dominio ordenado. Todos eran muy optimistas. —Apoyó una mano en el hombro de Olmy—. Teníamos fe. Enoch todavía cree lo que le dijeron, ¿verdad?

Olmy asintió.

—¿Puedo hacer una última pregunta?

—Por supuesto —dijo Plass.

—Enoch nos prometió que abriría un camino a través de la demarcación y nos dejaría pasar a su través. Afirmó que de todos modos no podríamos hacer nada ahí fuera excepto ser atrapados por la totalidad...

Plass sonrió.

—La vigilaré, me aseguraré de que los campos están abiertos el tiempo suficiente para que pasen a su través. La corporación fue muy lista enviándola a usted y a las gemelas, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Todas son muy engañosas. Todas parecen ser fracasadas. —Plass cerró la mano sobre su hombro.

Se volvió y se alejó mientras Rasp y Karn entraban en la cámara de almacenaje. Las gemelas la observaron marcharse en silencio. Llevaban sus clavículas y se habían puesto ya sus trajes de presión, que habían ajustado a su pequeño tamaño hasta que encajaron perfectamente.

—Siempre la hemos hecho sentirse incómoda —dijo Rasp—. Quizá no la culpe por ello. Karn miró a Olmy con unos profundos ojos negros. —No se ha encontrado con un fantasma de usted mismo, ¿verdad?

—No —dijo Olmy.

—Nosotras tampoco. Y eso es significativo. Nunca vamos a alcanzar la totalidad. Nunca nos atraparé. Olmy recordó lo que había dicho Plass. Ella había visto su propio fantasma...

7

Maldijeron la apertura de la Vía y el cambio de la misión de Thistledown. Asesinaron al creador de la Vía, Konrad Korzenowski. Durante siglos mantuvieron una feroz oposición, en gran parte soterrada, pero con conexiones con los naderitas en el poder. En cualquier año dado sólo podía haber cuatro o cinco miembros activos de esta secta de lo más radical, mientras que el resto llevaba presumiblemente vidas normales; pero la cadena fue mantenida. Todo esto debido a que su líder original había tenido una visión de la Vía como una ruta fácil a infiernos infinitos.

—
Vidas de la Oposición, anónimo, año de viaje 475.

Los tres viajaron en el pequeño vehículo con ruedas sobre una extensión de suelo desnudo de la Vía, una superficie color cobre-bronce profundamente deslucida de ninguna sustancia en particular, sin ninguna fricción en aquel punto. Mantenían su rumbo con pequeños chorros de aire expulsados por los costados del vehículo, hasta que alcanzaron una amplia isla baja de materiales vítreos, justo antes de los señalizadores de los límites que advertían que estaban llegando a la demarcación.

Tal como habían acordado, las líneas de tracción habían sido cambiadas a baja energía, y apareció una abertura directamente frente a ellos, una oscuridad clarificada en el pálido campo verde. Aquello alivió algo a Olmy; había tenido algunas dudas de que Enoch fuera a cooperar, o de que Plass pudiera obligarla a ello. El vehículo siguió avanzando. Cruzaron las defensas. Detrás de ellos, los campos se alzaron de nuevo.

Ahora el suelo de la Vía estaba cubierto de arena. El piloto automático apagó los chorros de aire y dejó que el vehículo rodara durante otros veinte metros.

Los trajes de presión empezaban ya a hacerse incómodos; eran viejos, y aunque hacían todo lo posible por ajustarse, su funcionamiento distaba mucho de las condiciones ideales. De todos modos durarían varias semanas, reciclando gases y líquidos y moléculas complejas, rehidratando el cuerpo a través de inserciones arteriales y proporcionando de la misma forma una dieta mínima.

Olmy dudaba de que necesitaran los trajes durante más que unas pocas horas.

Las gemelas ignoraron su incomodidad y enfocaron su atención sobre la lesión. Fuera de la pirámide, la lesión parecía llenar el cielo, y en unos pocos kilómetros estaría directamente encima de su cabeza. Desde aquel ángulo, las volutas como filamentos de girantes líneas de mundos habían adoptado ya una brillante cualidad reflexiva, como bandas cortadas de un lago agitado por el viento; su paso cantaba en el cráneo de Olmy, más a través de sus dientes que a través de sus oídos.

Todo el carácter del Terreno Nocturno fue surgiendo gradualmente, empezando con un negro, rechinante, suelto raspar debajo de los neumáticos del vehículo. La lectura del traje de Olmy, que brillaba directamente en su ojo izquierdo, mostraba una disminución de unos pocos milibares en la presión del aire más allá de la demarcación. La temperatura permanecía estable, justo por encima de los cero grados Celsius.

Giraron hacia el oeste, hacia su izquierda mientras se dirigían al norte por la Vía, y llegaron al camino que Olmy había visto desde la cima de la pirámide. Plass lo había identificado como la carretera usada por los vehículos que transportaban material desde la primera puerta que Enoch había abierto. También había sido el camino al jardín de Plass, el que había compartido con su esposo. En unos pocos minutos, a unos tres del Reducto, una vez superada la elevación que había bloqueado su vista, llegaron a los restos del jardín.

El relieve allí era muy bajo, pero la elevación de unos cincuenta metros había sido suficiente para ocultar lo que debía de haber figurado como uno de los primeros intentos de elaboración. Olmy todavía no estaba seguro de creer en la totalidad, pero lo que había ocurrido en el jardín, y en el resto de la Tierra Nocturna, hacía que cualquier desacuerdo fuera discutible. Los árboles en el rincón sudoeste de un pequeño huerto de crecimiento rápido se habían extendido bajos por todo el suelo, y ahora brillaban como el cuerpo de Número 2. Los pocos árboles que se alzaban verticales parpadeaban como las ilustraciones de un libro electrónico infantil de

imágenes. El resto del huerto simplemente se había convertido en destellantes cenizas. En el centro, sin embargo, se alzaba un montículo de retorcido color pardo tornasolado a través del que asomaban vívidos rojos y verdes, y en medio de este montículo, mirando casi al sur, sin parecerse a nadie en particular, había un rostro de unos tres metros de altura, con la piel del color de la madera verde y con grietas yendo de la frente a la barbilla. El rostro no se movía ni exhibía ningún signo de vida.

Bocanadas de polvo se alzaban de las cenizas, diminutas explosiones procedentes del interior de aquella mezcla de realidades. Las cenizas se reformaban para borrar los recién formados cráteres. Parecía haber algún propósito en todo aquello, como lo había en todo lo demás en el jardín excepto el rostro.

Ruina y elaboración; una forma de vida extinguida, otra imbuida.

—Muy pronto —dijo Karn, mirando hacia su derecha a una extensión de brillantes hojas verde oscuro, extendidas, expandidas y trenzadas en mudos que hacían daño a los ojos—. No sabía con lo que se enfrentaba.

—No parece que lo supiera nunca —dijo Olmy, dándose cuenta de que ella estaba hablando como si realmente existiera algún director general.

Rasp puso a su hermana de nuevo en vereda.

—Hemos visto estudios de libro de texto de puertas que fueron mal. La geometría es el tejido vivo de la realidad. Mezcla constantes y llegarás a...

—Hemos prometido no discutir los fracasos —dijo Karn, pero sin ninguna fuerza.

—Estamos siendo empujadas a través del peor de todos los fracasos —dijo Rasp—. Constantes mezcladas y métrica sesgada explican todo esto.

Karn se encogió de hombros. Olmy pensó que quizá no importara; quizá Rasp y Karn y Plass no estuvieran realmente en desacuerdo, sino que tan solo estuvieran describiendo la misma cosa de diferente forma. Lo que estaban mirando de cerca no era un rearrreglo al azar; tenía una cualidad demente, incluso perversa, que sugería finalidad.

Por encima de las hileras de árboles de libro electrónico de imágenes y las capas vivas de ceniza se extendía un cielo muerto y retorcido. Del horrible chancro de muerta oscuridad, con su lúgubre anillo rojo congelado, pendían cortinas de intensa oscuridad que barrían la Tierra Nocturna como lluvia bajo un frente en pleno movimiento.

—El cabello de Madre —dijo Karn, y aferró fuertemente su clavícula con unas manos de blancos nudillos.

—Está jugando con nosotras —dijo Rasp—. Curvándose sobre nosotras, agitando su pelo sobre nuestra cuna. Tendemos la mano para aferrarla, y ella tira hacia atrás.

—Se ríe —dijo Karn.

—Luego nos da...

Rasp no tuvo tiempo de terminar. El vehículo dio una brusca sacudida con un pequeño chillido delante de un repentino abismo que un momento antes no había estado allí. Del abismo brotaron formas blancas, humanas pero fungoides, informes y

sin rasgos. Parecían ser expulsadas y trepar al mismo tiempo, y permanecieron tendidas en el estriado suelo de negra arena por un momento, como si se recuperaran de su nacimiento. Luego se alzaron sobre flácidos y tambaleantes pies y corrieron con gran velocidad e incluso gracia por el irregular paisaje hacia los árboles, que empezaron a arrancar de raíz.

Eran los trabajadores que Olmy había visto desde la pirámide. No prestaron atención a los intrusos. El abismo se cerró, y Olmy dio instrucciones al vehículo de que continuara.

—¿En eso nos convertiremos? —preguntó Karn.

—Cada uno de nosotros se convertirá en *muchos* de ellos —dijo Rasp.

—¡Qué alivio saberlo! —dijo Karn sardónicamente.

Las formas rodantes delante de ellos cedieron paso a un confuso y frenético aspecto, como una fotografía desenfocada y con exceso de tiempo de exposición. Sólo los principales indicadores permanecían invariables en el barrido de la revisión metafísica: el Vigilante, un pálido haz que aún brillaba desde su no parpadeante ojo; el Castillo, con su invisible ocupante gigante; y el obelisco, con su andamiaje y sus hordas de figuras blancas trabajando directamente debajo de la lesión.

Olmy ordenó al vehículo que se detuviera, pero Rasp sujetó su mano.

—Más adelante —dijo—. No podemos hacer nada aquí.

Olmy sonrió y echó hacia atrás su cabeza, luego hizo una mueca como un mono en el más antiguo de todos los bosques, mostrando sus dientes a aquella inmensurable locura.

—¡Más adelante! —insistió Karn. El vehículo emprendió de nuevo su camino, bamboleándose en los regulares surcos y camellones que alguna fuerza poderosa había arado en la arena.

Por encima del constante sisear de las reordenadas líneas de mundos, como una sinfonía de barrientes y golpeantes escobas, llegaban más sonidos. Si un bosque ardiendo pudiera cantar su dolor, pensó Olmy, sería como el creciente gemido que procedía de la torre y del Castillo. Miles de las figuras blancas emitían miles de sonidos diferentes, como si intentaran hablar entre sí pero sin conseguirlo. Una burla de habla, un sonsonete babélico, intentos de comunicar emociones y pensamientos que realmente no podían tener; protestas de ser empujados y zarandeados a lo largo del andamiaje de la torre, sobre el desigual terreno, como muñecos dirigidos por algo que intentara burlarse del proceso de construcción.

El cuerpo de Olmy le había enviado hasta ese momento un firme aflujo de miedo. Había controlado esta emoción de la mejor manera que pudo, pero nunca la ignoró; eso hubiera sido insensato y un error, porque el miedo era lo que le decía que procedía de un mundo que tenía sentido, que se mantenía unido y era consistente, que *funcionaba*.

Sin embargo el miedo no era suficiente, no podía ser una respuesta adecuada a lo que estaban viendo. Era una amenaza más allá de cualquier cosa que el cuerpo

hubiera sido diseñado para experimentar. Si hubiera podido gritar, no lo hubiera hecho lo bastante fuerte.

Todos conocemos la Muerte, se dijo Olmy, es un final a algo real; la muerte allí podía ser peor que una pesadilla, peor que el infierno que uno imagina para sus enemigos y no creyentes.

—Lo sé —dijo Karn, y sus manos se aferraron sobre la clavícula.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Rasp.

—Cada metro, cada segundo, cada dimensión, tiene su propia mente aquí —dijo Karn—. Espacio y tiempo discuten, luchan.

Rasp se mostró violentamente en desacuerdo.

—¡No hay mente, no hay ningún tipo de mente en absoluto! —insistió con voz aguda.

La propia luz empezó a oscilar y a cambiar a medida que se acercaban a la torre. Olmy pudo ver el rostro de los acontecimientos que se acercaban antes incluso de que ocurrieran, como olas en una playa, penetrando en la tierra, impacientes por alcanzar sus destinos, sus observadores, antes de que se perdiera toda la sorpresa.

Ahora entraron en los límites de sombra. Las revisiones de su entorno parecían como profundos pulsos resonantes. Atrapado directamente en una sombra, Olmy sintió un repentino roce de excitación. Vio destellos de colores, captó un espectro de emociones no familiares que amenazaron con cancelar su miedo. Miró a su izquierda, hacia el barrido en dirección contraria a las agujas de un reloj, anticipando cada frente de oscuridad, inclinándose hacia él. Éxtasis, seguido por un zumbido de excitación, un espasmo repentino de fulgor, mientras la parte de atrás de su cabeza se crispaba y resplandecía y destellaba. Podía verlo en la parte de atrás de su cerebro, en los más profundos fundamentos de cada pensamiento, allá donde los símbolos sin ningún significado presente están pintados y dispuestos sobre largas mesas, luego sacudidos y empujados hasta que se convierten en emociones y recuerdos y palabras.

—¡Como abrir una puerta! —gritó Karn, viendo la expresión de Olmy—. Mucho peor. ¡Peligroso! ¡Muy peligroso!

—No lo ignore, no lo reprima —le dijo Rasp—. ¡Simplemente preste atención a lo que tiene delante! ¡Eso es lo que nos enseñan cuando abrimos una puerta!

—¡No hay puertas! —gritó Olmy por encima de la horrible sinfonía de escobas. Las cabezas de las gemelas se sacudieron y vibraron cuando habló.

—¡Las hay! —dijo Rasp—. Pequeñas puertas a mundos directamente adyacentes. Están intentando escapar a sus realidades vecinas, escindir, pero la lesión las reúne, las retiene. Fluyen de vuelta detrás de nosotros, a lo largo de nuestras líneas de mundos.

—¡De vuelta al principio! —dijo Karn.

—¡De vuelta a nuestro nacimiento! —dijo Rasp.

—¡Aquí! —dijo Karn, y Olmy detuvo el vehículo. Las dos ayudantes, poco más que niñas, con los rostros pálidos y los ojos muy abiertos y las expresiones serias,

saltaron del vehículo abierto y avanzaron resueltamente por la ondulada arena, inclinándose a la presión de otras corrientes de realidad. Sus ropas cambiaron de color, su pelo cambió de peinado, incluso su piel cambió de color, pero siguieron avanzando hasta que las clavículas parecieron alzarse por voluntad propia.

Rasp y Karn se miraron.

Olmy se dijo, con lo que le quedaba de mente, que ahora iban a intentar un aro, una puerta anillo, que los llevaría a todos a una reunión con la hendidura. Dentro de la hendidura estaba la paz de inconmensurables contradicciones, puras y purificadoras. Dentro de la hendidura esta locura ardería a poco menos que nada, a paradojas que se cancelarían y destruirían.

No pensó en si tendrían tiempo de escapar, incluso aunque el encogimiento de la Vía fuera algo menos que instantáneo.

Se detuvo un momento en el asiento del vehículo, contemplando a las gemelas, admirándolas. *Enoch las subestima. Como yo. Esto es lo que Ry Ornis deseaba, por eso las eligió.*

Hundió los hombros: llegaba algo. Antes de que pudiera agacharse o saltar a un lado, Olmy fue atrapado entre dos pliegues de sombra, como un bicho aplastado entre unos dedos, y alzado del coche. Retorció el cuello y miró hacia atrás para ver una brumosa imagen del vehículo, las gemelas alzando sus clavículas, la ondulada y estriada arena. El vehículo parecía vibrar, las huellas de los neumáticos ondulaban detrás como serpientes; y por un largo momento, las gemelas y el vehículo no fueron visibles en absoluto, como si nunca hubieran existido.

Los pensamientos de Olmy corrieron alocados y su cuerpo chilló de alegría. Cada nervio se estremeció, y todos sus recuerdos se acumularon en agudo alivio, con sus diferentes yoes viéndolos todos al instante. No pudo distinguir entre presente y futuro; todo formaba parte de diferentes memorias. Su punto de referencia se había vuelto confuso hasta el punto de que su vida era un campo plano, y dentro de ese campo nadaban una miríada de posibilidades. Lo que ocurriría, lo que había ocurrido, se volvió indistinguible de los momentos no elegidos y no vividos que *podían* ocurrir.

Aquella confusión de su línea de mundos se precipitó hacia atrás. Tuvo la sensación de que podía deslizarse a través de destinos hasta lo que estaba fijo y desfijarlo, liberar su pasado una vez más a todas las posibilidades, todos los potenciales. Pero la difusión, la mezcla y fusión de la línea marcada con tiza de su vida, se alzó contra el momento de su resurrección, el brusco cambio de Lamarckia...

Y no pudo ir más allá. Maldecida, la marea de su vida se derramó en todas direcciones. Gritó sorprendido y presa de un tipo de dolor que nunca antes había experimentado.

Olmy colgó suspendido debajo del oscuro ojo, girando lentamente, con todas las cosas encima y abajo aumentadas de tamaño o hechas diminutas según su ángulo. El dolor pasó. Quizá nunca había existido. Sintió como si su cabeza se hubiera convertido en una diminuta cámara oscura que lo veía todo.

Había un pasado en el cual Ry Ornis acompañaba a las gemelas; las vio trabajar juntas cerca de un vehículo diferente, un tractor antes que un pequeño coche, para crear el aro. Ya habían forzado a la Vía a extrudir un pozo a través de la arena. Sobre el pozo flotaba una cúpula, lisa y bronceada, reflejando con tonos dorados el hendidura, la lesión.

Olmy volvió la cabeza una fracción de centímetro y una vez más vio solo a las gemelas, pero esta vez muertas, tendidas con sus cuerpos entrelazados al lado del vehículo, con sus clavículas llameando y ardiendo. Otro grado o dos, y resucitaron y volvieron al trabajo. Ry Ornis estaba de nuevo con ellas.

Un recuerdo: Ry Ornis había viajado con ellos en la hendinave. ¿Cómo podía haber olvidado este hecho?

Olmy giró de nuevo, esta vez en una nueva dimensión no familiar, y sintió que la Vía simplemente dejaba de existir y su propia vida con ella. Desde aquella oscura y silenciosa eventualidad, giró con un movimiento amargo y acre y halló un sendero muy estrecho a través de las aferrantes sombras, un sendero iluminado por medio olvidadas emociones que habían sido arrancadas como flores, dispuestas como un habla silenciosa.

Había sido arrastrado al otro lado de la lesión, mirando al norte por la interminable garganta de la Vía.

Las aferrantes ballenas de sombra en la boca de ballena de la lesión, los cilios impulsores que lo empujaban entre las líneas de mundos, lo llevaron debajo y más allá de una compleja superficie a través de la cual pudo ver un profundo valle montañoso, de suelo liso y vítreo como obsidiana.

Cristal negro, reflejando la lesión, la hendidura detrás de la lesión, deslizantes capas de bruma. Los cilios que controlaban la orientación de Olmy le permitieron descender hasta unos pocos metros por encima del vítreo suelo negro.

El movimiento se detuvo. Sus pensamientos se hicieron más lentos. Sólo sentía un cuerpo, una existencia. Todas sus líneas se arracimaban en un solo flujo.

Intentó cerrar los ojos, no ver, pero era imposible. Miró hacia abajo y vio su reflejo en el suelo del valle pulido como un espejo, un hombrecillo inmóvil flotando debajo del ojo orlado de rojo como una mota intrusa.

A cada lado del valle se alzaban quebrados picos cristalinos, cadenas montañosas como jirones arrancados de melcocha. Unos pocos metros por delante de él —o quizás unos pocos kilómetros—, montado en el centro del valle, había algo que reconoció: un emplazamiento defensivo jart, blanco como el marfil, dentadas púas asomando como las de un erizo de mar de un disco aplanado. Oscuros cilios se agitaban por entre las púas, pero éstas no se movían.

El emplazamiento estaba muerto.

Olmy se llevó las manos al rostro. Podía verles, podía verles a través de ellos, con igual claridad. Nada estaba oscurecido, nada se ocultaba a su nueva visión.

Intentó hablar, o quizá rezar, a lo que fuera que lo retenía, dirigía su movimiento.

Preguntó primero si había alguien allí, escuchó. Ninguna respuesta.

Recordó los comentarios de Plass acerca de la totalidad: que en su dominio era única, nunca había aprendido las artes de la comunicación, era *uno* sin otro y lo controlaba todo *siendo todo*. Ninguna separación entre mente y materia, observador y observado. Un ser así no podía ni escuchar ni responder. Tampoco podía cambiar.

Pensó en las emociones alineadas a lo largo del sendero que lo había guiado hasta allí. Dolor, decepción, miedo. Debilidad. ¿Había aprendido la totalidad este método de comunicación después de su tiempo pasado en la Vía? ¿Había diseccionado y redispuesto los suficientes elementos humanos como para cambiar tanto su naturaleza?

¿Por qué dolor?, se preguntó Olmy, oído pero no escuchado en la quietud.

Se movió hacia el norte por el centro del valle, por encima del muerto emplazamiento jart. Su reflejo brillaba en el irregular espejo negro del suelo. Miró al este y al oeste, siguiendo las largas curvas de la Vía más allá de la escabrosa montaña, y vio más emplazamientos jarts, los moldurados muros en espiral de lo que parecían asentamientos jarts, todos abandonados, todos salpicados con grandes formas distorsionadas que no podía llegar a comprender.

Olmy pensó: *Ha creado una Tierra Nocturna para los jarts. No conoce ninguna diferencia entre nosotros.*

Como si se fuera acostumbrando a la extraordinaria presión de los cilios de sombra que lo aferraban, su cuerpo envió una vez más señales de miedo, luego de simple maravilla infantil, y finalmente de puro agotamiento. La cabeza de Olmy rodó sobre sus hombros y sintió dormir su cuerpo, pero su mente permaneció alerta. Todos sus músculos hormigearon como si estuvieran fuera de línea y no respondieran a sus tentativas llamadas.

Fue incapaz de juzgar cuánto tiempo pasó, si realmente era posible que pasara. El hormigeo cesó y volvió el control. Alzó la cabeza y vio un valle diferente, éste flanqueado con enormes figuras. Si la escala que había asumido al principio de su viaje todavía era válida, esas esculturas monolíticas o formas de seres —fueran lo que fuesen— estaban a sus buenos dos o tres kilómetros de distancia, y en consecuencia tenían varios cientos de metros de altura. Eran tan extrañas que se descubrió contemplándolas con su visión periférica, para evitar la confusión de situarlas en los puntos de su foco visual. Aunque vagamente orgánicas en diseño —curvas compuestas, pliegues de lo que podía ser un parecido a tejidos bajo la acción de la gravedad, una especie de simetría multilateral—, las figuras simplemente se negaban a ser analizadas.

Olmy había experimentado muchas veces un lapso de juicio visual, cuando miraba a algo en sus inmediaciones y no lo recordaba exactamente, y debido a una débil iluminación o a un ángulo no familiar era incapaz de juzgar lo que era. Bajo esas condiciones, podía sentir que su mente trabajaba hipótesis, intentaba desesperadamente compararlas con lo que había estado mirando directamente, extraer

alguna conclusión válida, y así *ver* realmente el objeto. Esto le había ocurrido muchas veces en Lamarckia, en especial con respecto a objetos únicos de aquel planeta.

Aquí no tenía ninguna experiencia anterior, ningún recuerdo, ningún entrenamiento físico o familiaridad con lo que miraba, de modo que no vio *nada* sensato, identificable, con lo que pudiera empezar a relacionarse. Lentamente empezó a suponer que aquéllos podían ser más trofeos de los encuentros de la totalidad con los jarts.

Estaba derivando por una galería de modelos fracasados, intentos fracasados de duplicar y comprender, muy parecida a la galería de objetos y condiciones alrededor del Reducto que habían formado la Tierra Nocturna.

Los seres humanos se habían aproximado desde el sur, los jarts desde el norte. El totalidad había aplicado las mismas torpes herramientas a ambos, ya fuera para unificarlos a su ser o para hallar alguna nueva forma de experimentar su extrañeza. Ambos habían sido incomprendiblemente extraños para la totalidad.

Dolor. Una de las emociones tomadas de la mente de Olmy y dispuestas a lo largo del camino. Una sensación de desunificación, de cambio indeseado. La totalidad se había visto alterada por su entrada; no había maldad, nada de destrucción entusiasta en la Tierra Nocturna. Olmy vio de pronto que Enoch había estado intentando comunicarse con él, y había ido más allá de su propia comprensión.

Un monobloque de puro orden se había visto invadido por un dominio cuyo carácter principal era la desunión y la contradicción. Eso debió de ser realmente muy doloroso. Y esta cualidad de orden era sorbida hacia atrás, como el gas en un vacío, hacia su dominio.

Enoch y la hermandad de abridores de puertas habían fabricado la punta de un diente. Habían clavado en este otro dominio el sangrante diente depredador de un universo hambriento buscando la aceleración, completar su propio nacimiento.

Pero esta hipótesis no abrió al instante ninguna compuerta de comprensión o comunicación. Olmy no se descubrió analizando de pronto los crudos estallidos emocionales de otra mente, divina o de otro tipo; la totalidad no era una mente en ningún sentido que pudiera comprender. Era simplemente un puro y necesario conjunto de cualidades. Lo aferraba, lo controlaba, pero literalmente no tenía ningún uso para él. Como todo lo demás allí, no podía ni analizarlo ni absorberlo. Ni siquiera podía extenderse hacia atrás a lo largo de su línea de mundos, porque la existencia de Olmy había empezado otra vez con su nuevo cuerpo, con su resurrección.

Por eso no se había encontrado con ningún fantasma suyo. Físicamente, casi no tenía pasado. La totalidad, si existía, lo había arrojado a este valle de desechos y fracasos, otro trozo de detrito, más frustrante aún que la mayoría.

Se debatió, y su cuerpo luchó por liberarse como un animal en una jaula. El pánico lo abrumó pese a todos sus esfuerzos. Olmy no pudo localizar ningún punto de referencia dentro de él; ni siquiera había definido claramente un yo.

Todo era impreciso, se volvía confuso, como si hubiera sido emborronado por un

enorme dedo y no quedara ninguna línea definida. *No tengo cuándo, ni dónde, ni nombre, ni movimiento, ni futuro.*

Se retorció, convulsionado, intentando hallar su centro. Las figuras que ascendían por las cadenas montañosas a ambos lados parecían interesadas en su esfuerzo. Podía sentir su atención y no le gustó. Tuvo la impresión de que se movían, aunque lentamente, avanzando hacia él a través de un tiempo astronómico.

Si aquella masa de orden y caos en conflicto podía definirse de nuevo, quizás aquellos monolitos incomprensibles, aquellos dioses no adorados y burlas no realizadas, pudieran establecer también su presencia.

El pánico se detuvo. Las señales se detuvieron.

Había llegado a un final. Aquella condición mínima que había deseado no estaba sobre él. No le importaba nada ni el pasado ni el futuro, no había perdido nada, no había ganado nada.

*Soy o era una parte de una sociedad que realmente no formaba parte de nada
Este nombre es Olmy Ap Sennen
Amante de muchos amado por pocos
in nada que le contacte
Sin ningún contacto con nada*

Árbol desarraigado

El inflamado borde de la lesión empezó a brillar. La figura suspendida y sin rumbo en sus aferrantes cilios de probabilidades mantenía la suficiente estructura e impulso como para estar interesado en ello, y notó que, comparado con los pasados recuerdos, la lesión era mucho más pequeña, mucho más oscura, y el llameante borde mucho más amplio. Se parecía a un inmenso eclipse solar con una corona de sangre.

Lealtades y amores desarraigados

El propio lenguaje se desvaneció hasta que la figura sin rumbo vio sólo imágenes, la abundancia de otro mundo fuera de alcance, cerrado, los rostros de viejos seres humanos, en su tiempo amados, en su tiempo tranquilizadamente cercanos, ahora muertos y sin fantasmas.

Ni siquiera pueden ser visitados por un pasado desarraigado

El movimiento de la figura allá en el valle se hizo más lento. El tiempo no transcurría. La eternidad, el interminable ahora. Desnudo, sin piel, sin carne, sin huesos. Consumido, integrado.

Experiencias inmóviles.

Marca esto en una columna interminable: *experiencias*

Experiencias inmóviles
inmóviles

inmóviles

Sin divisiones. Un lugar diminuto no mayor que un puño, un útero. Un lugar diminuto de infinita paz en el corazón de una geometría helada. Todo elaboración, variación, permutación, agotado desde hacía mucho; acceso infinito a una energía sin límite contenida en la unicidad.

Tú/Yo/Nosotros ninguna diferencia. ¿Ves?

Ver. Vidya. El que todo lo ve. El ojo de Buda. Kalpas sin nervios de algún cuerpo. Vanidad nerviosa.

Esta unicidad consumada. Muchos ahora, paz en el pasado.

En paz en el pasado. Mujeres amadas, niños criados, una larga vida vivida en un mundo del que no hay regreso.

Nada en paz sin pasado todo completado sin regreso.

Punto.

Uno lo hace posible todo.

Veo. Buda, no abandones a tu estudiante.

El ojo se está frunciendo, cerrando, su intenso resplandor sangrante disminuye. Está atravesado por una aguja blanca visible detrás del pequeño centro negro.

Pequeño grande no importa no tiempo
No vayas. Llévanos con
Soy tu padre/madre/alimento
amado criado viviendo anhelando no regresar
mi propio fantasma

8

Ry Ornis, el alto maestro delgado como un insecto, le miró sonriente desde arriba. Olmy vio muchos maestros abridores, como un avatar de un antiguo dios. Todos los diferentes maestros se fundieron.

Estaban rodeados por una tienda vítrea, y una lenta brisa refrescaba su rostro. Ry Ornis lo había envuelto en un campo de rescate allá donde cayó, que aportaba aire fresco para llenar lo que su traje ya no podía proporcionarle.

Olmy redescubrió dispersos ríos de memoria y bañó en ellos sus antiguos pies. Tragó saliva una vez. El ojo, la lesión, se había cerrado para siempre.

—Ha desaparecido —dijo.

Ry Ornis asintió.

—Se ha conseguido.

—Nunca podré decírselo a nadie —se dio cuenta Olmy en voz alta.

—Nunca podrás decírselo a nadie.

—Robamos y devoramos para vivir. Para nacer.

Ry Ornis se llevó los dedos a los labios, con su rostro espectral bañado por una nueva luz desde el sur. Una enorme sonrisa se extendía por la mitad de la Vía, una luz eléctrica espléndidamente brillante.

—La puerta anillo. Un aro —dijo el abridor de puertas, mirando por encima de su hombro—. Rasp y Karn, mis estudiantes, lo han hecho bien. Hemos hecho lo que vinimos a hacer, y salvamos la Vía. No está mal, ¿eh, ser Olmy?

Olmy adelantó una mano para sujetar al abridor de puertas, quizá para estrangularle. Sin embargo Ry Ornis se había movido.

Olmy se volvió hacia un lado, tragó saliva una segunda vez contra una absoluta sequedad. No había habido necesidad de completar la puerta anillo. El aro no terminado había hecho su trabajo y drenado los últimos restos de la lesión, forzando su cierre.

Mientras miraban, el aro se encogió. La risa se convirtió en una sonrisa, se convirtió en una serena curva omnisciente, luego se colapsó a un punto, y el punto se hizo pequeño entre distantes arenas onduladas.

—Creo que las gemelas se sienten un poco decepcionadas de no poder terminar el aro. Pero es maravilloso —se entusiasmó Ry Ornis, y ejecutó una pequeña danza sobre la obsidiana negra del suelo del valle—. ¡Ahora son auténticas maestras! ¡Cuando sea juzgado y condenado, ellas ocuparán mi lugar!

La Vía permanecía. Olmy giró la cabeza hacia un lado, pero no pudo ver el Reducto.

—¿Dónde está la pirámide? —preguntó con voz ronca.

—Enoch ha conseguido su deseo —dijo Ry Ornis, y se escudó los ojos con una mano.

Plass, Enoch, la totalidad.

Plass había visto su propio fantasma.

Al este y al oeste, las montañas y sus estatuas en ruinas permanecían, rechazadas, descartadas. Ningún sueño, ninguna alucinación.

Había sido utilizado de nuevo. No importaba. Por un instante interminable, como cualquier abridor de puertas, sólo que más, se había fundido con el ojo del Buda.

—El Nexo del Infinito Hexamon no aprueba los experimentos arriesgados que no pueden ser documentados o explicados. ¿Cuántos fueron engañados, maestro Ry Ornis?

—Todos, incluido yo mismo.

—Sin embargo, ¿mantiene que esto se hizo por pura necesidad?

—Todo. Por la más absoluta necesidad.

—¿Será alguna vez necesario de nuevo? Responda honestamente: ¡la verdad entre nosotros se ha convertido en algo muy delgado!

—Nunca más.

—¿Cómo explica que un universo, un dominio, deba alimentarse de otro para nacer?

—No lo sé. Fuimos forzados. Eso es todo lo que sé.

—¿Hubiera podido ir mal?

—Por supuesto. Tal como han ido las cosas, en nuestra torpeza e ignorancia, hemos condenado a todos nuestros antepasados a vivir con presencias inexplicables, fantasmas del pasado y del futuro. Una especie de renacimiento.

—Está usted sonriendo, maestro abridor de puertas. ¡Esto es intolerable!

—Es todo lo que puedo hacer, sers.

—...

—Por su desobediencia y arrogancia, ¿qué castigo elige, maestro Ry Ornis?

—Sers del Nexus. Esto es lo que prometo. Abandonaré mi clavícula desde este momento, y nunca más volveré a conocer la gracia.

Sentencia dictada en las audiencias secretas realizadas por el Nexo del Infinito Hexamon, «Sobre la conveniencia de abrir puertas al caos y al orden».

Avanzando por el ingrátido bosque del Wald en el reconstruido Axis Nader, tendiendo las manos a los árboles para tirar de o agarrar raíces y ramas, medio volando y medio trepando, en el ojo ancho como un río de su mente, Olmy Ap Sennen regresó a Lamarckia, donde en una ocasión había casi muerto de vejez, y recuperó un paquete que había dejado allí, envuelto y atado con recio papel de embalaje. Sus esposas e hijos lo habían conservado para él, y ahora se lo devolvieron. Hubo muchas sonrisas y risas, luego despedidas, las últimas a sus hijos, a los que había dejado atrás de Ocupantes de una tierra diferente, otra vida.

Mientras desaparecían en el ojo de su mente, abrió el paquete que le habían entregado y tragó ansiosamente su maravilloso contenido.

Su alma.

Títulos originales

«Old Music and the Slave Women», 1999 by Ursula K. le Guin.

«A Separate War», 1999 by Joe Haldeman.

«Investmen Counselor», 1999 by Orson Scott Card.

«Temptation», 1999 by David Brin.

«Getting to Know the Dragon», 1999 by Agberg, Ltd.

«Orphans of the Helix», 1999 by Dan Simmons.

«Sleeping Dogs», 1999 by Nancy Kress.

«The Boy Who Would Live Forever», 1999 by Frederik Pohl.

«A Hunger for the Infinite», 1999 by Abbenford Associates.

«The Ship That Returned», 1999 by Anne McCaffrey.

«The Way of All Ghosts», 1999 by Greg Bear.

Nota

[1] **Nota del traductor**

Los libros *Eón*, *Eternidad* y *Legado* no fueron traducidos por el mismo traductor. Ello motivó una serie de variaciones en la terminología de los distintos libros. Ante la disyuntiva de elegir entre una u otra de esas terminologías, y no satisfaciéndome en algunos casos ninguna de ellas, he decidido efectuar una nueva traducción de algunos términos, que considero más ajustada al original inglés y a la idea que quiso plasmar el autor. Así pues, por ejemplo, los *gate openers* (traducidos alternativamente como «abridores de entradas» y «abrepuertas»), son traducidos aquí como «abridores de puertas» (y las «entradas» son, evidentemente, «puertas»); *City Memory* («Ciudad del Recuerdo»/«Memoria de Ciudad») es evidentemente «Ciudad de la Memoria»; *Flawship* («Nave de la Hendidura»/«Fallonave») es «Hendinave», etc. <<